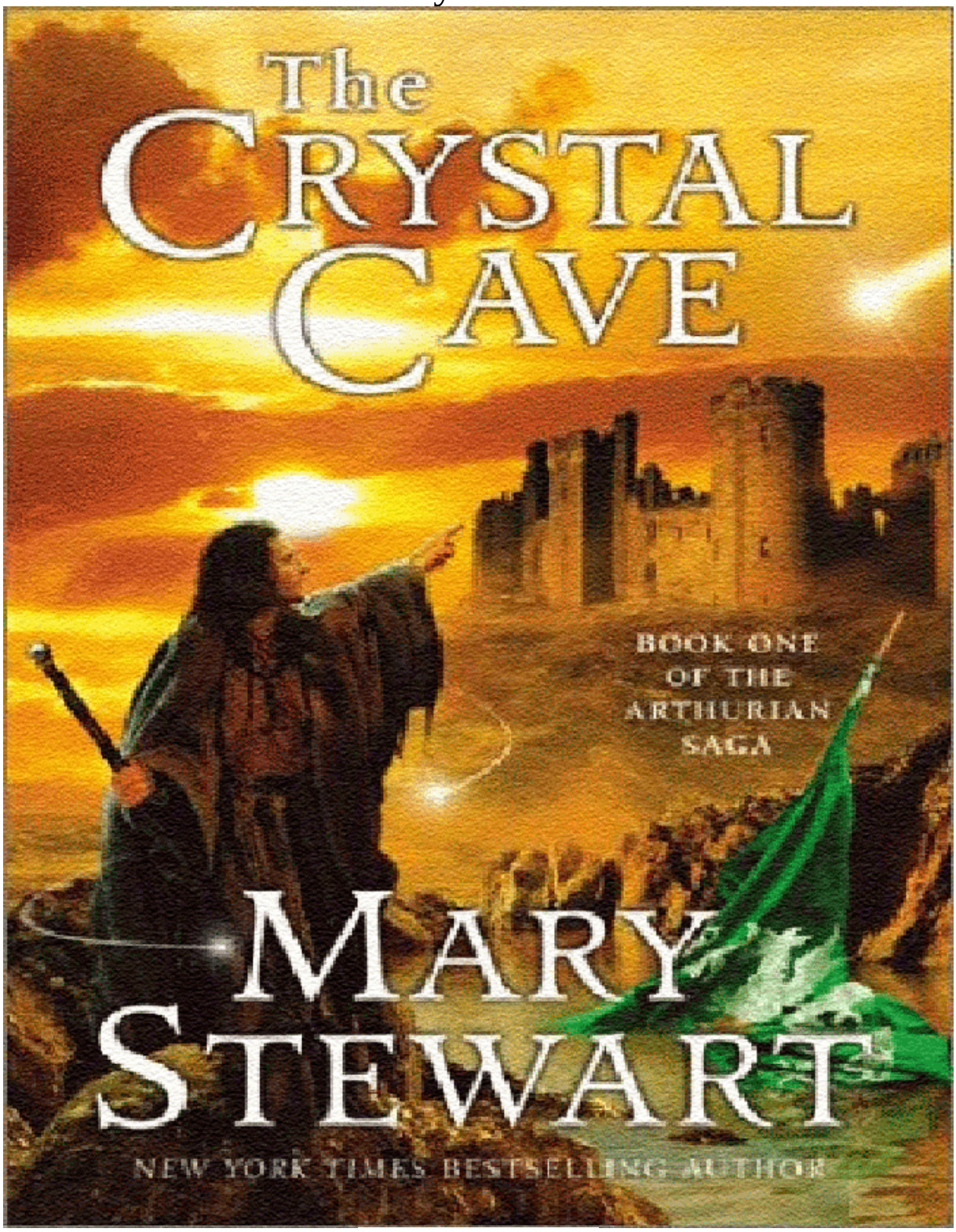
La Cueva de Cristal
Mary Stewart



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A la memoria de

Mollie Craig, con amor.

Agradecimientos

El poema «Merlín», de Edwin Muir, es reproducido con el permiso de Faber and Faber Ltd. del libro Collected Poems, 1921-58.

El poema de la página 199 es una traducción libre de los versos aparecidos en Barzaz Breiz: Chants Populaires de la Bretagne, del Vizconde de la Villemarqué (París, 1867).

La leyenda de Merlín se basa en la traducción de la History of the Kings of Britain, de Geoffrey de Monmouth, publicado por vez primera en el Everyman's Library, vol. 577, por J. & M. Dent, en 1912.

Prólogo

EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS

MERLÍN

Oh, Merlín, en tu cueva de cristal
Inmerso en el diamante del día.
¿Habrá alguna vez un cantor
Cuya música sea tan suave
Como la huella del dedo de Adán
A través del prado y de la ola?
¿O un corredor que corra más
Que la sombra del hombre que corre,
Que atraviesa las puertas de la Historia
Y que cuelga la manzana en el manzano?
¿Alastrará siempre tu brujería
A la novia durmiente encerrada en su alcoba,
Al día coronado de nieve,
Al Tiempo prisionero en su torre?

Edwin Muir

Ahora soy un hombre viejo, pero estaba en la flor de mi vida cuando Arturo fue coronado rey, y, ahora, los años a partir de entonces me parecen más sombríos y más borrosos que los anteriores, como si mi vida fuera un árbol lleno de flores y hojas, unas hojas que en la actualidad no hacen sino amarillear en el suelo.

Esto es lo que nos ocurre a todos los hombres viejos: el pasado más reciente se empaña mientras que las vivencias más lejanas cobran vida y color. Incluso las escenas de mi olvidada infancia las tengo presentes, llenas de bullicio y de vivacidad, como la sombra de un árbol en fruto contra un muro blanco o como una bandera bañada por la luz del sol contra un cielo tormentoso.

Los colores son más brillantes de lo que fueron en realidad, de esto estoy seguro. Los recuerdos que se me revelan en esta oscuridad de ahora, los veo con ojos nuevos, jóvenes, infantiles; me llegan de tan lejos con un sentimiento ya inexistente, que parecen escenas de algo que sucedió; pero no a mí, no a este montón de huesos, sino a otro Merlín, tan joven, tan vivo y tan libre como el aire, como el viento de la primavera, como el pájaro que lleva mi nombre.

Con los recuerdos más recientes es diferente: algunos son cálidos y sombreados, como cosas vistas entre el fuego. Por eso los acumulo. Es uno de los pocos vicios triviales que me son concedidos, ahora que soy un hombre viejo y despojado de todo. Puedo ver tranquilamente... no con claridad ni con el sonido de trompetas que me acompañó una vez, sino de aquella manera infantil que se ven los sueños y se imaginan rostros en las llamas. Todavía puedo dar vida a las llamas: es la magia más sencilla, la que se aprende más rápidamente, la última que se olvida.

Lo que ya no puedo soñar, puedo verlo todavía en el rojo corazón de las llamas o en los innumerables espejos de la cueva de cristal.

El primer recuerdo que me viene a la memoria es tenebroso y cálido. No se trata de un recuerdo propio, pero más adelante ya comprenderéis por qué conozco tan bien estas cosas. Se podría decir que más que un recuerdo es un sueño del pasado, algo sangriento, algo que surge de dicho pasado y que constantemente atraviesa mi cuerpo. Creo que estas cosas pueden ocurrir; e incluso pienso que empecé con él, que existía antes que yo y que existirá después de que yo me haya ido.

Así ocurrió aquella noche. Yo lo vi y lo que cuento es una historia verdadera.

Estaba oscuro y hacía frío, pero él encendió una pequeña hoguera que, si bien al principio lo envolvió de humo, acabó por esparcir calor. Había llovido durante todo el día y las ramas de los árboles cercanos a la boca de la cueva todavía goteaban; de los labios de la fuente se desparramaba el agua y formaba un riachuelo que empapaba todo el suelo. Salió varias veces de la cueva, caminaba desde el despeñadero hasta el bosquecillo en donde tenía atado su caballo.

La lluvia había cesado con la llegada de la noche, pero se había levantado una neblina que trepaba por entre los árboles, les daba una apariencia fantasmal y hacía que el caballo que pastaba pareciera un cisne que se mecía en un lago. Era un caballo pardo, y más que nunca tenía un aspecto irreal a causa de sus movimientos apacibles; llevaba el bocado envuelto en trozos de tela para que el ruido de los arneses, al moverlos en su pacer, no revelara su presencia. El bocado era de oro y los trapos que lo envolvían eran de seda, pues el amo del caballo era un hijo de rey: si lo atrapaban le matarían y sólo tenía dieciocho años.

Oyó los cascos que se acercaban blandamente por el valle. Sacudió la cabeza y su respiración se hizo más rápida, su espada centelleó fuera de la vaina. El caballo pardo dejó de pacer y levantó la cabeza, que se destacó claramente entre la bruma; temblaron sus belfos, pero no se oyó sonido alguno. El hombre sonreía. Los cascos se acercaban y, entonces, de entre la niebla, surgió un caballo bayo que trotaba sobre el polvo. Su jinete, pequeño y ligero, iba vestido con una capa oscura, embozado en medio de las sombras. El caballo se detuvo, levantó la cabeza y relinchó larga y estrepitosamente. El jinete, con una exclamación de desmayo, se deslizó hasta el suelo y cogió la montura por la brida para disimular el ruido tras su capa. Era una muchacha muy joven. Miraba a su alrededor con ansiedad, hasta que descubrió al joven, que permanecía cerca de los árboles, espada en mano.

—Haces tanto ruido como una tropa de caballería.

—He llegado antes de lo que pensaba. Es todo tan extraño con esta niebla.

—¿No te ha visto nadie? ¿Has podido marchar con seguridad?

—Con bastante seguridad. Estos últimos dos días era imposible: rondaban por los caminos día y noche.

—Lo supongo —sonrió el joven—. Pero ahora ya estás aquí. Dame las riendas —dejó el caballo atado a un árbol y luego la besó.

Un momento después ella lo apartó:

—No puedo quedarme. He traído las cosas, por si no puedo volver mañana.

Calló. Había visto su caballo ensillado, el bocado envuelto en seda, las alforjas. Rápidamente, las manos de la muchacha se posaron en su pecho y él las cubrió amorosamente.

—Lo sabía —dijo ella—, lo sabía; incluso lo he soñado esta noche. Te vas.

—Debo hacerlo. Esta noche.

Permaneció callada durante unos instantes. Finalmente preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

No quiso engañarla:

—Sólo tenemos una hora, dos como máximo.

—Volverás —dijo ella llanamente, y al ver que él iba a decir algo, le interrumpió—. No, ahora no. No insistas. Ya hemos hablado demasiado, ya lo hemos dicho todo y ahora no hay tiempo. Sólo digo que estarás a salvo y que volverás. Te lo digo a ti, y yo sé muy bien estas cosas: tengo la Visión. Volverás.

—No se necesita ninguna visión para decirme eso. Tengo que volver. Y ahora quizá querrás escucharme...

—No —lo detuvo de nuevo, esta vez con disgusto—. ¿Hay algo que importe ahora? Solamente tenemos una hora y la estamos desperdiciando. Entremos.

Casi le arrancó la joya que mantenía la capa cerrada al rodearla con su brazo para ayudarla a entrar en la cueva.

—Sí, entremos.

Libro primero

LA PALOMA

Capítulo I

El día en que mi tío Camlach vino a casa yo sólo tenía seis años.

Lo recuerdo perfectamente bien: un hombre alto, joven, vehemente como mi abuelo, de ojos azules y pelo rojo. Pensé que era tan hermoso como mi madre. Llegó a Maridunum al atardecer de un día de septiembre, con una vasta compañía. Como que todavía era un niño, permanecí con las mujeres en aquella habitación grande y antigua que se utilizaba para tejer. Mi madre estaba sentada delante del telar; recuerdo la tela: era roja con una franja verde en los bordes. Yo estaba a su lado, en el suelo, jugando a la taba, mano contra mano. El sol penetraba a través de las ventanas y dejaba círculos de luz dorada en el mosaico; las abejas zumbaban alrededor de los hierbajos del exterior, e incluso el vaivén del telar sonaba adormecido. Las mujeres hablaban de sí mismas por encima de las agujas; lo hacían suavemente, las cabezas juntas, y Moravick, mi niñera, dormía apaciblemente en su sillón, situado en el centro de uno de los círculos de luz solar.

Cuando el alboroto y los gritos llegaron del patio, el telar se detuvo abruptamente y con él el cuchicheo amable de las mujeres. Moravick se despertó con un sobresalto. Mi madre estaba erguida, con la cabeza alta: escuchaba. Había dejado caer la lanzadera. Vi cómo sus ojos buscaban los de Moravick.

Estaba a medio camino de la ventana cuando Moravick me llamó secamente; había algo en su voz que me hizo detener y volver con ella sin el menor asomo de protesta. Se entretuvo con mis ropas, me estiró la túnica y me peinó, pues, como ya había oído, el visitante que acababa de llegar era alguien muy importante. Me sentí muy excitado y sorprendido ya que, al parecer, me iban a presentar y yo estaba acostumbrado a que en días como aquél se me quitara de en medio. Estuve pacientemente quieto mientras Moravick pasaba el peine por mi pelo y cambiaba impresiones con mi madre por encima de mi cabeza. Hablaban tan bajo, con tantos siseos, que no entendí nada de lo que dijeron. Además, escuchaba el ruido de los caballos, en el patio, y el griterío de los hombres; las palabras me llegaban aisladas pero claras, pronunciadas en una lengua que no era ni galés ni latín, sino celta, con un deje parecido a alguno de las Islas Menores; lengua que entendí porque Moravick era bretona y su idioma me era tan familiar como el mío propio.

Oí las risotadas del abuelo y otra voz que le replicaba. Debía invitar al recién llegado a entrar en casa con él, puesto que las voces menguaron y dejaron solamente el repiqueteo de los cascos de los caballos que se dirigían a los establos.

Me separé de Moravick y corrí hasta mi madre.

—¿Quién es?

—Mi hermano Camlach, el hijo del rey —no me miró sino que señaló la lanzadera. La recogí y se la entregué. Lentamente, con movimientos mecánicos hizo funcionar de nuevo el telar.

—Así, pues, ya ha terminado la guerra.

—Hace tiempo que la guerra ha terminado. Tu tío ha estado en el sur con el rey.

—¿Y ahora ha vuelto porque mi tío Dyved ha muerto?

Dyved era el heredero, el hijo mayor del rey. Había muerto de repente, en medio de grandes sufrimientos, de calambres en el estómago; su viuda Elen, sin hijos, había marchado a casa de sus padres. Naturalmente, se habían extendido las típicas habladurías sobre la posibilidad de envenenamiento, pero nadie lo creía seriamente; Dyved era apreciado como valiente guerrero y hombre prudente, generoso cuando le convenía.

—Dicen que se va a casar, ¿verdad, madre? —me sentía importante por saber tantas cosas; pensaba en los festejos de la boda—. ¿Se casará con Keridwen, ahora que tío Dyved...?

—¿Qué?

La lanzadera se detuvo y ella se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos. Pero lo que vio en mi cara la calmó y la indignación marchó de su voz. Sin embargo, seguía mirándome ceñuda, y oí que Moravick, a mi espalda, se inquietaba.

—¿De dónde has sacado estas noticias? Escuchas demasiado, tanto si comprendes como si no. Olvida estas cosas y cierra la boca —la lanzadera se movía de nuevo, lentamente—. Escucha, Merlín: cuando venga a verte tienes que estarte quieto, ¿entiendes?

—Sí, madre —dije; entendía perfectamente; ya estaba acostumbrado a comportarme delante de un rey—. ¿Y vendrán a verme? ¿Por qué?

Con una voz amarga que la hizo parecer mucho más vieja, por lo menos tan vieja como Moravick, me dijo:

—¿Qué crees tú?

Ahora el telar trabajaba violentamente. Tejía la banda verde y me di cuenta de que se equivocaba; no obstante, quedaba muy bien y no quise decir nada. Permanecí junto a ella, observándola, hasta que la cortina de la puerta fue retirada y los dos hombres entraron.

Parecían llenar la estancia y sus rojas cabezas casi tocaban el techo. Mi abuelo iba vestido de azul, con festones dorados. Camlach iba de negro. Más adelante descubriría que siempre vestía de negro; llevaba joyas en las manos y en los hombros, y, al lado de su padre, parecía vigoroso y joven, pero también agudo y flexible como una zorra.

Mi madre se levantó. Vestía ropa casera color marrón oscuro, el color de la turba, que hacía resaltar su pelo brillante como el trigo.

Ninguno de los dos hombres la miró. Parecía que en la habitación no había nadie más que yo, tan pequeño como era, junto al telar.

Mi abuelo sacudió la cabeza y dijo:

—¡Fuera!

Y las mujeres se agruparon corriendo, silenciosas, y salieron de la habitación. Moravick permanecía de pie, orgullosamente ahuecada como una perdiz, pero los fieros ojos azules se posaron en los suyos durante un momento y, finalmente, ella salió. Al pasar junto a los hombres lanzó un resoplido. Entonces los ojos se dirigieron de nuevo a mí.

—El bastardo de tu hermana —dijo el rey—. Aquí lo tienes. Este mes cumple los seis años y ya es alto como una mala hierba; no se parece a ninguno de nosotros; es como si lo hubiera parido un maldito diablo. ¡Míralo! Pelo negro, ojos negros, más endiablado que si hubiera salido de los mismos infiernos. ¡Si me dijeras que el demonio en persona lo ha forjado me lo creería!

Mi tío sólo dijo dos palabras, dirigidas a mi madre:

—¿De quién?

—¿Acaso crees, estúpido, que no se lo hemos preguntado? —gruñó mi abuelo—. Fue azotada hasta que la mujer dijo que iba a abortar, pero ella nunca soltó ni una palabra.

Hablaron de antiguos coitos entre diablos que venían de las tinieblas para acostarse con jóvenes doncellas. Camlach, casi dos metros de hombre, me miró. Sus ojos eran azules, claros como los de mi madre, brillantes. El barro se había secado en sus botas y lanzaba reflejos amarillos; desprendía un olor a sudor y a caballos. Había venido a verme antes de quitarse el polvo del viaje y recuerdo su mirada fija en mí mientras mi madre permanecía silenciosa; mi abuelo observaba la escena con unos ojos resplandecientes bajo sus cejas, respirando con pesadez, con rapidez, como siempre que se excitaba o se encolerizaba.

—Ven aquí —dijo mi tío.

Di una docena de pasos hacia él; no me atrevía a acercarme más. Me paré. A aquella distancia, unos tres pasos, me parecía más alto que nunca; daba la impresión de una torre que se elevaba hasta el techo.

—¿Cómo te llamas?

—Myrddin Emrys.

—¿Emrys? Hijo de la luz, perteneciente a los dioses... No parece en absoluto el nombre de un retoño del diablo.

La suavidad de su tono me tranquilizó.

—Me llaman Merlinus —aventuré—. Es el nombre romano del halcón, del corwalch.

El abuelo gruñó:

—¡Halcón! —e hizo un gesto de desprecio, sacudiendo los aros de sus brazos hasta que campanillearon.

—Un halcón pequeño —dije a la defensiva, y me quedé silencioso bajo la mirada pensativa de mi tío. Se acarició la barbilla y miró a mi madre con las cejas levantadas.

—Extraño nombre para un habitante de una casa cristiana. ¿Acaso se trata de un demonio romano, Niniane?

—Quizá, ¿cómo puedo saberlo? Estaba muy oscuro —contestó ella; su gesto era desafiante.

Entreví un relámpago de burla en su rostro, pero el rey la interrumpió con un violento movimiento de su mano:

—¡Lo ves! Eso es todo lo que se le puede sacar. Mentiras, cuentos de brujerías, ¡insolencia! Vuelve a tu trabajo, muchacha, ¡y mantén a tu bastardo lejos de mi vista! Ahora que está tu hermano en casa encontraremos un hombre que os quite a los dos de mi vista y os guarde. Camlach, espero que comprendas mi deseo de que tomes esposa y de que tengas un hijo o dos.

—Por supuesto que sí —dijo Camlach llanamente.

Había apartado de mí su atención. Se marchaban y ninguno de los dos me había tocado. Separé las manos y me hice atrás suavemente, medio paso, un paso.

—Pero mientras tanto —prosiguió—, has tomado una nueva reina, y me han dicho que está encinta.

—No te preocupes. Tienes que casarte y pronto. Soy viejo y éstos son tiempos borrascosos. En cuanto a este muchacho... —me puse a temblar de nuevo—, olvídalo. Quienquiera que lo haya engendrado, si no ha venido a reclamarlo durante estos seis años no lo hará de ahora en adelante; y si ha sido el mismísimo rey Vortigern en persona ya debe haberlo dejado de lado. Un mocoso adusto que se esconde en los rincones...; nunca juega con los otros muchachos; diríase que les tiene miedo, que tiene miedo de su propia sombra.

Camlach se volvió y sus ojos buscaron a los de mi madre, por encima de mi cabeza; intercambiaron algún mensaje; luego me miró de nuevo y me sonrió.

Todavía recuerdo que la habitación pareció iluminarse, a pesar de que ya no entraba el sol. Pronto traerían las velas de junco.

—Bien —dijo Camlach—, después de todo es todavía un halcón sin plumas. No seas demasiado duro con él; has conocido a hombres muy valerosos que en su infancia fueron más asustadizos que él.

—Te refieres a ti mismo, ¿eh?

—Te lo aseguro.

Desde la puerta, el rey me lanzó una ojeada por debajo de sus pobladas cejas, y, con un resoplido de impaciencia, se arregló la capa.

—Bien, bien, puede ser. Dios lo quiera así, pero ahora tengo hambre. Se nos ha hecho muy tarde..., pero supongo que desearás remojarte

primero... a la maldita manera romana, ¿no? Te advierto que desde que te fuiste no hemos utilizado los hornos...

Dio la vuelta, su capa azul revoloteó y salió de la estancia sin dejar de hablar. Detrás de mí, oí que mi madre suspiraba aliviada, y el ruido de su falda al sentarse. Mi tío me tendía la mano.

—Ven, Merlinus, y hablaremos mientras me baño en vuestra agua galesa, tan fría. Los príncipes debemos conocernos mutuamente.

Me quedé de una pieza. Era consciente del silencio de mi madre.

—Ven —repitió amablemente, y de nuevo me sonrió. Fui corriendo hasta él.

Aquella noche fui al hipocausto.

Era mi camino privado, mi escondite secreto en donde podía librarme de los muchachos mayores y jugar mis solitarios juegos particulares. El abuelo había dado en el clavo al decir que «me escondía por los rincones», pero no lo hacía por miedo, a pesar de que los hijos de los nobles siguieran su ejemplo —como suelen hacer los niños— y me hicieran servir de cebo en sus juegos guerreros cuando podían atraparme.

Al principio, es cierto, los túneles del sistema de calefacción eran un refugio, un lugar secreto en donde podía esconderme y estar solo; pero pronto se me despertó una extraña curiosidad por explorar el gran sistema oscuro, las habitaciones que olían a tierra en los subterráneos de palacio.

En tiempos pasados, el palacio de mi abuelo había sido una vasta casa de campo perteneciente a unos cuantos romanos que habían dominado y trabajado la comarca, varias millas a cada lado del río. La mayor parte de la casa todavía permanecía en pie, a pesar de las inclemencias del tiempo y de las guerras, y, sobre todo, a pesar de un desgraciado incendio que había destrozado un ala de la mansión y parte del tejado. Las viejas residencias de esclavos estaban intactas alrededor del patio, y allí trabajaban los cocineros y los sirvientes; los baños habían sido restaurados con yeso y sus tejados eran toscos. No recuerdo haber visto nunca los hornos encendidos: se calentaba el agua en fogones dispuestos en el patio.

La entrada de mi laberinto secreto era la cámara de las calderas; era un agujero de escasa altura; aproximadamente llegaría a la rodilla de un hombre alto, y estaba oculto por hierbajos, ortigas y una gran plancha de metal curvada que en otro tiempo había formado parte de la citada caldera. Una vez dentro, te podías pasear por debajo de las habitaciones de los baños, pero hacía tanto tiempo que no se usaban que en todas partes reinaba un gran desorden, incluso para mi gusto. Por eso tomaba otro camino: por debajo del palacio, en donde el sistema de calefacción fuera tan bien construido y mantenido que todos los túneles estaban secos y aireados; el yeso ni siquiera se había desprendido de los pilares de ladrillo que sostenían a las bóvedas. Sólo en algunos lugares, por supuesto, encontrabas una columna contrahecha, un muro descanterado, pero las traviesas que separaban las habitaciones estaban sólidamente arqueadas y yo podía correr

libremente sin ser visto ni oído, hasta por debajo del propio dormitorio del rey.

Si alguna vez me hubieran descubierto, estoy seguro de que habría recibido el más terrible de los azotes. Había oído, con toda mi inocencia, docenas de secretos y muchas idas y venidas íntimas; pero nunca me encontraron, pues era bastante lógico que nadie pensara en los peligros de mi fisgoneo. Las tuberías habían sido limpiadas por jóvenes deshollinadores: niños de unos diez años, porque nadie de más edad o de más estatura podría haberlo hecho. Yo mismo me veía a veces con dificultades para culebrear dentro de aquellos angostos huecos. Sólo una vez corrí el peligro de ser descubierto: una tarde, cuando Moravick suponía que yo estaba jugando con los muchachos y ellos creían que me hallaba escondido bajo las faldas de la mujer; el pelirrojo Dinias, mi gran atormentador, dio un empujón a un niño más joven y éste cayó desde el tejado en donde estaban jugando. El niño se rompió una pierna y lanzó tan gran aullido de dolor que Moravick corrió hacia él: al descubrir mi ausencia empezó a buscarme. Yo había oído el chillido del muchacho y salía, jadeante y lleno de polvo, en el preciso momento en que ella empezaba a registrar la casa de baños. Me presenté ante ella y no pude evitar su cachete ni sus sermones. Fue una lección: no volví al hipocausto a la luz del día, lo hacía de noche antes de que Moravick se acostara; una o dos veces me escapé de su lado cuando ya dormía y roncaba; casi siempre el palacio estaba también en silencio, pero cuando había una fiesta o cuando mi abuelo tenía invitados, podía oír el murmullo de las voces y de las canciones; y algunas veces iba hasta debajo de las habitaciones de mi madre para escuchar su voz cuando hablaba con las mujeres. Pero una noche oí sus plegarias dichas en voz alta como sucede cuando se reza solo, y en sus rezos repetía mi nombre, «Emrys»; luego lloraba. Después de esto seguí otro camino, pasé por las habitaciones de la reina, en donde casi cada noche Olwen, la joven reina, tocaba el arpa entre sus damas hasta que el rey llegaba por el corredor, con pasos pesados, y la música paraba.

Pero aquella noche no llegué hasta allí por ninguna de esas razones. Lo que me impulsaba —ahora lo veo claro— era el deseo de estar solo en la secreta oscuridad, en donde el hombre es dueño de sí mismo, excepto en lo que respecta a la muerte.

Generalmente iba a un lugar que yo denominaba «mi cueva». En otro tiempo había sido una chimenea cubierta y por aquel entonces tenía la parte alta derrumbada, por lo que se podía ver el cielo a través del hueco. Aquel sitio era mágico para mí desde el día en que levanté la cabeza y vi, hacia el sur, tenue pero inconfundible, una estrella. A partir de entonces me enroscaba en mi cama de paja y miraba las estrellas que se deslizaban suavemente por el cielo y hacía una apuesta con el firmamento: si la luna pasaba por el agujero mientras yo estuviera allí, al día siguiente tenía la seguridad de que vería cumplido un deseo.

Aquel día la luna estaba allí. Luna llena, brillante, en el centro del hueco de la chimenea; su luz iluminaba mi rostro levantado y parecía como

si me la bebiera. No me moví hasta que se hubo ido, hasta que la estrellita le siguió los pasos.

De regreso, pasé por debajo de una habitación que antes estaba vacía, pero de la que ahora me llegaban unas voces.

La habitación de Camlach, naturalmente. El y otro hombre, cuyo nombre ignoraba; no obstante, a juzgar por su acento, era uno de los que habían llegado cabalgando aquel mismo día, desde Cornualles. Tenía una de aquellas voces gruesas, poderosas, de las que sólo podía captar palabras aisladas, mientras me deslizaba rápidamente, procurando no ser oído.

Me hallaba agazapado junto al muro, a punto de atravesar el arco para pasar a la otra habitación, cuando con el hombro arranqué un trozo de tubería, que cayó al suelo con estrépito.

La voz del hombre de Cornualles se detuvo abruptamente:

—¿Qué es eso?

La voz de mi tío se dejó oír tan clara como si me hablara al oído, a través del conducto roto:

—Nada. Una rata. Es en el subterráneo. Ya te lo he dicho, la casa se está cayendo pieza a pieza.

Luego, el sonido de una silla en la que alguien se recostaba, pasos arriba y abajo de la habitación, pasos que se alejaron. Su voz se apagó. Creí oír el sonido de una bebida tragada. De nuevo me deslicé, lentamente, suavemente, a lo largo del muro, hacia la trampa.

El hombre volvía.

—...Y aunque lo rechace, no me importa en absoluto. Ella no quiere estar aquí... a ningún precio; no quiere esperar a que mi padre derrote al obispo... Lo que te digo: con su pensamiento puesto en lo que ella llama una corte más ilustre, yo no tengo nada que temer, aunque venga él en persona.

—Sólo mientras le creas a ella.

—¡Oh!, yo le creo. He preguntado aquí y allá, y todo el mundo dice lo mismo —rió—. ¿Quién sabe? Podemos estar contentos de tener voz en su corte celestial antes de que este juego termine. Y es lo suficientemente fervorosa como para salvarnos a todos, según me han dicho, si esto se le mete en la cabeza.

—Lo necesitas —dijo el hombre de Cornualles.

—Sí, lo necesito.

—¿Y el muchacho?

—¿El muchacho? —repitió mi tío.

Calló. Luego sus pasos resonaron arriba. Intenté oír más, necesitaba oír más. Difícilmente podía comprender de qué trataban. No me preocupaba demasiado que me llamaran bastardo, o cobarde, o retoño del diablo. Pero aquella noche había luna llena...

Volvía a hablar. Su voz me llegaba clara, sin ambages, casi indulgente.

—Ah, sí, el muchacho. Un chico inteligente, lo adivino, más de lo que todos creen..., y muy agradable si hablas con él con franqueza. Se quedará conmigo. Recuerda esto, Alun: me gusta este chico...

Llamó el criado para que le volviera a llenar el vaso. Debajo de ellos me escabullí.

Esto fue al principio. Durante muchos días le seguí a todas partes; él me toleraba, incluso me animaba a que lo hiciera. Nunca se me hubiera ocurrido que a un hombre de veintiún años podía no agradarle que un cachorro de seis le pisara continuamente los talones. Moravick refunfuñaba y me regañaba cuando podía atraparme, pero mi madre parecía contenta, aliviada, y me dejaba hacer.

Capítulo II

Había sido un verano muy caluroso y aquél era un año de paz; así, pues, durante los primeros días de su vuelta al hogar, Camlach holgazaneó: permanecía horas tendido o bien cabalgaba con su padre o con sus hombres a través de los campos cultivados y por los valles en donde las manzanas en sazón caían de los árboles.

El sur de Gales es una región maravillosa, con verdes colinas y profundos valles, llanas y húmedas praderas llenas de flores, donde el ganado crece sano; bosques de robles llenos de ciervos y tierras elevadas en donde el cucú lanza su chillido primaveral y en donde, llegado el invierno, corren los lobos que yo he visto relampaguear entre la nieve.

Maridunum está situado en donde el estuario se abre al mar, cerca del río marcado con el nombre de Tobius en los mapas militares y que los galeses llaman Tywy. Aquí el valle es llano, ancho y el Tywy corre en un profundo y plácido meandro a través de cenagales y llanuras pantanosas, entre dulces colinas. El pueblo crece en la vertiente norte, en donde la tierra es seca; se comunica con el interior por medio de la ruta militar de Caerleon y en el sur se eleva un sólido puente de piedra de tres ojos del cual parte una calle pavimentada que sube hasta el palacio y llega a la plaza.

Además de la casa de mi abuelo y de las construcciones militares romanas en donde entrenaba a sus soldados, después de una reparación hecha a conciencia, el mejor edificio de Maridunum era el convento cristiano, situado en la ladera del río, cerca del palacio.

Allí vivían unas santas mujeres que se llamaban a sí mismas la Comunidad de San Pedro (aunque muchos habitantes del pueblo denominaban aquel lugar como Tyr Myrddin[*]) por la urna que había no muy lejos de la puerta de Saint Peter, en una capilla que durante mucho tiempo había estado olvidada debajo de un roble.

Siendo niño había oído que el pueblo se llamaba Caer-Myrddin: no es cierto (como se dice ahora) que le pusieron este nombre por mí. El hecho es que yo, al igual que el pueblo y su colina, llevaba el nombre del dios que se veneraba en el lugar. A partir de los acontecimientos que narraré, el nombre del pueblo fue cambiado públicamente en mi honor, pero el dios ya estaba antes allí; y si ahora yo me encuentro a su misma altura es porque comparte con conmigo la veneración que el pueblo le tiene.

La casa de mi abuelo se levantaba entre huertos a la orilla del río. Si se sube —por un manzano que crece al lado— hasta la cima de la muralla se divisa el sendero y el puente, llenos de gente que llegan del sur o de barcos que navegan a merced de la corriente.

Aunque me habían prohibido subir a los árboles para coger manzanas —y tenía que contentarme con las que el viento hacía caer—, Moravick

[*] dd se pronuncia como la th inglesa de thus. Myrddin se pronuncia Murthin. Caer-Myrddin es el actual Carmarthen. (Nota del autor.)

nunca me negó la posibilidad de subir a la muralla: así es la primera en enterarse, por medio de su centinela particular, de la llegada de los visitantes. Había una especie de tenaza al final del huerto con un muro de ladrillos en la parte trasera y un asiento de piedra protegido contra el viento; solía sentarse allí a la hora en que el sol daba de lleno y calentaba tanto el lugar que las lagartijas llegaban sigilosamente y se quedaban sobre las piedras; entonces yo le gritaba mis informes desde la muralla.

Una calurosa tarde, unos ocho días después de la llegada de Camlach a Maridunum, me hallaba en mi puesto habitual. No había movimiento en el río ni en la ruta del valle; sólo una barcaza local descargaba en el embarcadero, ante la mirada de unos cuantos curiosos; un viejo harapiento holgazaneaba y recogía frutas caídas a lo largo de la muralla.

Miré hacia el rincón de Moravick: estaba dormida; su lanzadera yacía, inmóvil, sobre sus rodillas y parecía, con su nube blanca de lana, una catarata espumeante. Lancé la fruta que había estado mordisqueando e incliné la cabeza para estudiar la copa del árbol y su verdor prohibido, entre el cual crecían globos amarillos que se destacaban contra el cielo. Pensé que podía alcanzar uno de aquellos frutos, redondo y jugoso, que casi maduraba a mi vista bajo el calor del sol. La boca se me hacía agua. Coloqué el pie en un saliente y empecé a trepar.

Estaba a dos ramas del fruto cuando se oyó un grito en el puente, seguido del golpeteo de cascos y del sonido cantarín de los arneses. Saltando como un mono, aseguré los pies y separé las ramas para observar lo que producía el alboroto: una tropa de hombres cabalgaba cerca del puente y se dirigía al pueblo. Un hombre iba al frente, con la cabeza descubierta, sobre un gran caballo bayo.

No era Camlach ni mi abuelo; tampoco se trataba de un noble, pues los colores que vestían los jinetes me eran desconocidos.

Cuando llegaron a un extremo del puente vi que el jefe era extranjero, de pelo negro y barba negra, vestido a la extranjera, con una franja dorada en el pecho. Sus muñequeras eran también doradas y de un palmo de anchas. La comitiva era de unos cincuenta hombres.

El rey Corlan de Lanascol. No tengo idea de dónde surgió el nombre, con una claridad que no dejaba lugar a dudas. ¿Se trataba de alguna conversación que había oído desde mi laberinto? ¿De una palabra pronunciada por descuido ante un niño curioso? ¿Tal vez un sueño? Los escudos y las puntas de lanzas ocultaron el sol y me deslumbraron. Corlan de Lanascol. Un rey. Venía a casarse con mi madre y a llevarme con él al otro lado del mar. Ella sería reina. Y yo...

Ya casi llegaban a lo alto de la colina. Seguí trepando, mal que bien, por el árbol.

¿Y si ella lo rechaza? Reconocí aquella voz que me rondaba: era el hombre de Cornualles. Y después la de mi tío: Aunque lo haga, no me importa en absoluto... No tengo nada que temer, aunque venga él en persona...

La tropa suavizaba la cabalgada al cruzar el puente. El repiqueteo de los arneses y el retumbar de los cascos se esparcía a la luz del sol.

Había venido en persona. Estaba aquí.

Erré el pie y casi caí. Afortunadamente, mi mano me sostuvo y pude trepar fácilmente hasta la copa del árbol, que me envolvió como una ducha de hojas. En aquel momento la voz temblorosa de mi niñera se dejaba oír:

—¿Merlín? ¡Merlín! Dios mío, ¿dónde se ha metido este niño?

—Aquí, aquí, Moravick. Ya voy.

Me dejé caer sobre la alta hierba. Ella había dejado la lanzadera y, con las faldas arremangadas, venía corriendo.

—¿Qué ocurre en el camino del río? He oído caballos..., una tropa, por el ruido que hacían... ¡Cielo santo, niño, mira cómo te has puesto! ¡Si te había remendado esta ropa esta misma semana, y ahora, mira cómo la llevas! ¡Un agujero como el puño, y sucio de pies a cabeza como un pordiosero!

Me escabullí para que no me atrapara:

—Lo siento, lo siento mucho... He saltado para decírtelo más rápidamente... Es una tropa de jinetes, ¡extranjeros! ¡Es el rey Corlan de Lanascol! Lleva un manto rojo y tiene barba negra.

—¿Gorlan de Lanascol? ¡Pero si está a más de veinte millas de donde nací yo! Me pregunto para qué habrá venido.

—¿No lo sabes? Ha venido para casarse con mi madre.

—Tonterías.

—¡Es cierto!

—¡Claro que no es cierto! ¿Crees que yo no lo sabría? No debes decir estas cosas, Merlín; pueden ocasionarte problemas. ¿De dónde las has sacado?

—No lo recuerdo. Alguien me lo ha dicho. Mi madre, me parece.

—Eso no es cierto y tú lo sabes.

—Pues debo haberlo oído en alguna parte.

—En alguna parte, en alguna parte. Los cerdos jóvenes tienen largas orejas, ya dicen bien, ya. Tú las debes tener siempre pegadas al suelo, ¡oyes demasiadas cosas! ¿De qué te ríes?

—De nada.

Se puso en jarras:

—Has estado escuchando lo que no debías. Te lo he dicho muchas veces: la gente no siempre sabe lo que dice.

Generalmente dejaba la discusión cuando veía llegar el peligro, cuando me daba cuenta de que había llegado demasiado lejos, pero aquel día la excitación me daba valor.

—¡Es cierto, ya verás como es cierto! ¿Qué importa dónde lo haya oído? De veras que no puedo recordarlo, pero sé que es cierto. Moravick...

—¿Qué?

—El rey Gorlan, ¿es mi padre? Mi padre de verdad...

—¡Qué! —aquella vez la palabra era cortante como el diente de una sierra.

—¿No lo sabes? ¿Tampoco tú lo sabes?

—No, no lo sé. Y si lo has oído murmurar... Por cierto ¿cómo sabes su nombre? —me puso las manos sobre los hombros y me sacudió suavemente—. ¿Cómo sabes que es el rey Gorlan? No se ha dicho nada de su llegada, ni siquiera a mí.

—Ya te lo he dicho. No recuerdo dónde lo he oído. Sólo sé que he oído este nombre en algún lugar, eso es todo, y también sé que ha venido a ver al rey para hablar de mi madre. Vamos a ir a la Pequeña Bretaña, Moravick, y tú vendrás con nosotros. Te gustará, ¿verdad? Es tu tierra... Quizá estaremos cerca de...

Su mano temblaba y yo guardé silencio. Con alivio descubrí a uno de los jóvenes criados del rey que venía corriendo hacia nosotros por el manzanar. Llegó jadeando.

—Tiene que presentarse al rey. El niño. En el gran salón, y rápido.

—¿Qué sucede? —preguntó Moravick.

—El rey dice que venga inmediatamente. Le he buscado por todas partes...

—¿Qué ocurre? —gritó entonces Moravick.

—El rey Gorlan de Bretaña.

Moravick lanzó un débil silbido, como un ganso asustado, y dejó caer sus manos.

—¿Y qué tiene que ver el rey Corlan con el niño?

—¿Qué sé yo? —el hombre jadeaba. Era un día caluroso y él estaba gordo. Fue brusco con Moravick, cuya posición era solamente un poco más elevada que la mía con respecto a los sirvientes—. Lo único que sé es que Lady Niniane me ha mandado a buscarles, a buscar al niño, y alguien se llevará unos buenos azotes si no está allí cuando el rey lo busque entre los presentes. Se ha puesto de mal humor desde que han llegado los visitantes, esto te lo puedo asegurar.

—Está bien, está bien. Puedes irte tranquilo; estaremos allí dentro de unos minutos.

El hombre se marchó volando. Moravick se volvió hacia mí y me agarró por el brazo.

—¡Por todos los santos del cielo! —tenía el mayor repertorio de exclamaciones de todo Maridunum; nunca pasaba por delante de una imagen sin presentarle sus respetos, pues oficialmente era cristiana muy

devota cuando se hallaba en un apuro—. ¡Dulce querubín! ¡Y precisamente el niño ha tenido que elegir esta tarde para ponerse hecho una lástima! ¡Apresúrate, o vamos a tener dificultades!

Me empujó hacia la casa. Exhortaba afanosamente a todos sus santos para que me diera prisa y se negaba a comentar el hecho de que no me había equivocado acerca de los recién llegados:

—¡Alabado, alabado San Pedro! ¿Por qué tienen que ocurrirme a mí estas cosas? ¡Y precisamente hoy! Entra —me empujó dentro de la habitación—, entra y quítate estos harapos, ponte tu túnica nueva. Pronto sabremos qué quiere de ti el rey. ¡Date prisa, niño!

La habitación que ocupaba con Moravick era pequeña, oscura, situada junto a las destinadas a los criados. Siempre olía a cocina, debido a la proximidad de ésta, pero a mí me gustaba, así como también me gustaba el viejo peral que crecía junto a la ventana, en donde los pájaros cantaban su concierto matutino los días de verano. Mi cama estaba debajo de dicha ventana; mi cama, que no era más que unas tablas de madera, sin cabecera; madera sin trabajar. En algunas ocasiones oí que Moravick murmuraba con los otros criados, cuando creía que yo no escuchaba, que aquél no era un lugar muy adecuado para el nieto de un rey; sin embargo, a mí me decía que era conveniente que ella estuviera cerca de los otros sirvientes; por lo demás, yo me encontraba a gusto allí, pues la mujer me había procurado un colchón limpio y mullido y un cubrecamas de lana tan bueno como el que mi madre tenía sobre su cama, en su gran dormitorio junto al del abuelo. La propia Moravick no tenía más que un jergón colocado junto a la puerta, que compartía con el corpulento perro alano que le hacía cosquillas en los pies al rascarse las pulgas; otras veces con Cerdic, uno de los mozos de caballería, un sajón que había terminado casándose con una chica del pueblo. La chica había muerto, un año después, a causa de un parto, pero el hombre no parecía estar muy triste a causa de aquella pérdida. Una vez pregunté a Moravick por qué permitía que el perro durmiera en la habitación, cuando tanto la molestaban los olores y las pulgas; he olvidado su respuesta, pero adiviné sin que hubiera necesidad de decírmelo que el animal estaba allí para advertir la presencia de cualquiera que entrara durante la noche. Naturalmente, Cerdic era una excepción; el perro le aceptaba sin más movimiento que el golpeteo de su cola contra el suelo y, rápidamente, le dejaba su sitio en la cama. En cierto sentido, supongo que Cerdic cumplía la misma función que el perro guardián, además de las otras que le eran propias. Moravick nunca me habló de ello y yo nunca se lo mencioné. Se supone que un niño pequeño duerme pesadamente, pero por aquel entonces me despertaba a menudo y, muy quietecito, observaba las estrellas a través de la ventana, aquellas estrellas que brillaban como peces plateados entre las redes de hojas del árbol cercano. Lo que pasara entre Cerdic y Moravick no tenía para mí más significado que el hecho de que él guardaba mis noches y ella mis días.

Mis ropas estaban guardadas en un cofre de madera colocado contra la pared. Era muy viejo; en sus lados había pintadas escenas de dioses y diosas; creo que era un auténtico cofre romano, pero la pintura ya estaba

sucia, desgastada, desconchada. Sin embargo, todavía se podía entrever, como sombras, una escena en una especie de cueva: había un toro, un hombre con un cuchillo y alguien con una gavilla de trigo; arriba, en una esquina, una figura desvaída con rayos como el sol alrededor de la cabeza y un bastón entre las manos. El cofre era de madera de cedro y Moravick, que me lavaba la ropa personalmente, la colocaba dentro con hierbas aromáticas entre los pliegues.

Levantó la tapa tan bruscamente que golpeó el muro; sacó la mejor de mis túnicas, la verde con orla escarlata. Gritó que le trajeran agua y una de las mujeres entró corriendo y mojó todo el suelo en su apresuramiento, lo cual le valió una reprimenda.

El gordo sirviente llegó de nuevo jadeante para decirnos que nos diéramos prisa: temía un castigo, pero pronto me deslicé entre las columnas y entré, a través de la puerta arqueada, en la mayor sala del palacio.

La estancia en donde el rey recibía a los visitantes era larga y alta, con el suelo de piedras blancas y negras que formaban un mosaico de un dios con un leopardo. Las figuras habían sido cortadas defectuosamente y, además, estaban rotas a causa de los pesados muebles que se habían arrastrado y el constante ir y venir de las botas. Un lado de la habitación se abría a la columnata y en invierno se disponía un fuego en el suelo desnudo, contenido tan sólo por unas cuantas piedras. El mosaico y las columnas estaban ennegrecidas por el humo. En un extremo había la plataforma del trono con el gran sillón del abuelo y, a su lado, otro más pequeño para la reina.

En aquel momento estaba sentado en su trono; Camlach, de pie a su derecha, y su esposa, Olwen, sentada a su izquierda. Era su tercera mujer, más joven que mi madre: una muchacha silenciosa, oscura, bastante estúpida, de piel blanca como leche recién ordeñada y unas trenzas que le llegaban por debajo de las rodillas; cantaba como un pájaro, bordaba como los ángeles, pero nada más. Con mi madre, creo que se apreciaban y, a la vez, se despreciaban. Sea como fuere, en contra de todas las suposiciones, ambas se toleraban bastante bien, y yo oí decir a Moravick que la vida de mi madre se había aligerado mucho desde la muerte de la segunda esposa del rey, Gwynneth, y desde que, menos de un mes después de su muerte, Olwen había ocupado su lugar en la cama del rey. Incluso si Olwen me hubiera abofeteado o se hubiera burlado de mí como hacía Gwynneth, yo la hubiera querido por su música; porque al contrario de Gwynneth, ella era siempre amable conmigo, con aquella su manera de ser plácida, vaga; y cuando el rey marchaba, ella me enseñaba las notas e incluso me dejaba tocar para que aprendiera. Yo la apreciaba mucho, pero ambos sabíamos que al rey no le hubiera gustado nuestra amistad, que la consideraría ridícula y, por lo tanto, su amabilidad conmigo era un secreto, incluso para mi madre.

No me vio aquel día. Nadie me vio, excepto mi primo Dinias, de pie junto a la silla de Olwen. Dinias era un bastardo de mi abuelo y de una esclava. Era un corpulento muchacho de siete años, con el mismo pelo rojo de su padre y un gran temperamento. Era muy fuerte para su edad y muy valiente; se había ganado el favor del rey el día en que, a los cinco años de

edad, se lanzó a la carrera con un caballo de su padre, un salvaje bayo, potro todavía, con el que cruzó el pueblo como una exhalación y que sólo se detuvo cuando quiso hacerle saltar un muro más alto que él. Su padre le azotó personalmente y después le regaló una daga con mango dorado. Dinias reclamaba el título de Príncipe —por lo menos delante de los demás muchachos— desde entonces, y me trataba con sumo desdén. Aquel día me miró con menos expresividad que una piedra, pero su mano izquierda —la que estaba más lejos de su padre— hizo un signo grosero y luego se inclinó silenciosamente.

Yo me había detenido en la puerta y mi niñera, detrás de mí, me arreglaba los pliegues de la túnica; luego me dio un empujón suave y me dijo:

—Entra ahora y mantente erguido. No van a comerte.

Y como para desmentir lo que acababa de asegurarme, empezó su repertorio de rezos.

La estancia estaba llena de gente. Conocía a la mayoría, pero también había muchos rostros extraños que debían ser los que había visto llegar a caballo. Su jefe estaba sentado cerca del rey, rodeado de sus hombres. Era el enorme hombre moreno que había visto en el puente, con su gran barba, su gran nariz aguileña y poderosas piernas medio cubiertas por una capa roja. Al otro lado del rey, de pie junto a la tarima del trono, se hallaba mi madre con dos de sus doncellas. Me gustaba verla vestida de aquella manera, como una princesa, con su larga túnica color crema que le llegaba hasta el suelo como si fuera madera tallada. El pelo suelto le caía por la espalda como la lluvia y los lados de su capa azul se juntaban en una hebilla de cobre. Estaba muy pálida y rígida.

Estaba tan preocupado con mis propios temores —el gesto de Dinias, el rostro y los ojos de mi madre, el silencio de la gente y el camino vacío por el que tenía que pasar— que ni siquiera miré al abuelo. Había dado unos pasos hacia él, todavía sin ser visto, cuando de repente, con un gran estruendo semejante al pataleo de un caballo, golpeó con sus manos los brazos de su trono y empujó la silla con los pies tan violentamente que la desplazó de su lugar con un gran chirrido.

—¡Por todos los dioses!

Tenía el rostro congestionado y el pelo rojo de las cejas erizado como escamas encima de sus furiosos ojillos. Lanzó una rápida mirada a mi madre y su resoplido se oyó claramente desde la puerta en donde yo me había detenido, aterrorizado. Entonces el hombre barbudo, que también se había levantado, dijo algo en una lengua que no comprendí en el preciso instante en que Camlach le murmuraba algo al oído. El rey se detuvo y al cabo de unos segundos dijo rápidamente:

—Como quieras. Más tarde. Salgamos, ahora —y gritó a mi madre: —Esto no es el final, Niniane, te lo prometo. Seis años... ¡Ya es suficiente, por Dios! ¡Ven, señor!

Se enroscó la capa en un brazo, sacudió la cabeza hacia su hijo y, descendiendo de la plataforma, cogió al hombre de la barba por el brazo y ambos se dirigieron a la puerta. Detrás, mansa como la leche, caminaba su esposa Olwen con sus damas y, a continuación, iba Dinias, sonriente. Mi madre no se movía. El rey pasó junto a ella sin dirigirle ni una mirada, ni una palabra, y la multitud se separó para dejarle paso, así como la puerta, como un campo de trigo bajo la hoz.

Me quedé de pie, solo, como si hubiera echado raíces en el suelo. Cuando el rey se acercaba volví en mí e intenté huir hacia la antecámara, pero no fui lo suficientemente rápido.

Se paró abruptamente; dejó el brazo de Gorlan y me rodeó. La capa azul revoloteaba a mi alrededor y uno de sus extremos me rozó los ojos, que se llenaron de lágrimas. Pestañeé. Gorlan también se había parado a su lado: era más joven que mi tío Dyved. Parecía enfadado, como el rey, pero no era yo la causa de su enfado. Había sorpresa en sus ojos cuando el rey se detuvo. Preguntó:

—¿Quién es?

—Su hijo, al que vuestra gracia dará también un nombre —dijo mi abuelo.

El oro relampagueó en sus brazos cuando dirigió su gran mano hacia mí y me lanzó al suelo con la misma facilidad con que un niño aplasta una mosca. Entonces la capa azul se enroscó a mi alrededor y vi las botas de sus pies y las de Gorlan; fue una pausa pesada. Olwen dijo algo con su bonita voz y también se detuvo a mi lado, pero el rey la llamó, enfadado; su mano se separó de mí y corrió detrás de él con los demás.

Me levanté del suelo y busqué a Moravick, pero no estaba allí. Había ido con mi madre y ni siquiera me había visto. Empecé a caminar hacia ellas a través del alboroto de la estancia, pero antes de que pudiera alcanzarlas, las mujeres, formando un compacto y silencioso grupo a su alrededor, dejaron la habitación y se marcharon hacia la puerta. Ninguna de ellas miró hacia atrás.

Alguien me habló pero yo no contesté. Salí corriendo, atravesé la columnata, el gran patio, hasta llegar al huerto, en donde brillaba tranquilamente el sol.

Mi tío me encontró en la terraza de Moravick.

Estaba tendido boca abajo encima de los cálidos ladrillos; miraba una lagartija. De todo aquel día, éste es el recuerdo más vivo: la lagartija, aplastada contra la piedra ardiente, a menos de un pie de distancia de mi cara, con su cuerpo como bronce verde si no fuera por sus latidos intermitentes. Tenía unos ojillos oscuros, sin brillo, como de pizarra, y el interior de su boca era del color del melón. Tenía una lengua larga y afilada, que fustigaba como un látigo, y sus pies crujían débilmente sobre las piedras cuando corría perseguida por mi dedo y se desvanecía por una hendidura de las baldosas.

Levanté la cabeza. Mi tío Camlach venía por el huerto.

Subía los bajos peldaños de la terraza, suavemente calzado con sus sandalias trenzadas, y se me quedó mirando; yo desvié la vista.

La hierba que crecía entre las piedras estaba llena de flores blancas no mayores que los ojos de la lagartija, cada una de ellas perfecta como una copa tallada. Recuerdo tan bien su forma como si las hubiera esculpido yo mismo.

—Déjame ver —dijo.

Yo no me moví. A continuación se dirigió al banco de piedra y se sentó frente a mí con las rodillas separadas y las manos entre ellas.

—Mírame, Merlín.

Le obedecí. Me estudió en silencio durante un largo rato.

—Me dicen que no te gustan los juegos rudos, que huyes de Dinias, que nunca quieres hacer de soldado, ni siquiera de hombre. Sin embargo, cuando el rey te golpea como lo haría con uno de sus perros, no emitas ningún sonido ni derramas una sola lágrima.

No dije nada.

—¿Sabes por qué ha venido Gorlan?

Pensé que era mejor mentir.

—No.

—Ha venido para pedir la mano de tu madre. Si ella aceptara te irías con él a Bretaña.

Toqué una de las florecillas con el dedo. Se derrumbó como una bola deshinchada y se desvaneció. Experimenté el mismo gesto con otra. Camlach, con un tono más seco del que le era habitual, me dijo:

—¿Estás escuchando?

—Sí. Pero si ella le rechaza no tendrá demasiada importancia —le miré—. ¿Verdad?

—¿Quieres decir que no te gustaría? Yo que había creído... —levantó las pobladas cejas como mi abuelo—. Serías tratado honorablemente; serías príncipe.

—Ya lo soy ahora. Tan príncipe como pueda serlo nunca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si ella le rechazara significaría que no es mi padre. Pensaba que lo era, pensaba que había venido por eso.

—¿Qué te hizo pensarlo?

—No lo sé. Parecía... —me detuve. No podía explicar a Camlach la intuición con que adiviné el nombre de Gorlan—. Nada, sólo que pensaba que debía serlo.

—Has estado esperando a tu padre toda tu vida —su voz era tranquila—. Esta espera es tonta, Merlín. Es hora de que te enfrentes con la realidad. Tu padre está muerto.

Puse mi mano sobre un manojo de hierba y la aplasté. Observé que la carne de los dedos se ponía blanca por el esfuerzo.

—¿Te lo ha dicho ella? —pregunté.

—No —se encogió de hombros—. Pero si viviera, hace tiempo que habría venido. Tienes que aceptarlo.

Yo permanecía silencioso.

—Y si no ha muerto —prosiguió mi tío observándome— y todavía no ha venido, seguramente es porque este asunto no le interesa de una manera especial.

—No, sólo que por muy vil que sea hubiera debido salvar a mi madre. Y a mí.

Al mover la mano, el musgo volvió a su estado normal, como si estuviera creciendo. Pero las florecillas habían desaparecido. Mi tío cabeceó:

—Sería más sensato, quizá, que tu madre aceptara a Gorlan, o a otro príncipe.

—¿Qué será de nosotros, ahora? —pregunté.

—Ella quiere ingresar en Saint Peter. Y tú... tú eres inteligente y me han dicho que sabes leer un poco. Puedes ser sacerdote.

—¡No!

Sus cejas bajaron de nuevo hasta la nariz delgada y puntiaguda:

—Es una vida bastante buena. No eres de estirpe guerrera, ésa es la verdad. ¿Por qué no emprender un camino que te será fácil y en el cual estarás a salvo?

—¡No necesito ser un guerrero para querer ser libre. Estar encerrado en un lugar como Saint Peter... No es ése el camino —interrumpí. Había hablado con ardor y me habían fallado las palabras. No podía explicar lo que ni siquiera yo sabía. Le miré con avidez: —Quiero quedarme contigo. Y si tú no me quieres... me iré a servir a otro príncipe. Pero me gustaría mucho quedarme contigo.

—Bueno. Todavía es pronto para hablar de esto. Eres muy joven —se levantó—. ¿Te duele la cara?

—No.

—Bien, ven conmigo, ahora.

Me tendió la mano y me fui con él. Me condujo a través del huerto y luego al jardín privado de mi abuelo. Le sacudí la mano:

—No puedo entrar aquí; lo tengo prohibido.

—¿Conmigo tampoco? ¿Estás seguro? El abuelo está con el invitado, no te verá. Ven. Tengo algo mejor para ti que tus manzanas caídas. Han cogido los albaricoques, pero yo he salvado los mejores.

Siguió caminando con su paso gatuno; pasamos entre el sándalo y la lavanda, llegamos hasta el lugar en donde los albaricoques y los perales se levantaban junto al alto muro, al sol. El lugar olía a hierbas, a frutos y los arrullos de las palomas llegaban desde el palomar. A mis pies había un albaricoque maduro, aterciopelado. Lo empujé con los dedos del pie hasta que rodó; la parte que había estado en contacto con el suelo se veía podrida, llena de gusanos. Una sombra lo oscureció. Mi tío estaba a mi lado con un albaricoque en cada mano.

—Ya te he dicho que tenía algo mejor que las frutas caídas.

Toma —me dio uno—. Y si te castigan por robar, también tendrán que castigarme a mí —me hizo un guiño y clavó los dientes en su fruta.

Me quedé callado con el gran albaricoque, brillante, en la palma de mi mano. El jardín era muy caluroso, muy silencioso y quieto; sólo se oía el zumbido de los insectos. El fruto brillaba como el oro, olía a sol y a jugo dulce. Su piel parecía miel de abeja y noté que la boca se me hacía agua.

—¿Qué es eso? —preguntó mi tío. Su voz era aguda e impaciente. El jugo de su albaricoque le resbalaba por la barbilla—. No te quedes ahí mirando, muchacho. ¡Cómelo! No hay nada malo en ello.

Le miré. Sus ojos, astutos como los de una zorra, me observaban fijamente.

—No lo quiero —dije—. Está negro dentro. Mira, se puede ver perfectamente.

Su respiración se hizo rápida, como si fuera a hablar. Llegaban voces desde el otro lado de la pared; los jardineros, seguramente que se llevaban las cestas llenas de frutos para mañana. Mi tío cogió el albaricoque de mi mano y lo lanzó contra la pared. Estalló, se hizo mil pedazos dorados y el jugo se deslizó pared abajo. Un abejorro zumbó en el árbol, pasó cerca de nosotros. Camlach lo alejó con un gesto abrupto, enfadado, y me dijo con una voz súbitamente rencorosa:

—Vete de mi vista y no vuelvas, mocoso del diablo. ¿Me oyes? Vete de mi vista.

Se pasó el dorso de la mano por la boca y se alejó de mí a grandes zancadas. Entró en la casa.

Yo me quedé en el mismo sitio, observando el jugo del albaricoque que resbalaba por la ardiente pared. Una abeja brillaba a su alrededor, picoteaba; entonces, de repente cayó panza arriba, zumbando. Su cuerpo anillado se debatía y su zumbido parecía un gemido.

No pude observarla mucho tiempo porque algo me oprimió el corazón; la veía entre lágrimas. El dorado atardecer brillaba. Es la primera vez en mi vida que recuerdo haber llorado.

Los jardineros se acercaban, estaban junto a las rosas, cargados de cestos. Me volví y eché a correr fuera del jardín.

Capítulo III

En mi habitación no estaba ni el perro. Salté sobre la cama y apoyé los codos en el alféizar; me quedé allí largo rato, mientras en el peral los tordos cantaban y, desde el patio, tras la puerta cerrada, llegaba el monótono golpeteo del martillo del herrero y el ruido de la manivela, como si las muías cocearan cerca del muro.

Aquí la memoria me falla. No puedo recordar cuánto tiempo pasó hasta que el zumbido de las voces me anunció que se estaban preparando las comidas de la noche. Tampoco recuerdo si estaba muy herido, pero cuando Cerdíc empujó la puerta y yo me volví hacia él, se detuvo asombrado y dijo:

—¡Dios tenga misericordia de nosotros! ¿Qué has hecho? ¿Has estado jugando a los sacos?

—Me he caído.

—¡Ah, ya! Te has caído. Me pregunto por qué será que el suelo siempre es dos veces más duro para ti que para los demás. ¿Qué ha sido? ¿Ese cochino de Dinias?

Al no obtener respuesta se acercó a la cama. Era un hombre pequeño, patizambo, de rostro moreno y lleno de cicatrices, y una pelambrera rubia y brillante. Desde la altura de mi cama, sus ojos estaban casi al mismo nivel que los míos.

—Te diré una cosa —dijo—. Cuando seas un poco mayor te enseñaré una o dos cosas. No serás nunca tan fuerte como para ganar una pelea, pero yo sé unos cuantos trucos y te los enseñaré. Cuando seas un poco mayor. Mira, yo puedo tumbar a un tipo dos veces más alto que yo... y a una mujer también... —Se puso a reír, se volvió para escupir, recordó quién era y se aclaró la garganta: —Puede que no necesites mis trucos cuando hayas crecido; un mozalbete de tu rango no los necesitará con las chicas... Pero no te pondrán esta cara que luces ahora si no las asustas tontamente —señaló el jergón vacío de Moravick—. ¿Dónde está?

—Se ha ido con mi madre.

—Pues es mejor que vengas conmigo. Te curaré.

Me curó el corte que tenía en la mejilla con un ungüento para caballos y compartí su cena en el establo, sentado sobre un montón de paja, mientras que una yegua baya husmeaba a mi alrededor en busca de forraje, me babeaba como a un potrillo y observaba cada bocado que me llevaba a la boca. Cerdic debía tener también sus métodos en la cocina: los pasteles de levadura estaban frescos, había una pierna de pollo para cada uno, así como dos trozos de tocino ahumado; las jarras de cerveza llenas a rebosar y frías.

Cuando vino con la comida supe por su mirada que lo había oído todo.

El palacio entero zumbaba de habladurías. Pero no me dijo nada, sólo me tendió mi cena y se sentó a mi lado, sobre la paja.

—¿Te lo han dicho? —pregunté.

Cabeceó, siguió masticando y luego se llevó a la boca un trozo de pan con carne.

—Tiene una mano muy dura.

—Estaba enfadado porque mi madre se negaba a casarse con Gorlan. Quiere casarla por mi culpa, pero hasta ahora ella no ha querido desposarse con nadie. Y ahora que tío Dyved ha muerto y Camlach se encuentra solo, se lo han propuesto a Corlan de la Pequeña Bretaña. Creo que tío Camlach convenció al abuelo para que lo hiciera porque tiene miedo de que mi madre se case con un príncipe de Gales...

Me interrumpió y se quedó mirándome con los ojos muy abiertos:

—¡El diablo me lleve, niño! ¿Cómo sabes todo eso? Apuesto a que tus mayores no hablan de estas cosas delante de ti, como no sea que Moravick se vaya de la lengua...

—No, no ha sido Moravick. Pero yo sé que es cierto.

—Entonces, ¿cómo diablos lo sabes? ¿Habladurías de los esclavos?

Di el último trozo de mi pan a la yegua.

—Si utilizas este lenguaje, Cerdic, tendrás problemas con Moravick.

—¡Oh, sí! Suelo tener este tipo de problemas muy a menudo. Vamos, dime, ¿quién te ha dicho todo eso?

—Nadie. Lo sé, eso es todo. No... no puedo explicarte cómo... Y mi tío Camlach está tan enfadado como el abuelo. Tiene miedo de que mi padre vuelva y se case con ella y le quite el sitio. Naturalmente, no se lo ha dicho al abuelo.

—Naturalmente. —Estaba pensativo, incluso se olvidaba de masticar y la saliva le goteaba por las comisuras de los labios entreabiertos. Tragó rápidamente y dijo:— Los dioses saben... Dios sabe cómo te has enterado de todo eso, pero puede ser cierto. Bueno, vámonos.

La yegua baya tiraba de su atadura y su dulce aliento caldeaba mi nuca. La aparté.

—Eso es todo: Gorlan está enfadado, pero le darán algo para compensarlo. Y mi madre terminará ingresando en Saint Peter, ya lo verás.

Se hizo un corto silencio. Cerdic masticaba la carne y lanzo el hueso a través de la puerta en donde una pareja de perros se peleó para hacérselo suyo.

—Merlín...

—¿Qué?

—Será mejor que no digas nada de lo que me has contado a nadie. A nadie más, ¿me entiendes?

No contesté.

—Estos asuntos no son para niños. Son asuntos importantes. Bueno..., algunas de estas cosas se dicen comúnmente, de acuerdo, pero eso del príncipe Camlach... —Me puso una mano sobre la rodilla y la apretó—. Ya te digo, es peligroso. Mantente al margen. Yo no se lo diré a nadie, puedes estar seguro. Pero tú... tú tampoco debes decir nada. Sería peligroso, aunque hubieras nacido príncipe, .aunque tuvieras el favor del rey, como Dinias... y más aún siendo tú. —Me dio unos golpecitos en la rodilla.— ¿Me comprendes, Merlín? Si quieres salvar la piel, cierra la boca y no te metas en estas cosas. Y dime, ¿quién te lo ha contado?

Pensé en la oscura cueva del hipocausto y en el lejano cielo que se veía por el agujero.

—No me lo ha dicho nadie. Lo juro.

Cuando Cerdic gruñó de impaciencia y cíe enfado, le miré directamente a los ojos y le expliqué cómo había sabido toda la verdad.

—He oído cosas, lo admito. Y a veces la gente habla por encima de mi cabeza sin darse cuenta de que yo estoy presente o sin pensar que puedo oírles. Pero en otros momentos... —hice una pausa— es como si alguien me hablara, como si viera las cosas... y a veces las estrellas me hablan... y oigo música y voces en la oscuridad. Como sueños.

Levantó la mano en un gesto de protección. Pensé que se estaba santiguando, pero luego vi que hacía la señal contra el mal de ojo. Fingió creerme y bajó la mano.

—Sueños, eso es. Tienes razón. Debías estar durmiendo en algún rincón y hablaban delante de ti de cosas que no debían; y tú escuchabas lo que no debías, eso es. Estaba olvidando que no eres más que un niño. Cuando miras con esos ojos... —Se interrumpió; luego se encogió de hombros.— Pero tienes que prometerme que no dirás nada más de lo que has oído.

—De acuerdo, Cerdic, te lo prometo... si tú me prometes decirme algo a cambio.

—¿Qué quieres saber?

—Quién es mi padre.

Se acarició la barbilla y con aire pensativo se secó la saliva; luego me miró con exasperación:

—Me gustaría saber por qué diablos puedes creer que yo lo sé.

—Pensé que Moravick te lo había dicho.

—¿Y lo sabe ella?

Parecía tan sorprendido que me di cuenta de que decía la verdad.

—Cuando se lo pregunté me dijo que hay algunas cosas de las que es mejor no hablar.

—Y tiene razón. Pero si quieres saber mi opinión, ésta es su manera de decir que no sabe nada del asunto. Y si quieres saber otra opinión mía, joven

Merlín, es que vayas con cuidado. Si tu señora madre quiere que lo sepas te lo dirá. Dudo que te lo diga...

De nuevo hizo la señal, pero esta vez escondió la mano. Abrí la boca para preguntarle si creía en las leyendas, pero él se inclinó para coger el cuerno de vino.

—Tengo tu promesa, ¿recuerdas?

—Sí.

—Te he observado. Tú sigues tu camino y a veces pienso que tienes más de salvaje que de hombre. ¿Sabes que tu nombre significa «halcón»?

Asentí.

—Bueno, pues ahí tienes mucho en qué pensar. Será mejor para ti que olvides a los halcones. Hay muchos halcones por estos alrededores, demasiados a decir verdad. ¿Has visto las palomas torcaces, Merlín?

—¿Las que beben en la fuente con las palomas blancas y luego echan a volar? Claro que las he visto. Les doy de comer en invierno.

—En mi tierra suelen decir que las palomas torcaces tienen muchos enemigos porque su carne es dulce y sus huevos son muy ricos. Pero ellas viven y prosperan porque saben huir. Lady Niniane puede llamarte su pequeño halcón, pero todavía no eres un halcón, Merlín. Sólo eres una paloma. Recuérdalo. Estate quieto y, si es necesario, huye. Recuerda mis palabras. —Se inclinó—. ¿Duele todavía?

—Ahora escuece.

—Pues se está curando. No te preocupes, que no es nada; pronto ni se notará.

En efecto, pronto se curó y no dejó cicatriz. Pero recuerdo que aquella noche me dolió y me tuvo despierto; Cerdic y Moravick estuvieron silenciosos mucho tiempo, al otro extremo de la habitación, porque temían, supongo, que yo hubiera sacado mi información de sus cuchicheos nocturnos.

Cuando se hubieron dormido me levanté, pasé de puntillas junto al perro y corrí hacia el hipocausto.

Pero aquella noche no oí nada digno de recordar, excepto la voz de Olwen, dulce como la de un mirlo, que cantaba una canción que no había oído nunca; una canción que hablaba de una oca salvaje y de un cazador con una red de oro.

Capítulo IV

Después de esto la vida volvió a su cauce normal y pienso que mi abuelo debió aceptar eventualmente la negativa de mi madre a contraer matrimonio. Entre ambos se estableció una tirantez que duró una semana o dos, pero con Camlach en casa, establecido como si nunca hubiera estado afuera —y con la temporada de caza que se acercaba—, el rey olvidó su rencor y las cosas volvieron a la normalidad.

Para todos, excepto para mí. Después del incidente en el huerto, Camlach no volvió a favorecerme ni yo le seguí de nuevo. Sin embargo, no dejó de ser amable conmigo y una o dos veces me defendió en mis altercados con los otros muchachos; incluso se puso de mi parte y en contra de Dinias, que me había suplantado en su simpatía.

Pero yo ya no volví a necesitar su protección. Aquel día de septiembre había aprendido muchas cosas acerca de las palomas torcaces de Cerdic. Ya me atrevía a pelearme con Dinias. Una noche, al pasar por debajo de su dormitorio, camino de mi «cueva», alcancé a oírle reír junto con su compañero Brys; hablaban de su correría de aquella tarde, cuando ambos habían seguido a Alun, el amigo de Camlach, que tenía una cita con una criada. Habían permanecido escondidos, mirando y escuchando, hasta el dulce final. A la mañana siguiente, cuando Dinias intentaba molestarme, yo me mantuve firme y le pregunté si ya había visto a Alun aquel día. Me miró fijamente, se puso rojo y luego blanco (pues Alun tenía la mano muy dura y el temperamento belicoso) y finalmente se apartó de mí, haciendo la señal contra el mal de ojo detrás de su espalda. Le dejé que pensara, si así lo prefería, que se trataba de magia y no de extorsión por mi parte. Después de aquello, aunque el Gran Rey en persona hubiera cabalgado hasta el palacio reclamando su parentesco conmigo, ninguno de los chicos lo habría creído. Y me dejaron tranquilo.

Fue una gran ventaja para mí, pues aquel invierno se derrumbó parte del suelo de los baños y el abuelo, considerándolo peligroso, lo hizo terraplenar y se puso veneno contra las ratas. Así, como un cachorro al que se ha echado fuera de su cubil, tuve que conformarme con el exterior.

Unos seis meses después de la visita de Gorlan, cuando ya terminaban los días fríos de febrero y entrábamos en los primeros días de marzo, Camlach empezó a insistir, primero a mi madre y después al abuelo, acerca de la necesidad de que yo aprendiera a leer y a escribir. Me imagino que mi madre se alegraba ante aquel evidente interés hacia mí; yo también, y procuraba demostrarlo, aun cuando después del incidente del huerto no podía hacerme demasiadas ilusiones sobre las intenciones de Camlach; tampoco me molesté en darle a entender que mis sentimientos ante la idea de llegar a ser cura no habían experimentado ningún cambio. La declaración de mi madre de que no se casaría nunca, unida a su recogimiento cada vez mayor y a sus frecuentes visitas a Saint Peter para hablar con la abadesa y con los clérigos que visitaban la comunidad, eliminaron considerablemente los temores de Camlach de que mi madre se casara con un príncipe de Gales

que tuviera intenciones de reunir el reino en sus manos o que mi desconocido padre me reclamara y me legitimara, demostrando ser un hombre de rango y de poder, que forzosamente le suplantaría. No dije a Camlach que, en cualquier caso, yo no significaba gran peligro para él, mucho menos ahora que, habiéndose casado por Navidad, su mujer parecía estar encinta. Ni siquiera el evidente embarazo de Olwen estaba en contra suya, puesto que él gozaba del más alto favor del rey y, además, un hermano tan joven no representaría nunca un peligro serio. No había ninguna duda; Camlach tenía un buen historial guerrero, sabía preparar a sus hombres, era insensible y tenía sentido común. Su crueldad quedaba demostrada con lo que había intentado hacer conmigo, aquel día del huerto; su sentido común se veía en su indiferente amabilidad con mi madre, una vez que la decisión de ésta le había hecho olvidar sus temores. Pero yo ya había descubierto esto en los hombres ambiciosos, o en los hombres poderosos: que temían incluso las cosas más insignificantes que pudieran significar un peligro para ellos.

No pararía hasta verme convertido en cura y alejado del palacio.

Cualesquiera que fueran sus razones, me alegré cuando llegó mi tutor; era un griego que había sido escriba en Massilia hasta que se había arruinado a causa de la bebida y había tenido que pagar sus deudas con su esclavitud; ahora me lo habían asignado y, quizá porque el cambio le sentaba bien (había dejado los trabajos manuales), me enseñaba a gusto y sin la parcialidad religiosa a que me obligaban los clérigos de mi madre. Demetrius era un hombre agradable, aunque poco diestro, que tenía un gran don para las lenguas y cuyas únicas diversiones consistían en jugar a los dados y (cuando ganaba) en poder beber.

Ocasionalmente, cuando ganaba mucho, se quedaba dormido, feliz e inepto, sobre los libros. Yo nunca hablé a nadie de aquellas faltas pues, evidentemente, estaba contento de poder dedicarme a mis propios asuntos. El estaba contento de mi silencio y, en compensación, cuando yo hacía novillos, mantenía la boca cerrada y no intentaba saber dónde había estado. Era rápido en mis estudios y demostraba unos progresos más que suficientes para satisfacer a mi madre y a Camlach; Demetrius y yo respetábamos nuestros respectivos secretos y nos llevábamos tolerablemente bien.

Un día de agosto, aproximadamente un año después de la visita de Corlan a la corte de mi abuelo, dejé a Demetrius plácidamente dormido y subí solo hasta las colinas cercanas al pueblo.

Había hecho varias veces aquel camino. Era más rápido coger por el cuartel, saltar las paredes y tomar, luego, la ruta militar que conducía hasta Caerleon, a través de las colmas, pero para ello tenías que pasar por el pueblo y corrías el peligro de ser visto y de que te hicieran preguntas. El camino que yo seguía era el de la orilla del río. En el patio de los establos había una puertecita poco usada que daba al ancho sendero por el que los caballos remolcaban las barcazas y que seguía el río durante largo rato, pasado Saint Peter, y luego por las plácidas curvas del Tywy hasta el molino, que era hasta donde llegaban las barcazas. Nunca pasaba de aquel lugar,

pero allí había un sendero que llevaba más allá del molino, pasaba por el camino principal y se internaba en el valle, de donde llegaba la gente hasta el molino.

Era un día caluroso, soñoliento, lleno de olores de helechos. Libélulas azules vibraban y revoloteaban por encima de las aguas y los suaves prados se coagulaban como requesones bajo las nubes zumbadoras de las moscas.

Los cascos de mi gallardo potrillo golpeaban suavemente la arcilla del sendero. Nos cruzamos con un caballo gris, moteado, que arrastraba una barca vacía desde el molino, ayudado por la corriente que le hacía más fácil la tarea. El muchacho que lo llevaba de las riendas me envió un saludo y el hombre de la barcaza levantó una mano.

Cuando llegué al molino no había nadie. Sacos de grano, recién descargados, estaban apilados en el desembarcadero. Cerca de ellos estaba tumbado el perro del molinero, somnoliento

bajo el ardiente sol; abrió los ojos perezosamente cuando descabalgué a la sombra de la construcción. Ante mis ojos, más arriba, se extendía el recto camino militar, vacío. La corriente se hundía en una especie de acueducto debajo de él y vi brincar y relampaguear una trucha entre la espuma.

Pasarían horas antes de que me echaran en falta. Llevé al potrillo hasta el lindero del camino y, seguro de mi ruta, lo espoleé para que galopara a lo largo del sendero que llevaba hasta la colina.

Al principio, el caminito era angosto y zigzagueante; trepaba siguiendo la corriente, luego entraba por entre los espinos y las encinas que llenaban la hondonada, y seguía hacia el norte en una suave curva que bordeaba el declive.

Aquí los vecinos del pueblo dejaban pacer a sus ovejas y su ganado porque la hierba era suave y apretada. Pasé junto a un muchacho que pastoreaba, soñoliento debajo de un arbusto, con sus ovejas al alcance de la mano; era un chico sencillo y sólo me miró indiferente cuando pasé trotando; manoseaba el montón de piedras con las que mantenía a raya a sus ovejas. Al pasar junto a él cogió una de las piedras, una guija verde y blanda; yo temí que fuera a tirármela, pero la dirigió hacia unos vigorosos corderos que al pacer se habían alejado demasiado y luego volvió a adormecerse. Cerca del río, en donde la hierba crecía más alta, había vacas negras, pero no pude descubrir a su guardián. A lo lejos, al pie de la colina, menuda bajo un minúsculo sombrero, vi a una muchacha con una manada de ocas.

Ahora el sendero volvía a trepar de nuevo y mi caballo aminoró el paso, siguiendo el camino entre árboles desparramados. Los avellanos tenían las copas frondosas, los fresnos y las englantinas crecían entre las rocas, y los helechos me llegaban al pecho. Los conejos corrían por todas partes, serpenteaban por entre las hierbas y un par de arrendajos discutían con una zorra desde la seguridad de una olmedilla. El suelo estaba demasiado duro para dejar huellas, y tampoco pude ver ramas rotas o hierbas aplastadas, lo cual me aseguraba de que recientemente no había pasado ningún jinete por aquellos lugares.

El sol estaba alto. Una pequeña lagartija reptó entre los helechos y dejó un rastro sobre la hierba. Espoleé mi caballo. Ahora había pinos entre las encinas y los acebos, con sus copas que enrojecían a la luz del sol. El suelo se hacía más áspero a medida que el sendero ascendía; de entre el césped surgían gruesas piedras grisáceas y se veían las madrigueras de los conejos. No sabía a dónde me llevaba aquel sendero, me era totalmente desconocido y me sentía solo y libre. No había nada que me indicara que aquél fuera un día especial, ni que una estrella me guiaba colina arriba. Aquello ocurría durante los días anteriores al momento en que vería claro mi futuro.

El potrillo se detuvo, vacilante, y yo me fijé en dónde estábamos. Habíamos llegado a un cruce de caminos y no había nada que indicara cuál era el mejor sendero. A la izquierda, a la derecha, ambas direcciones se internaban en la maleza.

El potrillo tomó el sendero de la izquierda con decisión: era el que llevaba al pie de la colina. Yo estaba dispuesto a dejarlo seguir, pero en aquel momento un pájaro voló a ras de suelo, de izquierda a derecha, desvaneciéndose tras los árboles: duras alas color hierro herrumbroso con bandas azuladas, los ojos orgullosos y oscuros, el pico curvado de un halcón. Sin ninguna razón, excepto que aquello era mejor que cualquier razón, dirigí la cabeza del caballo hacia aquella dirección y clavé los talones en el animal.

El camino trepaba en una suave curva, dejaba el bosque a la izquierda. Era un lugar lleno de pinos, muy juntos y oscuros, tan espesos que sólo se podían atravesar con la ayuda de un hacha. Oí un aleteo como si unas palomas volaran fuera de su nido, lejos del lindero del bosque. Pero en aquella ocasión, yo estaba siguiendo a un halcón.

Estábamos lejos de la vista del río y del pueblo. El potrillo seguía su camino a lo largo de un valle poco profundo, al pie del cual corría un riachuelo estrecho y habitado. Al otro lado de la corriente, el pronunciado declive estaba lleno de césped, que subía hasta el pedregal, unas rocas azuladas y grisáceas a la luz del sol. El declive por el que yo pasaba estaba lleno de helechos dispersos que formaban charcos de sombras inclinadas y, más arriba, de nuevo las rocas y los despeñaderos llenos de musgo en donde las chovas revoloteaban y chillaban en el brillante espacio. Excepto su canto intenso, el valle estaba en el más completo silencio.

Los cascos del caballo resonaban en el suelo endurecido y reseco. Hacía calor y yo estaba sediento. Ahora la pista nos llevaba por debajo de un declive, aproximadamente de unos treinta pasos y, en su parte inferior, un gran matorral producía un poco de sombra en medio del sendero.

En algún lugar por encima de mi cabeza pude distinguir el gorgoteo del agua.

Detuve el potrillo y descabalgué. Lo llevé a la sombra de un

bosquecillo y lo até; luego miré a mi alrededor en busca de la fuente.

La roca que había junto al sendero estaba seca y por debajo de la ruta no había ninguna señal de agua que corriera a unirse con el riachuelo del pie del valle. Pero el sonido del agua estaba allí y era inconfundible. Me alejé del camino y trepé por la hierba hasta la roca para encontrarme con un retazo de hierbajos llanos, un pequeño prado reseco con madrigueras de conejos, aquí y allí, en la parte trasera de otro despeñadero.

En la roca había una cueva. La redonda abertura era diminuta y regular, casi como un arco hecho por la mano del hombre. A un lado de dicho arco, en la parte desde la cual yo estaba mirando, caía una cascada de hierba y piedras desde lo alto, con exuberantes encinas y fresnos, cuyas ramas sumían la cueva en sombras. Al otro lado de la boca, a sólo unos pocos pasos, nacía la fuente.

Me acerqué. Era muy pequeña, un diminuto relumbrón de agua que manaba de una hendidura de la roca y caía con voz cantarina en el hueco de una piedra. No existía ningún desagüe. Probablemente el agua surgía de la roca, salpicando la piedra y se ocultaba en alguna otra hendidura, para ir a reunirse con la corriente de abajo. A través del agua diáfana pude ver todos los guijarros, cada uno de los granos de arena que se habían acumulado en el fondo del hueco. Crecía el musgo en el lugar de salida; más abajo verdeaba la hierba húmeda.

Me arrodillé sobre la hierba y acerqué la boca al agua; entonces me fijé en el tazón. Estaba en un minúsculo nicho, entre los helechos. Era un cuenco de cuerno hecho a mano. Lo observé mientras me levantaba y descubrí una figura de madera, medio escondida entre los helechos. La reconocí. La había visto antes bajo el roble de Tyr Myrddin y ahora estaba aquí, en la cumbre de una colina, al aire libre.

Llené el cuenco y bebí, dejando caer unas gotas para el dios.

Entonces entré en la cueva.

Capítulo V

Era mayor de lo que parecía desde fuera. A sólo dos pasos del arco —y mis pasos eran muy cortos—, la cueva se abría en una vasta cámara cuyo techo se perdía en la oscuridad. Era sombría

—tanto que al principio ni siquiera me di cuenta de su amplitud— pero de alguna parte llegaba la luz exterior que la iluminaba vagamente y me mostraba un suelo blando, sin obstáculos. Proseguí lentamente mi camino, forzando la vista, y, en lo más profundo de mí mismo comenzaba aquella oleada de excitación que las cuevas siempre me han despertado. Algunos hombres experimentan estas mismas sensaciones en el agua; a otros sé que les ocurre lo mismo en los lugares elevados; otros provocan incendios por el mismo placer. En mí siempre lo han provocado las profundidades de los bosques o de la tierra. Ahora sé por qué, pero entonces sólo sabía que era un muchacho que había encontrado algo nuevo, algo que podía hacerme poderoso en un mundo en que no poseía nada.

De repente me detuve, sacudido por un estremecimiento que me removió los intestinos como si fueran agua. Algo se había movido en la oscuridad a mi derecha.

Temblé en silencio y agucé la vista. No se notaba ningún movimiento.

Contuve la respiración y escuché. No se oía sonido alguno. Olfateé el aire cautelosamente a mi alrededor pero no parecía haber ningún olor animal ni humano; la cueva olía, creo, a humo y a humedad, a tierra; desprendía un misterioso olor a rancio que no pude identificar. Sabía, sin necesidad de decírmelo, que si hubiera habido cualquier otra criatura a mi lado el aire habría sido diferente, menos vacío. No había nadie más que yo.

Elegí una palabra y la pronuncié suavemente, en galés. «Saludos». El cuchicheo me llegó por la espalda en un eco tan rápido que me hizo comprender lo cerca que estaba de la pared de la cueva; luego el eco se perdió, siseando, hacia el techo.

Allí había movimiento. Al principio pensé que sólo se trataba del murmullo intensificado por el eco, pero luego el rumor creció, creció como el crujido de un vestido de mujer o como el de una cortina al ser corrida. Algo rozó mi mejilla con un grito agudo, frío, que se oyó justo en el lugar de donde provenía el sonido. Le siguió otro y después, desde las sombras, se desprendió una escama, luego otra, como hojas impulsadas por el viento o como peces que cayeran por una catarata. Eran ¡os murciélagos, que, molestados en su alojamiento del techo de la cueva, salían a la luz del día y se desperdigaban por el valle. Por un momento ocuparon toda la baja abertura de la cueva como una nube de humo.

Permanecí quieto y silencioso, preguntándome si eran ellos quienes producían aquel extraño olor. Creí sentir el mismo hedor cuando pasaban junto a mí, pero no era igual. No temí que me tocaran: en la luz o en la oscuridad, en cualquier lugar en que se muevan, los murciélagos no tocan nada. Son tan criaturas del aire que, así como el aire se desvía frente a un

obstáculo, el murciélago se desvía también, como un pétalo arrastrado por una corriente de agua. Fluyeron a mi alrededor, formando una marea entre mí y la pared. Para comprobar cómo reaccionaría la marea —cómo se separarían los murciélagos que la formaban— dio un paso hacia la pared. Ninguno me rozó. La corriente se dividió y siguió fluyendo, sacudiendo el aire a ambos lados de mis mejillas, la criatura que había sentido moverse lo hizo de nuevo. Entonces mi mano extendida tocó, no roca sino metal; y descubrí qué era aquello. Era mi propio reflejo.

Apoyada contra la pared, una lámina de metal bruñido desprendía sus fulgores. Así, pues, era aquél el objeto que difundía la vaga luz de la cueva; la sedosa superficie de aquel espejo captaba oblicuamente la luz que entraba por la boca de la cueva y la esparcía por la oscuridad. Me vi a mí mismo como si fuera un fantasma al levantar y dejar caer la mano con la que había cogido el cuchillo de mi cadera.

Detrás de mí había cesado el revoloteo de los murciélagos y la cueva estaba ahora en silencio. Tranquilizado, permanecí en el mismo lugar y me estudié con interés en el espejo. Mi madre había tenido uno una vez, un antiguo espejo de Egipto, pero había terminado retirándolo entre los objetos que consideraba provocadores de vanidad. Naturalmente, había visto a menudo mi rostro reflejado en el agua, pero nunca mi cuerpo entero, nunca hasta aquel momento. Vi un muchacho moreno, sagaz, todo curiosidad, ojos, nervios y excitación. En aquella luz, mis ojos parecían casi negros; mi pelo era negro también, espeso y limpio, pero pésimamente cortado y áspero como el de mi caballo; mi túnica y mis sandalias eran una desgracia. Hice una mueca y el espejo reflejó una súbita sonrisa que cambió completamente aquella figura, y, por una vez, aquel animal joven y hosco a punto de echarse a correr o de atacar se convirtió en un ser vivaz, amable y accesible; en un ser —ya entonces lo comprendí— que pocas personas habían visto.

Luego se desvaneció y el animal hosco había reaparecido al adelantarme para tocar el metal con la mano. Estaba frío, suave al tacto y recientemente bruñido. Quienquiera que lo hubiera dejado allí —y debía ser la misma persona que usaba el cuenco de cuerno del exterior— tenía que haberlo hecho hacía muy poco tiempo, o bien debía vivir en la cueva y podía volver de un momento a otro, y podía encontrarme.

No estaba particularmente asustado. Había extremado mi cautela al descubrir el cuenco, pues uno aprende muy pronto a cuidar de sí mismo; yo había sido educado en un ambiente relativamente seguro, en todo caso así era nuestro valle; pero siempre hay hombres salvajes, hombres solitarios, fuera de la ley y vagabundos con los que hay que contar; y un muchacho que gustaba de su propia soledad, como yo, tenía que estar preparado para defender su piel. Era rudo y fuerte para mi edad; además, tenía mi daga. Iba por los siete años pero esto no me preocupaba: yo era Merlín y, bastardo o no, nieto del rey. Empecé mi exploración.

La siguiente cosa que encontré, a un paso de la pared, fue una caja, encima de la que mis manos identificaron inmediatamente un trozo de hierro, pedernal y yescas, con una enorme y basta vela que olía a sebo de oveja. Junto a estos objetos había una silueta que —increíblemente, pero

palmo a palmo— identifiqué como la piel de un cordero. También había, aquí y allí, unos clavos que aparentemente aguantaban fragmentos de piel. Pero cuando toqué aquellos objetos con delicadeza, descubrí que entre la piel había huesos frágiles: eran murciélagos muertos, clavados en la madera.

Era, en verdad, una cueva con tesoro. No me hubiera excitado más encontrar oro o armas. Lleno de curiosidad, examiné las yescas.

Luego le oí regresar.

Mi primer pensamiento fue que debía haber visto mi potrillo, pero luego adiviné que venía de lo alto de la colina porque el ruido de los guijarros que despeñaba a su paso venía de arriba. Una piedrecilla cayó junto a la fuente, pero luego ya era demasiado tarde. Le oí saltar sobre la hierba baja que había alrededor del agua.

Ahora sólo existía, de nuevo, la paloma; el halcón había desaparecido. Corrí hacia las profundidades de la cueva. Cuando

separó las hierbas que oscurecían la entrada, por un momento aumentó la luz y yo pude ver dónde pisaba. En la parte posterior de la cueva la pared se inclinaba hasta un saliente de la roca a una altura dos veces mayor que yo.

Un rápido relampagueo de la luz del sol reflejada en el espejo me descubrió una cuña de sombra en la roca, encima del saliente de piedra, lo suficientemente grande para ocultarme. Sin hacer ruido, arrastrando las sandalias, me encaramé en el saliente y embutí mi cuerpo en la oscura hendidura, que no era más que un boquete, una raja de la misma roca que aparentaba otra pequeña cueva. Me deslicé en el hueco como una nutria en un banco del río.

Parecía que él no había oído nada. La luz había desaparecido de nuevo tras los helechos que volvían a cubrir la entrada y él se internaba en la cueva. Eran unos pasos firmes, mesurados, lentos.

Si hubiera reflexionado en todo ello supongo que habría llegado a la conclusión de que la cueva permanecería deshabitada por lo menos hasta la puesta de sol, que quienquiera que ocupara aquel sitio debía estar cazando o haciendo cualquier otra cosa y sólo volvería a la caída de la noche. Las candelas no eran necesarias cuando el sol brillaba fuera. Quizás ahora sólo había venido para dejar su caza y pronto se volvería a marchar, dejándome la posibilidad de salir. Confiaba en que no hubiera visto mi potrillo atado en el bosquecillo.

Luego le oía moverse, con la segura precisión de quien conoce a ciegas su morada, hacia la vela y la yesca.

Ni siquiera entonces tuve tiempo de estar asustado; en efecto, sólo tenía tiempo de pensar o de sentir la extrema incomodidad de la cueva en la que estaba embutido. Era pequeña, no mucho mayor que las tinas redondas que se usaban para teñir y de forma muy similar a éstas. El suelo, las paredes y el techo me rodeaban por todas partes, era como estar dentro de un gran globo, pero además, un globo con púas o con su superficie interior recubierta totalmente con pequeños trozos de piedra dentada. Parecía no

haber ni un palmo de superficie lisa, como si aquello fuera un lecho de pedernal; sólo la ligereza de mi peso evitó que me hiriera cuando busqué en la oscuridad un lugar para tumbarme. Encontré un espacio más suave que el resto y me enrosqué allí, me hice tan pequeño como pude; observaba la boca de la cueva, vagamente definida, e iba sacando silenciosamente mi daga de su funda.

Oí el agudo chasquido del pedernal contra el hierro, luego la llama de luz, intensa en la oscuridad. Luego el resplandor más mortecino de la luz de la vela.

Debió ser la llama suave de la candela lo que creí percibir, pero inmediatamente se produjo un relámpago, una conflagración, como si una antorcha ardiera en llamas. La luz se esparcía y deslumbraba, roja, dorada, blanca, intolerable, dentro de mi cueva. Retrocedí de espaldas a aquella luz, espantado, indiferente al dolor que me produjo la carne cortada, como si hubiera resbalado por una pared llena de púas. El globo en donde me encontraba parecía lleno de fuego.

Era, en efecto, un globo, una cámara recubierta de cristales por todas partes. Era fina como el vidrio, suave como el vidrio, pero más clara que cualquier cristal que nunca hubiera visto, brillante como el diamante. Esto fue, en efecto, lo que le pareció en principio a mi mentalidad infantil. Me hallaba en un globo forrado de diamantes, un millón de diamantes deslumbradores, cada cara de cada gema reverberaba con la luz y sus reflejos chocaban entre sí, diamante contra diamante, entrelazándose y formando arco iris, estrellas; parecían la silueta de un dragón escarlata y, más abajo, el rostro de una muchacha con los ojos cerrados... y la luz chocaba contra mí como si fuera a romperme en mil pedazos. Cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos vi que la luz dorada había disminuido y se había concentrado en una parte de la pared no mayor que mi cabeza; desde allí salían brillantes rayos.

En la cueva de abajo reinaba el silencio. El no se había movido; yo ni siquiera había oído el susurro de su ropa.

Entonces la luz se movió. El disco deslumbrante se deslizó, suavemente, a través de la pared de cristal. Estaba temblando. Me apreté contra las rudas piedras intentando escapar de allí. Pero no podía ir a ningún sitio. La luz avanzaba lentamente, la sombra de mis movimientos corría por el globo como un remolino de viento en un charco. La luz se detuvo, menguó, quedó fija y relampagueante en su lugar. Luego desapareció. Pero, extrañamente, la llama de la vela permaneció: una ordinaria luz amarillenta brillaba al otro lado de mi refugio.

—Sal de ahí.

La voz del hombre, sin ser alta, sin tener el tono con que mi abuelo gritaba sus órdenes, era clara y breve, con todo el misterio del mando. No se me ocurrió desobedecer. Repté por entre los puntiagudos cristales y crucé el hueco. Luego me levanté lentamente, apoyé la espalda contra la pared, la daga dispuesta en mi mano y miré hacia abajo.

Capítulo VI

Estaba de píe entre la vela y yo. Una enorme figura (eso me pareció) vestida con una larga túnica de tejido casero, color marrón. La luz de la vela rodeaba su pelo con un halo, su pelo que parecía gris; llevaba barba. No pude ver su expresión, y su mano derecha permanecía oculta entre los pliegues de su túnica.

Esperé cautelosamente.

De nuevo habló, siempre en el mismo tono:

—Tira tu daga y acércate.

—Cuando pueda ver tu mano derecha —le dije.

Me la enseñó, la palma hacia arriba: estaba vacía. Luego dijo gravemente:

—Estoy desarmado.

—Entonces quítate de mi camino —dije; y salté.

La cueva era ancha y él estaba a un lado. Mi salto me hizo ganar tres o cuatro pasos hacia la salida antes de que él pudiera haber dado más que uno. Pero de hecho ni siquiera se movió. Cuando hube llegado a la boca de la cueva y retirado las ramas colgantes, oí sus risas.

Desde donde me hallaba, con la luz que entonces llenaba la cueva, pude verle claramente. Era viejo, con el pelo gris en la coronilla y en los costados, que le caía hasta cubrirle las orejas; la barba, también gris, era áspera y tiesa. Tenía las manos callosas y moteadas de suciedad, pero debían haber sido finas, de largos dedos. Ahora las venas las surcaban, hinchadas como gusanos. Pero fue su cara lo que más llamó mi atención: era delgada, cavernosa como una calavera, con una frente grande y curvada, pobladas cejas grises que le caían sobre los ojos en los que no pude distinguir ninguna traza de edad. Los tenía entreabiertos, grandes, de un color gris curiosamente claro. Nariz delgada y puntiaguda, boca casi sin labios, muy abierta a causa de su risa, que dejaba a la vista una dentadura asombrosamente sana.

—Vuelve. No tienes por qué temer.

—No tengo miedo. —Dejé que los helechos recuperaran su caída normal y caminé hacia él, no sin jactancia; me detuve a poca distancia del hombre—. ¿Por qué había de tener miedo? ¿No sabes quién soy?

Me miró durante unos segundos, aparentando reflexionar:

—Deja que te mire. Pelo largo, ojos oscuros, el cuerpo de un

danzarín y las maneras de un joven lobo... ¿o quizá de un joven halcón?

Mi daga cantó en mi cadera:

—¿Entonces, me-reconoces?

—Debo decir que sabía que vendrías algún día y que hoy sabía que había alguien aquí. ¿Qué crees que me ha hecho volver tan pronto?

—¿Cómo has sabido que había alguien? ¡Ah, ya sé! Has visto los murciélagos.

—Quizá.

—¿Salen siempre de esta manera?

—Sólo delante de extraños. Tu daga, señor.

Volví a dejarla en mi cinturón.

—Nadie me llama señor. Soy un bastardo. Esto significa que me pertenezco a mí mismo y a nadie más. Me llamo Merlín..., pero tú ya lo debes saber.

—Y yo me llamo Galapas. ¿Tienes hambre?

—Sí —dije dubitativamente, pues recordé la piel de cordero y los murciélagos muertos.

El hombre comprendió asombrosamente mi pensamiento. Sus ojos grises parpadearon.

—¿Fruta y pastel de miel? ¿Y agua dulce de la fuente? ¿Qué cosa mejor puedes comer, ni siquiera en la casa del rey?

—Me gustaría poder comer esas cosas en la casa del rey a estas horas del día —dije sinceramente—. Gracias, señor, me sentiré honrado de comer contigo.

El sonrió:

—Nadie me llama señor. Y tampoco pertenezco a nadie. Sal y siéntate un rato al sol; en seguida te traeré la comida.

Sacó manzanas, cuya vista y sabor eran exactamente iguales que las manzanas del huerto de mi abuelo; le lancé una mirada oblicua, lo observé a la luz del sol, preguntándome si le había visto alguna vez por la orilla del río o en algún lugar del pueblo.

—¿Tienes esposa? —pregunté— ¿Quién hace los pasteles de miel? Son muy buenos.

—No tengo esposa. Ya te he dicho que no pertenezco a ningún hombre, ni a ninguna mujer. Ya verás, Merlín, cómo los hombres y también las mujeres intentan ponerte barreras toda la vida, pero tu saltarás esas barreras, las doblegarás o las destruirás hasta que las pongas tú mismo y consientas en dormir a su sombra... Estos pasteles de miel los ha hecho la mujer del pastor; hace suficientes para tres y siempre es bueno hacer un poco de caridad.

—¿Eres ermitaño, entonces? —le pregunté—. ¿Quizá seas un santo?

—¿Tengo cara de santo?

—No.

Era cierto. Los únicos hombres que temía en aquella época eran los solitarios santones que a veces vagaban, rezaban y pedían limosna por el pueblo; hombres estrafalarios, arrogantes, molestos, con una luz de locura en sus ojos; hombres que desprendían un olor que yo asociaba con los montones de despojos que se acumulaban fuera de los mataderos. A veces era muy difícil saber a qué dios servían. Se rumoreaba que algunos de ellos eran druidas, que oficialmente estaban fuera de la ley, si bien en Gales, en el campo, podían practicar sin demasiadas dificultades. Muchos eran seguidores de los antiguos dioses: las divinidades locales que incluso variaban de popularidad según la estación. Sus rezos tendían a rendir homenaje, de vez en cuando, a los dioses de los lugares en que los creyentes eran más ricos.

Incluso los cristianos lo hacían a veces, pero generalmente se podían distinguir los verdaderos cristianos porque eran los más sucios. Los dioses romanos y sus sacerdotes permanecían sólidamente anclados y resguardados en sus templos, pero asimismo cumplían muy bien sus adoraciones. La Iglesia miraba con malos ojos a aquellos individuos, pero no podía evitarlos totalmente.

—Hay un dios en la fuente —aventuré.

—Sí, Myrddyn. Este dios me presta su fuente, su colina y su cielo lleno de luz, y, en señal de agradecimiento, yo le doy lo que le corresponde. No hay que descuidar a los dioses del lugar, cualesquiera que sean. Al final, todos son uno solo.

—Si no eres un ermitaño, ¿qué eres, entonces?

—De momento, un maestro.

—Yo tengo un tutor. Es de Massilia, pero en realidad ha vivido en Roma. ¿A quién enseñas tú?

—Hasta ahora a nadie. Soy viejo, estoy cansado y he venido aquí para estar solo y estudiar.

—¿Por qué tienes murciélagos muertos, dentro de la cueva?

Le miré fijamente.

—¿Estudias murciélagos? ¿Cómo lo haces?

—Estudio cómo están hechos, cómo vuelan, cómo se aparejan y cómo se alimentan. Cómo viven. Y no solamente los murciélagos, sino también otros animales, los peces y las plantas, los pájaros, todo cuanto veo.

—¡Pero eso no es de estudiar! —le miré, perplejo—. Demetrius, mi tutor, me dice que observar lagartijas y pájaros es soñar y perder el tiempo. Sin embargo, Cerdic, un amigo mío, me dice que estudie las palomas.

—¿Por qué?

—Porque son rápidas y listas, porque saben cuidarse de sí mismas. Porque sólo dejan dos huevos y aunque todo el mundo las cace, hombres, animales y halcones, siempre hay más palomas torcaces que nunca.

—Y no pueden encerrarlas en jaulas —el hombre bebió un poco de agua y me miró—. Así que tienes un tutor. Así pues, debes saber leer.

—Naturalmente.

—¿Sabes leer griego?

—Un poco.

—Entonces ven conmigo.

Se levantó y entró en la cueva. Le seguí, encendió de nuevo la vela —la había apagado para no malgastarla— e iluminó la caja. Dentro había montones de pergaminos, más rollos juntos de los que yo imaginaba que debía haber en el mundo entero. Le observé mientras él seleccionaba uno, cerraba la tapa cuidadosamente y lo desenrollaba.

—Este.

Con alegría observé la clase de rollo que era. Un dibujo, de trazos delgados pero bien definidos, del esqueleto de un murciélago. A lo largo del dibujo, en claras letras griegas, había escritas unas frases que yo, inmediatamente, olvidando la presencia de Galapas, empecé a deletrear.

Al cabo de unos minutos el hombre me puso la mano sobre mi hombro.

—Tráelo fuera.

Arrancó los clavos que aguantaban uno de los cuerpos disecados y lo colocó cuidadosamente en la palma de su mano. Me ordenó:

—Apaga la vela. Vamos a mirarlo juntos.

Y así, sin más preguntas, sin ninguna ceremonia, empezó mi primera lección con Galapas.

Sólo cuando el sol, al bajar detrás de una de las paredes del valle, extendió una larga sombra en el declive, recordé la otra vida que me esperaba y lo lejos que había llegado aquel día. Di un brinco.

—¡Tengo que irme! Demetrius no dirá nada, pero si llego tarde a cenar me preguntarán dónde he estado.

—¿Y por qué no intentas decirles la verdad?

—No, porque entonces no me dejarían volver.

Sonrió pero no hizo ningún comentario. Dudo si entonces me di cuenta de la calma en que se había desarrollado aquella entrevista; ni me había preguntado cómo había venido ni por qué. Y como niño que era, tomé su delicadeza como una concesión y, a mi vez, por educación, le pregunté:

—Puedo volver otra vez, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Yo... Es difícil decir cuándo. Nunca sé cuándo podré marchar... Quiero decir, cuándo estaré libre de nuevo.

—No te preocupes. Yo sabré cuándo tengas que venir, y estaré aquí.

Estaba enrollando el pergamino con sus dedos largos y afilados.

—De la misma manera que he sabido que hoy estabas aquí.

—¡Oh! Ya entiendo. ¿Quieres decir que tengo que entrar en la cueva y hacer salir a los murciélagos?

—Si así lo quieres…

Sonreí encantado:

—Nunca he conocido a nadie como tú. ¡Hacer señales de humo con murciélagos! Si lo cuento, nadie lo creerá, ni siquiera Cerdic.

—No tienes que contárselo a nadie; ni a Cerdic.

Asentí con la cabeza:

—De acuerdo. A nadie. Bueno, debo irme. Adiós Galapas.

—Adiós.

Y así fue durante los días y los meses que siguieron. Siempre que podía, una vez y en ocasiones dos veces a la semana, corría hasta la cueva. Ciertamente, Galapas parecía saber cuándo iba a ir, pues casi siempre le encontraba esperándome con los pergaminos fuera de la cueva, y, si no había señales de él, hacía salir, como habíamos convenido, los murciélagos de la cueva y esto era como una señal de humo que le hacía venir. Algunas semanas después, los animales ya se habían acostumbrado a mí y era necesario que les lanzara, con buena puntería, dos o tres piedras para hacerlos salir. Pero después ya no tuve que hacerlo: la gente del palacio se acostumbró a mis ausencias y dejaron de preguntarse dónde estaba; entonces nos fue posible concertar, entre Galapas y yo, nuestros encuentros de un día para otro.

Moravick me dejaba cada vez más libre, sobre todo desde que hubo nacido el bebé de Olwen a finales de mayo; y cuando nació el hijo de Camlach, en septiembre, se estableció firmemente en la habitación de los niños como su niñera oficial, abandonándome tan súbitamente como un pájaro abandona su nido. Cada vez veía menos a mi madre, que parecía contenta de pasar el tiempo con sus damas y así yo regulaba mi presencia entre Demetrius y Cerdic. Demetrius tenía sus propias razones para agradecer un día libre de vez en cuando y Cerdic era mi amigo. Desensillaba el sudoroso potrillo lleno de barro, sin preguntar nada o bien haciendo un comentario acerca de que consideraba como un juego lo que yo hubiera estado haciendo. Ahora tenía una habitación para mí solo, excepto que la compartía con el perro, que pasaba las noches conmigo para guardarme, como en los viejos tiempos, sin que yo supiera contra qué debía protegerme. Yo no tenía miedo, estaba tranquilo. El país estaba en paz; sólo había los perennes rumores de invasión desde la Pequeña Bretaña; Camlach y su padre estaban de acuerdo: yo mantenía todas las apariencias de aceptar gustosamente el título de sacerdote y, por lo tamo, cuando mis lecciones con Demetrius acababan era libre de ir adonde quisiera.

Nunca vi a nadie más en el valle. El pastor sólo vivía allí en verano, en una pobre cabaña de madera. No había más habitantes, y el sendero que se

extendía detrás de la cueva de Galapas sólo lo usaban las ovejas y los ciervos; no llevaba a ninguna parte.

Galapas era un buen maestro y yo un rápido alumno, pero en realidad apenas me daba cuenta del tiempo durante sus lecciones. Dejamos las lenguas y la geometría para Demetrius, y la religión para los curas de mi madre; con Galapas todo se resumía a escuchar lo que él me narraba. Siendo joven había viajado al otro confín de la tierra, a Etiopía, a Grecia y a Germania, por todo el Mar Medio y había visto y aprendido cosas extrañas. También me enseñaba cosas prácticas: cómo conocer hierbas y secarlas para guardarlas; cómo usarlas para medicinas y cómo destilar drogas refinadas, incluso venenosas. Me hizo estudiar animales, pájaros y —con los pájaros y las ovejas muertas que encontramos en la colina, y también con un ciervo— aprendí los órganos y los huesos del cuerpo. Me enseñó cómo detener una hemorragia, cómo colocar un hueso roto, cómo extirpar la gangrena y cómo purificar una herida para que cicatrizara; incluso —pero eso fue más adelante— me enseñó a colocar la carne y los tendones en su sitio y a coserlos con hilo mientras el animal permanecía aturdido con humos. Recuerdo que el primer hechizo que me enseñó fue cómo quitar las verrugas; es tan fácil que hasta una mujer puede hacerlo.

Un día sacó un pergamino de la caja y lo desenrolló.

—¿Sabes qué es esto?

Estaba acostumbrado a los diagramas y a los dibujos, pero aquél era un dibujo de algo que yo no conocía. La escritura estaba en latín y reconocí palabras como Etiopía, Islas afortunadas y en una esquina de la parte superior, Bretaña. Las líneas parecían garabateadas en todas partes y por toda la superficie del dibujo se veían trazos de montículos, como un campo en el que los topos hubieran trabajado.

—Esto, ¿son montañas?

—Sí.

—¿Es un dibujo del mundo?

—Es un mapa.

Nunca había visto un mapa. Al principio no entendí cómo era, pero a medida que Galapas hablaba comprendí que el mundo estaba allí como si lo viera un pájaro, con caminos y ríos semejantes a los hilos que teje una araña, o como las líneas que deja una abeja en la flor. Cuando un hombre encuentra una corriente que conoce y la sigue a través de parajes salvajes, así, como un mapa, es posible ir de Roma a Massilia, o de Londres a Caerleon sin tener que preguntar a nadie el camino ni buscar los mojones. Este arte había sido descubierto por el griego Anaximandro, aunque había quien decía que los egipcios ya lo conocían. El mapa que me enseñaba Galapas era una copia de uno que había hecho Ptolomeo de Alejandría. Cuando me lo hubo explicado todo, me hizo sacar mi tablilla y hacer un mapa de mi país.

Cuando lo tuve hecho lo miró y dijo:

—Esto es el centro, ¿qué es?

—Maridunum —dije sorprendido—. Mira, aquí está el puente y el río, éste es el camino que atraviesa la plaza del mercado y las puertas del cuartel están aquí.

—Ya lo veo. Pero no he dicho tu pueblo, Merlín, he dicho tu país.

—¿Todo Gales? ¿Y yo qué sé de lo que hay más allá de las colinas si nunca he ido más lejos de aquí?

—Te enseñaré.

Dejó mi tableta a un lado, tomó un bastón grueso y empezó a dibujar en el polvo, explicando lo que hacía. Lo que dibujó para mí fue un mapa de silueta triangular, no solamente Gales sino Bretaña entera, incluso la tierra salvaje, al otro lado del Wall, en donde vivían los salvajes. Me señaló las montañas, los ríos, los caminos y los pueblos, Londres y Calleva, los lugares que se arracimaban en el sur, los pueblos y las fortalezas que estaban al final de la red de caminos a lo largo del Wall. Hablaba de todo ello como si se tratara de un solo país, si bien yo hubiera podido decirle los nombres de los reyes de una docena de lugares que él mencionó.

Sólo recuerdo esto por lo que vino después.

Poco tiempo después, cuando llegó el invierno y las estrellas salían temprano, me enseñó sus nombres y sus poderes y me explicó que se podían hacer mapas de estrellas de la misma manera que se hacían mapas de caminos y pueblos. Me dijo que los astros hacían música al moverse. Galapas no sabía música, pero cuando supo que Olwen me había enseñado, me ayudó a hacerme un arpa. Supongo que debió salir un instrumento bastante basto, pequeño, hecho con las varas curvadas de los sauces rojos del Tywy y, por cuerdas, pelos de la cola del pony, aunque el arpa de un príncipe (dijo Galapas) debería tener las cuerdas de oro y plata. Pero claveteé el pedal con monedas de cobre, hice las llaves y las clavijas de huesos pulidos, y finalmente, grabé un halcón en la tabla de armonía: era un instrumento más bonito que el de Olwen. Verdaderamente, era tan regio como el suyo y producía un dulce murmullo que parecía arrancar canciones del aire mismo. Lo guardaba en la cueva, aunque Dinias me dejara tranquilo en aquella época, pues se estaba convirtiendo en un guerrero mientras que yo sólo era un mocoso estudiante. No quise que nadie del palacio me guardara aquel tesoro y mucho menos podía esconderlo en el baúl de la ropa; en todo caso, el arpa era demasiado grande y no cabía allí. En casa ya tenía la música de los pájaros que trinaban en el peral, y Olwen todavía cantaba de vez en cuando. Y cuando los pájaros estaban silenciosos y el cielo estaba cuajado de luz, escuchaba la música de las estrellas. Pero nunca alcancé a oírla.

Un día, cuando tenía doce años, Galapas me habló de la cueva de cristal.

Capítulo VII

Es comúnmente sabido que, entre los niños, a menudo no se mencionan aquellas cosas que consideran más importantes. Es como si el niño reconociera, por instinto, las cosas que son demasiado grandes para él y las guardara en su pensamiento, alimentándolas con su imaginación hasta asumir proporciones increíbles o grotescas que pueden convertirse en objeto de magia o de pesadillas.

Así ocurrió con la cueva de cristal.

Nunca había hablado a Galapas de mi primera experiencia en la cueva. Incluso me resultaba difícil admitir lo que había ocurrido; sueños, me decía a mí mismo, recuerdos de algún otro recuerdo oculto, sólo invenciones de la mente, como la voz que me había hablado de Corlan o el descubrimiento del veneno en el albaricoque. Y como que Galapas nunca mencionaba la cueva interior y, además, el espejo quedaba fuera de la vista cuando yo estaba allí, no dije nada.

Subí a verlo un día de invierno en que la escarcha hacía relucir y crujir el suelo; mi potrillo resoplaba y lanzaba vaho como un dragón. Iba rápido, sacudía la cabeza y tiraba de las bridas, lanzándose a un galope corto cuando le dirigí hacia el bosque, a lo largo del alto valle. Ya había dejado el potrillo de mi infancia, aquel gentil animal color crema, y estaba orgulloso de mi pequeño potro galés gris, que yo llamaba Áster. Era un caballo de montaña de raza galesa, robusto, ligero y muy hermoso, de morro estrecho y fino, de orejas pequeñas y un fuerte arco del cuello. Corría rápidamente por las colinas donde sus antepasados fueron aparejados con los caballos que los romanos trajeron del este. Áster había sido cazado y traído por mi primo Dinias, que había cabalgado con él durante dos años y después lo había dejado por un caballo de guerra. Me fue muy difícil de manejar; tenía unas maneras muy rudas y la boca destrozada, pero su caminar era majestuoso después del trotecillo al que me acostumbré, y una vez que me hubo perdido el miedo, me tuvo gran afición.

Durante mucho tiempo pensé en fabricar un cobijo para que pudiera guarecerse en invierno, cada vez que subíamos a la cueva. Los helechos crecían contra el despeñadero de debajo de la cueva, muy fuertes en las partes más gruesas; Galapas y yo cargamos piedras para hacer una especie de corral cuya pared trasera fuera el citado despeñadero. Después de haber extendido ramas secas por las paredes y cubierto el techo; después de haber cargado unas cuantas brazadas de maleza, el corral no sólo era un sólido refugio sino que resultaba invisible a las miradas casuales. Aquella necesidad de secreto era otra de las cosas de las que nunca hablaba abiertamente; comprendí, sin necesidad de que me lo dijera, que Galapas me estaba ayudando de alguna manera a contrariar los planes que Camlach se había hecho acerca de mí; por lo tanto —aunque a medida que el tiempo pasaba, podía actuar casi completamente a mis anchas—, tomé todas las precauciones para no ser descubierto, siguiendo una docena de caminos

diferentes para llegar al valle e inventándome una veintena de historias para explicar el tiempo que pasaba en la cueva.

Dejé a Áster en el corral, le quité la silla y las bridas y las colgué, saqué forraje del saco de montar, cerré la entrada con unas ramas y me dirigí rápidamente hacia la cueva.

Galapas no estaba, pero era evidente que no hacía mucho que se había ido, porque el fuego que había junto a la entrada todavía caldeaba. Lo aticé hasta que se elevaron unas llamas y luego me coloqué junto a la hoguera con un rollo. Aquel día no habíamos concertado ninguna cita pero, como que tenía mucho tiempo, no me preocupé de los murciélagos y leí pacíficamente durante un rato.

No sé qué me ocurrió aquel día, entre todos los días que había estado solo allí, que súbitamente dejé el libro y me adentré en la cueva, pasé el espejo oculto y miré la hendidura a través de la cual había reptado hacía cinco años. Me dije que sólo sentía curiosidad por comprobar si era corno lo recordaba o si los cristales, como las visiones, eran inventos de mi imaginación: cualquiera que fuera la razón, escalé rápidamente hasta el anaquel, me arrastré sobre las manos y las rodillas y me introduje en la cueva.

Estaba oscuro, frío, y el fuego de la cueva mayor no arrancaba ningún resplandor de las paredes. Repté cautelosamente hacia adelante hasta que mis manos tocaron los puntiagudos cristales. Todo era real. Entonces, aún sin admitir mi apresuramiento, con un ojo en la boca de la cueva mayor y el oído atento a la llegada de Galapas, bajé del saliente, arranqué de un tirón el justillo de cuero de montar que antes había colgado y, regresando rápidamente a la cueva, lo introduje dentro de la ranura y empecé a reptar.

Con el cuero extendido sobre el suelo, el globo resultaba relativamente cómodo. Me tumbé calladamente. El silencio era completo. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad pude ver el reflejo gris de los cristales, pero no había ninguna señal de la mágica luz de la otra vez.

Debía haber alguna rendija en la roca puesto que había una ligera corriente de aire frío. Y con el aire llegó el sonido que estaba esperando: los pasos de alguien que se acercaba por encima de las rocas escarchadas...

Cuando Galapas entró, unos minutos después, yo estaba sentado junto al fuego, el justillo de montar enrollado a un lado; contemplaba el pergamino.

Media hora antes del anochecer dejamos nuestros libros. Pero no inicié ningún movimiento para marcharme. Ahora el fuego chisporroteaba, llenaba la cueva de calor y de luz parpadeante. Permanecimos en silencio durante un rato.

—Galapas, quiero preguntarte algo.

—¿Sí?

—¿Recuerdas el primer día que vine aquí?

—Perfectamente.

—Tú sabías que iba a venir. ¿Me esperabas?

—¿Te dije eso?

—Sabes que sí. ¿Cómo lo supiste?

—Te vi en la cueva de cristal.

—¡Oh, eso ya lo sé! Moviste el espejo y por eso la luz de la vela me envolvió; viste mi sombra. Pero no te preguntaba eso. Quería decir, ¿cómo adivinaste que iba a venir al valle aquel día?

—Esa es la pregunta que he contestado, Merlín. Supe que ibas a venir aquel día porque, antes de que vinieras, te vi en la cueva.

Nos miramos en silencio. Las llamas parpadeaban entre nosotros, arrastradas por la ligera corriente que sacaba el humo de la cueva. No sabía qué contestar. Sólo acerté a asentir. Era algo que ya me había imaginado. Al cabo de un rato, dije simplemente:

—¿Quieres enseñarme?

Me miró durante un momento y luego se levantó.

—Sí, ya ha llegado la hora. Enciende la vela.

Le obedecí. La lucecilla creció dorada y atravesó las sombras producidas por el parpadeo de las llamas.

—Quita la manta del espejo.

Tiré de ella y cayó sobre mis brazos como un montón de lana.

—Ahora sube al saliente de la roca y recuéstate.

—¿Sobre el saliente?

—Sí. Túmbate boca abajo con la cabeza hacia la hendidura, así podrás ver dentro.

—¿No debo entrar?

—¿Con el justillo de montar, para estar más cómodamente?

Estaba a medio camino del saliente. Me volví hacia él y vi que sonreía.

—Eso no vale, Galapas, lo sabes todo.

—Algún día podrás ir a donde yo no podré seguirte, ni siquiera con mi visión. Ahora, estate callado y observa.

Me tumbé en el saliente. Era ancho y llano y me pareció bastante cómodo; me serví de mis brazos como almohada, y miré hacia el interior de la pequeña cueva.

Debajo de mí, Galapas dijo suavemente:

—No pienses en nada. Tengo el poder en mis manos; todavía no es para ti. Ahora solamente observa.

Le oí que retrocedía hacia el espejo.

La cueva era más grande de lo que había imaginado. Se alargaba hasta donde ya no podía ver y el suelo era liso y blando. Me había

equivocado acerca de los cristales; la luz que reflejaba la antorcha venía sólo de los charcos del suelo y en un lugar de la pared se deslizaba un hilillo de humedad que revelaba la existencia de una fuente en algún lugar de arriba.

Las antorchas, torcidas dentro de las grietas de la pared, eran reducidas, en realidad eran trozos de paño embutidos dentro de cuernos —los desechos de otros talleres—. Ardían sombríamente en el aire estancado. Sin embargo, el lugar era frío, pero los hombres trabajaban desnudos, excepto el taparrabos, y el sudor les resbalaba por la espalda mientras picaban la roca con golpes incesantes que no hacían ruido; pero se podía ver el movimiento de sus músculos debajo del reluciente sudor. Debajo de un saliente de la pared, a la altura de la rodilla, en un charco producido por una filtración, dos hombres martilleaban la roca, a dos dedos de su rostro, con golpes cortos y fatigosos. En la muñeca de uno de ellos vi una antigua marca.

Uno de los mineros, con el rostro oculto, estaba tosiendo; luego, con un movimiento de sus hombros sofocó la tos y volvió al trabajo. La luz de la cueva aumentó, procedente de una abertura cuadrada como una puerta y que daba a un túnel curvado por el que se acercaba una antorcha..., una antorcha de verdad.

Aparecieron cuatro muchachos, llenos de polvo y desnudos como los demás, cargados con profundos cestos; tras ellos entró un hombre con una túnica marrón manchada de humedad. Llevaba la antorcha en una mano y en la otra una tablilla; se quedó parado, frunciendo las cejas, mientras los muchachos corrían con sus cestas hasta la pared y empezaban a llenarlas con las piedras caídas. Al cabo de un rato, el capataz se acercó a la pared y la estudió, con la antorcha levantada. Los mineros se enderezaron y parecieron agradecidos por el respiro; uno de ellos habló con el capataz del otro extremo de la cueva.

Los muchachos ya habían llenado sus cestas y las arrastraban lejos de la pared. El capataz se encogió de hombros e hizo una mueca, se sacó una moneda de plata de su bolsa y, con un gesto de quien está muy acostumbrado a hacerlo, la echó al aire. Los trabajadores se inclinaron para ver. Entonces el hombre que había hablado se volvió hacia la pared y clavó en ella el pico.

La filtración se dilató, se levantó una nube de polvo, llegó el agua.

—Bebe esto —dijo Galapas.

—¿Qué es?

—Uno de mis brebajes. Es bastante bueno. Bébelo.

—Gracias, Galapas, la cueva es de cristal... La... la había soñado diferente.

—No pienses en ello ahora. ¿Te encuentras bien?

—Muy extraño... No puedo explicarlo. Me siento bien, sólo que me duele la cabeza, pero estoy... vacío, como una concha sin el caracol. No, como una caña sin el meollo.

—Que silba con el viento, sí. Acércate al fuego.

Cuando me senté en mi sitio de antes, con una copa entre las manos, me preguntó:

—¿Dónde estabas?

Le expliqué lo que había visto, pero cuando le pregunté qué significaba y lo que sabía él, sacudió la cabeza.

—Creo que esto ya no está en mi poder. No lo sé. Todo lo que sé es que debes terminarte esta bebida rápidamente y marcharte. ¿Sabes cuánto tiempo has estado ahí? La luna ya ha salido.

Di un salto.

—¿Ya? Debe haber pasado la hora de la cena. Si me están buscando...

—No te están buscando. Otras cosas están sucediendo. Ve y compruébalo tú mismo..., y ten por seguro que formas parte de todo ello.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo lo que sé. Ya sabrás lo que significa; ve con el rey, ahora. Toma, no olvides esto —dijo, lanzándome el justillo a los brazos.

Lo agarré y titubeé:

—¿Se va de Maridunum?

—Sí, pero no para siempre. No sé por cuánto tiempo.

—Nunca me lleva con él.

—Exactamente. Los dioses sólo irán contigo, Myrddin Emrys, si tú te pones en su camino. Y esto requiere valor. Ponte el justillo antes de salir; hace frío.

Pasé una mano de la manga y le miré ceñudamente:

—Lo has visto todo y algo de esto está sucediendo realmente y yo... yo estaba mirando en los cristales, con el fuego y he cogido un dolor de cabeza infernal... y todo por nada... Un estúpido sueño de esclavos en una vieja mina. Galapas, ¿cuándo me enseñarás a ver como tú?

—De momento, lo que veo son los lobos que os comen a ti y a Áster, si no vuelves rápidamente a casa.

Reía para sí mismo como si hubiera dicho algo muy gracioso: salí corriendo de la cueva y ensillé el potro.

Capítulo VIII

Sólo lucía un cuarto de luna y su luz apenas iluminaba el camino.

El potro trotaba para calentarse la sangre y tiraba de las riendas más que nunca, las orejas estiradas hacia casa como si oliera su cena. Tuve que golpearle para dominarlo, porque el camino estaba helado y tenía miedo de caer, pero confieso que —con las últimas palabras de Galapas que me resonaban en mi cabeza— le dejé bajar la colina, a través de los árboles, a una marcha demasiado rápida para ser segura, hasta que llegamos al molino y cogimos el camino de sirga.

Por allí se veía mejor. Le clavé los talones y le hice galopar el resto del camino.

Tan pronto como tuve a la vista el pueblo, comprendí que algo ocurría. El camino estaba desierto —las puertas del pueblo debían estar cerradas desde hacía rato—, pero el pueblo estaba lleno de luces. Dentro de las murallas parecía que las antorchas ardían en todas partes y se oían gritos y ruidos de pasos. Me deslicé de la silla ante la puerta del corral preparado para encontrarla cerrada, pero al empujarla, la puerta se abrió y Cerdic, con un farol medio oculto en su mano, me hizo señas para que entrara.

—Te he oído llegar. He estado esperándote toda la tarde. ¿Dónde estabas, muchacho? Debe haber sido muy buena contigo, esta noche...

—¡Oh, sí, lo ha sido! ¿Han preguntado por mí? ¿Me han echado de menos?

—No, que yo sepa. Han tenido muchas otras cosas en qué pensar, esta noche. Dame las riendas; por ahora, dejaremos el potro en el granero. Hay demasiado movimiento en el corral grande.

—¿Por qué? ¿Quién se marcha? He oído el ruido a una milla de distancia. ¿Es que hay guerra?

—Peor todavía. Y puede terminar mal. Ha llegado un mensaje: el Gran Rey va a Segontium y va a quedarse allí una semana o dos. Tu abuelo se marcha mañana; por lo tanto, todo debe quedar perfectamente a punto.

—Ya entiendo —le seguí al granero y lo observé mientras desensillaba; medio ausente, cogí un manojo de paja para el caballo y se la tendí por encima de la silla—. ¿El Rey Vortigern en Segontium? ¿Por qué?

—Para contar cabezas, dicen. Dejó escapar la risa al empezar a acomodar al potro.

—¿Quieres decir para llamar a sus aliados? Entonces es que se habla de guerra.

—Siempre se habla de guerra desde que Ambrosius está en la pequeña Bretaña con el rey Budec a sus espaldas; y se recuerdan cosas de las que es mejor no hablar.

Asentí. No podía recordar con precisión cuándo me lo contaron, porque nadie lo decía en voz alta, pero todo el mundo sabía la historia de cómo el Gran Rey había conseguido el trono. Había sido regente del rey Constantius que había muerto de repente; los hermanos menores del rey no habían esperado a probar si los rumores de asesinato eran verdaderos o falsos: habían huido a la Pequeña Bretaña, junto a su primo Budec, dejando el reino en manos del Lobo y de sus hijos. Más o menos cada año, volvían a surgir los rumores: que el rey Budec estaba armando a los dos jóvenes príncipes, que Ambrosius había ido a Roma, que Uther era mercenario al servicio del emperador de Oriente o que se había casado con la hija del rey de Persia, que los dos hermanos tenían un ejército de cuatrocientos mil hombres, que invadirían la Gran Bretaña y la arrasarían de punta a punta, o que vendrían en son de paz, como arcángeles, y expulsarían a los sajones de las costas orientales sin un solo golpe. Pero ya habían pasado más de veinte años y no había ocurrido nada de todo aquello. La vuelta de Ambrosius ya se explicaba como si se hubiera verificado como una leyenda, de la misma manera que se había hablado de la vuelta de Bruto y los troyanos cuatro generaciones después de la caída de Troya, o del viaje de José a Thorny Hill, cerca del Avalon. O como la Segunda Vuelta de Cristo (a pesar de que cuando lo repetí a mi madre se me enfadó tanto que nunca me atreví a repetir la broma).

— ¡Ah, sí! —dije—. Vuelve de nuevo Ambrosius, ¿verdad? En serio, Cerdic, ¿por qué viene el Gran Rey al norte de Gales?

—Ya te lo he dicho. Está haciendo la ronda para colectar un buen puñado de ayudas antes de que llegue la primavera; él y su reina sajona — exclamó y dio una patada en el suelo.

—¿Por qué haces eso? Tú eres sajón.

—Eso fue hace tiempo. Ahora vivo aquí. ¿No fue esa perra la primera que nos traicionó por Vortigern? En todo caso, sabes tan bien como yo que desde que ella se acostó en la cama del Gran Rey los hombres del Norte fueron abandonados como salvajes y ahora él no puede ni combatirlos ni comprarlos. Y si ella es lo que dicen que es, puedes tener por seguro que ninguno de los hijos bien nacidos del rey vivirán para llevar la corona.

Había hablado plácidamente, pero entonces miró por encima de su hombro y de nuevo golpeó el suelo, haciendo la señal:

—Bueno, todo esto ya lo sabes, o deberías saberlo si escucharas más a menudo a tus superiores en lugar de perder el tiempo con libros y cosas por el. estilo, o en lugar de cazar con la gente de la caverna de la colina.

—¿Así, piensas que voy allí?

—Es lo que la gente dice. Yo no pregunto nada. No quiero saber nada. Anda, levántate —dijo al potro y pasó al otro lado del animal, silbando—. Se dice que los sajones han desembarcado de nuevo en el norte de Rutupiae y esta vez exigen demasiado para que Vortigern lo soporte. Habrá lucha cuando llegue la primavera.

—¿Y mi abuelo luchará con él?

—Apostaría a que eso es lo que espera. Bueno, es mejor que te des prisa si quieres cenar. Nadie te verá. La cocina parecía un infierno cuando, hace una hora, he intentado conseguir un bocado.

—¿Dónde está el abuelo?

—¿Y yo qué sé? —Levantó la cabeza hacia mí, por encima del anca del potro.— Y ahora, ¿qué te ocurre?

—Quiero ir con ellos.

—¡Ah! —dijo Cerdic y levantó la horca llena de comida para el potro.

Aquel tono suyo no había sido muy alentador. Yo dije obstinadamente:

—Tengo muchas ganas de ir a Segontium.

—¿Y quién no? Yo también tengo muchas ganas de ir. Pero si estás pensando en pedirle al rey que te lleve... —se interrumpió—. La verdad es que ya es hora de que salgas de aquí y veas algunas cosas... Así se te olvidaría todo eso que tienes en la cabeza. Pero yo de ti no me arriesgaría a pedírselo; nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—¿Por qué no? Todo lo que puede hacer es decir que no.

—¿Eso es todo lo que puede hacer? ¡Por Júpiter! Escuchad al niño. Sigue mi consejo: ve a cenar y acuéstate. Y tampoco intentes hablar con Camlach. Ha tenido una pelea con esa esposa suya y está que ni te le acerques... ¿No puedes comportarte seriamente?

—Los dioses sólo irán contigo, Cerdic, si te pones en su camino.

—Bien, de acuerdo, pero hay dioses que tienen unos cascos respetables para pisotearte. ¿Querrás un entierro cristiano?

—No me importa. Supongo que pronto recibiré el bautismo cristiano, si el obispo gana, pero hasta entonces no seré nada oficialmente.

Cerdic se puso a reír.

—Espero que me quemen cuando llegue mi turno. Bueno, si no quieres escuchar no escuches, pero no te encares con ellos con las tripas vacías, ¿me oyes?

—Te lo prometo —dije, y me fui a cenar. Después de haber comido, me puse una túnica decente y empecé a buscar a mi abuelo.

Me sentí aliviado al ver que Camlach no estaba con él. El rey estaba en su dormitorio, sentado en su gran butaca delante de un fuego de troncos, con sus dos perros dormidos a sus pies. Al principio pensé que la mujer que estaba sentada en la silla de alto respaldo, al otro lado del fuego, era Olwen, la reina, pero luego vi que era mi madre. Estaba cosiendo, pero ahora había dejado caer sus manos en el regazo y la tela blanca yacía sobre su vestido marrón. Se volvió y me sonrió con una mirada de sorpresa. Uno de los perros movió la cola, la sacudió contra el suelo y el otro abrió un ojo y volvió a cerrarlo, enroscándose sobre sí mismo. Mi abuelo me lanzó una mirada ceñuda, pero me dijo con bastante amabilidad:

—Bien, muchacho, no te quedes ahí parado. Entra, entra que hay corriente. Cierra la puerta.

Obedecí y me acerqué al fuego.

—¿Puedo verte, señor?

—Ya me estás viendo. ¿Qué deseas? Coge un taburete y siéntate.

Había uno cerca de mi madre. Lo arrastré lejos de ella, para demostrar que no me amparaba a su sombra y me senté entre los dos.

—¿Y bien? Hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Has estudiado mucho?

—Sí, señor. —Siguiendo el principio según el cual es mejor atacar que defenderse, fui rápidamente al grano: —He... no he estudiado esta tarde, he salido a cabalgar y...

—¿Adonde?

—Por el camino del río. Por nada especial; sólo para entrenarme, y...

—Te has entrenado.

—Sí, señor. Entonces me he encontrado con el mensajero. Me ha dicho que te marchas mañana, señor.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Sólo que me gustaría ir contigo.

—¿Te gustaría? ¿Te gustaría? ¿Qué significa eso, tan de repente?

Una docena de respuestas se me apretujaron en la mente a punto de salir. Me imaginé ver a mi madre que observaba con piedad y comprendí que mi abuelo esperaba con indiferencia e impaciencia, pero también ligeramente divertido. Dije, simple y llanamente, la verdad:

—Es que ya tengo más de doce años y nunca he salido de Maridunum. Y sé que si mi tío se sale con la suya pronto me encerrarán, en este valle o en cualquier otro lugar, para que estudie de sacerdote y, antes de que eso ocurra...

Las terroríficas cejas descendieron...

—¿Estás intentando decirme que no quieres estudiar?

—¡Oh, no! Es lo que más deseo en el mundo. Pero los estudios sirven de más si uno ha visto un poquito de mundo... Es cierto, señor. Si me permitieras ir contigo...

—Voy a ir a Segontium, ¿te lo han dicho? No es ninguna fiesta de cacería; es una larga y dura cabalgada que no permite jinetes flojos.

Mantener mis ojos levantados ante aquella fiera mirada era como levantar un gran peso.

—He estado practicando, señor, y ahora tengo un buen potro.

—¡Ah, sí! El que cazó Dinias. Está bien para tu estatura. No, Merlín, no quiero niños conmigo.

—Entonces dejarás a Dinias.

Oí que mi madre tosía y la cabeza de mi abuelo, siempre levantada, se inclinó hacia mí. Sus puños se agarraron a la carne de mi brazo, pero no me hizo daño.

—Dinias es un hombre —dijo.

—Entonces, ¿irán Mael y Duach contigo, señor? —Eran sus dos pajes, más jóvenes que yo, que iban con él a todas partes.

Mi madre empezó a hablar entrecortadamente, pero mi abuelo la hizo callar con un gesto. Había aprensión en aquellos ojos, debajo de las cejas enmarañadas.

—Mael y Duach me hacen un buen servicio. ¿De qué me servirías tú?

—Hasta ahora te he servido de muy poco. Pero, ¿no te han

dicho que hablo sajón tan bien como el galés y que sé leer griego, y que mi latín es mejor que el tuyo?

—Merlín... —empezó mi madre, pero yo la ignoré.

—Podría añadir el bretón y el cornuallés, pero dudo de que te sirvan de nada en Segontium.

—¿Y puedes darme una buena razón —dijo secamente— para que tenga que hablar en otra lengua que no sea galés con el rey Vortigern, dado que él es de Guent?

Por su tono supe que yo había ganado. Dejé que mi mirada se separara de la suya como si me retirara del campo de batalla. Suspiré y contesté mansamente:

—No, señor.

Dejó oír una gran carcajada y levantó uno de sus pies para dejarlo descansar sobre uno de los perros.

—Bueno, quizás hay mucho de nuestra familia en ti, después de todo y a pesar de tu apariencia. Por fin te has atrevido a entrar en la guarida del lobo cuando te ha dado la gana. De acuerdo, puedes venir. ¿Quién te atiende?

—Cerdic.

—¿El sajón? Dile que prepare pronto tus cosas, vamos a salir con las primeras luces. Bueno, ¿a qué esperas ahora?

—A dar las buenas noches a mi madre. —Me levanté de mi asiento y fui a besarla. No lo hacía muy a menudo y ella me miró con sorpresa.

Detrás de mí, el abuelo dijo secamente:

—No vas a la guerra. Estarás de vuelta dentro de tres semanas. Anda, vete.

—Sí, señor. Gracias. Buenas noches.

Una vez fuera, me quedé en silencio durante más de medio minuto, apoyado en la pared, hasta que mi pulso recobró su normal velocidad y la náusea desapareció de mi garganta. Los dioses sólo irán contigo si te pones en su camino, y esto requiere valor.

Me tragué el malestar, me sequé el sudor de las manos y corrí a buscar a Cerdic.

Capítulo IX

Aquella fue la primera vez que salí de Maridunum. Por aquel entonces me pareció la mayor aventura del mundo: cabalgar en medio del frío del amanecer, cuando las estrellas todavía están en el cielo, y formar parte del grupo leal de hombres que seguían al rey y a Camlach. Al principio, la mayoría de aquellos hombres se mostraban hoscos y estaban medio dormidos. Cabalgamos en silencio; nuestro aliento se helaba en el aire, y los cascos de los caballos resquebrajaban el camino pizarroso. Incluso el campanilleo de los arneses sonaba frío, y yo estaba tan entumecido que apenas notaba las riendas; no podía pensar en nada que no fuera mantenerme sobre el excitado potro para que no me mandaran a casa antes de haber hecho una milla.

Y ahora, puesto que las narraciones de la infancia son tediosas y todavía faltan muchas cosas importantes que contar, voy a pasar tan rápidamente como pueda sobre nuestra excursión a Segontium, que duró dieciocho días. Fue la primera vez que vi al rey Vortigern, que en aquella época era el Gran Rey de la Gran Bretaña desde hacía más de veinte años. Había oído contar muchas cosas de él, cosas ciertas y habladurías. Era un hombre fuerte, como corresponde a quien ha conseguido su trono mediante asesinatos y se ha mantenido en él mediante derramamientos de sangre; pero era un rey fuerte en un tiempo en que era necesaria la fuerza, y la culpa no era totalmente suya si su estratagema de tomar a los sajones como mercenarios para que le ayudaran le había salido al revés, como el filo de una espada resbaladiza, y se hubiera herido a sí mismo. Había pagado, había pagado y luego había batallado; ahora dedicaba gran parte del año a luchar como un lobo para mantener a las hordas en orden a lo largo de las costas sajonas. La gente hablaba de él —con respeto— como de un fiero y sanguinario tirano; de su reina sajona, Rowena, hablaban con odio y la trataban de perra. Pero a pesar de que mi infancia se había alimentado de las habladurías de los esclavos, iba a conocerlo con más curiosidad que miedo.

En cualquier caso, no tenía por qué tener miedo: sólo vi al Gran Rey desde cierta distancia. La indulgencia de mi abuelo sólo llegaba hasta dejarme ir con su comitiva y, una vez llegados, no contaba más —y de hecho mucho menos— que sus pajes Mael y Duach. Fui dejado en el anonimato entre la muchedumbre de muchachos y criados; y puesto que no solía procurarme amigos entre mis contemporáneos, fui dejado de lado. Más tarde agradecí todo aquello: en las pocas ocasiones en que me encontré entre la gente que rodeaba a los dos reyes, Vortigern no me puso los ojos encima y ni mi abuelo ni Camlach recordaron mi existencia.

Permanecimos una semana en Segontium, que los galeses llaman Caer-yn-ar-Von, porque se levanta junto al estrecho de Mona, la isla de los druidas. El pueblo está situado, como Maridunum, en las orillas de un estuario, en donde el río Seint llega al mar. Tiene un espléndido muelle y una fortaleza edificada en un altozano, a una media milla de distancia. La

fortaleza fue edificada por los romanos para proteger el muelle y el pueblo, pero permaneció abandonada durante más de cien años, hasta que Vortigern la hizo reparar. Un poco más abajo, en la misma colina, hay otro fuerte construido, creo, por Macsen, el abuelo del asesinado Constantius, para detener a los invasores irlandeses.

El país era allí más espléndido que en el sur, pero a mis ojos era más aborrecible que hermoso. Quizás, en verano la tierra fuera más verde y más agradable a lo largo del estuario, pero cuando lo vi por vez primera, aquel invierno, las montañas se levantaban detrás del pueblo como nubes tormentosas, con sus faldas grises, con sus bosques desnudos y ventosos y sus picos pizarrosos cubiertos de nieve. Detrás y a lo lejos, la cumbre llena de nubes del Moel-y-Wyddfa, que ahora los sajones llaman Snow Hill o Snowdon. Es la montaña más alta de toda la Gran Bretaña y la sede de los dioses.

Vortigern estaba instalado, con fantasmas o sin fantasmas, en la torre de Macsen. Su ejército —durante aquellos días nunca dio un paso con menos de mil hombres— estaba acuartelado en el fuerte. Del séquito de mi abuelo, los nobles se instalaron con el rey en la torre mientras que la comitiva, entre la cual me encontraba yo, fue alojada bastante bien, aunque con frío, cerca de la puerta oeste del fuerte. Nos trataban con honor; Vortigern no sólo era un lejano pariente de mi abuelo, sino que parecía ser cierto que el Gran Rey estaba —según frase de Cerdic— reuniendo cabezas. Era un hombre moreno, de cara ancha y pelo negro, tan duro y encrespado como el de un cerdo, tirando a gris. Tenía pelos negros en el envés de las manos y en las aletas de la nariz. La reina no estaba con él; Cerdic me había murmurado que no la llevaría a un lugar en que los sajones eran tan mal recibidos. Cuando le repliqué que él era bien recibido porque se había olvidado de que era sajón y se había convertido en un buen galés, se rió y me tiró de la oreja. Supongo que yo no tenía la culpa de ser tan poco regio.

La norma de aquellos días era muy sencilla. La mayoría del tiempo lo pasábamos cazando, hasta que, con la llegada de la noche, regresábamos a las hogueras, bebíamos y nos hartábamos de comer; entonces los reyes y sus consejeros empezaban a charlar y sus tropas jugaban a los dados, se iban con las criadas, se peleaban y practicaban cualquier deporte que quisieran.

No había cazado nunca antes; como deporte, no iba con mi manera de ser; todo el mundo armaba una gran batahola que no acababa de gustarme. Además, era peligroso: había mucha caza al pie de las colinas y algunos jinetes parecían tener sus cuellos en venta; pero no tenía otra posibilidad de conocer el país y, además, quería averiguar por qué Galapas había insistido para que fuera a Segontium. Por consiguiente, cada día salía. Tuve unas cuantas caídas que no me produjeron más que rasguños; intentaba no atraer la atención, buena o mala, de nadie. Tampoco encontré lo que estaba buscando; no vi nada y nada ocurrió, excepto que mejoré como jinete y las maneras de Áster se acoplaron más a mí.

En el octavo día de nuestra estancia, nos preparamos para la vuelta y el Gran Rey nos acompañó con una escolta de cien hombres.

La primera parte del camino pasaba por una garganta umbrosa en la que corría un río, rápido y profundo, en donde los caballos tenían que ir de uno en uno o de dos en dos entre el agua y los despeñaderos. No era un camino peligroso, así que cabalgamos descansadamente; la garganta resonaba con el repiqueteo de los cascos y de las bridas, con las voces de los hombres y el ocasional graznido de los cuervos, que nos observaban por encima de nuestras cabezas. Esos pájaros no esperaban, como algunos días, el sonido de la batalla; yo les había visto seguir a bandas de hombres armados, durante millas, en espera de la colisión y de la muerte.

Pero aquel día cabalgábamos tranquilamente y cerca del mediodía llegamos al lugar en donde el Gran Rey debía dejarnos y regresar. Era en la confluencia de los dos ríos, en donde la garganta se abría en un dilatado valle con riscos llenos de nieve a cada lado y, en el centro, el río de rápida corriente, oscura y crecida a causa de la nieve que allí desembocaba. En el lugar de encuentro de las dos corrientes había un vado, del cual salía una ruta, seca y recta, que subía hacia Tomen-y-Mur.

Nos detuvimos al norte del vado. Nuestros guías regresarían por una profunda cañada, cortada en tres por unos despeñaderos llenos de árboles y matorrales pelados: en verano debía constituir un buen camino, pero en diciembre la escarcha se solidificaba; sin embargo, estaba protegida del viento y el sol llegaba a caldearla. La comitiva se paró para comer y descansar. Los reyes se sentaron aparte, hablando, y cerca de ellos sus respectivos séquitos. Noté que también estaba Dinias. Yo, como de costumbre, no me mezclé con el grupo real, ni con la escolta armada, ni con los sirvientes; llevé a Áster donde estaba Cerdic y empecé a ascender un corto sendero bordeado de árboles, hasta un pequeño hueco en donde pude estar solo y lejos de la vista de los demás. A mi espalda había una roca deshelada por el sol y desde el otro lado me llegaba el ruido sordo de los caballos que pacían, las voces de los hombres, alguna que otra risotada; luego, los rítmicos silencios y cuchicheos me avisaron de que se habían sacado los dados para pasar el tiempo, mientras los reyes completaran su despedida. Un milano volaba por encima de mi cabeza, en el frío aire, el sol iluminaba sus alas y les sacaba reflejos de bronce. Pensé en Galapas y en el espejo de bronce; me preguntaba por qué había venido.

Súbitamente, justo detrás de mí, la voz del rey Vortigern dijo:

—Este camino. ¿Qué te parece?

Me sentí como si me hubieran azotado, pero luego comprobé que él y el hombre con quien estaba hablando estaban al otro lado de la roca que me ocultaba.

—Cinco millas me han dicho, en cualquier dirección...

La voz del Gran Rey disminuyó al alejarse. Oí pasos sobre la escarcha, hojas muertas que crujían y el ruido "de las botas claveteadas sobre una piedra. Se marchaban. Me levanté cuidadosamente y observé por encima de la roca. Vortigern y mi abuelo caminaban juntos, absortos en su charla.

Recuerdo que dudé. Después de todo, ¿qué podían decirse que no pudiera ser dicho en las habitaciones privadas de la torre de Macsen? No

podía creer que Galapas me hubiera hecho venir para espiar sus charlas. Pero, ¿para qué, si no? Quizás el dios en cuyo camino me había puesto me había hecho venir hasta aquella roca, hoy, precisamente para eso. Me puse a seguirlos con desgana.

Al dar el primer paso detrás de ellos una mano cayó sobre mi hombro con dureza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cerdic casi sin aliento.

Me deshice de él violentamente.

—¡Maldito seas, Cerdic! Casi me matas del susto. ¿A ti qué te importa lo que estoy haciendo?

—Estoy aquí para cuidar de ti, ¿recuerdas?

—Sólo porque yo te he traído. Nadie te ha dicho que tengas que vigilarme durante estos días, ¿o sí? —le miré ceñudamente—. ¿Me has seguido antes?

Hizo una mueca:

—Siempre te he dicho la verdad; nunca te he mentido.

Pero yo insistí:

—¿Te ha dicho alguien que me vigilaras, hoy?

—No, pero, ¿sabes quién anda por aquí? Vortigern y tu abuelo. Si se te ha ocurrido la idea de ir tras ellos..., yo de ti lo pensaría de nuevo.

—No iba tras ellos —mentí—, sólo echaba una mirada por aquí.

—Entonces yo echaría la mirada en cualquier otra parte. Han dicho que la escolta esperara abajo. He venido para asegurarme de que lo sabías, eso es todo. Lo han recomendado especialmente; que todo el mundo quedara abajo.

Me senté de nuevo.

—De acuerdo, ahora ya me lo has dicho. Haz el favor de dejarme. Puedes volver a avisarme cuando tengamos que marchar.

—¿Y tendré que volver a subir dentro de un minuto?

Sentí que la sangre me subía a las mejillas.

—Cerdic, te digo que te vayas.

El dijo mansamente:

—Mira, te conozco, te conozco cuando te pones así. No sé qué pasa por tu cabeza, pero cuando hay esta mirada en tus ojos es que alguien va a pasarlo mal, generalmente tú mismo. ¿Qué te ocurre?

—Quien va a pasarlo mal esta vez serás tú si no haces lo que te digo —dije furiosamente.

—No te pongas real conmigo. Sólo intentaba evitarte una paliza.

—Ya lo sé. Olvídalo. Bueno, sí, tengo... tengo algo en la cabeza.

—¿No quieres explicármelo? Durante estos últimos días algo te ha preocupado. ¿Qué es?

—Nada que yo sepa —dije con sinceridad—. Nada que tú puedas solucionarme. Olvídalo. ¿Han dicho los reyes a dónde iban? ¿No podrían haber hablado en Segontium, o durante el camino?

—Han ido a la cumbre del despeñadero. Allí hay un lugar desde donde se ve todo el valle. Han dicho que hay una vieja torre llamada Dinas Brenin.

—¿Un fuerte real? ¿Es muy grande la torre?

—Ahora solamente es un montón de piedras. ¿Por qué?

—Por… nada. ¿Cuándo iremos hacia casa, entonces?

—Dentro de una hora, han dicho. Oye, ¿por qué no te vienes conmigo y te introduciré en un juego de dados?

—No, gracias. ¿Te he hecho dejar tu juego? Lo siento —dije secamente.

—No tiene importancia. De todas formas estaba perdiendo. De acuerdo, te dejo solo, pero no vayas a hacer ninguna tontería, ¿eh? Ten juicio, no te olvides de lo que te dije de las palomas.

Y en aquel momento una paloma torcaz cruzó como una flecha con un revoloteo de alas que levantó y esparció escarcha como una estela. Justo detrás de ella, un poco más arriba, a punto de atacar volaba un halcón.

La paloma ascendió un poco al encontrarse con el despeñadero, rozándolo como una gaviota roza las olas, y se lanzó hacia un soto, cerca de la entrada de la cañada. Volaba a casi un pie del suelo y era muy peligroso para el halcón intentar atacarla, pero debía de estar hambriento porque cuando, la paloma llegaba al lindero del soto, cayó sobre ella.

Un chillido, un orgulloso kiu-ik-ik del halcón, un batir de alas y luego nada. Unas cuantas plumas cayeron lentamente, como nieve.

—¡La ha cogido!

Empecé a correr hacia allí. Era obvio lo que había ocurrido: ambos pájaros, entrelazados, se habían lanzado hacia el soto y habían chocado contra el suelo. A juzgar por el silencio, era probable que los dos estuvieran allí, aturdidos.

El seto casi cubría una parte del despeñadero. Separé las malezas y me adentré. El rastro de las plumas me indicaba el camino a seguir. Por fin los encontré. La paloma estaba muerta, boca abajo y con las alas destrozadas como si se hubiera golpeado contra las piedras. La sangre manaba, brillante, por encima de las plumas del cuello. A su lado yacía el halcón. Sus garras plateadas estaban profundamente clavadas en el dorso de la paloma, el cruel pico semiabierto como a punto de atacar. Todavía estaba vivo. Cuando me incliné sobre él sus alas se distendieron y abrió sus azulados párpados, que dejaron entrever los ojos negros.

Cerdic llegó jadeante.

—No lo toques. Te picaría las manos. Déjame a mí.

Me enderecé:

—Lo siento por tu paloma, Cerdic. ¿No crees que ya es hora de que la olvidemos? No, déjalos. Estarán aquí cuando volvamos.

—¿Cuando volvamos? ¿De dónde?

Señalé silenciosamente hacia adelante, siguiendo el camino que los pájaros habían marcado. Una abertura negra, como una puerta, se vislumbraba detrás del soto; una entrada medio oculta que sólo podía verse si, por alguna razón, se separaban las ramas que llevaban hacia ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Cerdic—. Parece una vieja mina.

—Sí. Esto es lo que he venido a ver. Trae una luz y ven conmigo.

Empezó a protestar, pero yo le interrumpí:

—Puedes venir o no, como prefieras. Pero dame una luz. Y date prisa, no tenemos mucho tiempo.

Cuando empecé a caminar le oí que murmuraba mientras recogía ramas secas para hacer una antorcha.

En el interior del túnel había un montón de escombros y piedras junto al maderamen caído, pero, al otro lado, el túnel continuaba en bastante buen estado, más o menos hasta el corazón de la colina. Podía caminar erguido por completo y Cerdic, que era bajo, sólo tenía que encorvarse ligeramente. La llama de la antorcha lanzaba grotescamente nuestras sombras hacia adelante, hacía más visibles las muescas del suelo, producidas por los pesos que se habían arrastrado por allí, así como las marcas de los picos con que habían construido el túnel.

—Pero ¿se puede saber a dónde demonios vamos? —la voz de Cerdic, tras de mí, estaba cuajada de nervios—. Anda, volvamos fuera. Estos lugares no son seguros; el techo se nos puede venir abajo.

—No quiero. Cuida de que la antorcha no se apague —dije secamente, y seguí adelante.

El túnel doblaba hacia la derecha y empezaba a descender suavemente. Debajo de la tierra se pierde todo sentido de orientación; allí no hay ni siquiera la brisa que golpea una mejilla y te orienta en la noche más oscura. Pero yo sabía que

nos dirigíamos al centro de la colina, debajo de donde se levantaba la torre del rey. De vez en cuando dejábamos pequeños túneles a derecha y a izquierda, pero no había peligro de desviarnos de nuestro camino: estábamos en la galería central y la roca parecía razonablemente resistente. Aquí y allí se veían derrumbamientos de techo o de paredes y una vez tuvimos que pararnos ante un montón de piedras que casi obstruían el paso, pero escalé el montículo y el túnel seguía siendo un camino despejado.

Cerdic se había detenido delante de la barrera de cascotes. Avanzó la antorcha y me gritó:

—¡Eh, Merlín, escucha! ¡Vuelve, por lo que más quieras! Esto es una insensatez. Te digo que estos lugares son peligrosos y nos estamos

adentrando en las tripas de la roca. Sólo los dioses saben quién vive en estas profundidades. Vuelve, muchacho.

—No me da la gana. Si no regresas inmediatamente, te juro que voy y se lo digo al rey.

—Mira, esto es muy importante. No me preguntes por qué. Pero te juro que no hay peligro. Y si tienes miedo, entonces dame la antorcha y vete.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Sí, lo sé. No puedes volver atrás y decírselo, ¿verdad? Y si me dejas aquí y me ocurre algo, ¿qué crees que te sucederá a ti?

—Tienen razón cuando dicen que eres hijo del diablo —dijo Cerdic.

Me puse a reír:

—Podrás decirme lo que te plazca cuando hayamos vuelto a la luz del día, pero ahora, por favor, Cerdic, date prisa. No hay peligro, te lo aseguro. Hoy no ha ocurrido ninguna desgracia y tú mismo has visto cómo el halcón nos ha enseñado la entrada.

Naturalmente, me siguió. Pobre Cerdic, estaba convencido de que no podía hacer otra cosa. Pero cuando estuvo de nuevo a mi lado, con la antorcha levantada, noté que me miraba y con la mano izquierda hacía la señal contra el mal de ojo.

—No vayamos demasiado lejos —dijo.

Veinte pasos más adelante, después de una curva, el túnel desembocaba en la caverna.

Le hice una señal para que levantara más la antorcha. No hubiera podido hablar. Aquella vasta cueva, justo en el centro de la colina, aquella oscuridad difícilmente aclarada por la llama

de la antorcha, aquella quietud de muerte en la que podía oír y sentir mi propio pulso... Sin duda, aquél era el lugar. Reconocí cada marca de los trabajadores, la pared rajada por las hachas y abierta por el agua. Allí estaba el techo que se perdía en la oscuridad y, en un rincón, un metal oxidado que había servido para aguantar el fuelle. Aquí brillaban en la pared no ya un hilillo sino una cortina de filtraciones. Ahí habían estado los charcos; las filtraciones debajo del saliente de la pared formaban, ahora, casi un lago. Un tercio del suelo quedaba cubierto por el agua.

El aire tenía un extraño olor, el hálito del agua y de la roca viva. Encima, en algún lugar, el agua goteaba y cada gota era como un martillo que golpeaba sobre metal.- Cogí la antorcha de la mano de Cerdic y me acerqué al agua. Mantuve la luz tan alta como pude y miré hacia abajo. No había nada que ver. La luz corrió, refulgió y se ahogó en la oscuridad. No había nada que ver. La luz se reflejó en una superficie tan dura como el metal. Esperé. La luz corrió, refulgió y se ahogó en la oscuridad. No había nada más que mi reflejo, igual que el fantasma del espejo de Galapas.

Devolví la antorcha a Cerdic. No había dicho ni una sola palabra; me había estado mirando todo el tiempo con aquella mirada de soslayo, sin expresión.

Le rocé el brazo.

—Ahora ya podemos volver. Esto ya se ha acabado. Vamos.

No hablamos mientras rehicimos nuestro camino por la curvada galería, pasamos los escombros, el túnel, y salimos al helado atardecer. El cielo era de un azul pálido, lechoso. Los árboles invernales se recortaban quietamente contra él, los abedules eran blancos como huesos. Abajo se oyó un cuerno que llamaba, urgente, en la atmósfera silenciosa y metálica.

—Ya se van.

Cerdic lanzó la antorcha contra la escarcha para apagarla. Yo me deslicé rápidamente entre los árboles. La paloma seguía allí, fría y tiesa. El halcón también seguía allí; se había apartado de su presa y permanecía cerca de ella, sobre una piedra, jorobado y quieto, incluso cuando me acerqué a él. Recogí la paloma y se la lancé a Cerdic.

—Escóndela en tu zurrón. Supongo que no es necesario que te diga que no digas nada a nadie, ¿verdad?

—No es necesario. ¿Qué estás haciendo?

—Está aturdido. Si le dejamos aquí, morirá helado en menos de una hora. Me lo llevo.

—¡Cuidado! Es un halcón crecido...

—No me hará ningún daño.

Cogí el animal. Había esponjado sus plumas para preservarse del frío y le noté blando como un búho cuando lo tomé en mis manos. Me bajé la manga de cuero hasta la muñeca izquierda y él se agarró fuertemente a ella. Ahora tenía los párpados abiertos y sus ojos, salvajes y oscuros, me observaban. Pero se quedó quieto, con las alas plegadas. Oí que Cerdic murmuraba mientras recogía mis cosas del lugar en que había comido. Luego añadió algo que nunca le había oído decir:

—Vamos, mi joven amo.

El halcón permanecía dócilmente agarrado a mi muñeca mientras me juntaba a la comitiva de mi abuelo para volver a Maridunum.

Capítulo X

Tampoco intentó dejarme cuando llegamos a casa. Al examinarlo, me di cuenta de que tenía algunas heridas en las alas, producidas en su lucha con la paloma; le curé como me había enseñado Galapas y, después de esto, se instaló en el peral, junto a mi ventana; aceptó la comida que le di y no intentó echarse a volar.

Lo llevé conmigo cuando fui a visitar a Galapas.

Esto ocurría el primer día de febrero y aquella noche la escarcha había sido derretida por la lluvia. Era un día gris plomizo, con nubes bajas y una brisa amarga entre la lluvia. El aire silbaba por todo el palacio y las cortinas golpeaban contra las puertas; la gente se embozaba en su ropa de lana y se amontonaba cerca de los braseros. Me parecía que un pesado silencio se cernía también sobre el palacio; apenas había visto a mi abuelo desde que habíamos vuelto a Maridunum; él y sus nobles se pasaban horas en consejo; se oían rumores de disputas y voces intempestivas cuando él y Camlach estaban juntos. En una ocasión fui a ver a mi madre y me dijeron que estaba rezando y no podía recibirme. La entreví por la puerta semiabierta y hubiera jurado que lloraba, arrodillada ante la imagen santa.

Pero nada había cambiado en el alto valle. Galapas tomó el halcón, alabó mi trabajo en sus alas y luego lo dejó en una saliente, cerca de la entrada de la cueva; me invitó a entrar y a calentarme. Sacó unas cucharadas de comida de la olla y me hizo comer antes de que le contara mi historia. Después se lo expliqué todo, incluso las discusiones del palacio y las lágrimas de mi madre.

—Era la misma cueva, Galapas, lo juraría. Pero ¿por qué? Allí no había nada. Ni ocurrió nada, nada en absoluto. He indagado cuanto he podido y Cerdic ha preguntado entre los sirvientes, pero nadie sabe lo que discutieron los reyes ni por qué mi abuelo y Camlach se pelean. Pero me dijo una cosa: me están vigilando la gente de Camlach. No he venido a verte antes por esta razón. Hoy han salido, Camlach, Alun y los otros; he dicho que iba al prado a entrenar el halcón y he venido.

Al ver que Galapas no hablaba, dije apresuradamente:

—¿Qué ocurre, Galapas? ¿Qué es lo que significa todo esto?

—No sé absolutamente nada acerca de tu sueño ni sobre la cueva que encontraste. Acerca de lo que ocurre en palacio, puedo imaginármelo. ¿Sabías que el Gran Rey tiene hijos de su primer matrimonio, Vortimer, Katigern y el joven Pascentius?

Asentí.

—¿Estaban en Segontium?

—No.

—Me han dicho que han roto con su padre —dijo Galapas—, y Vortimer está reuniendo tropas. Dicen que Vortimer quiere ser rey y que

Vortigern teme que se produzca una rebelión. Ya sabes que la reina es muy odiada; la madre de Vortimer es una británica y, además, los jóvenes quieren un rey joven.

—Entonces, ¿Camlach está a favor de Vortimer? —pregunté rápidamente; Galapas sonrió.

—Eso parece.

Quedé pensativo durante un momento.

—Bien, cuando los lobos se pelean, ¿no dicen que los cuervos se apoderan de sus propiedades? Nací en septiembre, bajo la influencia de Mercurio: yo soy el cuervo.

—Quizá —dijo Galapas—. Te encerrarán en tu jaula antes de lo que crees —pero lo dijo sin poner atención en sus palabras, como si su pensamiento estuviera en otra parte. Yo volví a lo que más me interesaba.

—Galapas, has dicho que no sabes nada acerca de mi sueño y de la caverna. Pero esto... en todo esto debe haber habido la mano de un dios (levanté la mirada hacia el saliente de la roca, en donde estaba el halcón, esperando pacientemente con los ojos semicerrados, fijos en el fuego).

—Eso parece.

Titubeé:

—¿Podemos descubrir... lo que él quiere decirnos?

—¿Quieres ir de nuevo a la cueva de cristal?

—No..., no quiero..., pero pienso que quizá debería. Seguramente tú puedes decirme qué debo hacer.

Después de unos momentos, dijo pesadamente:

—Creo que debes ir, sí. Pero antes tengo que enseñarte algo más. Esta vez tienes que hacer el fuego tú mismo. No, así no... —sonrió al ver que cogía una rama para remover las ascuas—. Deja eso. Antes de marchar me pediste que te enseñara algo real. Eso es lo único que no te había enseñado. No me había dado cuenta... Bueno, dejémoslo. Ya es hora. No, quédate quieto. Ya no necesitarás más libros, muchacho. Ahora, observa.

No voy a escribir nada sobre lo que siguió. Era todo el arte, todo lo que me enseñó, además de algunas tretas curativas. Pero, como he dicho, fue la primera magia que supe y la última que olvidaré. Me pareció fácil, incluso hacer el fuego helado y el fuego salvaje; y también el que fustiga las sombras como un látigo; lo cual era razonable porque yo era muy joven para que me enseñaran aquellas cosas y aquél era un arte que, si eres inhábil o no estás preparado, puede dejarte ciego.

Afuera estaba oscuro cuando lo hicimos. Galapas se levantó.

—Volveré dentro de una hora y te despertaré.

Tomó su manta de donde estaba colgada, ocultando el espejo, se envolvió en ella y salió.

Las llamas parecían el galope de un caballo. Una larga y brillante lengua crujía como un látigo. Un leño se derrumbó con un lamento, como un suspiro de mujer, y, entonces, mil ramas crepitaron como el sonido de gente que habla, murmura, cuchichea noticias recientes...

Todo ello se dibujaba borrosamente en una gran llamarada de silencio. El espejo refulgió. Cogí mi capa, ahora seca, y escalé con ella hasta la cueva de cristal. La extendí y me tumbé encima, con los ojos fijos en la pared de cristal que se arqueaba sobre mí. Las llamas me siguieron, brillantes, una tras otra, llenando el aire, hasta que me encontré en un globo de luz como dentro de una estrella, cuya claridad iba creciendo y creciendo hasta que, de repente, se rompió y sólo quedaron las tinieblas...

Los cascos del caballo centelleaban en las piedras del camino romano. El látigo del jinete restallaba una y otra vez, pero el caballo ya no podía correr más de lo que corría; sus belfos se ensanchaban y enrojecían, su aliento se convertía en vapor al contacto con el frío aire. El jinete era Camlach. Tras él, a casi media milla de distancia, llegaba el resto de su compañía de hombres jóvenes y, aún más lejos, guiando su caballo sudoroso, venía el mensajero que había llevado la noticia al hijo del rey.

El pueblo estaba iluminado con antorchas, los hombres corrían al encuentro del caballo, pero Camlach no les hacía ningún caso. Clavaba las espuelas en los flancos del caballo y galopaba a través del pueblo, subía la calle escalonada y entraba en el patio exterior del palacio. También allí había antorchas, que produjeron rápidos destellos en su pelo rojo cuando saltó del caballo y dejó las riendas en manos de los siervos que estaban esperando. Las blandas botas de montar no producían ningún ruido cuando subía corriendo los peldaños y pasaba por la columnata que conducía a la habitación de su padre. La ligera figura negra se perdió por unos instantes entre las sombras, debajo de un arco, luego se destacó contra la ancha puerta y desapareció.

El mensajero había tenido razón. Había sido una muerte rápida. El anciano yacía en la cama romana de madera tallada y sobre él alguien había extendido un cobertor de seda púrpura. Le habían sostenido las mandíbulas de alguna manera, pues la orgullosa barba gris miraba hacia el techo y un pequeño cabecero colocado debajo de su cuello le mantenía la cabeza erguida, mientras que el cuerpo se iba helando y endureciendo. Tal como estaba tendido, no parecía que tuviera el cuello roto. El viejo rostro empezaba a marchitarse, a encogerse; la muerte cercenaba la carne a partir de la nariz hasta convertirla en capas de cera fría. Las monedas de oro que cerraban su boca y sus párpados centelleaban bajo la luz de las antorchas encendidas en las cuatro esquinas de la cama.

Al pie de la cama, de pie entre las antorchas, estaba Niniane, silenciosa y erguida, vestida de blanco, con las manos tendidas hacia adelante con un crucifijo, la cabeza inclinada. Cuando la puerta se abrió no levantó la mirada sino que mantuvo sus ojos fijos en el cobertor, pero sin dolor como si tuviera el pensamiento lejos de allí.

Su hermano se colocó suavemente a su lado, tenue dentro de sus ropas negras, con un donaire que parecía ofender aquella atmósfera.

Se adelantó hasta la cabecera de la cama y permaneció allí, observando a su padre. Entonces puso una mano sobre las manos del muerto, ocultas bajo la seda. La conservó allí un momento y después la retiró. Miró a Niniane. Detrás de ella, a pocos pasos y disimulados por las sombras, la pequeña muchedumbre de hombres, mujeres, criados, se removía y murmuraba.

Entre ellos, silenciosos y sin lágrimas, Mael y Duach observaban. Dinias también estaba allí con toda su atención fija en Camlach.

Este habló suavemente a Niniane:

—Me han dicho que ha sido un accidente. ¿Es cierto?

Ella no se movió ni contestó. Camlach la miró un instante y luego, con gesto de irritación, se volvió hacia el otro lado y levantó la voz:

—Que alguien me contesté. ¿Ha sido un accidente?

Uno de los criados del rey, un hombre llamado Mabon, se adelantó:

—Es cierto, mi señor.

Se mojó los labios y titubeó.

Camlach enseñó los dientes.

—¡Por todos los diablos del infierno! —gritó—. ¿Qué os ocurre?

Luego miró donde todos tenían fijos los ojos: en su cadera izquierda, su corta daga sin vaina descansaba entre el cinturón. Estaba ensangrentada. Lanzó un gruñido de impaciencia y de disgusto, tiró de ella y la lanzó al suelo. El sonido metálico resonó entre el silencio.

—¿De quién creéis que es esta sangre? —preguntó con los dientes apretados—. De un ciervo. Cuando me ha llegado el mensaje lo acababa de matar. Estaba a doce millas lejos de aquí, yo y mis hombres —los observó fijamente, como para desafiarlos a hablar. Nadie se movió—. Vamos, Mabon. El mensajero me ha dicho que ha resbalado y se ha caído. ¿Cómo ha sido?

El hombre se aclaró la garganta:

—Ha sido algo estúpido, señor, un puro accidente. Pero nadie estaba con él. Era en el patio pequeño, cerca de las habitaciones de los sirvientes, en donde los escalones están muy usados. Uno de los hombres había llenado las lámparas con aceite. Le había caído un poco sobre los peldaños y antes de que tuviera tiempo de limpiarlo ha llegado el rey muy apresurado. El hombre no esperaba que el rey pasara por allí. Bien, mi señor, el rey ha pisado el aceite y ha resbalado; ha caído de espaldas y se ha golpeado la cabeza contra una piedra. Así ha ocurrido, mi señor. Esto es todo lo que puedo contarte.

—¿Quién es el hombre que tiene la culpa?

—Un esclavo, mi señor.

—¿Se le ha azotado?

—Ha muerto, mi señor.

Mientras hablaban, se había producido una conmoción en

la columnata, pues los hombres de Camlach habían llegado y habían corrido hacia la habitación del rey. Se habían apretado dentro de la estancia mientras Mabon hablaba, y ahora Alun, acercándose calladamente a Camlach, le rozó el brazo.

—Las noticias corren por el pueblo, Camlach. Hay una muchedumbre afuera. Se cuentan infinidad de historias... Pronto habrá dificultades. Es preciso que salgas y les hables.

Camlach lo miró y asintió.

—Sal tú, ¿quieres? Bran, ve con él; también Rúan. Cerrad las puertas. Decid al pueblo que saldré pronto. Y ahora, todos fuera.

La habitación quedó vacía. Dinias se demoró en la puerta, sin siquiera mirar y luego siguió a los demás. La puerta se cerró.

—¿Y bien, Niniane?

Durante todo el tiempo ni siquiera le había mirado. Ahora levantaba los ojos.

—¿Qué quieres de mí? Ha sido como lo ha contado Mabon. Lo que no ha dicho es que el rey había estado holgando con una muchacha y que estaba ebrio. Pero ha sido un accidente y ahora está muerto... Y tú, con tus amigos, estabas a doce millas de aquí. Ahora eres rey, Camlach, y ningún hombre puede señalarte con el dedo y decir: «Deseaba que su padre muriera.»

—Ni ninguna mujer, Niniane.

—Yo no he dicho eso. Sólo digo que los problemas están afuera. El reino es tuyo... y ahora, como ha dicho Alun, será mejor que salgas y hables al pueblo.

—Antes quiero hablar contigo. ¿Por qué estás así, como si no tuvieras nada que ver con todo lo que ocurre; como si no estuvieras aquí?

—Quizá porque así es. No me concierne nada de lo que tú seas, hermano, ni de lo que desees, nada, excepto una cosa.

—¿Qué es?

—Que me dejes marchar. El no me dejó nunca, pero pienso que tú sí.

—¿A Saint Peter?

Niniane inclinó la cabeza:

—Ya te he dicho que nada de palacio me concierne. Hace ya mucho tiempo que no me concierne nada y ahora menos que nunca, con todas esas habladurías de invasión, de guerra para la primavera y de rumores de cambios de poder y de muertes de reyes... ¡Oh, no me mires así! No soy tonta y, además, mi padre me hablaba de ello. Pero no debes tenerme miedo; nada

de lo que sé ni nada de lo que haga irá en contra de tus planes, hermano. No deseo nada de la vida excepto que me dejen ir en paz, vivir en paz, junto con mi hijo.

—Tú has dicho «una cosa». Y eso ya son dos.

Al principio, algo había vibrado en los ojos de Niniane; debía ser miedo. Luego dijo rápidamente:

—Eran tus planes, incluso antes de que mi padre muriera. Seguramente, después de la visita de Gorlan debías suponer que aunque el padre de Merlín viniera hasta aquí, espada en mano y con trescientos hombres, yo no iría con él. Merlín no puede hacerte ningún daño, Camlach. Nunca será nada más que un bastardo sin nombre y tú sabes que no es un guerrero. Los dioses saben que no puede hacerte ningún daño.

—¿Y menos aún si se hace clérigo? —la voz de Camlach era suave.

—Menos aún. Camlach, ¿estás jugando conmigo? ¿Qué pasa por tu mente?

—¿Quién era el siervo a quien le ha caído el aceite?

De nuevo aquel centelleó en los ojos de Niniane. Luego bajó los párpados:

—El sajón. Cerdic.

Camlach no se movió, pero la esmeralda que colgaba de su pecho refulgió contra la ropa negra como si su corazón hubiera dado un brinco. Ella dijo orgullosamente:

—¡No pretenderás sospechar que...! ¿Cómo se te puede ocurrir eso?

—No es una sospecha, no. Cuando he llegado, esto era un hervidero de murmullos. Y —añadió irritado— tú aquí, como un fantasma, con tus manos sobre el vientre como si dentro tuvieras a otro bastardo que proteger.

Niniane, sorprendida, sonrió:

—Lo tengo.

Entonces, cuando la esmeralda refulgió de nuevo, la mujer prosiguió:

—No, no seas tonto. ¿De dónde sacaría ahora otro bastardo? Quiero decir que no puedo ir hasta donde él esté a salvo de ti, hasta donde él y yo estemos a salvo de lo que tú te propongas hacer.

—¿De lo que yo me proponga haceros a vosotros? Te juro que no comprendo...

—Hablo del trono de mi padre. Pero déjalo ahora. Lo único que me importa es poder ir a Saint Peter en paz... y lo haré.

—¿Lo has visto en el cristal?

—Es ilícito para una cristiana meterse a adivina —contestó Niniane, pero su voz se hizo aguda.

El hermano la miró con perspicacia y, entonces, súbitamente inquieto, dio zancadas en la sombra, hacia un rincón de la habitación y volvió a la luz. Dijo abruptamente:

—Dime. ¿Qué pasará con Vortimer?

—Morirá —respondió Niniane con indiferencia.

—Todos moriremos algún día. Pero tú sabes que tengo un compromiso con él. Ahora. ¿No puedes decirme qué ocurrirá esta primavera?

—No sé nada ni puedo decirte nada. Pero, cualesquiera que sean tus planes para el reino, serán vanos para evitar las murmuraciones de asesinato, esto puedo asegurártelo. Y estás loco si piensas que la muerte del rey ha sido otra cosa más que un accidente. Dos de los estableros lo vieron y la muchacha estaba con él.

—¿Dijo algo el sajón antes de que lo mataran?

—¿Cerdic? No. Sólo que había sido un accidente. Parecía estar más preocupado por mi hijo que por sí mismo. Fue todo lo que dijo.

—Ya lo he oído —dijo Camlach.

Volvió el silencio. Se miraron fijamente y luego ella dijo:

—No quieres, ¿verdad?

Camlach no contestó. Permanecieron juntos, con los ojos bajos; una corriente de aire cruzó la habitación y las antorchas se estremecieron.

Entonces Camlach sonrió y se fue. Cuando se oyó el portazo tras él, un soplo de aire desgarró las llamas de las antorchas y las sombras y la luz vacilaron.

Las llamas morían y el cristal se volvía opaco. Cuando me deslicé fuera de la cueva y arrastré mi capa tras de mí, ya estaba todo oscuro. Los rescoldos de la hoguera tenían un rojo inusitado. Afuera ya estaba casi oscuro. Salté del saliente de roca y corrí hacia la puerta de la cueva.

—¡Galapas! —grité—. ¡Galapas!

Estaba allí. Su figura alta y quieta se destacaba contra las sombras. Entró conmigo en la cueva. Sus pies, calzados solamente con sus viejas sandalias, estaban amoratados de frío. Me paré a dos pasos de distancia, pero fue como si hubiera corrido a sus brazos y él me hubiera envuelto en su capa.

—Galapas, han matado a Cerdic.

No dijo nada, pero su silencio era como palabras y manos consoladoras.

Tragué saliva para quitarme el dolor de la garganta.

—Si no hubiera venido aquí esta tarde... Le he olvidado, lo he dejado con los otros. Y hubiera podido confiar en él, incluso acerca de ti. Galapas, si me hubiera quedado... Si yo hubiera estado allí..., quizás hubiera podido hacer algo.

—No. Tú no cuentas para nada, y lo sabes.

—Ahora cuento menos que nunca.

Me llevó la mano a la cabeza: me dolía horriblemente. Tenía los ojos inundados en lágrimas y estaba medio ciego. Me tocó amablemente el brazo y me hizo sentar cerca del fuego.

—¿Por qué dices eso? Merlín, cuéntame todo lo que ha ocurrido.

—¿No lo sabes? —pregunté sorprendido—. Estaba llenando las lámparas de la columnata y le ha caído un poco de aceite en los peldaños; el rey ha resbalado y se ha roto el cuello. No ha sido culpa suya, Galapas. Le ha caído el aceite y nada más; y cuando volvía para limpiarlo ha ocurrido todo. Por tanto, lo han cogido y lo han matado.

—Y ahora Camlach es rey.

Creo que lo miré durante mucho tiempo sin verlo, pues seguía teniendo los ojos llorosos. Mi mente era incapaz de comprender nada que no fuera aquel solo hecho. Galapas insistió con dulzura:

—¿Y tu madre?

—¿Qué? ¿Qué dices?

Me puso en las manos la cálida forma de la copa. Sentí el mismo olor de la bebida que me había dado la primera vez que había soñado en la cueva.

—Bebe esto. Debías haber dormido hasta que yo te despertara y ahora no te dolería la cabeza. Bébelo todo.

Mientras bebía, el agudo dolor de mis sienes se convirtió en latidos y las formas que me rodeaban adquirieron su forma habitual. Y con ellas, el pensamiento.

—Lo siento. Ya estoy bien, ya puedo pensar de nuevo... He vuelto en mí... Te contaré toda la historia. Mi madre quiere entrar en Saint Peter e intenta que Camlach le prometa dejarme ir con ella, pero él no quiere. Creo...

-¿Sí?

Hablé lentamente, reflexionando profundamente:

—No lo he entendido muy bien. Estaba pensando en Cerdic. Pero creo que va a matarme, creo que aprovechará la muerte del abuelo para hacerlo; dirá que mi siervo lo hizo... ¡Oh!, nadie creerá que yo pueda quitar algo a Camlach, pero si me encierra en un convento y luego muero tranquilamente..., poco tiempo después, cuando ya hayan terminado las habladurías, nadie querrá levantar la voz. Y con el tiempo, si mi madre es sólo una santa mujer de Saint Peter y no la hija del rey, tampoco podrá levantar la voz. —Estreché mis manos alrededor de la copa y lo miré.— ¿Por qué teme tanto que le pueda hacer daño, Galapas?

No me contestó, pero señaló la copa que tenía en mis manos.

—Termínatelo. Ahora, muchacho, debes marcharte.

—¿Marcharme? Pero si vuelvo allí me matará, o me encerrará...

—Si te encuentran, lo intentarán...

Yo repliqué ansiosamente:

—Si me quedo contigo... nadie sabe que vengo aquí. Incluso si notan mi falta y salen a buscarme, tú no correrás ningún peligro. Les veremos llegar por el valle a muchas millas de distancia... o sabremos si vienen... No me encontrarán nunca; puedo esconderme en la cueva de cristal.

Galapas sacudió la cabeza:

—Todavía no ha llegado la hora de hacerlo. Ya vendrá el día, pero ahora no. Ahora no puedes permanecer escondido, porque tu halcón regresaría a su huevo.

Eché una mirada por encima de mi hombro hacia el saliente en donde el halcón había estado quieto como un búho. No había ningún pájaro. Me pasé el dorso de la mano por los ojos y parpadeé, sin poder creerlo. Pero era cierto. El lugar estaba vacío.

—¡Galapas, se ha ido!

—Sí.

—¿Has visto cuándo se fue?

—Ha salido cuando me has llamado.

—Y... ¿hacia dónde?

—Hacia el sur.

Bebí el resto de la poción y giré la copa boca abajo para dejar caer las últimas gotas para el dios. Luego la dejé y alcancé mi capa.

—Volveré a verte ¿verdad?

—Sí, te lo prometo.

—Entonces, ¿tengo que volver?

—Ya te lo he prometido. Algún día la cueva será tuya, con todo lo que hay dentro de ella.

De la noche me llegó una fría bocanada de aire que frunció mi capa y erizó los pelos de mi nuca. Mi carne se estremeció. Me envolví en la capa y me abroché el prendedor.

—¿Te vas, pues? —Sonreía.— ¿Tanto confías en mí? ¿Hacia dónde piensas ir?

—No lo sé. Supongo que a casa, de momento. Tendré tiempo para pensar a dónde debo ir, si es que lo necesito. Pero todavía estoy en el camino de los dioses; puedo oír el silbido del viento. ¿Por qué ríes, Galapas?

Pero no me respondió. Se quedó de pie; luego me atrajo hacia sí y me besó. Su beso fue seco y luminoso, un beso de un hombre viejo, como un pétalo muerto que acariciara la piel. Luego me empujó hacia la boca de la cueva:

—Vete. Ya he ensillado tu potro.

Estuvo lloviendo hasta que dejé el valle. La lluvia era fría y fina, y me empapó; se filtraba a través de mi capa, hasta mojarme los hombros, y se mezclaba con las lágrimas que corrían por mi rostro.

Era la segunda vez en mi vida que lloraba.

Capítulo XI

La puerta del patio de los establos estaba cerrada. Era tal como yo lo esperaba. Aquel día había salido atravesando el gran patio con el halcón y cualquier otra noche hubiera podido volver por el mismo camino sólo con inventarme una historia acerca de la pérdida del halcón y de una cabalgada buscándolo. Pero aquella noche no.

Y tampoco habría nadie esperándome para abrirme.

A pesar de la necesidad de darme prisa, hice caminar al impaciente potro y di tranquilamente un rodeo por la muralla del palacio en dirección al puente, que, al igual que el camino que llevaba hasta allí, estaba lleno de gente con antorchas y con mucho ruido; durante los pocos minutos en que lo tuve a la vista, pasó un jinete a todo galope, cruzó el puente y se dirigió hacia el sur.

Los húmedos y desnudos árboles del huerto sobresalían por encima del muro. Había un foso debajo de las murallas y las ramas colgaban por encima, goteando.

Desmonté por las ancas del potro, lo llevé debajo de mi manzano y lo até a él. Luego volví a montar, me puse de pie sobre la silla, me balanceé un momento y salté hacia la rama que colgaba sobre mí.

La rama estaba resbaladiza y una de mis manos se deslizó, pero pude aguantarme con la otra. Impulsé las piernas hacia arriba, las enrosqué en la rama y, después de esto, sólo tenía que trepar por la muralla y dejarme caer en el huerto.

A mi izquierda estaba la pared que ocultaba el jardín del abuelo; a mi derecha, el palomar y la elevada terraza en donde Moravick solía sentarse con su rueca. Delante estaba el bajo edificio de los sirvientes. Para mi alivio, apenas se veía luz. Toda la luz y el tumulto del palacio estaban concentrados al otro lado de la muralla, a mi izquierda, en el edificio mayor. De más lejos, y mezclado con la lluvia, llegaba el tumulto de las calles.

No se veía luz en mi habitación. Eché a correr.

Lo que no podía creer era que lo hubieran traído aquí, a su antiguo lugar. Ahora su jergón estaba no junto a la puerta sino en un rincón, junto a mi cama. Aquí no había luz, no había antorchas; yacía como si le hubieran dejado caer de cualquier manera. Todo lo que pude ver en la penumbra fue el cuerpo torpemente desparramado, con un brazo extendido cuya mano descansaba en el frío suelo. Estaba demasiado oscuro para ver cómo había muerto.

Me detuve junto a él y le tomé la mano. Ya estaba fría y el brazo empezaba a ponerse tieso. Se lo coloqué dulcemente sobre el jergón, a lo largo de su cuerpo, después corrí hacia mi cama y cogí el fino cobertor de lana. Lo extendí sobre Cerdic y me enderecé, escuché: la voz de un hombre decía algo a lo lejos, luego se oyeron unos pasos a un extremo de la columnata, después la respuesta en voz alta:

—No. No ha venido por aquí. He estado vigilando la puerta. ¿Ha llegado el potro?

—No, ni señales —dijo; y luego, en respuesta a otro grito—: Bien, quizás ha ido lejos. A menudo no vuelve hasta estas horas. ¿Qué? ¡Ah, bien...!

Los pasos se alejaron rápidamente. Silencio.

Había una lámpara encendida en algún lugar de la columnata. Echaba suficiente luz para que entrara a través de la puerta entreabierta y pudiera ver lo que estaba haciendo. Levanté silenciosamente la tapa de mi arcón, saqué la poca ropa que tenía, mi mejor capa y un par de sandalias. Lo metí todo en un saco, junto con mis otras posesiones, mi peine de marfil, dos prendedores y un broche. Podría vender el broche. Me encaramé a la cama y lancé el saco por la ventana. Luego volví junto a Cerdic, separé el cobertor y busqué en sus caderas. Habían dejado su daga. Tiré de la hebilla con dedos desmañados, más de lo que lo eran a causa de la oscuridad; conseguí deshacerla. Lo cogí todo, cinturón incluido: una daga de hombre, dos veces mayor que la mía, y muy afilada. Dejé la mía junto a él: quizá la necesitaría en el lugar adonde había ido, o quizá no, pues sus manos siempre le habían bastado.

Ya estaba preparado. Le miré durante unos momentos y vi, en lugar de Cerdic, la habitación mortuoria de mi abuelo, con las antorchas, los veladores y la púrpura. Aquí, nada más que tinieblas y un perro muerto: un esclavo muerto.

—Cerdic —le dije a media voz; ya no lloraba—, Cerdic, quédate ahora. Te amortajaré como a un rey.

Corrí hacia la puerta, en donde me detuve un momento para escuchar. Luego me deslicé por la desierta columnata. Levanté la lámpara de su gancho. Pesaba mucho y el aceite se desbordaba. Naturalmente; la había llenado aquella misma tarde.

De regreso a mi habitación, acerqué la lámpara hasta el jergón de Cerdic. Ahora —como ya me había imaginado— pude ver claramente cómo había muerto. Le habían cortado la garganta.

Incluso si lo hubiera intentado evitar, habría sucedido. La lámpara se movió y un chorro de aceite se extendió sobre el cobertor. Un trozo de mecha cayó, con un chisporroteo. Entonces acerqué la llama al cuerpo y observé durante cinco largos segundos, mientras el fuego se extendía por el aceite del cobertor y quemaba como una hoguera.

—Ve con tus dioses, Cerdic —dije, y salté por la ventana.

Caí sobre mi saco y rodé por la hierba húmeda; luego me lo cargué a la espalda y corrí hacia la pared.

Para no asustar al potro escalé el muro a unos pasos del manzano y lancé el saco en el foso, por encima de la pared. Luego volví al árbol, trepé hasta la copa. Desde allí, eché una mirada atrás. El fuego había prendido. Ahora mi ventana estaba llena de luz, roja y latiente. Todavía no se había dado ninguna alarma, pero sería cuestión de momentos antes de que las

llamas llamaran la atención o alguien oliera el humo. Gateé por encima del muro y luego quedé colgado de las manos durante un momento. Al fin me dejé caer. Al poner los pies en el suelo, una sombra saltó a mi lado y me golpeó.

Rodé por el suelo y un pesado cuerpo de hombre se me echó encima, sujetándome contra la hierba húmeda. Una mano se posó con fuerza sobre mi boca impidiéndome gritar. Junto a mí llegaron unos pasos rápidos, el sonido de un metal y la voz de un hombre que decía en bretón:

—Espera. Hazle hablar primero.

Yo permanecí silencioso. No podía hacer otra cosa, teniendo en cuenta que el fuerte ataque del primer hombre me había quitado la respiración y, además, sentía el filo de una navaja en mi garganta. Cuando el otro hombre habló, mi atacante, con un gruñido de sorpresa, quitó su peso de mi cuerpo y el cuchillo se separó algo de mi garganta.

En un tono entre sorprendido y disgustado, dijo:

—Es sólo un niño —y dirigiéndose a mí en galés: —Ni un solo ruido; de lo contrario, aquí y ahora te cortaré el cuello. ¿Has entendido?

Asentí. Quitó su mano de mi boca, se puso en pie y me mandó lo mismo. Me empujó contra la pared y me mantuvo allí con el cuchillo en mi cuello.

—¿Qué significa todo eso? ¿Qué es eso de escapar del palacio como un ratón con los perros tras él? ¿Eres un ladrón? Ven, pequeño ratón, antes te registraré.

Me registró como si verdaderamente fuera un ladrón. Intenté zafarme:

—¡No estaba haciendo nada malo! ¡Dejadme ir!

El otro hombre dijo suavemente, entre la oscuridad:

—Esto es lo que ha lanzado por el muro. Un saco lleno de ropa.

—¿Qué hay? —preguntó mi atacante. Y luego a mí: —Estate quieto, tú.

No fue necesario que me advirtieran. Sentí el olor del humo y vi la primera llamarada de mi fuego que se elevaba por encima del techo de madera. Me aplasté contra la pared, entre las sombras.

El otro hombre examinaba mi saco:

—Vestidos..., sandalias..., algunas joyas a juzgar por el tacto...

Se había movido y mis ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, pudieron distinguirle. Un hombre pequeño como una comadreja, de hombros caídos, una cara estrecha y puntiaguda, debajo de unos cabellos revueltos. No le había visto nunca.

Di un suspiro de alivio:

—¡No sois de los hombres del rey! ¿Quiénes sois, entonces? ¿Qué estáis haciendo aquí?

El hombrecillo dejó de hurgar en mi saco y me miró fijamente.

—Eso no te importa —dijo el hombre que me retenía—. Somos nosotros quienes hacemos las preguntas. ¿Por qué temes tanto a los hombres del rey? ¿Es que los conoces a todos?

—Naturalmente. Vivo en el palacio. Soy… soy un esclavo.

—Marric —dijo el Comadreja con voz aguda—, mira por allí, hay un incendio. Están zumbando como avispas. No vale la pena perder el tiempo con un esclavo que huye. Córtale el cuello y corramos tanto como podamos.

—Un momento —dijo el otro hombre—, debe saber algo. Escucha, tú…

—Si vais a cortarme el cuello —dije—, ¿por qué iba a deciros nada? ¿Quiénes sois?

Sacudió vivamente la cabeza y me escudriñó:

—Veo que de repente te has puesto a cacarear. No te importa quiénes somos. Un esclavo, ¿eh? ¿Un siervo que se escapa?

—Sí.

—¿Y has robado?

—No.

—¿No? ¿Y las joyas que había en el saco? ¿Y esto…

esto la capa de un siervo? —tenía sus garras en la capa y me empujó hasta que retrocedí—. ¿Y el potro? Vamos, la verdad.

—De acuerdo. —Confié en que sabría comportarme como un siervo.— He cogido algunas cosas. Es el potro del príncipe, Myrddin… Lo… lo he encontrado extraviado. Es cierto. El príncipe ha salido hoy y no ha regresado. Debe haber caído, es un pésimo jinete. Yo… era una gran oportunidad… No lo echarán de menos hasta que yo esté lejos de aquí.

Intenté quitarle los vestidos, le supliqué:

—Por favor, déjame ir. ¡Por favor!, ¿qué mal os puedo hacer?

—Marric, por piedad, no hay tiempo que perder —las llamas ya se veían gigantescas. Desde el palacio llegaba el griterío y el Comadreja tiró del arma de mi atacante—. La marea está bajando rápidamente y sólo los dioses saben si nos esperarán con el tiempo que se avecina. Escucha este alboroto… Estarán aquí dentro de un minuto.

—No lo harán —dije yo—. Estarán demasiado ocupados en apagar el fuego para pensar en otras cosas. Le he prendido muy bien.

—¿Lo has prendido bien? —Marric no se movió; me estaba escudriñando y sus garras me apretaban con menos fuerza—. ¿Has empezado tú ese fuego?

—Sí.

Ahora volvía a atraer toda su atención, incluso la del Comadreja.

—¿Por qué?

—Porque los odio. Han matado a mi amigo.

—¿Quién?

—Camlach y su gente. El nuevo rey.

Hubo un corto silencio. Pude ver mejor a Marric. Era un hombre voluminoso, corpulento, con una maraña de pelo negro y unos ojos, negros también, que centelleaban a la luz del fuego.

—Y —añadí—, si me hubiera quedado, también me habrían matado a mí. Por eso he prendido fuego y me he escapado. Por favor, dejadme ir, ahora.

—¿Por qué te habrían matado? Ahora sí que te matarían, naturalmente, con esto ardiendo como una antorcha..., pero, ¿por qué antes? ¿Qué has hecho?

—Nada. Pero yo era el siervo del viejo rey y... supongo que he oído cosas. Los siervos lo oyen todo. Camlach piensa que yo podría resultar peligroso... El tiene sus planes... y yo los conozco. Creedme —dije con tono suplicante—, yo le hubiera servido a él tan bien como he servido al viejo rey, pero cuando han matado a mi amigo...

—¿Qué amigo? ¿Por qué?

—Otro siervo, un sajón cuyo nombre era Cerdic. Se le ha caído aceite en los peldaños y el rey ha caído. Ha sido un accidente, pero le han cortado el cuello por ello.

Marric se volvió hacia el otro:

—¿Has oído esto, Hanno? Es totalmente cierto, lo he oído en el pueblo. —Luego se dirigió a mí:— De acuerdo. Ahora dinos algunas cosas más. Has dicho que conocías los planes de Camlach...

Pero Hanno le interrumpió de nuevo, esta vez con desesperación:

—Marric, por lo que más quieras. Si crees que sabe cosas que puede contarnos, tráelo con nosotros. Puede hablar en la barca ¿no? Si esperamos un minuto más, la marea habrá bajado y ya se habrán ido. Noto que se está acercando mal tiempo y me temo que no vayan a esperar —explicó; y agregó en bretón: —Podemos eliminarlo más tarde.

—¿Una barca? —pregunté—. ¿Vais por el río?

—¿Por dónde, si no? ¿Crees que podemos ir por tierra? Mira el puente. —Marric señaló hacia allí con un gesto de la cabeza.— De acuerdo, Hanno. Vamos.

Empezó a arrastrarme por el camino de sirga. Yo me resistí:

—¿A dónde me llevan?

—Es asunto nuestro. ¿Sabes nadar?

—No.

Se rió solapadamente. Era un sonido nada tranquilizador:

—Entonces no te importa en absoluto a dónde vamos. Anda, date prisa.

De nuevo me tapó la boca con su mano y me cargó como si pesara menos que mi saco; atravesó el camino a grandes zancadas y llegó al río, que parecía una oscura mancha de aceite.

La barca era un bote de cuero, medio oculta entre los bancos de hierba. Hanno ya la estaba desamarrando. Marric vaciló y cayó a la orilla, me dejó sentir de nuevo su cuchillo en mi nuca.

—Ya está. Ahora mantén la boca cerrada hasta que estemos lejos del puente.

Hanno empezó a mover el remo hasta entrar en la corriente.

A poca distancia de la orilla, noté que la embarcación empezaba a moverse rápidamente. Hanno inclinó el remo y nos condujo hacia el ojo sur del puente.

Yo estaba de cara a la popa, fuertemente agarrado por las manos de Marric. Cuando la corriente nos llevó hacia el sur, oí el relincho de Áster, escalofriante, como si hubiera olido el humo; a la luz del fuego pude verle, arrastrando las riendas rotas. Había salido de las sombras de la muralla y corría como un fantasma por el camino de sirga. Con fuego o sin fuego, encontraría la puerta de su establo y los del palacio le encontrarían a él. Me pregunté qué pensarían, a dónde irían a buscarme. Cerdic ya no existía ahora, ni mi habitación con el cofre pintado, ni el cobertor de príncipe. ¿Pensarían que había encontrado el cuerpo de Cerdic y que el miedo y la sorpresa habían hecho que me cayera la lámpara? ¿Que mi propio cuerpo estaba allí, convertido en cenizas, entre los escombros de las habitaciones de los criados? Pensaran lo que pensaran, a mí ya no me importaba. Cerdic se había ido con sus dioses y yo, al parecer, iba hacia los míos.

Capítulo XII

El negro arco del puente se erguía ahora sobre la embarcación, y desapareció después. Navegamos corriente abajo. La marea ya estaba cambiando, pero el último reflujo nos hizo correr mucho. Luego el aire refrescó y el bote empezó a mecerse. El cuchillo se separó de mi carne y Marric dijo:

—Va bien, ya estamos lejos. El mocoso nos ha ayudado con su incendio. Nadie miraba el río y no podían ver una canoa que se deslizaba por debajo del puente. Ahora, muchacho, dinos lo que nos tengas que decir. ¿Cómo te llamas?

—Myrddin Emrys.

—Y has dicho que eras... ¡Eh, espera un minuto! ¿Has dicho Myrddin? ¿No serás el bastardo?

—Sí.

Lanzó un largo silbido y el remo de Hanno entró rápidamente en el agua: la barca se deslizó por la corriente.

—¿Has oído eso, Hanno? Es el bastardo. Entonces, ¿por qué, en nombre de los espíritus del centro de la tierra, nos has dicho que eras un siervo?

—No sabía quiénes erais. No me habéis reconocido y entonces he pensado que si erais ladrones y hombres de Vortigern, me dejaríais escapar.

—Saco, potro y todo eso... Entonces era cierto que escapabas. Bien —añadió pensativamente—, si es cierto lo que nos has dicho, no se te puede echar mucha culpa. Pero, ¿por qué nos has dicho que habías incendiado el lugar?

—También es cierto. Ya os lo he dicho: Camlach ha matado a un amigo mío, Cerdic, el sajón, a pesar de que no había hecho nada para merecerlo. Me imagino que lo ha matado porque era amigo mío y querían utilizar su muerte en contra mía. Han dejado su cuerpo en mi habitación para que lo encontrara. Así pues, he quemado el cuarto. Su gente quiere ir a la morada de sus dioses de esta manera.

—¿Y el diablo no ha cogido a nadie más?

Contesté con indiferencia:

—El ala de los criados estaba vacía, todos estaban cenando, o me buscaban o servían a Camlach. Es sorprendente, o quizá no lo es, la rapidez con que la gente cambia. Espero que podrán apagar el fuego antes de que llegue a las habitaciones del rey.

Me miraron en silencio durante unos minutos.

Todavía aprovechábamos la marea y ya llegábamos al estuario. Hanno no parecía tener intenciones de abordar. Me envolví mejor la capa y tirité.

—¿A quién pensabas ver? —preguntó Marric.

—A nadie.

—Mira, muchacho: quiero la verdad; seas o no el príncipe bastardo, ahora mismo bajarás a la orilla, ¿me oyes? No durarás ni una semana si no tienes a nadie a quien acudir, o ponerte a su servicio. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Vortigern?

—Sería una buena idea, ¿verdad? Camlach va a ponerse de parte de Vortimer.

—¿Camlach, qué? —su voz se agudizó—. ¿Estás seguro?

—Completamente seguro. Antes ya tenía esta idea y se peleaba con el viejo rey a causa de eso. Ahora ha ganado la partida y, naturalmente, puede gobernar todo el reino y lanzarlo contra Vortigern.

—¿A favor de quién?

—Eso yo no lo sé. ¿Quién hay más? Puedes imaginar que, hasta ahora que su padre yace muerto, no podía hacer lo que quería.

—¡Hummm! —reflexionó—. El viejo rey deja un hijo. ¿Qué hay de eso?

—Un bebé. Y Camlach tiene un buen ejemplo frente a él. Vortimer no estaría donde está si su padre no hubiera hecho exactamente lo mismo que hará Camlach.

—¿Qué hará?

—Lo sabéis tan bien como yo. Bueno, ¿por qué tengo que deciros nada más si no sé quiénes sois? ¿No ha llegado el momento de que me lo digáis?

Ignoró estas palabras. Se puso pensativo:

—Parece que sabes muchas cosas. ¿Cuántos años tienes?

—Doce. Cumpliré trece en septiembre. Pero no es necesario ser demasiado inteligente para saber lo de Camlach y Vortimer. He oído que él mismo lo decía.

—¿Lo has oído, por Tauro? ¿Y qué más has oído?

—Bastante más. Siempre me pisoteaban, nadie me prestaba atención. Ahora mi madre entrará en el convento de Saint Peter y yo no hubiera dado un pepino por la suerte que me esperaba. Por eso me he escapado.

—¿Hacia Vortigern?

—No tengo ni idea —contesté honestamente—. No tengo planes. Seguramente terminaré yendo con Vortigern. ¿Qué otra cosa puedo hacer, si los lobos sajones están siempre a punto de lanzarse encima de nosotros hasta que consigan destrozar la Gran Bretaña y engullírsela? ¿Con quién más puedo ir?

—Bueno —dijo Marric—, con Ambrosius.

Me puse a reír:

—¡Oh, sí, Ambrosius! Creía que erais personas serias. Sé que venís de la Pequeña Bretaña, lo sé por vuestro acento, pero...

—Has preguntado quiénes somos. Somos hombres de Ambrosius.

Se hizo un silencio. Me di cuenta de que las orillas del río habían desaparecido. En las tinieblas del norte, a lo lejos, se veía una luz; era el faro. Hacía poco tiempo que la lluvia había cesado. Ahora hacía frío a causa de la brisa marina y el mar estaba picado. La embarcación se balanceaba y yo empezaba a sentir los primeros síntomas del mareo. Me aguanté la barriga con las manos, tanto para luchar contra el frío como contra el mareo, y dije secamente:

—¿Hombres de Ambrosius? Entonces, ¿sois espías, sus espías?

—Llámanos sus hombres leales.

—¿Entonces es cierto? ¿Es cierto que Ambrosius espera en la Pequeña Bretaña?

—Sí, es cierto.

—¿Así, pues, a dónde vamos? —exclamé con espanto—. ¿No pretenderéis llegar allí con esta horrible barquichuela?

Marric rió y Hanno dijo seriamente:

—Tendremos que hacerlo si el barco no está ahí para llevarnos.

—¿Cómo queréis que haya un barco en invierno? —pregunté—. Este tiempo no es bueno para navegar.

—Sí lo es, si pagas —dijo Marric secamente—. Ambrosius paga y el barco estará ahí —su mano había caído sobre mi hombro, no sin amabilidad—. No te preocupes, hay muchas cosas que deseo saber.

Me enrosqué, apretándome el estómago; intenté respirar una buena bocanada de aire puro.

—¡Oh, sí!, hay muchas cosas que puedo contaros. Pero si de todas maneras vais a echarme por la borda, no tengo nada que perder, ¿verdad? Es mejor que me guarde el resto de lo que sé para mí... o hasta que vea a Ambrosius y quiera pagarme por ello. Allí está vuestro barco. Mirad, si no lo veis es que debéis estar ciegos. Y ahora no me habléis más, estoy mareado.

Le oí reír de nuevo entre dientes.

—Eres un fresco y no te equivocas. Sí, aquí está el barco. Ahora puedo distinguirlo claramente. Bueno, en vista de que eres quien eres, te llevaremos a bordo. Y te diré por qué más: me ha gustado lo que has dicho de tu amigo. Me ha parecido bastante cierto; y eso quiere decir que puedes ser leal, ¿no? Y si no te sientes leal hacia Camlach, por lo que veo, ni hacia Vortigern, quizá podrás ser leal a Ambrosius.

—Lo sabré cuando lo vea.

Su puño me hizo caer al fondo del bote.

—Principesco o no, ten cuidado ron tu lengua cuando hables con él. Hay centenares de hombres que lo consideran su rey, nacido directamente de rey.

Me levanté a duras penas. Una llamada en voz baja y, en aquel momento, nos envolvió la profunda oscuridad del barco.

—Si es un hombre, será suficiente —dije.

El barco era pequeño, compacto y bajo. Permanecía sin luz, como una sombra en el mar oscuro. Sólo pude distinguir el perfil de su mástil que se elevaba contra las nubes, que eran un poco más claras que el cielo negro. Estaba aparejado como los mercantes que traficaban en Maridunum durante el buen tiempo, pero me pareció más ligero y más rápido.

Marric contestó a la llamada. Entonces bajó una cuerda por la borda y Hanno la cogió.

—Vamos, muévete. Puedes trepar, ¿no?

Me levanté como pude en aquella mecedora. La soga estaba mojada y resbaladiza. Desde arriba se oyó una voz urgente:

—¡De prisa! Tendremos suerte si podemos llegar sanos y salvos con este tiempo que se avecina.

—Arriba, maldito mocoso —dijo Marric fieramente; y me dio un empujón.

Era todo lo que necesitaba. Mis manos resbalaron, sin nervios, y caí de nuevo dentro del bote; quedé con medio cuerpo colgando hacia el agua, boqueando y vomitando. Si en aquel momento me hubieran lanzado al mar, dudo que me hubiera dado cuenta, o, en todo caso, hubiera sentido la muerte como un alivio. Simplemente, seguí colgado fuera de la borda como un montón de harapos y vomité.

Tengo un borroso recuerdo de lo que ocurrió entonces. Se armó un pequeño alboroto y creo recordar que Hanno mandó urgentemente a Marric que me lanzara al agua; pero me cogieron y, no sé cómo, me subieron hasta unas manos que me esperaban arriba. Luego, medio arrastrado y medio cargado, me lanzaron sobre un montón de ropa; el aire que me llegaba de un Portillo abierto me refrescaba la cara sudorosa.

Creo que aquel viaje duró cuatro días. Ciertamente, tuvimos un tiempo horrible, pero al fin lo dejamos atrás y pudimos navegar más aprisa. Estuve abajo todo el tiempo, agradablemente envuelto en mantas en un rincón, intentando no perder la cabeza. Lo peor del mareo pasó después de un tiempo, pero dudo que hubiera podido moverme y agradecí que nadie me obligara a hacerlo.

Marric vino una vez. Le recuerdo vagamente, como si fuera un sueño. Se sentó encima de un montón de cadenas que había cerca y me estuvo observando. Luego sacudió la cabeza.

—Y pensar que creí hacer una gran cosa trayéndote con nosotros. Deberíamos haberte dejado en cualquier sitio y nos hubiéramos ahorrado

muchas dificultades. Me imagino que no sabes muchas más cosas de las que nos has contado ya. ¿Me equivoco?

No repliqué.

Lanzó un débil gruñido, que me sonó a risa, y se fue. Me puse a dormir, exhausto.

Cuando desperté me encontré con que me habían quitado mi capa, mis sandalias y la túnica mojada y que, seco y desnudo, estaba envuelto en mantas como en un capullo. Cerca de mi cabeza había un jarro de agua, su boca tapada con un tapón de trapo; también había una rebanada de pan.

No pude probar ni el agua ni el pan, pero capté el mensaje. Seguí durmiendo.

Un día, poco antes de caer la noche, llegamos a la vista de la Costa Borrascosa, tiramos ancla en las aguas calmas de Morbihan, que los hombres llaman el Mar Menor.

Libro segundo

EL HALCÓN

Capítulo I

Lo primero que recuerdo de nuestra llegada a la costa es que me desperté dificultosamente de aquel pesado sueño a causa de las voces que hablaban junto a mí.

—Bien, de acuerdo, si lo crees. ¿Pero te parece que un príncipe bastardo se iría con estos vestidos? Empapados, sin una sola pieza de oro en su cinturón... y mira sus sandalias. Estoy de acuerdo contigo en que es una buena tela, pero está hecho un guiñapo. Es más creíble la primera historia: un esclavo que se escapa con las cosas de su amo.

Era, naturalmente, la voz de Hanno y hablaba en bretón. Por suerte les daba la espalda, enroscado entre las sábanas y era fácil hacer creer que dormía. Seguí silencioso, incluso intenté retener la respiración.

—No, se trata verdaderamente del bastardo; lo había visto en el pueblo y lo hubiera conocido si lo hubiera visto a la luz —era la profunda voz de Marric—. En todo caso, no tiene demasiada importancia quién sea; siervo o bastardo real, está suficiente bien informado para que Ambrosius quiera oírlo. Y es un muchacho inteligente; sí, es quien nos ha dicho que era. En las cocinas no se aprenden sus maneras ni su forma de hablar.

—Bien, pero... —el cambio en la voz de Hanno me hizo estremecer. Seguí quieto y silencioso.

—Pero, ¿qué?

El Comadreja dejó caer su voz:

—Quizá, si lo hacemos hablar primero..., quiero' decir bueno, todo lo que nos ha contado, lo que ha oído de los planes del rey Camlach... Si hemos conseguido esta información y vamos a llevársela a Ambrosius... habrá una buena recompensa ¿no?

Marric emitió un gruñido:

—Y entonces, cuando el chico desembarque y diga de dónde viene, Ambrosius querrá oírlo. Lo escucha todo.

—¿Eres tonto o qué?

La pregunta era punzante.

Hacía todo lo que podía para mantenerme quieto. La carne de los hombros temblaba como si sintiera el cuchillo en la nuca.

—No soy tan tonto como crees. Te he comprendido perfectamente, pero no veo cómo...

—En Maridunum nadie sabe a dónde ha ido —el susurro de Hanno era rápido y anhelante—. Y los hombres que lo vieron subir a bordo creerán que ahora nos lo llevamos con nosotros. Y es lo que haremos, nos lo llevamos ahora y... hay muchos sitios de aquí al pueblo... —le oí tragar

saliva—. Te lo digo antes de que tomemos tierra: no tiene sentido haber gastado dinero en su pasaje...

—Si fuéramos a desembarazarnos de él —dijo Marric agriamente— hubiera sido mejor no pagar su pasaje ya desde el principio. Ten un poco de sentido común: recobraremos el dinero y, en todo caso, lo recobraremos con creces.

—¿Cómo?

—Bien, si el muchacho tiene información, Ambrosius pagará su pasaje, de eso puedes estar seguro. Luego, si es cierto que es el bastardo, y estoy seguro de que lo es, habrá más paga para nosotros. Los hijos de los reyes, o los nietos, son siempre muy útiles y, ¿quién puede saberlo mejor que Ambrosius?

—Ambrosius puede saber que el muchacho no sirve de rehén —dijo Hanno ceñudamente.

—¿Quién se lo dirá? Y si no puede ser útil a Ambrosius, entonces lo vendemos y nos dividimos la ganancia. Eso si está vivo. Vivo puede servirnos de algo: muerto, de nada en absoluto; y encima tendríamos que pagar su pasaje de nuestro propio bolsillo.

Sentí que el pie de Hanno me sacudía sin ningún miramiento:

—En este momento no vale mucho. ¿Has visto a nadie tan mareado? Debe tener el estómago de muchacha. ¿Crees que podrá caminar?

—Vamos a probarlo —dijo Marric sacudiéndome—. Vamos, muchacho, levántate.

Di un gemido, me volví lentamente y los miré; supongo que debía tener una cara pálida y demacrada:

—¿Qué hay? ¿Estáis ahí? —les pregunté en galés.

—Sí, estamos aquí. Anda, levántate, vamos a desembarcar.

Gemí de nuevo, más desmayadamente que antes, y me sostuve la barriga:

—¡Oh, Dios, no, dejadme solo!

—Un buen cubo de agua de mar —sugirió Hanno.

Marric me miró fijamente:

—No hay tiempo para eso —de nuevo hablaba en bretón—. Me parece que tendremos que cargarlo. No, lo dejaremos aquí e iremos directamente a ver al conde. Esta noche hay asamblea, ¿recuerdas? Ambrosius ya debe saber que el barco ha llegado y debe estar esperándonos. Es mejor que vayamos enseguida o tendremos problemas. Vamos a dejar al muchacho de momento. Lo encerraremos y diremos al centinela que le eche una ojeada de vez en cuando. Antes de media noche podremos volver a buscarlo.

—Vendrás tú, si quieres —dijo Hanno agriamente—. Yo quiero una cosa que no puede esperar.

—Ambrosius tampoco puede esperar; así, pues, si quieres el dinero, será mejor que vengas. Están terminando de amarrar.

¿Quién es el centinela?

Hanno dijo algo, pero el ruido de la pesada puerta que se cerró tras ellos no me dejó oírlo. Luego me llegó el estruendo de las barras, de las cuñas, y perdí el sonido de sus voces y de sus pasos entre el ruido de la operación de amarre que sacudió todo el barco: el chirrido del montacargas, los gritos ríe los hombres desde el puente y desde la orilla, el gruñido de las cadenas, el estallido de las sogas al caer sobre el muelle.

Retiré las mantas y me senté. Al cesar la conmoción del barco, me estabilicé de nuevo; me sentí casi bien, con una especie de vacío de purga que me daba una extraña sensación de bienestar, como si flotara, ligeramente irreal, como el poder que uno tiene en sueños. Me arrodillé sobre la cama y miré a mi alrededor.

En el muelle había linternas y su luz entraba por la portilla. Pude ver el jarro de agua, que todavía seguía allí, y una nueva rebanada de pan. Quité el tapón de trapo y probé el agua cautelosamente.

Era mohosa, con el gusto del paño, pero sabía bastante bien y me quitó el regusto del vómito que tenía en la boca. El pan era duro como el hierro, pero lo rocié con agua hasta que pude romper un trozo para probarlo. Entonces me erguí para mirar por la portilla.

Para hacerlo tuve que apoyarme en el travesaño y auparme con las manos; encontré el mamparo. Por la forma de mi prisión había deducido que la bodega estaba en la proa y pude ver que tenía razón. El barco estaba atracado en un muelle de piedra alumbrado por un par de linternas, colgadas de sendos postes; y, a su luz, unos treinta hombres —soldados— sacaban los fardos y canastos atados con cuerdas. Tras el muelle había una hilera de edificios de apariencia sólida, seguramente almacenes, pero aquella noche parecía como si las mercancías se amontonaran por todas partes. Había carros esperando al otro lado de los postes, con mulas pacientes. Los hombres de los carros iban de uniforme y armados; un oficial vigilaba la descarga.

El barco estaba amarrado por el centro, donde estaba la plancha de desembarco. Su cabo de amarre iba desde el escobén, que estaba por encima de mi cabeza, hasta el muelle, lo cual hacía que la proa se balanceara lejos del contacto del muelle; así, entre la tierra y yo había unos cinco pies de agua. En aquella parte del barco no había ninguna luz; las sogas bajaban en aquella apropiada oscuridad y más allá estaban las profundas sombras de los edificios. Pero decidí que debía esperar hasta que hubieran terminado de desembarcar, cuando los carros —y seguramente los soldados con ellos— se hubieran ido. Más tarde habría tiempo suficiente para escapar; sólo quedaría el centinela a bordo y quizás incluso las linternas desaparecerían del muelle.

Naturalmente, debía huir. Si permanecía donde estaba, mi única esperanza de salvación dependía de la buena voluntad de Marric y, a su vez, aquella buena voluntad dependía de su entrevista con Ambrosius. Y si, por alguna razón, Marric no volvía y en su lugar lo hacía Hanno...

Además, estaba hambriento. El agua y aquel horrible trozo de pan duro habían revuelto furiosamente los jugos de mi estómago y la perspectiva de esperar dos o tres horas antes de que nadie volviera por mí se me hacía intolerable, incluso sin tener en cuenta el temor de lo que tal vuelta pudiera significar. Aun en el mejor de los casos, si Ambrosius me mandaba a buscar, no podía tener la segundad de que correría buena suerte en sus manos una vez que tuviera toda la información que yo podía darle. A pesar del alarde con el que había salvado mi vida frente a los espías, la información era bastante escasa y Marric había tenido razón al suponer —y Ambrosius lo sabría— que yo no podía servir de rehén. Mi posición de medio realeza podía haber impresionado a Marric y a Hanno, pero siendo nieto de un aliado de Vortigern y sobrino de Vortimer no tendría mucha recomendación ante Ambrosius. Parecía como si, real o no, mi signo fuera ser siervo, con suerte o, si no, con una muerte silenciosa.

No tenía la intención de esperar aquel destino. No, mientras la portilla permaneciera abierta y la soga pasara, ligeramente combada, justo encima de mí, y llegara hasta el muelle. Suponía que los dos espías estaban tan poco acostumbrados a tratar con prisioneros de mi estatura que ni siquiera habían pensado en esa portilla. Ningún hombre, ni siquiera el pequeño Hanno, podría intentar escapar por allí, pero un muchacho delgado como yo, sí. Incluso si habían pensado en ello, sabían que yo no podía andar y no habían recordado la soga. Pero, si tenía cuidado, podía alcanzarla. Si las ratas podían pasar por allí —en aquel momento pasaba una, grande y gorda, y se dirigía al muelle—, también podría yo.

Pero debía esperar. Hacía frío y yo iba desnudo. Me dejé caer suavemente en el piso de la bodega y empecé a buscar mis vestidos.

La luz de tierra era débil pero suficiente. Me dejaba ver mi pequeña prisión con las mantas desparramadas sobre el montón de sacos viejos que me habían servido de cama; un baúl muy combado colocado contra el mamparo; un montón de cadenas, demasiado pesadas para que pudiera desplazarlas; el jarro de agua y en el rincón más lejano —«lejano» quería decir dos pasos más allá— el cubo medio lleno de vómito No vi nada más. Quizá Marric había tenido un buen impulso al quitarme mis ropas empapadas, pero se había olvidado de devolvérmelas o quizá no lo había hecho para prevenir que no hiciera lo que estaba haciendo.

Quince segundos más tarde ya sabía que el cofre sólo contenía algunas tablillas para escribir, una copa de bronce y algunas sandalias de cuero. Como mínimo, pensé dejando caer suavemente la tapa sobre aquella inútil colección de cosas, debieran haberme dejado mis sandalias. No es que no estuviera acostumbrado a ir descalzo, pero no en invierno ni fuera del palacio... Sin embargo, desnudo o vestido, pensaba escaparme. Las preocupaciones de Marric me hicieron desear más que nunca huir de allí.

No tenía idea de lo que haría, de a dónde iría, pero los dioses me habían dejado escapar sano y salvo de Camlach; había cruzado el estrecho y confiaba en mi sino. Hasta tenía el plan de intentar acercarme a Ambrosius para juzgar qué clase de hombre era y, entonces, si pensaba que podía confiar en su protección, o incluso solamente en su merced, podría ofrecerle

mi historia y mis servicios. Nunca se me ocurrió que fuera absurdo pedir a un príncipe que tomara a su servicio a un muchacho de doce años. Supongo que eso era debido, en último término, a que había crecido en un ambiente real. Si fracasaba este plan, tenía la vaga idea de dirigirme al pueblo, al norte de Kerrec, de donde era nativa Moravick y, una vez allí, buscar a su gente.

Los sacos sobre los que había dormido eran viejos y empezaban a pudrirse. Era bastante fácil romper uno de ellos en un extremo para poder pasar la cabeza y los brazos. Sería una prenda feísima, pero me cubriría después de todo. Rasqué otro y me lo pasé por la cabeza para ir más caliente. Un tercero haría demasiado bulto. Manoseé largamente las mantas, pero eran de buena tela, demasiado gruesa para poder rasgarla y me hubieran estorbado demasiado en mi huida. Las dejé de mala gana. Dos correas de las sandalias me servirían de cinturón. Eché el trozo de pan que quedaba por el escote de mi vestido, rocié mi cara, manos y pelo con el agua que quedaba y me dirigí a la portilla. Me icé para mirar.

Mientras me estaba vistiendo había oído gritos y pasos, como si los hombres hubieran formado para marchar. Ahora comprobaba que había sido así. Hombres y carros se estaban marchando; el último de éstos, pesadamente cargado, pasaba junto a los edificios con el látigo restallando por encima de las muías. Con ellos se alejaron los pasos. Me preguntaba qué tipo de cargamento debía ser; grano, dada la época del año; o, mejor, pensé, metal u oro, ya que era descargado por tropas y llevado a la ciudad bajo guardia. Los sonidos disminuían. Miré cuidadosamente a mi alrededor. Las linternas todavía colgaban de los postes, pero el muelle estaba desierto,, al menos todo lo que podía ver. Era hora de marchar, antes de que el centinela decidiera echar la mirada al prisionero.

Para un muchacho activo, aquello era fácil. Pronto estuve sentado, con el cuerpo fuera y las piernas apoyadas en el muro de contención, mientras intentaba alcanzar la cuerda. Pasé un mal momento cuando me di cuenta de que no la podía alcanzar y tuve que ponerme de pie sobre la portilla, manteniéndome como pude contra el casco del buque, con aquellas tinieblas debajo de mí, entre el barco y el muelle, en donde el agua se removía, golpeaba contra la pared del muelle y contra el casco del barco. Pero lo conseguí: me aplasté contra el costado del barco como si fuera una de aquellas ratas que había visto, hasta que, por fin, de un estirón, pude alcanzar la soga. Estaba sucia y húmeda; formaba un suave arco y descendía hacia tierra. Me agarré a ella con ambas manos, me di impulso con los pies contra el barco y los enrosqué a la cuerda.

Había pensado dejarme deslizar suavemente, primero una mano y después otra, pero no había pensado en la ligereza de un barco tan pequeño. Incluso mi poco peso, cuando estuve colgado de la cuerda, lo hizo tambalear de una manera aguda, desconcertante y, entonces se inclinó desmesuradamente hacia el muelle. La soga se combó, se aflojó bajo mi peso como si se hubiera desatado y luego se hizo un nudo. Cuando empecé a moverme, a trepar como un mono, se puso vertical de repente. Mis pies se desengancharon y, como que mis manos no podían aguantar todo mi peso, fui a dar contra el costado del barco como si fuera un nudo de la cuerda.

Si el barco se hubiera balanceado más suavemente, hubiera quedado aplastado al chocar éste contra el muelle, o me hubiera ahogado al formarse el nudo, pero se movía como un caballo. Cuando dio contra el muelle, yo me hallaba justo encima y la sacudida me hizo soltar los pies y colgar lejos del punto de contacto. Me salvé por escasa distancia y caí rodando por el duro piso, entre sombras.

Capítulo II

No tenía tiempo de mirar si me había herido. Pude oír el sonido de unos pies descalzos en la cubierta, como si el centinela corriera por ella para ver qué había ocurrido. Salté sobre mis pies y eché a correr antes de que su linterna sobresaliera por la borda. Le oí gritar algo, pero ya había dado la vuelta a la esquina de los almacenes y estaba seguro de que no me había visto. Y aunque me hubiera descubierto, pensé que estaba bastante a salvo. Primero registraría mi prisión y luego dudaría en dejar el barco. Me apoyé durante unos instantes contra la pared para suavizar las quemaduras que la soga había producido en mis manos y para acostumbrarme a la oscuridad de la noche.

Puesto que venía de la semioscuridad de mi prisión, no me llevó mucho tiempo poder distinguir los alrededores.

El cobertizo que me ocultaba era el final de la hilera de edificios y tras él —en la parte más alejada del muelle— estaba el camino, una recta franja de arena que conducía hasta unas luces. Indudablemente se trataba del pueblo. Más cerca, justo en donde el camino era tragado por las tinieblas, se veía un pálido y tembloroso resplandor, que debía ser la cola de la hilera de carros. No se movía nada más.

Era casi seguro que aquel cargamento tan escoltado debía dirigirse a los cuarteles de Ambrosius. No tenía ni idea de si podría alcanzarlos, ni siquiera si podría llegar al pueblo, pero todo lo que deseaba en aquel momento era encontrar algo para comer, algún lugar caliente donde esconderme, comer y esperar la luz del día. No cabía ninguna duda de que, si había aguantado hasta entonces, los dioses seguirían amparándome.

Y me alimentarían también. Originariamente había decidido vender uno de mis prendedores para comprar comida, pero ahora, pensaba mientras seguía el rastro de las muías, debería robar. Y en el peor de los casos, todavía me quedaba aquel mendrugo de pan duro. Me bastaba, pues, algún escondite hasta que llegara el día. Si Ambrosius tenía «una asamblea», como había dicho Marric, sería más difícil que de costumbre conseguir llegar hasta él. Fuera cual fuere el sentido de mi propia importancia, no llegaba a tanto como para esperar un buen trato por parte de los soldados de Ambrosius si me presentaba a ellos vestido de aquella manera. Cuando llegara el día ya veríamos.

Hacía frío, mi aliento se condensaba, gris, en el oscuro y helado aire. No había luna, pero las estrellas relucían como ojos de lobo. La escarcha relampagueaba sobre las piedras del camino y crujía bajo los cascos y las ruedas, delante de mí. Afortunadamente no hacía viento y mi sangre se calentaba mientras iba corriendo; pero debía tener cuidado en no alcanzar el convoy, que iba muy lento; por lo tanto, de vez en cuando tenía que moderar el paso o detenerme y entonces, el frío atravesaba los agujeros de mis sacos y tenía que rodearme el cuerpo con los brazos para luchar contra el frío.

Afortunadamente, aquello estaba lleno de cobijos; matorrales, a veces en montones bajos, a veces aislados, jorobados como si se hubieran helado a causa del viento, pero que después volvían a erguirse con dedos inflexibles. Entre los hierbajos, altas piedras agudamente afiladas, a la luz de la luna. Tomé la primera por un mojón desmesurado, pero luego vi las otras, en hileras, elevándose entre la hierba como avenidas de árboles. O como columnatas por las que caminaban los dioses..., pero no los dioses que yo conocía. La luz de las estrellas daba sobre la cara de la piedra ante la que me había parado y atrajo mi atención: una figura tallada bastamente en el granito, que a la fría luz parecía corroída por el hollín. Un hacha de dos cabezas. Las otras piedras, alineadas en la oscuridad, me parecieron una marcha de gigantes. Un cardo reseco, roto por el tallo, me hirió la pierna desnuda. Cuando volví a mirar el hacha, había desaparecido.

Me puse a correr de nuevo y mis dientes castañeaban. Hacía frío, un frío que me hacía estremecer; ¿qué más me hacía temblar? De nuevo los carros me habían tomado gran delantera y corrí tras ellos, procurando no apartarme del lindero del camino, a pesar de que las hierbas hacían más difícil mi paso que la arena del centro. La escarcha crujía bajo mis sandalias. Detrás, el silencioso ejército de piedras se desvanecía en las tinieblas y ante mí veía ahora las luces de un pueblo y el calor de sus casas me salía al encuentro. Pensé que era esa la primera ocasión en que yo, Merlín, corría hacia la luz, en busca de compañía; huía de la soledad como si un círculo de lobos se estuviera formando alrededor de una hoguera.

Era un pueblo amurallado. Debía haberlo imaginado, puesto que se levantaba cerca de la costa. Había un alto terraplén y, más arriba, una empalizada; el foso era ancho, blanqueado por el hielo; le habían quitado el hielo a intervalos; por lo tanto no podía caminar por él. Pude distinguir el entrelazado de las palas, sobre cuyas huellas el hielo volvía a formarse. Había un puente de madera que llevaba hasta la puerta: los carros estaban allí detenidos, mientras que el oficial se adelantaba para hablar con los guardias; los hombres permanecían de pie como rocas y las muías pateaban y sacudían sus arneses, deseosas de llegar al calor de su establo.

Si tenía la idea de saltar sobre uno de los carros y así poder entrar, tuve que abandonarla. Durante todo el camino hacia el pueblo los soldados habían formado dos filas, una a cada lado del convoy, con el oficial que cabalgaba de una fila a otra, vigilando continuamente. Ahora, después de dar la orden de avance, dirigió su caballo a la cola de la columna y registró el último carro. Pude ver su rostro, de media edad, ceñudo y descompuesto por el frío. No parecía un hombre con paciencia. Estaba más a salvo afuera con las estrellas y con los gigantes de piedra.

La puerta se cerró tras el convoy y oí cómo los guardianes marchaban hacia sus refugios.

Había un camino, ligeramente discernible, que se dirigía hacia el este bordeando el foso. Cuando lo descubrí supe que, algo más lejos, debía haber alguna granja fuera de los límites del pueblo.

Tomé el camino a grandes zancadas, mientras iba masticando mi mendrugo de pan.

Las luces que había visto antes pertenecían a una casa con patio en el centro. La casa en sí, de dos pisos, servía de muralla del patio, que estaba rodeado por los otros tres costados por edificaciones de un solo piso —baños, habitaciones de los sirvientes, establos, hornos—, todo ello vallado; a la vista había solamente unas pocas ventanas, lo cual favorecería mi llegada. Había una puerta arqueada y, cerca de ella, en un puntal de hierro colocada a una altura alcanzable por una mano de hombre, una antorcha crepitaba, solitaria.

En el interior del patio se veían más luces, pero no pude oír ningún movimiento ni voces. La puerta, naturalmente, estaba cerrada.

No era que pretendiera entrar, porque hubiera tenido dificultades en manos del portero. Bordeé la pared, buscando esperanzadamente algún lugar por el que escalar. La tercera ventana pertenecía a la cocina; los olores eran viejos, fríos, pero me atraían en gran manera y hubiera escalado la pared si no hubiera sido porque la ventana era tan sólo una ranura por la que ni siquiera yo hubiera podido pasar.

La siguiente era un establo y la otra también... Sentí el olor de los caballos y de los animales y el dulce aroma de la hierba seca. Luego, la casa, sin ninguna ventana que diera hacia afuera. Los baños tampoco tenían orificios. Volví a la puerta.

Crujió una cadena y, a poca distancia, justo en el resquicio de la puerta, un gran perro sacudía la lengua como una campana. Creo que di un salto hacia atrás, luego me aplasté contra la pared y en el mismo instante oí que una puerta se abría en algún lugar cerca de mí. Hubo una pausa durante la cual el perro gruñó y alguien estuvo escuchando; luego la voz de un hombre dijo algo y la puerta volvió a cerrarse. El perro siguió gruñendo un instante, husmeó la puerta, tiró de la cadena y finalmente oí que volvía a colocarse sobre la paja.

Evidentemente, no había manera de encontrar cobijo dentro de la casa. Permanecí quieto unos instantes, intentando pensar, con la espalda apoyada contra la pared fría, que aún parecía más cálida que el aire. Estaba temblando con tanta violencia que me pareció que hasta los huesos me saltaban. Estaba seguro de que había hecho bien dejando el barco y al no confiar en la benevolencia de la tropa, pero ahora empezaba a preguntarme si no debía intentar llamar a la puerta y suplicar cobijo. Sabía que debía parecer un pordiosero, pero, si me quedaba fuera, antes de que llegara la mañana habría muerto de frío.

Entonces, detrás del círculo iluminado por la luz de la antorcha, descubrí la baja sombra de una construcción que debía ser un cobertizo para el ganado; se levantaba a unos veinte pasos, en una esquina de un prado rodeado de vallas, coronadas con arbustos. Oí que el ganado se removía dentro. Al menos allí tendría el calor de los animales y, si podía conseguir que mis dientes cesaran de castañear, todavía podría comerme el último trozo de pan.

Di un paso, hubiera jurado que lo hice sin el menor ruido, pero el perro se levantó de nuevo con un crujido de cadenas y empezó su infernal

ladrido. Esta vez la puerta de la casa se abrió inmediatamente y oí los pasos de una persona en el corral. Venía hacia la puerta exterior. Oí cómo descolgaba un arma. Había empezado a correr cuando me llegó a los oídos, clara y agudamente en el aire helado, lo que el perro había oído antes: el sonido de unos cascos a todo galope que se acercaban a la casa.

Rápido como una sombra, corrí a través del campo descubierto hacia el cobertizo. Junto a él, en la valla, había una puerta bloqueada con majuelo seco. Lo empujé, me arrastré —tan quedamente como pude para no alborotar a los animales— para llegar hasta la puerta del cobertizo, fuera de la visión de la puerta de la casa.

El cobertizo era solamente un cobijo pequeño y basto, de paredes no mucho más altas que la estatura de un hombre, con techo de paja y lleno de animales. Estos parecían ser, en su mayoría, bueyes jóvenes, demasiado apretujados para poder tumbarse en el suelo pero satisfechos con el calor de los otros y con el heno para ir rumiando.

Una áspera tabla cruzaba la puerta como barrera para contenerlos. Afuera, el prado estaba vacío a la luz de las estrellas, gris de escarcha, vallado con tablas bajas, alomadas con aquellos arbustos mutilados. En el centro del prado había una de las piedras puntiagudas.

Desde la casa me llegó la voz del hombre que conminaba al perro al silencio. El sonido de los cascos se acercaba, martilleando el duro sendero; súbitamente el jinete entró en el halo de luz y detuvo el caballo con un grito metálico y un torbellino de arena y hierba helada; el ruido de los cascos se acercó hasta la madera de la puerta.

El hombre de la casa gritó algo, una pregunta, y el jinete contestó en el momento de descabalgar.

—Naturalmente. ¿Quieres abrir?

Oí el chirrido de la puerta, abierta lentamente, luego los dos hombres hablaron, pero excepto algunas palabras aisladas, no pude distinguir lo que decían. Parecía, por el movimiento de la luz, que el portero (o quien hubiera salido a abrir) había quitado la antorcha de su soporte. Además, la luz se acercaba y ambos hombres con ella, dirigiendo el caballo.

Oí que el jinete decía con impaciencia:

—¡Oh, sí, aquí irá bien! Si viene al caso, me será fácil marchar rápidamente. ¿Hay forraje?

—Sí, señor. He puesto los animales en otro sitio para hacer sitio a los caballos.

—¿Hay mucha gente, entonces?

Era una voz joven, clara, un poco áspera, fría y arrogante. La voz de un patricio, indiferente como la de un buen jinete.

—Bastante —dijo el portero—. Mira, señor, es por esta puerta. Si me dejas ir delante con la luz...

—Puedo ver perfectamente —dijo el joven, irritado—, si

no mantienes la antorcha ante mi rostro. ¡Cuidado tú! —dijo luego, dirigiéndose al caballo, como si éste tropezara con una piedra.

—Será mejor que me dejes ir delante. Hay un tronco en la puerta para mantenerla cerrada. Si quieres esperar un minuto, lo retiraré.

Yo ya me había evaporado por la puerta del cobertizo y dado la vuelta al ángulo de la construcción, en donde la rugosa pared se encontraba con el vallado del prado. Había hierba amontonada, leña y ramas secas, que supuse que debía estar almacenada para el invierno. Me agaché tras los montones.

Oí que quitaban el madero y lo dejaban a un lado:

—Por aquí, señor, hazlo pasar. No hay mucho sitio, pero si, como has dicho, vas a marcharte pronto…

—He dicho que quizá me iría. Pon el madero, date prisa, que llego tarde.

—Si me lo dejas, señor, voy a desensillarlo.

—No es necesario. Puede estar ensillado por una hora o dos. Basta que le aflojes la cincha. Supongo que será mejor que le ponga mi capa encima. Dios, qué frío hace… ¿Quieres quitarle la brida? Voy a entrar…

Le oí alejarse; sus espuelas centelleaban. La valla volvió a su sitio, luego el madero. Cuando el portero corría tras el jinete, pude captar una frase que me pareció más o menos:

—Y llévame a la parte trasera, donde el padre no pueda verme.

La gran puerta se cerró tras ellos. La cadena chirrió, pero el perro permaneció silencioso. Oí los pasos de los hombres cuando cruzaban el patio y luego la puerta de la casa que se cerraba.

Capítulo III

Aunque me hubiera decidido a correr el riesgo de la luz y del perro, gatear la valla que tenía detrás de mí y correr los veinte pasos que me separaban de la puerta, ahora descubría que no habría sido necesario. El dios había hecho su parte: me había procurado calor y alimento.

Tan pronto como se hubo cerrado la puerta, me acerqué al caballo susurrándole para que se tranquilizara mientras le quitaba la capa. No sudaba demasiado, solamente debía haber galopado la milla o dos que había desde el pueblo y entre tantos animales no cogería frío; en cualquier caso, mi necesidad era antes que la suya y me urgía la capa. Era la capa de un oficial, gruesa, suave y buena. Cuando la hube tomado me encontré, no sin alegría, que mi señor me había dejado no sólo su capa sino también un saco de montar, lleno de cosas. Me levanté sobre la punta de los pies y lo registré.

Encontré un frasco de cuero, casi lleno: vino, seguramente. Aquellos hombres jóvenes nunca llevaban agua. Una servilleta con galletas, uva y algunos trozos de carne seca.

Los animales se apretujaban, me bloqueaban y me lanzaban su cálido aliento. La larga capa había resbalado y arrastraba una punta entre la suciedad de debajo de sus patas. La recogí, agarré el frasco y la comida, y me deslicé debajo de la barrera. El montón de arbustos del rincón de fuera estaba limpio, pero no me hubiera importado mucho si hubiera sido un montón de estiércol. Me coloqué dentro, como si fuera una madriguera, envuelto cálidamente con los suaves pliegues de lana de la capa; empecé a comer y a beber todo lo que el dios había puesto en mis manos.

Por lo que pudiera pasar, no debía dormir. Desgraciadamente parecía que el joven no se quedaría más de una hora o dos, pero con el vino y el alimento que había encontrado, me bastarían aquellas horas para reconfortarme hasta la luz del día. Quería oír los movimientos que se produjeran en la casa para tener tiempo de devolver la capa a su lugar. Mi señor difícilmente notaría que su ración había volado de su saco de montar.

Bebí un poco más de vino. Era sorprendente cómo las últimas migas del pan que me quedaban sabían mucho mejor remojadas con aquel líquido. Tenía buen gusto, fuerte y dulce, con sabor a uva. Corría cálidamente por mi cuerpo, hasta que mis junturas perdieron su rigidez y dejaron de temblar; entonces me pude enroscar y relajar en mi oscuridad, con un buen montón de ramas encima para detener el frío.

Debí dormir un poco. No tengo idea de lo que debió despertarme, pues no se oía ruido alguno. Incluso los animales del cobertizo estaban silenciosos.

Parecía más oscuro; por eso me pregunté si debía llegar el alba, cuando las estrellas desaparecen. Pero cuando separé las ramas que me cubrían y miré hacia arriba vi que todavía estaban en el cielo, con su blanco fulgor contra la negra bóveda.

Lo extraño es que no hacía tanto frío. Se había levantado un poco de viento y había traído nubes con él, que se deslizaban acumuladas, luego se dispersaban y desaparecían, de manera que la sombra y la luz de las estrellas se sucedían una tras otra como las olas de un prado helado, en donde la hierba invernal parecía fluir como el agua, o como el trigo bajo el viento. Pero aquel viento no hacía ningún ruido.

Más arriba de las nubes voladoras, las estrellas brillaban, tachonaban la cúpula negra del cielo. El calor y mi postura, la oscuridad que me envolvía, me habían hecho soñar (pensé) en cosas tranquilizadoras y seguras, en Galapas y la cueva de cristal en donde había estado en aquella misma posición, observando la luz. Ahora, la brillante cúpula estrellada era para mí como el techo curvado de la cueva, con la luz que refulgía en los cristales y las sombras que pasaban volando, producidas por el fuego de la cueva mayor. Se podían ver puntos rojos y zafiro; se podía ver cómo una estrella lanza reflejos dorados. Entonces, el silencioso viento trajo otra sombra a través del cielo, con una luz detrás. Los arbustos y la sombra de la piedra puntiaguda se estremecieron.

Debía estar demasiado hundido y bien acomodado en aquel lecho porque no oía el susurro del viento al pasar entre la hierba y entre las ramas secas. Tampoco oí al hombre joven que separaba la barrera que el portero había vuelto a dejar obstruyendo la puerta de la valla. Así, pues, súbitamente, sin ningún rumor, lo vi allí: una alta figura que cruzaba el prado, tan sombría y silenciosa como el viento.

Me encogí, como un caracol en su concha. Ya era demasiado tarde para correr y devolver la capa. Todo lo que podía esperar era que el hombre pensara que el ladrón ya hubiera escapado y no valiera la pena buscarlo por los alrededores. Pero no se acercó al cobertizo: cruzaba el prado, alejándose de mí. Entonces descubrí, con medio cuerpo a la sombra de la piedra, al blanco animal que pacía. Debía de haber escapado del cobertizo. Sólo los dioses sabían qué podía encontrar para comer en aquel prado, en pleno invierno, pero pude ver, fantasmal en la distancia, al blanco animal husmeando junto a la piedra. Debía de haberse aflojado la cincha al intentar salir: la silla había desaparecido.

Por lo menos, mientras el joven la buscara, tendría tiempo de escapar… O, mejor aún, podría dejar la capa cerca del cobertizo y él creería que se había caído del caballo; entonces, de nuevo en mi cálido escondrijo, esperaría a que hubiera marchado. Solamente podría maldecir al portero porque el animal se había escapado; y tendría razón. Yo no había tocado la barrera que cerraba el cobertizo.

Me levanté cautelosamente y observé mis posibilidades.

El caballo había levantado la cabeza para mirar al hombre que se le acercaba. Una nube se deslizó por entre las estrellas y oscureció el prado. Después de la nube, la luz refulgió en la escarcha, brilló sobre la piedra. Descubrí entonces que me había equivocado: no se trataba del caballo; tampoco era ninguno de los jóvenes animales del cobertizo. Era un toro, un macizo toro blanco, grande, con una impresionante cornamenta y un cuello

como una nube tormentosa. Inclinó la cabeza hasta que la papada barrió el suelo y pateó una vez, dos veces.

El joven se detuvo. Ahora le veía claramente, como si hubiera desaparecido la oscuridad. Era alto y corpulento, su pelo blanqueaba a la luz de las estrellas. Vestía una especie de pantalones extraños, atados con correas que se entrecruzaban, debajo de una túnica arremangada hasta las caderas; se tocaba con una gran gorra, debajo de la cual se le escapaban mechones de pelo rubio que le enmarcaban el rostro como rayos. Llevaba una cuerda en una mano, cuyo extremo rozaba la escarcha. Su capa flotaba en el viento; una capa corta, de color oscuro que no pude distinguir.

¿Su capa? Entonces no debía tratarse del mismo hombre. Y, después de todo, ¿por qué tenía que venir aquel hombre arrogante a atar a un toro que se había escapado de su lugar?

De improviso y sin ningún ruido, el toro blanco atacó. Sombra y luz se movieron con él, fluctuando y haciendo borrosa la escena. La cuerda volteó, serpenteó, hasta hacerse un nudo alrededor del cuello del animal. El hombre dio un brinco cuando el animal pasó por su lado y, un momento después, éste se detuvo, la cuerda se tensó; la escarcha se convertía en nubes al contacto de las patas del animal.

El toro volteó y embistió de nuevo. El hombre esperó sin moverse, sus pies bien asentados en el suelo, ligeramente separados, con una actitud casual, casi desdeñosa. Cuando el toro lo alcanzó, se balanceó hacia un lado, suavemente, como un bailarín. El toro le pasó tan cerca que con un cuerno rozó la capa y su cuerpo se juntó al cuerpo del hombre como en una caricia amorosa. Las manos del hombre se movieron. La cuerda restalló de nuevo, se formó otro aro, otro nudo, éste alrededor de los cuernos. El hombre se inclinó hacia él y cuando el animal embistió de nuevo, en una aguda vuelta sobre sus patas, dio un salto.

Pero no lejos del toro, sino hacia él: le saltó sobre el cuello, las rodillas hundidas en la papada y las manos manejando la cuerda como si fueran unas riendas.

El toro se detuvo, sus cuatro patas formaron un rectángulo, su cabeza gacha tiraba con toda su fuerza de la cuerda.

No había oído ningún sonido, ni el ruido de las patas, ni el restallido de la cuerda, ni un bramido. Ahora me hallaba medio cuerpo fuera del montón de leña, rígido; observaba fijamente, desatento a cualquier cosa que no fuera la lucha entre el hombre y el toro.

De nuevo una nube sumió el prado en la sombra. Me levanté pensando en coger la tabla del cobertizo y correr a través del prado para ofrecer mi ayuda, por muy fútil que fuera. Pero antes de que pudiera moverme, la nube pasó y vi que el toro estaba como antes, con el hombre sobre su cuello. Pero ahora la cabeza del animal se levantaba. El hombre había dejado caer la cuerda y sus dos manos se asían a los cuernos y tiraba de ellos... más... más... y por fin los soltaba. Lentamente, como si se tratara de un ritual, el toro levantó la cabeza y el poderoso cuello quedó tenso, expuesto.

Algo refulgió en la mano del hombre. Se inclinó hacia adelante y con un cuchillo hizo dos cortes.

Silenciosa y lentamente, el toro cayó sobre sus rodillas. La sangre negra manó por el pellejo blanco, se deslizó hasta el suelo y llegó a la base blanca de la piedra.

Salí de mi escondite y corrí, gritando —no recuerdo qué—, hacia ellos.

No sé qué me impulsó a hacerlo. El hombre me vio llegar, giró la cabeza y vi que no me necesitaba. Estaba sonriendo, pero su rostro parecía extrañamente terso a la luz de las estrellas, inhumano por su falta de expresión. No pude ver ninguna señal de violencia o de esfuerzo. Sus ojos eran también inexpresivos, fríos y oscuros; en ellos no había ninguna sonrisa.

Vacilé, intenté detenerme, tropecé con la capa que iba arrastrando y caí, rodé hecho un fardo hasta el toro blanco, que empezaba a caer lentamente. Algo me golpeó en la cabeza. Oí un agudo chillido que salía de mi propia garganta y luego todo fue oscuridad.

Capítulo IV

Algo me golpeó de nuevo en las caderas. Di vueltas sobre mí mismo, intentando ponerme fuera del alcance de ese algo, pero me enredé con la capa. Una antorcha, que dejaba escapar una negra humareda, me iluminaba el rostro. La joven voz que ya me era familiar, gritó con enfado:

—¡Mi capa, por Dios! Quítatela, rápido. Está hecha una inmundicia.

Estaba rodeado de pies que arañaban la escarcha; las antorchas llameaban, las voces eran curiosas, molestas, indiferentes o divertidas. Algunos iban a caballo y sus monturas se removían alrededor del grupo, pateaban y se sacudían a causa del frío.

Me puse en cuclillas y levanté los ojos, medio ciego. Me dolía la cabeza y la vacilante escena que se desarrollaba me parecía irreal, como si realidad y sueño se entrelazaran para desdoblar el sentido. Fuego, voces, el balanceo de un barco, el toro blanco que caía...

Una mano me arrebató la capa. Algunos trozos de saco podrido se desprendieron con ella y me dejaron un hombro desnudo hasta la cintura. Alguien me cogió por la muñeca y me hizo levantar. Con la otra mano, me agarró el cabello y me obligó a levantar la cabeza hacia él. Era un hombre alto, joven, con el pelo oscuro de reflejos rojos a la luz de las antorchas y una poblada barba que le cubría la barbilla. Tenía los ojos azules y parecía enfadado. Iba sin capa. Tenía un látigo en la mano izquierda.

Me miró y lanzó un gruñido de disgusto:

—Un mocoso vagabundo, que además apesta. Supongo que te debería azotar, maldito zángano. ¿También pensabas robarme el caballo?

—No, señor, te juro que sólo quería la capa. Y, además, la hubiera vuelto a dejar sobre el caballo.

—¿Y el broche también?

—¿El broche?

El hombre que me tenía atrapado dijo:

—Está en la capa, mi señor.

Rápidamente, metí baza:

—Sólo la había cogido para calentarme... Hacía tanto frío...

—Y has dejado que mi caballo se enfriara, ¿no es eso?

—No he creído que eso le hiciera sufrir demasiado, señor.

En el cobertizo estaba caliente. Y se la hubiera devuelto, créeme.

—Para que yo la usara después, apestosa rata. Voy a cortarte el cuello por lo que has hecho.

Uno de los hombres a caballo dijo:

—Déjalo. No ha hecho nada malo, excepto con la capa. El pobre muchacho va medio desnudo y hace un frío capaz de helar a cualquiera. Déjale marchar.

—Por lo menos —dijo el joven oficial entre dientes— entraré en calor dándole una buena zurra. Aguántalo fuerte, Cadal.

El látigo zumbó. El hombre que me aguantaba me clavó sus garras cuando intenté librarme de él, pero antes de que el látigo cayera sobre mí una sombra se movió delante de la antorcha y una mano cayó suavemente sobre la muñeca del joven.

Alguien dijo:

—¿Qué significa esto?

Los hombres permanecieron silenciosamente. El joven dejó caer el látigo a lo largo de su cuerpo y se volvió.

Las garras que me atenazaban se aflojaron cuando el recién llegado empezó a hablar, y yo me deshice de ellas. Posiblemente hubiera podido echar a correr entre los hombres y los caballos, aunque supuse que uno de los jinetes me atraparía en pocos segundos. Así, pues, no hice ningún movimiento para huir. Me quedé y observé.

El recién llegado era alto, más alto que el joven oficial a quien había quitado la capa. Estaba entre mí y las antorchas y no pude verle bien a contraluz. El resplandor lo inundaba todo, lo hacía borroso y lo empañaba; me dolía la cabeza y el frío había vuelto a adueñarse de mí. Todo lo que vi fue la alta figura que me observaba atentamente, con sus ojos oscuros y su rostro completamente inexpresivo.

Respiré entrecortadamente:

—¡Eras tú! Me has visto, ¿verdad? Venía a ayudarte, pero he tropezado y me he caído. No me escapaba... díselo, por favor, díselo, mi señor. Pensaba devolver la capa antes de que él volviera. Por favor, explícale lo que ha sucedido.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tengo que explicar?

Parpadeé a causa del fulgor de las antorchas:

—Lo que acaba de ocurrir ahora mismo. Has sido tú... el que ha matado al toro.

—¿El qué?

Hasta entonces había habido una gran quietud y ahora el silencio sólo era roto por la respiración de los hombres que se arremolinaban a nuestro alrededor y por el sonido de los cascos.

El joven oficial dijo secamente:

—¿Qué toro?

—El toro blanco —dije—. Le ha cortado el cuello y la sangre manaba como una fuente. Por eso he ensuciado tu capa... Intentaba...

—¿Qué diablos estás diciendo de un toro? ¿Dónde estabas? ¿Con quién has hablado?

—Con nadie —contesté sorprendido—. Sólo lo he visto. ¿Tan secreto es? Al principio he pensado que debía ser un sueño; me he dormido a causa del vino...

—¡Maldita sea! —de nuevo la voz del joven oficial, pero ahora los demás le hacían coro y su indignación me envolvía—. Mátalo de una vez... está mintiendo..., miente para salvar su miserable pellejo... Ha estado espiando...

El hombre alto no hablaba. No me había quitado los ojos de encima. Desde algún lugar de mí interior, la ira me impulsó y le grité ardientemente:

—¡No soy un espía ni un ladrón! ¡Ya estoy harto de eso!

El hombre que estaba detrás de mí me puso la mano sobre el brazo pero yo me desasí con un gesto que podría haber sido de mi abuelo. Luego continué:

—Tampoco soy un vagabundo, mi señor. Soy un hombre libre que he venido a ponerme al servicio de Ambrosius, si él me acepta. Por eso he venido aquí, desde mi país y ha sido... ha sido un accidente si he perdido mis ropas. Quizá... quizá soy joven, pero tengo ciertos conocimientos valiosos y hablo cinco lenguas...

Mi voz desfalleció. Alguien había emitido un sonido parecido a la risa. Contuve el castañeo de los dientes y añadí orgullosamente:

—Suplico de tu generosidad que me des cobijo y me digas dónde puedo encontrarlo, mañana por la mañana.

Entonces el silencio se hizo tan denso que hubiera podido cortarse. Oí que el joven oficial tomaba aliento para hablar, pero el otro levantó una mano. Por la manera en que todos le obedecían, supuse que debía ser su jefe.

—Espera. No es insolente. Míralo. Levanta la antorcha, Lucius. Ahora, dinos cómo te llamas.

—Myrddin, señor.

—Bien, Myrddin. Quiero escucharte, pero habla clara y rápidamente. Quiero oír lo que has dicho acerca del toro. Empieza por el principio. Has visto a mi hermano que dejaba su caballo en el cobertizo y le has quitado la capa para abrigarte. Empieza a partir de aquí.

—Sí, mi señor. He cogido la comida del saco de montar, el vino...

—¿Estás hablando de mi comida y de mi vino? —preguntó el joven oficial.

—Sí, señor. Lo siento, pero hacía cuatro días que apenas comía...

—No te preocupes por eso —cortó el jefe—. Sigue.

—Me he escondido entre los arbustos y la leña que hay junto al cobertizo y creo que me he dormido. Al despertarme he visto al toro, un poco

más allá de la piedra. Estaba paciendo, casi inmóvil. Luego has venido tú con una cuerda. El toro ha embestido y tú lo has atado; luego has saltado sobre su cuello, le has hecho levantar la cabeza y lo has matado con un cuchillo. Había sangre por todas partes. Yo he corrido para ayudarte. No sé cómo te habría podido ayudar, pero de todas maneras he corrido. Luego he tropezado con la capa y he caído. Eso es todo.

Me callé. Un caballo coceaba y un hombre se aclaró la garganta. Nadie hablaba. Me pareció que Candal, el criado que me aguantaba, se separaba de mí.

El jefe preguntó tranquilamente:

—¿Junto a la piedra?

—Sí, señor.

Se volvió hacia atrás. El grupo de hombres y caballos estaba muy cerca de la piedra, la vi por detrás de los hombros de los jinetes que levantaban sus antorchas contra el cielo.

—Haceos a un lado y dejadle ver —ordenó el hombre alto, y algunos hombres se retiraron.

La piedra estaba a unos treinta pasos de distancia. Cerca de su base, la hierba escarchada tenía huellas de pisadas y de cascos, pero nada más. Allí donde había visto caer el toro blanco, con la sangre negra que le manaba de su cuello, no había nada más que la escarcha pisoteada y la sombra de la piedra.

El hachero había desviado la antorcha para iluminar la piedra. Ahora la luz caía sobre mi interrogador y por primera vez pude verlo claramente. No era tan joven como había creído; había arrugas en su rostro y sus cejas caían, enmarañadas. Tenía

los ojos oscuros, no azules como los de su hermano y era de complexión más vigorosa de lo que había imaginado. Había destellos dorados en su cuello y en sus muñecas; una pesada capa le caía desde los hombros hasta los talones...

Balbuceé:

—No eras tú. Lo siento... Ahora lo comprendo..., debo haberlo soñado. Nadie se enfrenta con un toro, sólo con una cuerda y un cuchillo... Ningún hombre puede levantar la cabeza de un toro y desgarrarle el cuello... Era una de mis... Era un sueño. Y no eras tú, ahora estoy seguro. Me... me ha parecido que eras el hombre de la gorra. Lo siento.

Ahora los hombres cuchicheaban. El joven oficial, en un tono totalmente distinto del que había usado antes, dijo:

—¿A quién se parecía el hombre del gorro?

Su hermano dijo rápidamente:

—No tiene importancia. Ahora no —me levantó la cara por la barbilla— . Has dicho que te llamas Myrddin. ¿De dónde vienes?

—De Gales, señor.

—¡Ah! ¿Así que eres el chico que han traído de Maridunum?

—Sí. ¿Has oído hablar de mí? ¡Oh!

Atontado por el frío y por el aturullamiento, descubrí lo que debía haber supuesto mucho antes. Me estremecí como un potro nervioso, en parte a causa de la excitación, en parte a causa del miedo.

—Tú debes ser el conde. Debes ser Ambrosius en persona.

No hizo caso de mis palabras.

—¿Qué edad tienes?

—Doce años, señor.

—¿Y quién eres, Myrddin, para hablar de ofrecerme tus servicios? ¿Qué es lo que puedes ofrecerme para que no te deje aquí y tenga a estos caballeros soportando el frío?

—Quien yo sea no importa nada, señor. Soy el nieto del rey de Gales del Sur, pero mi abuelo ha muerto. Mi tío Camlach es rey ahora, pero eso no me sirve de nada; me quiere muerto. Así, pues, no te sirvo de rehén. Lo que importa no es quién soy sino qué soy. Tengo algo que ofrecerte, mi señor. Si quieres verlo, déjame vivir hasta mañana.

—Vaya, valiosa información y cinco lenguas. Y también sueños, al parecer —las palabras eran burlonas, pero no reía—. ¿El nieto del viejo rey, dices? Y Camlach no es tu padre, ni Dyved tampoco, seguramente. No sabía que el viejo tuviera un nieto, excepto el niño de Camlach. Por lo que me han dicho mis espías, me imagino que debes ser su bastardo.

—Solía hacerme pasar por bastardo suyo... para salvar a mi madre del deshonor, según decía, pero ella nunca me consideró un deshonor. Mi madre era Niniane, la hija del rey.

—¡Ah! —hubo una pausa— ¿Era?

—Todavía vive, pero en estos momentos ya debe estar en el convento de Saint Peter. Quizá pienses que podía haberse encerrado allí antes, pero no podía dejar el palacio hasta que el viejo rey muriera.

—¿Y tu padre?

—Nunca hablaba de él, ni a mí ni a nadie. Decían que era el Príncipe de las Tinieblas.

Esperaba la acostumbrada reacción, que cruzara los dedos o la rápida mirada por encima del hombro. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Se rió.

—Así no me extraña que hables de ayudar a los reyes y que sueñes en dioses bajo las estrellas —se volvió hacia un lado, con un revuelo de su capa—. Que uno de vosotros lo lleve en su caballo. Uther, tú puedes darle tu capa de nuevo antes de que muera delante de tus ojos.

—¿Crees que se la volvería a dar, aunque fuera el Príncipe de las Tinieblas en persona?

Ambrosius rió:

—Si cabalgas como de costumbre, no la necesitarás. Y si tu capa está manchada con la sangre del toro, no te pertenece, ¿no crees?

—¿Estás blasfemando?

—¿Yo? —dijo Ambrosius con una especie de turbación.

Su hermano abrió la boca, luego lo pensó mejor, se encogió de hombros y saltó sobre su silla. Alguien me lanzó la capa y me aupó como si fuera un paquete; me encontré sobre las ancas de un caballo. Ambrosius montó sobre su gran semental negro.

—Vamos, caballeros.

El negro semental dio un salto hacia adelante y la capa de Ambrosius flotó en el aire. El caballo gris corrió tras él y el resto de los jinetes le siguieron hacia la ciudad, en un trote corto.

Capítulo V

El cuartel general de Ambrosius estaba situado en el pueblo. Más tarde me enteré de que el pueblo, de hecho, había crecido alrededor del campo en donde Ambrosius y su hermano habían empezado, durante el último par de años, a reunir y a entrenar el ejército que durante tanto tiempo había sido la mítica amenaza contra Vortigern y que ahora, con la ayuda del rey Budec y las tropas de la mitad de la Galia, se estaba convirtiendo en una realidad. Budec era el rey de la Pequeña Bretaña, primo de Ambrosius y Uther. El había sido quien, hacía veinte años, había cobijado a los dos hermanos —cuando Ambrosius tenía diez años y Uther era todavía un niño de cuna— y los había traído, allende el mar, hasta su país, después de que Vortigern hubo asesinado a su hermano mayor, el rey. El palacio de Budec estaba a un tiro de piedra del campamento que Ambrosius había edificado, y el pueblo había crecido alrededor de aquellos dos puntos: un grupo de casas, tiendas y cabañas, con la muralla y el foso por protección. Ahora Budec era un hombre viejo y había nombrado heredero a Ambrosius y también jefe o conde de sus fuerzas. En el pasado se suponía que los dos hermanos se contentarían con permanecer en la Pequeña Bretaña y gobernarla después de la muerte de Budec, pero ahora que la garra de Vortigern sobre la Gran Bretaña se debilitaba, los hombres y el dinero se vertían en aquella tierra y era un secreto sabido por todos que Ambrosius había puesto sus ojos en el Sur y en el Oeste de Gales, mientras que Uther —un brillante soldado a sus veinte años— se quedaría en la Pequeña Bretaña para que al menos otra generación proporcionara un baluarte romanocéltico entre los dos reinos para hacer frente a los bárbaros del norte.

Respecto a Ambrosius, pronto descubrí que era romano de pies a cabeza. Lo primero que me sucedió después de haber entrado en su casa fue que me desnudaron completamente —exhausto y sin las menores fuerzas para protestar— y me metieron en un baño. Aquí sí que funcionaba el sistema de calefacción; el agua exhalaba vapor y me derritió el cuerpo helado en tres penosos y extáticos minutos. El hombre que me había traído hasta el cuartel —era Cadal, que se había convertido en un criado personal de Ambrosius— me lavó. Bajo las órdenes de éste, según me dijo secamente, me fregó con vigor, me untó de aceite y me secó; luego se quedó a mi lado mientras me ponía una túnica limpia de lana blanca, que sólo me venía dos medidas demasiado grande.

—Es para estar seguro de que no volverás a largarte. Quiere hablar contigo, no me preguntes por qué. No puedes llevar estas sandalias en la casa; la diosa Dia sabe en dónde has estado con ellas. Es obvio, además, que has pisado excrementos de vaca. Puedes ir descalzo, pues el suelo está caliente. Bueno, por lo menos ahora vas limpio. ¿Enfadado?

—¿Intentas hacerme gracia?

—Anda, vamos. La cocina es por aquí. A menos que, siendo nieto bastardo de un rey, o lo que has dicho que eras, seas demasiado orgulloso para sentarte a comer en la cocina.

—Por esta vez, no —dije—. Lo soportaré.

Me lanzó una mirada enfurruñada y luego me guiñó un ojo al tiempo que me decía:

—Tienes agallas, muchacho, ya lo he comprobado. Y eso no es más que una treta. Que me asen si no te atiborras rápidamente. No hubiera dado por ti dos pepinos si Uther te llega a poner las manos encima. Y de todas maneras has conseguido hacerte escuchar.

—He dicho la verdad.

— ¡Oh, sí, claro, claro! Bueno, puedes volver a contárselo todo al conde y procura hacerlo bien y rápido, porque no le gusta perder el tiempo, ¿entiendes?

—¿Esta noche?

—Sí. Te olvidarías si vivieras hasta mañana y, además, Ambrosius no pierde mucho el tiempo durmiendo. Ni el príncipe Uther, que no es que trabaje, exactamente: utiliza el tiempo en cosas poco corrientes. Anda, ven.

Antes de llegar a la puerta de la cocina nos alcanzó el aroma de la comida caliente que me esperaba y, con el aroma, el chirrido de algo que se estaba friendo.

La cocina era una gran habitación y me pareció casi tan vasta como el comedor de mi casa. El suelo era de suaves baldosas rojas; a cada extremo de la estancia había una chimenea y, a lo largo de las paredes, se extendían unos estantes con jarras de aceite, de vino y, más arriba, se apilaban los platos. Cerca de uno de los fogones, un muchacho de ojos somnolientos estaba calentando aceite; había echado carbón en el fogón y encima hervía una olla de sopa, mientras que unas salchichas se asaban en otro; también olí a pollo frito. Noté que, a pesar de que Cadal dijera que no creía mi historia, mi comida era tan refinada como la de la mesa de Ambrosius y el vino que me escanció provenía de un jarro en el que lucía la palabra «reserva». También me dio una servilleta fina.

El cocinero —debían haberlo sacado de la cama para que me preparara la comida— difícilmente podía ver lo que estaba haciendo; después de poner la carne en un plato, retiró rápidamente los rescoldos y dejó el fogón limpio para la mañana; luego, con una mirada a Cadal como para pedir permiso para marcharse, se fue hacia la cama. Cadal me sirvió, cortó pan tierno y caliente que había sacado del horno, en donde se cocía la primera hornada del día. La sopa tenía un sabroso sabor a pescado y se comía casi diariamente en la Pequeña Bretaña. Estaba humeante y deliciosa; pensé que nunca había comido nada tan bueno hasta que probé el pollo, asado con aceite, y las salchichas, doradas y sazonadas con especias y cebollas. Dejé el plato limpio después de pasar un trozo de pan por él y denegué con la cabeza cuando Cadal me presentó otro plato con dátiles secos, queso y pastel de miel.

—No, gracias.

—¿Ya tienes bastante?

—¡Oh, sí! —retiré el plato—. Ha sido la mejor comida de mi vida. Gracias.

—Bueno, dicen que el hambre es la mejor salsa. Pero admito que aquí la comida es buena —trajo agua fresca y una toalla; esperó mientras me lavaba las manos y me las secaba—. Bueno, tendré que creerme parte de tu historia, ahora.

Levanté la cabeza:

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que no has aprendido a comer en una cocina. Ahora vamos, ha dicho que le interrumpamos aunque esté trabajando.

Ambrosius no estaba trabajando cuando entramos en su habitación. Su mesa —una vasta mesa de mármol de Italia— estaba llena de rollos de papel, mapas y materiales para escribir.

El estaba en un gran sillón, con la barbilla apoyada en el puño, con los ojos fijos en un brasero que llenaba la habitación de calor y de aroma de leña de manzano.

No levantó la mirada cuando Cadal habló con el centinela y me empujó suavemente hacia dentro.

—El muchacho, señor —no era el tono que Cadal usaba conmigo.

—Gracias, puedes acostarte, Cadal.

—Sí, mi señor —dijo, y se marchó.

Las cortinas de cuero caían en pliegues detrás de Ambrosius. Entonces volvió la cabeza hacia mí y señaló una silla.

—Siéntate.

Le obedecí.

—Veo que han encontrado con qué vestirte. ¿Has comido bien?

—Sí, señor. Gracias.

—¿Vas suficientemente abrigado ahora? Acerca la silla al fuego, si quieres.

Se arrellanó en su sillón y sus manos descansaron sobre las cabezas de león que éste tenía tallados en los brazos. Entre él y yo, sobre la mesa, había una lámpara y, a su luz, cualquier semejanza entre Ambrosius y el extraño hombre de mi sueño se desvanecía por completo.

Es difícil ahora, mirando hacia atrás a tanta distancia en el tiempo, recordar la primera impresión real que me causó Ambrosius.

En aquel tiempo no debía tener mucho más de treinta años, pero yo sólo tenía doce y, naturalmente, me pareció de edad respetable. De hecho, creo que parecía más viejo de lo que era; era el resultado natural de la vida que había llevado y de la pesada responsabilidad que había tenido desde que era más joven que yo. Tenía arrugas alrededor de los ojos, dos profundos surcos en el entrecejo que delataban un carácter decidido o quizá

temperamental; su boca era firme y recta y pocas veces sonreía. Las cejas, oscuras como el pelo, sumían sus ojos en la sombra. La débil línea blanquecina de una cicatriz iba desde su oreja izquierda hasta media mejilla. Su nariz era romana, de puente alto y punta prominente, pero su piel estaba curtida y adquiría tonos oliváceos; en sus ojos, algo hablaba de reminiscencias célticas, tanto como romanas.

Era un rostro yermo, un rostro (como yo pude comprobar) que podía ensombrecerse con la frustración o con la cólera, o bien con el duro dominio de ambos sentimientos; pero era un rostro que inspiraba confianza. No era un hombre al que se pudiera querer con facilidad; ciertamente, no era un hombre que gustara, sino más bien un hombre a quien temer o a quien adorar. O se le atacaba o se le seguía. Pero con él se tenía que hacer una de las dos cosas: una vez que se le conocía, ya no existía la tranquilidad.

Tuve que aprender todas esas cosas. Recuerdo muy vagamente mis pensamientos de aquel momento, excepto que sus ojos profundos me observaban más allá de la lámpara y que sus manos se agarraban a la cabeza de los leones. Pero sí recuerdo cada una de las palabras que dijo.

Me miró de pies a cabeza:

—Myrddin, hijo de Niniane, hija del rey del Sur de Gales..., me han dicho que me contarás los secretos del palacio de Maridunum.

—¿Te han dicho que yo haría eso? Yo les dije que vivía allí y que había oído algunas cosas...

—Mis hombres te han traído a través del estrecho porque tú dijiste que tenías secretos que podían serme valiosos. ¿Acaso no era cierto?

—Señor —dije con desesperación—. No sé lo que puede serte útil. Con ellos utilicé el lenguaje que creí que entenderían mejor. Pensaban matarme y yo intentaba salvar la vida.

—Ya entiendo. Bien, ahora estás aquí y a salvo. ¿Por qué dejaste tu casa?

—Porque, habiendo muerto mi abuelo, ya no estaba seguro allí. Mi madre iba a entrar en un convento y mi tío Camlach ya había intentado matarme una vez. Además, sus criados mataron a mi amigo.

—¿Tu amigo?

—Mi criado. Se llamaba Cerdic y era un siervo.

—Ah, sí, también me han hablado de eso. Me han dicho que prendiste fuego al palacio. ¿No crees que fuiste un poco... drástico?

—Seguramente. Pero alguien tenía que hacerle los honores mortuorios. Y lo hice yo.

Levantó las cejas y siguió preguntando:

—¿Me lo dices como una razón o como una obligación?

Me aturrullé, pero luego dije, lentamente:

—Creo que por ambas cosas.

Bajó los ojos y se miró las manos. Las había quitado de los brazos de su sillón y ahora descansaban sobre la mesa.

—Tu madre, la princesa —dijo como si el pensamiento hubiera surgido de lo que habíamos hablado—, ¿también corría peligro?

—¡No, naturalmente!

Mi tono de voz le hizo levantar la mirada. Me expliqué rápidamente:

—Lo siento, mi señor, sólo quería decir que si iban a hacerle ningún daño, ¿cómo podría haberla abandonado? No, Camlach no le haría nada jamás. Ya te he dicho que hacía años que deseaba encerrarse en el convento de Saint Peter; no recuerdo que pasara ninguna larga temporada sin que recibiera a cualquier clérigo cristiano que visitara Maridunum; incluso el obispo, cuando venía de Caerleon, solía instalarse en el palacio. Pero mi abuelo no la dejaba ir a Saint Peter. El y el obispo solían disputar acerca de ella y acerca de mí... El obispo quería bautizarme y mi abuelo no quería ni oír hablar de ello. Pienso que quizás era un soborno que le hacía, si es que ella alguna vez le había dicho quien era mi padre... o quizás era para obligarla a casarse con quien él quisiera..., aunque ella nunca ha querido desposarse.

Me callé, preguntándome si hablaba demasiado. Pero él me observaba fijamente y, al parecer, con atención.

—Mi abuelo juraba que no la dejaría entrar jamás en un convento, pero tan pronto como hubo muerto, ella pidió a Camlach que la dejara y éste accedió. También quería encerrarme a mí; por eso me escapé.

—¿A dónde pretendías ir?

—No lo sé. Marric ya me dijo, cuando bajábamos el río, que tenía que dirigirme necesariamente a alguien. Sólo tengo doce años y, puesto que no puedo ser mi propio amo, necesito encontrar uno. No me gusta Vortigern, ni Vortimer, pero no sé a quién más ir.

—¿Y convenciste a Marric y a Hanno para que te dejaran vivo y te trajeran hasta aquí?

—No exactamente —dije con sinceridad—. Al principio no sabía a dónde iban. Sólo dije lo que pensé que podría salvarme. Me había puesto en manos de los dioses y ellos me habían situado en su camino y, además, estaba el barco. Así, pues, conseguí que me dejaran hacer la travesía.

—¿Hasta mí?

Asentí. El brasero lanzó unos destellos y danzaron las sombras; una pareció moverse en su mejilla como si estuviera riendo.

—Entonces, ¿por qué no has esperado a que ellos mismos te trajeran a mi presencia? ¿Por qué has saltado del barco arriesgándote a morir de frío y de inanición en cualquier campo helado?

—Porque tenía miedo de que, después de todo, no me trajeran a ti. Pensé que habrían descubierto lo poco útil... lo poco útil que podía serte.

—Por lo tanto, has desembarcado por ti mismo en medio de una noche de invierno, en un país extraño, y tu dios te ha llevado directamente a mis pies. Tú y tu dios, Myrddin, sois una buena combinación de fuerza. Ya veo que no tengo alternativa.

—Mi señor…

—Quizá tienes razón y puedes serme útil de alguna manera —de nuevo tenía los ojos fijos en la mesa; cogió una pluma y la hizo voltear entre sus manos como si la examinara—. Pero, antes, dime: ¿por qué te llamas Myrddin? ¿No te ha dicho nunca tu madre quién era tu padre? ¿Nunca, ni una insinuación? Es posible que te pusiera su nombre…

—No, Myrddin es el nombre de uno de los viejos dioses… Hay una urna cerca de Saint Peter… Era el dios de la colina cercana y dicen que de otras partes, más allá del Sur de Gales. Pero tengo otro nombre —titubeé—. No lo he dicho a nadie antes de ahora, pero estoy seguro que es el nombre de mi padre.

—¿Cuál es?

—Emrys. Una vez le oí que hablaba con él, por la noche, hace muchos años, cuando yo era muy pequeño. Pero no lo he olvidado. Había algo en su voz…

La pluma se había quedado quieta entre sus manos. Me miró por debajo de sus cejas:

—¿Hablaba con él? Entonces era alguien del palacio.

—Oh, no, no era nada de eso. No era real.

—¿Quieres decir que fue un sueño, una visión? ¿Como esta noche con el toro?

—No, señor. Y yo no diría que lo del toro ha sido un sueño… Era real, pero de una manera diferente. A veces me ocurren esas cosas. Pero cuando oí a mi madre… Hay un viejo hipocausto en el palacio fuera de uso desde hace años; más tarde lo llenaron, pero cuando yo era joven…, quiero decir cuando era más pequeño…, solía esconderme allí para huir de la gente. Allí guardaba cosas…, esa clase de cosas que se guardan cuando se es pequeño y que si te las encuentran te las tiran…

—Ya entiendo. Sigue.

—Bueno, solía deslizarme por el hipocausto y una noche estaba debajo de su habitación; le oí que hablaba consigo misma, en voz alta, como cuando rezas a alguien. Oí que decía Emrys, pero no recuerdo qué más —lo miré—. Sabes, es como cuando alguien oye su nombre, aunque no pueda entender nada más. Pensé que estaba rezando por mí, pero cuando me hice mayor y lo recordé, pensé que aquel «Emrys» debía referirse a mi padre. Había algo en su voz… y, de todas maneras, nunca me llamaba Emrys; me llamaba Merlín.

—¿Por qué?

—Significa halcón.

—Entonces yo también te llamaré Merlín. Eres valeroso y parece que tienes unos ojos que pueden ver a larga distancia. Puede que necesite tus ojos, algún día. Pero esta noche empezaremos con cosas sencillas. Cuéntame cómo era tu casa.

—Si tengo que entrar a tu servicio... Naturalmente quiero contaros todo lo que sé... pero —titubeé y él dijo las palabras por mí.

—Pero tengo que prometerte que cuando invada a la Gran Bretaña tu madre no correrá ningún peligro, ¿no es eso? Te lo prometo. Estará a salvo y con ella cualquier otro hombre o mujer que tú quieras amparar porque haya sido amable contigo.

Creo que balbucí.

—Eres... eres muy generoso.

—Si tomo la Gran Bretaña, podré serlo mucho. Sólo tengo una reserva que hacer —sonrió—. Me será difícil complacerte si deseas la amnistía para tu tío Camlach.

—No será necesario —dije—. Cuando tomes la Gran Bretaña él ya habrá muerto.

Un silencio.

Separó los labios como si fuera a decir algo, pero creo que cambió de idea.

—Te he dicho que quizás algún día necesite tus ojos. Ahora tienes mi promesa. Así, pues, sigamos hablando. No dejes de decirme las cosas que puedan parecerte poco importantes; déjame que lo juzgue yo mismo.

Empecé a hablar. No me pareció extraño que me hablara como a un igual, ni tampoco que perdiera media noche preguntándome cosas que sus espías le podrían haber contestado. Creo que, en dos ocasiones, mientras hablábamos, un siervo entró en silencio y llenó el brasero; y oí una vez el cambio de la guardia al otro lado de la puerta. Ambrosius preguntaba, sugería, escuchaba, a veces escribía en una tablilla que tenía frente a él, a veces su mirada se perdía en el vacío, la barbilla apoyada en el puño. Pero la mayoría de las veces me observaba con su mirada fija y sombría. Cuando yo vacilaba, me extraviaba en cosas sin importancia, o decaía de fatiga, él me sacudía con sus preguntas y me hacía llegar a conclusiones imprevistas, como el mulero que fustiga a su mula:

—Esta fortaleza del río Seint, en donde tu abuelo se encontró con Vortigern, ¿a qué distancia estaba de Caerleon? ¿Porqué camino? Háblame del camino... ¿Cómo es la fortaleza vista desde el mar?

»La torre en donde se instaló el Gran Rey, la Torre de Máximas o de Macsen, como dices tú... Háblame de ella. Cuántos hombres estaban acuartelados allí. Qué camino hay hasta el puerto...

»Has dicho que la comitiva del rey se detuvo en un valle, al sur de Snow Hill y que los reyes se mantuvieron apartados.

Tu hombre, Cerdic, dijo que estaban contemplando una vieja fortaleza. Describe el lugar, la altura del despeñadero. Hasta qué distancia se puede distinguir desde la cumbre, hacia el norte, hacia el sur y hacia el este...

»Ahora piensa en los nobles de tu abuelo. ¿Cuántos de ellos serán leales a Camlach? ¿Cómo se llaman? ¿Cuántos hombres tiene? ¿Y cuántos sus aliados? ¿Cuál es su poder de ataque?

Y luego, súbitamente, preguntó:

—Ahora dime: ¿Cómo supiste que Camlach iba a ayudar a Vortimer?

—Lo dijo a mi madre. Cerca del lecho mortuorio de su padre. Yo lo oí. Ya habían corrido rumores de que eso sucedería y yo sabía que se había peleado con el abuelo, pero nadie lo daba por seguro. Incluso mi madre sólo sospechaba que quería hacerlo. Pero tan pronto como murió el abuelo, se lo dijo.

—¿Lo anunció directamente? Entonces, ¿por qué Marric y Hanno no oyeron nada, excepto los rumores de las peleas?

La fatiga y el largo e ininterrumpido interrogatorio me habían hecho incauto. Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, dije:

—No lo anunció. Sólo se lo dijo a ella cuando estaban solos.

—¿Pero tú estabas allí? —su voz había cambiado y entonces di un brinco; me estaba mirando fijamente—. Creo que me has dicho que habían tapado el hipocausto...

Me volví a sentar y lo miré. No sabía qué decir.

—Parece extraño —continuó levemente— que se lo dijera a tu madre estando tú presente, cuando ya debía saber que tú eras su enemigo, cuando sus hombres acababan de matar a tu amigo. Y después de haberte explicado sus planes secretos, ¿cómo pudiste salir del palacio, caer en manos de mis hombres y «hacer» que te trajeran hasta mí?

—Yo... yo, mi señor —balbucí—, no puedes pensar que yo... Te he dicho que no soy un espía. Todo lo que te he contado es cierto. Lo dijo, lo dijo a mi madre, te lo juro.

—Ten cuidado. Es muy importante si es cierto. ¿Te lo dijo tu madre?

—No.

—Entonces, ¿lo oíste decir a los criados?

Con desesperación, repetí:

—Se lo oí decir a él.

—¿Dónde estabas, pues?

Me encontré con su mirada. Sin poder adivinar por qué. le conté la verdad:

—Mi señor, estaba durmiendo en las colinas, a seis millas de distancia.

Se hizo un silencio, un largo silencio. Pude oír las brasas que zumbaban en el brasero y afuera, en la distancia, un perro que ladraba. Esperaba su cólera.

—Merlín.

Levanté la cabeza.

—¿De quién has adquirido la Visión? ¿De tu madre?

Contra todo temor, él me creía. Dije ansiosamente:

—Sí, pero es diferente. Ella sólo veía cosas de mujeres, cosas del amor. Entonces empezó a temer aquel poder y lo perdió.

—Y tú, ¿lo temes?

—Tengo que ser un hombre.

—Y un hombre coge el poder cuando se le presenta. Sí. ¿Has comprendido lo que has visto esta noche?

—¿El toro? No, mi señor, sólo sé que era algo secreto.

—Bien, algún día lo sabrás, pero no ahora. Escucha.

Afuera un gallo cantó, agudo y cortante como una trompeta. Ambrosius me dijo:

—Ya es hora de que te olvides de tus fantasmas; pareces muerto de cansancio.

Se levantó. Yo me deslicé lentamente de mi silla y él se me quedó mirando breves instantes. Luego dijo:

—Tenía diez años cuando me embarqué para la Pequeña Bretaña y estuve mareado durante toda la travesía.

—Y yo también.

—Entonces debes estar rendido como lo estaba yo —sonrió—. Cuando hayas dormido, decidiremos qué hacemos contigo —hizo sonar una campanilla y un siervo abrió la puerta y esperó—. Por esta noche dormirás en mi habitación. Es por aquí.

El dormitorio también era romano. En comparación con el de Uther, era austero, pero para los ojos de un muchacho que venía de un pueblo como yo, parecía lujosísimo, con la gran cama cubierta con sábanas de lana color escarlata y un cobertor de felpa, con las pieles de ovejas en el suelo y el trípode de bronce, tan alto como un hombre, en donde las tres lámparas en forma de pequeños dragones mostraban sus lenguas de fuego. Gruesas cortinas marrones ocultaban la noche helada y todo estaba en silencio.

Mientras le seguía a él y al siervo a través de la guardia —dos hombres en la puerta, rígidos e inmóviles, cuyos ojos, sin embargo, se deslizaron, cuidadosamente vacíos de especulación, de Ambrosius a mí—, se me ocurrió preguntarme por primera vez si debía ser romano en otros aspectos.

Me señaló un arco del que colgaba otra cortina, medio corrida, que dejaba ver otra cama. Supuse que a veces debía dormir algún siervo allí.

El criado acabó de retirar la cortina y vi las sábanas que cubrían el colchón y unas buenas almohadas rellenas de lana. Luego me dejó y fue a atender a Ambrosius.

Me quité la túnica y la doblé cuidadosamente. Las sábanas eran gruesas, de lana reciente, y olían a cedro. Ambrosius y el criado estaban hablando en voz baja; sus voces me llegaban como ecos desde las lejanas profundidades de un abismo. Era un deleite volver de nuevo a dormir en una cama de verdad, caliente y blanda, en un lugar en que se oía incluso el rumor del mar. Y a salvo.

Creo que Ambrosius dijo «Buenas noches», pero yo ya me había sumergido en el sueño y no pude salir a la superficie para contestarle. Lo último que recuerdo es que el criado retiraba lentamente las lámparas.

Capítulo VI

Cuando me desperté, a la mañana siguiente, era muy tarde. Habían corrido las cortinas y entraba una luz grisácea y mortecina. La cama de Ambrosius estaba vacía. A través de la ventana, pude ver un pequeño patio cuadrado, rodeado de columnas, con un jardín en el centro del cual una fuente manaba en silencio... pensé, hasta que me di cuenta de que la cascada era hielo sólido.

Las losas del suelo eran cálidas bajo mis pies desnudos. Alcancé mi túnica blanca que había dejado doblada sobre una silla cerca de la cama, pero en lugar de aquella ropa vi que habían dejado otra, color verde oscuro, y me la puse. Había un cinturón de cuero y un par de sandalias nuevas. También una capa, verde brillante, con un broche de cobre para anudarla. Había algo grabado en el broche: un dragón escarlata, la misma divisa que había visto la noche anterior en el anillo que Ambrosius llevaba.

Que yo recuerde, era la primera vez que mi aspecto era el de un príncipe y me pareció extraño que aquello ocurriera en el momento en que se podía pensar que había llegado al final de mi fortuna. Aquí, en la Pequeña Bretaña, no tenía nada, ni siquiera un nombre bastardo con el que protegerme; ningún linaje, ni siquiera un trapo de mi propiedad. Apenas había hablado con otro hombre que no fuera Ambrosius y para él yo era un criado, dependía de él, era algo que se debía utilizar y estaba vivo sólo gracias a su voluntad.

Cadal me trajo mi desayuno: pan moreno, miel e higos secos. Le pregunté por Ambrosius.

—Ha salido con los hombres a hacer instrucción. Mejor dicho, a inspeccionar los ejercicios. Lo hace cada día.

—¿Qué supones que quiere que haga?

—Ha dicho que puedes hacer lo que quieras hasta que te canses, como si estuvieras en tu casa. Voy a mandar a alguien al barco; así que si me dices cuáles eran las cosas que perdiste, las haré traer.

—No era mucho, no tuve tiempo de recoger muchas cosas. Dos túnicas y un par de sandalias envueltas en una capa azul. Algunas cosillas más, un prendedor, un broche que me dio mi madre y cosas por el estilo —palpé las ropas que llevaba puestas—. Nada era tan bueno como esto. Cadal, espero que podré serle útil. ¿Ha dicho qué deseaba de mí?

—Ni una palabra. ¿Acaso crees que me cuenta sus pensamientos secretos? Ahora, haz lo que ha dicho: siéntete como en tu casa, mantén la boca cerrada y procura no meterte en dificultades. Supongo que no le verás demasiado a menudo.

—Ya me lo imagino. ¿Dónde voy a vivir?

—Aquí.

—¿En esta habitación?

—No exactamente. Quiero decir en la casa.

Retiré mi plato:

—Cadal, el príncipe Uther, ¿tiene casa propia?

Los ojos de Cadal parpadearon. Era un hombre pequeño y rechoncho, de cara cuadrada y colorada, una negra maraña de pelo y unos ojillos no mayores que aceitunas. El destello que vi en ellos en aquel momento me hizo comprender que sabía exactamente lo que estaba pensando y, además, que todo el mundo sabía lo que había pasado entre el príncipe y yo la noche pasada.

—No, no la tiene. También vive aquí.

—¡Oh!

—No te preocupes; tampoco lo verás muy a menudo. Se va a ir al norte dentro de una semana o dos. Este tiempo lo enfriará pronto... De cualquier modo, ya debe haber olvidado lo que ha ocurrido esta noche.

Me guiñó un ojo y se fue.

Tenía razón. Durante las dos semanas que siguieron apenas vi a Uther, luego se marchó con tropas hacia el norte, en una expedición organizada en parte para ejercitar a su compañía y en parte para buscar nuevos soldados. Cadal había adivinado el alivio que aquella partida supondría para mí; no me dolía estar fuera del alcance de Uther, pues tenía la idea de que no le agradaba demasiado mi presencia en la casa de su hermano y, en efecto, la continua amabilidad del conde conmigo le había fastidiado bastante.

Esperaba ver muy poco a Ambrosius después de la primera noche en que le conté todo lo que sabía, pero a partir de entonces me hacía llamar muy a menudo, en las veladas en que no tenía trabajo, a veces para preguntarme cosas y escuchar lo que yo pudiera contarle de mi casa, a veces —cuando estaba cansado— para que tocara el arpa o, en varias ocasiones, para hacer una partida de ajedrez. En el ajedrez, para mi sorpresa, estábamos igualados y nunca pensé que me dejara ganarle. Me decía que estaba desentrenado; el juego usual eran los dados pero no quería arriesgarse a jugar contra un niño adivino. El ajedrez, juego tan matemático como mágico, era menos susceptible a las artes negras.

Cumplió su promesa y me contó lo que había visto la primera noche en la piedra puntiaguda. Creo que lo hubiera olvidado como si de verdad fuera un sueño. Al pasar del tiempo, la memoria lo había borrado y desvanecido, hasta que empecé a pensar que debía haber sido un sueño provocado por el frío y por el hambre, por algún oscuro recuerdo de las borrosas pinturas de mi cofre romano de la habitación de Maridunum, el toro arrodillado y el hombre con un cuchillo bajo su arco poblado de estrellas. Pero cuando Ambrosius me volvió a hablar de ello, supe que había visto más cosas de las que había en la pintura. Había visto al dios de los soldados, la Palabra, la Luz, el Buen Pastor, el mediador entre un Dios y los hombres. Había visto a Mitra, que había venido de Asia hacía mil años. Ambrosius me contó que había nacido en una cueva, en pleno invierno,

mientras los pastores guardaban sus rebaños y una estrella brillaba; había nacido de tierra y de luz, había surgido de la roca con una antorcha en su mano izquierda y un cuchillo en la derecha. Había matado al toro para dar vida y fertilidad a la tierra con su sangre y entonces, después de su última comida de pan y vino, había ascendido a los cielos. Era el dios de la fuerza y de la gentileza, del valor y del dominio de sí mismo.

—El dios de los soldados —dijo Ambrosius de nuevo—, y por eso hemos restablecido su veneración aquí, para establecer, como hacían los ejércitos romanos, un vínculo entre los jefes y los reyes de todas las lenguas y de todas las creencias que luchan con nosotros. No puedo hablarte de su veneración, porque está prohibido y, como puedes imaginar, aquella noche yo y mis oficiales nos habíamos reunido para nuestra ceremonia de adoración, y tu narración acerca del pan y del vino, del toro muerto, nos hizo creer que habías visto más cosas de nuestra ceremonia de lo que está permitido hablar. Quizás algún día podrás asistir a una. Hasta entonces, sé prudente y si te preguntan acerca de tu visión, recuerda que sólo fue un sueño. ¿Has entendido?

Asentí, pero en mi mente sólo había un pensamiento, sólo quedaba una de las cosas que había dicho. Pensé en mi madre y en los clérigos cristianos, en Galapas y en el manantial de Myrddin, en las cosas vistas en el agua y oídas en el viento.

—¿Quieres que me inicie en el culto de Mitra?

—Un hombre coge el poder cuando se le ofrece —dijo—. Me has dicho que no sabes qué dios te ha puesto en su camino ni quién te ha traído a mí. Quizá Mitra sea ese dios. Ya veremos. Mientras tanto, es el dios de los ejércitos y vamos a necesitar su ayuda... Y ahora coge el arpa, si quieres, y toca para mí.

Así se comportaba conmigo; me trataba como a un príncipe, mejor de lo que nunca me trataron en la casa de mi abuelo, en donde aún podía reclamar aquel trato con algún derecho.

Cadal me fue asignado como mi criado particular. Al principio pensé que estaría resentido por ello, ya que yo era un pobre sustituto de Ambrosius, pero él no pareció darle demasiada importancia; es más, tuve la impresión de que se alegraba del cambio. Pronto se encontró a sus anchas conmigo y, puesto que no había otros muchachos de mi edad en aquel lugar, se convirtió en mi compañero inseparable. También me dieron un caballo. Al principio me dieron uno del propio Ambrosius, pero después, un día que con rostro compungido pregunté si podría obtener un animal más de mi talla, me dieron un pequeño caballo gris a quien llamé Áster.

Pasaron los primeros días. Salí a cabalgar con Cadal a mi lado para ver el campo; todavía estaba cubierto de escarcha, pero pronto vino la lluvia y los campos se humedecieron, los días eran escurridizos y desagradables y un viento frío silbaba día y noche en las llanuras, azotaba el Mar Menor que cambiaba de blanco en gris metálico, ennegrecía de humedad la parte norte de las piedras puntiagudas. Un día busqué la piedra que tenía la marca del hacha y creí haberla encontrado. Pero se trataba de otra, en la cual se podía

ver una daga tallada; junto a ella había otra piedra más pequeña, cubierta de musgo y de excrementos de pájaros, debajo de los cuales se distinguía la forma de un ojo abierto. A la luz del día, las piedras no me producían aquel escalofrío en la nuca, pero aun así tenían algo extraño y acechador; a mi potro no le gustaba ir por aquel lugar.

Naturalmente, exploré el pueblo. El castillo del rey Budec se levantaba en el centro, sobre una cresta que había sido coronada por una alta pared. Una rampa de piedra conducía hasta la puerta, que permanecía cerrada y guardada. A menudo veía a Ambrosius o a sus oficiales que subían por aquella rampa, pero yo nunca me acerqué hasta su pie, en donde la guardia tenía su puesto. Vi varias veces al rey Budec, cuando salía con sus hombres. Su pelo y su larga barba eran casi blancos, pero montaba su gran bayo como un hombre treinta años más joven. Oí las historias que se contaban sobre sus proezas de armas y cómo había jurado vengarse de Vortigern por la muerte de su primo Constantius, aun cuando esta venganza le llevara todo el tiempo de su vida. Y, en efecto, parecía ser así, puesto que para un país tan pobre, levantar un ejército lo suficiente poderoso para derrotar a Vortigern y a los sajones, para apoderarse después de la Gran Bretaña, era tarea ardua y casi imposible. Pero eso iba a ocurrir muy pronto, decían los hombres, muy pronto.

Cada día, hiciera el tiempo que hiciera, los hombres se entrenaban en los prados que se extendían fuera de las murallas. Me enteré de que Ambrosius tenía, por aquel entonces, un ejército estable de unos cuatro mil hombres. También a Budec le importaba que aquel ejército fuera creciendo porque, así, sólo los rumores del creciente poder de Ambrosius y de la formidable reputación de sus hombres ya suponían una gran seguridad para su reino y para la estabilidad de sus fronteras. Budec y Ambrosius alimentaban la fama de que su ejército era especialmente defensivo y procuraban que Vortigern no supiera nada a ciencia cierta: las noticias de la preparación para una invasión sólo le llegaban en forma de rumores y creía que Ambrosius y Uther habían aceptado su destino de exiliados y se habían instalado en la Pequeña Bretaña como los herederos de Budec; que ya sólo les importaba la salvaguarda de las fronteras que un día serían suyas.

Esta impresión venía dada por el hecho de que el ejército era utilizado como una compañía abastecedora. Nada era demasiado simple ni demasiado duro para los hombres de Ambrosius. Aquellos hombres hacían los trabajos que las tropas más bastas de mi abuelo hubieran desdeñado; y los hacían con toda naturalidad. Traían y apilaban leña en los corrales del pueblo. Cavaban la turba y quemaban el carbón, edificaban y trabajaban en las forjas, fabricaban no sólo armas de guerra sino también herramientas para labrar y cosechar, arados, hachas, guadañas. Cazaban caballos, reunían y conducían los ganados, hacían de carniceros; construían carros. Podían levantar un campamento y distribuir las guardias en dos horas y desmontarlo en una. Había un cuerpo de ingenieros que tenía media milla cuadrada de talleres y podían fabricar cualquier cosa, desde un candado a un barco para transportar tropas. Estaban perfectamente preparados para la tarea de desembarcar a ciegas en un país desconocido e incluso para vivir en

él y atravesarlo rápidamente en cualquier condición atmosférica. Un día, Ambrosías dijo a sus oficiales delante de mí:

—La guerra no es un juego al aire libre, en día de buen tiempo. Lucharé para vencer y, después de haber ganado, para conquistar. Y la Gran Bretaña es un país grande. Así, caballeros, lucharemos en primavera y en verano, pero no nos retiraremos a principios de octubre para invernar y volver a sacar nuestras espadas en primavera. Lucharemos con nieve, en la nieve si es necesario, con tormentas y heladas, con la humedad del invierno. Y durante todo ese tiempo y a pesar del tiempo que haga, tenemos que comer; quince mil hombres tienen que comer.

Pocos días después de esto, cuando hacía cerca de un mes que había llegado a la Pequeña Bretaña, mis días de libertad terminaron. Ambrosius me había encontrado un tutor.

Belasius era muy diferente de Galapas y del gentil borracho Demetrius, que había sido mi tutor en Maridunum. Era un hombre muy preparado, uno de los hombres de negocios; también era matemático y astrónomo. Era medio galo-romano, medio siciliano, de gran estatura, rostro color oliváceo, ojos negros y alargados, expresión melancólica y una boca cruel. Tenía la lengua ácida y el temperamento vicioso, pero nunca caprichoso. Pronto aprendí que la manera de evitar sus sarcasmos y su mano dura era hacer mi trabajo rápidamente y bien; incluso me fue fácil divertirlo y pronto nos entendimos y nos toleramos mutuamente.

Una tarde, hacia finales de marzo, estábamos trabajando en mi habitación de la casa de Ambrosius. Belasius tenía una vivienda en el pueblo, de la cual procuraba no hablar nunca, por lo que llegué a la conclusión de que vivía con alguna ramera y temía arriesgarse a que yo la viera; trabajaba principalmente en el cuartel, pero las oficinas cercanas a la tesorería siempre estaban llenas de escribientes, por lo que las clases diarias se daban en mi habitación. Era una estancia no muy grande, pero a mis ojos muy bien acondicionada, con su suelo de baldosas rojas hechas en el pueblo, muebles de madera tallada, un espejo de bronce, un brasero y una lámpara que habían traído de Roma.

Aquel día la lámpara estaba encendida incluso por la tarde, porque el día era gris y cubierto. Belasius estaba contento de mí: hacíamos matemáticas y era una de aquellas veces en que no se me olvidaba nada, caminaba a través de los problemas que él me planteaba como si el campo de conocimientos fuera una pradera abierta con un camino llano que la cruzaba y desde el cual se podía ver todo.

Con la palma de la mano borró mi dibujo, puso las tablillas a un lado y se levantó.

—Hoy lo has hecho muy bien y estoy contento porque tengo que dejarte pronto.

Tocó la campana. La puerta se abrió tan rápidamente que supuse que su criado debía haberle estado esperando fuera. El muchacho entró con la capa de su amo debajo del brazo y la sacudió con rapidez para ayudarle a ponérsela... Ni siquiera me miró para pedirme permiso, sino que observó a

Belasius y pude notar que le temía. Tenía aproximadamente mi edad, o menos; sus ojos eran grises, demasiado grandes para su rostro; el pelo castaño, muy corto, lo tenía aplastado contra la cabeza por una gorra enrollada.

Belasius ni le miró ni le habló, sólo le presentó los hombros para que le pusiera la capa sobre ellos y el muchacho se puso de puntillas para poder atarle el prendedor del cuello.

Por encima de su cabeza, Belasius me dijo:

—Le diré al conde lo mucho que progresas. Esto le gustará.

La expresión de su rostro era más sonriente que nunca. Alentado por ello, le pregunté:

—Belasius...

Se detuvo a medio camino de la puerta.

-¿Qué?

—Seguramente tú debes saber... Por favor, dime... ¿Qué planes tienes respecto a mí?

—Que tienes que trabajar en tus matemáticas y en tu astronomía; que tienes que recordar las lenguas que sabes.

—¿Para qué?

—¿Para qué quieres tú que sea?

No contesté. Cabeceó como si yo hubiera dicho algo y prosiguió:

—Si quisiera que llevaras una espada por él, ahora estarías fuera haciendo instrucción.

—Pero... vivir aquí como lo hago, contigo como maestro, con Cadal como criado... No lo entiendo. Tengo que servirle de alguna manera, no sólo aprendiendo... y viviendo así, como un príncipe. Sé muy bien que estoy vivo sólo por su gracia.

Me miró durante unos instantes con sus largos párpados semicerrados. Luego sonrió:

—Hay algo que debes recordar. Creo que una vez le dijiste que lo que importaba no era quién eras sino qué eras. Créeme, le serás útil, como le es útil todo el mundo. Así, pues, deja de preocuparte y no pienses más en ello. Ahora tengo que irme.

El muchacho abrió la puerta en el preciso instante en que Cadal levantaba la mano para llamar.

—¡Oh, perdóname, señor! Venía para ver si habíais terminado por hoy. Tengo los caballos listos, amo Merlín.

—Ya hemos terminado —dijo Belasius; se detuvo en el umbral y me miró—. ¿A dónde pensáis ir?

—Hacia el norte, creo, por el camino del bosque. Supongo que estará seco.

Vaciló y luego dijo, dirigiéndose a Cadal y a mí:

—De acuerdo, pero no salgáis del camino, volved antes de que se haga oscuro —cabeceó y salió, con el muchacho pisándole los talones.

—¿Antes de que se haga oscuro? —dijo Cadal—. Todo el día ha sido oscuro y, además, está lloviendo. Oye, Merlín —cuando estábamos solos era menos formulario—, ¿por qué no lo dejamos y nos damos un paseo por los talleres de los ingenieros? A ti te divierte y Tremorinus debe estar trabajando en el ariete. ¿Qué decides? ¿Nos quedamos en el pueblo?

Denegué con la cabeza.

—Lo siento, Cadal, pero tengo que ir, con o sin lluvia. Me siento inquieto y deseo salir.

—Bien, entonces podemos llegarnos hasta el puerto, ¿quieres? Anda, vamos, aquí está tu capa. Por el bosque debe de estar muy oscuro; ten un poco de sentido común.

—El bosque —dije obstinadamente, volviendo la cabeza mientras él ataba mi prendedor—. Y no discutas conmigo, Cadal. ¿Sabes?, Belasius tiene muy buenas ideas. Su criado ni siquiera le habla, mucho menos discute. Tendré que tratarte de la misma manera... Sí, voy a empezar ahora mismo... ¿Por qué haces muecas?

—Por nada. De acuerdo. El bosque está oscuro y si nos perdemos y no volvemos nunca más, por lo menos moriré contigo y no tendré que enfrentarme con Ámbrosius.

—Ni siquiera sé si le dolería.

—¡Oh, no! —dijo Cadal, aguantando la puerta abierta para que yo pasara—. Era sólo una manera de hablar. Dudo que se diera cuenta de nuestra desaparición.

Capítulo VII

Una vez fuera, no estaba tan oscuro como me había parecido y no hacía frío. Era uno de aquellos días pesados, empañados, nebulosos, y una lluvia fina dejaba sus gotas sobre la pesada lana de nuestras capas, como si fuera escarcha.

A una milla al norte del pueblo, la hierba quemada por el aire salobre daba paso a un bosque, claro al principio, con árboles desparramados y solitarios, con nubes de niebla blanca que se enroscaban en los bajos matorrales o yacían sobre la hierba como si fueran charcos, que se desgarraban aquí y allí, que saltaban como ciervos huidizos.

El camino del norte era muy antiguo, estaba empedrado y los hombres que lo construyeron habían quitado los árboles y los habían plantado de nuevo a cada lado, a unos cien pasos de distancia unos de otros, pero con el tiempo, los márgenes desnudos se habían cubierto de hierbas y de árboles jóvenes, de manera que el bosque parecía rodearte por todas partes y el camino era umbrío.

Cerca del pueblo, habíamos visto uno o dos paseantes que llevaban leña a casa; un mensajero de Ambrosius pasó por nuestro lado, nos miró y pareció como si me saludara. Pero una vez en el bosque no vimos a nadie. Era la hora silenciosa entre el trinar de los pájaros y el cantar del búho.

Cuando llegamos cerca de los grandes árboles, la lluvia había cesado y la bruma se deshilachaba. Seguimos adelante hasta una encrucijada: un sendero sin empedrar cruzaba nuestro camino en ángulo recto. El sendero era utilizado para arrastrar madera hasta el lindero del bosque y también por los carros cargados de carbón. A pesar de ser una ruta muy mala, llena de surcos, era ancha y recta; si mantenías el caballo por el borde, podía ir al galope.

—Vamos por aquí, Cadal.

—Ya sabes que Belasius ha dicho que no dejáramos el camino principal.

—Sí, lo ha dicho, pero no sé por qué. El bosque no es peligroso.

Era cierto. Era otra de las cosas que Ambrosius había hecho: la gente ya no corría ningún peligro al viajar por la Pequeña Bretaña, pues el país estaba constantemente patrullado por sus tropas, que vigilaban y, por hacer algo, a veces robaban. En efecto, el mayor peligro era (se lo oí admitir una vez) que sus tropas se indisciplinaran y robaran; entonces había problemas. Sin embargo, los fuera de la ley y los desafectados se mantenían alejados y la gente de los pueblos podía viajar en paz. Incluso las mujeres podían viajar seguras sin una escolta demasiado numerosa.

—Además —añadí—, ¿qué importa lo que haya dicho Belasius? No es mi amo. Sólo el encargado de enseñarme, nada más. No nos podemos perder si no dejamos el sendero y, si no galopamos ahora, cuando regresemos estará demasiado oscuro para apresurar a los caballos. Tú siempre te quejas

de que no cabalgo suficientemente bien. ¿Cómo quieres que sepa si siempre vamos por el camino? Por favor, Cadal.

—Mira, yo tampoco soy tu amo. De acuerdo, pero no vayamos demasiado lejos. Y mira tu potro; estará más oscuro entre los árboles, será mejor que yo vaya delante.

Puse una mano en sus riendas:

—No, me gusta ir a la cabeza. ¿Querrás ir un poco rezagado, por favor? Es que... es que nunca estoy solo y me gusta la soledad. Esta es una de las razones por las que he querido venir por aquí. No es —añadí cuidadosamente— que no me encuentre a gusto contigo, pero a veces necesito estar solo para..., bueno, para pensar. Si me dieras cincuenta pasos de ventaja...

Inmediatamente hizo retroceder su caballo. Luego se aclaró la garganta:

—Ya te he dicho que no soy tu amo. Ve adelante, pero ten cuidado.

Hice galopar a Áster. Hacía tres días que no había salido de su establo y estaba ansioso por correr. Echó sus orejas hacia atrás y cogió velocidad. Afortunadamente, la niebla había desaparecido, pero todavía quedaban, aquí y allí, algunas nubeculas estancadas en medio del sendero, que los caballos saltaban creyendo que era agua.

Cadal se mantenía a distancia; oía el retumbar de los cascos de su caballo como un pesado eco del galope de mi potro. La lluvia fina había cesado y el aire era claro y frío, embargado de aroma de pino y resina. Una perdiz volaba por encima de mi cabeza con una dulce y susurrante llamada; una borla de abeto dejó caer una lluvia de gotas sobre mi boca, que se deslizaron por el cuello de mi túnica. Sacudí la cabeza y reí; el potro apresuró su trote y atravesó un charco de niebla. Me agarré a su cuello cuando el sendero se estrechaba y las ramas nos fustigaban los flancos. Oscurecía; el cielo vacilaba a la luz del atardecer, entre los árboles y el bosque parecía envolverse en una capa oscura; los olores se volvían más salvajes y el silencio se adueñaba de todo, sólo se oía el galope de Áster y el ligero trote de la yegua.

Cadal me gritó que me detuviera. Al no darle una respuesta inmediata, el ruido de los cascos de la yegua se hizo más rápido y se me acercó. Las orejas de Áster fluctuaron, luego se aplanaron y empezó a aminorar su paso. Tiré la brida. Era fácil detenerlo, porque la cabalgada había sido dura y estaba sudando. Dejó de correr y finalmente se quedó quieto, esperando que Cadal nos alcanzara. La yegua también se detuvo. Ahora. el único sonido del bosque era la respiración de los caballos.

—Bien —dijo Cadal finalmente—, ¿has hecho lo que querías?

—Sí, sólo que me has llamado demasiado pronto.

—Tenemos que regresar si queremos llegar a tiempo para la cena. Es bueno ese potro. ¿Quieres ir delante?

—Si me dejas, sí.

—Ya te he dicho que hagas lo que quieras. Ya sé que no me dejas mandar, pero todavía eres joven y mi obligación es procurar que no te ocurra nada; eso es todo.

—¿Qué me puede ocurrir? En mi casa iba solo a todas partes.

—Aquí no es tu casa. Todavía no conoces esta tierra. Puedes perderte, o caerte del potro y quedarte en el bosque con una pierna rota...

—No es exactamente eso, ¿verdad? Te han dicho que me vigiles, ¿por qué no lo admites?

—Me han dicho que te cuide.

—Viene a ser lo mismo. He oído que te llaman «el perro guardián».

Lanzó un gruñido:

—No necesitas decírmelo. «El perro negro de Merlín», he oído yo. Pero no creas que me importa. Hago lo que Ambrosius me dice y no hago preguntas, pero siento mucho si eso te molesta.

—¡Oh, no, no me molesta! No quería decir eso... Todo va bien, sólo que... Cadal...

—¿Qué?

—¿Soy un rehén, después de todo?

—No podría decírtelo —dijo Cadal torpemente—. Anda, volvamos a casa.

El sendero era estrecho en el preciso lugar en que nos hallábamos. Uno de los surcos se había convertido en un profundo charco en donde el agua reflejaba débilmente el cielo nocturno. Cadal condujo su yegua hacia la maleza que bordeaba el charco, mientras que yo obligaba a Áster —que no hubiera querido mojarse las patas— a adelantarla. Cuando los voluminosos traseros de ésta chocaron contra el tronco de una encina, se oyó un súbito crujido tras ella, un crujido de ramitas rotas y un animal surgió de la hierba, pasó por entre las patas de la yegua, atravesó el charco y chocó con la nariz de mi potro.

Ambos animales reaccionaron violentamente. La yegua, con un resoplido de miedo, dio un fuerte tirón a las riendas. En el mismo instante, Áster relinchó salvajemente y casi me tiró de la silla. Entonces la yegua le golpeó, el potro se encabritó, volteó y me derribó.

Evité el agua por poco, pues caí sobre la suave hierba que bordeaba el charco, precisamente al lado de un tronco que podría haberme malherido si hubiera caído encima. Pero sólo me hice unos rasguños y unas heridas sin importancia; me disloqué un tobillo y, cuando intenté ponerme de pie, sentí una momentánea punzada de dolor tan agudo que me hizo perder el mundo de, vista.

Antes de que la yegua dejara de dar vueltas, Cadal ya había saltado al suelo; lanzó las riendas sobre un arbusto y vino corriendo hacia mí.

—Merlín, mi amo, ¿estás herido?

Me mordí los labios e intenté cautelosamente ponerme de pie con ambas manos en la pierna.

—No, solamente el tobillo...

—Déjame ver... No, no te muevas. Maldita sea, Ambrosius me quitará la piel.

—¿Qué era?

—Un jabalí, creo. Demasiado pequeño para ser un ciervo y demasiado grande para ser una zorra.

—Creo que era un jabalí, olía a jabalí. ¿Y mi potro?

—A medio camino de casa, supongo. Naturalmente, has dejado ir las riendas, ¿no?

—Lo siento. ¿Está roto?

Sus manos me palpaban el tobillo, suave y minuciosamente.

—No creo... no, seguro que no. ¿No te duele nada más? Ven aquí, intenta ponerte de pie. La yegua nos llevará a los dos y, si es posible, me gustaría llegar antes de que tu potro entre con la silla vacía. Si Ambrosius lo ve, seré pasto para los peces.

—No ha sido culpa tuya. ¿Tan injusto es?

—Considerará que ha sido culpa mía y no se equivocará de mucho. Anda, inténtalo.

—No, espera un momento. Y no temas, el potro no ha ido a casa, se ha parado a poca distancia. Es mejor que vayas a buscarlo.

Estaba de rodillas junto a mí y pude distinguirle débilmente recortado en el cielo. Miró hacia donde yo le señalaba. La yegua permanecía quieta junto a nosotros, sólo que sus orejas permanecían tiesas y el blanco de sus ojos refulgía. Todo estaba silencioso; sólo se oía el canto de un búho y, más lejos, otro sonido que parecía su eco.

—Está tan oscuro que no puedo ver nada —dijo Cadal—. ¿Le has oído pararse?

—Sí —era una mentira, pero no era lugar ni tiempo para decir la verdad—. Ve y tráelo, rápido. A pie, no ha ido muy lejos.

Vi que me observaba durante unos instantes, luego se puso de pie sin una palabra y empezó a caminar. Pude distinguir su mirada desconfiada como si hubiera luz diurna. Me acordé de Cerdic, aquel día en el fuerte del rey. Me tumbé sobre la hierba. Me notaba las heridas y el dolor de mi tobillo, pero en aquella ocasión el dolor me inundaba como el vino caliente, la excitación y el relajamiento que acompañaba al poder. Entonces supe que aquél era un momento en que ni la oscuridad, ni la distancia ni el tiempo importaban nada. El búho se esponjaba silenciosamente, cruzaba el sendero. La yegua tensaba sus orejas, le observaba sin miedo. Oí el tenue rumor de un murciélago y pensé en la cueva de cristal, en los ojos de Galapas cuando le conté mi visión. No se había sentido desorientado, ni

siquiera sorprendido. De repente pensé en la mirada de Belasius y supe que tampoco él se sentiría sorprendido.

Los cascos sonaron suavemente en la hierba. Vi primero a Áster, que se acercaba como un fantasma gris; luego, a Cadal, como una sombra.

—Estaba allí —dijo—, por una razón muy sencilla. Va cojo, debe haber tropezado con algo.

—Bueno, por lo menos no podrá llegar a casa antes que nosotros.

—De todas maneras, tendremos problemas esta noche, puedes tenerlo por seguro; lleguemos a la hora que lleguemos. Anda, vamos, voy a subirte encima de Rufa.

Me tendió una mano y me puse cautelosamente en pie. Cuando intenté descansar mi peso en el pie izquierdo, todavía me dolió mucho pero noté que no era nada y que curaría pronto. Cadal me aupó en las ancas de la yegua, recogió las riendas y me las puso en las manos. Luego chasqueó la lengua como señal para que Áster fuera delante, conducido por él.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté—. Seguramente puede cargarnos a los dos.

—Es mejor que vaya a pie. Tu potro va muy cojo, ya lo ves. Si lo llevo por la brida irá caminando y la yegua le seguirá. ¿Vas bien, tú?

—Sí, gracias.

En efecto, el potro cojeaba mucho. Caminaba lentamente junto a Cadal, con la cabeza gacha, moviéndose frente a mí como una linterna en la oscuridad. La yegua seguía parsimoniosamente. Nos llevaría dos horas largas llegar a casa.

De nuevo se sentía una especie de soledad; ningún sonido excepto el de los cascos, el crujir del cuero, los ocasionales rumores del bosque que nos rodeaba. Cadal era invisible, sólo una sombra junto a otra sombra, la de Áster. Cómodamente asentado sobre la gran yegua, estaba solo con la oscuridad y con los árboles.

Habíamos recorrido una media milla cuando, a mi derecha, entre las hojas de una gran encina, vi una estrella blanca.

—Cadal, ¿no es eso un atajo para ir a casa? Recuerdo que había un sendero hacia el sur, precisamente junto a esta encina. La niebla ha desaparecido y hay estrellas. Mira, allí está la Osa.

Su voz me llegó de las tinieblas.

—Es mejor que sigamos el camino principal —dijo, pero un paso más adelante se detuvo con el potro al comienzo de un sendero que llevaba hacia el sur, y esperó a que llegara yo con la yegua.

—Parece bastante bueno, ¿no? —pregunté—. Es recto y está bastante más seco que éste. Todo lo que tenemos que hacer es mantenernos de espaldas a la Osa y a una milla o dos ya podremos oler el mar. ¿No conoces los caminos del bosque?

—Bastante bien. Es cierto que sería más corto si podemos distinguir el camino. Bien... —oí cómo sacaba su corta espada de la vaina—, no es que crea que vayamos a tener dificultades, pero es mejor estar preparados. Así, pues, no hables y ten tu cuchillo a punto. Y déjame decirte una cosa, joven Merlín: si ocurre algo, vete a casa a todo galope y déjame. ¿De acuerdo?

—¿Son órdenes de Ambrosius?

—Puedes creer lo que quieras.

—De acuerdo, si eso te hace sentir mejor. Te prometo que te dejaré a toda prisa. Pero no ocurrirá nada.

Gruñó:

—Cualquiera diría que lo sabes.

Me reí:

—Lo sé.

La luz de las estrellas se posó, momentáneamente, en el blanco de sus ojos y me dejó ver el rápido ademán de su mano. Luego volvió sin hablar y condujo a Áster por el sendero que llevaba hacia el sur.

Capítulo VIII

Aunque el sendero era suficientemente ancho para que pudieran ir dos jinetes uno al lado del otro, íbamos en fila; la yegua adaptaba su paso largo y libre al corto y cojo del potro.

Ahora hacía más frío; me envolví con la capa para sentir más calor. La neblina se había desvanecido por completo con la baja temperatura y el cielo era claro, con muchas estrellas que ayudaban a ver el camino. Aquí los árboles eran inmensos; y principalmente encinas macizas, muy separadas entre sí y, entre ellas, nacían nuevos brotes, gruesos y libres, hiedras, madreselvas y endrinos. De vez en cuando, los pinos orgullosos se destacaban contra el cielo negro. Se oía el rumor de las gotas de lluvia que resbalaban por las hojas y caían al suelo; se veía alguna silueta de pequeñas criaturas que morían bajo las garras de una lechuza. El aire estaba lleno del aroma del musgo y de los hongos, de las hojas muertas y en descomposición.

Cadal caminaba en silencio, con los ojos fijos en el sendero que, en algunos lugares, quedaba obstruido por ramas caídas. Tras él, balanceándome en la silla de la gran yegua, me sentía de nuevo poseído por el poder, luminoso y excitante. Había algo delante de nosotros, algo que me llamaba, como me había llamado el halcón hasta la caverna del fuerte del rey.

Las orejas de Rufa se pusieron tensas y pude oír cómo husmeaba. Levantó la cabeza. Cadal no había oído nada y el potro preocupado con su cojera, no daba señal de haber olido a los otros caballos. Pero incluso antes que Rufa, yo sabía que estaban allí.

El sendero perdía su rectitud y empezaba a descender suavemente la colina. A cada lado, los árboles se habían espaciado un poco: sus ramas ya no colgaban por encima de nuestras cabezas y se veía más luz. Ahora, a cada lado del sendero había matorrales mezclados con trozos de roca que sobresalían, espacios vacíos en donde sólo había zarzamoras secas cuyas ramas se amontonaban. Los cascos de nuestros caballos arañaban el suelo al empezar a descender el declive.

De repente, Rufa, sin tirar de las riendas, levantó la cabeza y dejó escapar un largo relincho. Cadal, con una exclamación, se paró en seco y la yegua retrocedió con la cabeza alta y las orejas tendidas hacia el bosque que se extendía a nuestra derecha. Cadal tiró de su brida, le hizo bajar la cabeza y le cubrió los belfos con su brazo. Áster había levantado la cabeza, pero no había emitido ningún sonido.

—¡Caballos! —dije en voz muy baja—. ¿Puedes olerlos?

Oí que Cadal musitaba algo que me sonó a:

—No huelo nada, debes tener una nariz como una zorra — apresuradamente, empezó a guiar a la yegua fuera del sendero—. Es demasiado tarde para volver atrás, ya deben haber oído a esta maldita yegua. Será mejor que vayamos por el bosque.

Le detuve:

—No es necesario. No sucederá nada, estoy seguro. Sigamos adelante.

—Hablas con mucha seguridad, pero ¿cómo puedes saber...?

—Lo sé. En cualquier caso, si quisieran hacernos daño ya habrían empezado por ahora. Nos han oído llegar desde hace rato y ya deben saber que se trata sólo de dos caballos y uno de ellos, cojo.

Pero Cadal todavía vacilaba, manoseando su corta espada. La excitación me puso la carne de gallina. Había visto hacia dónde se habían dirigido las orejas de la yegua —un gran espacio de pinos, cincuenta pasos más lejos, a la derecha del sendero. Los pinos eran negros, se destacaban incluso en la general negrura del bosque. Súbitamente, ya no pude esperar más. Dije con impaciencia:

—Voy a ir, de todos modos. Puedes seguirme o esperarme, como prefieras.

Dirigí la cabeza de Rufa hacia la derecha y la incité con una buena patada, el animal saltó y se alejó del potro. Le hice saltar el borde de matorrales y adentrarse en el bosque.

Los caballos estaban allí. A través de un agujero del espeso techo de pinos, un grupo de estrellas centelleaban con luz clara. Sólo había dos, completamente quietos, con sus cabezas gachas y sus belfos cubiertos con la capa que envolvía a una figura ligera. El embozado retrocedió al volverse hacia mí; el óvalo de su rostro era pálido en aquella semioscuridad. No había nadie más.

Por un instante creí que el caballo negro que estaba cerca de mí era el gran semental de Ambrosius, pero luego, cuando separó su cabeza de la capa que le cubría, vi la blanca señal de su frente y supe, como en el relampagueo de una estrella errante, por qué había ido hasta allí.

Tras de mí, corriendo pesadamente, Cadal llegaba con el potro casi a rastras. Distinguí el destello gris de su espada en el momento en que me decía:

—¿Qué es eso?

Sin volverme, dije quedamente:

—Guarda la espada: es Belasius... Al menos, éste es su caballo. Hay otro animal y el muchacho, su criado. Eso es todo.

Avanzó, mientras enfundaba su espada en la vaina.

—¡Por todos los diablos, es cierto! He visto esta señal blanca en algún lugar. ¡Hola, Ulfin, qué tal! ¿Dónde está tu amo?

Incluso a aquella distancia, oí cómo el muchacho respiraba aliviado:

—¡Ah!, eres tú, Cadal... Mi señor Merlín... He oído relinchar a vuestros caballos... Me preguntaba... Nadie pasa por aquí...

Dirigí la yegua hacia él y lo miré. Su rostro era una pálida mancha levantada hacia mí, con unos ojos enormes. Todavía estaba asustado.

—Parece ser que Belasius sí pasa por aquí... ¿Por qué?

—Yo... El no me dice nada, mi señor.

Cadal repuso secamente:

—No me lo harás creer. Hay pocas cosas que no sepas; nunca estás lejos de él, día y noche, todo el mundo lo sabe. Anda, contesta, ¿dónde está tu amo?

—No... no puede estar muy lejos.

—No podemos esperarlo —dijo Cadal—. Deseamos un caballo. Ve y dile que estamos aquí, que mi amo Merlín está herido y el potro va cojo... Tenemos que llegar a casa pronto... Bien, ¿qué esperas? ¡Maldita sea! ¿Qué te ocurre?

—No puedo. Ha dicho que no me moviera de aquí. Me ha prohibido que me moviera de aquí.

—También nos ha prohibido que saliéramos del camino principal, seguramente para que no pasáramos por aquí —dije—. Bien, Ulfin (te llamas Ulfin ¿no?), no te preocupes por el caballo, lo que quiero saber es dónde está Belasius.

—Yo... no lo sé.

—Por lo menos debes haber visto hacia dónde iba.

—No... no, mi señor.

—¡Maldita sea! —exclamó Cadal—. Vete a saber dónde ha ido, y, mientras tanto, nosotros necesitamos un caballo. Mira, muchacho, sé juicioso, no podemos esperar media noche a tu amo; tenemos que volver a casa. Si le dices que el caballo era para mi amo Merlín, esta vez no te va a comer vivo, ¿verdad que no? Bien —continuó, al ver que el muchacho iba a decir algo— de acuerdo, ¿prefieres que vayamos a buscarlo nosotros?

Entonces el muchacho se movió, abrió la boca y babeó como un idiota:

—¡No... no podéis hacerlo, no debéis!

— ¡Por Mitra! —dije: era una exclamación que cultivaba, pues la había oído usar a Ambrosius—. ¿Qué está haciendo? ¿Asesinando?

Entonces se oyó un grito.

No era un grito de dolor, sino más terrible; era el grito de un hombre mortalmente aterrorizado. Me pareció que aquel grito era una palabra, como si el terror tuviera forma, pero era una palabra que yo no conocía. Aquel aullido era intolerable, como si quisiera destruir al que lo había emitido; luego se cortó secamente, como por un golpe en la garganta. En el terrible silencio que siguió, nos llegó un débil eco, surgido de la respiración del muchacho.

Cadal quedó helado, la espada en mano y la otra en la brida de Áster. Hice girar violentamente la cabeza de la yegua y luego la azoté con las riendas. Ella dio un salto hacia adelante, que casi me derribó. Se deslizó por entre los pinos y se dirigió al sendero. Me aplasté sobre su cuello para pasar

por debajo de las ramas que colgaban por encima de nuestras cabezas y me agarré al correaje como una garrapata. Ni Cadal ni el muchacho se habían movido y permanecían en silencio.

La yegua atravesó el margen del sendero y, al llegar a él, descubrí —tan inevitable era que no me produjo ninguna sorpresa— otro sendero, estrecho y cubierto de hierbas, que partía del sendero principal en dirección opuesta al grupo de pinos.

Tiré de la boca de la yegua y, cuando ésta intentó seguir el sendero principal hacia casa, la azucé de nuevo. Aplastó sus orejas contra la cabeza y entró en el sendero menor a galope.

Era un sendero tortuoso; casi después de haberlo tomado nuestro paso se aflojó y se convirtió en un pesado trote. Era ésta la dirección de donde había venido aquel espantoso alarido. Era evidente, incluso a la luz de las estrellas, que alguien había seguido recientemente aquel camino. Se usaba tan poco que la hierba casi lo cubría totalmente, pero alguien —o algo— había marcado un segundo camino entre aquella hierba. El suelo era tan blando que incluso un caballo al galope hacía poco ruido.

Agucé el oído esperando que me llegara el sonido de Cadal, que me seguía, pero no lo oí. Se me ocurrió pensar entonces que ambos, él y el muchacho, debían haber creído que yo, aterrorizado por el grito, había corrido, como me había rogado Cadal, hacia casa.

Obligué a Rufa a caminar. Aminoró su trote, la cabeza levantada, las orejas tensas hacia adelante. Estaba temblando también a causa del grito. A trescientos pasos, se veía un claro del bosque, tan iluminado que pensé debía ser el lindero, el final de los árboles. Observaba cuidadosamente mientras nos acercábamos, pero no se notaba ningún movimiento.

Luego, tan suavemente que tuve que aguzar más los oídos para asegurarme de que no se trataba del viento o del mar, oí cantar.

Mi piel se estremeció. Entonces supe dónde se hallaba Belasius y por qué Ulfin se había mostrado tan temeroso. Supe también por qué nos había dicho: «No salgáis del camino principal y volved a casa antes de que se haga oscuro.»

Me enderecé sobre la silla. El calor corría por mi cuerpo en suaves oleadas, como la ventolina sobre el mar. Mi respiración se aligeró y se apresuró. Por un instante, me pregunté si era que tenía miedo, pero luego comprendí que era excitación. Detuve la yegua y me deslicé silenciosamente hasta el suelo. La guié unos pasos bosque adentro, luego anudé las riendas alrededor de un arbusto y la dejé allí. El pie me dolía al apoyarlo en el suelo, pero las punzadas eran tolerables y pronto las olvidé mientras me dirigía rápidamente hacia el canto.

Capítulo IX

No me había equivocado al pensar que el mar estaba cerca. El bosque terminaba allí donde empezaba el agua, tan de pronto que al principio pensé que era un gran lago, hasta que me llegó el aroma salobre y vi, en la estrecha playa, la oscura silueta de las algas. El bosque se acababa abruptamente, una alta barrera en donde las raíces quedaban expuestas entre la arcilla, que las mareas habían carcomido año tras año. El estrecho canal estaba cuajado de pequeños arrecifes, pero aquí y allí se veían bancos de arena pálida, remolinos que se desparramaban entre ellos y en donde las aguas superficiales removían las algas. El mar estaba muy tranquilo, casi como si la escarcha de las semanas pasadas hubiera mantenido allí capas de hielo. Luego se distinguía una pálida línea en la oscuridad: era la abertura entre los lejanos acantilados en donde el ancho mar blanqueaba. A la derecha, al sur, el bosque negro se encaramaba y formaba una colina, mientras que al norte, en donde la tierra era más llana, los árboles enormes ofrecían protección. Un perfecto puerto, se podía pensar, hasta que se descubría su poca profundidad, cuando se veía que una marea baja dejaba marcas negras en la roca, por encima del agua, destellante a la luz de las estrellas.

En el centro de la caleta, tan en el centro que al principio pensé que era obra de hombres, había una isla; debía ser una isla cuando la marea estaba alta, pero ahora era una península, un óvalo de tierra que se unía con la costa por una basta franja de piedras, ésta sí construida por los hombres, que se extendía como un cordón umbilical. En las cercanías del muelle bajo construido en los arrecifes y en la costa, unas cuantas barcas pequeñas se balanceaban como focas.

Aquí, cerca de la caleta, había niebla que se dispersaba entre los matorrales como redes tendidas a secar. Sobre la superficie del agua flotaba la bruma, se deshilachaba y se extendía, convirtiéndose en nada, pero luego se volvía a reunir en algún otro lugar, más espesa, formando nubes. Rodeaba la base de la isla tan densamente que ésta parecía flotar entre nubes, y las estrellas que colgaban en el cielo reflejaban una luz gris que, al ser recogida por la bruma, me la dejaban ver claramente.

La isla era de forma ovalada, estrecha en los extremos más alejados y ancha en el centro, en donde se levantaba una pequeña colina, tan regular en su forma como una colmena colocada sobre el suelo llano. Alrededor de la base de aquella colina había una hilera de piedras puntiagudas, un círculo roto solamente justo frente a mí; allí empezaba una avenida de piedras de doble hilera, como una columnata, que llegaba hasta el arrecife.

No había sonido ni movimiento alguno. Si no hubiera sido por las oscuras siluetas de las barcas hubiera pensado que el grito, el canto, eran fragmentos de un sueño. Me hallaba en el lindero del bosque y con mi brazo izquierdo rodeaba el tronco de un árbol joven; me apoyaba sobre el pie derecho y observaba; mis ojos estaban tan acostumbrados a la oscuridad del

bosque que la isla iluminada por la bruma me parecía iluminada por la luz del día.

Al pie de la loma, exactamente al final de la avenida, una antorcha se encendió súbitamente. Alumbró una baja abertura en la cara de la colina y distinguí con claridad, delante de ella, al portador de la antorcha, una figura vestida de blanco. Entonces vi que lo que yo había tomado por bancos de niebla eran grupos de figuras inmóviles, vestidas también de blanco. Cuando la antorcha se elevó, oí de nuevo el cántico, muy suave, con un cadencioso ritmo que me sonaba extraño. La antorcha y su portador se dirigieron hacia la abertura y supuse que debía ser una puerta que conducía hacia el interior de la tierra por medio de una escalera construida en la piedra. Los demás se arremolinaron tras él, ocultaron la puerta y luego se desvanecieron como humo.

Todavía se oía el cántico, pero ya tan débil y borroso que no parecía más que el zumbido de las abejas en una colmena de invierno.

No me llegaba ninguna melodía, sólo el ritmo de un latido en el aire, una pulsación más sentida que oída, que poco a poco aumentaba, se apresuraba y mi sangre con ella.

Súbitamente, se detuvo. Hube una pausa de silencio mortal, un silencio tan denso que noté un nudo en la garganta y tragué saliva con dificultad. Noté que me había alejado de los árboles y que me hallaba en la noche abierta, en la hierba cercana al arrecife; había olvidado el dolor: con los pies ligeramente separados, clavados en el suelo como si .mi cuerpo hubiera echado raíces e intentara sorber la vida de la tierra como un árbol obtiene de ella la savia. Y así como el retoño del árbol crece y acomete, mi excitación aumentaba, se dilataba, me llegaba de la isla, a lo largo del cordón umbilical hecho por la mano del hombre, ardía en mi carne y en mi espíritu como cuando había oído el grito, que me había parecido surgido de mi propio cuerpo.

Esta vez fue un grito diferente, delgado y afilado, que podría haber significado cualquier cosa, triunfo, derrota o dolor. Un grito de muerte, pero esta vez no provenía de la víctima sino del verdugo.

Después, el silencio. La noche era quieta y silenciosa. La isla era una colmena cerrada en medio del mar, dentro de la cual zumbaba y vivía alguna cosa.

Entonces el jefe —supuse que era él, a pesar de que no llevara la antorcha— apareció súbitamente como un fantasma en la puerta y subió los peldaños. Los demás le siguieron moviéndose, no como la gente se mueve en procesión, sino lenta y blandamente, formando grupos como en una danza, hasta que de nuevo quedaron colocados en dos filas alrededor del crómlech.

De nuevo el silencio y la quietud total. Luego el jefe levantó los brazos. Como si fuera una señal, la luna, blanca y brillante como el filo de una navaja, se dejó ver encima de la loma.

El jefe gritó y aquel tercer grito era un indudable alarido de agradecimiento triunfante; levantó sus brazos por encima de su cabeza como si ofreciera lo que tenía entre sus manos.

Los demás contestaron cantando. Luego, a medida que la luna se elevaba por encima de la colina, el sacerdote bajaba sus brazos y se volvía. Lo que había ofrecido a las divinidades, ahora lo ofrecía a los adoradores. La muchedumbre le rodeó.

Había estado tan atento a la ceremonia del centro de la isla que no había mirado la costa y no me había dado cuenta de que la bruma, elevándose, invadía ahora la propia avenida. Mis ojos escudriñaron la oscuridad y vi las blancas formas de la gente como parte de la niebla, que se cuajaba aquí y allí en copos blancos.

Luego descubrí que era aquello lo que sucedía en realidad: la gente se desperdigaba de dos en dos o en grupos de tres y pasaban por la avenida, dentro y fuera de las sombras que la luna producía entre las piedras. Se dirigían a las barcas.

No tenía ni idea del tiempo transcurrido, pero cuando volví en mí me di cuenta de que estaba yerto, que había dejado caer mi capa y que estaba empapado por la humedad de la niebla. Me sacudí como un perro y volví hacia los árboles. La excitación me había hecho perder la conciencia y había envuelto mi cuerpo y mi espíritu con un chorro de calor; me sentía vacío y sin aliento. Oscuramente me di cuenta de que aquello había sido algo diferente; no había sido el poder que había aprendido a recibir y a alimentar, tampoco había sido aquella sensación de las consecuencias del poder. Aquello me había dejado libre y vivo como la hoja de una espada; ahora me sentía vacío como una vasija lamida y todavía pegajosa que conservara aún el olor de aquello que había contenido con anterioridad.

Me incliné para coger un puñado de hierba húmeda y me limpié las manos; luego recogí unas gotas que la niebla había dejado en los matorrales y me humedecí el rostro. El agua olía a hojas, a aire húmedo y me hizo pensar en Galapas, en la fuente santa y en el recipiente de cuerno. Me sequé las manos con la capa, me envolví en ella y terminé mi camino hacia los árboles.

La caleta estaba salpicada de botes que regresaban. La isla había quedado vacía, excepto una blanca figura, alta, que ahora pasaba por el centro de la avenida. La bruma se desperdigaba, volvía a unirse a su alrededor una y otra vez. No se dirigía a ninguna barca; parecía ir hacia el arrecife pero, cuando llegó al final de la avenida, se detuvo en la sombra de la última piedra y se desvaneció.

Esperé sin experimentar más sensación que el deseo de beber agua clara y encontrarme en el familiar calor de mi habitación. Ya no quedaba nada mágico en el aire; la noche era tan insulsa como un vino rancio. Luego vi surgir de nuevo la alta figura a la luz de la luna. Ahora llevaba ropa oscura. No había hecho más que quitarse la túnica blanca y ahora la llevaba debajo del brazo.

La última de las barcas era una mancha que se balanceaba en la oscuridad. El hombre solitario se acercaba rápidamente al arrecife artificial y yo empecé a caminar, alejándome de los árboles para salirle al encuentro.

Capítulo X

Belasius me vio antes de que yo hubiera salido de la sombra de los árboles. Sólo volvió la vista hacia atrás mientras subía hasta mí, sin prisas. Se quedó a mi lado y miró a lo lejos.

—Ah —fue su saludo, sin ninguna señal de sorpresa—. Debía haberlo imaginado. ¿Cuánto tiempo hace que estás ahí?

—Bastante. El tiempo pasa muy rápido. Era muy interesante.

Permanecía en silencio. La luz de la luna, ahora muy brillante, le iluminaba su mejilla derecha. No pude verle los ojos, velados por las largas pestañas, pero en su voz había tranquilidad. Yo había sentido lo mismo después del grito, aquí en el bosque.

El no pareció notar mi provocación y solamente contestó:

—¿Qué te ha traído aquí?

—Volvía a casa cuando he oído el grito.

—Ah —dijo de nuevo. Y luego: —¿De dónde volvías?

—Del pinar en donde has dejado tu caballo.

—¿Por qué habéis tomado este sendero? Os he dicho que no dejarais el camino principal.

—Ya lo sé, pero deseaba galopar y hemos cogido el sendero mayor. He tenido un accidente con Áster; se ha herido una pata delantera y no puedo montarlo. Va muy lento, por eso llevamos retraso y hemos tomado un camino más corto.

—Ya. ¿Dónde está Cadal?

—Supongo que ha pensado que huía hacia casa y debe haber ido hacia allí. En cualquier caso, no me ha seguido hasta aquí.

—Muy amable de su parte —dijo Belasius. Su voz era tranquila, casi adormecida, pero a la vez punzante—. Y a pesar de lo... de lo que has oído... ¿no se te ha ocurrido correr hasta casa?

—Naturalmente que no.

Vi que sus ojos brillaban momentáneamente debajo de sus largas pestañas.

—¿Naturalmente que no?

—Tenía que saber qué ocurría.

—Ya. ¿Sabías que yo estaba aquí?

—No antes de ver a Ulfin con los caballos. Ni tampoco porque me hayas dicho que no saliera del camino. Pero... se puede decir que sabía que algo ocurriría esta noche en el bosque y que tenía que saberlo.

Me miró un largo instante. No me había equivocado al pensar que no parecía sorprendido de verme.

—Anda, ven, hace frío y necesito mi capa —lo seguí y él me siguió hablando por encima de su hombro—. Supongo que Ulfin debe estar todavía allí.

—Es de suponer. Le has asustado mucho.

—No tiene por qué tener miedo; hace mucho tiempo que salimos y no ha visto nada.

—Entonces es cierto que no sabe nada.

—Si sabe algo o no —dijo con indiferencia—, tiene el suficiente sentido común para guardar silencio. Le he prometido que si me obedece sin preguntar nada, lo dejaré libre.

—¿Libre? ¿De qué?

—De morir cuando yo muera. Es normal enterrar a los siervos de los sacerdotes cuando ellos mueren.

Caminábamos uno al lado de otro. Lo miré. Llevaba ropa oscura, más elegante que la que había visto llevar en casa, más que la ropa que usaba Camlach; su cinturón era de cuero hermosamente trabajado, probablemente italiano, y sobre su hombro descansaba un gran broche que la luz de la luna dejaba ver un dibujo de círculos y lazos de oro. Parecía —incluso bajo la pátina que su actuación le había dejado— romano, educado, inteligente. Dije:

—Perdóname, Belasius, pero ¿no se terminaron estos ritos con los egipcios? Incluso en Gales ya no se celebran, ya se consideran pasados.

—Quizá. Pero entonces tendrías que decir que la Divinidad es algo pasado y que quiere ser adorada de la manera que conoce. Nuestra manera es tan antigua como ella, más antigua de lo que los hombres pueden recordar. Se remonta hasta antes de que los toros fueran matados en Persia, antes de que llegaran a Creta, antes de que los dioses del cielo vinieran de África y se les levantaran estas piedras. Desde mucho antes la Diosa ya estaba aquí, en el pinar sagrado. Ahora el bosque nos es prohibido y la adoramos donde podemos, pero esté donde esté la Diosa, en una piedra, en un árbol o en una cueva, hay un lugar llamado Nemet y allí le ofrecemos nuestra adoración... Ya veo que me entiendes.

—Muy bien. Ya había aprendido estas cosas en Gales. Pero hace cientos de años que ya no se ofrecen sacrificios de la manera que he visto esta noche.

Su voz era suave como el aceite:

—Lo hemos matado por sacrílego. ¿No te enseñaron esto...?

—se detuvo y su mano cayó sobre su cadera. Cambió el tono de su voz—: Este es el caballo de Cadal —y miró a su alrededor como un perro cazador.

—Lo he traído yo —dije—. Ya te he dicho que mi potro va cojo. Cadal debe de haber regresado a casa; supongo que debe haber cogido uno de los vuestros.

Desaté la yegua y la conduje al sendero, a la luz de la luna. Belasius envainaba su daga, que había sacado hacía un momento. Seguimos caminando; la yegua me seguía con su nariz apoyada en mi hombro. El pie casi no me dolía.

Entonces dije:

—Así, pues, Cadal también tendrá que morir. Entonces no es sólo una cuestión de sacrilegio. ¿Tan secretas son vuestras ceremonias? ¿Es sólo cuestión de misterio, o lo que hacéis es ilegal?

—Ambas cosas. Nos reunimos cuando podemos. Hoy hemos ido a la isla; es bastante segura. Normalmente, en la noche del equinoccio no se acerca ni un alma a esta isla. Perú si llega a oídos de Budec tendremos problemas. El hombre que hemos matado era un hombre suyo; le hemos tenido escondido aquí durante ocho días y los exploradores de Budec lo han estado buscando. Pero tenía que morir.

—¿Lo encontrarán ahora?

—¡Oh, sí, muy lejos de aquí, en el bosque! Pensarán que lo ha matado un oso salvaje —de nuevo aquel brillo en sus ojos—. Se puede decir que ha muerto fácilmente. En los tiempos antiguos le hubieran cortado el ombligo y hubiera sido azotado en el árbol sagrado hasta que sus intestinos lo hubieran cubierto, como la lana de un huso.

—¿Lo sabe Ambrosius?

—Ambrosius también es un hombre del rey.

Caminó en silencio. Entonces pregunté:

—Bien, ¿y qué me sucederá a mí, Belasius?

—Nada.

—¿No es un sacrilegio que haya espiado vuestros secretos?

—Estás a salvo —dijo secamente—. Ambrosius tiene un brazo muy largo. ¿Por qué te pones así?

Sacudí la cabeza. No podría haberlo explicado con palabras, ni siquiera a mí mismo. Era como si me hubieran puesto un escudo en las manos al encontrarme desnudo en medio de la batalla.

—¿No tenías miedo? —preguntó.

—No.

—¡Por la Diosa! Creo que es cierto; Ambrosius tiene razón: eres valeroso.

—Si tengo valor, no creo que sea el valor que tú admiras. Una vez pensé que yo era mejor que los demás muchachos porque no podía comprender mucho de sus miedos. Pero, naturalmente, tengo mis propios temores, si bien he aprendido a guardarlos para mí. Supongo que esto debe ser una forma de vanidad. Pero ahora empiezo a comprender por qué, incluso cuando el peligro y la muerte acechan abiertamente en el camino, yo puedo pasar por él.

Se detuvo. Estábamos cerca del pinar.

—Dime por qué.

—Porque estos peligros no son para mí. Tengo miedo de los otros hombres, pero nunca de mí. Todavía no. Creo que el peligro de los hombres es lo desconocido. Temen al dolor y a la muerte porque pueden estar esperándoles a la vuelta de cualquier esquina. Pero ahora sé lo que está oculto, lo que está aguardando, o cuándo está en medio del camino. Y sé cuándo el dolor o el peligro de muerte me esperan a mí y, además, sé que la muerte no me llegará por ahora; por eso no tengo miedo. Esto no es tener valor.

Belasíus dijo lentamente, al tiempo que no apartaba sus ojos de mi rostro.

—Sí, ya sé que tienes la Visión.

—Sólo algunas veces y por voluntad del dios, no mía —ya había dicho demasiadas cosas; y él no era un hombre con el cual se pudieran compartir los propios dioses. Para cambiar de tema dije rápidamente—: Belasius, tienes que escucharme. De esto no tiene culpa alguna Ulfin. Se ha negado a decirnos nada y me habría detenido si hubiera podido.

—¿Acaso quieres decir con eso que si hay alguna penitencia que cumplir te ofreces voluntariamente tú para hacerla?

—Bueno, creo que puedo permitirme ese lujo —reí, seguro tras mi invisible escudo—. ¿Qué hay que hacer? Una antigua religión como la vuestra debe tener unas cuantas penitencias ligeras en reserva. ¿Debo morir en la profundidad de mi sueño, esta misma noche, o ser desgarrado por un oso la próxima vez que cabalgue por el bosque sin mi perro?

Sonrió por primera vez:

—No creas que te escaparás tan fácilmente. Algún día te utilizaré, a ti y a tu Visión, puedes estar seguro. Ambrosius no es el único que utiliza a los hombres; yo también intentaré utilizarte. Me has dicho que te habías desviado por este camino; ha sido la propia Diosa quien te ha guiado y a la Diosa tienes que ir —me rodeó los hombros con su brazo—. Por esta ayuda que te ha prestado la Diosa, Merlín Emrys, vas a pagarle con una moneda que le agradará. La Diosa te herirá, como hace con todo hombre que se atreve a espiar su misterio, pero no te destruirá.

No, no Acteón[*], mi pequeño alumno, sino Endimión[**]. La Diosa quiere tomarte en sus brazos. En otras palabras, vas a estudiar hasta que pueda llevarte conmigo a su santuario y presentarte a ella. Me hubiera gustado decir: «No será así si cubres cada árbol del bosque con mis tripas.» Pero aguanté la lengua. Tomar el poder cuando se te ofrece, había dicho él, y, recordando mi vigilia cerca del árbol, me di cuenta de que allí había poder. Ya veríamos. Me deslicé —cortésmente— de debajo de su brazo y me dirigí al pinar.

Si Ulfin había estado temblando antes, ahora casi se murió de terror cuando vio a su amo conmigo y se imaginó a dónde había ido yo.

—Mi señor..., pensaba que se había ido a casa... En efecto, mi señor, Cadal ha dicho...

—Dame mi capa —dijo Belasius—, y pon estas cosas en el saco de la silla.

Le lanzó el vestido blanco que llevaba bajo el brazo, que cayó suavemente, desplegándose, cerca del árbol donde estaba atado Áster, el cual, al ver la tela cerca de él, se apartó y lanzó un ronquido. Al principio, pensé que se había asustado por el color blanco y fantasmal pero luego vi, negro sobre blanco, oscuras como si se tratara de la oscuridad del bosque, las manchas y las salpicaduras; y, desde donde me encontraba, percibí el olor de la sangre. Ulfin levantó mecánicamente la capa.

—Mi señor... —estaba sin aliento a causa del miedo y también por el esfuerzo de mantener quieto al caballo—, Cadal se llevó el caballo de carga. Pensábamos que mi señor Merlín había regresado al pueblo. En efecto, amo, yo también estaba seguro de que había tomado el camino del pueblo. No le he dicho nada, lo juro...

—Hay un saco en la silla de la yegua. Ponlo allí —Belasius tomó su capa y se la anudó, luego cogió las riendas—. Ayúdame a montar.

El muchacho obedeció intentando no sólo excusarse sino también evitar las consecuencias de la cólera de Belasius.

—Mi señor, por favor, créeme, no he dicho nada. Lo juro por todos los dioses que existan.

Belasius lo ignoraba. Descubrí cuan cruel podía llegar a ser; de hecho, desde que le conocía, ni una sola vez había evitado un dolor o una ansiedad a nadie: más exactamente, nunca se le ocurrió que pudiera existir tal sentimiento, ni siquiera en un hombre libre. Ulfin debía parecerle en aquel momento menos real que el caballo que estaba dominando. Subió con facilidad sobre la silla y dijo secamente:

---

[*] Acteón: hijo de Auristeo y de Autonoe, que habiendo visto casualmente a Artemisa (Diana) bañándose con sus ninfas, fue convertido en ciervo y despedazado por sus propios perros.

[**] Endimión: En la mitología griega, pastor amado por Artemisa, que le visitaba durante el sueño. (Nota del traductor).

—Ve detrás —y luego a mí—: ¿Puedes manejar la yegua si vamos a galope? Quiero llegar antes de que Cadal se dé cuenta de que no estás en casa y arme un revuelo.

—Puedo intentarlo. ¿Y Ulfin?

—¿Ulfin? Irá caminando con tu potro hasta casa, naturalmente.

Hizo dar la vuelta a su caballo y pasó entre los pinos. Ulfin ya había recogido la ropa manchada de sangre y la había depositado en el saco de la yegua; ahora corría a presentarme su hombro para ayudarme a montar, pero yo ya me había encaramado a la silla sin esperar su ayuda. El muchacho se enderezó en silencio, pero yo noté que estaba temblando. Supongo que para un siervo es normal estar asustado y se me ocurrió pensar que también le debía dar miedo llevar el potro a casa a través del bosque.

Me incliné hacia él y le dije:

—Ulfin, no está enfadado contigo; no ocurrirá nada, te lo juro. Así que no tengas miedo.

—¿Has… has visto algo, mi señor?

—Nada en absoluto —en cierta manera decía la verdad—, mucha oscuridad y una inocente luna. Pero sea lo que fuera lo que haya visto, no tiene la menor importancia. Voy a ser iniciado, así que ya ves por qué no está enfadado. Eso es todo. Anda, toma eso.

Saqué mi daga de la vaina y se la entregué:

—Eso te hará sentirte más seguro, pero no vas a necesitarla. No te ocurrirá nada, créelo. Ten cuidado con mi potro, ¿quieres?

Fustigué la yegua y la dirigí tras Belasius.

Belasius me estaba esperando, es decir, iba a un trote corto que se convirtió en galope cuando lo alcancé. Me agarré al correaje del animal y todo mi cuerpo se adhirió al suyo como una garrapata.

El sendero era lo suficientemente abierto para que pudiéramos ver en dónde pisábamos a la luz de la luna. Se extendía suavemente cuesta arriba, a través del bosque, hasta una cresta desde la cual, momentáneamente, se podían ver los destellos de las luces del pueblo. Luego descendía de nuevo y, al cabo de unos minutos, dejábamos el bosque para adentrarnos en las llanuras saladas que flanqueaban el mar.

Belasius no aminoró su marcha ni habló. Me enderecé en la silla para observar el camino y me preguntaba si encontraríamos a Cadal de regreso del pueblo con una escolta para buscarme o si vendría solo.

Chapoteamos en un riachuelo y luego, de nuevo encontramos el sendero, llano y cubierto de hierba; giramos a la derecha hacia el camino principal. Entonces supe dónde nos encontrábamos; en el camino de ida había descubierto aquel sendero que se bifurcaba junto a un puente, en el lindero del bosque. Dentro de poco llegaríamos al puente y a la ruta principal.

Belasius aflojó el galope de su caballo y echó una ojeada atrás. La yegua también aminoró su marcha; entonces tiró de las riendas del suyo y ambos caballos empezaron a caminar.

—Escucha.

Caballos. Muchos caballos se acercaban a todo galope por la ruta empedrada, camino del pueblo.

Se oyó brevemente la voz de un hombre. Por el puente pasaba un amontonamiento de antorchas que nos permitió ver una tropa que cabalgaba muy junta. El estandarte llevaba un dragón escarlata.

La mano de Belasius cayó duramente sobre las riendas de la yegua y los dos caballos se detuvieron.

—Hombres de Ambrosius —dijo; por lo menos eso fue lo que empezó a decir, porque mi yegua, claramente, como el cacareo de un gallo, relinchó y un caballo de la tropa le contestó.

Alguien gritó una orden. La tropa frenó. Otra orden y los caballos vinieron hacia nosotros a todo galope. Oí las palpitaciones de Belasius cuando dejó ir mis riendas.

—Aquí es donde te dejo. Quédate y domina tu lengua. Ni la guardia de Ambrosius podría protegerte de una maldición.

Azotó mi yegua en las ancas y ésta salió hacia adelante, a punto de derribarme. Estaba demasiado ocupado para mirarle marchar, pero detrás de mí se oyó un chapoteo y un revuelo como si el caballo negro atravesara el riachuelo y fuera tragado por el bosque pocos segundos antes de que los soldados llegaran hasta mí y me escoltaran hasta su oficial.

El semental gris se agitaba entre la luz de las antorchas, debajo del estandarte. Uno de los soldados había cogido a la yegua por la brida y me guiaba hacia él. Saludó.

—Sólo hay uno, señor; no va armado.

El oficial se levantó la visera. Los ojos azules relampaguearon y la bien conocida voz de Uther dijo:

—Tenías que ser tú, naturalmente. Bien, Merlín el bastardo, ¿qué estás haciendo solo por aquí y dónde has estado?

Capítulo XI

No contesté de inmediato. Estaba pensando en qué podría decir. A otro oficial le hubiera explicado una rápida y fácil media verdad, pero Uther estaba deseoso de castigarme y, además, para cualquiera que hubiera asistido a una reunión «secreta e ilegal», no era solamente «un oficial», sino que era también muy peligroso. No es que yo tuviera ningún motivo para proteger a Belasius, pero no estaba dispuesto a dar ninguna información —o explicación— a nadie más que a Ambrosius. En cualquier caso, ahora tenía que capear la cólera de Uther.

Por lo tanto, le miré a los ojos con una expresión que esperaba que resultara sincera:

—Mi potro iba cojo, señor; por lo tanto, he dejado que mi criado lo llevara a pie hasta el pueblo y yo he montado en el suyo para regresar.

Cuando Uther abría la boca para hablar, levanté el invisible escudo que Belasius había puesto en mis manos:

—Generalmente tu hermano me manda llamar después de la cena y no querría que tuviera que esperarme.

Sus cejas descendieron cuando mencioné a Ambrosius, pero sólo dijo:

—¿Por qué has tomado este camino, a estas horas, y no la ruta principal?

—íbamos por el bosque cuando Áster se ha herido. Habíamos girado hacia el este en el cruce de los caminos... por el sendero. Desde allí hemos visto este otro que iba hacia el sur y nos ha parecido que llegaríamos antes a casa, por eso lo hemos tomado. Con esta luna se ve perfectamente.

—¿De qué sendero hablas?

—No conozco el bosque, señor. Sube por una loma y entonces desciende hasta un vado...

Durante un momento, consideró lo que le había dicho frunciendo las cejas.

—¿Dónde has dejado tu criado?

—En el segundo sendero. Deseábamos estar seguros de que éste era el buen camino antes de separarnos para ir yo solo a casa. Ahora debe estar subiendo la loma, me imagino.

Confusamente pero con toda sinceridad, estaba rogando al dios que me estuviera escuchando que Cadal no volviera del pueblo en aquel preciso momento.

Uther me miró, sentado en su inquieto caballo, como si éste no existiera. Era la primera vez que descubría lo mucho que se parecía a su hermano. Y también, por vez primera, descubrí el poder de él y comprendí, aunque sólo fuera un niño, lo que Ambrosius me había explicado de su pericia como capitán. Podía conocer a los hombres por casi nada. Vi que

estaba mirando a través de mí, oliendo una mentira sin saber dónde o por qué, pero preguntándoselo... Y supe que estaba decidido a descubrirlo.

Por una vez habló con amabilidad, sin odio.

—Estás mintiendo, ¿verdad? ¿Por qué?

—Es cierto, mi señor. Si miras mi potro cuando venga...

—Oh, sí, eso es cierto. No tengo ninguna duda de que encontraré su herida. Y si mando a unos cuantos hombres por el sendero, encontrarán a Cadal que se dirige a casa. Pero lo que quiero saber...

Dije rápidamente:

—No es Cadal, mi señor, es Ulfin. Cadal tenía otras cosas que hacer y Belasius ha mandado a Ulfin conmigo.

—¿Dos niños solos?

Aquellas palabras fueron dichas con tono despectivo.

—Mi señor...

Su voz restalló de repente, cuajada de violencia:

—No juegues conmigo, pequeño sodomita. Me estás mintiendo, me estás ocultando algo y quiero saber qué. Puedo oler una mentira a una milla de distancia —advirtió. Entonces miró tras de mí y su voz cambió—: ¿Qué llevas en el saco?

Hizo una señal a uno de sus soldados para que se me acercara. Del saco salía un trozo del vestido de Belasius. El hombre metió la mano dentro del saco y tiró de él: en el empañado y arrugado blanco, las manchas se veían negras e inconfundibles. Entre el olor de la resina de las antorchas me llegó el de la sangre.

Detrás de Uther, los caballos resoplaron y agitaron sus cabezas cuando el olor llegó hasta ellos; los hombres se miraron unos a otros. Vi que los portadores de las antorchas me observaban atentamente y el soldado que estaba a mi lado musitó algo entre dientes.

Uther exclamó violentamente:

—¡Por todos los dioses del infierno, era eso! ¡Uno de ellos, por Mitra! ¡Debía haberlo supuesto; puedo oler el humo santo que llevas encima desde aquí! Muy bien, bastardo, tú que gozas de tanta libertad gracias a mi hermano, tú que gozas de su más alto favor, ya veremos qué dice a esto. ¿Qué vas a decir, ahora? No creo que tengas muchas posibilidades de negar nada, ¿verdad?

Levanté la cabeza, me erguí sobre la gran yegua y pude mirarle a los ojos, frente a frente.

—¿Negar? Niego que haya roto ninguna ley, niego que haya hecho nada que no pueda gustar a Ambrosius. Estas dos cosas son las que verdaderamente importan, mi señor Uther. Se lo explicaré a él.

—¡Por Dios que lo harás! ¿Te ha guiado Ulfin?

—Ulfin no tiene nada que ver con esto —dije secamente—. Ya le había dejado y, en todo caso, es un siervo y hace lo que le mando yo.

Súbitamente, espoleó su caballo y lo acercó hasta mi yegua. Agarró los pliegues de mi capa a la altura del cuello y, apretando violentamente el puño, me levantó de la silla. Su rostro casi tocaba el mío y su rodilla me golpeaba la pierna, como se patean mutuamente los caballos. Habló entre dientes:

—Y tú harás lo que te mande yo, óyelo bien. Seas lo que fueres para mi hermano, también tendrás que obedecerme a mí —me sacudió—, ¿entiendes, Merlín Emrys?

Asentí. Lanzó un juramento cuando se arañó con mi prendedor, y me soltó. Había un hilo de sangre en su mano. Noté que fijaba su mirada en el broche, luego hizo una señal a un portador de antorcha y el hombre se acercó con la llama en alto.

—¿Ambrosius te ha dado este broche? ¿El dragón rojo?

Se calló en seco y sus ojos se posaron en mi rostro, fijos, dilatados, cuyo intenso azul parecía centellear. El caballo gris se hizo a un lado y él lo enderezó con tanta brusquedad que su boca se llenó de espuma.

—Merlín Emrys... —dijo de nuevo, pero esta vez hablaba para sí en voz tan baja que apenas pude entenderle. Luego dejó escapar una súbita risotada, alegre y dura, que no se parecía en nada a las risas que le había oído hasta aquel momento.

—Bien, Merlín Emrys, tendrás que explicarle todo lo que has hecho esta noche —espoleó su caballo y dio órdenes a sus hombres—. Traedlo con nosotros y cuidado con que no se caiga: mi hermano lo guarda como un tesoro.

El caballo gris brincó al contacto con la espuela y la tropa se puso en marcha tras él.

Mis captores, todavía con la brida de la yegua en sus manos, le siguieron.

El vestido de druida quedó pisoteado y sucio en el fango,

pues la tropa había cabalgado encima. Me pregunté si Belasius lo vería y tendría cuidado.

Luego lo olvidé. Tendría que enfrentarme a Ambrosius.

Cadal estaba en mi habitación. Al verle, respiré aliviado y le dije:

—Gracias a los dioses que no has venido a buscarme. He sido atrapado por la tropa de Uther y está furioso porque sabe a dónde he ido.

—Ya lo sé —dijo Cadal con una mueca—, lo he visto.

—¿Qué quieres decir?

—He venido a buscarte. Estaba seguro de que habías tomado la dirección del pueblo cuando hemos oído aquel .. ruido; por lo tanto, te he seguido. Cuando no he visto ninguna señal de tu paso en el camino, he

pensado que habías hecho girar en redondo a la yegua... El suelo estaba humeante, te lo aseguro... Entonces...

—¿Sospechabas lo que ocurría? ¿Te imaginabas dónde estaba Belasius?

—Sí —volvió la cabeza como si fuera a escupir e hizo la señal contra el mal de ojo—. Bien, cuando he visto que no había ni señal de ti, he imaginado que debías haber ido a ver qué ocurría. Eres un tonto arrogante. Intervenir en estas cosas podría acarrearte la muerte.

—Y a ti también, pero tú has regresado.

—¿Qué otra cosa podía hacer? No podía llamarte. El menor ruido hubiera sido fatal... Bien, cuando me hallaba a una media milla del pueblo los he visto venir, me he apartado y he esperado que pasaran. ¿Conoces la antigua estación de posta, la que está en ruinas? Me he quedado allí. Os he visto pasar; tú ibas escoltado. Entonces he supuesto que Uther lo sabía. Os he seguido de tan cerca como he podido y he cortado por las calles laterales. Acabo de llegar. Así que lo ha descubierto...

Asentí y empecé a desanudarme la capa.

—Pues debe de estar furioso como un diablo —dijo Cadal—. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Belasius había puesto su vestido en el saco de la yegua y lo han encontrado. Han creído que era mío —hice una mueca—. Si hubieran comprobado la talla, habrían tenido mucho en qué pensar, pero ni se les ha ocurrido. Lo han tirado al suelo y lo han pisoteado.

—Es natural —se había arrodillado para desatarme las sandalias, se detuvo y preguntó—: ¿Has dicho que Belasius te ha visto? ¿Has hablado con él?

—Sí. Yo le esperaba y hemos caminado juntos hasta los caballos. Por cierto, Ulfin trae el potro.

No prestó atención a la última frase. Estaba pensando y me pareció que había perdido el color.

—Uther no ha visto a Belasius —dije—; ha podido escapar a tiempo. Sabía que sólo habían oído un caballo y me ha enviado a su encuentro, de lo contrario, supongo que nos hubieran seguido a los dos. Debe de haber olvidado que yo tenía su túnica o más probablemente ha pensado que ellos no la encontrarían. Nadie que no hubiera sido Uther la hubiera mirado.

—No debías haber ido jamás con Belasius. Esto es peor de lo que pensaba. Ven, déjame a mí, tienes las manos frías —me quitó el broche del dragón y luego la capa—. Querías verlo, ya lo has visto. Es un cochino adorador... Todos ellos lo son, y él más que todos.

—¿Qué sabes de él?

—Nada que se pueda decir. Debía habérmelo imaginado... Lo que quiero decir es que son unos cochinos confusionistas...

—El es el druida principal, o al menos el jefe de esta secta y, por lo tanto, tiene mucha responsabilidad. No estés tan preocupado, Cadal, dudo que me haga ningún daño y no creo que deje que nadie me lo haga.

—¿Te ha amenazado?

—Sí, con una maldición —reí.

—Dicen que estas maldiciones hacen daño. Dicen que los druidas pueden enviarte un cuchillo tras de ti durante días y que lo único que percibes es el silbido en el aire, a tu espalda, en el momento en que se te clava.

—Dicen muchas cosas. Cadal, ¿tengo alguna otra túnica que sea decente? ¿Ya ha llegado la mía del lavadero? Y quiero un baño antes de presentarme a Ambrosius.

Me miró de reojo mientras buscaba otra túnica en el cofre de la ropa.

—Uther debe haber ido directamente a contárselo todo, ¿lo sabes?

—Naturalmente —reí—. Y te advierto que pienso contarle toda la verdad.

—¿Toda?

—Toda.

—Bueno, supongo que es lo mejor —dijo, si alguien puede protegerte de ellos…

—No se trata de eso. Simplemente, que tiene que saberlo. El es justo y, además, ¿qué puedo temer de él?

—Estaba pensando en la maldición —dijo dificultosamente—. Ni Ambrosius será capaz de protegerte de ella.

—Oh, esto para la maldición —hice un gesto nada común entre gente de noble casa—. Olvídalo. Ni tú ni yo hemos hecho nada malo y me niego a mentir a Ambrosius.

—Algún día te veré asustado, Merlín.

—Probablemente.

—¿No temes a Belasius?

—¿Debo temerle? —me estaba interesando—. No me hará ningún daño —me desaté el cinturón de mi túnica y lo tiré sobre la cama, luego miré a Cadal—. ¿Estarías asustado si supiera cómo y cuándo tienes que morir, Cadal?

—¡Sí! ¿Y tú?

—A veces, en mis arrebatos. A veces lo veo y me llena de temor.

Se quedó quieto, mirándome, con el rostro asustado.

—¿Y cuál es tu fin, entonces? .

—Una cueva, la cueva de cristal. A veces pienso que es la muerte y a veces que es la vida o una puerta de visión, o un oscuro limbo de sueño… No

sé explicarlo. Pero algún día lo sabré. Hasta entonces, supongo que no tendré miedo de nada más. Iré a la cueva cuando se acerque mi fin, como tú... —me callé.

—Como yo, ¿qué? —preguntó rápidamente—. ¿Que yo también iré?

Sonreí.

—Iba a decir: como tú llegarás a la vejez.

—Eso es mentira —dijo ásperamente—. He visto tus ojos. Cuando dices estas cosas, tus ojos te traicionan, ya lo había notado antes. El negro de tus ojos se difumina, se hace borroso, como si soñaras, pero no de una manera suave; no, toda tu mirada es fría, como el hierro, como si no vieras ni te preocuparas de lo que hay a tu alrededor. Y hablas como si fueras sólo una voz y no una persona... O como si te hubieras ido a otra parte y hubieras dejado tu cuerpo nada más que para hablar a través de él. Como un cuerno que al soplarlo emite un sonido determinado.

Ya sé que sólo lo he notado dos veces, hasta ahora, pero es pavoroso, me estremece.

—También me estremece a mí, Cadal.

Había dejado deslizar mi túnica verde desde mi cuerpo hasta el suelo. Cadal tenía en las manos la túnica de lana gris que yo utilizaba al levantarme. Alargué la mano para cogerla y me senté distraídamente en la cama con la ropa sobre las rodillas. Hablaba para mí más que para Cadal:

—También a mí me hace temblar. No te equivocas al decir que parece como si estuviera vacío como una concha, con algo que se mueve a través de mí. Digo cosas, veo cosas, pienso cosas que me son totalmente desconocidas. Pero sí te equivocas al decir que no lo siento, porque eso me duele, me hiere. Y pienso que debe ser porque todavía no puedo dominarlo. Pero podré. Sé que .podré. Algún día podré dominar esta parte de mí que sabe y que ve. Y entonces será poder de verdad. Sabré cuándo se trata de instinto humano y cuándo se trata del hálito de Dios.

—Y cuando has hablado de mi fin, ¿a qué te referías?

Levanté la cabeza. Era singularmente extraño que resultara menos fácil mentir a Cadal que a Uther.

—Pero si no he visto tu muerte, Cadal; no he visto más que la mía. He callado porque iba a decir una cosa desagradable. Iba a decir: como tú irás a parar a cualquier sepultura extraña...

—sonreí—. Sé que eso es lo peor que se le puede decir a un bretón, pero pienso que será eso lo que te ocurrirá... si sigues siendo mi criado.

S mirada se iluminó e hizo una mueca. Esto era poder, pensé, cuando una palabra tuya puede espantar a un hombre de esta manera. Cadal dijo:

—¡Claro que lo seré! Aunque el conde no me lo hubiera dicho lo habría sido. Tienes una manera de comportarte que vuelve agradable el cuidarte.

—¿Es cierto? Pensaba que me considerabas un tonto arrogante.

—Y lo eres. Nunca hubiera osado decir a nadie de tu casta lo que te he dicho y tú, lo único que has hecho ha sido reír, y tú que eres dos veces real.

—¿Dos veces real? Difícilmente puedes conocer a mi abuelo tan bien como a mí…

Me callé y lo que me hizo callar fue su cara. Había hablado sin pensar y entonces, con un rápido ronquido, había intentado esconder las palabras en su boca y deshablar lo dicho.

No dijo nada, se quedó de pie con la túnica sucia en las manos y yo me levanté lentamente. La bata olvidada cayó al suelo. No tenía ninguna necesidad de hablar y yo me di cuenta de ello. Entonces no comprendí cómo no me había dado cuenta antes, en el momento en que estaba ante Ambrosius en el prado helado y Cadal me miraba fijamente a la luz de la antorcha. El se había dado cuenta de todo y muchos otros debían imaginárselo. Recordé las miradas de los hombres, los cuchicheos de los oficiales, la deferencia de los criados que yo creía que no era por mí mismo sino por orden del conde; entonces comprendí que aquella deferencia estaba destinada al hijo de Ambrosius.

La habitación era tan silenciosa como una cueva. El brasero centelleaba y su luz se rompía en destellos en el espejo de bronce del muro. Miré hacia allí. En el bronce iluminado por las llamas, mi cuerpo desnudo se veía desplazado y ensombrecido, como una cosa irreal de luz y oscuridad que las llamas movían. Pero la cara estaba iluminada y en aquellos indefinidos planos de sombra y luz vi su rostro tal como lo había visto en su habitación, cuando estaba sentado cerca del brasero esperando que me llevaran ante él. Esperando que yo llegara para poder preguntarme por Niniane.

La Visión no me había ayudado aquella vez. Los hombres que tienen la Visión de un dios, a menudo tienen sus ojos completamente ciegos. Luego dije a Cadal:

—¿Lo saben todos?

Asintió sin preguntarme a qué me refería:

—Se rumorea —dijo—. A veces te pareces mucho a él.

—Pienso que Uther también lo debe imaginar. ¿No lo sabía de antes?

—No. Se marchó antes de que las habladurías empezaran a correr. No es por eso que la ha tomado contigo.

—Me alegro. Entonces, ¿por qué es? ¿Sólo porque me he metido en los asuntos de las piedras puntiagudas?

—Por eso y por otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

Cadal dijo bruscamente:

—Piensa que eres el sodomita del conde. Ambrosius no suele ir con mujeres. Tampoco va con muchachos, por otra parte; pero hay una cosa que Uther no puede comprender y es que un hombre no se acueste con alguien

siete noches a la semana. Cuando su hermano se preocupó tanto por ti y te instaló en su casa, cuando me puso a tu servicio y todas esas cosas, Uther pensó que debía tratarse de una cosa que no le gustó en absoluto.

—Ya entiendo. Me ha dicho algo de eso esta noche, pero me he imaginado que era porque había perdido los estribos.

—Si se hubiera molestado en observarte y en escuchar lo que dice la gente del pueblo, ahora ya sabría quién eres.

—Lo sabe —dije con completa certidumbre—. Lo ha descubierto esta noche cuando ha visto el broche del dragón que Ambrosius me dio. Nunca se me había ocurrido pensar lo que podía significar este broche, pero, evidentemente, él se ha dado cuenta de que Ambrosius nunca lo habría dado a su sodomita. Se ha hecho acercar la antorcha y luego me ha mirado fijamente. Creo que ha sido entonces cuando lo ha descubierto —y luego un pensamiento me sacudió—. Además, creo que Belasius también lo sabe.

—¡Oh, sí! —dijo Cadal—. Claro que lo sabe. ¿Por qué?

—La forma en que me ha hablado... Como si supiera que no podía hacerme ningún daño. Debe ser por eso que ha intentado asustarme con la maldición. Ha tenido una idea muy ingeniosa, ¿no? Debe haber reflexionado profundamente cuando íbamos hacia los caballos. No puede quitarme de en medio por haber cometido sacrilegio, pero tenía que evitar que hablara con alguien y me ha dicho lo de la maldición. Y además... —me callé.

—Además, ¿qué?

—No te asustes, se trata sólo de otra garantía para que mantenga la boca cerrada.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué es?

Me encogí de hombros y, al darme cuenta de que iba desnudo, cogí de nuevo mi bata.

—Me ha dicho que me llevaría con él al santuario. Creo que le gustaría que yo fuera druida.

—¿Ha dicho qué? —ya me estaba familiarizando con los gestos de Cadal para evitar el mal de ojo—. ¿Y tú que harás?

—Iré con él... una vez por lo menos. No pongas esa cara, Cadal. No hay ninguna posibilidad de que desee ir más de una vez —le miré serenamente—. Pero no hay nada en este mundo que yo no esté dispuesto a ver o a aprender, ni existe ningún dios al que no esté dispuesto a acercarme de la manera que a él le guste. Te he hablado del hálito de Dios. Si tengo que utilizarlo, necesito saber quién es, ¿no lo comprendes?

—¿Cómo puedo entenderte? ¿De qué Dios estás hablando?

—Creo que sólo hay un dios. Bueno, hay dioses en todas partes, en las colinas y en las profundidades, en el viento y en el mar, en la hierba por la que caminamos y en el aire que respiramos, en las sombras ensangrentadas en donde hombres como Belasius los adoran. Pero creo que debe haber uno que sea el Dios en sí mismo, como toda el agua de todos los mares; y que

todos los demás, dioses y hombres somos como ríos que vamos hacia El, a unirnos a El... ¿Ya está listo el baño?

Veinte minutos después, vestido con una túnica azul oscuro recogida en el hombro con el broche del dragón, fui a ver a mi padre.

Capítulo XII

El secretario estaba en la antecámara, muy ocupado en no hacer nada. Tras la cortina, oí que Ambrosius hablaba quedamente. Los dos guardias de la puerta parecían de madera. . Entonces la cortina se abrió y salió Uther. Al verme se detuvo, se apoyó sobre sus talones como si fuera a hablar pero luego pareció notar la interesada mirada del secretario y se fue con un revuelo de su capa roja y su olor a caballos. Siempre se podía adivinar dónde había estado Uther, pues se empapaba del olor del lugar como la ropa mojada. Debía haber venido a ver directamente a su hermano, incluso antes de lavarse después de la cabalgada.

El secretario, cuyo nombre era Sollius, me dijo:

—Puedes entrar, señor; te está esperando.

Apenas noté el tratamiento, como si estuviera muy acostumbrado a oírlo. Entré.

Estaba de pie, de espaldas a la puerta, cerca de su mesa, que se hallaba cubierta de tablillas, con una pluma encima de una de ellas, como si le hubieran interrumpido, mientras escribía. En uno de los escritorios auxiliares, cerca de la ventana, había un pergamino medio desenrollado.

La puerta se cerró tras de mí. Me detuve allí y la cortina de cuero cayó con un crujido. Ambrosius se volvió.

Nos miramos a los ojos en silencio durante unos instantes que me parecieron interminables. Luego se aclaró la garganta.

—¡Ah, eres tú, Merlín! —dijo, con un ligero movimiento de la mano—. Siéntate.

Le obedecí, sentándome en mi silla de siempre cerca del brasero. Estuvo unos momentos callado con la vista sobre la mesa. Cogió la pluma, observó la cera y añadió una palabra. Yo esperé. Miró ceñudamente lo que había escrito, lo tachó y luego dejó la pluma; súbitamente dijo:

—Uther ha venido a verme.

Me miró por debajo de sus cejas fruncidas. —Me ha dicho que te ha encontrado solo fuera de la ciudad. —No había salido solo —dije rápidamente—. Cadal estaba conmigo. —¿Cadal?

—Sí.

—Eso no ha sido lo que le has dicho a él.

—No.

Su mirada se volvió perspicaz.

—Anda, empieza a contármelo todo.

—Cadal siempre me atiende, mi señor. Es... es más que amable conmigo. Hemos ido hacia el norte, hasta el sendero para la madera, en el bosque. Mi potro se ha herido y Cadal me ha dado su yegua, luego hemos

empezado a venir hacia casa —me tomé un respiro—. Hemos tomado un atajo y nos hemos encontrado con Belasius y su criado. Belasius se ha unido a mí para acompañarme hasta el pueblo, pero... pero no quería encontrarse con el príncipe Uther y por eso me ha dejado.

—Ya entiendo —su voz no se había inmutado, pero tuve el presentimiento de que sabía muchas cosas. Su próxima pregunta me lo confirmó: —¿Has estado en la isla de los druidas?

—¿Lo sabes? —dije sorprendido. Luego, como no me contestara, esperando en silencio que yo prosiguiera, dije: —Ya te he dicho que Cadal y yo hemos tomado un atajo en el bosque. Si conoces la isla sabrás de qué atajo se trata. Justo en donde el sendero baja hasta el mar, hay un pinar. Allí hemos encontrado a Ulfin, el criado de Belasius, con los dos caballos. Cadal quería coger el caballo de Ulfin para llegar antes a casa, pero mientras estábamos hablando con Ulfin hemos oído un grito, mejor dicho, casi un aullido, que llegaba de algún lugar al este del pinar. He ido a ver qué ocurría. Juro que no tenía ni idea de que la isla estuviera allí ni de lo que pasaba en aquel lugar. Cadal tampoco, y si hubiera ido a caballo, como yo, me hubiera detenido. Mientras tanto, había montado en el caballo de Ulfin y me había seguido, pero yo ya había desaparecido; entonces ha pensado que me había dirigido hacia aquí, como me había dicho que hiciera. El también ha venido hacia aquí pero luego se ha dado cuenta de que yo no había tomado aquel camino; por tanto, ha dado la vuelta para ir en mi busca. Pero entonces yo me he encontrado con la tropa... —puse mis manos entre las rodillas y las junté fuertemente—. No sé lo que me ha llevado hasta la isla. Sea lo que fuera, he ido; quizás ha sido el grito... pero no ha sido sólo eso. No puedo explicarlo, todavía no... —respiré profundamente—. Mi señor...

-¿Sí?

—Debo decírtelo. Esta noche han matado a un hombre del rey que hacía unos días que había desaparecido. Se encontrará su cuerpo en algún lugar del bosque, como si una fiera salvaje lo hubiera matado —hice una pausa; su rostro era inexpresivo—. He pensado que tenía el deber de decírtelo.

—¿Has ido a la isla?

—¡Oh, no! Dudo que estuviera ahora con vida si lo hubiera hecho. Ha sido después cuando me he enterado de que habían matado a un hombre. Era un sacrílego, han dicho; yo no he preguntado nada —lo miré de nuevo—. Sólo he llegado hasta la costa. He esperado entre los árboles y desde allí lo he visto todo, la danza y el sacrificio. También he oído los cantos. Entonces no sabía que aquello era ilegal... En mi país está prohibido, naturalmente, pero se sabe que todavía se hace a escondidas y he pensado que quizás aquí era diferente. Pero cuando mi señor Uther supo en dónde había estado se ha enfadado mucho. Parece que odia a los druidas.

—¿Los druidas? —su voz sonaba ausente; rascaba la mesa con la pluma, silenciosamente—. Ah, sí. No, no le gustan. Es uno de los fanáticos de Mitra y la luz es la enemiga de las tinieblas, supongo. ¿Qué ocurre? —dijo

dirigiéndose a Sollius, que había entrado con una disculpa y esperaba junto a la puerta.

—Perdóname, señor —dijo el secretario—. Hay un mensajero del rey Budec. Le he dicho que estabas ocupado, pero dice que es muy importante. ¿Debo decirle que espere?

—Hazle entrar —dijo Ambrosius.

El hombre entró con un pergamino. Lo tendió a Ambrosius, que estaba sentado en su gran sillón. Lo desenrolló y leyó con las cejas fruncidas. Yo lo observaba. Las llamas del brasero le alumbraron el rostro, aquel rostro que me pareció que conocía tan bien como el mío. El brasero dispersaba calor y las llamas danzaban, centelleaban. Sentí que se hundían en mis ojos, que se dilataban y se hacían borrosas.

—Merlín Emrys. Merlín.

El eco murió, la visión desapareció. Estaba sentado en mi silla de la habitación de Ambrosius, tenía la vista fija en mis manos que se aferraban a mis rodillas. Ambrosius se había levantado y estaba de pie junto a mí, entre el fuego y yo. El secretario se había ido y estábamos solos.

Al oír mi nombre me estremecí y me desperté. Ambrosius estaba hablando.

—¿Qué ves en el fuego?

Sin levantar la cabeza contesté.

—Un soto de espinos blancos en la falda de una colina, una muchacha en un potro bayo y un joven con un broche en su hombro, un broche con el dragón. La niebla le llega hasta las rodillas.

Le oí respirar profundamente. Luego su mano me alcanzó la barbilla y me hizo levantar el rostro. Sus ojos eran intensos y llenos de orgullo.

—Es cierto, entonces, que tienes la Visión. Había estado tan seguro, y ahora... ahora sé que es cierto sin ningún lugar a dudas. Así lo creí aquella primera noche cerca de la piedra, pero podía no haber sido nada..., sólo un sueño, una historia de niños, una afortunada historia para ganarte mi interés. Pero esto... No me había equivocado acerca de ti —separó su mano de mi rostro y se estremeció—. ¿Ves el rostro de la muchacha?

Asentí.

—¿Y el del hombre?

Entonces le miré a los ojos:

—Sí, señor.

Me volvió la espalda bruscamente y estuvo así durante unos instantes, con la cabeza inclinada. Una vez más tomó la pluma y la hizo girar entre sus dedos. Poco después dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

-—Desde esta noche. Cadal ha dicho algo, luego yo he recordado cosas, la manera en que tu hermano me ha mirado esta noche al ver que llevaba esto.

Toqué el broche del dragón.

Me echó una mirada, luego asintió.

—¿Es la primera vez que tienes esta... visión?

—Sí. Ni me lo había imaginado. Ahora me parece extraño que no lo hubiera sospechado nunca..., pero te juro que no se me había ocurrido.

Permaneció en silencio, con una mano apoyada en la mesa. No sé qué esperaba, pero nunca hubiera pensado ver al gran Aurelius Ambrosius sin saber qué decir. Dio unos pasos por la habitación, llegó hasta la ventana y volvió hacia mí. Luego habló:

—Este es un extraño encuentro, Merlín. Tantas cosas por decir y, a la vez, tan pocas. ¿Entiendes ahora por qué te hice tantas preguntas? ¿Por qué intenté saber con tanto interés lo que te había traído hasta mí?

—Los dioses me trajeron hasta aquí —dije—. ¿Por qué la dejaste?

Sin darme cuenta, la pregunta me había salido abruptamente; supongo que había estado empujando en mi interior con tanta fuerza que salió como una acusación. Empecé a balbucir algo, pero él me hizo callar con un gesto y me contestó lentamente:

—Tenía dieciocho años, Merlín, y mi cabeza tenía un precio si ponía los pies en mi propio reino. Ya conoces la historia... Mi primo Budec me recogió cuando mi hermano el rey fue asesinado, y nunca ha cesado de planear la venganza sobre Vortigern, a pesar de que durante muchos años ha parecido imposible llevarla a cabo. Pero durante todos estos años he mandado exploradores, he mandado hacer informes, lo he ido planeando todo. Cuando yo tenía dieciocho años me mandó en secreto a Gorlois de Cornualles, que era amigo de mi padre y que nunca había querido a Vortigern. Gorlois me mandó hacia el norte con un par de hombres fieles, para que observara, escuchara y aprendiera la situación del país. Algún día te contaré a dónde fuimos y lo que ocurrió, pero ahora no. Lo que te importa ahora es eso... Cabalgamos por el sur, era finales de octubre y nos dirigíamos a Cornualles para coger el barco y regresar a casa, cuando nos detuvieron y tuvimos que luchar. Eran los hombres de Vortigern. No sé todavía si sospecharon de nosotros o si eran asesinos —como los sajones y los zorros— por el gusto de serlo, por el placer de la sangre. Pienso que debía ser esto último o hubieran tenido más cuidado en matarme, así como mataron a mis dos compañeros. Pero yo tuve suerte. Me quedé sin sentido a causa de un golpe en la cabeza y me dejaron por muerto. Esto ocurría al anochecer. Cuando me desperté ya era de mañana y a mi lado había un potro bayo; montada en él, una muchacha me miraba, sus ojos iban de mí a los dos hombres muertos, pero sin decir ni una palabra.

Sus labios dibujaron una sonrisa, pero no iba dirigida a mí sino a su recuerdo. Luego prosiguió:

—Recuerdo que intenté hablar, pero había perdido mucha sangre y la noche pasada al aire libre me había provocado mucha fiebre. Tenía miedo de que ella se asustara y regresara al pueblo a todo galope. Hubiera sido mi fin; pero no lo hizo. Atrapó mi caballo y puso todas mis cosas en el saco de montar, me dio de beber, limpió mi herida, la vendó y después, Dios sabe cómo, me puso sobre el caballo y me condujo al valle. Había un lugar que ella conocía, cerca del pueblo; un lugar remoto y secreto en donde nadie iba. Era una cueva, con una fuente... ¿Qué te ocurre?

—Nada —dije—. Debía haberlo imaginado. Sigue. ¿No vivía nadie allí?

—No, nadie. Supongo que debía delirar porque no recuerdo nada del camino que lleva hasta allí. Me escondió en la cueva y también ocultó mi caballo. En mi saco de montar había comida y vino, yo tenía mi capa y una manta. Cuando llegamos ya había caído la tarde y al volver ella a casa oyó que habían encontrado a mis dos compañeros, con sus caballos cerca de los cadáveres. La tropa había cabalgado hacia el norte y parecía que nadie sabía que se hubieran tenido que encontrar tres muertos en lugar de dos. Por lo tanto, yo estaba a salvo. Al día siguiente vino a la cueva, con alimentos y medicinas... Y al otro día también —hizo una pausa. Y ya sabes el final de la historia.

—¿Cuándo le dijiste quién eras?

—Cuando ella me dijo por qué no podía irse de Maridunum para venir conmigo. Hasta aquel momento yo había pensado que quizás era una de las damas de la reina... Por sus maneras y su forma de hablar supe que se había educado en una casa real. Quizás ella vio lo mismo en mí. Pero eso no tenía importancia. Nada tenía importancia, excepto que yo era un hombre y ella era una mujer. Desde el primer día ya sabíamos qué ocurriría. Ya lo entenderás cuando seas mayor... —sonrió de nuevo, esta vez con la boca y con los ojos—. Este es un conocimiento que supongo que tendrás que esperar para obtenerlo, Merlín. La Visión no te ayudará demasiado en los asuntos de amor.

—¿Le pediste que fuera contigo..., que viniera aquí?

Asintió.

—Incluso antes de saber quién era. Después de saberlo tuve miedo por ella e insistí, pero ella no quiso acompañarme. Por lo que me dijo, comprendí que odiaba y temía a los sajones, temía que Vortigern se hiciera con el reino, pero ni aun así quiso venir. Una cosa era, me dijo, hacer lo que había hecho y otra cruzar el mar con el hombre que, cuando volviera a aquella tierra, sería el enemigo de su padre. Debía terminar todo, así como terminaba el año. Y luego olvidar.

Permaneció en silencio durante unos segundos, contemplándose las manos. Yo dije:

—¿Y tú nunca supiste que había dado a luz a un niño?

—No. Naturalmente, me lo pregunté. Mandé un mensaje la primavera siguiente, pero no obtuve respuesta. Entonces lo dejé, pensando que si ella quería ponerse en contacto conmigo, sabía, como todo el mundo, dónde

podía encontrarme. Unos dos años después me dijeron que se había desposado. Ahora veo que no era cierto, pero entonces aquella noticia me sirvió para apartarla de mi mente —me miró—. ¿Lo comprendes?

Asentí.

—Podría haber sido cierto, pero no de la manera que tú piensas. Hizo votos a la Iglesia cuando yo ya no la necesitaba. Los cristianos llaman desposorios a estos votos.

—¿Era eso? —reflexionó durante unos momentos—. Fuera lo que fuese, ya no envié más mensajes. Y cuando más tarde oí mencionar a un bastardo, no podía imaginarme que fuera mío. Una vez un amigo mío fue allí, un doctor que había recorrido Gales. Le hice venir para hacerle unas preguntas y me dijo que había un muchacho bastardo en el palacio, de más o menos aquella edad, de pelo rojo. Era el bastardo del rey.

—Dinias —dije—. Probablemente no me vio nunca. Siempre me dejaban de lado... Y mi abuelo a veces me presentó a los extraños como si fuera su bastardo. Se había prodigado mucho...

—Así me lo imaginé. Por eso, cuando me llegó otro rumor acerca de un muchacho, quizás el bastardo del rey o quizá el de su hija, ya no hice ningún caso. Todo aquello pertenecía al pasado y había cosas muy importantes y muy urgentes que hacer... y, además, siempre el mismo pensamiento: Si ha tenido un hijo mío, ¿acaso no me lo dejará conocer? Si fuera cierto, ¿no me habría mandado unas palabras?

Entonces se sumió en el silencio de sus propios pensamientos. Si entonces yo hubiera entendido todo lo que me contó, ahora no lo recordaría. Pero más tarde, cuando las piezas se juntan para formar el mosaico, todo se aclara. El mismo orgullo que le había impedido ir con su amante le impidió, una vez descubierto que estaba encinta, llamarle. El mismo orgullo la ayudó durante los meses que siguieron. Más que eso: si por cualquier motivo hubiera confesado quién era el padre, nada hubiera impedido a sus hermanos viajar hasta la corte de Budec para matarlo. Conociendo a mi abuelo, seguro que hubo muchos juramentos acerca de lo que se haría al hombre que había engendrado a su bastardo. Pero el tiempo pasaba y la posibilidad de su vuelta se hacía remota, luego imposible, como si en realidad fuera un mito y un recuerdo de la noche. Y después, el otro amor se sobrepuso al primero, los clérigos ganaron terreno y la cita invernal fue olvidada. Sólo el hijo se la recordaba, el hijo, tan parecido a su padre; pero cuando terminara su obligación con él, podría tener la soledad y la paz que, durante todos aquellos años, la habían impulsado a cabalgar sola por la montaña y por el valle, como más tarde yo iría, también solo,

a recorrer los mismos caminos y vería, quizá, las mismas cosas que ella.

Me sobresalté al oír de nuevo la voz de Ambrosius.

—¿Te fue muy penoso ser el hijo de nadie?

—Bastante.

—Pero, ¿me crees cuando te digo que no lo sabía?

—Creo todo lo que me dices.

—¿Me odias mucho, Merlín?

Lentamente, con la vista fija en mis manos, dije:

—Ser bastardo o el hijo de nadie tiene una cosa: puedes imaginar libremente cómo debe ser tu padre. Puedes inventarte lo mejor y lo peor: puedes inventarte un padre a tu gusto. Desde que fui lo suficiente mayor para entender lo que era yo, vi a mi padre en cada soldado y en cada príncipe, en cada sacerdote. También lo vi en cada siervo hermoso de todo el reino de Gales del Sur.

Me habló con amabilidad:

—Y ahora le ves de verdad, Merlín Emrys. Dime, ¿me odias por la clase de vida que te he hecho llevar?

No levanté la cabeza. Con los ojos fijos en las llamas, le contesté:

—Desde que era un niño he tenido a todos los hombres del mundo para elegir a mi padre. De entre ellos, Aurelius Ambrosius, te hubiera elegido a ti.

Silencio.

Las llamas saltaron con ímpetu, como el latido de un corazón.

Añadí, intentando dejar bien claro mi pensamiento:

—Además, ¿qué muchacho no elegiría al rey de todas las Bretañas por padre?

De nuevo me puso la mano en la barbilla para alcanzarme el rostro, separando mi cabeza del brasero y mis ojos de las llamas. Su voz era seca:

—¿Qué has dicho?

—¿Qué he dicho? —parpadeé—. He dicho que te habría elegido a ti.

Sus dedos se clavaron en mi carne.

—Me has llamado rey de todas las Bretañas.

—¿Yo?

—Pero esto es... —se calló; sus ojos parecían querer ver en mi interior; luego dejó caer su mano y se enderezó—. Déjalo estar, si tiene importancia el dios hablará de nuevo —sonrió—. Lo que ahora importa es lo que tú estás diciendo. No es dado a todos los hombres escuchar eso de sus hijos ya crecidos. Quién sabe si es mejor conocer a los hijos cuando ya son hombres, cuando padre e hijo tienen algo que ofrecerse mutuamente. A un hombre cuyos hijos han crecido a su lado no le es dado verse a sí mismo, de repente, estampado en la cara de un muchacho, como yo me veo ahora en la tuya.

—¿Tan parecidos somos?

—Eso dicen. Y veo que te pareces lo suficiente a Uther para comprender por qué todo el mundo dice que eres mi hijo.

—Pero al parecer él no veía —dije—. ¿Se ha enfadado mucho al saberlo o sólo se ha sentido aliviado al descubrir que no soy vuestro sodomita?

—¿Sabías eso? —parecía divertido—. Si pensara con el cerebro en lugar de pensar con el cuerpo, sería mejor para él. Pero así nos compenetramos muy bien; él hace una clase de trabajos y yo otros. Y si puedo seguir mi camino rectamente, él será rey después de mí; si no...

Se calló. En el embarazoso silencio que siguió, yo estuve mirando al suelo. Luego habló pausadamente de igual a igual.

—Perdóname. He hablado sin pensar lo que decía. He vivido durante tanto tiempo con la idea de que no tenía hijo...

Levanté la cabeza.

—Es la verdad, en el sentido que tú le das. Y es ciertamente la verdad tal como Uther la verá.

—Entonces, si tú la ves de la misma manera, mi camino será más fácil.

—No me veo como rey —me reí—. Quizá como medio rey, o mejor aún, como un cuarto de rey... Quizás entre Uther y yo haríamos un rey entero, si tú te marchas.

Pero él no sonrió. Sus ojos se habían estrechado y su mirada había quedado presa en ellos.

—Eso es lo que he estado pensando, o en algo por el estilo. ¿Te lo habías imaginado?

—No, señor. ¿Cómo podía imaginarlo? ¿Es así como podré serte útil? Naturalmente, ahora comprendo por qué me has tratado tan regiamente, pero me gustaba creer que tenías planes para mí..., que yo podía serte de alguna utilidad. Belasius me ha dicho que utilizas a cada hombre según sus capacidades y que aun cuando no pudiera servir como soldado, podría servirte de alguna otra manera. ¿Es cierto?

—Completamente cierto. Ya había pensado en ello, incluso antes de comprender que eras mi hijo, cuando vi que dominabas a Uther aquella noche, con las visiones todavía en tus ojos y el poder que te envolvía como una aureola. No, Merlín, no serás nunca rey, ni príncipe, al menos de la manera que lo entiende el mundo, pero cuando seas mayor estoy seguro de que serás un hombre de aquellos que, si un rey te tiene a su lado, podrá conquistar al mundo entero. ¿Ahora comprendes por qué te mandé a Belasius?

—Es un hombre muy sabio —dije cautelosamente.

—Es un hombre corrupto y peligroso —dijo Ambrosius sin ambages—, pero es refinado e inteligente, ha viajado mucho y tiene conocimientos que no hubieras tenido posibilidad de dominar en Gales. Aprende de él. No digo que le sigas, porque hay lugares a los que no debes seguirle, pero aprende todo lo que puedas de él.

Levanté la mirada y asentí.

—Lo sabes todo acerca de él —era una conclusión, no una pregunta.

—Sé que es un sacerdote de la antigua religión, sí.

—¿Y no te importa?

—Todavía no puedo permitirme desechar tan valiosos utensilios por el hecho de que no me gustan sus ideas —dijo—. Me es muy útil y, por consiguiente, lo utilizo. Tú harás lo mismo si eres prudente.

—Quiere llevarme con él en la próxima asamblea.

Levantó las cejas pero no dijo nada.

—¿Me lo prohíbes? —pregunté.

—No. ¿Deseas ir?

—Sí —contesté, y busqué las palabras apropiadas—. Cuando se busca... lo que yo estoy buscando, se tiene que mirar en lugares extraños. Los hombres no pueden mirar el sol excepto si miran hacia abajo, es decir, si miran sus reflejos en las cosas de la tierra. Si se refleja en un charco sucio, sigue siendo el sol. No dejaré de mirar ningún lugar para encontrar lo que busco.

Ambrosius sonreía.

—¿Lo ves? No necesitas que te guarden, excepto de la manera que Cadal puede hacerlo —se apoyó en la mesa, medio sentándose; ahora se le veía relajado y tranquilo—. Emrys, te llamaba ella. Hijo de la luz, de los Inmortales. Divino. ¿Sabes lo que significa?

—Sí.

—¿Sabías que es el mismo nombre que el mío?

—¿Mi nombre? —pregunté estúpidamente.

Asintió.

—Emrys... Ambrosius; es la misma palabra. Merlinus Ambrosius... te llamaba por mí.

Lo miré fijamente:

—Sí... sí, naturalmente. Nunca se me había ocurrido —reí.

—¿Por qué ríes?

—Por nuestros nombres. Ambrosius, príncipe de la luz... Ella decía a todo el mundo que mi padre era el príncipe de las tinieblas. Incluso había oído canciones que lo decían. En Gales hacemos canciones de todo.

—Algún día tienes que cantármelas —entonces volvió en sí súbitamente, su voz se endureció—. Merlinus Ambrosius, hijo de la luz, mira el fuego ahora y dime lo que ves.

Lo miré fijamente y él, alarmado, dijo con urgencia: —Ahora, esta noche, antes de que el fuego se apague, ahora que estás cansado y el sueño se apodera de tu rostro. Mira las llamas y háblame. ¿Qué le ocurrirá a la

Gran Bretaña? ¿Qué me ocurrirá a mí y a Uther? Mira, trabaja para mí, hijo mío.

No podía. Estaba despierto y las llamas morían en el brasero; el poder se había ido, sólo había dejado una habitación en sombras que se enfriaba rápidamente y a un hombre con un muchacho. Porque le quería, volví mis ojos hacia las brasas. Había un gran silencio, sólo se oía el silbido de las cenizas y el crujido del metal que se enfriaba. Finalmente dije:

—No veo nada más que el fuego que se apaga en el brasero y las brasas de carbón.

—Sigue mirando.

Sentí que el sudor empezaba a bañarme el cuerpo, las gotas se deslizaban por la nariz, debajo de los brazos, en las ingles, hasta que mis piernas quedaron paralizadas. Mis manos se movían nerviosamente entre las rodillas hasta que me dolieron los huesos. Mis sienes me punzaban. Sacudí la cabeza para aclarármela y levanté la mirada.

—No puedo. Lo siento, pero no puedo. No mando en el dios, es el dios quien manda en mí. Quizá podré ver cuando lo desee o cuanto tú me lo mandes, pero ahora el poder viene por sí mismo o no viene —le tendí las manos intentando explicarme—. Es como esperar debajo de una bóveda de nubes: súbitamente sopla el viento, la bóveda se rompe y la luz me alcanza, a veces plenamente, otras veces sólo me llegan los reflejos de un rayo de sol. Algún día seré libre para mandar en el poder, pero todavía no puedo. No puedo ver nada. —el cansancio me dificultaba hablar, podía sentirlo en mi voz—. Lo siento. No puedo. Todavía no has encontrado a tu profeta.

—No —dijo Ambrosius. Me hizo levantar y, atrayéndome a él, me besó—. Solamente he encontrado a un hijo, que todavía no ha cenado y que se está cayendo de cansancio. Ve a la cama, Merlín, duerme el resto de la noche sin soñar en nada. Hay mucho tiempo para las visiones. Buenas noches.

Aquella noche no tuve ninguna otra visión, pero tuve un sueño, que nunca conté a Ambrosius. Vi de nuevo la cueva en la falda de la colina y a la ,. muchacha, Niniane, que se acercaba a través de la niebla. También vi al hombre que le esperaba junto a la cueva. Pero el rostro de Niniane no era el de mi madre y el hombre de la cueva no era el joven Ambrosius. Era un hombre viejo y su rostro era el mío.

Libro tercero

EL LOBO

Capítulo I

Estuve cinco años con Ambrosius en Bretaña. Al mirar ahora hacia atrás veo que muchas de las cosas que ocurrieron han cambiado en mi recuerdo, como un mosaico deteriorado que un hombre que ha casi olvidado el dibujo primitivo restaura años después. Algunas cosas vuelven a mi memoria de una manera clara, con todos sus colores y detalles; otras —quizá las más importantes— son borrosas, como si la pintura hubiera sido borrada por lo que ocurrió después: muerte, infortunios, cambios del corazón. Hay lugares que recuerdo tan bien, algunos de ellos con la misma claridad que si ahora estuviera caminando por allí; lugares que si tuviera la fuerza para concentrarme y el poder que un día me envolvió como un vestido, incluso podría construirlos de nuevo, ahora y aquí, en la oscuridad, como reconstruí la Danza de los Gigantes para Ambrosius.

Los lugares se ven claros y también las ideas: llegan a mi recuerdo tan nuevas y tan brillantes como antes; pero no ocurre así con la gente: a veces, cuando busco en mi memoria me preguntó si aquí y allí confundo una persona con otra, Belasius con Galapas, Cadal con Cerdic, el oficial bretón cuyo nombre no recuerdo con el capitán de mi abuelo, en Maridunum, que una vez intentó hacer de mí un guerrero porque pensaba que incluso un príncipe bastardo desearía serlo.

Pero cuando escribo sobre Ambrosius es como si estuviera conmigo, iluminado entre estas tinieblas como lo estaba la gorra del hombre de aquella noche helada y encantada, la primera que pasé en Bretaña. Aun sin mi poder, puedo conjurar sus ojos, fijos debajo de sus cejas fruncidas, las duras líneas de su cuerpo, el rostro (que ahora me parece tan joven) cincelado con tanta dureza por la voluntad devoradora y punzante que tenía su mirada vuelta hacia su pequeño reino, durante los veinte accidentados años en que se estuvo convirtiendo en hombre y durante los que construyó, contra todas las dificultades de pobreza y debilidad, la fuerza ardiente que creció con él, esperando el momento propicio.

Es más difícil escribir acerca de Uther. Mejor dicho, es difícil escribir sobre Uther como si estuviera en el pasado, como si fuera parte de la historia que se ha ido haciendo durante todos estos años. Está aquí conmigo, incluso más vividamente que Ambrosius; pero no en la oscuridad; la parte de mi ser que en otro tiempo fue Myrddin es lo que está ahora en las tinieblas; la parte que fue Uther está fuera, a la luz del sol, abrazando todas las costas de la Gran Bretaña, siguiendo el designio que yo hice para él, el designio que Galapas me enseñó a mí en Gales un día de verano.

Pero, naturalmente, no es de Uther de quien hablo, sino del hombre que era la suma de nosotros dos, de todos nosotros: Ambrosius, que me hizo; Uther, que trabajaba conmigo, yo mismo que lo utilizaba, como utilizaba a cada hombre que llegaba a mis manos, para hacer un Arturo para la Gran Bretaña.

De vez en cuando llegaban noticias de la Gran Bretaña y con ellas ocasionalmente —a través de Gorlois de Cornualles—, noticias de mi casa.

Al parecer, después de la muerte de mi abuelo, Camlach no había roto inmediatamente la antigua alianza con su pariente Vortigern. Antes de atreverse quería asegurarse con la «tropa de hombres jóvenes», que era como llamaban a la facción de Vortimer. En efecto, Vortimer había aplazado su rebelión, pero estaba claro que tal intentona podría producirse en cualquier momento. El rey Vortigern estaba estancado entre el derrumbamiento y la inundación: si seguía siendo rey de los británicos tendría que llamar a los sajones, compatriotas de su esposa, para que le ayudaran; y los mercenarios sajones, año tras año, aumentaban sus demandas y el país estaba resquebrajado y ensangrentado por lo que los hombres llamaban abiertamente el Terror Sajón; la rebelión —especialmente en el oeste, en donde los hombres eran todavía libres— sólo esperaba un cabecilla. Tan desesperada se estaba haciendo la situación de Vortigern que se vio obligado, contra su voluntad, a entregar sus fuerzas armadas del oeste a Vortimer y sus hermanos, cuya sangre, por lo menos, no se añadiría a la derramada por los sajones.

De mi madre no había más noticias sino que estaba a salvo en Saint Peter. Ambrosius no le mandó ningún mensaje. Si llegaba a sus oídos que un tal Merlinus Ambrosius estaba con el conde de Bretaña, ya sabría a qué atenerse; pero una carta o un mensaje directo desde el enemigo del rey la pondría innecesariamente en peligro. Muy pronto lo sabría todo, dijo Ambrosius.

De hecho, eso fue cinco años antes de que llegara la ocasión, pero el tiempo pasó como una exhalación. Con la posibilidad de una apertura en Gales y en Cornualles, los preparativos de Ambrosius se aceleraron. Si los hombres del oeste deseaban un jefe, él tenía todas las intenciones de que no fuera Vortimer sino él mismo. Esperaría a que llegara su hora y dejaría que Vortimer fuera la cuña, pero él y Uther serían el martillo que llegaría tras aquél y golpearía con toda su fuerza. Mientras tanto, aumentaban las esperanzas en la Pequeña Bretaña. Llovían las ofertas de tropas y alianzas, el país vibraba bajo los cascos de los caballos y de las botas, las calles donde trabajaban los ingenieros y armeros bullían día y noche; los hombres redoblaban sus esfuerzos para hacer dos armas con el tiempo que antes empleaban en hacer una. Por fin iba a llegar la ocasión y, cuando llegara, Ambrosius debía estar a punto, sin ninguna posibilidad de fallo. No se tardaba media vida en reunir el material para formar un ejército fuerte para luego dejarlo al azar en la oscuridad. Y no sólo hombres y material, sino también el espíritu y el aliento del cielo debían estar a punto: los mismos dioses le abrirían la puerta. Por eso, dijo Ambrosius, los dioses me habían mandado hasta él. Mi llegada justo a tiempo, mi llegada con voces de victoria, mi llegada con la visión del dios inconquistable, lo había convencido (y lo que era más importante, había convencido a sus soldados) de que la hora se acercaba, se acercaba la hora de atacar con la certeza de obtener la victoria. Por eso —descubrí con miedo— me había valorado tanto.

No le había vuelto a preguntar cómo podría serle útil. Me lo hizo ver claramente y yo, con orgullo, miedo y ansiedad, fui aprendiendo todo lo que me enseñaban, y abriéndome al poder, puesto que era todo lo que podía ofrecerle. Si deseaba tener un profeta a mano, debió quedar defraudado, pues durante los años que estuve con él no vi nada importante. Supongo que el conocimiento bloquea las puertas de la visión, pero aquélla era mi época de aprender; estudié con Belasius hasta que lo sobrepasé, aprendiendo lo que él no había hecho nunca: cómo aplicar los cálculos que para él eran un arte, como para mí eran las canciones; en efecto, incluso las canciones utilicé. Pasaba mucho tiempo en la calle de los ingenieros y con frecuencia Cadal, rezongón, tenía que arrastrarme lejos de alguna pieza untada de aceite que me incapacitaba, según él, para estar en compañía de nadie como no fuera con los siervos de los baños. También escribí todo lo que pude recordar de las técnicas medicinales de Galapas y añadí a estos conocimientos experiencias prácticas al ayudar a los doctores del ejército siempre que me fue posible. Tenía libertad completa para ir por el campo y por el pueblo; con el nombre de Ambrosius a mis espaldas, disfruté de aquella libertad como un hambriento lobezno con su primera comida. Aprendía continuamente de cada hombre y de cada mujer que encontraba. Busqué, como había prometido, en la luz y en las tinieblas, en los rayos del sol y en los charcos fangosos. Fui con Ambrosius a la tumba de Mitra, en los sótanos de la granja; con Belasius fui a las asambleas del bosque. También me era permitido asistir a las reuniones entre el conde y sus capitanes, aunque nadie pretendía que lo que pudiera aprender allí lo utilizara en el campo de batalla; «a menos —dijo una vez Uther, entre divertido y malicioso— que esté sobre nosotros como Josué, impidiendo que el Sol se ponga para darnos más tiempo para realizar nuestro trabajo. Bromas aparte podría hacerlo peor...

Los hombres parecen considerarlo como alguien que es en parte el Correo de Mitra y en parte una astilla de la Vera Cruz —salvando tu presencia, hermano— y estoy seguro de que sería más útil colocado en lo alto de una colina como un talismán de ¡a fortuna, desde donde todo el mundo pudiera verlo, que en el campo de batalla, en donde no duraría ni cinco minutos.» Más tuvo que decir cuando, al cumplir yo los dieciséis años, dejé las prácticas diarias de espada que dan a un hombre la mínima destreza para su propia defensa; pero mi padre apenas se dignó sonreír ante sus palabras, y no dijo nada. Creo que él sabía, a pesar de que no me lo imaginara todavía, que yo tenía mi propia forma de protección.

Aprendí de todo el mundo: de las viejas que recogían plantas, telas de araña, algas para curar; de los buhoneros y de los curanderos; de los veterinarios, de los adivinos y de los sacerdotes. Escuchaba las charlas de los soldados en las tabernas y las conversaciones de los oficiales en la casa de mi padre, las charlas de los muchachos en la calle. Pero había una cosa sobre la que no había aprendido nada: cuando dejé la Pequeña Bretaña a los diecisiete años, todavía lo ignoraba todo acerca de las mujeres.

Cuando pensaba en ellas —cosa que ocurría bastante a menudo— me decía a mí mismo que no tenía tiempo, que delante de mí tenía toda la vida para esas cosas y que ahora debía trabajar para hacer lo que más

importaba. Pero supongo que la verdad es que les tenía miedo. Por lo tanto, ahogaba mis deseos en el trabajo y, en efecto, ahora creo que el miedo me venía del dios.

Esperé, pues, pensando sólo en mis propios asuntos que

—según mi punto de vista de entonces— debían prepararme para servir a mi padre.

Un día estaba en el taller de Tremorinus, el jefe de los ingenieros. Era un hombre muy agradable que me permitía aprender de él todo lo que podía, me dejaba sitio en su taller y material para hacer experimentos. Aquel día particular, recuerdo que cuando él llegó al taller y me vio atareado sobre un modelo, en mi rincón, se me acercó para echar una ojeada. Cuando vio lo que estaba haciendo se puso a reír.

—Pensaba que ya había muchas por estos alrededores y que no era necesario preocuparse para poner ninguna más.

—Estaba interesado en saber cómo las trajeron aquí —incliné la piedra puntiaguda y la dejé en el suelo.

El me miró sorprendido y yo comprendí el porqué. Había vivido toda su vida en la Pequeña Bretaña y el paisaje estaba tan compenetrado con ellas que los hombres ya no las veían. Caminaban diariamente a través de un bosque de piedra y la mayoría de la gente las consideraba muertas... Pero yo no. A mí me decían algo y tenía que descubrir el qué; pero no le dije esto a Tremorinus. Añadí solamente:

—Estaba haciendo pruebas para levantarlas.

—Puedo decirte algo sobre esto: ya se ha intentado y no se ha podido —estaba mirando la polea que yo había aparejado para levantar la piedra—. Esto puede servir para las derechas, pero sólo para las más ligeras y no te servirá de nada para los coronamientos.

—No, ya lo he visto. Pero tengo una idea... Ahora la estaba agarrando de otra manera.

—Estás perdiendo el tiempo. Dedícate a hacer algo práctico, algo necesario y que se pueda utilizar. Aquella idea tuya de la luz móvil para la grúa merece ponerse en práctica...

Pocos minutos después le llamaron. Desmantelé el modelo y me senté a hacer nuevos cálculos. No había hablado de ellos a Tremorinus; tenía cosas más importantes en que pensar y, en cualquier caso, se hubiera reído de mí si le hubiera explicado que un poeta me había enseñado cómo levantar las piedras derechas.

Había ocurrido de la siguiente manera.

Hacía cosa de una semana, cuando paseaba cerca del agua que guarda las murallas de la ciudad, oí cantar a un hombre. Su voz era vieja y temblorosa, ronca de tanto usarla —era la voz de un cantor profesional que la había levantado por encima del ruido de la muchedumbre y que había cantado a pesar de que el frío invierno le atenazara la garganta. Lo que me

llamó la atención no fue ni la voz ni la melodía, sino el sonido de mi propio nombre.

¿Merlín, Merlín, a dónde vas?

Estaba sentado cerca del puente, con una vasija junto a él para que echara allí las monedas de limosna. Vi que era ciego, pero la ruina de su voz era cierta. No movió su vasija al oírme llegar; sólo se sentó como si tuviera un arpa en sus manos; con la cabeza gacha, escuchó lo que le decían las cuerdas y sus dedos se enervaron como si sintieran las notas. Estaba seguro de que había cantado en salones reales.

Merlín, Merlín, ¿dónde vas?

¿tan de mañana con el perro negro?

Estoy buscando el huevo,

el huevo rojo de la serpiente marina

que yace cerca de la costa, en una piedra profunda.

Voy a coger berros en el valle,

verdes berros y doradas hierbas,

el dorado musgo que provoca el sueño

y el muérdago de la encina,

las ramas de los druidas que crecen en los bosques

cerca de las aguas cantarinas.

¡Merlín, Merlín, regresa del bosque y de la fuente!

Deja la encina y la hierba dorada,

deja los berros en las praderas

y el huevo rojo de la serpiente marina

en la espuma, cerca de la piedra profunda.

¡Merlín, Merlín, deja de buscar! Nada es divino sino Dios.

En la actualidad, esta canción es conocida como la canción de la Virgen María o del Rey y el Lobo Marino, pero era la primera vez que la oía. Cuando el ciego supo quién era el que se había detenido a escuchar, pareció contento de que yo me sentara junto a él y empezó a formular preguntas. Recuerdo que aquella primera mañana hablamos principalmente de la canción y luego de él; supe que cuando era joven había estado en Mona, la isla de los druidas, conocía Caer'n-ar-Von y había caminado por Snowdon. Había sido en la isla de los druidas donde había perdido la vista; nunca me dijo cómo, pero cuando le dije que las algas y los berros que yo recogía en la costa eran solamente plantas medicinales y no para experimentos mágicos, él sonrió y cantó un verso que había oído cantar a mi madre y que, según me dijo, era una protección. No dijo contra qué ni yo se lo pregunté. Dejé unas monedas en su vasija, que él aceptó con dignidad; cuando le prometí

encontrar un arpa para él se quedó silencioso, mirándome con ojos vacíos y comprendí que no me creía. Al día siguiente le llevé el arpa; mi padre era generoso y ni siquiera me preguntó para qué era el dinero. Cuando puse el instrumento en las manos del viejo cantor, se puso a llorar, luego me tomó las manos y me las besó.

Después de esto, le busqué a menudo hasta que me llegó el momento de dejar la Pequeña Bretaña. Había viajado mucho, había estado en tierras más lejanas que Irlanda y África. Me enseñó canciones de cada país, de Italia, de la Galia y del blanco Norte, antiguas canciones del Oriente; extrañas melodías errantes que habían llegado al oeste, dijo, desde las islas de Oriente con los hombres de la antigüedad que habían levantado las piedras, hombres que hablaban de ciencias olvidadas y de los que sólo quedaban las canciones. No creía que él considerara dichas canciones como nada más que cantos de antiguos poetas mágicos; pero cuanto más pensaba yo en ellas, más claramente me hablaban ellas a mí, me hablaban de los hombres que habían sido realidad y que las habían creado cuando levantaban las grandes piedras para marcar el sol y la luna y para dedicarlas a sus dioses y a los reyes gigantes de la antigüedad.

Una vez dije algo de esto a Tremorinus, que era tan inteligente como amable y que siempre encontraba tiempo para dedicármelo; pero se rió y lo olvidó pronto. Los técnicos de Ambrosius tenían más preocupaciones que nunca durante aquellos días y no podían ayudar a un muchacho en trabajos y experimentos que no tuvieran utilidad en la próxima invasión. Por lo tanto, dejé de ir por allí.

En la primavera de mis dieciocho años llegaron noticias de la Gran Bretaña. En enero y febrero el invierno había cerrado las vías marítimas, pero, a principios de marzo, antes de que empezaran los vientos y a pesar del frío, una pequeña embarcación entró en el puerto y Ambrosius tuvo noticias.

Excitantes noticias que hicieron que, pocas horas después de su llegada, los mensajeros del conde cabalgaran al norte y al este para reunir, finalmente, a sus aliados; para reunirlos con toda premura, porque las noticias habían llegado con retraso.

Parecía ser que, poco tiempo antes, Vortimer había roto finalmente con su padre y la reina sajona. Cansados de pedir al Gran Rey que rompiera su alianza con los sajones y protegiera a su pueblo, algunos de los jefes británicos —entre ellos los hombres del oeste—, habían persuadido a Vortimer para que tomara el asunto en sus manos, y se habían sublevado con él. Lo habían declarado rey y habían reunido sus banderas contra los sajones, a los que habían conseguido hacer retroceder hacia el sur y hacia el este hasta que se habían refugiado con sus barcos en la isla de Thanet. Vortimer los había perseguido hasta allí y los había sitiado durante los últimos días de otoño y los primeros de invierno hasta que suplicaron que se les dejara marchar en paz con sus dioses a Germania, dejando tras ellos a sus mujeres y a sus hijos.

Pero el reinado victorioso de Vortimer no duró para tanto. No estaba claro lo que había sucedido exactamente, pero se rumoreaba que había

muerto envenenado por un familiar de la reina. Fuera cual fuese la verdad del asunto, Vortimer había muerto y su padre, Vortigern, estaba una vez más en el poder. Su primer acto había sido (y de nuevo las maldiciones recaían sobre su esposa) volver a llamar a Hengist y a sus sajones para que regresaran a la Gran Bretaña. «Con pequeñas fuerzas —habían dicho—, sólo para ayudar a imponer el orden y a reunir el reino dividido.» De hecho, los sajones le habían prometido trescientos mil hombres. Eso decían los rumores y, a pesar de que se suponía que, al ser rumor debía ser mentira, lo cierto era que, en cualquier caso, Hengist planeaba volver con considerables fuerzas.

Aquellas noticias eran sólo fragmentos de lo que corría por Maridunum. El mensajero no era espía de Ambrosius y las cosas que nos dijo eran, todo lo más, rumores. Y eran bastante malos. Al parecer, mi tío Camlach, junto con sus nobles —los hombres de mi abuelo, los hombres que yo conocía—, se habían sublevado con Vortimer y luchado junto a él en las cuatro batallas más cruentas contra los sajones. En la segunda, en Episford, Camlach había sido muerto junto con el hermano de Vortimer, Katigern. Lo que más me preocupaba era que después de la muerte de Vortimer se habían desencadenado las represalias contra los hombres que habían luchado con él. Vortigern había anexado el reino de Camlach a sus tierras de Guent y, deseando rehenes, había repetido sus acciones de veinticinco años antes; había tomado a los hijos de Camlach, upo de ellos todavía un niño, y los había dejado al cuidado de la reina Rowena. No teníamos medios de saber si todavía vivían, ni si el hijo de Olwen, que había sufrido el mismo destino, había sobrevivido. Parecía poco probable. De mi madre no se sabía nada en absoluto.

Dos días después de la llegada del barco, la primavera galesa llegó y, una vez más, los mares se levantaron contra nosotros y contra las noticias. Pero eso importaba poco; en efecto, si nosotros no podíamos obtener nuevas de la Gran Bretaña, ellos no podían tenerlas de nosotros ni de los últimos y acelerados preparativos para la invasión. Ahora era cierto que había llegado la hora. No se trataba sólo de una marcha de socorro a Gales y a Cornualles, sino que si quedaba allí algún hombre que no se uniera al Dragón Rojo, el Dragón Rojo lucharía por incorporarlo a su corona el año siguiente.

—Te irás en el primer barco —me dijo Ambrosius sin levantar la vista del mapa desplegado frente a él, sobre la mesa.

Yo estaba de pie cerca de la ventana. Incluso a través de los postigos cerrados y las cortinas corridas podía oír el viento y junto a mí, éstas se agitaban por la corriente que se filtraba.

—Sí —y me acerqué a la mesa; entonces vi que su dedo señalaba un punto del mapa—. ¿Voy a ir a Maridunum?

Asintió.

—Tomarás el primer barco que vaya hacia el oeste y seguirás tu camino desde donde tome tierra. Tienes que ir directamente a ver a Galapas y saber qué noticias hay de él. Dudo que te reconozcan en el pueblo, pero no corras ningún riesgo. Galapas está a salvo, él puede servirte de contacto.

—Entonces, no hay noticias de Cornualles.

—No, excepto un rumor; se dice que Gorlois está con Vortigern.

—¿Con Vortigern? —tardé un momento en digerir aquella noticia—. Entonces no se ha sublevado con Vortimer.

—Según la información que tengo, no.

—Entonces es que contemporiza.

—Quizá. Me resulta difícil creerlo. Puede que no signifique nada.

He oído decir que se ha casado con una mujer joven y tal vez sólo se mantiene dentro de sus murallas durante el invierno para tenerla a salvo. O quizá previo lo que le ocurriría a Vortimer y prefirió servir mi causa manteniéndose a salvo y aparentemente leal al Gran Rey. Pero hasta que no lo sepa, no puedo mandar a nadie con él. Es preciso que se le vigile. Así, pues, irás con Galapas para que te dé noticias de Gales. Se me ha dicho que Vortigern se ha refugiado en algún lugar mientras que el este de la Gran Bretaña permanece abierto a Hengist. Primero tengo que echar fuera al viejo lobo y después lanzar el oeste contra los sajones. Pero tengo que hacerlo rápidamente y necesito Caerleon —levantó la vista—. Contigo irá tu viejo amigo... Marric. Puedes mandarme las nuevas por él. Esperemos que lo encuentres todo bien. Me atrevo a decir que tú también quieres saber cómo van las cosas por allí.

—Eso puede esperar —dije.

El no replicó pero levantó las cejas al mirarme; luego volvió la vista al mapa.

—Bien, siéntate y te informaré brevemente. Esperemos que puedas marcharte pronto.

Señalé las agitadas cortinas.

—Estaré mareado durante todo el camino.

Levantó la vista del mapa y se rió.

—¡Por Mitra que no lo había pensado! ¿Crees que yo también me marearé? ¡Vaya una ruta más infernal y más indigna para volver a casa!

—A tu reino —dije.

Capítulo II

Hice la travesía a principios de abril, en el mismo barco que me trajo. Pero el viaje no podía haber sido más diferente. El viajero ya no era Myrddin sino Merlinus, un joven romano bien vestido, con dinero en su bolsillo y criados para servirle. Si Myrddin había sido encerrado desnudo en la bodega, Merlinus tenía una cómoda cabina y la deferencia del capitán. Naturalmente, Cadal era uno de mis criados y el otro, para mi diversión pero no para la suya, era Marric (Hanno había muerto al ir más allá de sus posibilidades en un asunto de extorsión). Naturalmente, no llevaba conmigo nada que pudiera hacer suponer mi conexión con Ambrosius, pero nada podía separarme del broche que me había dado; lo llevaba enganchado en la parte interior del hombro de la túnica. Era dudoso que nadie pudiera reconocer en mí al escapado de cinco años antes y, ciertamente, el capitán no dio señales de ello; pero, de todas maneras, me mantenía alejado de él y tenía cuidado en no hablar más que bretón.

Tuvimos suerte de que el barco fuera directamente a la desembocadura del Tywy y anclara en Maridunum, pero se había decidido que Cadal y yo desembarcaríamos en bote tan pronto como llegáramos al estuario.

Era, de hecho, mi otro viaje pero al revés; no hubo ninguna diferencia en lo más importante: estuve mareado durante todo el tiempo. El hecho de que esta vez tuviera una cama cómoda y a Cadal que me cuidara, en lugar de los sacos y el cubo en la bodega, no significó ninguna mejoría para mí. Tan pronto como el barco sacó la nariz en el Mar Menor y se encontró con el tiempo ventoso de la bahía, dejé mi lugar de la proa y bajé para acostarme.

Tuvimos lo que ellos llamaron un viento favorable y entramos en el estuario, en donde echamos anclas, antes de amanecer, diez días antes de los Idus de abril.

Alboreaba, había niebla y hacía frío. Una gran quietud lo dominaba todo. La marea empezaba a subir por el estuario; cuando nuestro bote se alejó del barco, el único sonido era el blando golpeteo de los remos y el roce del agua en los costados de la embarcación. A lo lejos, débil y metálico, pude oír el cacareo de un gallo. En algún lugar al otro lado de la bruma, las ovejas balaban y el profundo balido del cordero les contestaba.

El aire tenía un aroma blando, claro y salado; olía, de una forma curiosa, al hogar.

Nos mantuvimos siempre en el centro de la corriente y la bruma nos ocultó de las miradas de la orilla. Si hablaba lo hacía en susurros; una vez, cuando un perro ladró desde uno de los bancos, oírnos hablar a un hombre con tanta claridad como si hubiera estado con nosotros en el bote; aquello nos advirtió y, a partir de entonces, no dijimos ni una palabra.

Era una fuerte marea primaveral y nos arrastró con rapidez. Aquello nos favoreció, porque, de lo contrario, hubiéramos tenido que anclar más tarde de lo que deseábamos y la luz aumentaba. Vi que los marineros que

remaban miraban ansiosamente ante sí y luego dilataban los golpes de los remos. Me incliné hacia adelante, escudriñé la orilla y la reconocí. Cadal me dijo al oído:

—¿Estás contento de haber vuelto?

—Depende de lo que encontremos. Pero, por Mitra, estoy hambriento.

—No me sorprende —dijo con una risa de rata—. ¿Qué estás buscando?

—Por aquí tendría que haber una caleta, con arena blanca y un riachuelo que baja entre los árboles; y detrás una loma con una cresta de pinos. Podríamos atracar allí.

Asintió. El plan era que Cadal y yo desembarcaríamos en el lugar del estuario más alejado de Maridunum, en un punto que yo conocía y desde el cual podríamos hacer nuestro camino sin ser vistos hasta llegar a la ruta del sur. Seríamos viajeros que venían de Cornualles; yo sabía imitar el acento y el de Cadal pasaría como tal, excepto ante un nativo. Llevaba conmigo algunos potes de ungüentos y un pequeño cofre de medicinas y, si era preciso, podríamos pasar como doctores trashumantes; aquel disfraz nos serviría para ir, más o menos, a donde deseáramos.

Marric se había quedado a bordo. Iría en el barco y desembarcaría con normalidad en el muelle. Intentaría encontrar a sus antiguos contactos en el pueblo y recogería todas las noticias que pudiera. Cadal vendría conmigo a la cueva de Galapas y se conectaría con Marric para pasarle la información que yo hubiera obtenido. El barco permanecería tres días en el Tywy; cuando regresara, Marric embarcaría de nuevo con la información. El hecho de que yo y Cadal embarcáramos con él dependería de lo que encontrásemos; ni mi padre ni yo olvidábamos que después de que Camlach hubiera tomado parte en la rebelión, Vortigern debía vigilar Maridunum como una zorra vigila la pista de una gallina y, quizá, sus sajones también. Mi primer trabajo era obtener noticias de Vortigern y mandarlas a Ambrosius; el segundo, encontrar a mi madre y ver si estaba a salvo.

Era agradable estar de nuevo en tierra; aunque no fuera tierra seca, pues la cabeza del estuario era larga y húmeda. Pero me sentí fuerte y excitado cuando la barca se desvaneció en la bruma y Cadal y yo dejamos la costa para adentrarnos en el interior, hacia el camino del sur. No sabía lo que esperaba encontrar en Maridunum; ni siquiera sabía si me importaba demasiado. No era la vuelta a casa lo que iluminaba el espíritu sino el hecho de que, por fin, tenía un trabajo con el que podía ser útil a Ambrosius. Si hasta entonces no había podido ser su profeta, por lo menos podría hacer el trabajo de un hombre. Y también el de un hijo.

Creo que todo el tiempo que estuve esperando aquella oportunidad hubiera deseado que me pidieran que muriera por él. Era muy joven.

Llegamos al puente sin incidentes. La suerte estuvo con nosotros, puesto que nos encontramos con un tratante de caballos que tenía una pareja de jacas que pensaba vender en el pueblo. Le compré una y regateé para evitar sospechas; quedó satisfecho con el precio y aceptó añadir una

silla bastante usada. Cuando terminamos la transacción ya era de día y por allí había una o dos personas que no nos echaron más que una curiosa mirada; sólo un compatriota, reconociendo aparentemente el caballo, nos guiñó un ojo y dijo:

—¿Planeáis ir muy lejos, compadres?

Yo hice como que no le oía pero de reojo vi que Cadal alargaba las manos, se encogía de hombros y volvía la vista hacia mí. Su gesto decía llanamente:

—Sólo sigo a éste y, de todas maneras, está chiflado.

Ahora el camino estaba vacío. Cadal iba a mi lado, con una mano en el correaje de mi caballo:

—Tiene razón, ¿sabes? Este viejo jamelgo no nos llevará muy lejos. A propósito, ¿qué distancia hay?

—Probablemente no tanta como la que yo recuerdo. A unas seis millas del pueblo.

—La mayor parte del camino es cuesta, ¿no?

—En todo caso, puedo caminar —acaricié el cuello del animal—. No está tan mal como parece. Creo que un poco de alimento le sentará bien.

—Entonces por lo menos habrás malgastado tu dinero. ¿Qué estás mirando por encima de la muralla?

—Aquí es donde vivía yo.

Pasábamos por delante de la casa de mi abuelo. Había cambiado muy poco. Desde mi jaca sólo pude ver la terraza en donde crecían los membrillos, con sus flores llameadas que se abrían al sol de la mañana. Allí estaba el jardín en donde Camlach me había dado el albaricoque envenenado y, más allá, la puerta por la que me había escapado anegado en lágrimas.

La jaca se afanaba. Aquí estaba el huerto, los manzanos hinchados de nuevos brotes; la hierba crecía áspera y verde en la pequeña terraza en donde Moravick se sentaba e hilaba mientras yo jugaba a sus pies. Y luego el lugar por donde salté la noche de mi huida; el manzano en donde había dejado atado a Áster. La pared estaba desmoronada y a través del boquete pude ver el césped por donde había corrido aquella noche, desde mi habitación en donde el cuerpo de Cerdic yacía en su pira funeraria. Detuve el caballo e intenté ver más lejos. Hice una buena limpieza aquella noche: todos los edificios habían desaparecido, mi habitación y con ella dos lados del patio. Los establos seguían siendo los mismos; así, pues, el fuego no los había alcanzado. Los dos lados de la columnata destruidos en el incendio habían sido construidos de nuevo en un estilo más moderno que no parecía guardar ninguna relación con el resto: gruesas y ásperas piedras más acabadas, pilares cuadrados que sostenían unos techos de madera, ventanas cuadradas y profundas. Era feo y parecía poco cómodo; su única virtud era que debía ser a prueba de cualquier tiempo. Puse de nuevo la jaca en movimiento y pensé que debía ser igual que vivir en una cueva...

—¿Por qué haces estas muecas?

—Pienso que me he vuelto muy romano. Es curioso, pero aquí ya no es mi hogar. Y si he de ser sincero, tampoco lo es la Pequeña Bretaña.

—Entonces, ¿dónde está tu hogar?

—No lo sé. Donde esté el conde, eso es seguro. Que será, supongo, un sitio como éste, al menos durante algún tiempo.

Miré hacia las paredes de las viejas barracas romanas, detrás del palacio. Estaban en ruinas y ya no se utilizaban. Tanto mejor, pensé; por lo menos no daría la impresión de que Ambrosius luchara por ellas. Si se dejaba en manos de Uther, en veinticuatro horas aquel lugar sería tan bueno como si fuera nuevo.

Aquí estaba Saint Peter, aparentemente intacto, sin ninguna señal de fuego ni de lanza.

—¿Sabes una cosa? —dije a Cadal cuando dejamos la sombra del convento y nos encaminamos hacia el molino—. Supongo que si hay algún lugar que pueda considerar mi hogar, ese lugar es la cueva de Galapas.

—Eso no me parece muy romano —repuso Cadal—. Dame una buena taberna cada día, una cama decente y algunos corderos para comer y ya te puedes quedar todas las cuevas que existan.

Incluso con aquel lastimoso caballo, el camino me pareció más corto de lo que recordaba. Pronto llegamos al molino, cruzamos el camino y nos adentramos en el valle. El tiempo vuela. Me parecía que era ayer cuando había pasado por aquel mismo valle a la luz del sol, con el viento que encrespaba las crines de Áster. Debajo de aquel árbol, el mismo muchacho miraba las mismas ovejas, como si se tratara de mi primera cabalgada. Cuando llegamos a la bifurcación del sendero, me di cuenta de que buscaba a la paloma torcaz. Pero la colina estaba silenciosa; sólo se oían los conejos que se escabullían entre los jóvenes helechos.

Ya fuera porque la jaca notaba el final de su viaje, ya fuera porque le gustaba sentir la yerba bajo sus pies y el ligero peso que llevaba, pareció que apresuraba sus pasos. Frente a mí veía ahora la espalda de la colina tras la cual se encontraba la cueva.

Dirigí las riendas hacia el soto de espinos blancos.

—Ya hemos llegado. Es allí, encima del despeñadero.

Me deslicé de la silla y di las riendas a Cada!.

—Espera aquí —le dije—. Puedes subir dentro de una hora. Y no te alarmes si te parece ver humo. Son los murciélagos que salen de la cueva.

Casi había olvidado el signo de Cadal contra el mal de ojo. Entonces lo hizo y yo me reí mientras me alejaba de él.

Capítulo III

Antes de haber trepado por el pequeño despeñadero, antes de llegar al prado, frente a la cueva, ya lo supe.

Fue un presentimiento: no había señal de Galapas. Silencio, naturalmente, como por lo general había silencio cuando me acercaba a la cueva. Pero aquel silencio era diferente. Sólo momentos antes había descubierto qué tipo de silencio era: ya no se oía el murmullo de la fuente.

Subí a la cima del sendero, llegué al césped y vi. No era necesario entrar en la cueva para saber que no había nadie, que no volvería a haber nadie.

En la hierba llana frente a la boca de la cueva había un montón de escombros. Me acerqué para mirarlos.

No hacía mucho que estaban allí. Había habido una hoguera, un fuego, apagado por la lluvia antes de que nada de los alrededores se destruyera. El montón de escombros estaba empapado: madera, trapos, pergaminos destruidos pero que todavía mostraban sus cantos ennegrecidos. Con un pie hice girar un trozo de madera; por el dibujo que aún conservaba supe de qué se trataba: el cofre que había contenido sus libros. Los pergaminos destruidos era todo lo que quedaba.

Supongo que debía haber más cosas entre aquel montón. Pero ya no miré más. Si los libros habían desaparecido, comprendí que todo lo demás también. Y Galapas con ellos.

Me dirigí lentamente hacia la entrada de la cueva y me detuve cerca de la fuente. Descubrí por qué no se oía el sonido del agua. Alguien había llenado el cuenco de roca con piedras, tierra y escombros sacados de la cueva. A pesar de ello, el agua seguía fluyendo, indolente, se filtraba y resbalaba por el labio de la piedra para hacer un cenagal en la hierba. Me pareció ver el esqueleto de un murciélago entre los escombros limpiados por el agua.

Extrañamente, la antorcha permanecía todavía en el saliente de roca junto a la boca de la cueva y estaba seca. No había hierro ni pedernal pero hice fuego y, manteniendo la antorcha ante mí, entré lentamente.

Creo que mi carne se estremecía, como si una brisa fresca soplara del interior de la cueva y me envolviera. Ya sabía lo que encontraría dentro.

El lugar estaba desmantelado. Todo había sido revuelto para ser quemado. Todo excepto el espejo de bronce, que, naturalmente, no hubiera ardido y supongo que debía ser demasiado pesado para desplazarlo. Había sido arrastrado lejos de la pared y colocado contra la misma, un poco más allá, inclinado. Nada más. Ni un susurro de los murciélagos que antes colgaban del techo. El lugar resonaba a vacío.

Levanté la antorcha y dirigí la mirada a la cueva de cristal: no estaba allí.

A causa del movimiento de la llama de la antorcha creí que Galapas había intentado ocultar la cueva interior. Entonces la vi.

El boquete que llevaba a la cueva de cristal estaba allí, pero distinto —de alguna manera no era igual que antes— y resultaba invisible excepto para los que conocían su existencia. El espejo de bronce había sido cambiado de sitio precisamente para eso: en lugar de dirigir la luz hacia el boquete, lo ocultaba con la oscuridad. Su luz estaba concentrada en un saliente de la roca que proyectaba una negra franja de sombra sobre la ranura. A cualquiera que intentara el pillaje y la destrucción en lo más recóndito de la cueva, la entrada a la otra le sería difícilmente visible.

—¿Galapas? —dije, intentando superar el vacío del lugar—. ¿Galapas?

Se oían unos débiles susurros procedentes de la cueva de cristal, un dulce murmullo fantasmal como la música que una noche había escuchado. No era nada humano; no me lo esperaba. Subí al saliente de piedra y me introduje dentro de la cueva.

La luz de la antorcha golpeó los cristales y descubrió la sombra de mi arpa, temblorosa, clara contra los muros redondeados. El arpa estaba intacta, en el centro de la cueva. Nada más, sólo el susurro que moría en las relucientes paredes. Allí, en los relampagueos de la luz que se entrecruzaban y se repetían, debía haber muchas visiones, pero yo sabía que todavía no estaba preparado para verlas. Así, pues, salí de la cueva. Cuando pasaba por delante del espejo, capté en un destello a un joven alto que corría envuelto en llamas y humo. Su rostro era pálido, los ojos negros y enormes. Salí corriendo al exterior. Había olvidado la antorcha que quemaba y chisporroteaba tras de mí. Corrí hasta el borde del despeñadero y puse las manos en bocina para llamar a Cadal, pero entonces un sonido me hizo volver súbitamente: Era un sonido muy normal: un par de cuervos, con un trozo de carroña, habían emprendido el vuelo.

Entonces subí lentamente el sendero que llevaba justo encima de la cueva. Los cuervos se elevaban graznando. Dos trozos más de carroña yacían entre los jóvenes helechos y cerca de ellos, otros dos cuervos se afanaban y se disputaban algo que había entre los floridos endrinos.

Hice revolotear la antorcha y la lancé hacia ellos para alejarlos. Luego corrí hacia allí.

No se podía decir cuánto tiempo hacía que había muerto. Los huesos estaban casi limpios, pero le reconocí por los descoloridos harapos que se arrugaban bajo su esqueleto y por la vieja sandalia rota que se hallaba cerca de él, entre las margaritas de abril. Una de sus manos se había separado de la muñeca y sus huesos, limpios y frágiles, estaban junto a mis pies. Pude ver dónde se le había roto el dedo meñique, que él mismo se había vuelto a unir, un poco torcido. La hierba de primavera empezaba a crecer entre la caja torácica. El aire soplaba cargado del aroma de las aliagas floridas.

La antorcha se, había apagado entre la hierba fresca. Me paré y la recogí.

Pensé que no era necesario dejarla allí: sus pájaros le habían despedido decorosamente.

Al oír pasos me volví, pero no era más que Cadal.

—He visto a los pájaros —dijo; estaba mirando los huesos medio ocultos por los endrinos—. ¿Galapas?

Asentí.

—He visto el desorden abajo, junto a la cueva. Me lo imaginaba.

—No me había dado cuenta de que hubiera pasado tanto tiempo.

—Déjamelo a mí. Voy a enterrarlo. Ve abajo y espera donde he dejado el caballo. Quizá encontraré una pala en algún lugar y me reuniré contigo.

—No. Déjalo en paz debajo de los endrinos. Lo cubriremos de piedras. Pero lo haremos tú y yo, Cadal.

Por allí había piedras suficientes para hacer un túmulo, y cortamos césped con nuestras dagas para cubrirlo. Al final del verano, los helechos y las dedaleras, toda clase de hierbas silvestres, habrían crecido a su alrededor y lo amortajarían. Lo dejamos así.

Cuando bajamos de nuevo, después de haber pasado por la cueva, me acordé de la última vez que había hecho aquel camino. Aquella vez lloraba por la muerte de Cerdic, por dejar a mi madre y a Galapas. Me volverás a ver, había dicho. Te lo prometo.

Bien, ya le había vuelto a ver. Y, sin duda, algún día aquella promesa sería realidad a su propia manera. Me estremecí. Eché una rápida ojeada a Cadal y dije: —Espero que hayas tenido el buen sentido de traer un frasco. Necesito una bebida.

Capítulo IV

Cadal había traído algo más que un frasco de bebida; había traído comida: cordero salado, pan y las últimas aceitunas de la temporada en su propio aceite. Nos sentamos entre unos árboles y comimos, mientras que la jaca pacía cerca de nosotros; en la distancia las plácidas curvas del río se deslizaban a través de la hierba primaveral de los prados y de las verdes colinas. La niebla se había disipado y hacía un hermoso día.

—Bien —dijo Cadal al fin—. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Vamos a ver a mi madre. Si todavía está aquí, naturalmente. ¡Por Mitra —exclamé entonces, con una brutalidad que irrumpió en mí tan súbitamente que me fue difícil saber qué la provocaba—, no sé qué daría por saber quién hizo lo de la cueva!

—¿Quién? ¿Quién puede ser sino Vortigern?

—Vortimer, Pascentius, cualquiera. Cuando un hombre es sabio, amable y bueno —añadí amargamente—, parece como si todos los demás hombres, como si las manos de todos los demás hombres se levantasen contra él. Galapas pudo morir asesinado por un fuera de la ley que quisiera alimento, por un pastor que deseara cobijo o por un soldado que pretendiera beber agua.

—No fue un asesino.

—¿Qué, entonces?

—Quiero decir que debía ser más de uno. Los hombres en masa son peores que los hombres solos. Me imagino que debieron ser los hombres de Vortigern a su paso hacia el pueblo.

—Seguramente tienes razón. Ya lo sabré.

—¿Crees que podrás ver a tu madre?

—Lo intentaré.

—Te ha dado... ¿llevas algún mensaje para ella? —supongo que Cadal se atrevió a hacerme aquella pregunta porque nuestras relaciones eran muy familiares.

Yo le contesté simplemente:

—Si preguntas si Ambrosius me ha mandado decirle algo, no. Me lo ha dejado a mi voluntad. Lo que le diga dependerá totalmente de lo que haya sucedido desde que me fui. Primero hablaré con ella y luego ya veré lo que le puedo decir. No olvides que hace mucho tiempo que no la he visto y la gente cambia. Quiero decir que cambian sus sentimientos. Fíjate en mí. Cuando la vi por última vez era solamente un niño y la recuerdo con mi memoria de niño. Por lo que sé ahora, veo que me había equivocado totalmente respecto a ella, respecto a lo que pensaba y a lo que deseaba. Sus sentimientos pueden haber cambiado, tanto en lo referente a la Iglesia como a Ambrosius. Y los dioses saben que no se lo reprocharía. No debe nada a mi padre.

Cadal, con los ojos fijos en la distancia verde que bordeaba el río, dijo pensativamente:

—El convento debe estar intacto.

—Exacto. Sea lo que fuere lo que haya ocurrido al resto del pueblo, Vortigern ha dejado entero a Saint Peter. Por lo tanto, tengo que saber quién está con quién antes de dar ningún mensaje. Ha estado tanto tiempo sin saber nada que no le hará mucho daño esperar unos días más. Ocurra lo que ocurra, estando tan próxima la vuelta de Ambrosius, no puedo correr el riesgo de explicarle demasiadas cosas.

Cadal empezó a recoger los restos de la comida mientras yo permanecía sentado, con la barbilla apoyada en las manos, pensativo, con los ojos perdidos en la brillante lejanía. Al cabo de unos momentos, añadí lentamente:

—Es bastante fácil saber dónde se encuentra ahora Vortigern y si Hengist ya ha desembarcado; y si lo ha hecho, cuántos hombres lleva con él. Probablemente Marric lo sabrá sin demasiadas dificultades. Pero hay otras cosas que el conde desea saber, cosas que es difícil que las sepan en el convento; por lo tanto, tendré que intentar saberlas de alguna manera, dado que Galapas ha muerto. Esperaremos aquí hasta que oscurezca y luego iremos a Saint Peter. Mi madre podrá decirme a quién puedo dirigirme sin correr ningún peligro —lo miré—. Aunque esté a favor del rey que sea, no dejará de protegerme.

—Cierto. Bueno, esperemos que te la dejen ver.

—Si sabe quién pregunta por ella, imagino que hará todo lo posible para que la abadesa no se lo impida. No olvides que sigue siendo la hija de un rey —me tumbé sobre la cálida hierba con las manos debajo de la nuca— . Aunque yo no sea todavía el hijo de un rey…

Pero, hijo de un rey o no, me sería imposible entrar en el convento.

No me había equivocado al pensar que aquel lugar no habría sufrido daño alguno. Los altos muros aparecían intactos, sin una sola grieta; las puertas, de madera de encina, con goznes y cerrojos de hierro, eran nuevas y sólidas. Estaban cerradas, sin ni siquiera —afortunadamente— una antorcha que diera la bienvenida a los que se acercaban. El estrecho callejón estaba desierto, oscurecido por las incipientes sombras de la noche. A nuestros urgentes requerimientos, una pequeña abertura cuadrada de la puerta se abrió y a través de las rejas pudimos ver un ojo que nos observaba.

—Viajeros de Cornualles —dije suavemente—. Necesito hablar con Lady Niniane.

—¿Lady qué? —era la voz llana, sin tono, de una persona sorda. Preguntándome con irritación por qué se ponía a una sorda en la puerta, levanté un poco la voz a la vez que me acercaba a la reja.

—Lady Niniane. No sé cómo se llama ahora, pero era hermana del último rey. ¿Está todavía aquí?

—Sí, pero no ve a nadie. ¿Tienes una carta para ella? La leerá.

—No, necesito hablar con ella. Ve a decírselo; dile que hay... un familiar suyo.

—¿Familiar? —me pareció ver un destello de interés—. La mayoría han muerto o se han ido. ¿Traes noticias de Cornualles? Su hermano el rey murió en batalla el año pasado y sus hijos están en Vortigern. Su propio hijo murió hace cinco años.

—Ya lo sé. No soy de la familia de su hermano. Y soy tan leal como ella al Gran Rey. Ve a decírselo. Toma... toma esto para vuestras devociones.

La bolsa pasó a través de la reja y fue recogida en un rápido gesto prensil.

—Voy a pasarle tu mensaje. Dame tu nombre.

—Me llamo Emrys —vacilé—. Una vez me conoció; dile eso. Rápido; esperamos aquí.

Apenas diez minutos después oí pasos que se acercaban.

Por un corto momento pensé que podría ser mi madre, pero eran los mismos ojos ancianos que miraron a través de la reja, la misma mano que se aferraba como una garra al portillón.

—Te verá. Oh, no, no ahora, joven señor. No puedes entrar. Y ella no puede salir todavía, hasta que hayan terminado los rezos; hay otra puerta en el muro de atrás, pero que no te vea nadie.

—Muy bien, tendré cuidado.

Vi el blanco de sus ojos que giraba al intentar verme entre las sombras.

—Ya lo sabes, recto hacia allí Emrys, ¿eh? No te preocupes, que ya le avisaré. Estos son tiempos revueltos...

—¿A qué hora?

—Una hora antes de que salga la luna. Ya oirás la campana.

—Allí estaré —dije, pero la portezuela ya se había cerrado.

De nuevo se elevaba la bruma desde el río. Esto nos ayudaría, pensé. Dejamos el sendero que bordeaba las paredes del convento y nos dirigimos hacia el camino de sirga.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cadal—. Faltan dos horas para que salga la luna y, tal como se presenta la noche, nos iría mejor que no hubiera luna. ¿No te arriesgas a ir al pueblo?

—No, pero no tiene sentido esperar en esta humedad. Encontraremos un sitio más seco desde el cual podamos oír la campana. Por aquí.

La puerta del patio de los establos estaba cerrada. No perdí tiempo allí sino que cogí el camino del huerto. No se veían luces en el palacio. Subimos por la parte rota de la pared y cruzamos la húmeda hierba del huerto hasta el jardín del abuelo. El aire era pesado a causa del aroma de la tierra mojada

y las plantas que crecían, menta, englantina, musgo, hojas tiernas cargadas de humedad. Los frutos que no se recogieron el año pasado crujían bajo nuestros pies. Detrás de nosotros la puerta chirrió.

Las columnatas estaban vacías, las puertas cerradas, los postigos como clavados en las ventanas. Todo era oscuridad, ecos y carreras de ratas. Pero no había más destrozos que los que ya había visto. Supongo que cuando Vortigern tomó el pueblo, debió decidir guardar la casa para él y de alguna manera había persuadido a sus sajones para que no la destruyeran, de la misma forma que había conseguido —por miedo a los obispos— que no tocaran Saint Peter. Tanto mejor para nosotros. Por lo menos tendríamos una espera cómoda y seca. El tiempo que había pasado con Tremorinus no hubiera servido de nada si ahora no fuera capaz de abrir todos los cerrojos del palacio.

Se lo estaba diciendo a Cadal cuando, de repente, desde la esquina de la casa, moviéndose como un gato en las musgosas piedras, se acercó un hombre joven con gran rapidez. Se paró en seco al descubrirnos y vi que se llevaba la mano a la cadera, como un relámpago. Pero el arma de Cadal ya centelleaba fuera de la vaina; en respuesta, el joven se quedó quieto, me miró fijamente y exclamó:

—¡Myrddin, por la santa encina!

Al principio no lo reconocí, cosa que no era incomprensible puesto que debía tener mi misma edad y había cambiado mucho en cinco años. Luego comprendí quién era, sin ningún lugar a dudas: anchos hombros, mandíbulas fuertes y un pelo que incluso en aquella semioscuridad se veía rojo. Dinias, que había sido príncipe e hijo del rey cuando yo era un bastardo sin nombre; Dinias, mi «primo», que no quería ni reconocer el parentesco que nos unía y que había reclamado el título de príncipe para él; que lo había obtenido.

Difícilmente se le podría tomar por un príncipe, ahora. Incluso a la pálida luz que nos iluminaba pude ver que iba vestido no pobremente pero sí con unas ropas que podían ser muy bien las de un mercader; sólo llevaba una joya, un brazalete de cobre. Su cinturón era de cuero sencillo, la vaina de su espada también, y su capa, si bien de tela buena, estaba manchada y roída en los bajos. Toda su persona estaba envuelta por aquel indefinible aire de agotamiento provocado por la búsqueda inexorable, día a día, de algo para comer.

A pesar de lo considerablemente cambiado que estaba, era sin discusión mi primo Dinias; y era de suponer que, una vez que me había reconocido, era imposible pretender hacerle creer que estaba equivocado. Sonreí y le tendí la mano.

—Bienvenido, Dinias. Eres la primera cara conocida que veo.

—¡En nombre de todos los dioses! ¿Qué estás haciendo aquí? Todo el mundo dijo que habías muerto, pero yo no me lo creí.

Sacudió su cabeza y me observó atentamente.

—Al parecer te ha ido bien, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que has vuelto?

—Hemos llegado hoy.

—Entonces, ¿no sabes las noticias?

—Supe que Camlach había muerto. Lo siento... si tú lo sientes. Como sabes, no era muy amigo mío, pero no sería amable... —me callé y esperé.

Dejemos que tome él la iniciativa, pensé. Por el rabillo del ojo vi que Cadal estaba tenso y vigilante, con una mano en la cadera. Hice un gesto para que se calmara y vi que se relajaba. Dinias se encogió de hombros:

—¿Camlach? —dijo—. Era un tonto. Yo le había advertido de qué manera saltaría el lobo...

Mientras hablaba vi que sus ojos vigilaban las sombras. Parecía que aquellos días los hombres dominaban sus lenguas en Maridunum. Luego cambió de tema:

—A propósito, ¿qué negocio te trae por aquí? ¿Por qué has vuelto?

—Para ver a mi madre. He estado en Cornualles y hemos sabido que había lucha, que Camlach y Vortimer murieron... Me preguntaba qué había ocurrido en casa.

—Bueno, tu madre vive, supongo que ya lo sabes. El Gran Rey —levantó la voz— respeta a la Iglesia. Sin embargo, dudo que puedas verla.

—Probablemente tienes razón. He ido al convento y no me han dejado entrar. Pero estaré por aquí unos días y le enviaré un mensaje; si quiere verme, imagino que encontrará la forma de hacerlo. Pero por lo menos ya sé que está a salvo. Ha sido una suerte encontrarte; así podrás explicarme lo que ha pasado. No tenía idea de quién podía encontrarme aquí y, como ves, he venido sólo con mi criado y procurando no hacer ruido.

—Ya lo veo, sí. Había creído que erais ladrones. Habéis tenido suerte de que no os matara antes y preguntara después.

Era el Dinias de siempre, de nuevo con su tono bravucón; respondí inmediatamente como si intentara excusarme.

—Bueno, no quería correr riesgos hasta saber si quedaba alguien de la familia. He ido a Saint Peter y he esperado que oscureciera para echar una ojeada por aquí. Así, ¿no vive nadie en palacio?

—Vivo yo. ¿Dónde, si no?

La arrogancia sonó tan vacía como la columnata; por un momento estuve tentado de pedirle hospitalidad para ver qué contestaba.

Como si hubiera tenido el mismo pensamiento que yo, dijo rápidamente:

—Cornualles, ¿eh? ¿Qué noticias traes de allí? Dicen que los mensajeros de Ambrosius cruzan el estrecho como moscas.

Me puse a reír:

—No lo sé. He llevado una vida muy retirada.

—Elegiste un buen lugar —el desprecio que tan bien recordaba volvía a su voz—. Dicen que el viejo Gorlois ha pasado todo el invierno en la cama con una muchacha que no llega a los veinte años y deja que los demás reyes sigan sus juegos de guerra en la nieve. Dicen que Helena de Troya es una verdulera a su lado. ¿Cómo es en realidad?

—No la he visto nunca. Es un esposo muy celoso.

—¿Celoso de ti? —se rió y a continuación hizo un comentario que Cadal, al oírlo, lanzó un resoplido. Pero el cambio de tema había devuelto el humor a mi primo y este humor le hacía descuidar la vigilancia. Para él yo seguía siendo su primo bastardo y no contaba para nada. Añadió—: Bien, debe haberte gustado. Habrás tenido un invierno tranquilo y tu lascivo duque también, mientras que todos nosotros vagabundeábamos por el país a causa de los sajones.

Así, pues, él había luchado con Camlach y con Vortimer. Era lo que quería saber. Dije suavemente:

—Yo no era responsable de la actuación del duque. Ni ahora tampoco.

—¡Ah!, mejor para ti. ¿Ya sabes que estuvo en el norte con Vortigern?

—Sabía que había ido a encontrarlo... en Caer'n-ar-Von, ¿no? ¿También estabas tú allí? —pregunté; puse toda la amabilidad que pude en mi voz y añadí—: Realmente, no estaba en una posición que me permitiera oír muchas noticias que me importaran.

Una corriente de aire recorrió los pilares, cargada de humedad. Súbitamente el agua de algún canalón roto vino a caer a nuestros pies y salpicó las losas. Dinias se envolvió en su capa.

—¿Por qué nos quedamos aquí? —habló con una brusca amabilidad que sonaba tan falsa como la arrogancia de antes—. Vamos y hablaremos ante una botella de vino, ¿de acuerdo?

Vacilé, pero sólo unos instantes. Parecía obvio que Dinias tenía sus razones para mantenerse alejado de la vista del Gran Rey; si hubiera intentado ocultar su asociación con Camlach, ahora seguramente estaría en el ejército de Vortigern y no acechando de aquella manera en un palacio vacío. Además, ahora que sabía mi presencia en Maridunum, prefería tenerlo bajo mi vigilancia que dejarle que fuera a contarlo a quien quisiera.

Por lo tanto, acepté con toda la apariencia de placer; insistí en que me dijera dónde podía encontrar buena comida y un lugar caliente para dormir.

Casi antes de que pudiera pronunciar una palabra, ya me había tomado del brazo y me conducía apresuradamente a través del atrio. Cuando hubimos cruzado la puerta, dijo:

—Bien, bien. Hay un lugar en la orilla oeste, al otro lado del puente. La comida es buena y dejan que los clientes hablen a su gusto —me hizo un guiño—. A no ser que quieras ir con una muchacha. Porque, después de todo, no han conseguido hacer un clérigo de ti... Bien, nada más por-ahora..., en estos días no hay que demostrar demasiados deseos de hablar...

Luego te abordan los galeses o los hombres de Vortigern. El pueblo está lleno de espías. No sé lo que están buscando, pero corren rumores... No, guarda tus cosas —dijo a un mendigo que nos presentó una bandeja llena de piedras talladas y lazos de cuero. El hombre se retiró sin una palabra. Vi que era ciego de un ojo a causa de un corte: una horrible cicatriz le subía por la mejilla y le había aplastado el puente de la nariz. Parecía un corte de espada.

Dejé caer una moneda en la bandeja y Dinias me lanzó una mirada que estaba muy lejos de ser amistosa.

—Los tiempos han cambiado, ¿eh? Parece ser que te has vuelto rico en Cornualles. Dime, ¿qué ocurrió aquella noche? ¿Querías incendiar todo el maldito palacio?

—Te lo contaré todo después de cenar —dije, y no solté ni una palabra más hasta que hubimos entrado en la taberna; nos sentamos en un banco de un rincón, con la espalda apoyada en la pared.

Capítulo V

No me había equivocado acerca de la pobreza de Dinias. En el ambiente espeso de humo de la taberna, llena de gente, pude observar el lastimoso estado de su ropa; noté también su mirada llena de resentimiento y de rabia al observar que yo ordenaba traer comida y vino del mejor. Mientras esperábamos, me disculpé y dije unas palabras aparte a Cadal.

—Puedo obtener algunas de las informaciones que necesitamos de él. En cualquier caso, es mejor estar con él y no perderlo de vista por el momento. Lo más probable es que pronto esté borracho y le podremos dejar seguro con una muchacha o, si no, le llevaré al palacio cuando vaya al convento. Si ves que no hay posibilidad de que me deshaga de él a la hora de la cita, ve tú a entrevistarte con mi madre. Ya sabes su historia. Dile que voy a ir pero que estoy con Dinias y tengo que librarme de él. Lo entenderá. Ahora, come tú también.

—Ten cuidado, Merlín. ¿Tu primo has dicho? Mala hierba, y no me equivoco. No te aprecia.

Me reí.

—¿Crees que no lo sé? Es un sentimiento mutuo.

—Bien, mientras lo vigiles bien...

—Lo haré.

Las maneras de Dinias eran aún lo bastante buenas como para que se esperara mientras yo hacía mi aparte con Cadal; había escanciado el vino. Había dicho la verdad acerca de la comida; nos trajeron un plato a rebosar de carne de vaca y ostras con una salsa espesa y humeante; el pan, a pesar

de ser de harina sin fermentar, era tierno. El queso, muy fermentado, era excelente. Las demás mercancías de la taberna parecían competir con la carne; de vez en cuando una muchacha atisbaba desde una puerta con cortinas y un hombre dejaba su copa para correr tras ella. Los ojos de Dinias se iban tras la cortina, incluso mientras comía, y pensé que no tendría muchas dificultades para desembarazarme de él y dejarlo a buen seguro una vez que hubiera conseguido la información que deseaba.

Esperé hasta que hubiera medio vaciado su plato antes de empezar a hacer preguntas. No quería esperar más porque, por la manera que tragaba vino —casi a cada bocado y a pesar de su apetito—, tenía miedo de que no tuviera la cabeza suficientemente clara para explicarme nada.

Hasta que no estuviera seguro de la situación del país, no podía aventurarme en un terreno que podía resultar falso, pero siendo quien era mi familia, estaba en condiciones de sacar de ella una buena información para Ambrosius sólo con hacer preguntas relacionadas conmigo.

Para empezar, me había creído muerto desde la noche del incendio. El cuerpo de Cerdic había sido destruido y toda aquella parte del patio con él; cuando se encontró mi potro camino de casa, sin que yo diera señales de vida, se dio por supuesto que yo había perecido con Cerdic y que mi cuerpo se había convertido en cenizas. Mi madre y Camlach habían mandado a grupos de hombres para que me buscaran por toda la comarca, pero, naturalmente, no encontraron ni rastro de mí. Al parecer nadie había imaginado que podía haber cruzado el mar: el barco no había anclado en Maridunum y nadie había visto la barca.

Mi desaparición había armado muy poco revuelo. Nadie supo lo que pensaba mi madre, pero lo cierto es que muy pronto se recluyó en Saint Peter. Camlach no había perdido tiempo y se había declarado rey; por formulismo había ofrecido su protección a la reina Olwen, pero desde que su propia esposa dio a luz a un hijo y esperaba un segundo, era un secreto a voces que Olwen se casaría pronto con un sencillo y lejano jefe… y así por el estilo todo lo demás.

De todas aquellas noticias, no había ninguna que me interesara ni que pudiera ser útil a Ambrosius. Cuando Dinias terminó su comida y se arrellanó contra la pared, aflojándose el cinturón, sintiéndose relajado por el alimento, por el vino y por el calor, pensé que había llegado el momento de aventurar algunas preguntas sobre el presente. Ahora la taberna estaba llena a rebosar y un gran estruendo envolvía nuestras palabras. Una o dos de las muchachas habían venido de las habitaciones interiores; donde estaban ellas estallaban las carcajadas y alguna que otra bufonada. Afuera ya estaba bastante oscuro y aparentemente más húmedo que antes; los hombres se sacudían como perros al entrar y pedían bebidas calientes. La atmósfera era pesada a causa del humo del carbón y de los fogones; nos envolvía el olor a carne y el vapor de las lámparas de aceite. No corría ningún peligro de ser reconocido: nadie vendría hasta nuestra mesa para mirarme fijamente a la cara.

—¿Quieres que traigan más carne? —pregunté.

Dinias sacudió la cabeza e hizo una mueca:

—No, gracias. Estaba bueno. Estoy en deuda contigo. Ahora cuéntame cómo te ha ido; yo ya te lo he contado todo. ¿Dónde has estado todos estos años? —cogió de nuevo la jarra y la vació en su vaso—. ¡Maldita sea, ya se ha terminado! ¿Quieres que traigan más?

Vacilé. Parecía que no tenía mucha resistencia al vino y yo no quería tenerlo tan pronto borracho. Interpretó mal mi vacilación :

—Anda, anda, no irás a escatimarme un poco de líquido, ¿verdad? No viene cada día a verme un rico pariente de Cornualles. ¿Qué te ha traído aquí? ¿Y qué has hecho todo este tiempo? Anda, anda, joven Myrddin, cuéntanoslo todo, anda; pero, primero, el vino.

—Bien, de acuerdo —dije, y di la orden al muchacho—. Pero no digas mi nombre aquí, si no te importa. Me llamo Emrys hasta que vea hacia dónde sopla el viento.

Aceptó aquella imposición con tanta rapidez que comprendí que en Maridunum las cosas estaban peores de lo que había pensado. Parecía que era peligroso decir quién eras. La mayoría de los hombres que había en la taberna eran galeses; no reconocí a ninguno, cosa que no era muy sorprendente considerando la compañía que había tenido hacía cinco años. Pero había un grupo cerca de la puerta que, por su cabello y sus barbas, podían ser muy bien sajones. Supuse que eran hombres de Vortigern. No hablamos hasta que el muchacho hubo dejado un nuevo jarro de vino sobre la mesa. Mi primo escanció, retiró su plato y se apoyó contra el muro mirándome inquisitivamente.

—Bien, empieza, cuéntame. ¿Qué ocurrió la noche en que te fuiste? ¿Con quién te marchaste? No debíais ser más de doce o trece, ¿verdad?

—Me encontré con dos mercaderes que se dirigían al sur —le conté—. Pagué mi viaje con uno de los broches que mi ab… que el viejo rey me había dado. Me llevaron hasta Glastonbury. Tuve mucha suerte allí: me encontré con un comerciante que viajaba hacia el oeste con mercancías de cristal procedentes de Islandia y me llevó con él —bajé la cabeza como si evitara su mirada y di vueltas a la copa entre mis dedos—. El deseaba parecer un caballero y pensaba que si llevaba consigo un muchacho que sabía cantar y tocar el arpa, leer y escribir, le darían mayor crédito.

—Muy verosímil.

Ya sabía de antemano lo que pensaría de mi historia y, en efecto, su tono de voz revelaba satisfacción, como si su desprecio quedara justificado. Tanto mejor. No me importaba en absoluto lo que pensara.

—¿Y luego? —preguntó.

—Oh, estuve con él unos cuantos meses; fueron muy generosos, él y sus amigos. Llegué a tener cierta importancia.

—¿Tocando el arpa? —preguntó, levantando el labio superior.

—Sí —dije blandamente—. Y también leyendo y escribiendo… Llevaba las cuentas del hombre. Cuando tuvo que volver al norte quería que fuera

con él, pero yo no deseaba regresar. No temas —añadí con una sinceridad desarmante—, no me fue difícil encontrar sitio en una casa religiosa, pero era demasiado joven para ser nada más que un lego. A decir verdad, me gustaba aquella vida. Estuve muy ocupado ayudándoles a escribir copias de una historia de la caída de Troya.

Su expresión estuvo a punto de hacerme reír y, para evitarlo, volví a posar mis ojos en la copa. Era un buen objeto, de Samos, muy pulimentado, en el que se veía claramente la marca del alfarero: una «A». Ambrosius me ha hecho, pensé de súbito, y acaricié suavemente la letra con el pulgar mientras terminaba de contar a Dinias cómo había pasado su primo bastardo aquellos cinco años:

—Estuve allí hasta que empezaron a llegar rumores de casa. Al principio no hacía mucho caso... Siempre corren habladurías. Pero cuando supimos que era cierto que Camlach había muerto, y luego Vortimer, empecé a preguntarme qué habría ocurrido en Maridunum. Decidí que debía venir a ver a mi madre.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Lo dudo. Me gusta Cornualles y, además, puede decirse que allí tengo un hogar.

—Así, pues, ¿te convertirás en sacerdote?

—Todavía no lo sé —me encogí de hombros—. Después de todo, a eso me han destinado desde siempre. Sea cual fuere mi futuro, es evidente que no está aquí, en Maridunum, si es que estuvo alguna vez. Estoy seguro de no equivocarme.

Hizo una mueca:

—Bueno..., la verdad es que no has sido nunca guerrero y la guerra todavía no ha terminado; apenas ha empezado, eso te lo digo yo.

Se inclinó sobre la mesa en un gesto confidencial. Aquel movimiento hizo caer su copa y todo el vino se derramó. La volvió a poner de pie y dijo:

—Se ha derramado y ya no queda vino... ¿Pedimos otro?

—Si quieres... ¿Qué estabas diciendo?

—Cornualles... Siempre he tenido deseos de ir allí. ¿Qué se dice de la vuelta de Ambrosius?

El vino ya surtía efecto. Dinias olvidaba su tono confidencial, levantaba la voz y vi que algunas cabezas se volvían hacia nosotros. El no lo notó y siguió hablando:

—Sí, me imagino que debes haber oído cosas, si es que había algo que oír. Todavía no ha venido; por lo tanto, tus conjeturas pueden ser tan válidas como las mías.

—¿Cómo una apuesta?

Vi que buscaba en su manga y sacaba un par de dados. Se los pasaba ociosamente de mano en mano.

—Anda, vamos, ¿echamos una partida?

—No, gracias. En todo caso, no aquí. Mira, Dinias, te diré qué haremos: tomamos otro jarro, o dos si quieres, y nos los llevamos a casa. Allí podremos estar más tranquilos.

—¿En casa? —dejó escapar una risita burlona—. ¿Dónde es en casa? ¿Un palacio vacío?

Seguía hablando en voz muy alta y noté que, desde el otro extremo de la taberna, alguien nos estaba mirando. No era nadie que conociera: dos hombres vestidos con ropas oscuras, uno con barba negra y el otro de cara delgada, pelo rojo y una gran nariz, como de zorra. Galeses, por su aspecto. Tenían un jarro sobre una silla y copas en la mano, pero el vino estaba al mismo nivel desde hacía una media hora larga. Miré a Dinias y advertí que había llegado a la disposición de hacerme confidencias amistosas o de provocar una pelea. Insistir en marchar pudiera muy bien terminar en disputa y, si éramos vigilados, si el grupo que estaba cerca de la puerta eran en realidad hombres de Vortigern, sería mejor quedarnos donde estábamos que sacar a mi primo a la calle y correr el riesgo de que nos siguieran. Y, después de todo, ¿qué importancia podía tener que se mencionara el nombre de Ambrosius? Debía estar en los labios de cada persona y si, como parecía ser, los rumores corrían más que de costumbre, debían hablar de ellos tanto los amigos de Vortigern como sus enemigos.

Dinias había lanzado los dados sobre la mesa y los hacía correr de un lado a otro con unos dedos razonablemente firmes. Por lo menos, los dados nos servirían de excusa para abstraernos en nuestro rincón y, además, desviarían la atención de Dinias del jarro de vino.

Saqué un puñado de monedas.

—Empecemos, si realmente quieres jugar. ¿Cuánto puedes poner sobre la mesa?

Mientras jugábamos, yo era consciente de que el barbudo y su compañero estaban escuchando. Los sajones que estaban cerca de la puerta parecían bastante inofensivos; la mayoría ya estaban borrachos y hablaban demasiado alto entre ellos para prestar atención a cualquier otra persona. Pero el barbudo parecía estar interesado.

Tiré los dados: cuatro y cinco. Demasiado bueno. Deseaba que Dinias me ganara algo. Difícilmente podía ofrecerle dinero para que fuera al otro lado de la cortina con una muchacha. Mientras tanto, debía borrar las sospechas del hombre de la barba... Entonces, sin levantar la voz pero hablando claramente, dije:

—¿Ambrosius? Bien, ya sabes los rumores que corren. No he oído nada definitivo, sólo las historias de siempre, que han rodado durante estos últimos años. Sí, la gente dice que vendrá a Cornualles, o a Maridunum, o a Londres... Ahora te toca a ti —la atención del barbudo se había desviado; me incliné más hacia Dinias y levanté un poco la voz—. Y si viene ahora, ¿qué ocurrirá? Eso lo sabes tú mejor que yo. ¿Se levantaría el oeste a su favor o permanecería leal a Vortigern?

—El oeste ardería en llamas. Dios sabe que ardería en llamas. ¿Doblas o lo dejas? Unas llamas como las de la noche que te fuiste. ¡Dios, cómo me reí! El pequeño bastardo incendia el lugar y se esfuma. ¿Por qué lo hiciste? Es mi turno, doblo cinco. Ahora tú.

—De acuerdo. ¿Por qué lo hice, dices? Ya te lo he explicado; tenía miedo de Camlach.

—No me refiero a eso. Quiero decir por qué prendiste fuego. No me digas que fue un accidente, porque no lo creeré.

—Era una pira funeraria. Lo hice porque Camlach había matado a mi criado.

Me miró fijamente y los dados quedaron quietos en sus manos durante unos instantes.

—¿Incendiaste el palacio del rey por un esclavo?

—¿Por qué no? Sucedía que yo quería más a mi criado que a Camlach.

Me lanzó una mirada de borracho y tiró. Un dos y un cuatro. Retiré dos monedas.

—Maldito seas —exclamó Dinias—, no dejas de ganar y ya tienes bastante. Bien, otra vez. ¡Tu criado! No te das poco tono para ser un bastardo que juega a ser escriba en una celda de frailes.

—Tú también eres bastardo —hice una mueca—, no lo olvides, querido primo.

—Puede ser, pero por lo menos yo sé quién era mi padre.

—No levantes tanto la voz, la gente te está escuchando. De acuerdo, tira otra vez.

Se hizo una pausa mientras los dados sonaban. Los miré ansiosamente. Si la cosa seguía así, perdería mi oportunidad. Qué fácil sería, pensé, si pudiera utilizar mi poder en aquellas cosas pequeñas; no me costaría ningún esfuerzo y me facilitaría el camino. Pero ya había empezado a aprender que, de hecho, el poder no me facilitaba nada; cuando venía era como tener un lobo cerca del cuello. A veces me había sentido como el muchacho de la leyenda que aparejó los caballos del sol y recorrió el mundo como un dios hasta que el poder le quemó hasta matarlo. Me preguntaba si volvería a sentir de nuevo las llamas.

Los dados cayeron de mis manos (tan humanas). Un dos y un uno. No era necesario el poder si tenías la suerte. Dinias lanzó un gruñido de satisfacción y los recogió mientras yo deslizaba más monedas hacia él. El juego proseguía. Perdí las tres tiradas siguientes y el montón de Dinias creció considerablemente. Se estaba relajando. Nadie nos prestaba atención; todo había sido imaginación mía. Quizá todavía tenía tiempo de saber algunas cosas más.

—¿Dónde está ahora el rey? —pregunté.

—¿Eh? ¡Ah, sí, el rey! Hace cosa de un mes que se marchó. Se fue hacia el norte tan pronto como el tiempo mejoró y los caminos se hicieron transitables.

—¿A Caer'n-ar-Von, es decir, Segontium?

—Bueno, supongo que allí debe estar su base, pero ¿quién desea sentirse atrapado en aquel lugar, entre Y Wyddfa y el mar? No, se está construyendo un nuevo fuerte, dicen. ¿Has dicho que pidamos otra jarra?

—Aquí está. Sírvete tú mismo, yo ya tengo suficiente. ¿Un fuerte, dices? ¿Dónde?

—¿Qué? ¡Ah, sí! Buen vino, ¿eh? No lo sé exactamente, en algún lugar de Snowdon. Espera... Dinas Brenin, lo llaman. No sé si podrá construirlo...

—¿Qué se lo impide? ¿También hay disturbios por allí? ¿La facción de Vortimer o alguna otra cosa? En Cornualles se dice que lleva treinta mil sajones a su espalda.

—A su espalda, a ambos lados... Nuestro rey tiene sajones en todas partes. Pero no con él, sino con Hengist, y Hengist y el rey no se llevan muy bien. ¡Vortigern está bloqueado, puedo asegurártelo!

Afortunadamente hablaba bajo, sus palabras se perdieron en el repiqueteo de los dados y en el bullicio que nos envolvía. Creo que casi se había olvidado de mí. Se inclinó hacia mí ceñudamente:

—Mira, las cosas con sangre traen mala suerte. Como el Fuerte del Rey.

Aquellas palabras me tocaron una fibra de mi recuerdo, fue como un débil zumbido, tan débil e indescifrable como el de una abeja entre los tilos. Con indiferencia, mientras hacía mi tirada, pregunté:

—¿Mala suerte? ¿Cómo?

—¡Ah, esto es mejor! Podré ganarte también esta vez. Bueno, ya conoces a esa gente del norte... Si el viento sopla más frío, dicen que es un espíritu que pasa. Dicen que en su ejército no tienen inspectores, que todo lo hacen los adivinos. He oído decir que han levantado las murallas cuatro veces a la altura de un hombre y que cada vez, a la mañana siguiente, se derrumban... ¿Qué es eso?

—No puedo ganarte... ¿Ha puesto guardias?

—Naturalmente, pero no han visto nada.

Parecía que la suerte estaba en contra de nosotros; los dados estaban tan encantados para Dinias como las murallas para Vortigern. A pesar de mis deseos, saqué dos dobles. Refunfuñando, Dinias empujó la mitad de su montón de monedas hacia mí.

—Al parecer —dije— ha encontrado un terreno blando. ¿Por qué no lo construye en otra parte?

—Lo construye en lo alto de un despeñadero, el sitio más fácil de defender de todo Gales. Se ve todo el valle, al norte y al sur, y da sobre el

camino, justo en el sitio en donde los riscos de ambos lados lo estrechan. Además, maldita sea, antes había una torre allí. La gente de los alrededores llaman aquel lugar el Fuerte del Rey desde tiempos inmemoriales.

El Fuerte del Rey... Dinas Brenin... El zumbido se aclaraba, se volvía recuerdo. El grito de un halcón. Dos reyes que caminaban juntos y la voz de Cerdic que me decía: ¿Por qué no vienes conmigo y te introduciré en un juego de dados?

Sin pensarlo, lo hice tan netamente como pudiera haberlo hecho Cerdic: toqué los dados que todavía se movían con rapidez. Dinias, que estaba vaciando el jarro en su copa, no se dio cuenta de nada. Los dados se detuvieron. Un dos y un uno.

Dije apenadamente:

—No tendrás mucha dificultad para superar esta tirada.

La superó, pero con poca ventaja. Retiró las monedas con un gruñido de satisfacción y luego se apoyó desmañadamente sobre la mesa, con un codo en un charco de vino. Pensé que si dejaba que aquel idiota borracho me ganara bastante dinero, quizá tendría la suerte de poderlo dejar tras las cortinas del burdel. Otra vez mi turno. Cuando agitaba los dados, vi a Cadal en la puerta que intentaba llamar mi atención. Ya era la hora. Asentí y él se retiró. Cuando Dinias miró hacia donde yo había hecho la señal, tiré de nuevo y cambié un seis con la manga. Uno y tres. Dinias dejó escapar un sonido de satisfacción y cogió los dados.

—Bueno —dije— otra ronda y nos iremos, ¿eh? Pierda o gane. Compraré otra jarra y nos la llevaremos para bebería en mi habitación. Estaremos más cómodos que aquí.

Calculaba que, una vez que hubiera conseguido sacarlo de la taberna, Cadal y yo nos ocuparíamos de él.

—¿Tu habitación? Yo podría haberte dejado una. Allí todo son habitaciones vacías, no era necesario que hubieras mandado a tu criado a buscar alojamiento. Tienes que ir con mucho cuidado, estos días. ¡Ahí va: un par de cincos! ¡Gáname ahora, Merlín el bastardo!

Se echó las últimas gotas de vino a la boca, las tragó y se apoyó contra el muro, guiñándome un ojo.

—Te dejo el juego —empujé todas las monedas hacia él y empecé a levantarme.

Cuando echaba una mirada alrededor para encargar otra jarra de vino, Dinias dio un gran golpe con el puño sobre la mesa. Los dados saltaron, la copa se volcó, rodó, cayó al suelo y se hizo añicos. Los hombres callaron y miraron hacia nosotros.

—¡Ah, no, eso no lo consiento! ¡Vamos a terminar la ronda! ¿Te retiras justo cuando la suerte me favorece a mí, eh? ¡Eso no te lo permitiré, ni a ti ni a nadie! Siéntate y juega, primo bastardo...

—¡Oh, por el amor de Dios, Dinias...!

—De acuerdo, también yo soy bastardo. ¡Lo único que digo es que es mejor ser el bastardo de un rey que el hijo de nadie que nunca ha tenido un padre!

Terminó con un hipo y alguien rió. Yo también reí y cogí los dados.

—De acuerdo, nos los llevaremos. Ya te lo he dicho, pierda o gane compraré otra jarra de vino y nos la beberemos en casa. Allí podemos seguir jugando.

Una mano cayó pesadamente sobre mi hombro. Cuando me volvía para ver quién era, alguien se me acercó por el otro lado y me agarró el brazo. Dinias se puso de pie, boquiabierto. A nuestro alrededor, todo el mundo quedó súbitamente en silencio.

El hombre de la barba negra apretó su garra:

—Quieto, joven señor. No queremos pelea. ¿Podemos hablar afuera?

Capítulo VI

Me puse de pie. No pude descubrir nada en los rostros que me miraban fijamente. Nadie hablaba.

—¿De qué se trata?

—Afuera, si no te parece mal —repitió el de la barba—. No queremos...

—No tengo la menor intención de armar camorra —dije crispado—. Me diréis quiénes sois antes de que dé un paso con vosotros. Y, para empezar, quitadme las manos de encima. Tabernero, ¿quiénes son estos hombres?

—Hombres del rey, señor. Será mejor que hagas lo que te dicen, si no tienes nada que ocultar...

—¿No tengo nada que temer? ¿Es eso? —dije—. Ya conozco esa frase, y sé que nunca resulta verdad.

Me quité la mano del barbudo de mi hombro y me volví hacia él. Dinias seguía mirando con la boca abierta. Aquél no era el primo fanfarrón que yo conocía.

—No me importa que estos hombres oigan lo que tengáis que decirme. Hablad aquí. ¿Por qué queréis charlar conmigo?

—Nos interesa saber lo que tu amigo te estaba diciendo.

—Entonces, ¿por qué no se lo preguntáis a él?

—Todo a su justo tiempo —dijo el barbudo imperturbable—. Primero dime quién eres y de dónde vienes...

—Me llamo Emrys, nací aquí, en Maridunum. Hace unos cuantos años me fui a Cornualles y ahora he vuelto a casa a saber noticias. Eso es todo.

—¿Y ese joven? Te ha llamado primo.

—Es una manera de hablar. Somos parientes, pero lejanos. Probablemente también has oído que me llamaba bastardo.

—Un momento —la nueva voz llegaba detrás de mí, entre la muchedumbre; un hombre viejo de pelo gris, que no conocía, se acercaba a nosotros—. Yo lo conozco. Dice la verdad. Estoy seguro de que es Myrddin Emrys, el nieto del viejo rey. Seguramente —prosiguió, dirigiéndose a mí— no me recuerdas, señor. Yo era uno de los camareros de tu abuelo —de nuevo habló a los dos hombres—. Y vosotros, hombres del rey o no, no tenéis ningún derecho de ponerle la mano encima. Os ha dicho la verdad. Se fue de Maridunum hace cinco años... eso es, cinco, la misma noche en que murió el rey... y nadie supo a dónde había ido. Pero puedo jurar por lo que queráis que no ha levantado la mano contra el rey Vortigern. ¿Porqué? Iba a ser sacerdote y en toda su vida no cogió un arma. Y sí desea beber tranquilamente con el príncipe Dinias, ¿qué? Son parientes, ya lo ha dicho, ¿y quién mejor que un pariente para saber noticias del hogar? —asintió y me miró amablemente—. Sí, naturalmente, es Myrddin Emrys, que en lugar de un muchachito, ahora ya es todo un hombre, pero lo hubiera conocido de

cualquier manera. Y, déjame que te diga, señor, que estoy muy contento de que estés a salvo. Tenía miedo de que hubieras muerto en el incendio.

El hombre de la barba ni siquiera lo había mirado. Estaba entre la puerta y yo, y no me quitaba los ojos de encima.

—Myrddin Emrys —dijo—. El nieto del viejo rey. ¿Bastardo? Entonces, ¿de quién es hijo?

Ya no había manera de ocultarlo. Ahora me acordaba del camarero. Me miraba, complacido consigo mismo.

—Mi madre era Niniane, la hija del rey.

Los ojos negros del barbudo se estrecharon al preguntar:

—¿Es cierto?

—¡Completamente cierto! —de nuevo era el camarero, con su buena voluntad hacia mí patente en sus ojos pálidos.

El barbudo se volvió de nuevo hacia mí. Vi que en sus labios se formaba una nueva pregunta. Mi corazón dio un brinco y noté que la sangre se me subía a la cara. Intenté serenarme.

—¿Y tu padre?

—No lo sé —quizá pensaría que la sangre de mi rostro era solamente vergüenza.

—Ten cuidado con lo que dices —dijo el barbudo—. Tienes que saberlo. ¿Quién te ha hecho?

—No lo sé.

Me miró fijamente:

—Tu madre, la hija del rey, ¿la recuerdas?

—La recuerdo muy bien.

—¿No te lo dijo nunca? ¿Esperas que nos lo creamos?

—No me importa lo que creáis o lo que no creáis —dije con irritación—. Estoy harto. Durante toda mi vida la gente me ha hecho la misma pregunta y durante toda mi vida la gente no ha creído mi respuesta. Es cierto, nunca me lo dijo. Dudo de que se lo dijera a nadie. Por lo que sé, debía decir la verdad cuando afirmaba que me había engendrado un diablo —hice un gesto de impaciencia—. ¿Por qué lo preguntas?

—Hemos oído que el otro caballero decía: «Es mejor ser bastardo y tener a un rey por padre que no un hijo de nadie que no ha tenido nunca padre» —su voz y su mirada eran imperturbables.

—Si yo no me he ofendido, ¿por qué os habéis ofendido vosotros? ¿No veis que está borracho?

—Queríamos estar seguros. Y ahora lo estamos. El rey quiere verte.

—¿El rey? —mi voz debió sonar llena de desconcierto.

—Vortigern. Hace unas tres semanas que te estamos buscando. Tienes que ir a su presencia.

—No lo entiendo.

Quedé más azorado que asustado. Mi misión se convertía en ruinas, pero, a la vez, experimenté un sentimiento mezcla de confusión y de alivio. Si me habían estado buscando desde tres semanas, era que no tenía nada que ver con Ambrosius.

Dinias se había vuelto a sentar en su rincón. Pensé que no debía haberse enterado de casi nada, pero ahora se inclinaba hacia adelante, con las palmas de las manos sobre la mesa manchada de vino.

—¿Qué quiere el rey de él? —preguntó.

—No tienes por qué preocuparte —le contestó con indiferencia el hombre de la barba—. No es a ti a quien llama. Pero te diré que, puesto que has sido tú quien nos has traído hasta él, serás tú quien recibirá la recompensa.

—¿Recompensa? —pregunté—. ¿De qué estáis hablando?

De repente, a Dinias se le quitó la borrachera:

—Yo no he dicho nada. ¿Qué significa eso?

El de la barba cabeceó:

—Sí, con lo que has dicho nos has llevado hasta él.

—Pero él sólo preguntaba por la familia... Había estado fuera —dijo mi primo—. Lo habéis oído, todo el mundo lo ha oído, no hablábamos a escondidas. ¡Por todos los dioses! ¿Creéis que si quisiéramos hablar de traición lo habríamos hecho aquí?

—Nadie habla de traición. Yo sólo cumplo con mi deber: el rey quiere verlo y vendrá conmigo.

El viejo criado, esta vez preocupado, dijo:

—No podéis hacerle nada. Es quien ha dicho, el hijo de Niniane. Podéis preguntárselo a ella.

El barbudo se volvió rápidamente hacia él.

—¿Aún vive?

—¡Oh, sí! Está encerrada en el convento de Saint Peter, cerca del viejo roble, en el cruce de caminos.

—Dejadla tranquila —dije, ahora realmente asustado; me

preguntaba qué podría contarles ella—. No olvidéis quién es. Ni Vortigern se atrevería a tocarla. Además, no tenéis ninguna autoridad, ni sobre ella ni sobre mí.

—¿Eso crees?

—Bueno, ¿qué autoridad tenéis?

—Esta.

La corta espada relampagueó en su mano. Estaba deslumbrantemente afilada.

—La ley de Vortigern, ¿no? —dije—. No es un mal argumento. Iré con vosotros, pero eso no os servirá de nada ante mi madre. Dejadla tranquila; no os dirá más de lo que yo os he dicho.

—Pero, por lo menos, no tendremos que creerla cuando diga que no lo sabe.

—Pero es cierto —dijo el viejo criado balbuciendo—. He servido en el palacio toda mi vida y me acuerdo de todo. Se solía decir que había engendrado un hijo del diablo, del príncipe de las tinieblas.

Las manos se agitaron como si todo el mundo hiciera la señal contra el mal de ojo. El anciano me dijo, mirándome fijamente:

—Ve con ellos, hijo, no se atreverán a hacer ningún daño a Niniane ni a su hijo. Vendrá un tiempo en que el rey necesitará a la gente del oeste y, ¿quién mejor que él puede saberlo?

—Sí. tendré que ir con ellos, con un mandato tan duro en mi cuello —dije—. No te preocupes, Dinias, no ha sido culpa tuya. Dile a mi criado a dónde me han llevado. Y vosotros, llevadme a Vortigern, pero mantened las manos lejos de mí.

Fui entre ellos hacia la puerta; la gente de la taberna nos dejaba paso. Vi que Dinias se tambaleaba y venía detrás de nosotros. Cuando llegamos a la calle, el barbudo se volvió:

—Me olvidaba —le dijo—. Eso es tuyo.

La bolsa de dinero resonó a los pies de mi primo. No miré hacia atrás, pero sabía, aun sin mirar, la expresión de mi primo: una rápida ojeada a izquierda y a derecha; cogía la bolsa y se la escondía en la manga.

Capítulo VII

Vortigern había cambiado. Mi impresión de que se había empequeñecido, de que era menos impresionante, no era sólo porque yo ya fuera un joven alto y no el niño de antes. Parecía como si se hubiera encerrado en sí mismo. No era necesario ver el gran salón con aspecto provisional, la corte que era menos una corte que un hervidero de jefes que se peleaban por las mujeres que habían traído para ellos; no era necesario nada de esto para darse cuenta de que el rey era un hombre acabado. O mejor, un hombre arrinconado. Pero un lobo asediado es más peligroso que un lobo en libertad, y Vortigern era todavía un lobo.

Ciertamente, había elegido bien su rincón. El Fuerte del Rey era, tal como lo recordaba, un despeñadero que dominaba todo el valle, con su cresta sólo accesible por medio de un paso como un puente. El promontorio sobresalía de un círculo de rocas que formaban un corral natural en donde los caballos podían pacer y en el que los animales podían ser guiados y guardados. El mismo valle estaba rodeado de altas montañas, de piedra gris que ni siquiera verdeaba con la primavera. Lo único que había conseguido la lluvia de abril era una gran cascada que saltaba unos mil pies desde la cima hasta el valle. Era un lugar salvaje, oscuro e impresionante. Si alguna vez el lobo se ocultaba en lo alto de aquel despeñadero, el mismo Ambrosius tendría dificultades para sacarlo de allí.

El viaje duró seis días. Salimos a la primera luz de la mañana por la carretera del norte. Era un camino peor que el del este, pero más rápido, incluso si teníamos que aminorar el paso a causa del mal tiempo o para ir al paso de las literas de las mujeres. El puente estaba roto en el Pennal y perdimos casi medio día bordeando el Afon Dyfi, antes de poder llegar a Tomen-y-mur, a partir de donde el camino era bueno. En la tarde del sexto día, cogimos el camino que llevaba a Dinas Brenin, la vivienda del rey.

El barbudo no había tenido ninguna dificultad en conseguir que mi madre fuera con él a ver al rey. Era bastante creíble que hubiera utilizado la misma táctica que conmigo, pero no tuve oportunidad de preguntárselo a mi madre, ni siquiera para enterarme de si ella sabía algo más que yo acerca de las intenciones de Vortigern hacia nosotros. Le habían construido unas pequeñas literas para ella y para las dos mujeres del convento que viajaban con ella. Dado que estaban a su lado, día y noche, que era imposible acercarme a ella para hablarle a solas, y, de hecho, ella no demostró ningún deseo de verme aparte. A veces descubrí su mirada fija en mí con ansiedad, quizá con desconcierto, pero cuando hablaba lo hacía calmosamente y con recogimiento; sólo hizo una alusión acerca de que no sabía nada que el propio Vortigern no supiera. Puesto que no tenía posibilidad de hablar a solas con ella, consideré que lo mejor era contarle la misma historia que había explicado al barbudo; la misma que había contado a Dinias, que, por lo que me había podido enterar, había sido interrogado. Podría pensar lo que quisiera acerca de mis razones de no haberla venido a ver más pronto. Naturalmente, era imposible mencionar Bretaña, ni hablar de amigos de la

Bretaña, sin correr el riesgo de que ella sospechara de Ambrosius; y no podía correr este riesgo.

La encontré muy cambiada. Estaba pálida y tranquila. Había engordado y adquirido una dureza de espíritu que no tenía antes. No descubrí lo que era hasta un día o dos después, cuando atravesábamos unas colinas: había perdido lo que le quedaba de poder. No podía imaginar por qué causa, si era por el tiempo que pasaba, por enfermedad o porque lo hubiera sacrificado en aras del símbolo cristiano que llevaba en el pecho. El caso es que ya no tenía poder.

A partir de entonces mi pensamiento estuvo ocupado en otras cosas. Mi madre era tratada con cortesía, incluso con distinción, como correspondía a la hija de un rey. No recibí yo el mismo trato, pero me dieron un buen caballo, estaba bien protegido por la noche y mi escolta era lo suficientemente civilizada cuando intentaba hablar con ellos. Aparte de esto, se esforzaron muy poco conmigo; no me contestaron ninguna de mis preguntas, a pesar de que parecían saber perfectamente bien para qué me quería el rey. Noté curiosas y furtivas miradas y, una vez o dos, vi piedad en ellas.

Nos llevaron directamente ante el rey. Había instalado su cuartel general en el pequeño llano que se extendía entre el despeñadero y el río, desde donde esperaba poder ver la construcción de su fuerte. Era un campamento muy diferente de los campamentos provisionales de Uther y Ambrosius. La mayoría de los hombres vivían en tiendas y, excepto en lo que se refería a los trabajos de explanación y a una empalizada frente al camino, aparentemente confiaban en las defensas naturales del lugar: el río y el risco a un lado, la roca de Dinas Brenin al otro, y las impenetrables y vacías montañas que tenían detrás.

Vortigern estaba instalado bastante regiamente. Nos recibió en un salón cuyos pilares de madera estaban cubiertos con cortinas con brillantes bordados y cuyo suelo de pizarra verde estaba cubierto con gruesas esteras de junco. El gran sillón colocado sobre la tarima era de madera ricamente tallada y dorada. A su lado, en una silla igualmente adornada, pero de tamaño menor, estaba Rowena, su reina sajona. El lugar estaba lleno de gente. Unos cuantos hombres vestidos de cortesanos rodeaban a los reyes, pero la mayoría iban armados. Había muchos sajones.

Tras el sillón de Vortigern, sobre el estrado, había un grupo de sacerdotes y magos.

Cuando entramos se hizo el silencio. Todos los ojos se dirigieron hacia nosotros. Luego el rey se levantó y, bajando de la plataforma, vino junto a mi madre, sonriendo, con las dos manos tendidas hacia ella.

—Te doy la bienvenida, princesa —dijo, y se volvió para presentarla con ceremoniosa cortesía a la reina.

El zumbido de los cuchicheos llenó el salón y las miradas de la gente se intercambiaron. El rey había dejado muy claro que no tomaba en cuenta, respecto a mi madre, la reciente rebelión de Camlach.

Me echó una ojeada, breve pero cuajada de penetrante interés, inclinó la cabeza para saludarme y luego puso la mano de mi madre en su brazo y la condujo sobre la tarima. A un gesto de su cabeza, alguien corrió y colocó una silla para ella en el peldaño debajo del trono. Esperó a que se hubiera sentado y luego él y la reina volvieron a sus respectivos sitios. Yo me adelanté a la cabeza de mis guardias y me quedé de pie junto a la tarima, frente al rey.

Vortigern descansó sus manos en los brazos de su sillón y se sentó muy erguido, sonriendo a mi madre y a mí con aire satisfecho. Ahora el zumbido de los cuchicheos había muerto y reinaba un gran silencio. La gente miraba con curiosidad.

Pero todo lo que el rey dijo fue:

—Te pido perdón, señora, por haberte obligado a hacer este viaje en esta época del año. Espero que hayas ido suficientemente cómoda.

Siguió diciendo cortesías amables y triviales, mientras la gente observaba y esperaba. Mi madre inclinó la cabeza y murmuró sus respuestas con la misma indiferencia que el rey. Las dos monjas que la acompañaban estaban de pie tras ella, como dos doncellas.

Ella se llevó la mano al pecho y jugueteó con la pequeña cruz que llevaba como si fuera un talismán; la otra permanecía en su regazo, entre los pliegues marrones de su vestido. Incluso vestida con aquel hábito oscuro se le veía regia.

—Y ahora, ¿quieres presentarme a tu hijo? —dijo Vortigern sonriendo.

—Mi hijo se llama Merlín. Se fue de Maridunum hace cinco años, después de la muerte de mi padre, tu pariente. A partir de entonces ha vivido en Cornualles, en una casa religiosa. A ti te lo encomiendo.

El rey se volvió hacia mí.

—¿Cinco años? Debías ser casi un niño, Merlín. ¿Cuántos años tienes ahora?

—Diecisiete, señor —le miré a los -ojos con franqueza—. ¿Por qué nos has hecho venir? Apenas había puesto pie en Maridunum cuando tus hombres me cogieron a la fuerza...

—¡Oh, lo siento mucho! Debes perdonarles su celo. Sólo sabían que el asunto era urgente y utilizaron el sistema más rápido para complacerme — explicó; dirigiéndose a mi madre, continuó—: ¿Necesito asegurarte, lady Niniane, que no te ocurrirá nada? Te lo juro. Ya sé que has estado cinco años en el convento de Saint Peter y que la alianza de tu hermano con mis hijos no tiene nada que ver contigo.

—Ni con mi hijo, señor —replicó mi madre calmosamente—. Merlín se fue de Maridunum la misma noche en que murió mi padre y desde entonces hasta ahora no he tenido ninguna noticia suya. Pero una cosa es cierta: no ha tomado parte en la rebelión; era sólo un niño cuando dejó su casa y ahora que sé que huyó hacia el sur, hacia Cornualles, puedo aseguraros que fue a causa del miedo que tenía a mi hermano Camlach, que no era amigo

suyo. Te aseguro, mi señor rey, que de todo lo que yo pudiera sospechar acerca de las intenciones de mi hermano respecto a ti, mi hijo no sabía nada en absoluto. No puedo imaginar para qué le has hecho venir aquí.

Para mi sorpresa, Vortigern no pareció interesado por mi estancia en Cornualles. Tampoco me miró. Permaneció con la barbilla apoyada en su puño y observó a mi madre por debajo de sus cejas. Su voz y su mirada eran graves y corteses, pero había algo en el ambiente que no me gustaba. Súbitamente descubrí de qué se trataba. Incluso cuando mi madre y el rey hablaban y se miraban, los sacerdotes de detrás del trono me observaban a mí. Y cuando miré de reojo a la gente que llenaba el salón, me di cuenta de que, también ellos, tenían sus ojos fijos en mí. Ahora se había hecho un gran silencio y yo pensé, de repente: Ahora voy a preguntárselo.

Y el rey dijo quedamente, casi reflexionando:

—No te has casado.

—No —cerró los labios y noté que se había vuelto cautelosa.

—Así, pues, el padre de tu hijo ¿murió antes de que pudiera desposarte? ¿Quizá fue muerto en batalla?

—No —su voz era baja pero perfectamente clara. Vi que sus manos temblaban imperceptiblemente.

—¿Vive entonces?

No contestó. Inclinó la cabeza y su capucha le ocultó el rostro de las miradas de la gente. Pero los que estaban en la tarima todavía podían verla. Noté que la reina la observaba con curiosidad y con desdén. Tenía unos brillantes ojos azules y unos senos voluminosos que se combaban con una blancura de leche por encima de un apretado corpiño azul. Boca pequeña, manos tan blancas como su pecho, pero de dedos gruesos y feos, como los de una criada; los llevaba cubiertos de anillos de oro, de esmalte y de cobre.

Las cejas del rey se juntaron ante el silencio de mi madre, pero el tono de su voz seguía siendo amable.

—Dime una cosa, lady Niniane. ¿Has dicho alguna vez a tu hijo el nombre de su padre?

—No.

Su voz sonó clara y definida, contrastó extrañamente con la postura de su cabeza inclinada y de su rostro oculto. Era la posición de una mujer avergonzada y yo me pregunté si quería dar esta impresión para excusar su silencio. No pude verle la cara, pero sí la mano que aguantaba los pliegues de su larga falda.

Me acordé bruscamente de la Niniane que había desafiado a su padre al rechazar a Corlan, rey de Lanascol. Luego me vino a la memoria otro recuerdo: el rostro de mi padre que me miraba a través de la mesa, a la luz de la lámpara. Intenté borrarlo de mi mente. Era tan real que me pregunté si todos los hombres que llenaban el salón no lo habrían visto. Luego se me ocurrió que Vortigern lo había visto y me aterroricé. Vortigern lo sabía. Por

eso nos había traído aquí. Había oído rumores de mi vuelta y quería asegurarse. Quería saber si debía tratarme como un espía o como un rehén.

Debí hacer algún movimiento en contra de mi voluntad. Mi madre levantó la vista y vi sus ojos debajo de la capucha. Ya no parecía una princesa; parecía una mujer que tenía miedo.

Le sonreí y descubrí algo en su rostro; entonces comprendí que sólo tenía miedo por mí.

Intente calmarme y esperé. Que diera él los primeros pasos. Tiempo habría para hablar cuando supiera contra qué luchar.

Vortigern jugueteó con el gran anillo que llevaba.

—Eso es lo que tu hijo ha dicho a mis mensajeros. Ya había oído decir que nadie en todo el reino sabía el nombre de su padre. Por lo que han dicho, lady Niniane, y por lo que sé de ti, tu hijo no fue engendrado por nadie humano. Entonces, ¿por qué no se lo has dicho? Eso es algo que los hombres deben saber.

Olvidando mi cautela, grité bruscamente:

—¿Y qué te importa eso?

Mi madre me lanzó una mirada que me hizo callar. Luego, dirigiéndose a Vortigern, dijo:

—¿Por qué me haces estas preguntas?

—Lady —dijo el rey—. Te he mandado llamar, a ti y a tu hijo, para preguntarte solamente una cosa: el nombre de su padre.

—Te lo repito, ¿por qué me lo preguntas?

Vortigern sonrió. Era una sonrisa fría. Subí un peldaño y dije a mi madre:

—Madre, no tiene ningún derecho a preguntarte eso. No se atreverá...

—¡ Hacedlo callar! —dijo el rey.

El hombre que tenía a mi lado me puso una mano sobre la boca y me la apretó. Oí el chirrido del metal cuando el otro sacó su espada y me la puso contra el costado. Me mantuve quieto. Mi madre gritó:

—¡Dejadlo! Si le haces daño, Vortigern, seas rey o no, te juro que nunca te lo diré, aunque me mates. ¿Crees que he negado la verdad a mi propio padre y a mi hermano, incluso a mi hijo, durante todos estos años, para decírtelo a ti?

—Me lo dirás por amor a tu hijo —dijo Vortigern.

Hizo una señal y el hombre retiró su mano de mi boca. Pero sus manos todavía me agarraban el brazo y sentí la espada del otro a través de la túnica.

Ahora mi madre se había quitado la capucha y estaba erguida en su silla; sus manos como garras en los brazos del asiento. Pálida y agitada, vestida con aquella humilde ropa marrón, a su lado la reina parecía una

criada. En la estancia reinaba un silencio de muerte. Detrás del rey, los sacerdotes observaban fijamente. Intenté reprimir mis pensamientos. Si aquellos hombres eran sacerdotes y magos, en mi mente no debía haber ningún pensamiento hacia Ambrosius, ni siquiera su nombre. Noté que empezaba a sudar y mis pensamientos intentaban alcanzar a mi madre para ayudarla, sin formar, no obstante, ninguna imagen que pudieran ver aquellos hombres. Pero mi poder había desaparecido y no recibía ayuda alguna del dios; ni siquiera sabía si sería lo suficiente hombre para soportar lo que viniera después de que ella lo hubiera dicho. No osaba hablar de nuevo; tenía miedo de que si usaban la fuerza conmigo mi madre hablara para salvarme. Y cuando lo supieran, cuando empezaran a preguntarme a mí...

Debió sentir algo porque se volvió hacia mí y me miró; movió sus hombros debajo de la áspera tela de su hábito como si una mano la hubiera rozado. Cuando sus ojos se encontraron con los míos me di cuenta de que no había nada que hacer con el poder. Intentaba, como hacen las mujeres, decirme algo con los ojos. Era un mensaje de amor y de seguridad, pero en una escala humana; y yo no pude entenderlo. Luego se dirigió a Vortigern.

—Eliges extraños lugares para tus preguntas, rey. ¿Piensas realmente que hablaré de estas cosas aquí, en este salón y ante toda esta gente?

Vortigern vaciló unos instantes y sus cejas ocultaron sus ojos. Había gotas de sudor en su rostro y sus manos se agarraban a los brazos de la silla. Susurraba como las cuerdas de un arpa. La tensión se extendió por todo el salón, casi visiblemente. Noté que mi piel temblaba y una fría sacudida de miedo corrió por mi espalda.

Uno de los sacerdotes se inclinó hacia el rey y le susurró algo al oído. Vortigern asintió.

—Que salga todo el mundo. Los sacerdotes y los magos que se queden.

A regañadientes, con un murmullo de descontento, la gente empezó a salir. Los sacerdotes permanecían quietos: más o menos una docena de hombres con largas túnicas, detrás de los sillones del rey y la reina. Uno de ellos, el que antes había hablado con el rey, un hombre alto que se acariciaba la barba gris con una mano sucia y llena de anillos, estaba sonriendo. A juzgar por sus ropas, debía ser el principal de todos ellos. Busqué en sus rostros señales del poder, pero a pesar de que iban vestidos con ropas de sacerdote, no pude ver nada más que muerte. Muerte en todos sus ojos, más de la que había visto en toda mi vida. De nuevo el frío sacudió mis huesos.

Me mantuve sin ninguna resistencia entre las garras de los soldados.

—Dejadlo —dijo Vortigern—. No tengo ninguna intención de hacer daño al hijo de lady Niniane. Pero tú, Merlín, si te mueves o hablas antes de que yo te lo permita, te haré sacar del salón.

La espada se separó de mi costado, pero el hombre siguió teniéndola dispuesta. Los guardias se alejaron medio paso de mí y yo no me moví ni hablé. Desde que era niño, nunca me había sentido tan desvalido, tan

desnudo de conocimiento o de poder, tan olvidado de Dios. Sabía con amargura que incluso si estuviera en la cueva de cristal con el fuego llameante y los ojos de mi maestro fijos en mí, no podría ver nada. De repente recordé que Galapas había muerto. Quizá, pensé, el poder me había venido de él y se había ido con él.

El rey había vuelto la mirada hacia mi madre. Se inclinó hacia ella y sus ojos eran duros y atentos.

—Y ahora, señora, ¿quieres responder a mi pregunta?

—Naturalmente —contestó—. ¿Por qué no?

Capítulo VIII

Había hablado con tanta calma que la mirada del rey se llenó de sorpresa. Ella se retiró la capucha del rostro y levantó los ojos.

—¿Por qué no? No veo ningún mal en ello. Te lo habría dicho antes, si me lo hubieras preguntado de otra manera y en otro sitio. Ahora ya no importa que los hombres lo sepan; yo ya no vivo en el siglo y no me encontraré con la mirada del mundo ni tendré que oír su voz. Y puesto que mi hijo también se ha retirado del mundo, sé que no le importará demasiado lo que el mundo diga de él. Por eso te diré lo que deseas saber y, cuando te lo haya dicho, comprenderás por qué no había hablado de ello antes, ni siquiera a mi padre, ni a mi propio hijo.

Ahora ya no me demostraba ningún temor. Incluso sonreía. No me había vuelto a mirar. Yo intentaba desviar mi vista de ella, mantener mi rostro sin expresión. No tenía ni idea de lo que pensaba decir, pero adivinaba que no me traicionaría. Estaba jugando algún juego que sólo le pertenecía a ella y estaba segura de que aquello desviaría el peligro de mí. Estaba seguro de que no diría nada de Ambrosius. Pero todavía la muerte se cernía en la estancia. Afuera había empezado a llover y la tarde se convertía en crepúsculo. Un criado entró con unas antorchas, pero Vortigern lo hizo salir. Si hay que ser justos, creo que lo hizo por mi madre, pero yo pensé: Ahora sí que no tendré ninguna ayuda, una luz, un juego...

—Habla, pues —dijo Vortigern—. ¿Quién engendró a tu hijo?

—No lo vi nunca —hablaba con sencillez—, era un hombre totalmente desconocido —se calló, luego continuó sin mirarme, con los ojos fijos en el rey—. Mi hijo me perdonará, porque todavía es muy pronto para que sepa estas cosas, pero tú me has obligado y creo que lo entenderá.

Vortigern me lanzó una ojeada y yo la recogí con indiferencia. Ahora estaba seguro de mi madre.

—Era muy joven —continuó—, tenía unos dieciséis años, y pensaba, como hacen las muchachas en el amor; sucedió una vigilia de San Martín, después de que mis damas y yo nos hubiéramos acostado. La muchacha que dormía en mi habitación se había dormido y las otras estaban en otro dormitorio, pero yo no podía dormir. Al cabo de un rato me levanté y fui a la ventana. Era una noche clara, con luna. Cuando volví a la cama vi lo que creí que era un hombre joven, de pie en el centro de la habitación. Era elegante y joven, vestido con una túnica y una larga capa, con una corta espada en su costado. Llevaba ricas joyas. Mi primer pensamiento fue que había entrado por otra habitación mientras mis doncellas dormían; mi segundo pensamiento fue que yo iba en camisa, descalza y con el pelo suelto. Pensé que quería hacerme daño y, cuando abría la boca para llamar y despertar a las mujeres, el joven sonrió y, con un gesto para que no gritara, me hizo comprender que no quería hacerme ningún daño. Luego dio un paso hacia las sombras y cuando fui tras él vi que no había nadie allí.

Hizo una pausa. Nadie habló. Entonces recordé las historias que me contaba cuando era niño. El salón estaba silencioso, pero noté que los hombres que tenía detrás de mí temblaban, como si desearan marcharse. La boca roja de la reina estaba entreabierta, en parte por la sorpresa, en parte (pensé) por la envidia.

Mi madre miró el muro que se levantaba encima de la cabeza del rey y prosiguió:

—Pensé que había sido un sueño o una fantasía de la luna. Me acosté y no dije nada a nadie. Pero él vino de nuevo. No siempre de noche ni cuando estaba sola. Por lo tanto, comprendí que no era un sueño, sino un espíritu familiar que quería algo de mí. Yo rezaba, pero él volvía. Volvía cuando estaba con mis doncellas, tejiendo, o cuando caminaba por el huerto de mi padre, los días de buen tiempo. Sentía su contacto en mis brazos, su voz en mi oído. Pero no lo veía y nadie lo oía, excepto yo.

Se llevó la mano al pecho y cogió la cruz. El gesto pareció tan natural que me quedé sorprendido, hasta que comprendí que era un gesto natural en realidad, pero que no cogía la cruz para protegerse sino por el contrario para pedir perdón.

Pensé que no debía temer al Dios cristiano por su mentira, sino que debía tener miedo por mentir de aquella manera acerca de las cosas del poder. Los ojos del rey, fijos en ella, eran orgullosos y, pensé, exultantes. Los sacerdotes la contemplaban como si quisieran comerse vivo su espíritu.

—Entonces, aquel invierno volvió. Volvió de noche. Nunca estaba sola en mi habitación, pero él atravesó ventanas y puertas, atravesó paredes y se acostó conmigo. No volví a verlo nunca, pero oí su voz y sentí su cuerpo. Después, llegado el verano, cuando ya estaba grávida, me dejó —hizo una pausa—. Deben haberte contado que mi padre me golpeó y me encerró; que cuando nació el niño no quiso que le pusieran el nombre de un príncipe cristiano sino el del dios vagabundo, el dios que no tiene casa y que su hogar es el aire. Pero yo siempre le he llamado Merlín porque el día de su nacimiento un halcón salvaje pasó por la ventana, se inclinó sobre la cuna y me miró con los ojos de mi amante.

Entonces su mirada se encontró con la mía, como un relámpago. Aquello era cierto. Y el nombre de Emrys también; me lo había puesto a pesar de todos ellos; después de todo, había guardado muchas cosas de mi padre para mí.

—Creo que todo lo que te he contado no debe haberte sorprendido mucho. Debes haber oído rumores de que mi hijo no es un muchacho común... No siempre es posible guardar silencio y sé que han corrido muchas habladurías. Pero ahora te he contado la verdad, abiertamente. Por eso, Vortigern, te ruego que nos dejes marchar en paz a nuestros respectivos conventos.

Al terminar se hizo el silencio. Inclinó la cabeza y de nuevo se la cubrió para ocultar su rostro. Miré al rey y a los hombres que tenía a mi espalda. Creía que estaría enfadado, impaciente, pero, para mi sorpresa, sonreía y su

frente estaba despejada. Abrió la boca para contestar a mi madre, pero la reina se le adelantó. Se dirigió a los sacerdotes y, por primera vez, les habló.

—¿Es posible, Maugan?

El hombre alto, el sacerdote de la barba, le contestó. Hablaba sin vacilar, suavemente y con un énfasis sorprendente:

—Sí, mi señoría, es posible. ¿Quién no ha oído hablar de estas criaturas del aire y de las tinieblas, que se ceban en los hombres y las mujeres mortales? En mis estudios y en muchos de los libros que he leído, he encontrado historias de niños que han venido al mundo de esta manera —me miró, acariciándose la barba, y luego habló dirigiéndose al rey.

—En efecto, mi señor, tenemos la autoridad de nuestros antepasados. Ellos sabían muy bien que ciertos espíritus rondaban el aire por la noche, entre la luna y la tierra, y cohabitaban con mujeres mortales en forma de hombres. Es ciertamente posible que esta real señora, esta virtuosa real señora, fuera víctima de una tal criatura. Sabíamos, y ella misma lo ha dicho, que esto se había rumoreado durante años. Yo mismo hablé con una de sus doncellas, la cual me dijo que el niño sólo podía haber sido engendrado por el diablo puesto que ningún hombre se había acercado a ella. También oí cosas extrañas acerca del hijo, cuando era niño. En efecto, rey Vortigern, la historia de esta señora es cierta.

Ya nadie volvió a mirar a Niniane. Todos los ojos se habían concentrado en mí. En el rostro del rey noté una expresión ávida e inocente, una especie de anhelante satisfacción cómo la de un niño, o como la de un animal salvaje cuando está a punto de alcanzar su presa. Desorientado, mantuve la boca cerrada y esperé. Si los sacerdotes creían a mi madre y Vortigern creía a los sacerdotes, yo no sabía qué daño podían causarme. No se había hecho la menor alusión a Ambrosius. Maugan y el rey parecían correr con gran satisfacción por el camino que les había abierto mi madre.

El rey echó una mirada a mis guardias, que se habían echado hacia atrás por miedo, sin duda, de estar tan cerca de un hijo del diablo; volvieron a acercarse a una señal de Vortigern. El que estaba a mi derecha todavía tenía la espada a punto, pero esta vez junto a él, fuera de la vista de mi madre, y no con mano muy firme. El de mi izquierda había sacado subrepticiamente la suya de la vaina. Ambos respiraban pesadamente y noté que tenían miedo.

Los sacerdotes asentían pensativamente y descubrí que algunos de ellos tenían las manos ante sí y hacían el signo para protegerse del encantamiento. Parecía que creían a Maugan, que creían a mi madre, que veían en mí al hijo del diablo. Todo lo que había ocurrido era que lo que ella les había contado confirmaba sus propias creencias, los viejos rumores. De hecho, la habían hecho venir por eso, y ahora, me miraban con satisfacción, pero también con cauteloso temor.

Yo estaba perdiendo mi propio miedo. Empezaba a comprender lo que deseaban. La superstición de Vortigern era legendaria. Recordaba lo que Dinias me había contado acerca del fuerte que se derrumbaba y los informes de los adivinos del rey de que estaba embrujado. Era posible que, a causa de

los rumores acerca de mi nacimiento y, quizás, a causa de los poderes infantiles que yo había demostrado tener antes de irme de casa, pensaran que podría aconsejarles o ayudarles. Si era así, si me habían traído allí a causa de mis poderes, posiblemente había algún sistema para ayudar a Ambrosius respecto al campo enemigo. Quizá, después de todo, el dios me había conducido hasta allí, quizá todavía estaba conmigo. Ponte en su camino... Bueno, solamente se puede utilizar lo que se tiene a mano: si no tenía poder, tenía conocimientos.

Retrocedí con el pensamiento al día en que estuvimos cerca del Fuerte del Rey, a la mina inundada debajo del despeñadero hasta la que el sueño me había conducido. Ciertamente, sería capaz de decirles por qué sus cimientos se derrumbaban. Era una respuesta de ingeniería, no de magia. Pero, al encontrarme con los ojos de ostra de Maugan, al ver sus sucias manos ante sí, pensé que seguramente deseaban una respuesta mágica, y que una respuesta mágica tendrían. Incluido Vortigern. Levanté la cabeza; creo que debí sonreír al decir:

—¡Rey Vortigern!

Fue como echar una piedra en un charco, tan silenciosa estaba la estancia, tan concentrada en mí.

Continué con fuerza:

—Mi madre te ha explicado lo que le preguntabas. No dudo de que ahora me dirás cómo puedo serte útil; pero antes quiero pedirte que cumplas tu real promesa y que la dejes marchar.

—Lady Niniane es nuestra huésped de honor.

La respuesta del rey pareció automática. Miró hacia las arcadas abiertas que daban al río, en donde las blancas agujas de la lluvia contrastaban con la oscuridad del cielo gris.

—Ambos sois libres de ir adonde queráis —continuó—, pero éste no es tiempo para emprender el largo viaje de vuelta a Maridunum. Seguramente preferirás pasar la noche aquí, señora, y esperar a que mañana amanezca sin lluvia —se levantó y la reina le imitó—. Las habitaciones ya están preparadas; la reina te acompañará a tus aposentos para que te arregles para cenar con nosotros. Aquí nuestra corte y nuestras habitaciones son humildes, pero están todas a tu disposición. Mañana te escoltarán hasta casa.

—¿Y mi hijo? —se había levantado—. Todavía no nos has dicho por qué nos has hecho venir.

—Tu hijo puede serme útil. Tiene poderes que pueden servirme. Ahora, señora, si quieres ir con la reina yo hablaré con tu hijo y le diré lo que deseo de él. Créeme, es tan libre como tú. Sólo le he tenido prisionero hasta que me has dicho la verdad que yo quería oír. Tengo que darte las gracias por haberme confirmado lo que ya me imaginaba —levantó la mano—. Te juro, lady Niniane, por el dios que tú quieras, que no utilizaré su nacimiento en su contra, ni ahora ni nunca.

Mi madre lo miró unos instantes, luego inclinó la cabeza e, ignorando el gesto del rey, vino hacia mí con las manos extendidas.

Me acerqué y se las tomé entre las mías. Eran pequeñas y frías. Yo era más alto que ella y tuvo que levantar la cabeza para que viera los ojos que recordaba: había ansiedad en su mirada, así como las reminiscencias de la ira y algún mensaje dicho urgentemente en silencio.

—Merlín, no hubiera querido que te enteraras de esta forma. Hubiera querido evitártelo —dijo, pero no era aquello lo que sus ojos me estaban diciendo.

Le sonreí y le dije cuidadosamente:

—Madre, no me has dicho nada que me haya sorprendido. En efecto, no hay nada acerca de mi nacimiento que no conozca ya. Puedes estar tranquila.

Retuvo la respiración y sus ojos buscaron algo en mi rostro. Yo proseguí lentamente:

—Quienquiera que sea mi padre, no puede causarme ningún daño. Ya has oído lo que ha prometido el rey. Eso es todo lo que necesitábamos saber.

No pude adivinar cómo había captado mi mensaje porque sólo se había fijado en lo que le había dicho primero.

—¿Lo sabías? ¿Lo sabías?

—Lo sabía. ¿No te imaginas que durante todos estos años que he estado lejos de ti, con todas las cosas que he aprendido, no he adivinado quién era mi padre? Hace ya algunos años que mi padre se me dio a conocer y no existe nada acerca de mi nacimiento de lo que pueda sentirme avergonzado.

Me miró largos instantes; luego asintió y los párpados le ocultaron los ojos. Su rostro había subido débilmente de color. Me había comprendido.

Se volvió al tiempo que se colocaba de nuevo el capuchón para ocultar el rostro y descansó su mano en el brazo del rey. Salió del salón entre Vortigern y la reina; sus dos acompañantes la siguieron. Los sacerdotes se quedaron. Hablaban como cluecas, cuchicheaban y me miraban. Yo no les hice caso y observé a mi madre que se iba.

El rey se detuvo en la puerta y pude oír su voz que despedía a mi madre. Afuera, una muchedumbre esperaba; dejaron sitio a Rowena, a Niniane y a la media docena de mujeres que iban tras ellas. Oí el susurro de sus ropas y las voces de las mujeres se desvanecieron tras el rumor de la lluvia. Vortigern esperó en la puerta, viéndolas marchar. La lluvia caía con un ruido semejante a la corriente de un río. Oscurecía rápidamente.

El rey se volvió hacia nosotros y se acercó.

Capítulo IX

Me rodearon con un molesto murmullo, pero se mantuvieron unos pasos lejos de mí, en círculo, como perros antes de atacar. La muerte se cernía de nuevo en el salón; pude sentirla, pero no lo creí o no lo entendí. Hice un movimiento, como si fuera a seguir a mi madre y las espadas de mis guardianes centellearon. Me quedé quieto y dije bruscamente al rey:

—¿Qué significa esto? Me has dado tu palabra. ¿Tan pronto te retractas?

—No me retracto. Te he dicho que me podías ser útil, que nunca utilizaría tu cuna en contra tuya. Y es cierto. Te he hecho venir ante mí precisamente porque sé quién eres, porque no eres hijo de ningún hombre. Me serás útil, Merlín, por ser quien eres.

—¿Y bien?

Subió los peldaños de la tarima hasta el trono y se sentó de nuevo. Sus movimientos eran lentos y deliberados. Todos los hombres se habían apretujado a nuestro alrededor y, con ellos, los portadores de antorchas. El salón se llenó de luz humeante, del susurro y del crujido del cuero, de la estridencia de las cotas de malla. Afuera, la lluvia seguía cayendo.

Vortigern se inclinó hacia adelante, la barbilla apoyada en el puño.

—Merlín, hoy hemos sabido lo que ya sospechábamos en parte: que tú no eras hijo de hombre sino de diablo. Por lo tanto, no puedes exigir la merced de ningún hombre. Pero, dado que tu madre es la hija de un rey y que se te debe algo, voy a decirte por qué te he traído aquí. Quizá ya sabes que estoy construyendo un fuerte en la roca llamada La Fortaleza.

—Todo el mundo lo sabe —dije— y todo el mundo sabe también que las murallas caen cuando llegan a la altura de un hombre.

Asintió.

—Mis magos y mis sabios, mis consejeros, me han dicho el porqué: los fundamentos no están lo suficientemente bien asentados.

—Bien —dije—, eso me parece muy sensato.

Junto a los sacerdotes, a la derecha del rey, había un hombre alto. Sus ojos brillaban de cólera bajo sus blancas cejas. Me observaba fijamente y me pareció descubrir una especie de piedad en su mirada. Mientras yo hablaba, se llevó una mano a su barba como si quisiera ocultar una sonrisa.

El rey pareció no haberme oído.

—Me dicen —prosiguió—, que un fuerte de rey debe construirse en sangre.

—Naturalmente, deben hablar en metáforas, ¿no? —pregunté educadamente.

De súbito, Maugan golpeó el suelo con su cayado:

—¡Lo dicen literalmente! —gritó—. ¡La argamasa tiene que mezclarse con sangre! La sangre debe estar en los fundamentos. En la antigüedad, ningún rey construía una fortaleza sin seguir este rito. La sangre de un hombre fuerte, de un guerrero, hace que los muros se mantengan en pie.

Hubo una difícil pausa. Mi corazón había empezado a latir en lentos y duros golpes que hacían saltar la sangre de mis dientes.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —pregunté fríamente—. Yo no soy un guerrero.

—Tampoco eres un hombre —dijo el rey agriamente—. Y los magos me han revelado que debo buscar a un muchacho que no haya tenido nunca padre para echar su sangre en los fundamentos.

Lo miré fijamente y luego observé el círculo de rostros que me rodeaba. Había susurros, cuchicheos, y pocos ojos se encontraron con los míos; pero en todos los rostros pude observar la muerte que había notado desde el momento en que entré en el salón.

Volví a mirar al rey.

—¿Qué porquería es ésa? Cuando dejé Gales, éste era un país de hombres civilizados y de poetas, de artistas y estudiantes, de guerreros y reyes que luchaban y mataban por su país, abiertamente y a la luz del día. Y ahora me hablas de sangre y de sacrificios humanos. ¿Acaso quieres hacer volver al Gales actual hacia los ritos antiguos de Babilonia y Creta?

—No he hablado de «sacrificios humanos» —dijo Vortigern—. Tú no eres hijo de ningún hombre, recuérdalo.

En el silencio, la lluvia golpeaba el fango que se había formado en el piso del exterior. Alguien se aclaró la garganta. Capté la fiera mirada azul del viejo guerrero: no me había equivocado, había piedad en ella. Pero incluso los que se apiadaran de mí no moverían una mano contra aquella estupidez.

Por lo menos, todo se había aclarado. Nada tenía que ver con Ambrosius ni con mi madre. Ella estaba a salvo desde el momento en que había confirmado lo que deseaban que confirmara. Incluso la honraban, a partir del momento en que les había proporcionado lo que deseaban. Y Ambrosius no había estado nunca en su pensamiento. No estaba allí como hijo suyo, como su espía, su mensajero; a quien querían era al «hijo del diablo» para matarlo en aras de su cruel y sucia magia.

Y, sorprendentemente, lo que habían obtenido no era ningún hijo del diablo, ni siquiera el muchacho que una vez había creído tener el poder en sus manos. Todo lo que habían conseguido era un joven -humano sin más poder que su sabiduría humana. Pero, por el dios, pensé, aquella sabiduría me bastaría... Había aprendido lo suficiente para que, con o sin poder, pudiera combatirlos con sus propias armas.

Intenté sonreír al mirar a Maugan y a los otros sacerdotes. Todavía hacían la señal contra mí y, de nuevo, Maugan golpeó su pecho con el cayado como si así se protegiera contra mí.

—¿Y cómo podéis estar seguros de que mi padre, el diablo, no vendrá en mi ayuda?

—Sólo son palabras, rey. No hay tiempo para escucharle. —Maugan habló rápido y en voz alta; los otros sacerdotes se apresuraron a rodear la silla del rey y hablaron todos a la vez:— Sí, mátalo ahora. No hay tiempo que perder. Llévalo al despeñadero y mátalo en seguida. Ya verás cómo los dioses se apaciguarán y las murallas se mantendrán firmes. Su madre no lo sabrá y, si lo sabe, ¿qué puede hacer contra ti?

Hubo un movimiento general, como perros que me cercaban. Intenté pensar, pero mi mente estaba vacía de pensamientos coherentes. El aire se estancaba y se ensombrecía. Ya olía mi sangre, y las espadas, abiertamente contra mí, relampagueaban a la luz de las antorchas. Fijé mis ojos en el metal e intenté vaciar mi mente, pero todo lo que pude ver fue el esqueleto de Galapas en la colina, a la luz de la luna, con las alas de los pájaros que lo cubrían... Entonces, dirigiéndome a los hombres armados, dije.

—Decidme una cosa: ¿Quién mató a Galapas?

—¿Qué dice? ¿Qué dice el hijo del diablo? —la pregunta se extendió y retumbó por toda la estancia. Una voz dura gritó:

—Dejadlo hablar —era el viejo guerrero de barba gris.

—¿Quién mató a Galapas, el mago que vivía en Bryn Myrddin, en la colina cerca de Maridunum?

Casi lo grité. Mi voz me sonó extraña incluso a mí. Todos quedaron en silencio; miraron hacia otra parte sin entenderme.

—¿El anciano? —preguntó Vortigern—. Dijeron que era un espía.

—Era un mago y, también, mi maestro —dije—. El fue quien me enseñó, Vortigern.

—¿Qué te enseñó?

—Bastante —sonreí—. Lo suficiente para saber que estos hombres son estúpidos y charlatanes. Muy bien, Vortigern. Llévame al despeñadero y trae los cuchillos contigo; que vengan también tus adivinos. Enséñame la fortaleza, esas murallas que se derrumban; veremos si no puedo decirte, mejor que todos ellos, por qué tu fuerte no se mantiene firme. ¡El hijo de nadie! —grité con ira—. Eso es lo que estos estúpidos viejos conjuran cuando no saben qué decir. ¿No se te ha ocurrido pensar, rey, que el hijo de un espíritu de las tinieblas puede tener una magia que aventaje los sortilegios de estos viejos tontos? O que si lo que dicen es cierto, si mi sangre puede hacer que las piedras se mantengan firmes, ¿por qué han esperado a que cayeran, no una vez, ni dos, sino cuatro veces, antes de darte la solución? Déjame ver el lugar una sola vez y te la daré yo. Por el Dios de los dioses, Vortigern, si mi sangre muerta puede mantener firme tu fortaleza, ¿acaso no podrá más mi cuerpo vivo?

—¡Brujería! ¡Brujería! ¡No le escuches! ¿Qué puede saber de estas cosas un muchacho? —empezó a gritar Maugan; y los demás sacerdotes parlotearon tras él. Pero el viejo guerrero dijo, con un brusco gruñido—:

Dejadlo que lo intente. No hay ningún mal en ello. Vortigern, la ayuda te vendrá de dios o del diablo. Dejad que lo intente, digo.

Y por toda la sala se oyó el eco de la muchedumbre que no debía sentir mucho aprecio hacia los sacerdotes:

—¡Dejadlo probar!

Vortigern refunfuñaba, indeciso; su mirada iba de Maugan a los guerreros y luego a las grises arcadas tras las cuales caía la lluvia.

—¿Ahora? —preguntó.

—Sí, ahora es mejor —dijeron—. No tenemos mucho tiempo.

—No —dije claramente—, no tenemos mucho tiempo —de nuevo se hizo el silencio y todos los ojos convergieron en mí—. La lluvia es espesa, Vortigern. ¿Qué clase de rey es aquél cuya fortaleza se derrumba a causa de un chaparrón? Volverás a encontrar tus murallas destruidas. Eso sucede porque las construyes de noche, con hombres ciegos por consejeros. Llévame a la cima de tu despeñadero y te diré por qué caen las murallas.

Y si me escuchas a mí en lugar de a estos sacerdotes de la oscuridad, te diré cómo construirlas de nuevo a la luz del día.

Mientras hablaba cesó el aguacero, como si se hubiera cerrado una espita. En el súbito silencio, las bocas de los hombres se abrieron de asombro. Incluso Maugan se había quedado sin habla. Luego, como si se corrieran unas cortinas oscuras, salió el sol. Me reí:

—¿Ves? Ven, rey, llévame cerca de las murallas y te diré, a la luz del sol, por qué se derrumban. Pero trae también las antorchas, las necesitaremos.

Capítulo X

Antes de llegar al pie del despeñadero ya me había dado cuenta de que no estaba equivocado. Arriba se veían los trabajadores que se arremolinaban a un extremo de la roca, esperando al rey, y algunos de ellos empezaban a bajar para salirle al encuentro. El capataz llegó jadeante; era un hombre fornido, abrigado con unos ásperos sacos a guisa de capa, todavía brillantes de humedad. Parecía que no se había dado cuenta de que la lluvia había cesado. Estaba pálido, los ojos bordeados de rojo como si hiciera varias noches que no hubiera dormido. Se detuvo a tres pasos de nosotros, miró nerviosamente al rey y se pasó el mojado dorso de la mano por el rostro.

—¿Otra vez? —preguntó Vortigern brevemente.

—Sí, mi señor, y nadie puede decir que sea culpa nuestra, eso puedo jurarlo. Ni la vez anterior, ni las otras veces. Ayer pudiste ver cómo trabajábamos con este tiempo, cómo limpiábamos el lugar para empezar de nuevo sobre la roca sólida. Y es roca sólida, mi señor, lo juro. Pero las paredes se derrumban —se humedeció los labios y su mirada se encontró con la mía; la retiró en seguida y comprendí que sabía lo que el rey y sus adivinos planeaban—. ¿Vas a subir, mi señor?

—Sí. Haz que los hombres despejen el lugar.

El hombre tragó saliva, se volvió y empezó a subir corriendo el tortuoso sendero. Le oí gritar. Habían traído una muía: el rey la montó y me ataron la muñeca a los arneses. Mago o no, se iba a realizar el sacrificio sin ninguna posibilidad de escaparme si no se comprobaba que decía la verdad. Mis guardianes se mantuvieron cerca de mí. Los oficiales y cortesanos del rey nos rodearon hablando en voz baja, pero los sacerdotes se mantuvieron alejados, desconfiados. Pude descubrir que no temían demasiado el resultado de la prueba; sabían tan bien como yo que su magia era el poder de sus dioses y que la ilusión trabajaba mucho en estos casos. Estaban seguros de que no podría hacer mucho más que ellos; que, incluso si yo era uno de los suyos, encontrarían un sistema para derrotarme. Todo lo que podía hacer en contra de sus ritos era, pensaban, aquella clase de alardes que les eran familiares; y era una casualidad que la lluvia hubiera cesado y el sol hubiera salido cuando yo hablaba.

El sol reverberaba en la húmeda hierba de la cima del despeñadero. Estábamos encima del valle en el que el río corría como una brillante serpiente entre sus verdes márgenes.

El vapor se levantaba de los tejados del campamento. Alrededor del palacio de madera y de las construcciones, las pequeñas tiendas se desparramaban como setas y los hombres no se veían mayores que piojos entre ellas. Era un lugar magnífico, un verdadero nido de águilas. El rey detuvo la muía en un bosquezuelo de robles doblados por el viento, y señaló hacia debajo de sus ramas casi desnudas.

—Ayer se podían ver los muros del este desde aquí.

Al otro lado del robledal había una estrecha franja, un cercado natural de roca a lo largo del cual los trabajadores y sus animales habían construido un amplio sendero. El Fuerte del Rey era una escabrosa torre de roca, bordeada en uno de sus lados por el cercado natural mientras que los otros tres terminaban en ásperos despeñaderos. Su cima era una meseta de una extensión de unos cien pasos por cien pasos, y en otra época había tenido hierba silvestre, unos cuantos árboles y matorrales. Ahora había un cenagal de barro revuelto entre las ruinas de la torre encantada. En tres de sus costados, los muros alcanzaban casi la altura de los hombros; en el- cuarto, la pared recién resquebrajada era sólo un caos de piedras amontonadas, algunas medio cubiertas por el barro, otras precariamente conservadas sobre la roca. Pesadas estacas de pino se levantaban aquí y allá, sostenían trozos de tela para proteger los trabajos de la lluvia. Algunas de las cubiertas se habían allanado, otras habían sido arrastradas por el reciente derrumbamiento. En aquéllas, el agua de lluvia combaba la tela, o bien se habían caído a causa del peso de la humedad. Todo estaba enlodado y los charcos reinaban por doquier.

Los trabajadores se habían retirado del lugar y estaban amontonados en un extremo de la meseta, cerca de la franja de rocas. Estaban silenciosos y el miedo se asomaba a sus rostros. Pero noté que el temor no provenía de la posible cólera del rey a causa de lo sucedido en los trabajos, sino de la fuerza que creían oculta allí y que no entendían. En la entrada del cerco había guardianes: de no ser por ellos no quedaría ni un trabajador en el lugar.

Los guardias habían entrecruzado sus lanzas, pero cuando reconocieron al rey las retiraron. Levanté la vista hacia el rey:

—Vortigern, no puedo escaparme a no ser que salte por el despeñadero y así rociaría con mi sangre el lugar que ha señalado Maugan. Pero no puedo saber lo que ocurre con los fundamentos si no me dejas.

Sacudió la cabeza y uno de los guardias me dejó en libertad.

Yo caminé hacia adelante. La muía me siguió, pateando cuidadosamente entre el barro espeso. Los otros vinieron detrás. Maugan se había apresurado y hablaba urgentemente con el rey, de cuya conversación pude captar palabras aisladas:

—Trampa... escapará... ahora o nunca... sangre...

El rey se detuvo y la gente con él. Alguien dijo:

—Aquí, muchacho —me volví y descubrí el hombre de la barba gris que levantaba un cayado.

Sacudí la cabeza y le volví la espalda; seguí caminando hacia adelante, solo.

Había agua en todas partes, agua que brillaba en los charcos, entre los montoncillos de hierbas o en los ensortijados dedos de las ramas jóvenes que se destacaban entre la pálida hierba de invierno. La roca gris también brillaba. Mientras caminaba tuve que semicerrar los ojos para evitar que el centelleo de la humedad me deslumbrara.

Había caído la pared oeste, construida muy cerca del despeñadero y, a pesar del hundimiento que se había verificado en el interior, todavía quedaba un montón de piedras que se mantenían firmes justo en el borde del despeñadero, en donde un nuevo derrumbamiento mostraba la argamasa. En el muro del norte había un espacio en donde se pensaba construir la entrada; crucé por allí entre los cascotes y los aparejos de los trabajadores y me dirigí al centro de la torre.

Allí el suelo era una espesa mezcla de barro y piedras que brillaban al sol. El sol que se estaba poniendo, que lanzaba sus últimos rayos antes de oscurecerse y que me deslumbraba mientras examinaba la pared derrumbada, las rajas, el ángulo de caída y todas las habladurías que corrían a su respecto.

Durante todo el tiempo fui consciente de los murmullos y las charlas de la gente. De vez en cuando el sol se reflejaba en los filos de las armas. La voz de Maugan, alta y potente, se dejaba sentir sin cesar. Pronto, si yo no decía o no hacía nada, la gente le escucharía.

Sentado en su mula, el rey podía verme desde donde estaba a través del hueco de la entrada norte, pero la mayoría de los demás no podían distinguirme. Trepé —o mejor, subí, tal como correspondía a mi dignidad— por los escombros del muro derrumbado hasta que me destaqué claramente de lo que quedaba de la construcción y todos pudieron verme. No se trataba sólo de impresionar al rey.

Desde aquel lugar tenía que ver el declive por el que habíamos subido e intentar, ahora que me destacaba de los demás, descubrir el camino que había seguido, años antes, para ir a la galería.

Las voces aumentaban impacientes; entonces levanté los brazos hacia el sol en una especie de gesto ritual que había visto hacer a los sacerdotes para llamar a los espíritus. Si hacía alguna representación como mago, quizá lograría mantener a los sacerdotes en la duda y al rey en la esperanza, hasta que pudiera recordar. No tenía tiempo de ir husmeando por el bosque como un perro en busca de su presa: tenía que guiarlos sin vacilación y con rapidez, como el halcón me había guiado a mí una vez.

Y la suerte me ayudó. Cuando levanté los brazos el sol se ocultó y la oscuridad se hizo más espesa.

Sin el fulgor de la luz ante mis ojos, pude ver mejor. Miré a lo largo del cercado natural hasta la colina por la que había subido hacía años para alejarme de la muchedumbre que rodeaba a los dos reyes. Los declives estaban cubiertos de vegetación, más de lo que recordaba. En la depresión de la ladera empezaban a crecer las hojas y los árboles se oscurecían con los espinos y los cardos. No podía reconocer el camino que había hecho entre la vegetación de invierno. Escudriñaba en la creciente oscuridad, intentando retroceder en el recuerdo y pensar en el muchacho que había ido por allí.

Habíamos venido del valle abierto, a lo largo del río, debajo de los macizos árboles, por encima de aquella loma baja, hasta llegar a la depresión de la ladera. Los reyes, con Camlach, Dinias y los demás, se habían instalado en el declive sur, más abajo del pequeño robledal. Los

fogones se habían instalado allí, los caballos aquí. Era por la mañana y yo había caminado hollando mi propia sombra.

Me había sentado a comer al abrigo de una roca..

Ya lo tenía. Una roca gris, partida por una joven encina. Y al otro lado de la roca los reyes habían caminado, habían subido hasta el Fuerte del Rey. Una roca gris, hendida por una encina, junto al sendero. Y desde allí hacia el escarpado bosquecillo, a través del cual el halcón me había enseñado el camino.

Bajé los brazos y me volví. El crepúsculo había llegado rápidamente con el despertar de las nubes grises. Debajo de mí las laderas de las montañas parecían más macizas con la oscuridad. Detrás de Vortigern, las masas de nubes estaban bordeadas de amarillo y una mecha de luz brumosa envolvía las colinas más lejanas. Los hombres eran siluetas oscuras y sus capas revoloteaban en la húmeda brisa. Las antorchas refulgían.

Descendí lentamente de mi atalaya. Al llegar al centro de la torre me detuve, totalmente a la vista del rey, y tendí las manos hacia adelante, con las palmas mirando al suelo, como si adivinara lo que yacía debajo de la tierra. Oí los cuchicheos que me rodeaban y la voz desdeñosa de Maugan. Luego dejé caer las manos y me acerqué a ellos.

—¿Bien?

La voz del rey era dura, seca, como un reto. Sus dedos tamborileaban en la silla de montar. Le ignoré, seguí caminando hacia adelante y me dirigí a la parte más compacta de la muchedumbre como si en realidad no estuviera allí. Seguía con las manos a lo largo de mis costados y con la mirada fija en el suelo: vi que sus pies vacilaban, se movían hacia un lado y otro, se separaban para dejarme paso. Me acerqué al cercado de piedra, intentando moverme cadenciosamente y con dignidad sobre el suelo roto y enlodado. Los guardias no intentaron detenerme; cuando pasé junto a uno de los portadores de antorchas levanté una mano y él se puso a mi lado sin decir una palabra.

El sendero que los hombres y los animales habían construido en el costado de la colina era nuevo pero, como ya esperaba, seguía el viejo camino de ciervos por el que habían subido los reyes. A media bajada, inconfundible, encontré la roca. Jóvenes helechos crecían entre las ramas de la encina, que tenía nuevos brotes entre los que le debieron nacer el año pasado. Sin un momento de vacilación, salí del sendero y me dirigí hacia la maraña de vegetación.

Era mucho más espesa de lo que yo recordaba y, evidentemente, hacía mucho tiempo que nadie había pasado por allí, quizá desde que Cerdic y yo nos habíamos abierto camino en aquel lugar. Pero ahora lo recordaba tan claramente como si fuera la mañana de aquel día de invierno. Iba de prisa e, incluso donde los matorrales crecían más altos, intentaba caminar blandamente, sin mirar, atravesándolos como si fueran agua del mar. Al día siguiente pagaría mi dignidad con cortes y rasguños, con todas mis ropas rasgadas, pero no había duda de que en aquel momento mi actitud causaba impresión. Recuerdo que mi capa se enredó en alguna rama: el portador de

la antorcha dio un brinco para desengancharla y me la sostuvo como si fuera un esclavo.

Aquí estaba el soto que subía por la ladera de la cañada. Habían caído más piedras del declive, que se mezclaban entre los matorrales como la espuma de una red recién sacada del agua. Crecían y se amontonaban los arbustos, desnudas bayas de saúco, madreselvas como mechones de pelo, ásperas zarzamoras, hiedras brillantes a la luz de la antorcha.

Me detuve. La muía pateó al pararse junto a mi hombro y la voz del rey dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede? ¿A dónde nos llevas? Te advierto, Merlín, que tu tiempo se acaba. Si no tienes nada que enseñarnos…

—Tengo muchas cosas que enseñaros —levanté la voz para que todos, apretujados detrás del rey, pudieran oírme—. Te enseñaré, rey Vortigern, a ti y a todo hombre que tenga el valor de seguirme, el mágico animal que yace debajo de tu fuerte y se come sus fundamentos. Dame la antorcha.

El hombre me la entregó. Sin volver la cabeza para ver quién me seguía, me adentré en la espesura y separé la vegetación que ocultaba la boca de la antigua mina.

Estaba todavía abierta, bien apuntalada, con el túnel seco que conducía al corazón de la colina.

Tuve que inclinar la cabeza para atravesar el dintel. Entré con la antorcha levantada delante de mí.

Recordaba que la cueva era inmensa, pero estaba preparado para encontrarme con que, como en muchos recuerdos de la niñez, mi memoria hubiera fallado. No obstante, descubrí que era incluso mayor de como la tenía en mi mente. Su vacía oscuridad se había doblado en el gran espejo de agua que ahora cubría todo el suelo, excepto unas rocas sobresalientes a unos seis pasos de la boca del túnel. En aquel gran lago, los salientes de las paredes se alargaban como contrafuertes hasta encontrarse con el ángulo de su propio reflejo y luego se perdían en la oscuridad. En algún lugar profundo se oía el rumor del agua que caía, pero aquí nada destemplaba la bruñida superficie. En donde antes los regueros se habían deslizado como espitas abiertas, había ahora una cortina de ligera y brillante humedad que bajaba imperceptiblemente para engrosar el inmenso charco.

Me adelanté hacia el borde, con la antorcha en alto. La lucecilla de la llama disipó las tinieblas, aquellas tinieblas palpables, más profundas que las de las noches en que la negrura es tan espesa como el pellejo de una bestia salvaje y envuelve a los hombres como una sábana sofocante. Miles de facetas de luz centellearon y refulgieron cuando la llama llegó al pacífico lago. El aire era quieto y frío, lleno de ecos, como un árbol frondoso lleno del canto de los pájaros.

Oí que se acercaban por el túnel. Empecé a pensar rápidamente.

Podía decirles fríamente la verdad. Podía adentrar la antorcha en la oscuridad para señalar los lugares que se derrumbaban bajo el peso de la construcción exterior. Pero dudaba de que me quisieran escuchar. Además,

como decían, no había tiempo. El enemigo estaba en la puerta y lo que Vortigern necesitaba no era lógica e ingeniería; deseaba magia y algo —lo que fuera— que le prometiera una rápida seguridad, a él y a sus leales seguidores. Tenía que creer en la voz de la razón, pero ahora no tenía tiempo para ello. Pensé que lo que él quería era matarme primero y después intentar proseguir los trabajos con mi sangre en la argamasa. Además, también quería perder de vista a los trabajadores.

Los hombres se arremolinaron en la oscura boca del túnel como abejas en la puerta de una colmena. Llamearon más antorchas y la oscuridad retrocedió. El suelo se llenó de capas, del centelleo de las armas y del brillo de las joyas. Los ojos parecían líquidos cuando miraban temerosos a su alrededor y el aliento se convertía en vapor en el frío aire. Se oía el rumor, los cuchicheos, como la gente del pueblo en un lugar sagrado; nadie hablaba en voz alta.

Levanté una mano para llamar al rey; se acercó y se quedó junto a mí en la orilla del lago. Señalé hacia las profundidades: debajo de la superficie, algo —una roca, quizá— brillaba débilmente, con la forma de un dragón. Empecé a hablar lentamente, como si probara el aire que había entre nosotros. Mis palabras cayeron claras y contundentes, como gotas de agua sobre una roca.

—Esta es la magia, rey Vortigern, que yace debajo de tu torre. Por eso tus paredes se derrumban tan pronto como las construyes. ¿Cuál de tus adivinos ha sabido enseñarte lo que yo ahora te muestro?

Dos de los portadores de antorchas se habían acercado con él; los demás permanecían rezagados. La luz aumentaba, ondeando en las paredes, a medida que avanzaban. Las corrientes del agua captaron la luz y esparcieron sus reflejos; pareció que el fuego surgía del lago como gorgoteos de vino que rompieran la superficie. Cuando las antorchas se movían, el agua reverberaba, brillaba, lanzaba rayos y relámpagos de luz que se entremezclaban y se coagulaban en la llana superficie, hasta que el lago pareció fuego líquido, hasta que las paredes húmedas refulgieron como cristales; la cueva de cristal tomaba vida, se movía y me rodeaba; el globo de media noche me cegaba con sus relámpagos.

Respiré hondo y hablé de nuevo:

—Si hicieras desecar este lago, rey Vortigern, encontrarías lo que yace en sus profundidades...

Me callé. La luz había cambiado. Nadie se había movido y el aire estaba silencioso, pero la luz de las antorchas ondeaba al compás de las manos temblorosas que las sostenían. Ya no pude ver al rey: las llamas corrieron entre nosotros. Las sombras se mezclaban entre las corrientes intermitentes del fuego; la cueva estaba llena de ojos, de alas, del golpeteo de los cascos; la furia escarlata de un gran dragón se cebaba en sus presas...

Una voz gritaba, alta y monótona, entrecortada. No podía contener mi respiración. El dolor me sacudió, me envolvió desde las ingles y el vientre como la sangre que mana de una herida. No pude ver nada. Noté que mis manos golpeaban y apretaban. Me dolía la cabeza y la roca era dura y

húmeda debajo de la nuca. Me había desvanecido y, mientras yacía, me estaban matando: mi sangre brotaba, se deslizaba hacia el gran charco y subía hasta los fundamentos de la torre derruida. Mi garganta se ahogaba a causa de la bilis, mis manos estaban dolorosamente atadas a la roca, se desgarraban; tenía los ojos abiertos, pero sólo veía el revoloteo de los estandartes, alas y ojos de lobos, bocas que se abrían entrecortadamente, la cola de un cometa como una tea y las estrellas que atravesaban apresuradamente una lluvia de sangre.

De nuevo el dolor me envolvía: un cuchillo caliente en las entrañas. Grité y, súbitamente, mis manos quedaron libres. Las extendí ante mí para disipar las visiones y, entonces, oí mi propia voz que llamaba, pero no pude saber qué. Frente a mí las visiones relampaguearon, se rompieron, se encendieron con una luz intolerable y luego vino el silencio y las tinieblas.

Capítulo XI

Me desperté en una estancia espléndida, llena de telas bordadas que cubrían las paredes; la luz del sol atravesaba la ventana y formaba manchas redondas en el suelo de madera.

Me moví cautelosamente, tocándome el cuerpo. No me habían herido. Tampoco me quedaba rastro del dolor de cabeza. Estaba desnudo, blanda y cálidamente envuelto en pieles, y mis músculos podían moverse sin ningún envaramiento. Miré deslumbrado hacia la ventana y luego, al volver la cabeza, vi a Cadal de pie junto a la cama con el alivio pintado en su rostro como la luz después de las nubes.

—¡Ya era hora! —exclamó.

—¡Cadal! ¡Por Mitra, qué alegría verte! ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estamos?

—En la mejor habitación para huéspedes de Vortigern. Le has impresionado, joven Merlín, le has impresionado mucho.

—¿Yo? No recuerdo nada. Tenía la impresión de que eran ellos los que me impresionaban. ¿Quieres decir que ya no planean matarme?

—¿Matarte? Mejor diría que quieren guardarte en una cueva sagrada y ofrecerte vírgenes en sacrificio. Lástima que sería un derroche: podría utilizar yo un buen puñado.

—Te las daré todas a ti. ¡Oh, Cadal, qué contento estoy de verte! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Acababa de llegar al convento cuando ellos vinieron a buscar a tu madre. Oí que preguntaban por ella y que decían que te tenían a ti; que os llevarían a ambos en presencia de Vortigern al amanecer. Perdí la mitad de la noche buscando a Marric y la otra media intentando conseguir un buen caballo. Me podría haber ahorrado este trabajo porque tuve que venir en la jaca que tú habías comprado. Incluso al paso que ibais, os llevaba un día de retraso cuando llegasteis a Pennal, y no era por no quereros alcanzar hasta saber por- qué camino seguíais... Bueno, no importa. Llegué aquí ayer al anochecer y me encontré con que esto era un hervidero, corno un panal de abejas sacudido —esbozó media sonrisa—. Solo se oía «Merlín eso, Merlín aquello»... ¡Casi te llamaban «el profeta del rey»! Cuando dije que era tu criado, se apresuraron a traerme aquí. Parecía que no había nadie lo suficiente digno para cuidar a un brujo de tu categoría. ¿Quieres comer algo?

—No... Sí, sí, estoy hambriento —me incorporé entre las almohadas—. Espera, ¿has dicho que llegaste ayer? ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Toda la noche y todo el día. El-sol se está poniendo.

—¿La noche y el día? Entonces... Cadal, ¿qué le ha sucedido a mi madre? ¿Lo sabes?

—Se ha ido, ha ingresado sana y salva al convento. No te preocupes por ella. Ahora come mientras te lo cuento todo. Aquí tienes.

Me acercó una bandeja con un cuenco de humeante caldo y un plato de carne con pan, queso y albaricoques secos. No pude probar la carne, pero comí lo demás mientras Cadal hablaba.

—Ella no sabía una palabra de lo que intentaban hacer, ni de lo que había ocurrido. Cuando preguntó por ti le contestaron que estabas «regiamente instalado» y que «gozabas del más alto favor del rey». Le explicaron que habías ganado a los sacerdotes y que profetizabas mejor que Salomón; que dormías cómodamente. Esta mañana ha venido a echar una ojeada para asegurarse y, al ver que dormías como un niño, se ha marchado. No he tenido oportunidad de hablar con ella, pero la he visto irse. Llevaba una escolta real, puedo asegurártelo; media tropa la acompañaba y sus damas iban en andas tan grandes como la suya.

—¿Has dicho que «profetizaba»? ¿Que «había ganado a los sacerdotes»? —me llevé una mano a la cabeza—. Me gustaría poder recordar... Estábamos en la cueva, debajo del Fuerte del Rey..., supongo que te lo han explicado, ¿no? —le miré fijamente—. ¿Qué ha ocurrido, Cadal?

—¿Quieres decir que no te acuerdas?

Denegué con la cabeza.

—Todo lo que sé —dije— es que iban a matarme para evitar que la torre siguiera derrumbándose, y que yo empecé a alardear. Pensé que si podía desacreditar a los sacerdotes quizá salvaría mi piel, pero lo único que esperaba era conseguir hacer tiempo para poder escaparme.

—Sí, he oído lo que querían hacer. Hay gente tan ignorante como para matarla —me estaba mirando de la manera que yo conocía—. Una bonita manera de alardear, ¿no te parece? ¿Cómo sabías que había un túnel?

—¡Ah, eso! Era muy fácil. Ya había estado por aquí antes, cuando era niño. Hace años, vine a este mismo lugar, con Cerdic, que era mi criado de entonces; iba siguiendo a un halcón entre los árboles cuando encontré el viejo túnel.

—Ya te entiendo. Hay gente que diría que eso es suerte..., si no te conocieran. ¿Supongo que entonces debiste entrar?

—Sí. Cuando oí hablar de los muros que se derrumbaban, pensé en seguida que debía ser a causa de los antiguos trabajos de la mina — entonces le conté todo lo que pude recordar de lo ocurrido en la cueva—. Las luces, el agua que reverberaba..., los gritos... No era como las «visiones» que había tenido anteriormente..., el toro blanco y las otras cosas que había visto a veces. Esta vez era diferente. Al menos en una cosa: me hirió más. Debe ser algo parecido a la muerte. Supongo que al final me desvanecí. Ni siquiera recuerdo que me trajeran hasta aquí.

—Eso tampoco lo sé yo. Cuando entré y te vi, estabas durmiendo profundamente, pero con normalidad; al menos eso me pareció. Y no me preocupé, sólo te miré concienzudamente para ver si te habían hecho daño, pero no pude encontrar señal alguna; sólo muchos rasguños que me dijeron

que te habías hecho en los matorrales. Tus vestidos lo confirmaban, puedo asegurártelo... Pero, a juzgar por la manera en que estabas instalado y por la manera que hablaban de ti, pensé que no levantarían un dedo contra ti... al menos por ahora. Fuera lo que fuera, un desvanecimiento, un ataque o un trance, lo cierto es que los asustaste de verdad.

—Pero ¿cómo ocurrió exactamente? ¿Te lo han explicado?

—Oh, sí, me lo han contado..., los que podían hablar. Berric, el que te había dado la antorcha, me lo ha explicado. Me ha dicho que todos aquellos sucios sacerdotes querían cortarte el cuello y parecía que el rey no sabía qué decir; parecía que no esperaría mucho, impresionado como estaba por tu madre y por la manera que ambos habíais demostrado no temerle. Oh, no te preocupes, lo he oído todo. Berric dice que no hubiera dado nada por tu vida cuando tu madre contó la historia en el salón —se detuvo y me miró fijamente—. Todo aquel galimatías acerca del diablo en las tinieblas. A propósito: ¿qué le ocurría a tu madre?

—Pensó que así podría ayudarme. Supongo que debió pensar que el rey se había enterado de quién era mi padre y nos había traído hasta aquí para ver si teníamos noticias acerca de sus planes. También yo lo creía así —hablé pensativamente—. Y, además, había otra cosa... cuando un lugar está lleno de miedo y de superstición, es indudable que lo notas. Te lo aseguro, todo eran habladurías sobre mi persona. Y ella también debió notarlo. Se podría decir que siguió el mismo camino que había seguido yo: intentar borrar la magia con la magia. Por lo tanto, explicó la vieja historia de mi nacimiento y la adornó con algunos detalles —le guiñé un ojo—. Lo hizo muy bien. Yo mismo lo hubiera creído si no supiera la historia verdadera. Pero no te preocupes por eso, sigue. Quiero saber lo que ocurrió en la caverna. ¿Sabes si dije algo que no debía decir?

—Bueno, no exactamente. Lo que me ha contado Berric no es demasiado coherente, aunque jura que lo repite palabra por palabra... Parece que tiene ambiciones de ser juglar o algo por el estilo... Bueno, dice que tú estabas mirando fijamente al agua que corre debajo de los muros y que luego empezaste a hablar, de una manera muy normal, con el rey, como si le explicaras cómo se había construido el túnel en el interior de la colina y cómo las vetas la habían minado; pero entonces el viejo sacerdote, Maugan, ¿no?, empezó a gritar: «Eso son charlas estúpidas» y, entonces, súbitamente, tú lanzaste un alarido que les heló las pelotas..., según expresión de Berric, no mía. Se ve que no está acostumbrado a servir a caballeros. Bueno, luego pusiste los ojos en blanco y extendiste las manos como si sacaras las estrellas de dentro de sus conchas... (también es de Berric la expresión, debería hacerse poeta) y empezaste a profetizar.

-¿Y...?

—Eso es todo lo que me han dicho: hablabas de águilas y lobos, de leones y jabalíes, y de muchos otros animales, dragones incluidos... Berric dice que todo sonaba tan real como una trompeta, como si lucharas contra ellos.

—Puede que lo tenga que hacer —dije secamente— si he dicho algo acerca de mi padre a Vortigern.

—Lo has hecho —dijo Cadal.

—Bueno, es mejor que lo sepa, porque tendré que inventarme algo para desmentirlo.

—La narración es digna de un poeta —continuó Cadal—, dragones rojos y dragones blancos que luchaban y dejaban el lugar lleno de sangre. Pero parece que empezaste un capítulo, o un verso, de algo que ocurrirá realmente: el dragón blanco de los sajones y el dragón rojo de Ambrosius luchando; el dragón rojo no parecía muy inteligente al principio pero acaba ganando. Sí. Luego el oso que viene de Cornualles para limpiar el campo.

—¿El oso? Seguramente quieres decir el jabalí; es el símbolo de Cornualles. Entonces esto también significa algo para mi padre…

—Berric dijo un oso. Artos, dijo… se fijó en ello porque se preguntaba lo mismo que tú ahora. Pero asegura que lo dijiste claramente. Artos, dijiste, Arturo…, un nombre así. ¿Quieres decir que no recuerdas ni una palabra?

—Bueno, no puedo recordar nada más, pero si empiezan a preguntarte, seguramente encontrarás algún sistema para explicarles todo lo que dijiste. Los profetas tienen que saber interpretar lo que han dicho en estado de trance ¿no?

—Así lo creo.

—Quiero decir que si has terminado de comer, si te encuentras realmente bien, quizá será mejor que te levantes y te vistas. Te están esperando afuera.

—¿Para qué? Por el amor de Dios, ¿acaso quieren más consejos? ¿Están cambiando el emplazamiento de la torre?

—No. Están haciendo lo que les dijiste que hicieran.

—¿Qué les dije?

—Que secaran el lago. Han estado trabajando toda la noche y todo el día para sacar el agua a través del túnel.

—Pero, ¿por qué? Esto no solucionará nada. De hecho, hundirán toda la colina. Sí, ya he terminado, llévate esto —puse la bandeja en sus manos y separé el cobertor—. Cadal, ¿quieres decir que les aconsejé que hicieran eso… en mi delirio?

—Sí. Les dijiste que secaran el charco y que en las profundidades encontrarían a las bestias que hacían caer la construcción del rey. Dragones, dijiste, uno rojo y otro blanco.

Me senté en la cama con la cabeza entre las manos.

—Ahora recuerdo algo… algo que vi. Sí, debe ser eso… Vi algo debajo del agua, probablemente una roca en forma de dragón… Recuerdo que empecé a decir algo al rey acerca de secar el charco… Pero no le aconsejé que lo hiciera. Decía «aunque lo hagas secar, no te servirá de nada». Al

menos eso es lo que empecé a decir… —dejé caer las manos y levanté la cabeza—. Así, ahora están desecando la cueva convencidos de que hay animales… Están destruyendo los fundamentos.

—Eso es lo que les aconsejaste —dice Berric.

—Berric se disfraza de poeta.

—Quizá. Pero lo cierto es que están allí y que trabajan desde hace horas. Y el rey está allí, esperándote.

Me quedé silencioso. Cadal me lanzó una mirada llena de duda, luego se llevó la bandeja y volvió con las toallas en un recipiente de plata lleno de agua humeante. Mientras me lavaba se entretuvo en un cofre situado al otro extremo de la habitación, levantando ropas, sacudiéndolas, mientras hablaba por encima del hombro:

—No te preocupes. Si secan el charco hasta el final y no encuentran nada…

—Algo habrá allí. No me preguntes qué, pues no lo sé, pero si lo he dicho… es que es cierto. Las cosas que veo de esta forma son ciertas. Tengo la Visión.

Levantó las cejas.

—¿Crees que me dices nada nuevo? ¿Acaso no me has puesto los pelos de punta un montón de veces con las cosas que dices y con las cosas que ves, que nadie más puede ver?

—Suelo asustarte, ¿verdad, Cadal?

—En cierta manera. Pero ahora no estoy asustado, ni tengo intención de estarlo. Alguien tiene que cuidar del diablo, desde el momento en que usa vestidos y necesita comida y bebida. Y ahora, mi joven amo, si estás dispuesto, vamos a ver si te van bien las prendas que el rey ha hecho traer para ti.

—¿El rey las ha mandado?

—Sí. Mira qué clase de tela cree que debe usar un mago.

—¿No serán aquellas largas túnicas con estrellas y lunas, o el cayado con serpientes enrolladas? ¡Oh, realmente, Cadal…!

—Bueno, tus ropas quedaron inservibles y tienes que ponerte algo. Anda, estarás muy gracioso con éste; además, creo que tienes que intentar impresionarles, dada la situación en que te encuentras.

—Quizá tengas razón —reí—. Déjame ver eso. Hummm, no, el blanco no. No quiero competir con Maugan en el aquelarre. Algo oscuro será mejor, y la capa negra. Sí, eso; y, además, llevaré el broche del dragón.

—Espero que no te equivoques al estar tan seguro de ti mismo —luego vaciló—. Mira, ya sé que ahora todo es obsequio y veneración, pero quizá fuera mejor que intentáramos abrirnos paso y no esperáramos a ver cómo se derrumba todo. Podría robar un par de caballos…

—¿Abrirnos paso? Entonces, ¿todavía estoy prisionero?

—Hay guardias en todas partes. No te vigilan sino que te cuidan, pero, por todos los diablos, viene a ser lo mismo —echó una ojeada por la ventana—. Dentro de poco habrá oscurecido. Mira, puedo salir y explicarles cualquier historia para que no se muevan; tú puedes hacer creer que quieres seguir durmiendo hasta que oscurezca...

—No. Debo quedarme. Si puedo conseguir que Vortigern me escuche... Déjame pensar, Cadal. Tú viste a Marric la noche que nos cogieron. Esto significa que mi padre recibirá la noticia y, si no me equivoco, partirá en seguida hacia aquí. Si puede coger a Vortigern antes de que éste tenga posibilidad de unirse a Hengist... —Pensé durante unos instantes—. Ahora debe hacer tres, no, cuatro días que el barco ha regresado...

—Zarpó antes de que te fueras de Maridunum —dijo brevemente.

—¿Qué?

Sonrió al ver mi expresión.

—¿Qué esperabas? El propio hijo del conde y su señora arrastrados de aquella manera, sin que nadie supiera exactamente por qué razón. Pero corrían rumores al respecto e incluso Marric creyó conveniente regresar a contárselo a Ambrosius. El barco salió con la marea; ya debía haber llegado al estuario antes de que tú salieras del pueblo.

Me quedé muy silencioso. Recuerdo que Cadal se movía a mi alrededor, me preparaba la capa negra y, subrepticiamente, ocultaba el broche del dragón con un pliegue. Entonces respiré profundamente.

—Era todo lo que necesitaba saber. Ahora sé qué tengo que hacer. ¿El profeta del rey, has dicho? Dicen más verdades de las que creen. Lo que tiene que hacer ahora el profeta del rey es quitarle el aprecio que siente hacia esas sabandijas sajonas y conducirle fuera de este rincón de Gales, hacia algún lugar en donde Ambrosius pueda atraparlo rápidamente y destruirlo.

—¿Crees que podrás hacerlo?

—Sé que puedo.

—Entonces, espero que sepas cómo vamos a salir de aquí antes de que se lleguen a dar cuenta de qué parte estás.

—Evidentemente. Tan pronto como sepamos dónde dejar a Vortigern, le llevaremos personalmente la noticia a mi padre —me coloqué la capa sobre los hombros y le guiñé un ojo—. Así, pues, roba estos caballos, Cadal, y espérame con ellos en el río. Hay un árbol caído en el agua; no puedes equivocarte de lugar. Yo ya iré. Pero antes tengo que ir a ayudar a Vortigern a descubrir los dragones.

Me dirigí hacia la puerta, pero él llegó antes que yo y me detuvo. Sus ojos estaban llenos de miedo.

—¿Crees que te dejaré a tu propia suerte entre esta manada de lobos?

—No estoy solo. Recuerda esto, Cadal: si no puedes creerme, cree lo que hay en mí. Yo lo aprendí, aprendí que el dios viene cuando quiere y

como quiere, desgarrando la carne para introducirse en mí y, cuando ha hecho lo que tenía que hacer, se va tan violentamente como ha venido. Luego —ahora— me siento ligero y vacío, como un ángel volando... No, no pueden hacerme nada, Cadal. No tengas miedo. Tengo el poder.

—Mataron a Galapas.

—Y quizá me matarán a mí algún día —dije—. Pero no hoy. Abre la puerta.

Capítulo XII

Estaban todos reunidos al pie del despeñadero, en donde el sendero de los trabajadores se unía al desnivel de la ladera. Todavía iba escoltado, pero esta vez —al menos en apariencia—, se trataba de una guardia de honor. Cuatro hombres uniformados, con sus espadas envainadas, me llevaron hasta donde se hallaba el rey.

Habían puesto tablas en el suelo cenagoso para construir una plataforma, en la que habían colocado una silla para el rey. En 'tres de los costados de dicha plataforma se veían biombos de hierba entretejida; un techo del mismo material y todo ello cubierto con esteras y pieles. Vortigern estaba allí, la cabeza apoyada en una mano, silencioso. No se veían señales de la reina, ni de ninguna de sus mujeres. Los sacerdotes estaban de pie cerca de él, un tanto retirados y sin hablar. Los capitanes flanqueaban el asiento del rey.

El sol se ponía tras el improvisado pabellón en un esplendor escarlata. Debía haber llovido de nuevo durante el día, ya que la hierba estaba húmeda y cada hoja doblegada pesadamente a causa de las gotas. Las familiares nubes grises se plegaban y se desplegaban delante del sol poniente. Mientras me acercaba empezaron a alumbrar las antorchas, que parecían pequeñas y amortiguadas a la luz del atardecer, más humo que llama, removidas por la brisa que soplaba a intermitencias.

Esperé al píe de la plataforma. El rey me miró de pies a cabeza, pero no dijo nada. Todavía se reservaba su juicio. Pensé que no era extraño, puesto que la clase de cosas que al parecer yo había hecho no debían serle muy familiares y esperaba que, al menos, se evidenciara una parte de mi profecía; si no se cumplía, todavía había tiempo para derramar mi sangre. Me pregunté cómo soplaba el viento desde la Pequeña Bretaña. El río bajaba a rebosar unos trescientos pasos lejos, tenebroso bajo los robles y los sauces.

Vortigern me hizo una señal para que ocupara mi sitio en la plataforma y yo subí para colocarme a su derecha, en el lugar opuesto a los sacerdotes. Uno o dos de los oficiales se retiraron de mi lado; sus rostros eran de madera y ni siquiera me miraron, pero noté que cruzaban sus dedos y pensé: con dragón o sin dragón, podré manejarlos. Luego noté una mirada fija en mí y me volví. Era el hombre de la barba gris. Tenía los ojos puestos en el broche de mi hombro, pues la capa lo había dejado al descubierto. Cuando volví la cabeza nuestros ojos se unieron y luego se llevó la mano al costado, no para hacer el signo, sino para dejar libre su espada en la vaina. Miré hacia otra parte. Ninguno de los dos habló.

Era una espera molesta. Cuando el sol se ocultó, la brisa primaveral refrescó y sacudió las colgaduras. En el suelo, alrededor de los guijarros y las piedras, el agua se rizó bajo el viento. Frías corrientes de aire atravesaron los biombos y se oyó el silbido del chorlito en algún lugar del cielo que oscurecía; luego el ruido pareció descender como una cascada y desapareció.

La bandera del rey revoloteó encima de nosotros. La sombra del pabellón se extendía en el prado empapado.

Desde donde esperábamos, la única señal de actividad eran algunas idas y venidas entre los árboles. Los últimos rayos del sol, ligeros y rojos, brillaban en la cara oeste del Fuerte del Rey e iluminaban la cabeza del despeñadero coronada por el cerco de piedras. No se veía ningún trabajador allí; debían estar todos en la cueva y en el túnel. Un grupo de muchachos se turnaban para traernos noticias de que el trabajo seguía adelante: las bombas funcionaban bien y sorbían el agua; el nivel había bajado dos palmos en la última media hora... Las bombas se habían torcido, pero los ingenieros se afanaban para arreglarlas y, mientras tanto, los hombres habían aparejado una especie de cadena por la que pasaban los cubos... Todo se había solucionado; las bombas volvían a funcionar y el nivel bajaba rápidamente... Ya casi se veía el fondo...

Llevábamos dos horas largas de espera; ya casi había oscurecido antes de que las luces se acercaran por el sendero y, con ellas, los trabajadores. Venían rápidamente, pero no parecían asustados e, incluso antes de que nos hubieran rodeado lo suficiente para verlos bien, yo ya sabía lo que habían encontrado. Sus jefes se detuvieron a unos pasos de la plataforma y, mientras los otros se apretujaban tras ellos, noté que mis guardias se ponían a mi lado.

Con los trabajadores había soldados. Su capitán se adelantó y saludó.

—¿Ya está vacío? —preguntó Vortigern.

—Sí, señor.

—Y, ¿qué hay en el fondo?

El oficial hizo una pausa. Debía ser un vate porque no tenía necesidad de callarse para que todos los ojos se centraran en él.

Una bocanada de viento, súbita y más fuerte que las anteriores, levantó su capa y la sacudió; el armazón del pabellón se estremeció. Un pájaro pasó volando por encima de nuestras cabezas, pero esta noche no era un halcón, sino un grajo que se dirigía a su hogar.

—No hay nada en el fondo del charco, señor.

Su voz era neutra, cuidadosamente oficial; pero los susurros empezaron a surgir de la gente como otra bocanada de viento. Maugan miraba hacia adelante y sus ojos brillaban como los de un cuervo; pero no hablaría hasta que supiera lo que pensaba el rey. Vortigern se inclinó.

—¿Estás seguro? —preguntó—. ¿Lo habéis secado hasta el fondo?

—En efecto, señor.

Hizo una señal a los hombres y tres o cuatro de ellos se adelantaron y dejaron unos cuantos objetos en la plataforma. Un azadón roto, carcomido por la humedad, algunas cabezas de hacha más antiguas que cualquier objeto romano similar, una hebilla de cinturón, un cuchillo con la hoja reducida a nada, un corto trozo de cadena, un látigo de metal y otros objetos

imposibles de identificar, así como unos cuantos cuencos de barro para cocinar. El oficial me enseñó la palma de la mano.

—Cuando he dicho que no habíamos encontrado nada, señor, me refería a nada de lo que podíamos esperar. Esto lo hemos cogido tan cerca del fondo que viene a ser lo mismo, pero para asegurarnos mejor, hemos sacado el último cubo. El capataz lo traerá ahora.

El capataz se acercó y vi que llevaba un cubo en sus manos; el agua se derramaba por los bordes.

—Es cierto, señor, no hay nada. Puedes comprobarlo tú mismo si vienes allí. Pero es mejor que no lo hagas; ahora el túnel está lleno de barro y no es seguro. Pero he traído el último cubo para que puedas verlo.

Con estas palabras, lo vació en el suelo ya encenagado; el agua se deslizó hasta llegar a los charcos que rodeaban la base del estandarte real. En el barro del fondo del cubo había unos fragmentos de piedra y una moneda de plata.

El rey se volvió hacia mí y me miró. Todavía debía durarles la impresión que les produje el día anterior en la cueva, porque los sacerdotes permanecieron en silencio y el rey esperaba, con toda evidencia, no una excusa, sino una explicación.

Dios sabe que había tenido mucho tiempo para reflexionar durante aquella larga y silenciosa espera, pero entonces supe que lo que había pensado no me serviría de nada. Si el dios estaba conmigo, ahora me ayudaría. Incliné la cabeza hacia los guijarros en los que el último rayo de sol se reflejaba como sangre. Luego levanté la mirada hacia la cima del despeñadero en donde ya empezaban a asomarse las estrellas. Llegó otro soplo de viento; oí cómo se desgarraba en las copas de los árboles debajo de los cuales Cadal debía esperarme.

—¿Y bien? —dijo Vortigern.

Di un paso hacia el extremo de la plataforma. Me sentía vacío pero tenía que decir algo. Al moverme, el viento sacudió el pabellón y, entonces, se oyó un crujido, un alboroto de sonidos como si se tratara de perros acosando un ciervo; alguien lanzó un grito. Encima de nuestras cabezas, la bandera del rey revoloteó, luego se aplastó contra las cuerdas que la sostenían y volvió a extenderse como un velero a todo viento. El asta, sacudida bruscamente, empezó a balancearse en el suelo blando, todavía más encenagado por el agua del cubo, y se separó de las garras que la sostenían para ir a caer. Se estrelló a los pies del rey.

El soplo de viento pasó y se convirtió en un arrullo. La bandera yacía en el suelo, llena de barro. El dragón blanco en un campo verde. Mientras la mirábamos, se fue hundiendo en el charco hasta que el agua cubrió el animal. Unos débiles rayos del sol poniente ensangrentaron el agua. Alguien dijo temerosamente:

—Un augurio.

Y otra voz gritó:

—¡Gran Thor, el Dragón se ha hundido!

Los otros empezaron a gritar. El portador del estandarte quería hacerlos callar, pero yo salté de la plataforma y levanté los brazos.

—¿Duda alguien de que el dios haya hablado? —pregunté—. ¡Levantad la mirada del suelo y mirad cómo sigue hablando !

En el cielo oscurecido del este, brillando como un cometa, caía una estrella errante, las estrellas que los hombres denominaban dragones de fuego.

—¡Mirad cómo corre! —grité—. ¡Mirad cómo corre! ¡El Dragón Rojo del Oeste! Rey Vortigern, no pierdas más tiempo aquí con estos estúpidos ignorantes que hablan de sacrificios sangrientos y quieren construir un muro de piedras para ti. ¿Acaso crees que estas paredes te protegerán del Dragón? Yo, Merlín, te lo digo: echa a estos sacerdotes de tu lado y reúne a tus capitanes; vete con ellos de estas colinas de Gales y márchate a tu país. El Fuerte del Rey no es para ti. Has visto venir al Dragón Rojo, has visto cómo el Dragón Blanco yacía debajo de él. ¡Por Dios, que has visto la verdad! ¡Acepta el aviso! Desmonta tu campamento ahora mismo y márchate a tu país. ¡Y vigila tus fronteras porque el Dragón te seguirá y te destruirá! Me has traído aquí para que hablara y he hablado. ¡Te lo advierto, el Dragón está aquí!

El rey se había levantado y los hombres gritaban. Me envolví con la capa negra y sin apresurarme crucé el amontonamiento de trabajadores y soldados que rodeaban la plataforma. No intentaron detenerme. Antes hubieran tocado una culebra venenosa.

Detrás de mí, entre el alboroto, distinguí la voz de Maugan y por un momento creí que me seguirían, pero luego los hombres se separaron de la plataforma y empezaron a dirigirse al campamento. Las antorchas se agitaron. Alguien levantó el enlodado estandarte y pude ver que se movía hacia donde seguramente los capitanes marcaban un camino para su rey. Me embocé la capa y me deslicé entre las sombras para separarme de la muchedumbre. Entonces, sin ser visto, pude dirigirme detrás del pabellón.

Los robles estiban a unos trescientos pasos y para llegar a ellos sólo tenía que atravesar el prado en tinieblas. Al otro lado de los árboles la corriente corría blandamente entre las piedras.

La voz de Cadal, baja y urgente, me guió:

—Por aquí —un casco golpeó una piedra—. Te he conseguido un caballo tranquilo —dijo mientras colocaba una mano debajo de mi píe para izarme hasta la silla.

—Esta noche podría cabalgar en el dragón de fuego —me reí—. ¿Lo has visto?

—Sí, mi señor. También te he visto a ti y te he oído.

—Cadal, me has jurado que no volverías a tenerme miedo. Era solamente una estrella errante.

—Pero ha venido cuando tenía que venir.

—Sí. Y ahora será mejor que nos marchemos mientras tengamos tiempo. Ahora sólo el tiempo y la rapidez tienen importancia, Cadal.

—No deberías burlarte de estas cosas, amo Merlín.

—Por el dios, Cadal —dije—. Si no me burlo.

Los caballos se separaron de los árboles y cogieron un trotecillo siguiendo la orilla. A nuestra derecha, una colina frondosa bloqueaba el oeste. Enfrente había el estrecho cañón del valle, entre la colina y el río.

—¿Te perseguirán?

—Lo dudo.

Pero cuando espoleamos los caballos para ponerlos a galope, apareció un jinete y nuestros caballos se desviaron recelosamente. El animal de Cadal brincó al contacto de su espuela. El hierro crujió. Una voz, vagamente familiar, dijo claramente:

—Detente, amigo.

Los caballos patearon y resoplaron. La mano de Cadal se agarraba a las riendas del otro caballo.

—¿Amigo de quién? —pregunté.

—De Ambrosius.

—Espera, Cadal —ordené—. Es el hombre de la barba gris. ¿Tu nombre, señor? ¿Qué tienes que ver conmigo?

Se aclaró la garganta:

—Mi nombre es Garlois, de Tintagel, en Cornualles.

Cadal saltó de sorpresa y el bocado de su caballo tintineó. No había dejado las riendas del otro y vi cómo sacaba su daga. El viejo guerrero estaba inmóvil. No se oía ningún sonido de caballos que nos siguieran. Entonces dije lentamente:

—Entonces, señor, tengo que preguntarte qué tienes que ver con Vortigern.

—Lo mismo que tú, Merlín Ambrosius —vi que sus dientes brillaban entre la barba—. He venido al norte a ver con mis propios ojos y para mandar noticias ciertas a Ambrosius. El oeste ha esperado mucho tiempo y, llegada la primavera, el tiempo estará en sazón. Tú has venido pronto. Me parece que habría podido bastarme a mí mismo.

—¿Has venido solo?

Lanzó una risa corta, como el ladrido de un perro.

—¿Hasta Vortigern?. No del todo. Mis hombres me seguirán. Pero tengo que hablar contigo, necesito saber nuevas —y luego, dirigiéndose secamente a Cadal—. No te asustes, hombre, ¿acaso dudas de mí? No me ha seguido nadie.

—Déjalo, Cadal. Mi señor, si quieres hablar conmigo, tendrás que hacerlo durante el camino. Tenemos que irnos rápidamente.

—De acuerdo.

Nos pusimos en marcha. Cuando los caballos empezaron a galopar, le dije por encima de mi hombro:

—¿Lo has adivinado al ver el broche?

—No, antes. Te pareces mucho a él, Merlín Ambrosius —le oí que reía de nuevo para sus adentros—. ¡Y por Dios, a veces también te pareces al diablo! Ahora tened cuidado, nos acercamos al vado. Debe ser profundo. ¿Verdad que dicen que los hechiceros no pueden cruzar el agua?

Me reí.

—Siempre me mareo en el mar, pero esto podré soportarlo.

Los caballos saltaron el vado sin dificultades y tomaron el otro declive al galope. Luego llegamos al camino pavimentado, fácil de ver a la luz de las estrellas y que conducía directamente hacia el sur.

Cabalgamos toda la noche sin ser perseguidos. Tres días después, al amanecer, llegó Ambrosius.

Libro cuarto

EL DRAGÓN ROJO

Capítulo I

En la forma que lo cuentan las crónicas, se podría pensar que Ambrosius tardó dos meses en coronarse rey y en pacificar la Gran Bretaña. Pero en realidad, tardó más de dos años.

La primera parte fue bastante rápida. No en vano habían pasado todos aquellos años en la Pequeña Bretaña, él y Uther, desarrollando una experta fuerza de choque como no se había visto en ninguna parte de Europa desde la desbandada, provocada hacía cerca de cien años, por las fuerzas mandadas por el conde del litoral sajón. De hecho, Ambrosius había tomado modelo de aquellas fuerzas, un maravilloso instrumento de choque que podía vivir en cualquier terreno y hacer cualquier cosa dos veces más rápidamente que los ejércitos normales. «La velocidad de César», la llamaban todavía cuando yo era joven.

Desembarcó en Totnes, en Devon, con buen viento y mar calmado; apenas había erigido el Dragón Rojo cuando todo el oeste se levantaba con él. Fue rey de Cornualles y en Devon incluso antes de dejar la costa y, en todas partes, a medida que subía hacia el norte, los jefes y los reyes se apresuraban a unírsele con las armas. Eldol de Gloucester, un feroz anciano que había combatido a Vortigern junto a Constantine, con Vortigern contra Hangist y con Vortimer contra los otros dos, que hubiera luchado junto al propio diablo para combatirlos, se le unió en Glastonbury y le juró fidelidad. Con él llegaron las huestes de jefes menores, incluido su propio hermano Eldad, un obispo cuya devoción por el cristianismo convertía a los lobos paganos en corderos por comparación; me dejó pensativo, preguntándome a mí mismo dónde debía pasar las oscuras noches del solsticio de invierno. Pero era muy poderoso; había oído hablar de él con devoción a mi madre; y cuando se hubo declarado a favor de Ambrosius, toda la Gran Bretaña cristiana se nos unió para hacer retroceder a las hordas paganas que se habían adentrado en el país por el sur y por el este desde sus lugares de desembarco. Por último vino Gorlois de Tintagel, directamente desde el emplazamiento de Vortigern, para notificarnos el rápido desplazamiento de éste de las montañas de Gales y, también, para ratificar el juramento de lealtad con el que, por vez primera, se uniría el reino de Cornualles con el Gran Reino de Bretaña, si Ambrosius triunfaba.

Así, pues, la preocupación de Ambrosius no era la carencia de ayuda, sino la naturaleza de ésta. Los nativos britanos, cansados de Vortigern, se mostraban ansiosos de echar a los sajones de su país, de recuperar sus hogares, pero la gran mayoría sólo conocían la guerrilla o las tácticas de ataque rápido que servían para atosigar al enemigo pero no para mantenerlo sitiado durante mucho tiempo si era necesario. Además, cada tropa venía con su propio caudillo y tantas autoridades eran difíciles de convencer de que debían reagruparse bajo el mando extranjero. Desde la última legión disciplinada que había surgido en la Gran Bretaña, hacía casi un siglo, habíamos luchado en tribus, así como lo habíamos hecho antes de que vinieran los romanos. Y era difícil convencer, por ejemplo, a los hombres de

Devet para que lucharan junto a los hombres del norte de Gales, incluso con sus propios jefes; antes de que sonara la primera trompeta, se hubieran cortado los cuellos mutuamente.

Aquí como en todas partes, Ambrosius se mostraba amo y señor. Lo que utilizaba de cada hombre era su fuerza y su valor. Mandó a sus propios oficiales entre los británicos —nada más que para coordinar, dijo—, para que adaptaran a cada ejército los planes que él había establecido, y así obedecerlo en el fragor de la batalla.

De todo esto me enteré más tarde, pero podía haberlo imaginado por lo que ya conocía de él. También hubiera podido intuir lo que sucedería en el momento en que sus fuerzas se unieran y lo declararan rey. Sus aliados británicos le exigían ir contra Hengist y hacer retroceder a los sajones hasta su propio país, puesto que no les importaba demasiado Vortigern. En efecto, puesto que Vortigern hacía tiempo que había perdido el poder efectivo, hubiera sido suficiente que Ambrosius lo ignorara y se concentrara en los sajones.

Pero él no quiso apresurarse. Antes se tenía que derrotar al viejo lobo, dijo, y limpiar el campo para la gran batalla. Además, Hengist y sus sajones eran gente del norte y, por tanto, particularmente dominables con rumores y miedo; que se dejara que Ambrosius, una vez unificada la Gran Bretaña, destruyera a Vortigern y los sajones empezarían a temerlo como una fuerza realmente considerable. Adivinaba que, con el tiempo, los sajones habrían reunido unas amplias fuerzas para hacerle frente, fuerzas que entonces él atacaría y destruiría de una sola vez.

Tuvieron un consejo para discutir eso en el frente cerca de Gloucester, allí donde el primer puente cruza el río Sefern.

Podría dibujarlo: Ambrosius escuchaba y sopesaba, juzgaba, contestaba de aquella manera grave y sencilla que le era peculiar, permitía que cada hombre diera su opinión; y al final tomaba la decisión que ya pensaba tomar al principio, cediendo, no obstante, en algunas pequeñas cosas, de tal manera que cada hombre pensaba que había hecho un buen pacto y que había conseguido, si no lo que deseaba, al menos algo muy similar a su propia voluntad, a cambio de alguna concesión a su jefe principal.

El resultado final fue que marcharon hacia el norte una semana después y se encontraron con Vortigern en Doward.

Doward está en el valle del Guoy, que los sajones llaman Way o Wye. Es un gran río que se desliza, profundo y aparentemente plácido, entre una cañada cuyos altos declives están cubiertos de bosques. Aquí y allí, el valle se ensancha en verdes pastos, pero el lecho del río también se ensancha varias millas y, en invierno, estos prados quedan a menudo convertidos en pantanos amarillentos, ya que el gran Wye no es tan plácido como parece e, incluso en verano, forma grandes y profundos charcos llenos de peces y la corriente es a veces tan poderosa que puede volcar un bote o engullir un hombre.

Al norte del límite de los pantanos, en una ancha curva del valle, se levantan las dos colinas llamadas Doward. La que está al norte es la mayor, de vegetación exuberante y minada con cuevas habitadas, dice la gente, por bestias salvajes y por proscritos. La colina llamada Pequeña Doward está también cubierta de bosques, pero menos espesos, ya que es rocosa y su cima se destaca entre los árboles, formando una ciudadela natural tan segura que, desde tiempos inmemoriales, ha venido siendo fortificada. Mucho antes de que vinieran los romanos, algunos reyes británicos se construyeron allí una fortaleza desde la cual, dado su dominio visual y las defensas naturales constituidas por el despeñadero y por el río, se gozaba de una protección perfecta. La cima era amplia y sus laderas escarpadas y ásperas; si bien se podía subir maquinaria de guerra hasta un lugar determinado, éste terminaba en despeñaderos que la hacían inservible. En todas las demás partes había una doble muralla y un foso que se tenía que atravesar antes de alcanzar el muro de la fortaleza. Los propios romanos habían intentado conquistarla una vez y sólo lo consiguieron a base de traiciones. Esto ocurrió en tiempos de Caractacus. Doward era uno de aquellos lugares que, como Troya, tenía que conquistarse desde dentro.

También esta vez se tomó desde dentro, pero no por medio de traiciones sino por medio del fuego.

Todo el mundo sabe lo que ocurrió allí.

Los hombres de Vortigern apenas se habían instalado después de su viaje relámpago desde Snowdon, cuando el ejército de Ambrosius llegó al valle del Wye y acampó al oeste de las colinas de Doward, en un sitio llamado Ganarew. Yo no había podido enterarme de la cantidad de provisiones que tenía Vortigern, pero se sabía que el lugar estaba preparado y que había dos fuentes en el interior de la fortaleza que no se secaban nunca; por lo tanto, reducir a Vortigern por asedio hubiera llevado mucho tiempo. Pero era precisamente lo que Ambrosius no pensaba hacer, con Hengist que reunía sus fuerzas y con la primavera que abría el mar entre la Gran Bretaña y las costas sajonas.

Además, los aliados británicos estaban impacientes y no se hubieran avenido a un sitio demasiado prolongado. Tenía que llevarse a cabo una rápida y eficaz acción.

Y fue rápida y brutal. Había oído decir que Ambrosius actuaba para vengar a su hermano muerto, pero no creo que eso fuera cierto, puesto que no era de naturaleza rencorosa y, antes que nada, era general y buen luchador. Actuó de aquella manera sólo por necesidad y, en último extremo, para responder a la propia brutalidad de Vortigern.

Ambrosius sitió el lugar durante el tiempo convencional de unos tres días, y, entre tanto, intentó, por donde pudo, subir las armas y romper las defensas. En efecto, abrió una brecha en dos lugares de la muralla exterior llamados el Camino Romano, pero cuando tuvo que detenerse en la muralla interior, con sus tropas expuestas al ataque de los defensores, se retiró. Al comprender el tiempo que le costaría derrotar a Vortigern con asedio y, además, dado que algunas tropas británicas se retiraron calladamente como perros tras el rumor de las liebres sajonas, decidió terminar rápidamente.

Mandó un hombre a Vortigern con las condiciones de rendición. Vortigern, que debía haber visto la defección de algunas de las tropas británicas y que entendió muy bien la posición de Ambrosius, se rió y mandó de regreso al mensajero, no con un mensaje sino con sus propias manos cortadas y envueltas en una tela ensangrentada, colgada del cinturón.

Entró en la tienda de Ambrosius después del atardecer del tercer día e intentó sostenerse en pie el tiempo suficiente para dar el único mensaje que traía.

—Dicen que puedes quedarte aquí, señor, hasta que tu ejército se derrita y que tú te quedarás sin manos como yo. Tienen mucha comida, señor, lo he visto, y agua...

—¿Lo ha dicho Vortigern en persona? —preguntó Ambrosius.

—La reina —contestó el hombre—. Ha sido la reina.

Y cayó a los pies de Ambrosius; el paño se desató de su cinturón y las dos manos mutiladas rodaron por el suelo.

—Entonces —dijo Ambrosius—, vamos a incendiar la colmena, con la reina incluida. Atended a este hombre, ahora.

Aquella noche, con aparente alegría de la guarnición, las armas sitiadoras fueron retiradas del Camino Romano. En su lugar se colocaron ingentes montones de ramas secas; los boquetes abiertos de la muralla exterior fueron bloqueados con madera; el ejército estrechó su cerco alrededor de la cresta de la colina, formando un círculo de arqueros dispuestos a detener a quien pudiera escapar del fuego. Se dio la orden en las tranquilas horas antes del amanecer. Desde todos los puntos surgieron las flechas, cuyas puntas estaban envueltas en trapos empapados de aceite; llameantes, entraron en la fortaleza. El fuego no tardó mucho en prender. El lugar estaba en gran parte construido de madera; las provisiones, los animales y las tropas estaban amontonados en los edificios; todo ardió ferozmente. El fuego se propagó a los boquetes obstruidos de la muralla exterior y cualquiera que pudiera salvarse del incendio interior se encontraba con otra muralla de fuego en el exterior. Y después, con el círculo de flechas del ejército.

Dijeron que Ambrosius, montado en su gran caballo blanco, estuvo contemplando el incendio hasta que el animal se volvió tan rojo como el Dragón que ondeaba encima de su cabeza. Y que, en lo alto de la fortaleza, el Dragón Blanco, envuelto en una nube de humo, se volvió más rojo que las mismas llamas hasta que cayó devorado por ellas.

Capítulo II

Mientras Ambrosius atacaba en Doward, yo me hallaba en Maridunum después de haber cabalgado con Gorlois y haberme enterado de su forma peculiar de ayudar a mi padre.

Había ocurrido de esta manera. Durante toda aquella noche cabalgamos duramente, pero no había ninguna señal de que nos persiguieran; por lo tanto, al amanecer, nos separamos del camino y nos detuvimos a esperar que se nos unieran los hombres de Gorlois. Llegaron durante la mañana, pues les había sido posible, gracias al pánico que se había desatado en Dinas Brenin, escapar sin ser observados. Me confirmaron lo que Gorlois ya me había sugerido: que Vortigern se dirigiría no a su fortaleza de Caer-Guent sino hacia Doward, unas colinas situadas en un extremo de Gales, en el río Wye; seguía el camino del este, a través de Caer Gai, hacia Bravonium. Así, pues, una vez pasado Tomen-y-mur, no corríamos ningún peligro de ser atrapados.

Por consiguiente, seguimos cabalgando; éramos una tropa de unos veinte guerreros. Mi madre, con su escolta de guerreros, nos llevaba más de un día de ventaja, pero su grupo, con las andas, debía ir mucho más lento que el nuestro. No deseábamos alcanzarlas, pues seguramente tendríamos que luchar con la-escolta, lo cual podría suponer un peligro para las mujeres; era seguro, me dijo Gorlois, que llegarían sanas y salvas a Maridunum, pero, añadió, con su forma brusca que tenía de hablar, debíamos atrapar a la escolta a su regreso. Pues era evidente que regresaría; no podían saber que el rey se dirigía hacia el este. Y cada hombre que perdiera Vortigern sería un hombre ganado para mi padre. Buscaríamos noticias en Bremia y acamparíamos cerca de allí para esperarlos.

Bremia no era más que un grupo de chozas de piedra que olían a humo de turba y a estiércol, cuyas puertas estaban cubiertas con pieles o sacos para protegerse del viento y de la lluvia; tras los cuales unos ojos de mujeres y niños nos observaban atenta y fijamente. No se veía hombre alguno, ni siquiera cuando nos dirigimos al centro de la plaza enlodada y los perros nos rodearon para husmear los cascos de los caballos. Aquello nos desconcertó hasta que (puesto que hablaba su dialecto) llamé, dirigiéndome a los ojos que se ocultaban tras la cortina más próxima, para tranquilizar a la gente y para hacer unas cuantas preguntas.

Entonces salieron; mujeres, niños, unos pocos ancianos, nos rodearon cautelosamente, dispuestos a hablar.

Lo primero que supimos fue que mi madre había pasado por allí el día anterior y que se había ido aquella misma mañana. Había llegado enferma, me dijeron, y habían quedado en el poblado medio día y una noche entera; ella se había instalado en la cabaña del jefe, en donde la habían cuidado. Sus mujeres habían intentado convencerla de que se instalaran en un monasterio emplazado en las colinas cercanas, en donde podría descansar, pero ella se había negado; al amanecer de aquel mismo día parecía que se

encontraba mejor y toda la compañía había emprendido el viaje. Según explicó la mujer del jefe, se trataba de un resfriado; la dama tenía fiebre y tosía un poco, pero parecía haber mejorado mucho por la mañana y Maridunum no estaba a más de un día de viaje; pensaron que era mucho mejor llevarla adonde ella deseaba...

Eché una mirada a la escuálida cabaña de donde había salido la mujer y pensé que, en efecto, el peligro de unas cuantas horas más de camino en las andas sería mucho menor que aquella miserable casa de Bremia; agradecí a la mujer su amabilidad y pregunté por los hombres del poblado. Me contestó que todos habían ido a unirse a Ambrosius...

Entendió mal mi mirada sorprendida.

—¿No lo sabes? En Dinas Brenin ha habido un profeta que ha dicho que se acercaba el Dragón Rojo. La princesa también me lo ha dicho, y se podía notar que los soldados estaban asustados. Ahora ya ha desembarcado, ya está aquí.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté—. No nos hemos encontrado con ningún mensajero.

Me miró como si fuera estúpido o estuviera loco. ¿Acaso no había visto el dragón de fuego? Todo el pueblo lo sabía, después de que el profeta había hablado. Los hombres se habían armado y habían marchado aquel mismo día. Si los soldados regresaban, las mujeres y los niños se irían a las colinas, pero todo el mundo sabía que Ambrosius se movería más rápidamente que el viento, y no tenían miedo...

Dejé que siguiera hablando mientras traducía sus palabras a Gorlois. Nuestros ojos se encontraron con el mismo pensamiento. Dimos de nuevo las gracias a la mujer, le pagué lo debido por la ayuda prestada a mi madre y cabalgamos tras los hombres de Bremia.

Al sur del pueblo el camino se dividía; el mayor doblaba hacia el sureste, pasaba por la mina de oro y luego atravesaba las colinas y los profundos valles hasta llegar al ancho valle de Wye, desde donde sería fácil cabalgar hacia Sefern y desviarnos al suroeste. El menor iba directamente hacia el sur, a un día de camino de Maridunum. Yo había decidido que, en cualquier caso, debía seguir a mi madre y hablar con ella antes de unirme a Ambrosius; ahora, las noticias me obligaban a hacerlo sin ningún lugar a dudas. Gorlois cabalgaría directamente hacia Ambrosius y le daría las noticias últimas de los movimientos de Vortigern.

En la bifurcación nos encontramos con los hombres del pueblo. Nos habían oído llegar y se habían escondido —el lugar estaba sembrado de rocas y arbustos—, pero no con la suficiente rapidez; el viento debía haber ocultado nuestra llegada hasta que estuvimos sobre ellos. Los hombres estaban fuera de la vista, pero no una de sus miserables cabalgaduras y, además, todavía se notaban las piedras que rodaban en el declive.

De nuevo, la situación de Bremia se repetía. Nos detuvimos y les hablé en voz alta. Esta vez les dije quién era y, en pocos segundos, el borde del camino se llenó de nombres, que se acercaron y rodearon nuestros caballos;

sonreían y mostraban un especial surtido de armas que iba desde una espada romana hasta una piedra atada al mango de un rastrillo. Me contaron la misma historia que sus mujeres; habían oído la profecía y habían visto el portento; marchaban hacia el sur a unirse con Ambrosius y pronto todos los hombres del oeste harían lo mismo. Su espíritu combativo era envidiable, pero sus condiciones eran lastimosas; era una suerte que tuviéramos la oportunidad de ayudarles.

—Háblale —me dijo Gorlois—. Diles que si esperan otro día con nosotros, trataremos de proporcionarles armas y caballos. Han encontrado un sitio ideal para una emboscada, y eso lo saben ellos mejor que nadie.

Así, pues, les dije que aquel hombre era el duque de Cornualles, un gran caudillo, y que si esperaban un día con nosotros podríamos proporcionarles armas y caballos:

—...Puesto que los hombres de Vortigern volverán por este camino —les expliqué—. Todavía no saben que el Gran Rey se dirige a toda prisa hacia el este: volverán por este camino; por lo tanto, los esperaremos aquí y vosotros, si queréis, podéis esperar con nosotros.

Se decidieron. La escolta debía haberse quedado más tiempo del necesario en Maridunum y, ciertamente, ¿quién podía culparlos después de aquel viaje frío y desagradable? Pero hacia el anochecer del segundo día, volvieron, cabalgando con bastante rapidez;, tal vez pensaban pasar la noche bien abrigados en Bremia.

Los cogimos netamente por sorpresa; fue un desagradable, sangriento y rápido ataque. Todas esas escaramuzas de caminos son muy parecidas y aquélla sólo se diferenció de las demás por el hecho de que estuvo mejor dirigida y más curiosamente equipada, pero teníamos las ventajas del número y de la sorpresa; el resultado fue que matamos veinte hombres a Vortigern y nosotros sólo perdimos tres. A mí me fue mejor de lo que hubiera creído, al matar al hombre que había atrapado antes de que otro me derribara del caballo, el cual posiblemente me habría matado a su vez si Cadal no hubiera venido en mi ayuda y lo hubiese derribado. Todo se terminó rápidamente. Sepultamos a nuestros muertos y dejamos a los otros para pasto de milanos, después de haberlos despojado de sus armas. Habíamos tenido cuidado de no dañar a los caballos y, cuando a la mañana siguiente Gorlois se despidió a la cabeza de su nueva tropa, camino del sureste, cada hombre tenía un caballo y una buena arma. Cadal y yo nos dirigimos a Maridunum; llegamos al atardecer.

La primera persona que vi cuando íbamos a Saint Peter fue a mi primo Dinias. Lo atrapamos súbitamente en un rincón y él dio un brinco y se volvió blanco. Supongo que los rumores habían corrido como el fuego por el pueblo, incluso la noticia de que la escolta había acompañado a mi madre sin mí.

—¡Merlín! Creía... pensaba...

—Bien hallado, primo, venía a buscarte.

—Oye, te juro —dijo rápidamente— que no tenía ni idea de quiénes eran aquellos dos hombres...

—Ya lo sé. Lo que ocurrió no fue culpa tuya. No era por eso que te buscaba.

—...Y yo estaba borracho, ya lo sabes. Pero, aunque lo hubiera sabido, ¿cómo podía imaginarme que te cogerían de aquella manera? Admito que había oído rumores de lo que estaban buscando, pero te juro que nunca había pasado por mi menté...

—Ya te he dicho que no fue culpa tuya. Y, además, he regresado sano y salvo, ¿no? Todo va bien cuando termina bien. Olvídalo, Dinias. No es eso lo que quiero discutir contigo.

Pero él continuaba con el mismo tema.

—Yo cogí el dinero y tú lo viste.

—¿Y qué si hiciste? No habías dado información por dinero, sólo que lo tomaste después. En mi opinión, es diferente. Si Vortigern deseaba tirar aquel dinero, era que lo había robado anteriormente.

Olvídalo, no pienses más en ello. ¿Tienes noticias de mi madre?

—Acabo de venir del convento. Está enferma, ¿no lo sabías?

—Me he enterado por el camino —dije—. ¿Qué le ocurre? ¿Es grave?

—Un resfriado, me han dicho, pero ya mejora. Todavía se la ve muy decaída, pero es que está muy cansada del viaje y teme por ti. ¿Para qué te quería Vortigern?

—Para matarme —dije brevemente.

Se quedó helado, luego empezó a balbucir:

—Yo..., por el nombre de Dios, Merlín, te conozco y nunca hubiera... Es decir, estamos en unos tiempos... —se detuvo y noté que tragaba saliva— . Yo no vendo a mis parientes, ya lo sabes.

—Te he dicho que te creía. Olvídate de todo. No tenía nada que ver contigo, eran tonterías de sus magos. Pero ya ves, aquí me tienes de nuevo sano y salvo.

—Tu madre no me ha dicho nada de todo esto.

—No lo sabía. ¿Crees que hubiera aceptado volver a casa si hubiera sabido lo que planeaban? Los hombres que la acompañaban sí que lo sabían. ¿No se lo dijeron?

—Parece que no —dijo Dinias—. Pero...

—Me alegro. Espero que ahora podrá ver a su hijo a la luz del día.

—Entonces, ¿no corres ningún peligro de Vortigern?

—Supongo que lo correría si el pueblo estuviera todavía Heno de sus hombres, pero me han dicho que han marchado todos para unirse con él.

—Sí, es cierto. Algunos se han ido hacia el norte y otros hacia Caer-Guent. ¿Has oído la nueva, entonces?

—¿Qué nueva?

A pesar de que no había nadie más en la calle, Dinias miró a su alrededor de aquella manera furtiva. Descabalgué y entregué las riendas a Cadal.

—¿Qué nueva? —repetí.

—Ambrosius —dijo quedamente—. Ha desembarcado en el suroeste, dicen, y va hacia el norte. Un barco trajo la noticia ayer y los hombres de Vortigern empezaron a marcharse. Pero.. si vienes del norte tienes que habértelos encontrado.

—Dos compañías, esta mañana. Pero las hemos descubierto a tiempo y hemos salido del camino. Ayer nos encontramos con la escolta de mi madre en la bifurcación.

—¿Los encontrasteis? —pareció asombrado—. Pero si sabían que Vortigern te quería matar...

—¿Se habrían imaginado que no tenía nada que hacer en el sur y me habrían atacado? Exactamente. Sólo que ganamos nosotros. Oh, no me mires de esta manera... No lo hice con palabras mágicas sino con soldados. Les preparamos una emboscada con algunos galeses que iban a reunirse con Ambrosius.

—¿Ya lo saben los galeses? La profecía, ¿no? —el blanco de sus ojos se ensombreció—. He oído algo sobre eso... En el pueblo no se habla de otra cosa. Las tropas nos lo contaron. Dicen que les enseñaste una especie de lago gigante debajo del despeñadero... Fue allí donde nos detuvimos hace años, ¿no? Hubiera jurado que no había ninguno por allí... Pero dijeron que había un lago con dragones debajo de los fundamentos de la torre. ¿Es cierto?

—Que les enseñé un lago, sí.

—¿Y los dragones? ¿Qué eran?

—Nada —dije lentamente—. Algo conjurado de la nada para que ellos lo vieran, puesto que sin ver no me hubieran escuchado, y mucho menos creído.

Se hizo un corto silencio. Luego, con miedo en la voz, Dinias dijo:

—¿Y también era magia lo que te hizo saber que Ambrosius venía?

—Sí y no —sonreí—. Sabía ya que iba a venir, pero no cuándo. Gracias a la magia me enteré de que estaba en camino.

De nuevo me miraba fijamente.

—¿Sabías que iba a venir? Entonces, tenías noticias de Cornualles. Debías habérmelo dicho.

—¿Por qué?

—Me hubiera reunido con él.

Lo estuve mirando durante unos instantes, reflexionando.

—Todavía puedes hacerlo. Tú y los demás que lucharon con Vortimer. ¿Qué hay del hermano de Vortimer, Pascentius? ¿Sabes dónde está? ¿Todavía está en contra de Vortigern?

—Sí, pero dicen que ha ido a hacer la paz con Hengist. No se unirá nunca a Ambrosius; desea la Gran Bretaña para él.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Qué deseas tú?

Contestó con sencillez, por una vez sin sombra de fanfarronería :

—Sólo un lugar al que pueda llamar mi hogar. Si puedo. Después de todo, me pertenece. Vortigern mató a los niños, ¿lo sabías?

—No, pero no me sorprende. Es una costumbre suya —me callé—. Mira, Dinias, hay muchas cosas de las que tenemos que hablar; tengo que contarte muchas cosas. Pero antes quiero pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Hospitalidad. No conozco ningún lugar a donde dirigirme hasta que mi propio hogar esté a punto y me gustaría volver a instalarme en la casa de mi abuelo.

—Ya no es lo que era —contestó sin pretensión ni intento de evadir mi petición.

—Qué importa —me reí—. Mientras haya un techo que me proteja de la lluvia y un fuego con el que secar nuestras ropas, algo que comer... no importa qué... ¿Qué te parece si mandamos a Cadal a buscar provisiones y comemos en casa? Pero te advierto que si me enseñas un par de dados llamaré yo mismo a los hombres de Vortigern.

Hizo una mueca, súbitamente tranquilizado.

—No temas. Vamos, pues. Hay un par de habitaciones todavía habitables y encontraremos una cama para ti.

Me dio la habitación de Camlach. Estaba desordenada y llena de polvo y Cadal se negó a dejarme usar la cama hasta que hubo encendido un buen fuego durante una hora larga. Dinias no tenía criado, excepto una desagradable muchacha que lo cuidaba, aparentemente como pago de que él la dejara dormir en su cama.

Cadal le encargó que trajera carbón y calentara agua mientras él llevaba un mensaje al convento e iba, después, a buscar vino y comida a la taberna.

Comimos ante el fuego, y Cadal nos sirvió. Hablamos hasta muy tarde, pero es suficiente recordar que conté mi historia a Dinias... o la parte de la historia que él pudiera entender. Hubiera tenido una personal satisfacción en explicarle los hechos de mi parentesco, pero hasta que no estuviera seguro de él y hasta que el país no estuviera limpio de hombres de Vortigern, pensé que era mejor no decir nada. Por consiguiente, le expliqué solamente cómo había ido a la Pequeña Bretaña y cómo me había convertido en un hombre de Ambrosius. Dinias ya sabía bastante de mi «profecía» en la

caverna del Fuerte del Rey para creer en la llegada victoriosa de Ambrosius y, así, nuestra charla terminó con su promesa de que a la mañana siguiente cabalgaría hacia el oeste con las noticias y para estimar la ayuda que podría reunir para Ambrosius en las costas de Gales. Comprendí que, en cualquier caso, no se atrevería a hacer nada sino cumplir su promesa; fuera lo que fuese lo que hubieran dicho los soldados de la escena en el Fuerte del Rey, era suficiente para envolver a mi sencillo primo Dinias en la más profunda ola de mi poder. Pero, aunque no fuera así, supe que en aquella ocasión podía confiar en él. Hablamos casi hasta el amanecer; luego le di dinero y me fui a dormir.

(Se marchó antes de que yo me despertara. Cumplió su palabra y se unió a Ambrosius, en York, con unos centenares de hombres. Fue recibido honorablemente y se portó bien, pero muy pronto, en una escaramuza de poca importancia, recibió unas heridas de las que murió tiempo después.)

Cadal cerró la puerta tras él.

—Por lo menos, aquí hay un buen candado y una barra gruesa.

—¿Tienes miedo de Dinias? —pregunté,

—Tengo miedo de todo el mundo en este maldito pueblo. No estaré tranquilo hasta que nos hayamos ido de aquí y estemos con Ambrosius.

—No creo que debas preocuparte. Los hombres de Vortigern se han ido y ya has oído lo que ha dicho Dinias.

—Sí, también he oído lo que has dicho tú —se había callado al recoger las mantas que estaban cerca del fuego, y ahora me miraba con los brazos llenos de ropa de cama—. ¿Qué has querido decir con aquello de que tu propio hogar no está todavía a punto? ¿Acaso piensas instalarte aquí?

—No, aquí no.

—¿En aquella cueva?

Sonreí al ver su expresión.

—Cuando Ambrosius ya no me necesite, cuando el país esté tranquilo, allí es adonde iré. Ya te lo dije, ¿no?, que si continuabas conmigo tendrías que vivir lejos de casa.

—Estábamos hablando de muerte, aquel día, si mal no recuerdo. ¿Quieres decir que viviremos aquí?

—No lo sé —dije—. Quizá no. Pero creo que necesitaré un lugar donde pueda estar solo, lejos, separado de todo lo que suceda. Pensar y planear es una faceta de la vida; actuar es otra. Los hombres no pueden hacerlo todo a la vez.

—Explícaselo a Uther.

—Yo no soy Uther.

—Bueno, según dicen, él hace las dos cosas —estiró las mantas sobre la cama—. ¿De qué te ríes?

—¿Yo? No es nada. Vamos a la cama; mañana tendremos que levantarnos temprano para ir al convento. ¿Has tenido que volver a sobornar a la anciana?

—Nada de anciana —se enderezó—. Esta vez era una muchacha. Y muy bien parecida, por lo que he podido ver pese a ese saco que llevan por vestido y la capucha en la cabeza. Quien mete a una muchacha así en un convento merecería... —empezó a explicar lo que merecería, pero yo le interrumpí.

—¿Te han dicho cómo se encuentra mi madre?

—Me han dicho que está mejor. La fiebre ha desaparecido, pero no podrá descansar tranquila hasta que te haya visto. ¿Se lo explicarás todo, ahora?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Nos reuniremos con Ambrosius.

—Ah.

Cuando hubo tendido su colchón a través de la puerta, apagó la lámpara y se acostó sin decir ni una sola palabra más.

Mi cama era bastante cómoda y la habitación, abandonada o no, me pareció lujosa después del viaje. Pero dormí mal. Me imaginaba que estaba viajando con Ambrosius, camino de Doward. Por lo que había oído decir de Doward, no sería trabajo fácil reducir la fortaleza. Empecé a preguntarme si, después de todo, no habría prestado un mal servicio a mi padre sacando al Gran Rey de Snowdon. Debía haberle dejado allí, pensaba, con su torre en ruinas, y Ambrosius podría haber llegado hasta allí por mar.

Cuando hice mi profecía, fue con una fuerza que me sorprendió a mí mismo. Lo que hice en Dinas Brenin no se debió a mi propia voluntad. No fui yo quien decidí mandar a Vortigern fuera de Gales; lejos de las tinieblas, lejos de las estrellas danzarinas y salvajes; se me dijo que el Dragón Rojo triunfaría y que el Dragón Blanco caería. La voz que me lo dijo, que me decía ahora eso en la polvorienta oscuridad de la habitación de Camlach, no era la mía; era la voz de Dios. No debía buscar razones; debía obedecer y luego dormir.

Capítulo III

Nos abrió la puerta del convento la muchacha de la que me había hablado Cadal. Debía estar esperándonos, ya que, tan pronto como la mano de Cadal se levantó para tocar la campana, la puerta se abrió y ella nos hizo señas para que entrásemos. Tuve la impresión de que unos grandes ojos me miraban debajo de la capucha y que un suave cuerpo joven se ocultaba tras la áspera túnica, cuando hizo correr la pesada puerta; tapándose todavía más el rostro y el pelo, nos condujo rápidamente a través del patio. Sus pies, desnudos en unas sandalias, parecían fríos, estaban sucios con el barro del patio, pero eran ligeros y bien formados; las manos eran bonitas. No dijo una sola palabra, sólo nos guió por el patio y por un estrecho corredor entre dos edificios, hasta una amplia plaza que se abría tras las construcciones. Junto a los muros crecían árboles frutales, unas cuantas flores, pero predominaba el musgo y las plantas silvestres; las puertas de las celdas estaban sin pintar, permanecían abiertas y daban a unas pequeñas habitaciones desnudas, en las que la simplicidad se había convertido en fealdad y, demasiado a menudo, en suciedad.

No era así en la celda de mi madre. Estaba instalada con adecuada comodidad, si bien no regiamente. Le habían dejado que llevara sus propios muebles; las paredes estaban encaladas y la habitación se mostraba inmaculadamente limpia; con el cambio del tiempo, el sol atravesaba la estrecha ventana e iluminaba la cama. Recordaba los muebles; era la misma cama que tenía en casa, y la cortina que colgaba de la ventana la había tejido ella: la tela roja con la franja verde en la que trabajaba el día en que mi tío Camlach volvió a casa. Recordaba, también, la piel de lobo que servía de alfombra; mi abuelo había matado al animal con sus propias manos y con el mango de su daga rota; sus ojos de vidrio me aterrorizaban cuando era niño. La cruz que colgaba en la pared desnuda, encima de la cama, era de plata, primorosamente trabajada, con trozos de amatista que relucían a la luz del sol.

La muchacha se marchó, tras mostrarme la puerta en silencio. Cadal se sentó un rato en un banco mientras me esperaba.

Mi madre yacía rodeada de almohadas y el sol la iluminaba. Estaba pálida y parecía cansada; su voz no era más que un susurro, pero, según me dijo, se estaba recuperando. Cuando le pregunté por su enfermedad y alargué una mano para tocarle las sienes, ella me la retiró, sonrió y me dijo que se encontraba mejor después de verme. No insistí: su curación dependía mucho del reposo y, además, ninguna mujer cree nunca que su hijo sea más que un niño. Por otra parte, noté que la fiebre había desaparecido y que ahora que ya no temía por mí podría dormir.

Así, pues, acerqué la única silla de la habitación, me senté y empecé a contarle todo lo que deseaba saber, sin esperar sus preguntas: mi escapada de Maridunum, mi vuelo de flecha del arco del dios desde la Gran Bretaña hasta los pies de Ambrosius y todo lo que ocurrió desde entonces. Ella descansaba sobre las almohadas y me observaba con asombro, con una

emoción que yo identifiqué como la que debe sentir un pájaro enjaulado cuando le pones a empollar un huevo de halcón.

Ella estaba cansada, y la fatiga se notaba tanto en sus ojos que me levanté para marcharme, una vez terminado mi relato. Pero también parecía firme y dijo, como si aquello fuera el final de la historia (y supongo que lo era para ella):

—El te reconoce.

—Sí. Me llaman Merlín Ambrosius.

Permaneció en silencio, sonriendo para sí misma. Me dirigí hacia la ventana y apoyé los codos en el antepecho para mirar afuera. El sol era cálido. Cadal cabeceaba en su banco, medio dormido. Desde el otro lado del patio, un movimiento atrajo mi atención; en una puerta en la sombra, la muchacha estaba de pie, mirando hacia la puerta de mi madre como si esperara que yo saliera. Se había quitado la capucha e, incluso en la sombra, pude distinguir sus cabellos dorados y su rostro joven, encantador como una flor. Luego se dio cuenta de que la observaba. Durante unos segundos, nuestros ojos se encontraron y mantuvimos la mirada. Entonces descubrí por qué los antiguos armaban al más cruel de los dioses con flechas; sentí el golpe de una de ellas en mi cuerpo. Luego se marchó entre las sombras, colocándose de nuevo la capucha; tras de mí, mi madre estaba diciendo:

—¿Y ahora? ¿Qué harás ahora?

Volví la espalda a la luz del sol.

—Voy a reunirme con él. Pero no lo haré hasta que te encuentres mejor. Quiero llevarle buenas noticias tuyas.

—No debes quedarte —me dijo ansiosamente—. Maridunum no es un lugar seguro para ti.

—Yo creo que sí. Desde que llegaron noticias del desembarco, el lugar ha quedado vacío de hombres de Vortigern. Al venir hemos tomado la ruta de las colinas y el camino estaba lleno de soldados que se reunían con él.

—Es cierto, pero…

—No debo marcharme, te lo aseguro. Anoche tuve suerte, me encontré con Dinias tan pronto como llegué al pueblo, y me dio una habitación de casa.

—¿Dinias?

Me reí de su asombro.

—Dinias cree que tiene una deuda conmigo, no temas, pero anoche nos entendimos muy bien.

Le expliqué la misión que le había encomendado y ella asintió.

—El —y yo supe que no se refería a Dinias— necesitará a todos los hombres que puedan manejar una espada —frunció las cejas—. Dicen que Hengist tiene trescientos mil hombres. ¿Será capaz —de nuevo supe que ya

no se refería a Hengist— de combatir a Vortigern y luego a Hengist y a sus sajones?

Supongo que todavía pensaba en la semivigilia de la noche anterior y dije, sin detenerme a pensar cómo sonaría:

—Así lo he dicho; por consiguiente, tiene que ser así.

Un movimiento de la cama atrajo mis ojos hacia ella. Estaba haciendo el signo de la cruz y sus ojos, por primera vez, me miraban con severidad; pensé que tenía miedo.

—Merlín —pero se estremeció con un escalofrío y, cuando volvió a hablar, su voz no era más que un susurro—. Desconfía de la arrogancia. Incluso si Dios te ha dado poder…

Le puse una mano en su muñeca, interrumpiéndole.

—No me has entendido bien. No me lo ha dado. Sólo quiero decir que el dios lo ha dicho a través de mí y, puesto que el lo ha dicho tiene que ser verdad. Ambrosius tiene que ganar; está escrito en las estrellas.

Asintió y vi que el alivio le relajaba el cuerpo y la mente, como a una niña cansada. Entonces dije amablemente:

—No temas por mí, madre. Cualquiera que sea el dios que me utiliza, estoy contento de ser su voz y su instrumento. Voy adonde me manda y, cuando ya no me necesite, me hará regresar.

—Sólo hay un Dios —murmuró.

—Es lo que empiezo a pensar —le sonreí—. Ahora tienes que dormir. Volveré a verte.

Volví a verla a la mañana siguiente. Aquella vez fui solo. Había mandado a Cadal a buscar provisiones al mercado. La muchacha de Dinias había desaparecido al marchar él y nos había dejado solos en el desierto palacio. Me sentí recompensado con la muchacha que me esperaba de nuevo en la puerta del convento y que me condujo a la habitación de mi madre. Pero cuando le hablé, ella se tapó más la cabeza con la capucha y no dijo nada; no le veía más que las manos y los pies. Las baldosas estaban secas y no quedaba barro; ella se había lavado los pies que, dentro del trenzado de las sandalias, parecían tan frágiles como flores veteadas de azul en un cesto. Así me lo pareció, pues mi pensamiento trabajaba como el de un juglar, aunque no estuviera acostumbrado a ello en absoluto. La flecha se cebaba en el mismo lugar que me había herido ayer y todo mi cuerpo parecía estremecerse a la vista de la muchacha.

Me señaló la puerta, como si pudiera haberla olvidado, y se retiró a esperar.

Mi madre parecía mejorada; había descansado bien, me dijo. Hablamos durante un rato; me pidió detalles sobre mi historia y yo se los di pausadamente. Cuando me levanté, le pregunté, tan casualmente como me fue posible:

—La muchacha que me abre la puerta, ¿no es muy joven para estar aquí? ¿Quién es?

—Su madre trabajaba en palacio. Keridwen. ¿La recuerdas?

—¿Es posible que la recuerde? —sacudí la cabeza.

—No.

Pero cuando le pregunté por qué reía, no me contestó y en vista de ello no me atreví a preguntarle nada más.

Al tercer día, me encontré con la anciana portera; pasé todo el rato que estuve con mi madre preguntándome si había visto (como hacen las mujeres), a través de mi pregunta cuidadosamente casual, lo que se escondía en el fondo y había advertido que la muchacha debía estar lejos de mi camino. Pero en el cuarto día volvía a estar allí y aquella vez comprendí, antes de haber dado tres pasos, que había oído las historias de Dinas Brenin. Estaba tan ansiosa de ver al mago que se había retirado la capucha y yo, a mi vez, vi los grandes ojos, azul-grises, llenos de una especie de ávida curiosidad y extrañeza. Cuando le sonreí y le saludé, se ocultó de nuevo tras el capuchón, pero esta vez me contestó. Su voz era ligera y baja, una voz de niña, y me llamó «mi señor» como si lo sintiera de verdad.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Keri, mi señor.

Me rezagué para detenerla.

—¿Me dices cómo se encuentra hoy mi madre, Keri?

Pero ya no contestó, sólo me condujo directamente al patio interior y me dejó allí.

Aquella noche tampoco pude dormir, pero no me habló ningún dios, ni siquiera para decirme que ella no era para mí. Los dioses no visitan a los hombres para recordarles lo que ya saben.

En los últimos días de abril mi madre había mejorado mucho; cuando fui a verla de nuevo ya se había levantado y estaba sentada cerca de la ventana, con una manta de lana sobre las rodillas y con el sol que le daba de lleno. Un membrillo, apoyado en la pared exterior, estaba cargado de flores en las que zumbaban las-abejas; debajo de él, en el alféizar, un par de palomas blancas ronroneaban.

—¿Tienes noticias? —preguntó mi madre tan pronto como me vio entrar.

—Hoy ha llegado un mensajero. Vortigern ha muerto y la reina también. Dicen que Hengist viene hacia el sur con un gran ejército, y con él Pascentius, el hermano de Vortimer, con el resto de sus hombres. Ambrosius ya les ha salido al encuentro.

Estaba muy erguida, con la mirada fija en el muro. Hoy había una mujer con ella, sentada en un taburete, al otro extremo de la cama; era una de las monjas que la habían acompañado a Dinas Brenin. La vi santiguarse, pero Niniane seguía con la vista fija en la pared, pensativa.

—Cuéntame.

Le expliqué todo lo que había oído acerca de Doward. La mujer se santiguó de nuevo, pero mi madre ni se movió. Cuando terminé, sus ojos se posaron en mí.

—¿Y ahora te irás?

—Sí. ¿Quieres que le lleve algún mensaje?

—Cuando lo vea —dijo— tendré todo el tiempo que quiera de hablarle.

Cuando la dejé, seguía mirando al muro, hacia algo distante en el tiempo y en el espacio.

Keri no esperaba y yo me demoré unos instantes antes de cruzar el patio exterior, lentamente, hacia la puerta. Luego la vi que esperaba en la sombra del arco de la puerta y apresuré el paso.

Estaba pensando en un montón de cosas para decirle, todas igualmente inútiles para prolongar lo que no podía prolongarse, pero no fue necesario decir nada. Ella alargó una de sus bonitas manos y tocó la mía, suplicante.

—Mi señor…

Su capucha había caído y vi que había lágrimas en sus ojos. Pregunté, muy interesado:

—¿Qué sucede? —por un instante creí que lloraba porque me marchaba—, Keri, ¿qué ocurre?

—Tengo dolor de muelas.

La miré fijamente. Debí parecer tan estúpido como si me hubieran cruzado la cara de un bofetón.

—Aquí —dijo, y se llevó una mano a la mejilla—. Hace días que me duele. Por favor, mi señor…

—No soy un sacamuelas —repliqué roncamente,

—Pero si me la tocaras…

—Ni un mago… —empecé a decir, pero ella se me acercó y la voz se estranguló en mi garganta.

Olía a madreselvas. Su pelo era dorado y sus ojos grises como campanillas antes de abrirse. Antes de que me diera cuenta, me había tomado una mano entre las suyas y la levantaba hacia su mejilla.

Respiré entrecortadameme y estuve a punto de retirarla, pero luego me dominé, abrí la palma y le acaricié la mejilla. Sus grandes ojos grises eran tan inocentes como el azul del cielo. Cuando se inclinó hacia mí, el cuello de la túnica boqueó y pude verle los senos. Su piel era suave como el agua y su aliento dulce contra mi mejilla.

Retiré la mano gentilmente y me enderecé.

—No puedo hacer nada por ti.

Supongo que mi voz era áspera. Ella levantó los párpados y me miró humildemente con las manos cruzadas. Sus pestañas eran cortas y gruesas, tan doradas como su pelo. Tenía un ligero lunar en la comisura de los labios.

—Si no ha mejorado mañana —dije—, será mejor que te la saquen.

—Ya está mejor ahora. Ha dejado de dolerme tan pronto como me has tocado con tu mano.

Su voz estaba llena de ensueño y su mano rozó la mejilla que yo había acariciado. El movimiento fue como una caricia; sentí que la sangre me hervía con un golpeteo doloroso. Con un súbito gesto, volvió a cogerme la mano, y rápidamente, puso su boca en ella.

Luego la puerta rechinó tras de mí y me encontré solo en la calle vacía.

Capítulo IV

Por lo que me había dicho el mensajero, parecía que Ambrosius no se había equivocado en su decisión de terminar con Vortigern antes de enfrentarse a los sajones. Su conquista de Doward y la ferocidad con que se había llevado a cabo tuvo efecto: los sajones invasores que se habían aventurado tierra adentro empezaron a retirarse hacia el norte, hacia las tierras salvajes que siempre habían constituido un buen lugar para invadir. Se detuvieron al norte del Humber para fortificarse en donde pudieran, y lo esperaron. Al principio, Hengist creía que Ambrosius tenía bajo su mando un ejército poco mayor que el que había desembarcado... y además ignoraba la fuerza de aquella mortífera arma de guerra. Pensaba que muy pocos británicos se le habían unido; en cualquier caso, los sajones siempre habían vencido a las pequeñas fuerzas tribales de los britanos y ahora los menospreciaba, como un bocado poco apetitoso. Pero luego, a medida que los informes llegaron al jefe sajón y le hablaban de miles de hombres que se habían unido al Dragón Rojo y del éxito de Doward, decidió no esperar más tiempo al norte del Humber; marchó de nuevo hacia el sur a encontrarse con los brítanos en un lugar elegido, en donde podría sorprender a Ambrosius y destruir su ejército.

De nuevo Ambrosius se movió con la rapidez de César. Era necesario porque, a medida que los sajones avanzaban, dejaban devastado el lugar por donde habían pasado.

El final ocurrió en la segunda semana de mayo, una semana calurosa en la que el sol parecía de junio, interrumpida por chubascos propios de abril; una semana inestable y, para los sajones, una semana preparada por el destino. Hengist, con sus preparativos de emboscada a medio terminar, fue atrapado por Ambrosius en Maesbeli, cerca del Fuerte de Conan, o Kaerconan, que la gente a veces llama Conisburg.

Era un lugar elevado, con un fuerte en la cima de un despeñadero. Allí los sajones intentaban preparar una emboscada a las fuerzas de Ambrosius, pero los exploradores de éste se enteraron de la trampa por un britano que se había escondido en una cueva de la colina para proteger a su mujer y a sus dos hijos de las hachas de los hombres del norte. Por consiguiente. Ambrosius apresuró todavía más la marcha y alcanzó a Hengist antes de que éste pudiera haberse emboscado y le obligó a luchar en campo abierto.

El proyecto de Hengist se había vuelto a favor de Ambrosius, quien se detuvo y desplegó todas sus fuerzas, y tenía la ventaja del terreno. Bretones, galos, británicos del sur y del suroeste, esperaban en una loma, con un prado ligeramente inclinado delante de ellos, desde el cual podían atacar sin impedimentos. Entre aquellas tropas se habían mezclado otros nativos que se les habían unido con sus jefes. Tras aquel inmenso ejército, el suelo se elevaba suavemente, roto sólo por algunos matorrales, hasta formar una larga loma que, al oeste, se convertía en una cadena de bajas colinas rocosas y, al este, en una espesa vegetación de robles. Los hombres de Gales —montañeses—, se instalaron en las alas, los de Gales del norte en el robledal

y, separados por todo el ejército de Ambrosius, los de Gales del sur en las colinas del oeste. Aquellas fuerzas, ligeramente armadas y de gran movilidad, estaban en disposición de reforzarse a sí mismas; los ataques rápidos durante la batalla se dirigirían a los puntos más débiles de la defensa enemiga. También deberían atrapar y vencer a cualquier sajón que se separara de su ejército y escapara por el prado.

Los sajones, cogidos en su propia trampa, con aquellas inmensas fuerzas frente a ellos y tras de sí las rocas de Kaerconan y el estrecho desfiladero en donde se planeaba tender la emboscada, lucharon como diablos. Pero estaban en desventaja: empezaron asustados, asustados por la reputación de Ambrosius, por su reciente y feroz victoria en Doward y, más que todo ello, según me contaron, por mi profecía hecha a Vortigern, que había corrido de boca en boca con tanta rapidez como el fuego en Doward. Y, naturalmente, los pronósticos favorecieron a Ambrosius. La batalla empezó antes del mediodía y al atardecer ya había terminado.

Yo lo vi todo. Fue mi primera gran batalla campal y no me avergüenza que fuera la última. Mis batallas no se libraban con espadas y lanzas. A decir verdad, yo ya había puesto mi parte en el triunfo de Kaerconan antes de llegar allí; y, cuando llegué, fue para representar el papel que una vez me había asignado Uther.

Había cabalgado con Cadal hasta Caerleon, en donde nos encontramos con un cuerpo de las tropas de Ambrosius en posesión de la fortaleza y otro en camino para apoderarse y reparar la de Maridunum. Y también, me explicó confidencialmente el oficial, para asegurarse de que la comunidad cristiana (toda la comunidad —añadió gravemente, con un parpadeo—, pues es mucha la piedad de nuestro comandante) estuviera a salvo. También le habían encomendado que algunos de sus hombres me escoltaran hasta Ambrosius. Mi padre incluso había pensado en mandarme parte de mi ropa. Por consiguiente, mandé a Cadal de regreso, para su disgusto, a que arreglara la cueva de Galapas; yo cabalgué con la escolta hacia el nordeste.

Nos habíamos unido al ejército fuera de Kaerconan. Las tropas ya se preparaban para la batalla y no había que pensar en ver al comandante; por consiguiente, nos dirigimos, como nos mandaron, a las colinas del oeste, en las que los hombres de las tribus del sur de Gales se miraban desconfiadamente unos a otros por encima de las espadas preparadas para los sajones de abajo. Los hombres de mi escolta también me miraban con suspicacia: no se habían entrometido en mi silencio durante la cabalgada y era evidente que me tenían miedo, no sólo por ser el hijo de Ambrosius, sino como el «profeta de Vortigern» (un título que ya me habían puesto y que tuve que aguantar durante algunos años). Cuando llegué con ellos delante del oficial encargado y pedí que se me asignara un lugar en su tropa, éste se aterrorizó y me suplicó muy seriamente que quedara al margen de la lucha y que me colocara en algún lugar desde donde los hombres pudieran verme, para que supieran que «el profeta estaba con ellos», según dijo. Al final hice lo que él deseaba y me dirigí a la cima de un pequeño risco cerca de allí;

envolviéndome en mi capa, me preparé para ver la batalla como si fuera un mapa móvil.

Ambrosius en persona estaba en el centro; vi el blanco semental con el Dragón Rojo ondeando encima de su cabeza. A la derecha, la capa azul de Uther refulgía mientras su caballo trotaba a lo largo de las líneas. No reconocí inmediatamente al jefe del ala izquierda; un caballo gris, una figura vigorosa, un estandarte con una divisa en blanco que al principio no pude distinguir. Luego vi lo que era: un jabalí. El Jabalí de Cornualles. El comandante del ala izquierda del ejército de Ambrosius no era otro que el guerrero de la barba gris, Gorlois, señor de Tintagel.

No podía descifrarse el orden en que se habían reunido los sajones. Toda mi vida había oído hablar de la ferocidad de aquellos gigantes rubios y todos los niños británicos eran educados en el terror de sus historias. La gente decía que iban a la guerra enloquecidos, que podían seguir luchando ensangrentados por doce heridas sin que su ferocidad disminuyera. Y todo lo que tenían de valor y crueldad, les faltaba de disciplina. En efecto, así parecía entonces. No había orden alguno en el vasto amontonamiento de metal centelleante y de caballos agitados, perpetuamente en movimiento, como una riada a punto de romper la presa.

Incluso a aquella distancia pude distinguir a Hengist y a su hermano, gigantes con grandes bigotes que se enroscaban en sus mejillas y con el cabello volando al viento mientras espoleaban a sus pequeños y peludos caballos arriba y abajo de la formación. Gritaban, los ecos de sus voces me llegaban claramente; súplicas a los dioses, juramentos, exhortaciones, órdenes, que aumentaban en un feroz crescendo, hasta llegar al último grito, más salvaje que los demás: «¡Matad, matad, matad!»; las hachas se levantaron, centellearon a la luz del sol de mayo y la jauría se lanzó contra las ordenadas líneas del ejército de Ambrosius.

Las dos huestes chocaron con tal ímpetu que las chovas de Kaerconan levantaron su vuelo, chillando, y parecieron romper el aire. Era imposible, incluso desde mi lugar, ver hacia dónde iba la lucha (o, mejor dicho, los distintos puntos de choque). Por un momento parecía que los sajones, con sus hachas, se abrían un camino entre las tropas británicas; luego se pudo ver una mancha de sajones perdida en un mar de británicos que se desvanecía poco después, como engolfada. El bloque del centro paró el mayor choque de la carga, pero después la caballería de Uther, en un rápido movimiento de flancos, atacó desde el este. Los hombres de Cornualles, a las órdenes de Gorlois, retrocedieron en un principio, pero tan pronto como la línea frontal de los sajones empezó a vacilar, se les lanzaron desde la izquierda con la fuerza de un martillo y los aplastaron. Después de esto el campo se convirtió en un caos. Por todas partes, los hombres luchaban en pequeños grupos, e incluso individualmente, mano a mano. El ruido, el estallido y el griterío, incluso el olor de sudor y sangre, parecían llegarme hasta donde yo me hallaba, sentado y envuelto en mi capa, observando. Inmediatamente, me di cuenta de que debajo de mí los galeses se agitaban y, luego, vi de súbito una tropa de sajones que galopaban hacia nosotros. Pero, en un instante, la cumbre de la colina quedó vacía; sólo quedaba yo. El

clamor parecía haberse acercado, rodeado el pie de la colina como una marea creciente. Descubrí un petirrojo en un matorral cercano; el pájaro empezó a cantar, su sonido se elevó dulcemente por encima del fragor de la batalla. Desde entonces, siempre que pienso en la batalla de Kaerconan, me viene a la mente el canto de un petirrojo,

mezclado con el graznido de los cuervos. Porque los cuervos ya planeaban en círculos, muy arriba por encima de nuestras cabezas: se dice que oyen el crujido de las espadas a diez millas de distancia.

Todo había terminado al atardecer. Eldol, duque de Gloucester, tiraba de Hengist montado en su caballo, debajo de los muros de Kaerconan, y el resto de los sajones huyeron; algunos lo consiguieron, pero muchos fueron atrapados en las colinas o en el estrecho desfiladero, al pie de Kaerconan. Al caer las primeras sombras, se encendieron antorchas a la puerta de la fortaleza; la entrada se abrió de par en par y el blanco caballo de Ambrosius cruzó el puente y entró en el fuerte, dejando el campo a los cuervos, a los sacerdotes y a las fiestas fúnebres.

No fui con él inmediatamente. Lo dejé enterrar a sus muertos y limpiar la fortaleza. Había trabajo para mí entre los heridos y, además, ya no había ninguna prisa para darle el mensaje de mi madre: mientras estaba sentado en la colina, a la luz del sol de mayo, entre el canto del petirrojo y el fragor de la batalla, supe que había recaído y que ahora ya había muerto.

Capítulo V

Bajé de la colina entre las aliagas y los espinos. Desde hacía tiempo habían desaparecido las tropas galesas; y, hasta mucho tiempo después de la puesta del sol, se oyeron gritos aislados procedentes de pequeños grupos que todavía luchaban contra los fugitivos en el bosque y en las colinas.

Abajo, en la llanura, la batalla había terminado. Transportaban a los heridos hasta Kaerconan. Las antorchas ondeaban por todas partes hasta que el llano estuvo lleno de luz y de humo. Los hombres se llamaban a gritos, los aullidos y los gemidos de los heridos se oían claramente, con el ocasional resoplido de un caballo, las bruscas órdenes de los oficiales y los rápidos pasos de unos pies desnudos. Aquí y allí, en los oscuros lugares adonde no llegaba la luz de las antorchas, los hombres se deslizaban, solos o de dos en dos, entre los cuerpos tendidos. Se les veía detenerse, estremecerse y marchar rápidamente. A veces, allí donde se paraban se oía un sollozo, un súbito gemido; otras veces el breve relampagueo de un arma o el rápido golpe de gracia. Los saqueadores exploraban entre los muertos a unos pasos delante del grupo de salvamento. Los cuervos bajaban; los vi ladear con sus negras alas por encima de las antorchas y un par de ellos esperaban en una roca cerca de mí. Con la caída de la noche también vendrían las ratas, correrían desde los húmedos cimientos del castillo para atacar a los cuerpos muertos.

El trabajo de salvamento de los vivos se llevaba a cabo con la misma rapidez y eficiencia que todo lo que hacía el ejército del conde. Una vez que se hubieran recogido todos los heridos, las puertas se cerrarían. Decidí que vería a Ambrosius después de saber que estaba a salvo y se imaginaría que me había reunido con los doctores. Más tarde ya habría tiempo para comer y para hablar con él.

En el campo, mientras lo cruzaba, los camilleros todavía se esforzaban por separar los amigos de los enemigos. Los sajones muertos habían sido amontonados en el centro del llano y me imaginé que los quemarían, de acuerdo con la costumbre. Cerca del montón de cuerpos, un pelotón guardaba otro montón de armas y adornos pertenecientes a los muertos. Los británicos muertos eran tendidos cerca de las murallas, colocados en filas para ser identificados. Había grupos de hombres, cada uno con un oficial, que se inclinaban sobre cada cuerpo. Mientras caminaba entre el barro pisoteado, lleno de sangre y limo, pasé junto a una media docena de hombres andrajosos: pordioseros o proscritos, a juzgar por su apariencia. Debían ser saqueadores, alcanzados por los soldados. Uno de ellos todavía se retorcía, como picado por una avispa, tumbado en el suelo por un arma sajona, que todavía llevaba clavada en el cuerpo. Me miró —ya no le quedaba voz— y noté que todavía tenía esperanzas. Si le hubieran atravesado netamente con una lanza, se la hubiera sacado de un tirón y le hubiera dejado morir desangrado, pero, tal como estaba, había un sistema más rápido para él. Saqué mi daga, la oculté con la capa y, cuidadosamente, para no salpicarme con la sangre, se la clavé en el cuello. La limpié en los

andrajos del muerto y, al levantarme, me encontré con un par de ojos que me miraban fríamente por encima de una espada, unos tres pasos lejos.

Afortunadamente, era un hombre que conocía. Noté que él me reconocía, luego sonreía y bajaba la espada.

—Has tenido suerte. He estado a punto de atacarte por la espalda.

—No lo creo —deslicé la daga en su vaina—. Hubiera sido una pena morir por robar a este hombre. ¿Qué creías que se le podía quitar?

—Te sorprenderías al ver lo que se intenta robar. Cualquier cosa, desde un trozo de yeso a una tira de sandalia —levantó la cabeza hacia las altas murallas de la fortaleza—. Ha estado preguntando dónde estabas.

—Hago lo que me corresponde.

—Dicen que habías predicho esto, Merlín. Y lo de Doward también…

—Dije que el Dragón Rojo vencería al Blanco —repliqué—. Pero creo que todavía no ha terminado todo. ¿Qué le ha ocurrido a Hengist?

—Está allí —señaló de nuevo la ciudadela—. Se dirigía al fuerte cuando se rompieron las filas y fue capturado justo frente a la puerta.

—Ya lo he visto. ¿Está dentro, entonces? ¿Vive todavía?

—Sí.

—¿Y Octa, su hijo?

—Se ha ido. Y su primo; Eosa se llama, ¿no?; se han marchado al norte.

—Así, pues, no es el final. ¿Ha ido alguien tras ellos?

—Todavía no. Ambrosius dice que hay tiempo —me miró—. ¿Lo crees así?

—¿Cómo puedo saberlo? —estaba desamparado—. ¿Cuánto tiempo estaremos aquí? ¿Unos días?

—Tres, ha dicho. Lo suficiente para enterrar a los muertos.

—¿Qué hará con Hengist?

—¿Qué crees tú? —hizo un gesto expresivo con el canto de la mano. Y bien merecido lo tendrá. Están hablando de eso ahora, pero no creo que tarden mucho en ponerse de acuerdo. El conde todavía no ha dicho nada, pero Uther ya lo habría matado y, además, los sacerdotes desean un poco de sangre fresca para redondear el día. Bien, tengo que volver al trabajo, a ver si puedo coger a más civiles saqueando. Te hemos visto en la colina —añadió al volverse—, durante toda la batalla. La gente decía que era un buen presagio.

Se marchó. Un cuervo revoloteó a mi espalda con un graznido y se instaló sobre el pecho del hombre que había matado. Llamé a un portador de antorcha para que me iluminara el camino y me dirigí a la puerta grande de la fortaleza.

Estaba a medio camino del puente cuando un remolino de antorchas salió por la puerta; en el centro, atado y custodiado, estaba un gigante rubio que adiviné que era Hengist. Las tropas de Ambrosius formaron un círculo, al centro del cual arrastraron al jefe sajón; allí debieron obligarlo a ponerse de rodillas, puesto que la blonda cabeza desapareció entre las filas de los británicos. Entonces vi a Ambrosius que se acercaba por el puente, seguido de cerca por Uther, que iba a su izquierda, y a su derecha iba un hombre que no conocía, vestido de obispo cristiano, todavía sucio de barro y sangre. Los otros se apiñaban tras ellos. El obispo hablaba seriamente al oído de Ambrosius, cuya cara era una máscara, la fría e inexpresiva máscara que yo conocía tan bien.

Le oí que decía algo así como:

—Ya lo verás, quedarán satisfechos.

Y luego, secamente, algo más que hizo callar al clérigo.

Ambrosius tomó sitio. Vi que hacía señas a un oficial. Entonces se dio una voz de orden, seguido del silbido y el sonido de un golpe. Un ruido —difícilmente podría decirse gruñido— de satisfacción surgió de los hombres que miraban. La voz del obispo, rugiente de triunfo, se dejó oír:

—¡Así terminan los paganos enemigos del único Dios verdadero! ¡Ahora dejad que su cuerpo sea pasto de lobos y milanos!

Luego, la voz de Ambrosius, fría y tranquila:

—Irá hacia sus dioses rodeado de su ejército, a la manera de su pueblo —y dirigiéndose al oficial—: Avísame cuando todo esté a punto y vendré.

El obispo empezó a gritar de nuevo, pero Ambrosius le volvió la espalda como si no existiera y, con Uther y los otros capitanes, volvió a cruzar el puente y entró en la fortaleza. Yo le seguí. Las lanzas se interpusieron en mi camino, pero cuando fui reconocido —el lugar estaba guardado por los bretones de Ambrosius— las lanzas se retiraron.

Dentro de la fortaleza había un amplio patio cuadrado, ahora lleno de alboroto y de ruido confuso de hombres y caballos. En el extremo opuesto, una escalinata de peldaños bajos conducía a la puerta del gran salón y de la torre. Ambrosius y sus acompañantes subían la escalera, pero yo me volví hacia un lado. No necesité preguntar a dónde habían llevado a los heridos; en el lado este del patio, un largo edificio de dos pisos había sido habilitado como hospital: los sonidos que venían de allí me guiaron. El médico encargado me llamó; un hombre llamado Candar, que me había enseñado muchas cosas en la Pequeña Bretaña y que no creía en sacerdotes ni magos pero que en aquel momento necesitaba otro par de manos diestras. Me asignó dos asistentes, me encontró algunos instrumentos y una caja de medicinas y me empujó —literalmente— dentro de una larga habitación, un poco mejor acondicionada que una cabaña, que albergaba a unos cincuenta hombres heridos. Me arremangué y empecé a trabajar.

Hacia medianoche, la peor parte del trabajo estaba hecho y todo estaba más tranquilo. Estaba en el otro extremo de la puerta de mi sección

cuando un ligero ruido en la entrada me hizo volver. Vi a Ambrosius, con Candar y dos oficiales, que entraban quedamente y se deslizaban a lo largo de la fila de heridos, parándose junto a cada uno para hablarle o, con los que estaban peor, para preguntar al médico por su estado en voz muy abaja.

Yo estaba curando una profunda herida —era limpia y sanaría, pero era profunda y dentada y, para alivio de todos, el hombre se había desvanecido— cuando el grupo llegó a mi lado. No levanté la vista y Ambrosius esperó en silencio, hasta que terminé de vendarla. Luego me levanté y los asistentes se acercaron con una bandeja de agua. Introduje las manos en el líquido y miré a Ambrosius, que sonreía. Todavía llevaba su armadura rota y sucia, pero se le veía despejado y alerta, dispuesto, si era necesario, a emprender otra batalla. Noté que los heridos lo miraban como si fueran a curarse sólo con verlo.

—Mi señor —dije.

Se inclinó hacia el hombre inconsciente y preguntó:

—¿Cómo está?

—Es una herida en la carne. Se recubrirá y vivirá, porque, afortunadamente, faltan unos cuantos dedos para que sea fatal.

—Ya veo que has hecho un buen trabajo —dijo, y, cuando terminé de secarme las manos y despedí a los asistentes con unas palabras de agradecimiento, Ambrosius levantó una mano y agregó—: Y ahora, bien venido. Creo que te debemos mucho, Merlín. No me refiero a esto; me refiero a Doward y a la batalla de hoy. Por lo menos, eso es lo que creen los hombres, y si los soldados deciden que algo es afortunado, entonces es que lo es. Bien, estoy contento de verte sano y salvo. Creo que tienes noticias para mí.

—Sí.

Contesté sin expresión a causa de los hombres que había con nosotros, pero noté que la sonrisa se borraba de sus ojos. Vaciló, y luego dijo rápidamente:

—Caballeros, dejadnos solos.

Se marcharon y él y yo nos miramos por encima del cuerpo desvanecido del soldado. Cerca de nosotros, otro soldado se agitó y sollozó, y, más allá, se oyó un grito. El lugar olía mal, a sangre, a sudor seco, a vómitos.

—¿Qué hay de nuevo?

—Se trata de mi madre.

Creo que ya adivinaba lo que iba a decirle. Habló lentamente, midiendo las palabras, como si cada una transportara una gran carga que él tuviera que soportar.

—Los hombres que te han acompañado... me han traído noticias suyas. Ha estado enferma, pero se ha recobrado y ahora está en Maridunum sana y salva. ¿Acaso no es cierto?

—Era cierto cuando me fui de Maridunum. Si hubiera sabido que la enfermedad era mortal desde luego que no la habría dejado.

—¿Era mortal?

—Sí, mi señor.

Quedó silencioso, con la cabeza inclinada, mirando al hombre herido, pero sin verlo. Este empezaba a agitarse; pronto volvería en sí, con el dolor, con la pestilencia, con el miedo a la muerte.

—¿Salimos afuera, al aire libre? —dije—. Ya he terminado mi trabajo aquí. Enviaré a alguien a cuidar a este hombre.

—Sí. Coge tu ropa, es una noche fría —contestó, sin moverse todavía—. ¿Cuándo murió?

—Este atardecer.

Al oír mis palabras levantó la cabeza rápidamente; sus ojos se estrecharon, interrogadores, y luego asintió, comprendiendo. Empezó a caminar, e hizo un gesto para que le siguiera. Cuando salimos preguntó:

—¿Supones que lo sabía?

—Me parece que sí.

—¿No te dio ningún mensaje?

—No directamente. Sólo dijo: «Cuando nos veamos tendremos mucho tiempo para hablar.» Recuerda que es cristiana y los cristianos creen...

—Ya sé lo que creen.

Una conmoción afuera lo hizo detenerse; una voz dio un par de órdenes y se oyeron pasos. Ambrosius escuchó. Alguien se acercaba rápidamente.

—Ya hablaremos más tarde, Merlín. Tienes que contarme muchas cosas, pero primero tenemos que mandar al espíritu de Hengist a sus padres. Ven.

Habían colocado a los sajones muertos sobre una gran pira y la estaban rociando con aceite y brea. En la cima de la pirámide, encima de una plataforma de planchas de madera bastamente atadas, yacía Hengist. Nunca he sabido cómo consiguió Ambrosius evitar el pillaje, pero el caudillo sajón no había sido saqueado. Su escudo descansaba sobre su pecho y junto a su mano derecha se veía su espada. El cuello del muerto quedaba oculto por un ancho collar de cuero de los que usan los soldados para protegerse la garganta. Estaba tachonado de oro. Una capa cubría su cuerpo desde el cuello hasta los pies y los pliegues escarlatas se deslizaban encima de la madera.

Tan pronto como las antorchas hubieron prendido fuego en la base, las llamas se elevaron rápidamente. Era una noche tranquila y el humo subió formando una gruesa y negra columna enlazada con fuego. Los bordes de la capa ardieron, ennegrecieron, se ensortijaron y, entonces, Hengist quedó oculto por el humo y las llamas. El fuego restallaba como un látigo y,

a medida que los leños ardían y se rompían, los hombres se apresuraban, sudorosos y tiznados, a echar más. Desde donde estábamos, bastante retirados de la hoguera, el calor era intenso y el olor de la brea y de la carne quemada mezclaba su pestilencia con el aire húmedo de la noche. Detrás del círculo de observadores todavía se movían las antorchas por todo el campo de batalla y se oían los golpes secos de las espadas al clavarse en el suelo por los muertos británicos. Más allá de la pira, más allá de los sombríos declives de las colinas lejanas, se elevó la luna de mayo, débil a través del humo.

—¿Qué ves?

La voz de Ambrosius me sobresaltó. Lo miré sorprendido.

—¿Ver?

—En el fuego, profeta Merlín.

—Nada más que hombres muertos que arden.

—Pues mira y ve algo para mí, Merlín. ¿A dónde ha ido Octa?

—¿Cómo puedo saberlo? —reí—. Te digo todo lo que veo.

Pero él no reía.

—Mira más intensamente. Dime a dónde ha ido Octa. Y Eosa. Dónde se esconden para esperarme. Y cuándo atacarán.

—Ya te he dicho que no busco las cosas. Si el dios lo desea, vienen a mí, vienen a través de las llamas o durante la noche; y vienen silenciosamente como una flecha en una emboscada. No voy a buscar al arquero; lo único que puedo hacer es esperar, con el pecho desnudo, a que la flecha me hiera.

—Entonces, hazlo ahora —hablaba duramente, con obstinación; comprendí que lo decía en serio—. Lo hiciste por Vortigern.

—¿A profetizar su muerte llamas hacerlo por él? Cuando lo hice, ni siquiera sabía lo que estaba diciendo. Supongo que Gorlois te ha contado lo que ocurrió... Ni siquiera ahora podría explicarlo. Nunca sé cuándo vendrá, ni tampoco cuándo me dejará.

—Sólo que hoy has sabido lo de Niniane, sin ayuda de fuego ni de oscuridad.

—Es cierto. Pero no puedo decirte cómo, así como no puedo explicarte cómo supe lo que dije a Vortigern.

—La gente te llama el profeta de Vortigern. Profetizaste nuestra victoria y hemos vencido, aquí y en Doward. Los hombres creen en ti y te tienen confianza. Yo también. ¿No es mejor título para ti llamarte el profeta de Ambrosius?

—Tú sabes que apreciaría cualquier título que tú quisieras otorgarme. Pero el poder es algo más que un título. No sé explicar lo que es, pero sé que si es importante, vendrá. Y cuando venga, ten por seguro que te lo contaré todo. Ya sabes que estoy a tu servicio, pero ahora no sé nada acerca de Octa

y Eosa. Sólo puedo conjeturar... como un hombre. Todavía luchan bajo el Dragón Blanco, ¿no?

—Sí —frunció el entrecejo.

—Entonces, lo que dijo el profeta de Vortigern todavía rige para ellos.

—¿Puedo decir eso a los hombres?

—Si lo necesitan, sí. ¿Cuándo planeas marchar de aquí?

—Dentro de tres días.

—¿Hacia dónde?

—Hacia York.

—Entonces tus conjeturas de comandante son probablemente tan buenas como las mías de mago. ¿Me llevarás contigo?

—¿Podrás serme de alguna utilidad? —sonrió.

—Como profeta, probablemente no. Pero, ¿no necesitas un ingeniero? ¿O un aprendiz de doctor? ¿O incluso un cantor?

—Un huésped, y nada más. Mientras, no te conviertas en sacerdote, Merlín. Ya tengo bastantes.

—No tienes por qué temer.

Las llamas morían. El oficial encargado de la pira se acercó, saludó y preguntó si los hombres podían marcharse. Ambrosius los dejó ir y luego me miró.

—Ven conmigo a York, entonces. Tendré un trabajo para ti, allí' Un trabajo regio. Me han dicho que el lugar está en ruinas y voy a necesitar a alguien que dirija a los ingenieros. Tremorinus está en Caerleon. Ahora, vete a buscar a Caius Valerius, dile que se ponga a tu servicio y vuelve conmigo dentro de una hora —al volverse, añadió por encima del hombro—: Y si mientras tanto te llegara algo parecido a una flecha, ¿me lo harás saber?

—A menos que sea una flecha de verdad, sí.

Se rió y marchó. Súbitamente, Uther se puso a mi lado.

—¿Bien, Merlín el bastardo? Dicen que has ganado la batalla para nosotros desde la cima de la colina.

Me di cuenta con sorpresa de que no había malicia en su tono. Sus maneras eran tranquilas, suaves, casi alegres, como las de un prisionero recién liberado. Supuse que debía sentirse como tal después de la larga frustración de los años en Bretaña. De haber sido por él, hubiera atravesado el estrecho antes de llegar a la madurez y hubiera sido cortado en pedazos por sus esfuerzos. Ahora, como un halcón que se lanza a su primer vuelo, se sentía poderoso. También yo pude notar su poder: le cubría como unas alas. Le dije algo como saludo, pero me interrumpió:

—¿Ves algo en las llamas en este preciso momento?

— ¡Oh, no, tú también! —me quejé—. El rey parece creer que lo único que tengo que hacer es mirar una antorcha y decirle el futuro. Le he intentado explicar que esto no funciona así.

—Me decepcionas. Iba a preguntarte mi destino.

—Oh, eso es muy fácil: Dentro de una hora, tan pronto como hayas dejado a tus hombres instalados, te acostarás con una muchacha.

—No es tan seguro como dices. ¿Cómo diablos sabes que he conseguido encontrar una? No hay muchas por estos alrededores...; sólo uno de cada cincuenta hombres ha tenido suerte. Y yo he sido de éstos.

—Era eso lo que quería decir. Dame cincuenta hombres y una sola mujer entre ellos, y Uther se hará con la mujer. Eso es lo que yo llamo una de las certezas de la vida. ¿Dónde puedo encontrar a Caius Valerius?

—Mandaré un hombre para que te acompañe. Iría yo mismo, pero prefiero no encontrármelo.

—¿Por qué?

—Cuando hemos tirado a suertes para la muchacha, él ha perdido —dijo jovialmente—. Tendrá mucho tiempo para dedicarte. Toda la noche, de hecho. Vamos.

Capítulo VI

Fuimos a York tres días antes de final de mayo.

Los exploradores de Ambrosius habían confirmado lo que él imaginaba acerca de York; había una buena ruta desde Kaerconan, y Octa la había tomado en su huida con su pariente Eosa; se había refugiado en la ciudad fortificada que los romanos llamaban Eboracum y los sajones Eoforwick o York. Pero las fortificaciones ahora ya servían de poco y sus habitantes, cuando se enteraron de la resonante victoria de Ambrosius en Kaerconan, recibieron fríamente a los fugitivos. A pesar de la rapidez de Octa, Ambrosius sólo le llevaba dos días de desventaja y, a la vista de nuestro gran ejército, descansado y reforzado por recientes aliados británicos animados por las victorias del Dragón Rojo, los sajones, temerosos de no poder mantener la ciudad contra él, se decidieron a implorar clemencia.

Lo vi con mis propios ojos. Iba a la vanguardia con las armas de sitiar, cuando alcanzamos las murallas. De aquella manera era más desagradable que una batalla. El jefe sajón era un hombre corpulento, rubio como su padre, y muy joven. Apareció antes de que Ambrosius lo despojara de sus pantalones, que eran de burdo paño atados con cuerdas. También llevaba las muñecas atadas, esta vez con una cadena, y su cabeza y su cuerpo estaban cubiertos de polvo: una humillación innecesaria. Su mirada era furiosa y comprendí que había sido obligado a hacer aquello por la cobardía —o por el sentido común, como queráis llamarlo— del grupo de sajones y británicos notables que se apiñaban tras él fuera de la puerta de la ciudad, suplicando piedad para sí mismos y para sus familias.

Esta vez Ambrosius fue generoso. Sólo exigió que el resto del ejército sajón se retirara hacia el norte, tras la antigua Muralla de Adriano, que, según dijo, constituiría el límite de su reino. Las tierras de más allá eran salvajes y agrestes, difícilmente habitables, pero Octa aceptó su libertad con bastante alegría; tras él, ansioso de la misma merced, llegó su primo Eosa, suplicando piedad a Ambrosius. La recibió y la ciudad de York abrió sus puertas a su nuevo rey.

El sistema de Ambrosius era siempre el mismo: antes que nada, el establecimiento del orden; no dejaba entrar nunca a los aliados británicos en la ciudad; eran sus propias tropas de la Pequeña Bretaña las que, sin lealtades locales, establecían y conservaban el orden. Se limpiaban las calles, se reparaban temporalmente las fortificaciones y se hacían planes para el trabajo futuro, planes que se ponían en manos de un pequeño grupo de hábiles ingenieros. Luego se efectuaba una asamblea con los jefes de la ciudad, una discusión acerca del futuro programa político, un juramento de lealtad a Ambrosius; una vez hechos los arreglos para la guarnición de la ciudad cuando el ejército partiera, se celebraba una ceremonia religiosa de acción de gracias, con una fiesta y con descanso público.

En York, la primera ciudad conquistada por Ambrosius, la ceremonia se realizó en la iglesia, en un resplandeciente día de finales de junio, en presencia de todo el ejército y de una gran muchedumbre.

Yo ya había asistido antes a una ceremonia privada en otro lugar.

No esperaba que allí existiera todavía un templo de Mitra. Su veneración estaba prohibida y, en todo caso, había desaparecido cuando la última legión dejó las costas sajonas casi un siglo antes, pero en la época de las legiones el templo de York había sido uno de los más hermosos de todo el país. Dado que por los alrededores no había ninguna cueva natural, había sido construido originariamente debajo de la casa del comandante romano, en un amplio sótano, y por ello los cristianos no habían sido capaces de descubrirlo y destruirlo, como deseaban y hacían con los lugares sagrados de los otros hombres. Pero el tiempo y la humedad habían dejado su huella y el santuario se desmoronaba por falta de reparación. Una vez, bajo un gobernante cristiano, el lugar había estado a punto de convertirse en una capilla, pero el gobernante que le siguió se había opuesto francamente a ello, por no decir violentamente. También era cristiano aquel gobernante, pero tenía mejores razones para que aquel sótano de debajo de su casa hiciera las funciones propias de una bodega, es decir almacenar vino. Y para eso sirvió hasta el día en que Uther mandó a un grupo de trabajadores a limpiarlo y repararlo para la asamblea, que debía celebrarse el día de la fiesta del dios, el dieciséis de junio. Aquella vez la asamblea fue secreta, no por miedo sino por diplomacia; la acción de gracias oficial sería cristiana, en presencia de los obispos y de toda la gente. Ni yo había visto el santuario, pues durante los primeros días había trabajado en la restauración de la iglesia cristiana para que estuviera a punto para la ceremonia pública. Pero en la fiesta de Mitra estuve presente en el templo subterráneo con los otros de mi grado. La mayoría eran nombres que no conocía o que no pude identificar por la voz oculta tras las máscaras; pero Uther era reconocible y mi padre también estaba presente en su papel de Correo del Sol.

La puerta del templo estaba cerrada. Los del último grado esperábamos nuestro turno en la antecámara.

Era una habitación pequeña, cuadrada, iluminada solamente por las dos antorchas que descansaban en las manos de las estatuas que flanqueaban la puerta del templo. Encima de dicha puerta estaba la máscara en piedra de un león, tallada en el mismo muro. A cada lado, gastadas y descantilladas como la talla del león, con las narices y los miembros rotos, las dos estatuas de piedra todavía conservaban su magnificencia. La antecámara era fría a pesar de las antorchas, y olía a humo. Sentía que el frío se apoderaba de mi cuerpo, subía del suelo de piedra por mis pies desnudos y se elevaba por mis miembros desnudos debajo de la larga túnica de lana blanca. Pero en el momento en que el primer escalofrío me sacudía, la puerta del templo se abrió y, en un instante, todo se iluminó, se llenó de color y de fuego.

Ni siquiera ahora, después de tantos años y sabiendo todo lo que he aprendido a lo largo de mi vida, soy capaz de romper la promesa de silencio y secreto que hice entonces. Ni, que yo sepa, la ha roto ningún hombre. La

gente dice que lo que se aprende de joven no puede borrarse nunca totalmente de la mente y yo sé que nunca me escapé del hechizo del dios secreto que me guió hasta la Pequeña Bretaña y me condujo a los pies de mi padre. En efecto, no sé si a causa de la moderación del espíritu que me ha guiado, o a causa de la intervención directa del propio dios, me encuentro con que mi recuerdo de su veneración se ha hecho borroso, como si se tratara de un sueño. Y quizá se trate de un sueño, y no sólo de ahora, sino de siempre, desde la primera visión en aquel prado, a medianoche, hasta la ceremonia de aquella noche, que sería la última.

Recuerdo unas cuantas cosas. Más estatuas portadoras de antorchas. Los largos bancos a cada lado del pasillo central en donde los hombres se reclinaban vestidos con ropas brillantes, las máscaras vueltas hacia nosotros, los ojos que nos observaban. Los peldaños en el extremo más alejado del templo, el gran ábside con el arco parecido a la boca de una cueva, que se abría a una caverna inferior en la que, debajo de un techo estrellado, estaba el antiguo relieve en piedra de Mitra matando al toro. Debía de haber quedado protegido de algún modo de los martillos destructores, pues la figura se destacaba perfectamente bien, con todo su dramatismo. Allí estaba, a la luz de las antorchas, el hombre de la piedra vertical, el hombre de la gorra, montado en el toro, con la cabeza inclinada, clavando la espada en el cuello del animal. Al pie de la escalera se elevaban los fuegos del altar, uno a cada lado. Junto a uno de ellos, un hombre vestido y enmascarado como un león, con una vara en la mano. Junto al otro, el Heliodromos, el Correo del Sol. Y en el centro, encima de la escalinata, el Padre esperando recibirnos.

Mi máscara de cuervo tenía los agujeros de los ojos muy pequeños y sólo podía ver lo que tenía delante. No hubiera sido muy adecuado empezar a mirar de un lado a otro con aquella máscara puntiaguda y, por consiguiente, permanecí quieto escuchando las voces y preguntándome cuántos amigos debía haber allí, cuántos hombres conocidos Del único que podía estar seguro era del Correo del Sol, alto y quieto junto al fuego del altar, y de uno de los Leones, el que estaba cerca del arco o uno de los que observaban desde los bancos.

Aquella era la composición de la ceremonia: todo lo que puedo recordar, además del final. El León oficiante no era Uther, después de todo. Era un hombre bajo, corpulento, visiblemente más viejo que Uther; el golpe que me dio no era más que ritual, sin la viveza que Uther solía poner en sus gestos. Tampoco era Ambrosius el Correo. Cuando éste me dio el pan y el vino, vi el anillo de su dedo meñique de la mano izquierda, hecho de oro, con una piedra de jaspe con un pequeño dragón grabado. Pero cuando levantó la copa hasta mi boca y la ropa escarlata se deslizó hasta dejarme ver el brazo, descubrí una cicatriz familiar en la carne oscura y levanté la mirada para encontrarme con unos ojos azules tras la máscara, iluminados por un destello de diversión que se convirtió en risa cuando empecé a beber el vino. Al parecer, Uther había ascendido dos grados mientras yo esperaba iniciarme. Y puesto que sólo había un Correo, el único sitio que quedaba para Ambrosius...

Me separé del Correo para ir a arrodillarme a los pies del Padre. Pero las manos que yo tomé entre las mías para hacer mi juramento eran de un hombre viejo y, cuando levanté la vista, los ojos que se ocultaban tras la máscara eran los ojos de un extraño.

Ocho días después se efectuó la ceremonia oficial de acción de gracias. Ambrosius estaba allí, con todos sus oficiales, incluido Uther. Mi padre me había dicho, al terminar, cuando nos encontramos solos:

—Como comprenderás, todos los dioses que han nacido de la luz son hermanos y, en esta tierra, si el Mitra que nos dio la victoria tiene el rostro de Cristo, entonces nosotros adoraremos a Cristo.

Y nunca más volvimos a hablar de ello.

La capitulación de York marcó el final de la primera etapa de la campaña de Ambrosius. Después de York nos dirigimos hacia Londres en varias etapas, fáciles y sin lucha, excepto algunas escaramuzas sin importancia. El rey se había propuesto la enorme tarea de reconstrucción y consolidación de su reino. En cada pueblo, en cada fuerte, dejaba guarniciones de hombres escogidos, a las órdenes de oficiales de confianza, junto con un grupo de ingenieros para que les ayudaran a organizar el trabajo de reconstrucción y de reparación. En todas partes el cuadro era el mismo: construcciones que una vez fueron hermosas ahora estaban en ruinas o dañadas, casi sin posibilidad de ser reparadas; caminos medio borrados a causa de la negligencia; pueblos destruidos y gente que se ocultaba temerosa en cuevas y bosques; lugares sagrados derruidos o violados. Era como si la ignorancia y el desorden de las hordas sajonas hubiera extendido una plaga por todo el país. Todo lo que significaba luz —arte, canciones, enseñanza, veneración, las ceremonias de reunión de la gente, las fiestas de la Pascua, de Todos los Santos, incluso la agricultura— había desaparecido bajo los negros nubarrones sobre los que cabalgaban los dioses de la guerra y del trueno. Y aquellos dioses habían sido invitados por Vortigern, un rey británico. Esto era lo que todo el mundo recordaba. Olvidaban que había reinado bastante bien durante diez años, hasta que se dio cuenta de que el espíritu de la guerra que había dejado en libertad sobre su tierra se había escapado de su dominio. Sólo recordaban que había conseguido su trono con sangre y traición, con el asesinato de un pariente... y que aquel pariente era el verdadero rey. Por consiguiente, todo el mundo se unía a Ambrosius, cantándole las bienaventuranzas de sus diferentes dioses, ensalzándole con alegría como su rey, el primer rey de toda la Gran Bretaña, la primera oportunidad que tenía el país de serlo.

Otros hombres han contado la historia de la coronación de Ambrosius y su primer acto como rey de la Gran Bretaña; todo eso ya se ha escrito y, por lo tanto, sólo diré que estuve con él durante dos años; luego, en la primavera de mis veinte años, lo dejé. Había asistido a muchas juntas, había viajado mucho, había tenido largas discusiones legales en donde Ambrosius intentaba reimponer las leyes que habían caído en desuso; ya estaba harto de interminables asambleas con los ancianos y los obispos, que zumbaban como abejas, discutían como zánganos y necesitaban días y días para producir cada gota de miel. También estaba cansado de dibujos y

construcciones: era el único trabajo que había hecho para Ambrosius durante los largos meses en que había estado con el ejército. Además, sabía que debía dejarlo, que debía alejarme de la presión de los asuntos que lo rodeaban; los dioses no hablan a quien no tiene tiempo de escucharles. La mente debe buscar lo que necesita para alimentarse y por fin comprendí que el trabajo que me correspondía tenía que llevarlo a cabo en la quietud de mi colina.

Así, en la primavera, cuando llegamos a Winchester, envié un mensaje a Cadal y luego busqué a Ambrosius para decirle que debía marcharme.

Me escuchó casi ausente; los deberes se le acumulaban aquellos días y los años que antes le daban tanta ligereza ahora parecían pesarle. Ya había notado que aquél era, a menudo, el camino de los hombres que dirigen sus vidas hacia una meta elevada. Cuando se llega a ella y ya no queda más terreno para escalar; cuando lo que queda es solamente la tarea de atizar la llama para que la meta siga ardiendo, entonces esos hombres se sientan en la cima y envejecen. Allí donde antes su sangre fustigaba, ahora debe hacerlo la llama que un día encendieron. Así ocurría con Ambrosius. El rey que estaba sentado en su gran sillón, en Winchester, y me escuchaba, ya no era el joven comandante que había visto frente al mapa extendido sobre su mesa de la Pequeña Bretaña; no era el Correo de Mitra que se me había acercado en el prado escarchado.

—No puedo retenerte —dijo—. No eres un oficial a mis órdenes, eres mi hijo. Puedes ir adonde desees.

—Estoy a tu servicio, ya lo sabes. Pero sé cómo puedo serte más útil. El otro día hablaste de mandar una tropa a Caerleon. ¿Quién va a ir?

Miró un papel. Un año antes lo hubiera recordado sin necesidad de leerlo.

—Priscus, Valens. Probablemente Sidonius. Partirán dentro de dos días.

—Entonces iré con ellos.

Me observó. Súbitamente volvía a ser el Ambrosius de antes.

—¿Una flecha de las sombras?

—Llámalo como quieras. Sé que debo irme.

—Entonces, vete. Y algún día, vuelve a verme.

Alguien nos interrumpió. Cuando lo dejé, estaba de nuevo trabajando, palabra por palabra, en un laborioso borrador de los nuevos estatutos de la ciudad.

Capítulo VII

El camino de Winchester a Caerleon es bueno; el tiempo era agradable y seco; por lo tanto, no nos detuvimos en Sarum sino que seguimos hacia el norte mientras tuvimos luz, a través de la Gran Llanura.

Pasado Sarum se halla el lugar en donde nació Ambrosius. No puedo recordar qué nombre tuvo en el pasado, pero entonces ya lo llamaban por su nombre, Amberesburg o Amesbury. Nunca había estado allí y tenía ganas de conocerlo; nos apresuramos y llegamos antes de la puesta del sol. Me instalé, junto con los oficiales, en un cómodo alojamiento del jefe del pueblo (era poco más que una aldea, pero muy consciente de su importancia, como lugar natal del rey). No lejos de allí se hallaba el paraje en donde, muchos años antes, unos cien o más nobles británicos habían sido vilmente asesinados por los sajones y enterrados en una fosa común. Este lugar se halla emplazado al oeste de Amesbury, detrás del círculo de piedra que los hombres llaman la Danza de los Gigantes o la Danza de las Piedras Colgantes.

Había oído hablar mucho de la Danza y tenía curiosidad por verla; así, cuando la tropa llegó a Amesbury y se preparaba para pasar allí la noche, presenté mis excusas a mi anfitrión y cabalgué hacia el oeste, solo, a través de la abierta llanura. Milla tras milla, el llano se extendía sin colinas ni valles, roto solamente por matorrales de espinos blancos y aliagas; de vez en cuando, una solitaria encina recibía los embates del viento. El sol se ponía más tarde y, en aquel atardecer en que guiaba a mi fatigado caballo hacia el oeste, el cielo que tenía ante mí todavía brillaba con sus últimos rayos, mientras que, a mi espalda, las nubes de la noche se oscurecían y alguna estrella temprana ya se asomaba.

Creo que me imaginaba la Danza mucho menos impresionante que los ejércitos de piedra que me había acostumbrado a ver en la Pequeña Bretaña; me la imaginaba, quizá, como algo parecido al círculo de la isla de los druidas. Pero aquellas piedras eran enormes, mayores de lo que yo había visto nunca; y su aislamiento, su situación en el centro de aquella vasta y vacía llanura, me llenaron el corazón de espanto.

Rodeé el círculo a caballo, lentamente, mirando fijo; luego desmonté y, dejando libre al animal para que paciera, me acerqué a dos de las piedras del círculo exterior. Mi sombra, alargada entre las de los dos gigantes, era tenue, pequeña como la de un pigmeo. Me había parado involuntariamente, como si los gigantes hubieran extendido sus manos para detenerme.

Ambrosius me había preguntado si se trataba de «una flecha de las sombras». Yo le había contestado que sí, y era cierto, pero todavía tenía que saber por qué había venido hasta aquí. Lo único que sabía era que ahí me encontraba y que deseaba marcharme. Sentía lo mismo que experimenté en la Pequeña Bretaña la primera vez que pasé entre la avenida de piedras; un aliento en la nuca, como si algo más antiguo que el tiempo me mirara por encima del hombro; pero no era exactamente lo mismo. Era como si el suelo,

las piedras que había tocado, a pesar de que todavía conservaban el calor del sol de primavera, expulsaran un aliento frío desde algún lugar profundo.

Seguí caminando con desgana. La luz desaparecía rápidamente y era necesario ir con cuidado para ir al centro del círculo. El tiempo y las tormentas —y quizá los dioses de la guerra— habían dejado su huella: muchas de las piedras habían caído y yacían al azar, pero todavía se podía distinguir dónde habían estado. Era un círculo, pero no se asemejaba a nada de lo que había visto en la Pequeña Bretaña, a nada que hubiera imaginado. Originariamente había habido un círculo exterior de piedras inmensas; las que todavía quedaban en pie estaban coronadas por un dintel continuo de piedras tan grandes como las primeras, una gran curva de piedras unidas, como una valla de gigantes que se destacaba contra el cielo. Aquí y allí otras de las piedras del círculo exterior se mantenían levantadas, pero la mayoría habían caído o se inclinaban formando ángulos, con los dinteles esparcidos por el suelo, junto a ellas. Dentro del círculo mayor se levantaba otro, pero algunas de las piedras mayores del exterior habían caído sobre las menores del interior y las habían derribado. Y dentro del círculo menor, marcando el centro, una herradura de piedras enormes, unidas de dos en dos. En el interior de la herradura, otra herradura de piedras menores, casi todas de pie. El centro estaba vacío, lleno de sombras.

El sol ya se había puesto; el cielo del oeste había quedado sin colores y por él se elevaba una brillante estrella en un mar verde. Estaba inmóvil. Reinaba un gran silencio, tanto que pude oír a mi caballo pateando en la hierba y el ligero tintineo de su bocado al moverse. El único ruido que se oía además de aquél era el susurro de los estorninos por encima de mí cabeza. El estornino es un pájaro sagrado para los druidas y había oído decir que en tiempos pasados la Danza había sido utilizada para los sacrificios de los sacerdotes druidas. Hay muchas historias acerca de la Danza, cómo fueron traídas las piedras desde África y colocadas aquí por gigantes de la antigüedad, o cómo los propios gigantes se habían convertido en piedra mientras danzaban en círculo, a causa de una maldición. Pero no eran ni gigantes ni maldiciones los que respiraban aquel frío del suelo y de las piedras; aquellas piedras habían sido puestas allí por hombres y su erección había sido cantada por poetas como el viejo ciego de la Pequeña Bretaña. Un débil retazo de luz iluminó la piedra más cercana; el enorme bulto lanzó su sombra sobre la superficie arenosa de un dintel caído. Aquellas espigas y aquellas muescas habían sido talladas por hombres, artesanos como los que había observado casi diariamente durante aquellos cinco años que había pasado en la Pequeña Bretaña y luego en York, en Londres, en Winchester. Y pese a lo macizas que eran, y a que parecían construidas por gigantes, habían sido erigidas por las manos de trabajadores, a las órdenes de ingenieros, al son de la música, como la que había oído de la boca del juglar ciego de Kerrec.

Caminé lentamente hacia el centro del círculo. La débil luz del oeste lanzaba mi sombra delante de mí y, momentáneamente, destacó la forma de un hacha de dos cabezas en una de las piedras. Vacilé, luego me volví para mirar. Mi sombra ondeó y se acortó. Tropecé en un hoyo y me caí.

Era solamente una depresión del suelo, producida seguramente, años atrás, por la caída de una de las grandes piedras O quizás era una sepultura...

Cerca de allí no había ninguna piedra de aquel tamaño; tampoco había señales de que se hubiera cavado; nadie había sido enterrado en aquel lugar. La hierba era blanda, hollada por ovejas y reses; debajo de mis manos, cuando las apoyé para levantarme, sentí la ligereza de las margaritas. Pero mientras había permanecido tendido, había sentido el frío golpe que venía de la tierra, tan súbito como el de una flecha. Entonces supe por qué había venido.

Cogí mi caballo, monté y cabalgué las dos millas que me separaban del pueblo natal de mi padre.

Llegamos a Caerleon cuatro días después y encontré la ciudad completamente cambiada. Ambrosius quería que fuera una de las tres grandes estaciones, junto con Londres y York, y Tremorinus en persona había estado trabajando allí. Las murallas habían sido reconstruidas, el puente reparado, el río dragado y sus orillas enderezadas; todo el campamento del este había sido construido de nuevo. En otros tiempos, el campamento militar de Caerleon, rodeado de bajas colinas y guardado por una curva del río, había sido un vasto lugar; ahora no se necesitaba ni siquiera la mitad, por lo que Tremorinus había derribado lo que quedaba de las barracas del oeste y había usado el material para construir los nuevos cuarteles, los baños y algunas cocinas nuevas. Las viejas estaban en peores condiciones que los baños de Maridunum.

—Todos los soldados de Bretaña solicitarán ser destinados aquí —dije a Tremorinus, y él pareció complacido.

—No creo que suceda eso por el momento —replicó— Corren rumores de que pronto habrá nuevas dificultades. ¿Has oído algo?

—Nada. Pero me gustaría saberlos, si son recientes. Hemos viajado durante una semana. ¿Qué clase de dificultades? ¿No será de nuevo Octa?

—No. Pascentius —el hermano de Vortimer había luchado junto a éste en la rebelión y se había escapado al norte después de su muerte—. ¿Sabes que se embarcó para Germania? Dicen que va a volver.

—Dale tiempo —dije—. Puedes estar seguro de que volverá. Bien, ¿quieres que te haga algún encargo?

—¿No te quedas aquí?

—No. Me voy a Maridunum. Allí tengo mi hogar, ya lo sabes.

—Lo había olvidado. Bueno, supongo que tendré noticias tuyas; yo me quedaré aquí algún tiempo... Hemos empezado a trabajar en la iglesia ahora —hizo una mueca—. El obispo se me ha pegado como un tábano: tenía que habérmelo pensado antes de dedicar tanto tiempo a las cosas de esta tierra. Y también se habla de levantar una especie de monumento a las victorias del rey. Hay quien dice un arco de triunfo, al estilo romano. Naturalmente, aquí en Caerleon se dice que construiremos la iglesia para eso... para la gloria de Dios, con Ambrosius en medio. Yo creo que si existe un obispo que quiera

combinar la gloria de Dios y la del rey, no puede ser otro que Eldad de Gloucester... ¿Lo conoces?

—Le oí.

—Bueno —rió—. En cualquier caso, te quedarás esta noche, ¿no? Ven a cenar conmigo.

—Gracias. Me agradará.

Hablamos hasta muy entrada la noche; me enseñó algunos de sus planos y dibujos y parecía agradablemente ansioso de que yo volviera de Maridunum para ver las diferentes etapas de la construcción. Se lo prometí y al día siguiente salí solo de Caerleon, después de rechazar una lisonjera y urgente petición del comandante del campo para que aceptara una escolta. Al atardecer llegué a la vista de mis colinas. Había nubes de lluvia que se congregaban en el oeste, pero frente a ellas, como una reluciente cortina, brillaba la luz del sol. En días como ése se comprende por qué las verdes colinas de Gales se denominan las Montañas Negras y los valles que los separan, Valles de Oro. Rayos de sol se reflejaban en los árboles de los valles dorados y las montañas eran azul oscuro tras ellos, con sus cimas que aguantaban el cielo.

El viaje me llevó dos días, cabalgando sin prisa y observando cómo el país parecía que ya había recuperado su paz floreciente. Un granjero que levantaba una pared apenas me miró cuando pasé por su lado y una muchacha que guardaba un rebaño de ovejas me sonrió. Y cuando llegué al molino junto al Tywy, me pareció que trabajaba con toda normalidad: había sacos de grano apilados en el corral y oí el golpeteo de la rueda al girar.

Crucé el sendero que llevaba a la cueva y fui directamente al pueblo. Me decía a mí mismo que mi primer deber era visitar Saint Peter, preguntar acerca de la muerte de mi madre y ver dónde estaba enterrada. Pero cuando salté del caballo a la puerta del convento y levanté la mano para tocar la campana, comprendí por los latidos de mi corazón que me había mentido a mí mismo.

Podría haberme evitado la decepción: fue la vieja portera quien me hizo entrar, quien me condujo, sin que se lo pidiera, a través del patio interior hasta el prado cercano al río en donde mi madre estaba sepultada. Era un lugar encantador, con una verde maraña de árboles cerca del muro, prematuramente florecidos gracias a la dulzura del tiempo; debajo de la nieve de flores, las blancas palomas que tanto había querido ella, ronroneaban al sol. Oí el canto del río al otro lado del muro y la campana de la capilla me mandó sus sonidos a través de los árboles.

La abadesa me recibió amablemente, pero no tenía nada que añadir a lo que yo ya sabía acerca de la muerte de mi madre, según había dicho a Ambrosius. Dejé dinero para los rezos y para que se hiciera cincelar una piedra; cuando salí, llevaba conmigo la cruz de plata con amatistas. No me atreví a preguntar una cosa, ni siquiera cuando una muchacha que no era Keri trajo vino para que me refrescara. Y finalmente, con mi pregunta sin hacer, salí por la puerta y me encontré en la calle. Allí pensé por unos instantes que mi suerte había cambiado, puesto que, cuando desataba el

caballo del aro de la puerta, vi que la vieja portera me observaba fijamente a través de la reja, recordando, sin duda, el oro que le había dado en mi primera visita. Pero cuando saqué dinero y me acerqué a ella para gritarle mi pregunta en su oído, y después de tres repeticiones, sólo obtuve unas palabras casi ininteligibles —«se ha ido»—; comprendí que me había servido de tan poco como si no me hubiera entendido. En cualquier caso, me dije a mí mismo, aquello era algo que debía ser olvidado. Por consiguiente, me alejé del pueblo, crucé el molino y me dirigí a mi valle con el recuerdo de su rostro en cada cosa, con el oro de su pelo en cada rayo de sol.

Cadal había reconstruido el corral que Galapas y yo habíamos hecho. Tenía un buen techo, una puerta y podía albergar cómodamente a dos caballos. Supuse que el suyo ya debía estar allí.

Mi criado debía haberme oído llegar por el valle, porque, antes de que hubiera tenido tiempo de desmontar, vino corriendo por el sendero del despeñadero, me quitó las riendas de la mano y, tomándomela entre las suyas, me la besó.

—¿Pero, qué te ocurre? —pregunté sorprendido. No tenía por qué estar ansioso por mí; los mensajes que le había enviado habían sido regulares y tranquilizadores—. ¿No recibiste el mensaje de que venía?

—Sí, lo recibí. Ha pasado mucho tiempo... Tienes buen aspecto.

—Tú también. ¿Ya todo bien aquí?

—Ya lo verás. Si tienes que vivir en un lugar como éste, hay muchas maneras de arreglarlo. Ahora sube; tu cena está a punto.

Se inclinó para desatar la cincha del caballo y yo subí solo a la cueva.

Cadal había tenido mucho tiempo para prepararlo todo, pero cuando lo vi me pareció un milagro. Todo estaba como había estado siempre, un lugar de hierba verde y de luz del sol. Las margaritas y los pensamientos crecían entre los rizos de jóvenes helechos; los conejos se ocultaban debajo de los espinos en flor. La fuente manaba cristalina y de cristal parecía el cuenco que la recibía. En el saliente de la roca estaba la figura tallada del dios; Cadal debía haberla encontrado al retirar los escombros de los alrededores. También había encontrado el recipiente de cuerno. Estaba donde había estado siempre. Bebí y dejé caer las últimas gotas para el dios; luego entré en la cueva.

Mis libros habían llegado de la Pequeña Bretaña; el gran cofre se apoyaba contra la pared de la cueva, donde había estado la caja de Galapas. Allí donde él había tenido la mesa ahora se veía otra; recordé que era de la casa de mi abuelo. El espejo de bronce estaba de nuevo en su sitio. La cueva estaba limpia, seca y olía bien. Había construido un hogar de piedra y había leños preparados para encender fuego. Casi esperaba ver a Galapas sentado junto al fogón y, en el saliente cerca de la entrada, el halcón que había estado allí la noche en que un niño había dejado la cueva anegado en llanto. Entre las sombras, sobre el saliente de piedra, estaba el hueco de sombras más oscuras que ocultaba la cueva de cristal.

Aquella noche, tendido en la cama de helechos, envuelto en las mantas, estuve escuchando cómo moría el fuego, luego el susurro de las hojas allí fuera y, por encima de todo ello, el canto de la fuente. Eran los únicos sonidos del mundo. Cerré los ojos y dormí como no lo había hecho desde que era niño.

Capítulo VIII

Como un borracho que mientras no tiene vino para beber cree haber curado su sed, yo me creía curado de mi anhelo de silencio y soledad. Pero desde la primera mañana que me desperté en Bryn Myrddin, comprendí que aquello no era solamente un refugio, sino que era mi hogar. Abril se alargaba en mayo y los cucús gritaban de colina en colina, las campanillas se arremolinaban en los helechos jóvenes, los atardeceres estaban llenos del balido de las ovejas y todo lo que me acercaba al pueblo era hasta la cresta de la colina en donde recogía hojas y berros. Cadal bajaba diariamente a buscar provisiones y para saber noticias recientes; dos veces, un mensajero cabalgó por el valle, uno con un montón de bocetos de Tremorinus y otro con noticias de Winchester y con dinero que me enviaba mi padre; sin ninguna carta, pero con la confirmación de que Pascentius reunía tropas en Germania y que seguramente vendría antes del final del verano. Durante el resto del tiempo leí, me pasé por las colinas, recogí plantas e hice medicinas. También hice música y canté gran número de canciones que hacían distraer a Cadal de sus tareas; me miraba y sacudía la cabeza. Algunas de ellas todavía se cantan, pero la mayoría ya se han olvidado; ésta es una de las olvidadas, que yo canté una noche cuando mayo ya había llegado al pueblo con sus nubes salvajes de flores y las campanillas azulaban a lo largo de los helechos.

La tierra es gris y yerma, los árboles parecen huesos,

El verano se ha ido de ellos; la cabellera de los sauces,

La belleza del agua azul, las hierbas doradas,

Y también el silbido del pájaro, todo ha sido robado,

Robado por la muchacha, por la muchacha flexible como el junco.

Alegre es como el pájaro en los árboles de mayo,

Dulce es como la campana de la torre,
Danza por encima de los juncos inclinados

Y sus pasos brillan en la hierba verde.

Quisiera obtener su merced, reina de las vírgenes,
Pero ¿qué puedo ofrecerle de mi desmido valle?

Voces del viento entre las cañas, joyas de lluvia,

Vestidos de musgo sobre las piedras heladas.
¿Qué más puedo ofrecerle sino musgo en las piedras?

Ella cierra los ojos y se aleja de mí en el sueño.

Al día siguiente, caminaba por un valle lleno de vegetación, a una milla de casa, buscando menta silvestre y dulcamara, cuando, como si la hubiera llamado, se me acercó por el sendero, entre las campanillas y los helechos. Debía haberla llamado, realmente. Una flecha es una flecha, quienquiera que sea el dios que la lance.

Me quedé quieto junto a unos abedules, mirándola fijamente como si fuera a desvanecerse, como si en realidad la hubiera conjurado en un momento de sueño y de deseo, como si fuera un fantasma a la luz del sol. No podía moverme, a pesar de que todo mi cuerpo y mi espíritu se estremecieran para acercarse a ella. Me vio y la sonrisa iluminó su rostro; vino hacia mí, caminando con ligereza. Entre el movimiento danzarín de las sombras y las luces producidas por las plantas, todavía me parecía insustancial, como si sus pasos apenas hollaran la hierba; pero cuando estuvo cerca de mí comprendí finalmente que no era una visión, que era Keri tal como la recordaba, vestida con una túnica tejida en casa y desprendiendo un aroma de madreselva. Pero ahora no llevaba capucha; el pelo le caía sobre los hombros y llevaba los pies desnudos. El sol se filtraba entre las hojas y hacía reverberar su cabello como si fuera agua. Llevaba las manos llenas de campanillas.

—¡Mi señor! —su voz, dulce y baja, estaba llena de alegría.

Me mantuve erguido con mi dignidad que me rodeaba como un vestido, pero debajo de ella, todo mi cuerpo temblaba como un caballo que siente el freno y la espuela al mismo tiempo. Me preguntaba si volvería a besarme la mano y, de ser así, cuál sería mi reacción.

—¡Keri! ¿Qué haces por aquí?

—Estoy recogiendo flores —la inocencia de su mirada hacía olvidar su desparpajo. Las levantó hacia mí y sonrió tras ellas. Dios sabe lo que debió leer en mi rostro. No, no me besaría la mano—. ¿No sabías que he dejado Saint Peter?

—Sí, me lo han dicho. Pensé que habrías ido a algún otro convento.

—No, nunca. Odio esos lugares. Era como estar enjaulada. A algunas mujeres les gusta, las hace sentirse a salvo, pero no a mí. No estoy hecha para esa clase de vida.

—Una vez intentaron hacer lo mismo conmigo —dije.

—¿Y te escapaste?

—Oh, sí. Pero me escapé antes de que me encerraran. ¿Dónde vives ahora, Keri?

Pareció no haber oído mi pregunta.

—¿Tampoco te gusta esta clase de vida, pues? Quiero decir, las cadenas.

—Esta clase de cadenas, no.

Vi que se desconcertaba con mis palabras, pero ni yo mismo sabía lo que había querido decir; por lo tanto, cerré la boca y la contemplé sin pensar, sintiendo solamente la fuerte felicidad de aquel momento.

—Lamenté mucho la muerte de tu madre.

—Gracias, Keri.

—Murió después de que te fueras. Supongo que te lo han explicado todo...

—Sí. Fui al convento tan pronto como llegué a Maridunum.

Quedó silenciosa durante unos instantes, con la mirada baja. Jugueteó con un dedo del pie entre la hierba, un recatado movimiento que hizo campanillear las doradas manzanillas que llevaban cogidas en la cintura.

—Sabía que habías vuelto. Todo el mundo habla de ti.

-¿Sí?

—Me han dicho en el pueblo que, además de un gran mago, eres un príncipe...

Levantó la mirada y, al observarme, su voz se veló de duda. Yo llevaba mis ropas viejas, una túnica con manchas de hierba que ni siquiera Cadal había podido quitar, y mi manta estaba llena de desgarrones a causa de las hierbas y los espinos. Mis sandalias parecían las de un siervo: no servía de nada el cuero entre la hierba alta y húmeda. Comparado con el joven que ella había visto antes, sencillamente vestido, ahora debía parecer un pordiosero. Me preguntó con inocencia:

—¿Eres todavía un príncipe ahora que tu madre ha muerto?

—Sí. Mi padre es el Gran Rey.

Sus labios se entreabrieron.

—¿Tu padre? ¿El rey? No lo sabía. Nadie lo dice.

—Lo sabe poca gente. Pero ahora que mi madre ha muerto, ya no importa; no es necesario ocultarlo. Sí, soy su hijo.

—El hijo del Gran Rey —lo dijo con una sombra de temor—. Y también un mago. Y sé que eso es cierto.

—Sí, es cierto.

—Una vez me dijiste que no.

—Te dije que no podía curarte el dolor de muelas —sonreí.

—Pero me lo curaste.

—Eso lo dices tú, pero yo no te creí.

—Tu contacto lo curaría todo —dijo, y se me acercó más.

El cuello de su túnica se entreabrió. Su garganta era pálida como la madreselva. Olí su aroma y el de las campanillas; el jugo agridulce de las flores se aplastó entre nosotros. Acerqué una mano al cuello de su túnica y

el vestido se desgarró. Sus pechos eran redondos, llenos y más suaves de lo que me había imaginado. Se agitaban entre mis manos como el pecho de las palomas de mi madre. Creo que esperaba que se pusiera a gritar y se separara de mí, pero se apretó cálidamente contra mi cuerpo, rió, y levantó sus manos hasta mi cabeza, hundió los dedos entre mi pelo y me besó en la boca. Súbitamente, dejó caer todo su peso sobre mí y yo, intentando sostenerla, me hundí desmañadamente en el beso y caí con ella debajo; las flores se esparcieron por el suelo a nuestra caída.

Tardé mucho tiempo en comprender. Al principio todo eran risas y suspiros entrecortados, todo lo que crece en la imaginación durante la noche; pero luego vino la quietud cuando me di cuenta de su pequeñez y de los blandos sonidos que lanzó cuando la herí. Era suave como un junco y parecía que quería hacerme sentir el rey del mundo, pero luego, súbitamente, de su garganta surgió un profundo ruido, como si se ahogara, y se estremeció entre mis brazos de la misma manera que se contorsiona un hombre herido de muerte; su boca se acercó a mí sorprendentemente y se aferró a la mía.

Luego fui yo quien se ahogaba; sus brazos me arrastraban, su boca me engullía, su cuerpo me llevó a aquellas espesas tinieblas en las que no hay aire, ni luz, ni aliento, ni el susurro de un espíritu en vela. Una tumba dentro de una tumba. El miedo me quemó los pulmones como el blanco fuego del filo de una espada. Abrí los ojos y no vi más que la luz y la sombra de un árbol encima de mi cuerpo cuyas ramas me desgarraban como-espinas. El terror se apoderó de mi rostro. La sombra de los árboles se hinchaba, la boca de la cueva se abría más y las paredes se derrumbaban, sepultándome. Me deshice de su abrazo y rodé lejos de ella, sudando de miedo y de vergüenza.

—¿Qué ocurre? —su voz sonaba como la de un ciego. Sus manos me buscaban en el sitio que antes había ocupado.

—Lo siento, Keri, lo siento.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha ocurrido? —volvió la cabeza y sus cabellos dorados cayeron sobre la hierba. Sus ojos eran estrechos y sombríos. Se me acercó—. Oh, si eso es todo, ven. Todo va bien, ya te enseñaré, ven.

—No —intenté separarla dulcemente, pero estaba temblando— No, Kerí, déjame. No.

—Pero, ¿qué te ocurre? —sus ojos se ensancharon súbitamente. Se apoyó sobre un codo—. Creo que no lo habías hecho nunca antes, ¿verdad? ¿Verdad?

No contesté.

Empezó a reír, como si quisiera aparentar alegría, pero era una risa estridente. Se separó de nuevo y extendió las manos.

—Bueno, no te preocupes, puedes aprender, ¿no? Eres un hombre, después de todo. Al menos, pensaba que lo eras... —luego, súbitamente, en

un estallido de impaciencia—. ¡Oh, por el amor de Dios!, date prisa, ven. Todo irá bien, te lo aseguro.

La tomé por las muñecas y la miré.

—Keri, lo siento. No puedo explicártelo, pero es... No puedo, eso es todo lo que sé. No, escucha, dame unos minutos.

—¡Déjame!

Le dejé las manos libres y ella se apartó. Sus ojos estaban furiosos. Las flores se habían enmarañado en su pelo.

—No es por ti, Keri, no creas que es por ti. No tiene nada que ver contigo...

—No soy suficiente para ti, ¿verdad? ¿Porque mi madre era una prostituta?

—¿Lo era? No lo sabía —de repente me sentía inmensa mente cansado. Dije cuidadosamente—: Te he dicho que no es por ti. Eres muy hermosa, Keri, y desde el primer momento en que te he visto he sentido..., ya debes saber lo que he sentido. Pero eso no tiene que ver con los sentimientos. Es algo entre yo y... es algo entre yo y mi... —me callé. No serviría de nada. Sus ojos me observaban, brillantes y vacíos; luego se volvió y empezó a arreglarse el vestido. En lugar de decir «mi poder», dije—: Algo entre mi magia y yo.

—Magia —sus labios hacían un mohín como un niño. Se anudó el cinturón con un gesto brusco y empezó a recoger las flores, repitiendo despiadadamente—: Magia. ¿Piensas que creo en tu estúpida magia? ¿Crees realmente que he tenido nunca dolor de muelas?

—No lo sé —repliqué abrumado. Luego me levanté.

—Bueno, quizá no puedes ser un hombre si eres un mago. Después de todo, deberías haber ido al monasterio.

—Quizás —una flor había quedado prendida en su pelo y

levantó una mano para quitársela. Las finas hojas brillaron al sol como una telaraña. Me fijé en la marca azul de su muñeca—. ¿Te encuentras bien? ¿Te he hecho daño?

No contestó ni me miró y yo le di la espalda para marcharme.

—Bien, adiós, Keri.

No había dado seis pasos cuando su voz me detuvo.

—Príncipe...

Me volví.

—¿Es así cómo me correspondes? Estoy sorprendida. Hijo del Gran Rey, has dicho que eres, y ni siquiera me das una moneda de plata para pagarme el vestido.

Debí parecer un sonámbulo. Se sacudió el pelo dorado y se rió. Como un ciego, rebusqué en la bolsa de mi cinturón y saqué una moneda. Era de

oro. Di un paso hacia ella para dársela. Se inclinó, todavía riendo, con las manos tendidas como un mendigo. El cuello de su vestido se separó de nuevo y vi aquella encantadora garganta. Lancé la moneda y me separé de ella corriendo.

Su risa me siguió hasta que hube cruzado la loma, hasta que hube atravesado el valle; me lancé al río y perdí su olor entre las aguas que venían de las montañas y olían a nieve.

Capítulo IX

En junio, Ambrosius fue a Caerleon y me mandó llamar.

Cabalgué solo y llegue una noche, después de la cena, cuando las lámparas ya se habían encendido y el campamento estaba tranquilo. El rey todavía trabajaba; la luz salía del cuartel general y el estandarte del dragón ondeaba afuera. Mientras me dirigía hacia allí, oí un saludo y una alta figura salió. Reconocí a Uther.

Iba hacia la puerta opuesta a la del rey, pero con el pie en el primer peldaño me vio, se detuvo unos instantes y me salió al encuentro.

—Merlín, por fin has llegado. No te has apresurado mucho, que digamos.

—La cita era urgente. Si tengo que irme al extranjero, todavía tenía algunas cosas por hacer.

—¿Quién dice que tengas que irte? —preguntó sorprendido.

—La gente no habla de otra cosa. Irlanda, ¿no? Dicen que Pascentius ha conseguido algunos aliados peligrosos allí y que Ambrosius desea destruirlos rápidamente. Pero, ¿por qué yo?

—Porque quiere destruir el fuerte principal. ¿Has oído hablar de Killare?

—¿Quién no? Dicen que es una fortaleza que no ha sido nunca conquistada.

—Dicen la verdad. Hay una montaña en el centro de Irlanda, desde cuya cima se puede ver toda la costa. Y en la cima de esta montaña está la fortaleza, no de tierra y empalizadas, sino de piedras indestructibles. ¿Comprendes ahora, Merlín, por qué se te ha llamado?

—Sí. Necesitáis instrumentos.

—Necesitamos instrumentos. Vamos a atacar Killare. Si podemos conquistarla, puedes estar seguro de que no tendremos dificultades por lo menos durante cinco años. Por eso, me llevo a Tremorinus y él insiste en que vengas tú.

—¿Quieres decir que el rey no va a ir?

—No. Ahora te dejo; tengo mucho trabajo, pero si quieres puedes esperar. Está con el comandante del campamento, pero no creo que tarden mucho en terminar.

Me dio las buenas noches y subió corriendo los peldaños de su cuartel, llamando a su criado antes de haber cruzado la puerta.

Casi inmediatamente, desde la puerta del rey me llegó el sonido de otro saludo y el comandante del campo salió. Al no verme, se detuvo a hablar con uno de los centinelas y yo esperé hasta que se hubo ido.

Un movimiento atrajo mi atención, un furtivo temblor de sombras de alguien que se acercaba blandamente por un estrecho pasillo entre los edificios opuestos, en donde se instalaba Uther. Los centinelas, atareados con el comandante, no habían visto nada. Me retiré de la luz de la antorcha y esperé. Una figura ligera, embozada y con capucha. Una muchacha. Llegó al rincón iluminado y se detuvo, mirando a su alrededor. Luego, con un gesto que era secreto más que temeroso, se ocultó el rostro con la capucha. Reconocí aquel gesto, así como reconocí el aroma del aire, como de madreselvas, y el mechón de pelo que se escapaba de debajo del tocado, que era dorado a la luz de la antorcha.

Me quedé de piedra. Me preguntaba por qué me había seguido hasta aquí y qué esperaba sacar de todo ello. Creo que lo que sentí entonces no fue vergüenza, sino dolor; y creo que también fue deseo. Vacilé, luego di un paso hacia ella y hablé:

—¿Keri?

No me prestó atención. Se deslizó hacia las sombras y, rápida y ligeramente, subió corriendo la escalera que llevaba a la puerta de Uther. Oí el requerimiento del centinela, luego un murmullo, unas risas del hombre.

Cuando subí hasta la puerta, ésta estaba cerrada. A la luz de la antorcha, vi todavía la sonrisa en el rostro del centinela.

Ambrosius estaba sentado a la mesa; su criado se movía tras él en las sombras.

Retiró los papeles a un lado y me saludó. El criado trajo vino, nos sirvió y luego se retiró, dejándonos solos.

Hablamos durante un rato. Me contó las noticias que había desde que me había ido de Winchester; el edificio que se iba construyendo y sus planes para el futuro. Luego hablamos del trabajo de Tremorinus en Caerleon y terminamos hablando de la guerra. Le pregunté las últimas nuevas acerca de Pascentius.

—Hemos estado esperando semanalmente oír que desembarcaba en el norte y asolaba el país…

—Todavía no —replicó Ambrosius—. Y si mis planes se cumplen, no volveremos a oír hablar de Pascentius hasta la primavera, cuando ya estemos más preparados. Si le dejamos atacar ahora, puede resultarnos el más peligroso enemigo contra el cual hayamos luchado.

—Ya he oído algo de eso. ¿Te refieres a los irlandeses?

—Sí. Las noticias de Irlanda son malas. ¿Sabes que tienen un joven rey, Gilloman? Un joven dragón, dicen, muy valiente para la guerra. Bueno, ya debes saberlo: el asunto es que Pascentius está prometido a la hermana de Gilloman. ¿Sabes lo que significa eso? Una alianza que puede poner en peligro el norte y el oeste de la Gran Bretaña.

—¿Está Pascentius en Irlanda? Se decía que estaba en Germania, reuniendo ayuda.

—Este es el problema. No he podido obtener información segura acerca del número de fuerzas, pero se dice que llega a unos veinte mil hombres. Tampoco sé todavía lo que planean hacer él y Gilloman —levantó una ceja y me miró, divertido—. Tranquilízate, muchacho, no te he llamado para pedirte una predicción. Fuiste suficientemente expresivo en Kaerconan; estoy dispuesto a esperar, como tú, la voluntad de tu dios.

—Ya lo sé —me reí—. Me has llamado para encomendarme lo que tú llamas un «trabajo real».

—En efecto. De eso se trata. No estoy dispuesto a esperar aquí en la Gran Bretaña mientras Irlanda y Germania reúnen sus fuerzas y nos atacan por las dos costas como una tormenta de verano, para luego ir hacia el norte. La Gran Bretaña ahora está entre ellos y puede dividirlos antes de que combinen su ataque.

—Y tú primero atacarás a Irlanda.

—Guilloman —dijo asintiendo— es joven e inexperto... y es el que está más cerca. Uther embarcará hacia allí antes de final de mes —tenía un mapa frente a él y lo movió para que yo pudiera verlo—. Aquí. Esto es el fuerte de Gilloman; ya debes haber oído hablar de él, no lo dudo. Es una fortaleza sobre una montaña, llamada Killare. No he encontrado a ningún hombre que la haya visto, pero me han dicho que está fuertemente fortificada y que puede defenderse de cualquier asalto. Me han dicho, en efecto, que nunca ha sido conquistada. Ahora no podemos permitirnos esperar delante de la fortaleza durante meses mientras Pascentius entra por la puerta trasera. Killare tiene que ser conquistada rápidamente, y es imposible según me han dicho, hacerlo con fuego.

-¿Sí?

Ya me había fijado en que sobre la mesa, entre los mapas y los planos, había algunos dibujos míos. Ambrosius dijo, como cambiando de tema:

—Tremorinus habla con mucho entusiasmo de ti.

—Es muy amable —dije; y luego, volviendo al tema, proseguí—:

Me he encontrado con Uther afuera. Me ha dicho lo que deseas.

—Entonces, ¿irás con él?

—Estoy a tu servicio, naturalmente. Pero —señalé los dibujos— no he hecho dibujos nuevos. Todo lo que había diseñado ya se ha construido aquí, y si corre mucha prisa...

—No, no me refiero a eso. No deseo nada nuevo. Las máquinas que tenemos son buenas y servirán. Todo lo que hemos construido está a punto de ser utilizado. Deseo de ti algo más que eso —hizo una pausa—. Killare, Merlín, es más que una fortaleza, es un lugar sagrado, el lugar sagrado de los reyes de Irlanda. Me han dicho que la cima de la montaña guarda una Danza de Piedras, un círculo como el que tú conoces en la Pequeña Bretaña. Y en Killare, dicen, está el corazón de Irlanda y el lugar sagrado del reino de Gilloman. Merlín, lo que quiero es que destruyas el lugar sagrado y saques de allí el corazón de Irlanda.

No respondí.

—He hablado de eso a Tremorinus —prosiguió— y me ha aconsejado que te mande a ti. ¿Quieres ir?

—Ya he dicho que sí, naturalmente.

Sonrió y me dio las gracias, no como si fuera el Gran Rey y yo un súbdito que obedeciera sus deseos, sino como si yo fuera un igual que le hacía un favor. Luego habló durante un rato de Killare, de lo que había oído y de los preparativos que pensaba que debíamos hacer; finalmente, se echó hacia atrás y volvió a sonreír:

—Sólo lamento una cosa. Voy a ir a Maridunum y me hubiera gustado tu compañía, pero ahora no hay tiempo para eso. Puedes darme todos los mensajes que quieras.

—Gracias, pero no tengo ninguno para enviar. Y, además, aunque estuviera allí tendría poco que ofrecerte; sólo la hospitalidad de una cueva.

—Me gustaría verla.

—Cualquiera puede enseñarte el camino. Pero es muy poca cosa para recibir a un rey.

Me detuve. Su rostro se había iluminado con una nueva sonrisa que le hizo parecer un muchacho de veinte años. Dejé mi copa sobre la mesa.

—Soy un tonto; lo había olvidado.

—¿Que fuiste engendrado allí? Lo creo. Puedo encontrar muy bien el camino, no temas.

Luego habló de sus planes. Se quedaría en Caerleon:

—Pues si Pascentius ataca —me dijo—, creo que lo hará por aquí —su dedo trazó un camino en el mapa—, y puedo atraparlo al sur de Carlisle. A propósito, hay algo más que quiero discutir contigo. La última vez que estuviste en Caerleon, camino de Maridunum, en abril, creo que hablaste con Tremorinus...

Esperé. Levantó un montón de dibujos, no míos, y me los alargó:

—De esto.

No eran diseños del campamento ni de ninguno de los edificios que había visto. Era una iglesia, un gran salón y una torre. Los estudié en silencio durante unos instantes. Por algún motivo, me sentí cansado, como si mi corazón fuera demasiado pesado para mí. La lámpara humeaba, se apagaba y lanzaba sombras que danzaban sobre los papeles. Los junté de nuevo y levanté la vista hacia mi padre.

—Ya entiendo; debes referirte al edificio conmemorativo.

—Soy lo suficiente romano como para desear un monumento visible —sonrió.

—Y lo suficiente británico como para desearlo británico, ¿no? —golpeé los dibujos—. Sí, también lo sé.

—¿Qué te dijo Tremorinus?

—Que se pensaba en algún monumento para conmemorar tus victorias, tu reinado y la unión del reino. Estuve de acuerdo con él en que sería absurdo construir un arco triunfal aquí, en la Gran Bretaña. Me dijo que algunos eclesiásticos deseaban una gran iglesia... El obispo de Caerleon, por ejemplo, quiere una aquí. Pero seguramente será difícil que se construya, ¿no? Si se construye en Caerleon, luego se tendrá que hacer en Londres y en Winchester, para no mencionar York. De todos estos lugares, supongo que Winchester sería el mejor. Es tu capital.

—No, ya lo había pensado antes, pero cuando viajaba de Winchester hacia aquí, pasé por Amesbury —súbitamente se inclinó hacia mí—. ¿Qué te ocurre, Merlín, estás enfermo?

—No. Es una noche calurosa, eso es todo. Creo que se acerca tormenta. Sigue. Pasaste por Amesbury.

—¿Sabes que es mi pueblo natal? Bien, me pareció que si ponía allí el monumento no habría motivo de discusión... y hay otro motivo por el que creo que es un buen lugar —frunció las

cejas—. Estás muy pálido, muchacho. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Perfectamente, quizás un poco cansado.

—¿Ya has cenado? Se me olvidó preguntártelo.

—He comido por el camino, gracias. Tengo todo lo que necesito. Quizá me irá bien... un poco más de vino.

Empecé a levantarme, pero antes de que pudiera ponerme en pie él ya lo había hecho; dio la vuelta a la mesa con el jarro y me sirvió. Mientras bebía, se quedó donde estaba, junto a mí, sentado en el canto de la mesa, tal como estaba aquella noche, cuando le descubrí. Recuerdo que guardé aquel pensamiento en mi mente y por un instante fui capaz de sonreírle.

—Estoy bien, de verdad. Por favor, siéntate. Me estabas explicando el segundo motivo para elegir tu monumento en Amesbury.

—Probablemente sabes que no muy lejos de allí están enterrados los británicos muertos a causa de la traición de Hengist. Creo, y me parece que no habrá hombre alguno que lo discuta, que el monumento a mi victoria, a la construcción de un reino bajo un rey, debe ser también un monumento en memoria de aquellos guerreros —hizo una pausa—. Y debes saber que también existe una tercera razón, y esa razón es para mí mucho más poderosa que las otras dos.

Sin mirarle, con los ojos fijos en la copa de vino, hablé lentamente:

—¿Que Amesbury es ya el lugar del mayor monumento de la Gran Bretaña, posiblemente el mayor de todo el Occidente?

—¡Ah! —aquel sonido revelaba profunda satisfacción—. Así, ¿tu pensamiento también va por ese camino? ¿Has visto la Danza de los Gigantes?

—Fui hasta allí desde Amesbury, cuando viajaba de Winchester a mi hogar.

Se enderezó y volvió a su silla. Se sentó, luego se inclinó, apoyando las manos sobre la mesa.

—Entonces ya sabes lo que pienso. Cuando vivías en la Pequeña Bretaña viste lo suficiente para saber lo que la Danza fue en otro tiempo. Y has visto lo que es ahora..., un caos de piedras gigantes en un lugar desierto, golpeado por el sol y por el viento. He hablado —añadió más lentamente, mirándome— a Tremorinus. Dice que ningún poder humano puede levantar esas piedras.

—Y por eso me has mandado a llamar, para que las levante yo —sonreí.

—Ya sabes que dicen que no las levantaron los hombres, sino magos.

—Entonces, no dudes de que volverán a decir lo mismo ahora.

Sus ojos empequeñecieron.

—¿Me estás diciendo que puedes hacerlo?

—¿Por qué no?

Guardó silencio, como si esperara. No sonrió, porque confiaba en mí en gran medida. Entonces dije:

—He oído todo lo que se dice al respecto, las mismas historias que se explicaban en la Pequeña Bretaña acerca de las piedras puntiagudas. Pero estas piedras han sido erigidas por hombres. Y si los hombres lo hicieron una vez, pueden volverlo a hacer ahora.

—¿Quiere decir eso que si no poseo un mago, poseo un ingeniero competente?

—Eso es.

—¿Cómo lo harás?

—De momento, todavía no lo sé exactamente. Pero si se hizo una vez puede hacerse de nuevo.

—¿Lo harás por mí, Merlín?

—Naturalmente. Ya te he dicho que estoy aquí para servirte lo mejor que pueda. Reconstruiré la Danza de los Gigantes para ti, Ambrosius.

—Un gran símbolo para la Gran Bretaña —ahora hablaba con orgullo, con la vista fija en sus manos—. Seré enterrado allí, Merlín, cuando llegue mi hora. Lo que Vortigern deseaba hacer por su fortaleza en las tinieblas, yo lo haré por la mía en la luz; enterraré el cuerpo del rey de la luz debajo de las piedras y al guerrero en el umbral de toda la Gran Bretaña.

Alguien había retirado las cortinas de la puerta. Los centinelas no eran visibles, el campamento estaba sumido en el silencio. Los pilares y el pesado dintel que yacía sobre ellos enmarcaban una noche azul cuajada de estrellas. A nuestro alrededor, todo eran vastas sombras, piedras gigantes enlazadas como las ramas de los árboles en las que unas manos

desaparecidas hacía largo tiempo habían grabado los símbolos de los dioses del aire, de la tierra y del agua. Alguien hablaba tranquilamente; una voz de rey: la voz de Ambrosius. Había estado hablando durante un rato y yo, vagamente, como ecos en las tinieblas, le había oído.

—...Y mientras el rey esté debajo de la piedra, el reino no caerá.

La Danza debe estar de pie al menos durante el mismo tiempo que lo estuvo antes, con la luz del sol naciente iluminándola. Traeré la gran piedra para colocarla sobre la sepultura: esto será el corazón de la Gran Bretaña y, a partir de este momento, todos los reyes serán un solo rey y todos los dioses un solo Dios. Tú vivirás de nuevo en la Gran Bretaña para siempre, porque haremos un rey cuyo nombre permanecerá vivo todo el tiempo en que la Danza permanezca de pie, un rey que será más que un símbolo: será un escudo y una espada vivientes.

No era la voz del rey, era mi propia voz. El rey estaba sentado al otro lado del mapa, sus manos seguían sobre los papeles, sus ojos oscuros debajo de las cejas pobladas. Entre él y yo la lámpara vacilaba, se tambaleaba a causa de una corriente de aire que entraba por la puerta. Le miré fijamente, mientras mi vista se aclaraba lentamente.

—¿Qué estaba diciendo?

Sacudió la cabeza, sonriendo, y alcanzó el jarro de vino.

—Viene a mí como un ligero ataque a una muchacha preñada

—exclamé con irritación—. Lo siento. Dime qué he dicho.

—Me has dado un reino. Y la inmortalidad. Ahora bebe, profeta de Ambrosius.

—Vino, no. ¿Hay agua?

—Aquí —se levantó—. Y ahora debes irte a dormir y yo también. Me marcho temprano hacia Maridunum. ¿Estás seguro de que no quieres que lleve ningún mensaje?

—Dile a Cadal que te dé la cruz de plata con amatistas.

Nos miramos en silencio. Era casi tan alto como él. Dijo gentilmente:

—Entonces, ahora es la despedida.

—¿Cómo se puede despedir a un rey al que se le ha otorgado la inmortalidad?

Me lanzó una extraña mirada.

—Entonces, ¿nos volveremos a ver?

—Nos volveremos a ver, Ambrosius.

Fue entonces cuando comprendí que lo que había profetizado para él era su propia muerte.

Capítulo X

Killare, me habían dicho, es una montaña situada en el centro de Irlanda. En otras partes de la isla hay montañas que, si bien no son tan altas como las de nuestro país, merecen, no obstante, ese nombre. Pero la colina de Killare no es una montaña. Es un suave promontorio cónico cuya cima supongo que no sobrepasa los trescientos pies de altura. No tiene bosques, pero está vestida de hierba, con escasos matorrales y algunas encinas aisladas.

Sin embargo, por estar en aquel lugar, parece como una montaña a los que se acercan a ella, puesto que se halla sola, la única colina en una vasta llanura. Por todos lados, con unas débiles ondulaciones, la tierra se extiende llana y verde; norte, sur, este y oeste, todo es lo mismo. Pero no es cierto que se puedan ver las costas desde la cima; sólo hay una interminable vista hacia todos los puntos de la verde y gentil región, con un cielo quieto nublado sobre ella.

Hasta el aire es apacible. Tuvimos buen viento y desembarcamos en una larga costa gris en una mañana de verano, con una brisa que nos traía el aroma del mirto, de la aliaga y de la hierba salobre. Los cisnes salvajes navegaban en los lagos con sus crestas a medio crecer, y las avefrías chillaban y volteaban sobre los prados en los que sus retoños anidaban entre los juncos.

No era tiempo, o lugar, en el que se pudiera imaginar una guerra. Y, en efecto, la guerra terminó pronto. Guilloman, el rey, era joven —decían que no tenía más de dieciocho años— y no quiso escuchar a sus consejeros que le decían que esperara un momento mejor para atacarnos. Tan animoso estaba su corazón que, a la primera noticia de desembarco de tropas extranjeras en el sagrado suelo de Irlanda, reunió a sus guerreros y los lanzó contra las tropas estacionadas de Uther. Nos encontraron en una colina a nuestras espaldas y un río a las suyas. Las tropas de Uther resistieron el salvaje ataque, sin retroceder ni un paso y luego, a su vez, avanzaron con seguridad y lanzaron a los irlandeses al agua. Para su fortuna, era una amplia corriente, muy superficial, y, a pesar de que aquella noche las aguas enrojecieron, muchos centenares de irlandeses pudieron escapar. Guilloman fue uno de ellos; cuando tuvimos noticias de que había huido hacia el oeste con un grupo de fieles seguidores, Uther, adivinando que se dirigiría a Killare, mandó a un millar de hombres a caballo tras él con instrucciones de atraparlo antes de que llegara a la fortaleza. Eso fue lo que hicieron: lo alcanzaron a una media milla del fuerte, al pie de la colina, casi a la vista de las murallas. La segunda batalla fue rápida y más sangrienta que la primera. Pero se verificó durante la noche y, en la confusión del encuentro, Gilloman volvió a escapar; galopó con un grupo de hombres y aquella vez nadie supo hacia dónde. Pero la tarea estaba cumplida; cuando el cuerpo mayor del ejército llegó al pie del monte Killare, las tropas británicas ya estaban en posesión de la fortaleza y las puertas estaban abiertas.

Se han dicho muchas tonterías sobre lo que ocurrió a continuación. Yo mismo he oído algunas de las canciones e, incluso, he leído una narración en un libro. Ambrosius había sido mal informado. Killare no era una recia construcción de grandes piedras. Era una fortificación exterior muy normal, de tierra y empalizadas tras un gran foso; dentro de las murallas exteriores había un segundo foso, más profundo, con púas en el fondo. La fortaleza central sí que estaba amurallada con grandes piedras, pero en su conjunto era una fortificación normal muy bien construida y difícil de tomar. Dentro de la muralla había casas, la mayoría de madera, y muchos sótanos como los que teníamos en Gran Bretaña. Más arriba todavía se levantaba otro anillo, una pared que rodeaba la cresta de la montaña como una corona rodea la frente de un rey. En el interior de esta corona, en el centro de la cúspide, se hallaba el lugar santo. Allí estaba la Danza, el círculo de piedras que, según se decía, contenía el corazón de Irlanda. No se podía comparar con la gran Danza de Amesbury, pues era sólo un círculo de piedras verticales; pero era bastante impresionante y la mayor parte del círculo estaba intacto. Cerca del centro yacían dos piedras, al parecer sin orden.

Aquella misma tarde me encaminé solo hacia allí. Las laderas de la colina eran un hervidero de gritos y movimientos, que me resultó familiar por el recuerdo de Kaerconan después de la batalla. Pero cuando atravesé la pared que vallaba el lugar sagrado y me dirigí a la cima de la colina, fue como si dejara un bullicioso salón para entrar en una habitación del interior de la tierra. Los sonidos quedaban fuera del muro y a medida que caminaba por la larga hierba de verano, crecía el silencio y la soledad.

Una luna redonda lucía, baja, en el cielo, pálida, sombreada, más débil en un canto como una moneda vieja. Se veía el centelleo de pequeñas estrellas y, entre ellas aquí y allí, los luceros de los pastores, más brillantes; cerca de la luna, solitaria, una gran estrella esparcía luz blanca. Las sombras eran largas y suaves sobre la hierba.

Una alta piedra solitaria se inclinaba ligeramente hacia el este. Un poco más allá había un hoyo y detrás, una roca redonda que parecía negra a la lux de la luna. Había algo allí. Me detuve. No era nada que yo pudiera nombrar, pero la vieja piedra negra debía haber sido alguna criatura tenebrosa inclinada sobre la orilla de la roca. Noté que mi piel se estremecía y me estiré. No quería molestar.

La luna trepaba conmigo y cuando entré en el círculo levantó su blanco círculo por encima de las piedras y brilló claramente en el interior del aro. Mis pasos crujían, secos y quebradizos, por un sendero en donde se habían encendido fuegos recientemente. Vi blancas siluetas de huesos y una piedra plana en forma de altar. La luna cincelaba uno de sus lados y al otro se enroscaban unas siluetas, sogas o serpientes. Me detuve y avancé un dedo hacia ellas. Muy cerca, un ratón se escabulló haciendo crujir la hierba. Ningún otro sonido. El lugar era claro, muerto. Seguí moviéndome lentamente a través de las sombras que formaba la luna. Allí había otra piedra, redondeada como una colmena de abejas. Y aquí otra caída, con la larga hierba casi ocultándola. Cuando pasé junto a ella, buscando en silencio, un soplo de brisa corrió por encima de la hierba, ondeando las

sombras y esparciendo la luz como si fuera niebla. Noté que tenía el pie encima de algo, que me tambaleaba, y caí de rodillas cerca de una larga piedra plana casi escondida entre la hierba. Acerqué las manos. Era maciza, oblonga, sin cincelar, sencillamente una gran piedra natural sobre la que, en aquel momento, la luna escanciaba su luz. Apenas necesité el frío en mis manos, el susurro de la hierba bajo el súbito soplo de viento, el aroma de las margaritas, para comprender que aquélla era la piedra. A mi alrededor, como danzarines que se alejaban de un centro, las piedras silenciosas se levantaban negras. A un lado, la luna blanca, al otro, la estrella reina, brillando con luz blanca. Me levanté lentamente y me quedé de pie junto a la piedra, como quien está de pie junto a una cama esperando que el hombre que yace en ella muera.

Me despertó el calor, el calor y la voz de unos hombres cerca de mí. Levanté la cabeza. Estaba medio arrodillado, medio tendido, con las manos y la parte superior de mi cuerpo sobre la piedra. El sol de la mañana estaba alto y esparcía su luz directamente en el centro de la Danza. La niebla humeaba en la hierba húmeda y sus blancos velos ocultaban los suaves declives de la colina. Un grupo de hombres se había acercado a través de las piedras de la Danza y me observaban, de pie junto a ellas, murmurando entre sí. Cuando me desperecé y moví mis labios resecos, se apartaron y llegó Uther, seguido de media docena de oficiales, entre los cuales se hallaba Tremorinus. Dos soldados arrastraban lo que, con toda evidencia, era un prisionero irlandés; llevaba las manos atadas y tenía una herida en una mejilla en la que se había secado la sangre, pero se mantenía bien erguido y me pareció que quienes lo guardaban parecían más asustados que él.

Uther se detuvo al verme, pero luego se me acercó mientras yo me levantaba.

La noche debía haber dejado señales en mi rostro, porque el grupo de oficiales que le seguía me observaban de aquella manera que ya conocía, mezcla de cautela y asombro; incluso Uther habló más alto de lo normal.

—Así, tu magia es tan fuerte como la suya.

La luz era demasiado intensa para mis ojos. Uther parecía irreal, como una imagen vista en el agua. Intenté hablar, aclaré mi garganta y dije:

—Todavía estoy vivo, si es eso lo que quieres decir.

—Ningún otro hombre del ejército hubiera pasado la noche aquí —dijo Tremorinus malhumorado.

—¿Por miedo a la piedra negra?

Vi que Uther movía la mano involuntariamente como si se hubiera soltado sola para hacer el signo. Vio que yo me había dado cuenta y pareció enfadado.

—¿Quién te ha hablado de la piedra negra? —preguntó.

Antes de que pudiera contestarle, el irlandés dijo súbitamente:

—¿La has visto? ¿Quién eres?

—Mi nombre es Merlín.

Asintió lentamente. Ni siquiera ahora mostraba signos de temor. Leyó mi pensamiento y sonrió como si dijera: «Tú y yo sabemos cuidarnos solos.»

—¿Por qué te traen aquí de esta manera? —le pregunté.

—Para que les diga cuál es la piedra real.

—Ya nos lo ha dicho —repuso Uther—.

Es el altar cincelado de allí.

—Soltadlo —dije—. No lo necesitáis para nada. Y dejad tranquilo el altar. Esta es la piedra.

Se hizo una pausa. Luego el irlandés se puso a reír.

—Justo. Si traéis con vosotros al propio mago del rey, ¿qué esperanza puede haber para un pobre poeta? Está escrito en las estrellas que os la llevaríais y, en efecto, no es más que justicia. Esta piedra no ha sido el corazón de Irlanda, sino su maldición, y quizás Irlanda estará mucho mejor si se la llevan.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté. Y luego, dirigiéndome a Uther exigí—: Dile que lo suelten.

Uther asintió y los hombres liberaron las manos del prisionero. Se restregó las muñecas, sonriéndome. Se podría pensar que estábamos los dos solos en el centro de la Danza.

—Dicen que en tiempos pasados esta piedra vino de la Gran Bretaña, de las montañas del oeste, a la vista del Mar de Irlanda, y que el gran rey de toda Irlanda —Fionn Mac Cumhaill era su nombre— la cargó y caminó sobre el mar con ella a cuestas hasta llegar y colocarla aquí.

—Y ahora —dije—, nosotros nos la llevaremos un poco más cómodamente a la Gran Bretaña.

—Hubiera pensado que el gran mago que eres la llevaría con sus propias manos —rió.

—Yo no soy Fionn. Y ahora, si eres prudente, poeta, te irás a tu casa, cogerás tu arpa y no harás más guerras sino una canción sobre la piedra y cómo Merlín, el mago, se la llevó de la Danza de Killare y la trasladó ligeramente a la Danza de las Piedras Colgantes de Amesbury.

Me saludó, todavía riendo, y se fue. Atravesó sano y salvo el campamento, puesto que años más tarde oí la canción que compuso.

Pero en aquel momento su marcha apenas fue notada. Hubo una pausa mientras Uther miraba ceñudo la gran piedra, como si calculara mentalmente su peso.

—Dijiste al rey que podrías hacerlo. ¿Es cierto?

—Dije al rey que lo que los hombres habían traído aquí, los hombres lo volverían a llevar allí.

Me miró ceñudamente, desconcertado y un tanto enfadado.

—Me dijo lo que tú le habías dicho y yo estoy de acuerdo. No se necesitan magias ni palabras hermosas, sólo un grupo de hombres competentes con máquinas adecuadas. ¡Tremorinus!

—¿Señor?

—Si cogemos ésta, la piedra real, no tendremos demasiadas dificultades con el resto. Derríbalas como puedas y déjalas.

—Sí, señor. Si pudiera contar con Merlín... —El equipo de Merlín trabajará en las fortificaciones. Ya puedes empezar, Merlín; te doy veinticuatro horas de tiempo.

Era un trabajo en el que los hombres tenían mucha práctica; echaban abajo los muros y con los escombros llenaban los fosos. Prendimos fuego a las empalizadas y a las casas, tarea realmente muy sencilla. Los hombres trabajaban bien y de buena gana. Uther siempre era generoso con sus tropas y allí se habían encontrado muchos bienes para ser repartidos: brazaletes de cobre, bronce y oro; broches, armas muy bien hechas, grabadas con cobre y esmalte, a la manera irlandesa. El trabajo se terminó al anochecer y dejamos la colina para dirigirnos al campamento provisional que se había levantado en la llanura, al pie de la colina.

Tremorinus llegó después de la cena. Todavía se veían las antorchas y los fuegos que iluminaban la cumbre del monte, dando relieve a lo que quedaba de la Danza. Su rostro estaba ceñudo y parecía cansado.

—Todo el día —dijo amargamente— y sólo hemos conseguido levantarla un par de pies y, hace una media hora, los pilares que la sostenían se han roto y la piedra ha vuelto a su lecho. ¿Por qué diablos has sugerido esta piedra? Hubiera sido mucho más fácil con el altar del irlandés.

—El altar del irlandés no se habría movido.

—Bueno. Por todos los dioses, parece que tampoco podrás mover ésta. Mira, Merlín, no te preocupes por lo que haya dicho Uther: yo me encargo de este trabajo y te pido que vengas a echar una ojeada. ¿Quieres?

El resto es lo que las leyendas han desvirtuado. Sería tedioso relatar ahora cómo lo hicimos, pero resultó bastante fácil; durante todo el día había estado pensando en ello; e incluso había construido la maquinaria necesaria en mi mente desde que estuve en la Pequeña Bretaña. El resultado fue que la trasladamos por agua —río abajo desde Killare hasta el mar y, una vez en Gales, de nuevo por río mientras nos fue posible: por los dos grandes Avones, y, solamente unas cuantas millas por tierra para ir de uno a otro. Yo no era Fionn, el del Brazo Poderoso, pero era Merlín, y la gran piedra viajó hasta casa tan suavemente como un bote en aguas tranquilas, conmigo a su lado durante todo el camino. Supongo que debí dormir algunas horas durante el viaje, pero no recuerdo que lo hiciera. Estuve despierto, como lo están los hombres en sus lechos de muerte, y fue aquél el único viaje de todos los de mi vida en que no noté el movimiento del mar; me dijeron que estuve sentado, tranquilo y silencioso, como en mi silla de casa. Uther se me acercó una vez para hablarme —enfadado, supongo, de que yo hubiera hecho con tanta facilidad lo que no habían podido hacer todos sus

ingenieros—:, pero me dejó inmediatamente y no volvió a acercárseme. Supongo que yo no estaba allí, porque no recuerdo nada. Estaba mirando día y noche la gran habitación de Winchester.

Supimos las nuevas en Caerleon. Pascentius había atacado por el norte con sus fuerzas y con sus aliados germanos y sajones; el rey había marchado hacia Carlisle y le había derrotado allí. Pero después, de nuevo en Winchester, había caído enfermo. Los rumores abundaban acerca de esto último. Unos decían que uno de los hombres de Pascentius había venido a Winchester disfrazado y había dado un veneno a Ambrosius, que ya guardaba cama a causa de un resfriado. Otros decían que el hombre había sido enviado por Eosa. Pero la realidad era ésta: el rey estaba muy enfermo.

La estrella reina volvió a salir aquella noche y la gente dijo que parecía un fiero dragón, con una cola de estrellas más pequeñas, como una nube. Pero no fue necesario el presagio para que yo supiera lo que ya había adivinado aquella noche en la cima de Killares, cuando me mandó traer la gran piedra de Irlanda para cubrir su tumba.

Así fue que trajimos de nuevo la gran piedra a Amesbury y yo levanté los círculos caídos de la Danza de los Gigantes para que fuera su monumento. Y en la siguiente fiesta de la Pascua, en la ciudad de Londres, Uther Pendragón fue coronado rey.

Libro quinto

LA LLEGADA DEL OSO

Capítulo I

Después se dijo que la gran estrella que ardió en la muerte de Ambrosius, y de la que Uther tomó el nombre real de Pendragón, o jefe supremo, era un funesto heraldo para el nuevo reinado. Y, en efecto, desde el principio todo pareció levantarse en contra de Uther. Fue como si la caída de la estrella de Ambrosius fuera la señal que esperaban sus enemigos para sublevarse de nuevo, para surgir de todos los rincones tenebrosos y destruir a su sucesor. Octa, el hijo de Hengist, y Eosa, su pariente, se consideraron libres de su promesa hecha a Ambrosius de permanecer dentro de las fronteras del norte y reunieron cuantas fuerzas pudieron para atacar; tan pronto como se supo su llamada, todos los elementos desafectos se les unieron. Guerreros ansiosos de tierra y pillaje se congregaron en Germania, los restos de los sajones de Pascentius se unieron a los irlandeses huidos con Gilloman y, con ellos, los propios británicos que no querían al nuevo rey. Al cabo de pocas semanas de la muerte de Ambrosius, Octa, con un gran ejército, saqueaba el norte como un lobo y, antes de que el nuevo rey pudiera impedírselo, ya había destruido ciudades y fortalezas desde la Muralla de Adriano hasta York. En York, la ciudad más recia de Ambrosius, encontró las murallas bien firmes, las puertas cerradas y los hombres dispuestos a defenderse. La rodeó con todas las máquinas de sitio que tenía y se instaló a esperar.

Debía saber que Uther le atraparía allí, pero su fuerza era tal que no demostró temer en absoluto a los británicos. Más tarde se calculó que tenía unos treinta mil hombres. Cuando Uther llegó para levantar el sitio con todos los hombres que pudo reunir, los sajones sobrepasaban a los británicos en más de dos a uno. Fue un encuentro sangriento y desastroso. Creo que la muerte de Ambrosius había perturbado más, si bien Uther era un soldado reputado, no tenía experiencia como comandante supremo y ya se sabía que no tenía la calma y la visión de su hermano frente a los acontecimientos. Lo que le faltaba de prudencia, le sobraba de valentía pero, no obstante, aquel valor no consiguió derrotar a las fuerzas que se lanzaron contra él aquel día, en York. Los británicos rompieron filas y echaron a correr y sólo se salvaron gracias a la llegada de la noche que, en aquella época del año, caía temprano. Uther —con Gorlois de Cornualles como su segundo— intentó llevar las fuerzas que le quedaron cerca de la cumbre de la pequeña colina llamada Damen, muy escarpada y que ofrecía bastante protección con sus despeñaderos, cuevas y espesa vegetación, pero que solamente sería un refugio provisional contra las huestes sajones que rodearon triunfalmente la base del monte, esperando la mañana. Era una situación desesperada y los británicos adoptaron medidas desesperadas. Uther, acampado en una cueva, llamó a sus capitanes fatigados mientras que los hombres agarraban todo lo que podían y se afanaban por trazar un plan para engañar al inmenso ejército que les esperaba al pie de la colina. Al principio, nadie tenía otra idea que la necesidad de escapar, pero alguien —más tarde supe que fue Gorlois— apuntó que una retirada significaba solamente posponer la derrota y la destrucción del nuevo reino: si era

posible escapar, también lo sería atacar, y el ataque parecía factible si los británicos no esperaban que amaneciera sino que, por el contrario, utilizaban todos los elementos de sorpresa que tuvieran en su poder para bajar al amparo de las sombras antes de que el enemigo lo esperara. Táctica sencilla, en verdad, que los sajones pudieran haber esperado de unos hombres tan desesperadamente atrapados; pero los sajones eran unos luchadores estúpidos y, como había tenido ocasión de observar anteriormente, carecían de disciplina. Era casi seguro que no esperaban ningún movimiento antes del amanecer y que debían estar durmiendo a pierna suelta, confiados en la victoria y, con un poco de suerte, borrachos del vino que habían robado de los almacenes.

Para hacer justicia a los sajones hay que decir que Octa había puesto vigías y que éstos estaban bastante despiertos. Pero el plan de Gorlois seguía adelante, ayudado por una ligera neblina que se elevó antes del amanecer y que rodeó la base del monte como un velo. Los británicos llegaron en silencio, y se precipitaron cuando hubo bastante luz para ver dónde pisaban. Los vigías que no habían sido atacados en silencio dieron la alarma, pero ya era demasiado tarde. Los guerreros se levantaron, se apresuraron, cogieron las armas que yacían debajo de ellos, pero los británicos, ya sin guardar silencio, se lanzaron entre las huestes medio dormidas y las destruyeron. Todo terminó antes del mediodía y Octa y Eosa fueron hechos prisioneros. Antes del invierno, con el norte limpio de sajones y las largas lanchas quemadas humeantes en las playas, Uther regresó a Londres con sus prisioneros entre rejas, a punto para su coronación en la siguiente primavera.

Su batalla con los sajones, su casi derrota y la subsiguiente victoria, rápida y brillante, era todo lo que el reino necesitaba.

La gente olvidó la desgracia de la muerte de Ambrosius y habló del nuevo rey como de un nuevo sol. Su nombre corría de boca en boca, desde los nobles y los guerreros que se amontonaban a su alrededor para conseguir dádivas y honores hasta los trabajadores que construían sus palacios; las damas de su corte se hacían nuevos vestidos que parecían un campo de amapolas, con una tela de color llamado Pendragón Rojo.

Durante aquellas primeras semanas sólo lo vi una vez. Me hallaba en Amesbury dirigiendo el trabajo de la erección de la Danza de los Gigantes. Tremorinus estaba en el norte, pero yo había formado un equipo muy bueno y, después de la experiencia con la piedra del rey en Killare, sus componentes estaban ansiosos por maniobrar con las macizas piedras de la Danza. Una vez que las hubimos alineado, clavado los puntales y construido las guías, el trabajo de levantarlas se podía hacer totalmente con la ayuda de sogas, con palancas y con plomadas. La dificultad estaba en los grandes dinteles, pero el milagro de la construcción de la Danza se había realizado incontables años antes a manos de los antiguos artífices que habían unido aquellas gigantescas piedras tan firmemente, una dentro de otra, como un maestro carpintero arma la madera. Solamente teníamos que encontrar el sistema de izarlas. Y era aquello lo que yo había experimentado durante mi estancia en la Pequeña Bretaña, desde que por primera vez vi las piedras

coronadas. Además, no había olvidado lo que había aprendido con las canciones. Finalmente, había diseñado una especie de mecanismo de madera, que un moderno ingeniero desecharía por primitivo pero que —como decía el juglar— había servido una vez y serviría de nuevo. Era un sistema lento, pero útil. Y supongo que debía ser maravilloso ver elevarse aquellos bloques macizos, etapa por etapa, hasta que, finalmente, quedaban colocados en sus lechos tan suavemente como si fueran de sebo. Se necesitaban doscientos hombres para cada piedra, además de un equipo de perforadores que trabajaban cadenciosamente y que acoplaban sus ritmos como hacen los remeros. Los ritmos del movimiento estaban, naturalmente, en función del trabajo, y las canciones eran viejas tonadas que yo recordaba de mi infancia; mi niñera me las había cantado, pero nunca incluía las palabras que a veces intercalan los hombres. Palabras que tendían a ser briosas, indecentes, intensamente personales. Ni Uther ni yo las economizábamos, a pesar de que las canciones no se cantaran de una manera deliberada a mi oído. Además, cuando había un extraño, las palabras eran siempre correctas o indistinguibles. Mucho tiempo después, oí que se decía que yo había levantado las piedras con magia y con música. Supongo que ambas cosas eran ciertas. Desde entonces he pensado que mi historia debe ser la misma que la de Febo Apolo, que levantó con música las murallas de Troya. Pero yo había tomado del cantor ciego de Kerrec la música y la magia que movieron las piedras de la Danza de los Gigantes.

Hacia mediados de noviembre, la escarcha ya era dura y el trabajo había terminado. Se apagó el último fuego de campo y el último carro de hombres y materiales se dirigió hacia el sur, a Sarum. Cadal había marchado antes que yo a Amesbury. Yo me demoré, aguantando mi inquieto caballo, hasta que los carros desaparecieron de mi vista al final de la llanura. Me quedé solo.

El cielo colgaba sobre la silenciosa llanura como un cuenco de estaño. Era temprano y la hierba blanqueaba de escarcha. El débil sol de invierno pintaba largas sombras que partían de las piedras inclinadas. Recordé la piedra puntiaguda, la blanca escarcha, el toro, la sangre y el sonriente dios de pelo rubio. Bajé la mirada hacia la piedra. Le habían enterrado con su espada en la mano. Entonces le dije:

—Volveremos a vernos los dos en el solsticio de invierno.

Luego me separé de él, monté en mi caballo y cabalgué hasta Amesbury.

Capítulo II

En diciembre me llegaron noticias de Uther; había dejado Londres y se había instalado en Winchester para pasar la Navidad. Le envié un mensaje y, al no obtener respuesta, cabalgué una vez más con Cadal al lugar donde la Danza de los Gigantes se levantaba, cubierta de escarcha y solitaria, en el centro de la llanura. Era el día veinte de diciembre.

En un pliegue del terreno, justo detrás de la Danza, atamos nuestros caballos y encendimos una hoguera. Tenía miedo de que la noche fuera nublada, pero en realidad era clara y fría, con una multitud de estrellas como átomos a la luz de la luna.

—Duerme un poco, si es que puedes con este frío —dijo Cadal—. Te despertaré antes de que amanezca. ¿Qué te hace pensar que vendrá? Bueno —prosiguió al no darle yo ninguna respuesta—, el mago eres tú y debes saberlo. Pero aquí será mejor que te pongas otra capa, para el caso de que tu magia no te resguarde del frío. Te despertaré a tiempo, no te preocupes.

Le obedecí y me enrollé en el doble espesor de la lana; me tendí cerca del fuego, con la cabeza apoyada en la silla. Más que dormir, me adormilé, consciente de los pequeños ruidos de la noche que nos rodeaban en el inmenso silencio de la llanura: el crepitar del fuego, Cadal que iba poniendo nuevos leños en él, los caballos que desgarraban la hierba en su tranquilo pacer, el grito de los búhos en el aire. Y luego, no mucho antes del amanecer, el ruido que estaba esperando: el batir de la tierra debajo de mi cabeza, señal segura de que se acercaban caballos.

Me senté. Cadal, con ojos legañosos, habló perezosamente:

—Todavía tienes una hora, mantente tranquilo.

—No te preocupes, ya he dormido bastante. Pon la oreja en el suelo y dime lo que oyes.

Se inclinó y escuchó durante unos segundos; luego se levantó rápidamente y se fue a buscar los caballos. En aquellos días, los hombres reaccionaban rápidamente al oír ruido de cascos durante la noche. Le contuve:

—Todo va bien. Es Uther. ¿Cuántos caballos calculas?

—Veinte, quizá treinta. ¿Estás seguro?

—Completamente. Ahora ensilla los caballos y teñios a punto. Voy allí.

Era el momento, entre la noche y la mañana, en que el aire está silencioso. Venían al galope. Parecía que toda la llanura escarchada latía a su son. La luna ya se había ido. Esperé junto a la piedra.

Dejó la tropa un tanto lejos y cabalgó hacia la Danza con un solo acompañante. Creo que no me había visto todavía, a pesar de que debía haber descubierto los movimientos de Cadal, que apagaba el fuego abajo. La noche había sido bastante brillante y, por lo tanto, habían cabalgado sin

antorchas y, no obstante, con buena visión; los dos jinetes se acercaron a trote ligero hacia el círculo exterior de la Danza y al principio pensé que entrarían a caballo, pero frenaron súbitamente, aplastando la escarcha, y el rey descabalgó. Oí el campanilleo del bocado cuando entregó las riendas a su acompañante.

—Mantenlo en movimiento —oí que le decía y luego se aproximó, una ligera sombra entre las sombras enormes de los Gigantes.

—¿Merlín?

—Mi señor.

—Eliges extrañamente tus momentos. ¿Tenía que ser precisamente por la noche? —su voz sonaba despierta y sin el tono burlón que era habitual en él. Pero había venido.

—Deseabas ver lo que he hecho aquí —repliqué— y esta noche es cuando puedo enseñártelo. Estoy contento de que hayas venido.

—¿Enseñarme qué? ¿Una visión? ¿Otro de tus sueños? Te advierto que...

—No. No hay nada de eso aquí; no ahora. Pero hay algo que deseo que veas y sólo puede ser esta noche. Temo que tengamos que esperar un poco.

—¿Mucho? Hace frío.

—No mucho. Hasta que amanezca.

Estaba frente a mí, al otro lado de la piedra del rey, y, a la débil luz de las estrellas, noté que bajaba la vista, inclinaba la cabeza y se acariciaba la barbilla pensativamente.

—Se dice que la primera vez que estuviste junto a esta piedra, por la noche, tuviste una visión. Y ahora en Winchester me han dicho que cuando Ambrosius yacía en su lecho de muerte habló contigo como si estuvieras a los pies de su cama. ¿Es cierto?

—Sí.

Levantó bruscamente la cabeza.

—¿Quieres decir que en Killare sabías que mi hermano se estaba muriendo y no me dijiste nada?

—No hubiera servido de nada. No hubieras tenido tiempo de volver lo suficientemente pronto para verlo. Así, viajaste tranquilo, y en Caerleon, cuando murió, te lo dije.

—¡Por todos los dioses, Merlín, no eras tú quien debías juzgar si era mejor decírmelo o no! Tú no eres un rey; debías habérmelo dicho.

—Entonces tampoco tú lo eras, Uther Pendragón. Actué como me pareció más conveniente.

Vi que iniciaba un rápido movimiento, pero luego se detuvo.

—Es fácil decirlo —por su voz supe que me creía y que estaba cauteloso por mi causa y por el sitio—. Y ahora que estamos aquí, esperando

el amanecer, y sea lo que fuere lo que quieres enseñarme, quiero aclarar una o dos cosas entre nosotros. No puedes servirme como serviste a mi hermano. Tienes que saberlo. No deseo ninguna de tus profecías. Mi hermano estaba equivocado cuando decía que trabajaríamos juntos por la Gran Bretaña. Nuestros destinos no pueden asociarse. Admito que te he juzgado demasiado rígidamente, tanto en la Pequeña Bretaña como en Killare; lo siento, pero ya es demasiado tarde. Vamos por caminos diferentes.

—Sí, ya lo sé.

Lo dije sin ningún tono particular; sencillamente estaba de acuerdo con él; me sorprendió cuando se rió y cuando una mano amistosa se apoyó en mi hombro.

—Entonces nos entenderemos mutuamente —dijo—. No hubiera pensado que fuera tan fácil. Si supieras qué agradable resulta eso después de tantas semanas de hablar con gente que te pide ayuda, te suplica mercedes, favores... y ahora, el único hombre del reino que puede reclamarme algo me deja marchar, me deja seguir mi camino...

—Naturalmente. Nuestros caminos volverán a cruzarse, pero todavía no es el momento. Entonces tendremos que actuar juntos, lo quieras o no.

—Lo veremos. Tú tienes poder, lo admito, pero ¿qué utilidad puede tener para mí? Yo no necesito sacerdotes —aclaró; su voz era viva y amistosa, como si estuviéramos comentando las maravillas de la noche; él se arraigaba en la tierra, era Uther; Ambrosius hubiera entendido lo que quería decirle, pero Uther seguía su camino humano como un perro sigue el rastro de sangre—. Me has servido bastante bien en Killare y ahora también, con las Piedras Colgantes. Me mereces todos mis respetos.

—Cuando sea necesario me pondré a tu servicio. Si me necesitas ya sabes dónde encontrarme.

—¿No te quedarás en mi corte?

—No. Iré a Maridunum. Allí está mi hogar.

—Ah, sí, la famosa cueva. Creo que puedes exigirme algo mejor que eso.

—No deseo nada más.

Ahora había un poco más de luz. Noté que me miraba fijamente.

—Esta noche te he hablado como no había hablado nunca a ningún hombre. ¿Me guardas rencor, Merlín el bastardo?

—No te guardo ningún rencor, mi señor.

—¿Ninguno?

—Una muchacha en Caerleon.

Me miró sonriendo.

—¿Cuándo?

—Ya no importa. Además, ya debes haberlo olvidado.

—¡Por todos los..., te había juzgado equivocadamente!

Había hablado con más calor que nunca. Si lo supiera, pensé, se reiría de mí.

—Te he dicho que no tiene ninguna importancia. No la tuvo entonces, y ahora menos que nunca.

—Todavía no me has dicho por qué me has hecho venir aquí a estas horas. Mira el cielo, ya está amaneciendo..., los caballos van a coger frío — levantó la cabeza hacia el este—. Será un día hermoso. Será interesante ver qué has hecho con la Danza. Ahora ya puedo decírtelo: Tremorinus insistía, cuando recibí tu mensaje, en que no era posible que lo hubieras hecho. Profeta o no, sabes hacer las cosas bien, Merlín.

La luz aumentaba, las tinieblas desaparecían para dejarle paso.

Ahora podía verlo más claramente, erguido, con la cabeza levantada y, de nuevo, con la mano en la barbilla.

—Ha sido mejor que vinieras de noche, así he podido reconocerte por la voz. No te hubiera conocido a la luz del día, con esa barba que te has dejado crecer.

—Más regio, ¿verdad? No se podía hacer otra cosa en campaña. Cuando llegamos al Humber... —empezó a hablarme, por primera vez desde que le conocía, con sencillez y naturalidad. Debía ser porque entonces yo era, entre todos sus súbditos, su único pariente, y dicen que la sangre habla a la sangre. Habló de la campaña en el norte, la lucha, la destrucción que los sajones habían dejado tras ellos—. Y ahora pasaremos las Navidades en Winchester. Seré coronado rey en Londres, por la primavera, y entonces...

—Espera —no quería interrumpirle tan perentoriamente, pero las cosas me apresuraban, el peso del cielo, la luz deslumbrante. No era el momento de buscar las palabras idóneas para hablar a un rey y, por tanto, dije rápidamente—: Ya se acerca. Quédate de pie junto a mí, al lado de la piedra.

Di un paso hacia él y me mantuve al pie de la larga piedra del rey, de cara al ardiente este. No tenía ojos para Uther Le oía respirar entrecortadamente como si tuviera miedo, pero se reprimió y se me acercó con un centelleo de joyas y de la malla. A nuestro lado se extendía la piedra.

Al este, la noche desaparecía, se descorría como un velo y el sol salía. Como la luz de una antorcha, como una flecha de fuego, la luz atravesó el aire gris y dibujó una línea clara desde el horizonte hasta la piedra que yacía a nuestros pies. Durante unos veinte latidos del corazón, el gran centinela que estaba frente a nosotros permaneció negro y tieso, encuadrando la brisa de invierno. Entonces el sol se elevó tan rápidamente que se pudo ver la sombra del círculo que se convertía en una elipse y se desvanecía casi inmediatamente en la ancha luz del amanecer invernal.

Eché una mirada al rey. Sus ojos, abiertos y desconcertados, estaban fijos en la piedra. No podía leer sus pensamientos. Luego levantó la cabeza y miró hacia el círculo exterior en donde las grandes piedras obstruían la luz. Se separó pausadamente de mí, dio una vuelta sobre sí mismo y miró el

círculo total de las Piedras Colgantes. Su barba era rojiza y ensortijada; llevaba el pelo largo y una aureola dorada le coronaba el rostro. Sus ojos eran azules y ahumados a la luz fresca del amanecer. Por fin se encontraron con los míos.

—No me sorprende que sonrías. Esto es muy impresionante.

—Sonrío de alivio —repliqué—. Las matemáticas me han tenido despierto muchas noches para conseguir esto.

—Ya me lo ha dicho Tremorinus —me lanzó una lenta y mesurada mirada—. También me ha contado lo que tú habías dicho.

—¿Qué he dicho?

—Sí: adornaré esta tumba nada más que con luz.

No contesté y él prosiguió lentamente:

—Ya te he dicho que no sé nada de profetas o sacerdotes. Soy solamente un soldado y pienso como un soldado. Pero esto, lo que has hecho aquí, es algo que entiendo perfectamente. Quizá, después de todo, habrá sitio para los dos. Pasaré las Navidades en Winchester, ¿quieres venir conmigo?

Me lo preguntó, no me ordenó. Hablábamos a través de la piedra y aquello era el principio de algo, de algo que yo todavía no sabía. Sacudí la cabeza.

—Quizá cuando llegue la primavera. Me gustaría ver la coronación. Puedes estar seguro de que cuando me necesites estaré a tu lado, pero ahora debo regresar a mi hogar.

—¿A tu agujero en la tierra? Bueno, si es eso lo que deseas... Tus deseos son muy pobres. ¿No hay nada que quieras pedirme? —señaló el círculo con la mano—. La gente hablará mal de un rey que no te recompense por esto.

—Ya he sido recompensado.

—La casa de tu abuelo, en Maridunum, sería mucho mejor para ti. ¿La quieres?

Denegué con la cabeza.

—No deseo una casa, pero me gustaría que la colina fuera mía.

—Entonces tómala. Me han dicho que la gente la llama ya la colina de Merlín. Y ahora, ya es de día y los caballos deben haber cogido frío. Si alguna vez has sido soldado, Merlín, debes saber que hay una cosa más importante incluso que las tumbas de los reyes: no dejar demasiado tiempo los caballos quietos.

De nuevo me golpeó suavemente el hombro, se volvió con un revoloteo de su capa y caminó hacia su caballo. Yo fui a encontrarme con Cadal.

Capítulo III

Cuando llegó la Pascua yo no me había decidido a dejar Bryn Myrddin (Uther cumplió su palabra dándome la colina en la que se hallaba la cueva, y la gente ya asociaba su nombre conmigo, más que con el dios, llamándola la colina de Merlín), pero me llegó un mensaje del rey, que me decía que fuera a Londres. Aquella vez era una orden, no una petición; y tan urgente que me había mandado una escolta para evitar cualquier dilación provocada por la falta de compañía.

En aquel tiempo no era todavía seguro viajar lejos con partidas menores de doce o más hombres, y se viajaba armado y con cautela. La gente que no podía disponer de escolta propia esperaba hasta que se reunía un grupo numeroso al que, incluso, se unían comerciantes para aprovechar la compañía. Las partes más salvajes del país estaban todavía llenas de refugios del ejército de Octa, con irlandeses que no habían podido conseguir pasar a su hogar y unos cuantos sajones que intentaban miserablemente ocultar su piel; cuando no lo conseguían, eran cazados despiadadamente. Frecuentaban los contornos de las granjas, merodeaban en las colinas, en las ciénagas y en los lugares salvajes, y organizaban súbitas y desesperadas correrías en busca de alimento; vigilaban los caminos por si encontraban algún viajero solitario y mal armado, y tenían aspecto de pordioseros. Cualquiera que llevara capa o sandalias era un hombre rico al que despojaban.

Nada de eso me hubiera impedido viajar sólo con Cadal de Maridunum a Londres. Ningún proscrito, ningún ladrón se hubiera atrevido a atacarme y me habrían dejado pasar tranquilamente sin molestarme. Desde los acontecimientos en Dinas Brenin, Killare y Amesbury, mi fama se había extendido, se cantaban y explicaban mis hazañas con las que, por otra parte, me era difícil sentirme identificado. Dinas Brenin también había cambiado de nombre: se había convertido en Dinas Emrys, tanto en mi honor como para conmemorar el desembarco de Ambrosius y la fortaleza que él había construido allí con gran acierto.

Yo vivía mejor de lo que nunca había vivido en el palacio de mi abuelo o en la casa de Ambrosius. Cada día, ante la cueva, me encontraba ofrendas de alimentos y vino; los pobres que no tenían nada con que agradecerme las medicinas que yo les había dado con anterioridad, me traían combustible o paja para los caballos, o bien se ofrecían para hacerme trabajos de reparación o de muebles sencillos. Así, el invierno había pasado con paz y comodidad, hasta que un día, a principios de marzo, vino el mensajero de Uther, después de haber dejado la escolta en el pueblo.

Era el primer día seco después de más de dos semanas de lluvia y de viento; yo había ido a la colina de encima de la cueva a buscar las primeras plantas. Me detuve en el lindero de un grupo de pinos para observar al solitario jinete que cabalgaba colina arriba. Cadal debía de haber oído los cascos del caballo; le vi, pequeño desde mi lugar de observación, que salía de la cueva y saludaba al hombre; luego levantaba un brazo y apuntaba el

camino por el que yo me había ido. El mensajero apenas se detuvo. Orientó al animal hacia donde señalaba Cadal, lo espoleó y subió a buscarme.

Se detuvo a unos cuantos pasos, descabalgó jadeante, hizo la señal contra el mal de ojo y se me acercó.

Era un hombre moreno, joven, de mi edad aproximadamente, cuyo rostro me era vagamente familiar. Pensé que debía haberle visto entre los criados de Uther. Llevaba las cejas salpicadas de fango y, en los lugares de su rostro libres de polvo, se notaba el blanco de la fatiga. Debía haber cogido un caballo en Maridunum para la última etapa, pues el animal estaba fresco e impaciente y el joven hacía esfuerzos para tenerlo quieto.

—Mi señor Merlín, te traigo saludos del rey, desde Londres.

—Me siento muy honrado —dije formulariamente.

—Requiere tu presencia para la fiesta de su coronación. Te ha mandado una escolta, mi señor. Está en el pueblo, descansando los caballos.

—¿Has dicho «requiere»?

—Debía haber dicho ordena, mi señor. Me ha dicho que debes venir conmigo inmediatamente.

—¿Esto es todo?

—No me ha dicho nada más, mi señor. Sólo que debes reunirte con él inmediatamente.

—Entonces, naturalmente que iré. Mañana por la mañana, cuando vuestros caballos hayan descansado completamente.

—Hoy, mi señor. Ahora mismo.

Era una lástima que la arrogante orden de Uther me llegara de aquella manera: en labios del hombre parecía una disculpa. Lo miré fijamente.

—¿Has venido directamente hasta aquí?

—Sí, mi señor.

—¿Sin descansar?

—Sí.

—¿Cuántos días has cabalgado?

—Cuatro, mi señor. Este es un caballo nuevo. Estoy preparado para regresar hoy mismo.

El animal sacudió la cabeza nerviosamente y el hombre dio un respingo.

—¿Estás herido?

—No tiene importancia. Ayer me caí y me torcí la muñeca. Es la mano derecha, no la de guiar.

—No, pero es la de utilizar la daga. Ve a la cueva y explica a mi criado lo que me has dicho. Dile también que te dé comida y bebida. Cuando yo vaya te miraré la muñeca.

—Mi señor, es muy urgente —vacilaba—. Es más que una invitación a asistir a la coronación.

—Tendrás que esperarte mientras mi criado prepara mis cosas y ensilla los caballos. Y también mientras yo como. Puedo vendarte la muñeca en pocos minutos. Y, mientras lo hago, me explicarás las nuevas de Londres y por qué el rey me ordena que vaya con tanta urgencia a la fiesta. Ahora, ve abajo. Yo iré dentro de un momento.

—Pero, señor…

—Cuando Cadal haya preparado comida para los tres yo ya habré regresado. No puedes darme más prisa. Ahora vete.

Me lanzó una mirada llena de duda y luego se marchó, tambaleándose mientras descendía la colina y arrastrando el caballo tras él. Me envolví en mi capa para resguardarme del viento y me dirigí al otro lado de los pinos, fuera de la vista de la cueva.

Permanecí al borde de un risco, en donde los vientos bajaban libremente hacia el valle y sacudían mi capa. Tras de mí los pinos bramaban y, entre sus rugidos, los desnudos espinos que rodeaban la tumba de Galapas batían con fuerza. Un chorlito chilló en el aire gris. Levanté el rostro hacia el cielo y pensé en Uther y en la orden que me había llegado. Pero no había nada más que el cielo y los pinos, el viento entre los espinos. Miré hacia el otro lado, hacia Maridunum.

Desde aquella altura se veía todo el pueblo, pequeño como un juguete. El valle estaba sorprendentemente verde en aquel mes de marzo. El río culebreaba, gris bajo el cielo gris. Una carreta cruzaba el puente. Encima de la fortaleza, el color de un estandarte flotaba al viento. Un bote se apresuraba río abajo, con sus velas oscuras infladas por el viento. Las colinas todavía vestían de invierno y tenían el valle como un hombre tiene entre sus manos un globo de cristal.

El viento me provocaba lágrimas y la escena se volvió borrosa. El globo de cristal estaba frío entre mis manos. Escudriñé en su interior. Pequeño y perfecto en el corazón de cristal, yacía el pueblo con su puente, con su río y con su diminuto barquichuelo. Alrededor, los prados se curvaban, se distorsionaban en el globo hasta que prados, cielo, río, nubes, envolvían el pueblo como las hojas y los sépalos envuelven un capullo antes de que rompa en flor. Parecía que todo aquel lugar, todo Gales, toda la Gran Bretaña, podía quedar guardada, pequeña y brillante, segura, entre mis manos, como algo guardado en ámbar. Miré la tierra englobada en el cristal y supe que había nacido para ella. Había llegado la hora y tenía que hacerlo realidad.

El globo de cristal se derritió entre mis manos y sólo quedó un manojo de plantas que había recogido, frías de lluvia. Las dejé caer y me pasé el dorso de la mano por los ojos para secarme las lágrimas. La escena que tenía

a mis pies había cambiado. La carreta y el bote habían desaparecido; el pueblo todavía permanecía allí.

Bajé a la cueva y me encontré a Cadal, atareado entre sus cazuelas, y al joven que preparaba las sillas de nuestros caballos.

—Deja eso —le ordené—. Cadal, ¿hay agua caliente?

—Sí. Este ya está a punto, órdenes del rey. ¿A Londres, eh? —Cadal parecía contento y yo no podía reprochárselo—. Ya necesitábamos cambiar de aires, si quieres saber mi opinión. ¿Qué crees que ocurre? El —señaló con la cabeza al joven— no parece saberlo, o, por lo menos, no lo dice. Pero creo que debe haber dificultades.

—Quizá. Pronto lo sabremos. Toma, procura secar eso —le di mi capa, me senté junto al fuego y llamé al hombre—. Déjame ver tu brazo.

Tenía la muñeca amoratada y magullada, hinchada; le dolió sólo con rozársela, pero los huesos no estaban rotos. Mientras se la lavaba yo confeccioné una compresa y se la sujeté. Me miraba aprensivamente y tendía a evitar mi contacto. Pensé que no era sólo a causa del dolor. Ahora que había desaparecido el barro de su rostro pude verle mejor y la sensación de familiaridad persistió con más fuerza. Le observé mientras le vendaba y le pregunté:

—Yo te conozco, ¿verdad?

—No debes recordarme, mi señor. Pero yo sí que te recuerdo. Una vez fuiste muy amable conmigo.

—Debió ser una rara ocasión —reí—. ¿Cómo te llamas?

—Ulfin.

—¿Ulfin? Me suena... Espera un momento. Sí, ya lo tengo, el muchacho de Belasius.

—Sí. ¿Te acuerdas de mí?

—Perfectamente. Aquella noche en el bosque, cuando mi potro iba cojo y tú tuviste que llevarlo solo a casa. Supongo que debías sentirte pisoteado la mayor parte del tiempo, pero eras tan conspicuo como un ratón. Esta es la única vez que te recuerdo. ¿Estará Belasius en la coronación?

—Ha muerto.

Algo en su tono me hizo levantar los ojos para mirarlo por encima de su muñeca vendada.

—¿Tanto lo odiabas? No, no me contestes. Ya lo adiviné entonces, por muy joven que fuera. Bien, no voy a preguntarte por qué. Los dioses saben que tampoco a mí me gustaba, y yo no era su criado. ¿Qué le ocurrió?

—Murió de unas fiebres, mi señor.

—¿Y tú te las has arreglado para sobrevivirle? Me parece recordar algo acerca de una antigua y bárbara costumbre...

—El príncipe Uther me tomó a su servicio. Ahora estoy con él... con el rey.

Habló con rapidez, mirando hacia otro sitio. Comprendí que era todo lo que podría saber.

—¿Y todavía le da tanto miedo el mundo, Ulfin?

Pero no me contestó. Terminé de vendarle la muñeca.

—Bueno —proseguí—, ésta es una tierra violenta y salvaje y los tiempos son crueles. Pero todo irá mejor y creo que tú podrás ayudar a que sea así. Bueno, ya está. Ahora come algo. Cadal, ¿te acuerdas de Ulfin? El muchacho que llevó a Áster a casa la noche que la tropa de Uther me atrapó...

—¡Por todos los dioses, es él! —Cadal lo miró de pies a cabeza—. Tienes mucho mejor aspecto que entonces. ¿Qué le ha ocurrido al druida? ¿Murió de una maldición? Anda, ven y come algo. Esto es lo tuyo, Merlín, y procura comer como un humano que va a viajar y no solamente lo que necesita uno de tus preciosos pájaros para vivir.

—Lo intentaré —dije mansamente, y luego me eché a reír al ver la expresión de Ulfin, que dirigía la mirada de mi criado a mí con desconcierto

Pasamos la noche en una posada cerca del cruce de caminos en donde se deja la ruta del norte que lleva hasta las Cinco Colinas y hasta la mía dorada. Comí solo en mi habitación, servido por Cadal. Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras el criado que trajo las bandejas, Cadal se volvió hacia mí, con un montón de noticias a punto de estallar.

—Bueno, por lo que se dice, parece que en Londres ocurren muchas cosas.

—Es de esperar —contesté suavemente—. He oído decir que Budec está allí, con la mayoría de los reyes del otro lado del estrecho; y que la mayoría de estos reyes y la mitad de sus nobles han traído a sus hijas con un ojo puesto al lugar vacío que hay al lado del trono —me reí—. Esto le gustará a Uther.

—Dicen que ya se ha acostado con la mitad de las muchachas de Londres —dijo Cadal colocando un plato frente a mí—. Es cordero galés, con una buena salsa de cebolla, caliente y sabrosa.

—No me extraña —empecé a servirme—. Es muy posible que sea cierto.

—Sí, pero esta vez va en serio. Dicen que hay problemas, problemas de mujeres.

—Por Dios, Cadal, no es necesario que me lo expliques: Uther nació para tener problemas de mujeres.

—No, si no me refiero a eso. He oído hablar a los de la escolta y la cosa va en serio: la mujer de Gorlois.

Levanté la cabeza bruscamente.

—¿La duquesa de Cornualles? Eso no puede ser cierto...

—Todavía no lo es, pero dicen que no es porque Uther no lo haya intentado.

—Puedes estar seguro que se trata sólo de un rumor —bebí un poco de vino—. Su marido casi le dobla en edad y he oído decir que es muy bonita. Supongo que Uther le dedica atenciones, siendo como es el duque su segundo comandante; y la gente, siendo Uther como es, ya se inventa todas esas cosas.

Cadal apoyó los puños sobre la mesa y me miró fijamente. Habló con una molesta solemnidad:

—Atenciones, ¿eh? Se dice que siempre está pegado a sus faldas, le ofrece cada día los mejores platos de la mesa, hace que la sirvan primero que a él, brinda por ella delante de todo el mundo cada vez que levanta la copa... Nadie habla de otra cosa de Londres a Winchester y en las cocinas se hacen apuestas.

—No lo dudo. ¿Y Gorlois no tiene nada que objetar?

—Al principio intentaba pasarlo por alto, pero ha llegado a tal extremo que no puede pretender no haberse dado cuenta. Intentaba aparentar que creía que Uther les hacía los honores a los dos, pero cuando el rey hizo sentar a lady Ygraine —éste es su nombre— a su derecha y a los seis ancianos al otro lado, abajo... —hizo una pausa.

—Debe de estar loco —dije molesto—. Todavía no puede permitirse esas impertinencias..., ni de ninguna otra clase, ni con Gorlois ni con su gente. ¡Por todos los dioses, Cadal! Fue Cornualles quien ayudó a Ambrosius; ha sido Cornualles quien ha puesto a Uther donde está ahora. ¿Quién ganó la batalla de Damen para él?

—Eso es también lo que dicen los hombres.

—¿De verdad? —reflexioné durante unos instantes, ceñudamente—. ¿Y de ella? Aparte de las habladurías usuales, ¿qué dicen de la mujer?

—Pues que habla poco, cada día menos. No dudo que Gorlois debe tener muchas cosas que reprocharle cada noche, cuando están a solas. Por otra parte, me han dicho que apenas levanta los ojos cuando está en público, cuando ve que el rey la observa fijamente por encima de su copa o cuando se inclina hacia ella para mirarle el escote.

—Eso son inmundas habladurías, Cadal. Te he preguntado cómo reacciona ella.

—Bueno, eso es precisamente lo que no dicen, excepto que siempre está silenciosa, que es muy hermosa y esas cosas —se desperezó—. Nadie dice que ella le ofrezca ninguna ayuda, y los dioses saben que Uther no necesita en absoluto comportarse como un hombre hambriento frente a un plato de alimento, pues cada noche tiene su fuente atiborrada hasta la saciedad. No hay muchacha en Londres que no intente atraer su atención.

—Lo creo. ¿Se ha peleado con Gorlois? Quiero decir en público.

—No, por lo que he oído. De hecho, Uther es muy cordial con él y se salió con la suya durante la primera semana, más o menos. El viejo se sentía

adulado. Pero, Merlín, eso no parece sólo un juego. Ella es mucho más joven que Gorlois y pasa su vida enjaulada en uno de aquellos fríos castillos de Cornualles sin hacer nada más que contemplar las capas de guerra de su marido y soñar; y puedes estar seguro de que sus sueños no van dirigidos a un hombre viejo de barba gris.

Retiré mi plato; recuerdo que me sentía totalmente desconcertado por lo que estaba haciendo Uther, pero la última frase de Cadal me hizo recordar algo que me llenó de inquietud. Una vez había habido otra muchacha que tampoco tenía nada más que hacer que estar sentada en casa, tejer y soñar...

—De acuerdo, Cadal —dije secamente—. Me alegra saberlo. Sólo espero que podamos salir sanos y salvos de todo eso. En otras ocasiones he visto a Uther enloquecer por una mujer, pero siempre era alguna que estaba a su alcance. Esto es un suicidio.

—Loco, has dicho. Es lo que dicen también los hombres —replicó Cadal lentamente—. Embrujado —me miró de reojo—. Quizás es por eso que ha mandado a Ulfin con tanta urgencia, para estar seguro de que irás a Londres. Quizá quiere que vayas a romper el hechizo.

—Yo no rompo hechizos —dije brevemente—. Los hago.

Me miró durante unos instantes, con la boca prieta para no decir, aparentemente, lo que pensaba. Luego se volvió para traer el jarro de vino y, mientras me servía, vi que hacía la señal con la mano izquierda. Aquella noche no volvimos a hablar.

Capítulo IV

Tan pronto como estuve frente a Uther comprendí que Cadal no se había equivocado. Había serios problemas.

Llegamos a Londres poco antes de la coronación. Era tarde y las puertas de la ciudad estaban cerradas, pero al parecer los guardianes tenían órdenes concretas respecto a nosotros porque, sin mediar palabra, fuimos conducidos directamente al castillo en donde se hallaba el rey. Apenas tuve tiempo de quitarme las ropas manchadas de barro; de inmediato me condujeron a su dormitorio y los criados se retiraron y nos dejaron solos.

Uther ya estaba preparado para acostarse, vestía una larga bata de terciopelo oscuro bordeada con piel. Su gran sillón estaba situado junto a un hogar llameante y, en un taburete, al lado de la silla, había un par de copas y un frasco de plata humeante. Noté el aroma del vino especiado al entrar en la habitación, y mi seca garganta se contrajo, pero el rey no hizo ningún gesto para ofrecerme la bebida. No estaba sentado junto al fuego; se paseaba arriba y abajo de la estancia como una bestia enjaulada y, tras él, paso a paso, le seguía su perro lobo.

Cuando la puerta se cerró tras los criados, Uther me dijo secamente, como ya lo había hecho otra vez:

—Te has tomado tu tiempo, mi querido amigo ¿eh?

—¿Cuatro días? Entonces haberme mandado mejores caballos.

Mi respuesta le hizo retroceder, pues no esperaba que lo hiciera en aquel tono. Luego dijo, más suavemente:

—Eran los mejores de mis establos.

—Pues deberías haber tomado caballos alados si querías que nos diéramos más prisa, mi señor. Y hombres más resistentes. Hemos dejado a dos por el camino.

Pero ya no me escuchaba. Sumido en sus pensamientos, continuaba caminando inquietamente. Le observé: había perdido peso y se movía rápida y ligeramente, como un lobo hambriento. Tenía los ojos hundidos por falta de sueño y hacía gestos que no había visto nunca en él: no podía tener las manos quietas, se las frotaba constantemente a sus espaldas y los huesos de los dedos crujían o rozaban con los bordes de su ropa o con su barba. Se volvió hacia mí súbitamente.

—Necesito tu ayuda.

—Ya me lo imagino.

—¿Lo sabes ya? —saltó.

—No se habla de nada más que del deseo del rey por la mujer de Gorlois —me encogí de hombros—. Y al parecer tú no has hecho nada para ocultarlo. Pero ya ha pasado más de una semana desde que me mandaste a Ulfin, ¿qué ha ocurrido entretanto? ¿Están todavía aquí Gorlois y su mujer?

—Naturalmente que están todavía aquí; no pueden marcharse sin mi permiso.

—Ya entiendo. ¿Habéis hablado Gorlois y tú?

—No.

—Pero él debe saberlo.

—Le pasa lo mismo que a mí. Si alguna vez llegamos a hablar de ello, nada podrá evitarse. Y mañana es la coronación, No puedo hablar con él.

—¿Y con ella?

—No, no. ¡Oh, Dios, Merlín, ni siquiera puedo acercarme a ella. Está guardada como Dánae.

—Así, pues, ¿la tiene vigilada? —fruncí las cejas—. ¿Es una admisión pública de que algo no va bien?

—Sólo sé decirte que sus criados la rodean constantemente; y también sus hombres. No solamente su guardia personal, sino también sus tropas, las que estuvieron con nosotros en el norte. Sólo puedo acercarme a ella en público, Merlín. Ya debes saberlo.

—Sí. ¿Has intentado enviarle algún mensaje privadamente?

—No. Ella también se guarda. Todo el día está con sus mujeres y los criados vigilan las puertas. Y él —hizo una pausa; tenía el rostro cuajado de sudor—, él está con ella cada noche.

Siguió caminando con un revoloteo de su bata de terciopelo. Sus pasos eran blandos y llegó hasta el otro extremo de la habitación, sumida en sombras. Luego volvió, alargó las manos y habló con sencillez, como un muchacho.

—Merlín, ¿qué puedo hacer?

Crucé la chimenea, cogí el jarro y llené las dos copas de vino especiado. Le tendí una y dije:

—Para empezar, ven y siéntate. No puedo hablar con un torbellino. Aquí.

Obedeció, descansando en el gran sillón con la copa entre las manos. Bebí unos sorbos, que me sentaron muy bien y, a mi vez, me senté al otro lado del fuego.

Uther no bebió y me dio la impresión de que apenas se daba cuenta de lo que sostenía en la mano. Miraba fijamente el fuego a través del ligero vapor que salía de su copa.

—Cuando la trajo aquí y me la presentó ya lo adiviné. Dios sabe que al principio pensaba que no era más que una fiebre pasajera, como me había ocurrido en cientos de ocasiones; sólo que esta vez es mil veces más fuerte...

—Una fiebre que pasaba en una noche, en una semana, en un mes. No sé cuánto tiempo te dura una misma mujer, Uther, pero, ¿crees que un reino se debe arruinar por una fiebre de un mes, o de tres meses?

La mirada que me lanzó, azul como el relampagueo de una espada, era la del antiguo Uther que yo recordaba.

—¡Por Hades, Merlín! ¿Por qué crees que te he mandado llamar? Podría haber arruinado mi reino cualquier día de estas semanas pasadas. ¿Por qué crees que todavía no se ha terminado todo tras mi locura? Sí, lo admito, es una locura, pero ya te he dicho que no es como las otras veces, que no se apagará como las otras veces. Es una fiebre que me quema hasta el punto de no dejarme dormir. ¿Cómo puedo gobernar, luchar, discutir con los hombres si no puedo dormir?

—¿Te has llevado alguna muchacha a la cama?

Me miró fijamente, luego bebió unos sorbos.

—¿Estás loco?

—Olvídalo, ha sido una pregunta estúpida. ¿No duermes desde entonces?

—No —dejó la copa a un lado y se apretó las manos—. Es inútil, todo es inútil. Tienes que conseguírmela, Merlín. Tú tienes artes... Por eso te he mandado a buscar. Haz que me ame, traémela mientras duerma... Tú puedes hacerlo.

—¿Hacer que te ame? ¿Con magia? No, Uther, eso es algo que no se puede conseguir con la magia, ya lo sabes.

—Todas las esposas viejas juran que se puede conseguir. Y tú... tú tienes poder sobre todos los hombres vivientes. Has levantado las Piedras Colgantes, has levantado la piedra real y Tremorinus no pudo hacerlo.

—Mis matemáticas son mejores que las suyas, eso es todo. Por el amor de Dios, Uther, sea lo que fuere lo que te haya dicho, tú sabes perfectamente cómo lo hice. No hay nada mágico en ello.

—Hablaste con mi hermano cuando moría. ¿También me vas a negar eso?

—No.

—Entonces, ¿me negarás que juraste servirme cuando te necesitara?

—No.

—Ahora te necesito. Necesito tu poder, sea el que fuere. ¿Te atreves a decirme que no eres un mago?

—No soy un mago de los que atraviesan paredes —dije— y hacen pasar cuerpos a través de las puertas cerradas —hizo un súbito movimiento y sus ojos brillaron enfebrecidos, pero no con cólera, sino con temor. Añadí entonces—: Pero no me he negado a ayudarte.

—¿Me ayudarás? —su mirada se tranquilizó.

—Sí, te ayudaré. La última vez que nos vimos ya te dije que llegaría el momento en que tendríamos que actuar juntos. Este es el momento. Todavía no sé lo que haremos, pero lo sabré, lo sabré cuando el dios lo desee. Pero esta noche puedo hacer algo por ti; puedo hacerte dormir. No, cállate y

escucha... Si tienen que coronarte mañana y dejarte la Gran Bretaña en tus manos, esta noche debes hacer lo que te diré: te daré una bebida que te hará dormir y llévate una muchacha a la cama como de costumbre. Será mejor que alguien más que tu criado pueda jurar que has estado en tu dormitorio.

—¿Por qué? ¿Qué piensas hacer? —su voz sonaba con extrañeza.

—Voy a intentar hablar con Ygraine.

Se inclinó y sus manos se agarraron a los brazos de la silla.

—Sí, háblale. Quizá puedas llegar hasta ella como yo no he podido. Dile...

—Un momento. Hace unos momentos me has dicho que hiciera que te amara. Quieres que invoque mi poder para traértela. Si tú no le has hablado nunca de tu amor, si no la has visto nunca a solas, ¿cómo puedes saber si ella te desea, aun en el caso de que estuviera libre? ¿Tiene ella su pensamiento puesto en ti, nuestro rey?

—No. Ella no dice nada. Sonríe, con los ojos fijos en el suelo, y no dice nada. Pero lo sé, lo sé. Es como si todas las otras veces hubiera cantado el amor con una sola nota. Reunidas todas las notas, sale la canción. Ella es la canción.

Se hizo un silencio. Tras él, en un rincón de la habitación, estaba la cama con el cobertor retirado, a punto para acostarse. Encima de la cama, colgado en el muro, un gran dragón de oro rojo, cuya sombra, a la luz del fuego, se movía y extendía sus garras.

Uther dijo súbitamente:

—La última vez que hablamos, en el centro de las Piedras Colgantes, me dijiste que no deseabas nada de mí. Pero, por todos los dioses, Merlín, si ahora me ayudas, si me la traes y

puedo tenerla con seguridad, puedes pedirme todo lo que desees, que te será concedido; te lo juro.

Sacudí la cabeza y no repliqué. Creo que se dio cuenta de que ya no estaba pensando en él; que otras fuerzas se apresuraban dentro de mí y se amontonaban en la habitación iluminada por el fuego. El dragón llameaba, temblaba en la oscura pared. De su sombra surgió otro, emergió y las llamas se unieron. Algo me golpeó en los ojos y me produjo un dolor como de garra. Los cerré y continuó el silencio. Cuando los abrí de nuevo, el fuego ya se había apagado y la pared estaba oscura. Dirigí la mirada hacia el rey, inmóvil en su silla, observándome. Le dije lentamente:

—Ahora quiero pedirte una cosa.

—Sí.

—Cuando te la traiga sin peligro, tenéis que engendrar un hijo.

Era evidente que no esperaba aquello. Me miró fijamente y luego, de repente, se echó a reír.

—¿Eso también es cesa del dios?

—Sí, es cosa del dios.

Se arrellanó en su silla, como si le hubiera quitado un gran peso de encima.

—Si puedo estar con ella, Merlín, te prometo que lo haré. Y ahora no me mandes nada más, esta noche tengo que dormir.

Me levanté.

—Entonces voy a preparar la bebida y te la mandaré.

—¿Y luego irás a vería?

—Luego la veré. Buenas noches.

Ulfin estaba medio dormido, apoyado contra la pared al otro lado de la puerta. Parpadeó al verme salir.

—¿Tengo que entrar? —me preguntó.

—Dentro de un minuto. Primero ven a mi habitación y te daré una bebida para él. Que se la tome; así podrá dormir esta noche. Mañana será un día muy largo.

En un rincón había una muchacha dormida, envuelta en una manta azul y tumbada en un montón de almohadas. Al pasar junto a ella vi la curva de un hombro desnudo y una mecha de pelo rubio. Parecía muy joven.

Levanté las cejas a Ulfin y él asintió, luego echó la cabeza hacia la puerta cerrada con una mirada inquisitiva.

—Sí —dije—, pero más tarde. Cuando le traigas la bebida. Ahora déjala dormir. Parece que tú también podrás, Ulfin.

—Si él duerme, sí —me hizo una mueca—. Hazla fuerte, señor, y que sepa bien.

—Oh, se la beberá, no temas.

—No pensaba en él —dijo Ulfin—, pensaba en mí.

—¿En ti? Ah, ya entiendo, ¿tendrás que probarla antes?

Asintió.

—¿Y tienes que probarlo todo? ¿Sus comidas? ¿Incluso las pociones de amor?

—¿Las pociones de amor? ¿Para él? —me miró con la boca abierta, luego rió—. ¡Oh, estás bromeando!

—Deseaba verte reír —sonreí—. Ya hemos llegado. Espera, no tardaré ni un minuto.

Cadal me esperaba junto al fuego de mi habitación. Era una estancia agradable, situada en la curva de la torre; Cadal había hecho un fuego, sobre el cual humeaba una gran caldera de agua. Había encontrado una bata de lana para mí y la había dejado a punto sobre la cama.

Encima de un cofre que había junto a la ventana, un montón de vestidos, una túnica dorada y una capa escarlata con pieles.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras me sentaba para que me sacara los zapatos.

—El rey lo ha mandado para que te lo pongas mañana, mi señor — Cadal, con un ojo fijo en el muchacho que preparaba el baño, se comportaba formulariamente. Noté que las manos del muchacho temblaban imperceptiblemente y salpicaba el suelo con el agua. Tan pronto como hubo terminado, obedeciendo a una señal de Cadal, se marchó apresuradamente.

—¿Qué le ocurre a ese muchacho?

—No se prepara cada noche un baño para un hechicero.

—Por el amor de Dios. ¿Qué le has contado?

—Sólo le he dicho que lo convertirías en murciélago si no te servía bien.

—Estás loco. No, espera un momento; antes tráeme mi caja. Ulfin espera afuera, tengo que darle una bebida. Cadal me obedeció.

—¿Qué le sucede? ¿Le duele todavía la muñeca? —No es para él, es para el rey.

No hizo ningún comentario, pero cuando preparé la bebida y Ulfin se marchó, mientras me desvestía para bañarme, preguntó:

—¿Está tan mal como dicen?

—Peor —y le expliqué brevemente mi conversación con el rey.

Me escuchó frunciendo las cejas y preguntó:

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Encontrar algún sistema de ver a la señora. No, no me des la bata; no todavía, por desgracia. Dame una túnica limpia... que sea oscura.

—¿No pretenderás ir esta noche? Ya es más de medianoche.

—No iré a ninguna parte. Quienquiera que sea, vendrá aquí.

—Pero Gorlois debe estar con ella...

—Ya basta, Cadal. Quiero pensar. Déjame. Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró, me senté en la silla, junto al fuego. No era cierto que quisiera pensar. Todo lo que necesitaba era silencio y el fuego. Poco a poco fui vaciando mi mente; me sentía como un vaso de arena que hubiera quedado hueco y luminoso. Esperé con las manos abiertas, vacías, apoyadas sobre la ropa gris. Todo estaba silencioso. Desde un rincón de la habitación se oyó el seco crujido de la madera. El fuego ondeó. Lo observé, pero esta vez con indiferencia, como miran los hombres las llamas, para sentirse confortados en una noche fría. No necesitaba soñar. Me sentía ligero como una hoja muerta en la lluvia que caía para ir a encontrarse con el mar.

Súbitamente se oyeron voces afuera. Un rápido golpe en la puerta y Cadal entró, cerrándola tras él. Parecía cauteloso y un poco aprensivo.

—¿Gorlois? —pregunté.

Tragó saliva y asintió.

—Bueno, hazle entrar.

—Ha preguntado si habías visto al rey. Yo le he contestado que hace apenas un par de horas que hemos llegado y que no has tenido tiempo de ver a nadie. ¿He hecho bien?

—Muy bien —sonreí—. Hazle entrar.

Gorlois entró rápidamente y yo me levanté para saludarle. En él había el mismo cambio que había visto en Uther. Su apariencia fuerte había desaparecido y por primera vez se notaba que era un hombre viejo. Rechazó la ceremonia de salutación y preguntó:

—¿Todavía no te has acostado? Me han dicho que acabas de llegar.

—Justo a tiempo para la coronación, pero después de todo podré asistir igualmente a la ceremonia. ¿Quieres sentarte?

—No, gracias. Vengo a pedirte ayuda, Merlín. Es mi mujer

—los ojos grises me escudriñaron por debajo de las cejas—. Nadie puede saber lo que estás pensando, pero estoy seguro de que lo has oído todo, ¿no?

—Son habladurías —dije cuidadosamente—, habladurías que siempre siguen a Uther. Pero no he oído a nadie decir una palabra contra tu esposa.

—Tanto mejor para ellos. De todos modos, no he venido por eso. No puedes hacer nada contra las habladurías, aunque eres la única persona que puede hablar con el rey e intentar que sea más juicioso. Supongo que ya no le verás hasta después de la coronación, pero si pudieras conseguir que nos dejara marchar a Cornualles sin esperar que terminen los festejos... ¿Querrás hacerlo por mí?

—Si puedo.

—Sé que puedo contar contigo. Tal como están las cosas, es difícil saber quién es tu amigo. Uther no es un hombre al que se pueda contrariar, pero tú sí puedes hacerlo y, lo que es más, te atreves a hacerlo. Eres el hijo de su hermano y, para mí, un viejo amigo muy querido...

—Ya te he dicho que lo intentaré.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

—No es nada, estoy fatigado. Hemos cabalgado sin descanso. Mañana iré a ver al rey muy temprano, antes de que se levante para la coronación.

Se inclinó levemente para agradecérmelo y prosiguió:

—No he venido sólo por eso. ¿Quieres venir y ver a mi esposa esta noche?

Hubo una pausa tan silenciosa y tan prolongada que temí que recelara. Luego contesté:

—Si así lo deseas..., pero, ¿por qué?

—Está enferma y quisiera que la vieras. Cuando sus damas le han dicho que estabas aquí, me ha suplicado que te llevara ante ella. Te lo aseguro, me he alegrado mucho al saber que habías venido. No hay ningún hombre en el que pueda confiar, ahora. Esa es la verdad. Pero en ti sí puedo.

A mis espaldas crepitó un leño y cayó en el centro del fuego. Las llamas se elevaron e iluminaron su rostro de rojo, como sangre.

—¿Vendrás? —preguntó el anciano.

—Naturalmente, ahora mismo.

Capítulo V

Uther no había exagerado al decir que lady Ygraine estaba bien guardada. Ella y su señor estaban instalados en un patio, a alguna distancia de las habitaciones del rey; el patio estaba lleno de hombres de Cornualles y de armas. También en la antecámara había hombres armados y en el dormitorio una media docena de mujeres.

Al entrar, una mujer de pelo cano con mirada ansiosa se apresuró hacia nosotros con gran alivio.

—Príncipe Merlín —se arrodilló, observándome con temor, y luego me condujo hasta la cama.

La habitación estaba caldeada y perfumada. Las lámparas quemaban aceite perfumado y el fuego era de madera de manzano. La cama se hallaba en el centro de la pared opuesta al hogar. Las almohadas eran de seda gris, con borlas doradas, y el cobertor estaba ricamente trabajado con flores, extrañas bestias y criaturas aladas. La otra única habitación de mujer que había visto era la de mi madre, con la sencilla cama de madera y el cofre de madera de roble tallada, el telar y los rotos mosaicos del suelo.

Me adelanté y me coloqué a los pies de la cama, observando a la esposa de Gorlois.

Si me hubieran preguntado entonces mi opinión acerca de ella no habría sabido darla. Cadal me había dicho que era hermosa y había visto el ansia en el rostro del rey, por lo que comprendí que era deseable; pero ahora que me hallaba envuelto en el aire perfumado de la habitación, mirando a la mujer que yacía con los ojos cerrados entre almohadas de seda gris, no era la mujer lo que yo veía. Tampoco veía la habitación ni la gente que había en ella. Sólo veía el centelleo de la luz como en un globo de cristal.

Hablé sin quitar la mirada de la mujer echada en la cama:

—Que una de las mujeres se quede aquí y que las demás salgan. Tú también, mi señor.

Salió sin demorarse, empujando a las mujeres delante de sí, como un rebaño de corderos. La mujer que me había saludado se quedó junto a la cama de su señora. Cuando la puerta se cerró tras los demás, la mujer de la cama abrió los ojos. Durante unos instantes nuestras miradas se encontraron. Finalmente dije:

—¿Qué quieres de mí. Ygraine?

—Te he mandado llamar, príncipe, porque deseo tu ayuda

—contestó crispadamente y sin disimulo.

—En el asunto del rey —afirmé.

—Así, ¿ya lo sabes? —preguntó directamente—. Cuando mi esposo te ha traído aquí, ¿había adivinado que no estaba 'enferma?

—Yo lo había adivinado.

—Entonces, ¿también puedes adivinar lo que deseo de ti?

—No completamente. Dime: ¿no habrías podido hablar con el rey antes de ahora? Podrías haberle ahorrado muchas preocupaciones, a tu esposo también.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Cómo puedo hablar con el rey? ¿Has venido por el patio?

—Sí.

—Entonces debes haber visto a la gente de mi esposo y a los hombres armados. ¿Qué supones que hubiera ocurrido si hubiera hablado con Uther? No puedo contestarle abiertamente y, si me encuentro con él en secreto, en el caso de que pudiera hacerlo, medio Londres lo sabría antes de media hora. Naturalmente, no he podido hablarle ni enviarle ningún mensaje. La única protección es el silencio.

—Si el mensaje es sencillamente que eres una esposa verdadera y fiel, que no debe poner sus ojos en ti, puede llegarle en cualquier momento y por medio de cualquier mensajero —dije lentamente.

Sonrió y luego inclinó la cabeza. Yo respiré profundamente.

—Eso era lo que quería saber —proseguí—. Eres una mujer honesta, Ygraine.

—¿De qué me serviría mentirte? He oído hablar de ti. Oh, ya sé que es mejor no creer todo lo que dicen en las canciones y en las historias, pero sé que eres inteligente, frío y sabio; que no amas a ninguna mujer y que no dependes de ningún hombre. Por lo tanto, puedes escucharme y juzgar —se miró las manos, tendidas sobre el cobertor, y de nuevo volvió la vista hacia mí—. Pero también creo que puedes ver el futuro y deseo que me digas cuál es el mío.

—No digo la fortuna como las viejas. ¿Es por eso que me has hecho venir?

—Ya sabes por qué te he mandado llamar. Eres el, único hombre con el que puedo hablar a solas sin levantar la cólera y las sospechas de mi marido... Y el rey te escucha —a pesar de que sólo era una mujer, una mujer joven tendida en su cama, parecía como si fuera una reina concediendo audiencia. Me miró francamente y preguntó—: ¿Has hablado ya con el rey?

—No ha sido necesario, todo el mundo sabe qué pena le aflige.

—¿Y le dirás lo que has sabido de mí?

—Eso dependerá.

—¿De qué? —preguntó.

—De ti misma —dije lentamente—. Hasta ahora has sido muy prudente. Si no hubieras sido tan recatada en tus modales y en tu manera de hablar, habría habido dificultades, incluso podría haberse desencadenado una guerra. Ya sé que no has permitido que te dejaran sola o sin guardia ni

un solo momento y siempre has tenido cuidado de estar donde pudiera verte todo el mundo.

—Naturalmente —me miró con las cejas levantadas.

—Muchas mujeres, sobre todo si desean lo que tú deseas, no serían capaces de hacer lo que tú has hecho, lady Ygraine.

—Yo no soy muchas mujeres —las palabras fueron como un relámpago.

Súbitamente, se sentó, sacudiendo hacia atrás su pelo oscuro, y retiró el cobertor. La vieja cogió una larga bata y se apresuró a entregársela. Ygraine se envolvió en ella, cubriéndose la blanca camisa de dormir, y saltó de la cama; caminó inquieta hacia la ventana.

Vista de pie, era una mujer alta, con un aspecto que podía conmover a hombres más austeros que Uther. Su cuello era largo y suave, la cabeza graciosa. Tenía los ojos azules, no los orgullosos ojos azules de Uther, sino los profundos ojos de los celtas. Su boca era arrogante. Era muy bella y no un juguete para hombres. Si Uther la deseaba, tendría que hacerla reina.

Se detuvo antes de llegar a la ventana. Si se acercaba más a ella podría ser vista desde el patio. No, no era una mujer que perdiera la cabeza. Se volvió hacia mí.

—Soy la hija de un rey y vengo de una estirpe de reyes. ¿No comprendes que he sido educada incluso para pensar así como pienso ahora? —repitió apasionadamente—. ¿No lo comprendes? Me desposaron a los dieciséis años con el señor de Cornualles; es un buen hombre, le honro y lo respeto. Hasta que vine a Londres estaba medio contenta de helarme y morir en Cornualles, pero me ha traído aquí y ha ocurrido. Ahora sé lo que deseo, pero me está prohibido, está vedado a la esposa de Gorlois de Cornualles. ¿Qué más puedo hacer?

Solamente esperar aquí, en silencio, porque de mi silencio depende no sólo mi propio honor, sino también el de mi esposo y el de mi casa, la seguridad del reino por el que murió Ambrosius y que Uther ha confirmado con sangre y fuego —se alejó unos pasos y volvió—. No soy tan despreciable como Helena para permitir que dos hombres luchen por mí, mueran y destruyan sus reinos por mí. No espero encima de las murallas con un premio para el vencedor. No puedo deshonrar a Gorlois y al rey ante los demás hombres. Y no puedo ir a Uther en secreto y deshonrarme a mis propios ojos. Soy una mujer locamente enamorada, sí, pero también soy Ygraine de Cornualles.

—Así pues, ¿piensas esperar hasta que puedas estar con él sin perder el honor, como su reina? —dije fríamente.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—¿Este es el mensaje que tengo que transmitirle? —no contestó—. ¿O me has traído hasta aquí para que te lea el futuro, para que te diga el final de la vida de tu esposo? —siguió sin contestar—. Ygraine, ambas cosas vienen a ser lo mismo. Si digo a Uther que le amas y lo deseas, pero que no

irás a él mientras tu esposo viva, ¿cuánto tiempo de vida profetizarías tú para Gorlois?

Permaneció en silencio. La ofrenda del silencio, pensé. Me hallaba de pie entre ella y el fuego. Observaba cómo la luz la envolvía, se elevaba por la ropa blanca y azul, luz y sombras ondeaban como el agua de un río o como un campo de hierba bajo el viento. Una llama trepó y mi sombra se elevó por encima de ella, creció y, a su vez, trepó también hasta encontrarse con la suya en la pared, hasta formar, no un dragón de oro o escarlata, no un dragón de fuego con la cola ardiente, sino una gran nube de aire y tinieblas producida por las llamas, ondeando cuando éstas lo hacían, y, finalmente, convirtiéndose solamente en su sombra, la sombra de una mujer, ligera y delgada como una espada. Y donde yo estaba ya no había nada.

Se movió y la luz de la lámpara llenó de nuevo la habitación, cálida y real, aromatizada con leña de manzano. Me estaba mirando con una nueva expresión en su rostro. Finalmente habló, con un hilo de voz:

—Te he dicho que no podía ocultarte nada. Tú has puesto palabras a mis pensamientos. Pero esperaba que, sabiéndolo tú, podría sentirme absuelta, y conmigo el rey.

—Cuando los pensamientos más oscuros se convierten en palabras, ya dejan de ser oscuros. Tus deseos son más intenséis que los de ninguna otra mujer y el rey te desea como no lo ha hecho nunca antes —hice una pausa; la habitación estaba tranquila; las palabras salían claras de mi boca, sin pensarlas—. Si quieres, te diré cómo puedes obtener su amor sin deshonrarte a ti ni deshonrarlo a él; ni a tu esposo. Si te lo digo, ¿querrás ir con él?

Sus ojos se ensancharon con un relámpago de luz mientras yo iba hablando. Pero incluso entonces reflexionó antes de contestar.

—Sí —pero su voz no me dijo nada.

—Si me obedeces, puedo hacerlo por ti.

—Dime qué tengo que hacer.

—Así, pues, ¿tengo tu promesa?

—Vas demasiado deprisa —dijo secamente—. ¿Acaso tú haces apuestas antes de saber qué prenda tendrás que soltar?

—No —sonreí—. Muy bien, entonces escúchame. Cuando has aparentado sentirte enferma para que yo viniera, ¿qué les has dicho a tu esposo y a tus damas?

—Sólo que me sentía débil y mareada y que no quería estar acompañada. Que si tenía que ir mañana con mi esposo a la coronación, era necesario que me viera un doctor y me diera alguna medicina —sonrió entre dientes—. A la vez, me preparaba para no tener que sentarme junto al rey en los festejos.

—Muy bien. Ahora vas a decir a Gorlois que estás preñada.

—¿Que estoy preñada? —por primera vez parecía realmente sorprendida. Me miró fijamente.

—¿Es posible? Es un hombre viejo, pero había pensado...

—Es posible, pero yo... —cerró la boca. Al cabo de un momento dijo calmosamente—: Sigue. Te he pedido un consejo; por lo tanto, debo dejar que me lo des.

Por primera vez estaba frente a una mujer con la que no tenía que buscar las palabras, a la que podía hablar como lo hacía con otro hombre.

—Tu esposo no puede sospechar en absoluto que puedes estar encinta de otro hombre que no sea él. Por lo tanto, se lo dirás; también le dirás que temes por la salud del niño si te quedas más tiempo en Londres, con todos esos chismorrees y con las atenciones del rey. Dile que deseas marcharte tan pronto como haya terminado la ceremonia de la coronación, que no quieres esperar a los festejos para ser distinguida por el rey y resultar el centro de todas las miradas y de todas las habladurías. Mañana te irás con Gorlois y sus tropas, antes de que se cierren las puertas al atardecer. Uther no lo sabrá hasta después.

—Pero... —me escudriñó de nuevo—, esto es una locura. Podríamos haber marchado cualquier día de estas pasadas semanas si hubiéramos querido arriesgarnos a encolerizar a Uther. Estamos obligados a permanecer aquí hasta que él nos permita marchar y, si nos vamos de esta manera, sea cual fuere el motivo de nuestra marcha...

—Uther no podrá hacer nada el día de su coronación —la interrumpí—. Tienes que quedarte aquí durante los días que duren los festejos. ¿Crees que puede ofender a Budec, a Merrovius y a los otros reyes que se han reunido aquí? Habrás llegado a Cornualles antes de que él pueda moverse.

—Y entonces se moverá —hizo un gesto de impaciencia—, y habrá guerra cuando lo que necesita no es romper y quemar, sino arreglar y solucionar. Y no puede ganar: si obtiene la victoria en el campo, pierde la lealtad del oeste. Pierda o gane, la Gran Bretaña se dividirá y volverá a sumirse en las tinieblas.

Sí, aquella mujer tenía temple de reina. Ardía tanto por Uther como éste por ella, pero todavía podía reflexionar. Era más inteligente que Uther, tenía las ideas más claras y, pensé, más fuertes también.

—Oh, sí, se moverá —levanté una mano—. Pero, escúchame: Yo hablaré con el rey antes de la coronación. Sabrá que la historia que tú cuentes a Gorlois es una mentira. Sabrá que he sido yo quien te he aconsejado que fueras a Cornualles. Fingirá encolerizarse y jurará en público vengarse por la ofensa que Gorlois le ha hecho en su coronación... y se preparará para seguirte hasta Cornualles tan pronto como hayan terminado los festejos...

—Pero mientras tanto nuestras tropas ya habrán salido sin dificultades de Londres. Sí, ya entiendo. No te había comprendido. Sigue —se ocultó las manos en las mangas de su bata y cruzó sus brazos sobre el pecho. No era tan fría como aparentaba—. ¿Y luego?

—Y tú estarás sana y salva en casa —dije—, con tu honor y el de Cornualles intactos.

—A salvo, sí. Estaré en Tintagel y ni siquiera Uther podrá llegar hasta mí. ¿Has visto aquella fortaleza, Merlín? Los acantilados de aquella costa son altos, escarpados y para llegar a ellos sólo hay un débil puente de roca que es el único camino para llegar al castillo. El puente es tan estrecho que sólo puede pasar un hombre tras otro, ni siquiera un caballo. Y, al otro extremo, el puente está guardado por una fortaleza que se yergue en el acantilado mayor; dentro del castillo hay agua y alimento para un año. Es la plaza más fuerte de Cornualles. No puede ser tomada por tierra ni por mar. Si quieres alejarme para siempre de Uther, ése es el lugar idóneo.

—Ya lo sé. Por consiguiente, allí será donde te mandará Gorlois. Si Uther te sigue, señora, ¿se contentará Gorlois con esperar dentro de la fortaleza contigo durante un año como un animal en una trampa? Y sus tropas, ¿podrán permanecer encerradas con él?

—Si no puede ser tomada, tampoco sirve como base. Lo único que se puede hacer es perseverar en el asedio.

—Entonces tienes que persuadirle de que mientras él espera dentro de la fortaleza, las tropas del rey asuelan Cornualles; entonces él mismo saldrá a luchar.

Se apretó las manos.

—Lo hará. No podrá esperar escondido mientras Cornualles sufre. Pero no entiendo tu plan, Merlín. Si lo que intentas es salvar a tu rey y a su reino de mí, dilo. Puedo aparentar estar enferma hasta que Uther decida que puede dejarme marchar y así podremos irnos sin ofender y sin derramar sangre.

—Has dicho que me escucharías —dije secamente.

—Estoy escuchando —se tranquilizó de nuevo.

—Gorlois te encerrará en Tintagel. ¿Dónde irá a enfrentarse con Uther?

—En Dimilioc. Está a unas cuantas millas de Tintagel, costa arriba. Es una buena fortaleza y un buen lugar para luchar. Pero, ¿y luego? ¿Crees que Gorlois no luchará? —cruzó delante de la chimenea y se sentó; vi que aquietaba sus manos deliberadamente, extendiendo los dedos sobre sus rodillas—. ¿Y crees que el rey vendrá a Tintagel, esté o no esté Gorlois conmigo?

—Si haces lo que te he dicho, tú y el rey podréis estar juntos con toda tranquilidad. No —le dije cuando levantó la cabeza vivamente—, eso tienes que dejármelo a mí. Aquí es donde empieza mi magia. Confíame todo lo demás. Tú sólo tienes que estar en Tintagel y esperar. Yo te llevaré a Uther allí. Y te prometo que el rey no dará batalla a Gorlois y que después de que hayas estado con Uther, Cornualles quedará en paz. Te aseguro por Dios que será así. Sólo puedo decirte lo que sé: todo mi poder me viene de Dios y dependemos de él para hacer o destruir. Pero también puedo decirte,

Ygraine, que he visto arder un gran fuego con una corona en él y una espada sobre un altar, como una cruz.

Se levantó precipitadamente y, por primera vez, vi miedo en sus ojos. Abrió la boca como si fuera a hablar, luego apretó los labios y se volvió hacia la ventana. De nuevo se detuvo, pero vi que levantaba la cabeza como si buscara aire. Deseaba sentirse alada. Si había pasado su juventud encerrada en Tintagel, no era extraño que quisiera volar.

Levantó las manos y se retiró el pelo de la frente. Habló de cara a la ventana, sin mirarme.

—Lo haré. Si le digo que espero un hijo, me llevará a Tintagel. Es el lugar en donde todos los duques de Cornualles han nacido. Y después, tengo que confiar en ti —se volvió y me miró, dejando caer las manos—. Si puedo llegar a hablar con él..., aunque sólo sea hablar... Pero si provocas sangre en Cornualles por mi culpa, o mi esposo muere, ocuparé el resto de mi vida en rezar a todos los dioses para que también tú, Merlín, mueras traicionado por una mujer.

—Me complacerá afrontar tus plegarias. Y ahora tengo que irme. ¿Puede venir alguien conmigo? Voy a preparar una bebida para ti y te la mandaré. Sólo será adormidera; puedes tomarla sin miedo.

—Puede venir Ralf, mi paje. Lo encontrarás fuera, junto a la puerta. Es el nieto de Marcia, puedes confiar en él como yo confío en ella —dijo, e hizo una señal a la mujer, que se adelantó para abrirme la puerta.

—Entonces, cualquier mensaje que tenga que enviarte, lo haré por su mediación y por la de mi criado Cadal. Y ahora, buenas noches.

Cuando la dejé estaba de pie en el centro de la habitación, con la luz del fuego que la envolvía.

Capítulo VI

Tuvimos un turbulento viaje hasta Cornualles.

Aquel año la Pascua había caído más pronto que nunca, por lo que apenas habíamos salido del invierno cuando, en una negra y salvaje noche, detuvimos nuestros caballos en la cima del acantilado, cerca de Tintagel, sacudidos por el viento. Sólo íbamos cuatro, Uther, yo, Ulfin y Cadal. Hasta el momento, todo había salido como habíamos planeado y seguiría hasta la medianoche del veinticuatro de marzo.

Ygraine me había obedecido al pie de la letra. Yo no me había atrevido aquella noche en Londres, a ir directamente de sus habitaciones a la de Uther, para que no llegara a oídos de Gorlois, y, en todo caso, Uther estaría durmiendo. Lo visité a la mañana siguiente, temprano, mientras se bañaba y se arreglaba para la coronación. Mandó salir a los criados, excepto a Ulfin, y pude explicarle exactamente lo que tenía que hacer. Tenía mejor aspecto después de haber dormido, me saludó bastante alegremente y escuchó, con los ojos sin cólera.

—¿Y ella hará lo que le has dicho?

—Sí, tengo su palabra. ¿Y tú?

—Ya sabes que sí —me miró con franqueza—. Y ahora, ¿quieres explicarme el resultado de todo ello?

—Ya te lo dije: un niño.

—Ah, eso —se encogió de hombros con impaciencia—. Eres como mi hermano: no pensaba en otra cosa... ¿Todavía trabajas para él?

—Puedes decir lo que quieras.

—Bien, supongo que debo tener uno tarde o temprano. ¿Qué pasará con Gorlois? Supongo que debe ser arriesgado...

—Nada se consigue sin riesgo. Tienes que hacer lo mismo que yo, debes confiar en el tiempo. Pero ya ahora puedo decirte que tu nombre y tu reino sobrevivirán a aquella noche.

Se hizo un corto silencio. Me midió con su mirada.

—Supongo que esto ya es bastante para mí. Me alegro.

—Haces bien. Sobrevivirás a Gorlois,. Uther.

Súbitamente, se echó a reír.

—¡Por el amor de Dios, hombre, eso podría haberlo profetizado yo también! Puedo darle treinta años de vida y no se quedará en casa cuando llegue la guerra. Lo cual es una buena razón para que me niegue a manchar mis manos con su sangre...

Luego se volvió hacia Ulfin y empezó a dar órdenes. De nuevo volvía a ser el Uther de antes, seco, conciso, claro. Un mensajero tenía que ir inmediatamente a Caerleon y, desde allí, se mandarían tropas hacia el norte

de Cornualles. El propio Uther iría allí directamente desde Londres tan pronto como pudiera, cabalgando rápidamente con una pequeña guardia personal, y se reuniría con sus tropas. De esta manera, el rey podría pisar los talones de Gorlois, aun cuando éste partiera aquel mismo día; y él podría festejar a sus pares durante cuatro días más. Otro hombre iría inmediatamente a lo largo de nuestra ruta de Cornualles para preparar buenos caballos en cada etapa.

Así, todo ocurrió como habíamos planeado. Vi a Ygraine en la coronación, compuesta, erguida, con los ojos bajos y tan pálida que si no la hubiera visto la noche anterior, yo mismo hubiera creído que su historia era cierta. Nunca dejaría de sorprenderme ante las mujeres. Incluso con mi poder, no me era posible leer sus pensamientos. Tanto duquesas como prostitutas, no necesitaban estudiar para ser engañosas. Supongo que les ocurre lo mismo que a los esclavos, que viven atemorizados, o como aquellos animales que se disfrazan instintivamente para salvar sus vidas. Estuvo sentada durante toda la larga y brillante ceremonia, blanca como la cera, que en cualquier momento puede derretirse; luego me encontré con sus ojos cuando, ayudada por sus mujeres, se separaba de la muchedumbre que con brillante pompa se dirigía lentamente al salón del festín. Hacia la mitad de la fiesta, cuando el vino había corrido hasta la saciedad, vi que Gorlois salía sigilosamente del salón con uno o dos de sus hombres, que iban a responder a la llamada de la naturaleza. Pero él no volvió.

Uther, uno de los que conocía la verdad, no había sido tan convincente como Ygraine, pero entre el cansancio y el vino, y con la exaltación a que llegaba, empezaba a parecer natural. Los hombres empezaron a hablar entre ellos en voz baja de la cólera de Uther cuando descubriera la ausencia de Gorlois y sus airados juramentos de venganza tan pronto como sus reales invitados se hubieran ido. Si aquella cólera y sus fieras amenazas contra Gorlois, cuya única falta era la de haber protegido a su propia esposa, podían parecer exageradas, el rey había sido lo suficientemente temperamental con anterioridad para que su reacción resultara normal en él. Y tan brillante era ahora la estrella de Uther, tan deslumbrante la luz del jefe guerrero coronado, que Londres le perdonaría aquella pública violencia. Menos fácilmente perdonarían a Ygraine por haberle rechazado.

Así, pues, llegamos a Cornualles. El mensajero había cumplído bien con su trabajo y nuestra cabalgada, en rápidas y cortas etapas de no más de veinte millas, nos llevó dos días y dos noches. Encontramos a nuestras tropas acampadas en el lugar seleccionado —a unas pocas millas del Puente de Hércules, junto a las fronteras de Cornualles— con la noticia de que Ygraine se dirigía rápidamente a Tintagel con un pequeño grupo de hombres escogidos, mientras que su esposo, con el resto de las tropas, había descendido hasta Dimilioc y había hecho una llamada a los hombres de Cornualles para que se reunieran a defender a su duque. Debía conocer la presencia de las tropas del rey junto a sus fronteras, pero no había duda de que esperaría a que el rey diera los primeros pasos; pero todavía no tenía idea de que el rey ya había llegado.

Caminamos secretamente por el campamento al anochecer y nos dirigimos no al alojamiento del rey sino al de un capitán en el que se podía confiar. Cadal ya estaba allí, pues se nos había adelantado para preparar los disfraces que teníamos que usar; teníamos que esperar a que nos llegara el mensaje de Ralf desde Tintagel, cuando fuera el momento oportuno.

Mi plan era bastante sencillo, con aquella clase de sencillez que a menudo triunfa; me favorecía la costumbre de Gorlois. desde que se había casado, de cabalgar desde donde estuviera —desde Dimilioc o sus otras fortalezas— para visitar a su esposa por la noche. Supongo que se habían hecho muchas bromas acerca de aquella debilidad del hombre y éste había tomado por costumbre (Ralf me lo había dicho) cabalgar en secreto y utilizar una puerta privada, un paso oculto cuyo acceso era difícil a menos que se conociera el camino. Mi plan era disfrazar a Uther, Ulfin y yo mismo para pasar, en el caso de que fuéramos vistos, por Gorlois y sus criados; y así, dirigirnos a Tintagel por la noche. Ralf nos esperaría en el paso y nos guiaría por el sendero secreto. Ygraine había persuadido a Gorlois —aquel hubiera sido el mayor peligro— de que no la visitara aquella noche, y despediría a todas sus mujeres excepto a Marcia. Ralf y Cadal habían arreglado entre ellos los vestidos que debíamos usar: los cornualleses habían partido tan rápidamente de Londres que se habían dejado parte de su equipaje; había sido muy sencillo encontrar ropas de montar con el blasón de Cornualles e incluso de las capas de guerra de Gorlois, con el doble borde plateado.

El último mensaje de Ralf había sido tranquilizador: había llegado la hora, la noche era lo suficientemente oscura como para ocultarnos, y bastante tormentosa como para que la mayoría de los hombres estuvieran puertas adentro. Estábamos a punto de que fuera noche cerrada, y los cuatro nos deslizamos fuera del campamento sin ser vistos. Una vez fuera, galopamos hacia Tintagel y sólo un ojo extremadamente perspicaz podría haber dicho que no se trataba del duque de Cornualles que, con sus tres acompañantes, se dirigía rápidamente a visitar a su esposa. La barba de Uther había sido pintada de gris. Llevaba la cara vendada, con la boca cubierta para que fuera plausible su voz extraña, en el caso de que se viera obligado a hablar. La capucha de su capa le cubría el rostro, como era natural en una noche como aquélla, y le ensombrecía los rasgos. Era más tieso y menos fornido que Gorlois, pero aquello era fácil de disimular y, además, llevaba guantes para ocultar que sus manos no eran las de un hombre viejo.

Ulfin pasaba bien por Jordán, un criado de Gorlois que habíamos elegido porque era el que se asemejaba más en complexión, y color a Ulfin. Yo llevaba los vestidos de Brithael, el amigo y capitán de Gorlois: era un hombre más viejo que yo, pero su voz no diferia mucho de la mía y yo sabía hablar bien el cornuallés. Siempre había sabido imitar voces y sería necesario, porque alguien tendría que hablar. Cadal no iba disfrazado; nos esperaría con los caballos afuera y sería nuestro mensajero si necesitábamos alguno. Me acerqué al rey y le hablé al oído.

—El castillo está apenas a una milla de aquí. Ahora bajaremos hasta la costa. Ralf estará allí para enseñarnos el camino. Asintió. Incluso en

aquella oscuridad impenetrable, me pareció ver el destello de sus ojos. Añadí:

—Y no pongas esa cara, o nadie va a creer que seas Gorlois, con tantos años de esposa a tus espaldas.

Le oí reír y luego espoleé mi caballo; descendí cuidadosamente el declive lleno de madrigueras hasta llegar al valle que conducía directamente a la costa.

Era un valle algo mayor que un torrente, en el cual un riachuelo corría hacia el mar. En su parte más ancha, la corriente no tenía más de tres pasos y era tan superficial que un caballo podía atravesarlo por cualquier sitio. Al pie del valle, el agua rompía en un bajo acantilado que se extendía hacía una playa de guijarros pizarrosos. Cabalgamos uno tras otro sendero abajo, con la corriente a la izquierda y a la derecha un alto barranco cubierto de matorrales. Puesto que el viento soplaba del suroeste y el valle era profundo y orientado hacia el norte, íbamos protegidos; pero en la cima del barranco el viento silbaba entre las hierbas y las hojas, e incluso las ramas pequeñas volaban por el aire y nos dificultaban el camino.

Aún sin el viento, sin la humedad del sendero y sin la oscuridad hubiera sido difícil cabalgar; los caballos, que con la tormenta y la tensión que generábamos tres de nosotros —Cadal era sólido como una roca, y, además, no iba a entrar en el castillo estaban inquietos; eran un haz de nervios. Cuando a un cuarto de milla del mar, descendimos para cruzar la corriente, el mío aplastó sus orejas y se resistió, pero finalmente conseguí que cruzara y se dirigiera al trote por el sendero; entoncés se destacó la figura de un hombre de las sombras y el caballo se paro en seco, se encabritó y pensé que iba a despeñarse, arrastrándome consigo.

La sombra se adelantó y lo cogió por la brida, obligándolo a colocarse sobre sus cuatro patas. El caballo parecía aquietarse, sudoroso y agitado a la vez.

—Brithael —dijo—. ¿Va todo bien?

Oí que la sombra lanzaba una exclamación, dio unos pasos y se apretó al hombro del caballo, escudriñando en la oscuridad.

Tras de mí, el caballo de Uther también se encabrito y luego se detuvo sobre sus cuatro patas. El hombre que nos había parado dijo, con voz incierta:

—Mi señor Gorlois... No te esperábamos esta noche- ¿Acaso ocurre algo?

Era la voz de Ralf. Me tranquilicé y pensé que, Por,,- menos en la oscuridad, no se nos reconocería. Noté que Ralf se tranquilizaba.

—Sí, mi señor..., por un momento he pensado que eras realmente Brithael. Y el caballo gris... ¿Es el rey?

—Por esta noche —dije—, es el duque de Cornualles- ¿Va todo bien?

—Sí, señor.

—Entonces, guíanos. No tenemos mucho tiempo?.

Cogió las riendas de mi caballo y empezó a guiarlo lo cual agradecí puesto que el sendero era peligroso, estrecho y resbaladizo; un sendero tortuoso que bordeaba el despeñadero, entre crujientes matorrales; un sendero por el que no hubiera deseado cabalgar, ni siquiera durante el día, en un caballo tembloroso y extraño. Los otros siguieron, Cadal montado, Ulfin afanándose y, muy junto, tras de mí, el caballo gris resoplando a cada hierba que encontraba a su paso e intentando romper la garra de su jinete; pero Uther hubiera sido capaz de montar al propio Pegaso y dominarlo antes de que sus muñecas le dolieran.

Entonces mi caballo se asustó por algo que no pude ver, tropezó y me hubiera derribado de no ser por Ralf. Lancé un juramento y pregunté a Ralf:

—¿Falta mucho?

—Unos doscientos pasos para la costa, señor. Allí dejaremos los caballos y escalaremos el promontorio a pie.

—Esta maldita tormenta; daría cualquier cosa por estar a cubierto. ¿Has tenido dificultades?

—Ninguna, señor —tenía que levantar la voz para hacerse oír, pero entre tanto estruendo no había peligro de que nos oyeran a más de tres pasos—. Mi señora ha dicho a Félix, el portero, que había pedido al duque que regresara tan pronto como sus tropas estuvieran dispuestas en Dimilioc. Naturalmente, ha corrido la voz de que está encinta y, por lo tanto, es muy natural que desee que vuelva, aunque el ejército del rey esté tan cerca. También le ha dicho que el duque vendría por la puerta secreta por si el rey ya hubiera distribuido sus espías. El duque no diría nada a su guarnición, ha dicho mi señora, porque podrían alarmarse de que dejara Dimilioc con las tropas del rey a punto de atacar, aunque no había posibilidad de que el rey llegara a Cornualles antes de mañana, cuando mucho... Félix no sospecha nada. ¿Por qué tendría que sospechar?

—¿Está solo el portero?

—Sí, pero hay dos hombres en la sala de guardia.

Ya nos había explicado qué había tras la puerta. Era una pequeña entrada, muy baja, en el muro exterior del castillo, e inmediatamente después empezaba una escalera, adosada al muro. A la mitad, había un ancho descansillo con la sala de guardia a un lado. Luego la escalera continuaba y, arriba del todo, la puerta privada que llevaba directamente a las habitaciones.

—¿Lo saben los guardias? —pregunté.

Denegó con la cabeza.

—Mi señor, no podemos arriesgarnos. Todos los hombres que han quedado con lady Ygraine han sido elegidos personalmente por el duque.

—¿Está muy iluminada la escalera en este momento?

—Una antorcha. He visto que ya se estaba terminando, echará mucho humo.

Miré por encima de los hombros hacia donde el caballo gris seguía su camino en la oscuridad. Ralf había tenido que elevar aún más su voz para que pudiera oírle a través del viento que aullaba y me imaginaba que el rey debía preguntarse qué pasaba entre nosotros dos. Pero cabalgaba en silencio, como había hecho desde el principio. Parecía que, en realidad, estaba decidido a confiar en el tiempo. O a confiar en mí.

Volví la cabeza hacia Ralf y me incliné por encima del hombro de mi caballo para preguntarle:

—¿Hay algún santo y seña?

—Sí, mi señor. Peregrino. Y la señora me ha dado un anillo para que se lo pusiera el rey. Es uno que el duque lleva algunas veces. Aquí termina el sendero, ¿lo ves? Está junto a la playa —se detuvo e hizo parar al caballo, que resbaló y sus cascos chirriaron sobre los guijarros—. Dejaremos aquí los caballos, mi señor.

Desmonté agradecido. Por lo que podía distinguir, nos hallábamos en una caleta protegida contra el viento por un enorme cabo que se cerraba a nuestra izquierda, pero el mar rompía al final del cabo y su furia se extendía hasta nuestros pies, cubría las rocas y formaba pequeños torrentes de espuma con un ruido semejante a dos ejércitos que se atacaran encolerizados. A la derecha, a lo lejos, también había otra punta de tierra y, entre las dos, el mar rugía embravecido. La corriente que habíamos seguido caía ahora en largas cascadas, cuya agua se estremecía al viento como mechones de pelo. Al otro lado de aquellas cascadas, debajo del muro del acantilado, había un cobijo para los caballos.

Ralf señalaba la punta de tierra que se divisaba a nuestra izquierda:

—El sendero es por allí. Di al rey que venga detrás de mí y que me siga muy de cerca. Esta noche, si se pierde pie, antes de que puedas pedir auxilio ya te ha llevado la marea hasta las estrellas del oeste.

El caballo gris pateó junto a nosotros y el rey descabalgó. Le oí reír: un sonido seco, exultante. Aunque no hubiera un premio para el final de aquel viaje nocturno, habría sido lo mismo. El peligro era la bebida y los sueños para Uther.

Los otros dos llegaron también y desmontaron y Cadal tomó las riendas. Uther se me acercó con la vista fija en el agua embravecida.

—¿Vamos a tener que nadar, ahora?

—Podría ser, por Dios, Parece como si las olas tuvieran que llegar hasta el muro del castillo.

Permaneció en silencio, sin hacer caso al viento ni a la lluvia, con la cabeza levantada, escudriñando el cabo. Arriba del todo, contra la tormentosa oscuridad, brillaba una luz. Le rocé el brazo.

—Escucha. La situación es tal como esperábamos. Hay un portero, Félix, y dos hombres armados en la sala de guardia. Habrá muy poca luz. Tú

ya sabes el camino. Será suficiente que cuando entremos murmures un saludo a Félix y subas rápidamente la escalera. Marcia, la vieja, te esperará a la puerta de las habitaciones de Ygraine y te guiará. Puedes dejar el resto en nuestras manos. Si surge alguna dificultad, seremos tres contra tres y en una noche como ésta no se oirá nada. Yo vendré una hora antes del amanecer y enviaré a Marcia a buscarte. Ahora no tenemos que hablar más. Sigue a Ralf de cerca, el camino es muy peligroso. Tiene un anillo para ti y el santo y seña. Anda, ve.

Se volvió sin decir palabra y cruzó la playa de guijarros para reunirse con el muchacho que le esperaba. Cadal estaba a mi lado, con las riendas de los cuatro caballos reunidas en su puño. Su rostro, como el mío, estaba mojado de lluvia y su capa le envolvía como una nube tormentosa.

—Ya lo has oído —dije—. Una hora antes del amanecer.

También él miraba hacia el acantilado en donde se levantaba el castillo. Por unos instantes, las nubes dejaron pasar un poco de luz y pude ver los muros, que se elevaban encima de la roca. Debajo caía el acantilado, casi vertical, hasta las rugientes olas. Entre el promontorio y la tierra firme, uniendo el castillo y el otro acantilado, corría una especie de sendero de roca, delgado y pulido como el filo de una espada que brillaba sobre el mar. Desde la playa en donde nos hallábamos no parecía haber otro camino que el valle; ni la fortaleza del acantilado, ni los arrecifes ni el castillo en la roca podían ser alcanzados. No era extraño que no hubiera centinelas. Y el sendero que conducía a la puerta secreta podía ser guardado por un solo hombre contra todo un ejército.

Cadal estaba diciendo:

—Voy a dejar los caballos allí, debajo del acantilado, en aquel cobijo. Y, por lo que más quieras, por mí si no es por el caballero enamorado, sed puntuales. Si sospechan que hay algo que no funciona como de costumbre, todos nosotros seremos ratas en una trampa. Pueden cerrar este maldito valle de la misma manera que pueden bloquear el arrecife, ¿te das cuenta? Y no me gustaría tenerme que ir nadando.

—Ni a mí. No te preocupes, Cadal, me conozco bien.

—Te creo. Hay algo que me ha sorprendido de ti, esta noche. La manera en que has hablado al rey, ahora, sin pensar, así como hablarías a un criado. Y él no ha dicho ni una palabra, pero te ha obedecido como si se tratara de un reto. Sí, me he dicho que sabías lo que hacías. Lo cual es cierto, amo Merlín, porque, de otra manera... ¿Te das cuenta de que estás arriesgando la vida del rey de la Gran Bretaña por la lujuria de una noche?

Hice una cosa que no había hecho nunca antes; que no hubiera hecho comúnmente. Levanté una mano y la apoyé sobre la que Cadal tenía en las riendas. Los caballos estaban quietos, mojados e infelices, acurrucándose unos contra otros para protegerse del viento, y con las cabezas gachas.

—Si esta noche Uther entra en el palacio y hace el amor con ella, entonces, por Dios, Cadal, ten por seguro que importará menos que una gota de agua en el mar si lo asesinan en la cama. Te lo digo: de esta noche nacerá

un rey cuyo nombre será un escudo y una protección para los hombres hasta que esta isla, de costa a costa, se hunda en el mar que nos rodea los hombres dejen la tierra para vivir en las estrellas. ¿Crees que Uther es un rey, Cadal? No es más que un regente del que fue antes rey y del que lo será después, un regente del rey pasado y futuro. Y esta noche es menos que eso: es un instrumento y ella es un recipiente; y yo... yo soy un espíritu, una palabra, algo hecho de aire y de tinieblas. Y no puedo hacer más que lo que estoy haciendo; soy un junco a través del cual sopla el viento de Dios. Tú y yo, Cadal, somos menos importantes que las hojas muertas en las aguas de esta bahía —dejé caer la mano—. Una hora antes del amanecer.

—Hasta entonces, mí señor.

Lo dejé y, con Ulfin tras de mí, seguimos a Ralf y al rey a través de la playa de guijarros hasta el pie del negro acantilado.

Capítulo VII

Creo que ahora, ni siquiera a la luz del día, podría yo encontrar de nuevo aquel sendero sin un guía, ni podría escalarlo solo. Ralf iba delante, con la mano del rey en su hombro y yo, a mi vez, me cogía de la capa de Uther y Ulfin de la mía. Afortunadamente, estábamos protegidos contra el viento por la roca del castillo: sin aquella protección, hubiera sido imposible subir, hubiéramos sido lanzados acantilado abajo como plumas. Pero no estábamos protegidos contra el mar. Las olas debían ser de unos cuarenta pies y las mayores llegaban a levantarse hasta setenta pies, subían rugiendo como torres y nos empapaban de sal.

Un buen favor nos estaba haciendo el mar, sin embargo: su blancura de espuma se elevaba y nos iluminaba al igual que la luz que nos llegaba desde el cielo. Finalmente descubrimos, encima de nuestras cabezas, los fundamentos de los muros del castillo que surgían de la roca. Incluso en tiempo seco aquellas paredes eran inescalables, y aquella noche chorreaban agua. No pude ver ninguna puerta, nada que rompiera la lisa humedad de los muros pizarrosos. Ralf no se detuvo sino que nos condujo hacia un extremo del acantilado, frente al mar. Allí se paró unos instantes y vi que movía su brazo en un gesto que quería decir «precaución». Dobló cuidadosamente la esquina del acantilado y desapareció de la vista. Noté que Uther vacilaba al llegar allí y encontrarse con la fuerza del viento. Se detuvo un instante y luego prosiguió, aplastado contra el acantilado. Ulfin y yo les seguimos. Durante unos cuantos pasos más luchamos para continuar avanzando, aplastados contra la resbaladiza pared, hasta que un contrafuerte nos dio cobijo, pero nos encontramos súbitamente en una traicionera pendiente cubierta de arbustos espinosos y, frente a nosotros, incrustada en la roca, la pared del castillo; oculta por las escarpadas rocas, se distinguía la puerta de emergencia de Tintagel.

El portero debía haber estado esperando dentro. La puerta se abrió inmediatamente, al principio solamente una ranura, oí el crujido de una cadena al engancharse. En el hueco, una mano agarraba una antorcha. Uther, junto a mí, se ocultaba el rostro con la capucha y yo lo adelanté y me coloqué al lado de Ralf, manteniendo mi capa contra la boca y encogiendo los hombros contra la lluvia y el viento.

Medio rostro del portero quedaba iluminado por la antorcha.

Escudriñó atentamente. Ralf, adelantándose, dijo urgentemente.

—Rápido, hombre. Un peregrino. Soy yo, con el duque.

La antorcha se levantó. Vi la gran esmeralda en el dedo de Uther, que refulgía a la luz y exclamé secamente, imitando la voz de Brithael:

—Abre, Félix, y déjanos entrar. El duque ha caído esta mañana de su caballo y lleva los vendajes empapados. Sólo somos nosotros cuatro, date prisa.

La cadena fue retirada y la puerta se abrió de par en par. Ralf la aguantó de manera ostensible para dejar paso a su amo, y Uther pudo pasar con Ralf entre él y el portero.

Uther, ante el hombre que se inclinaba para saludarle, se sacudió como un perro y lanzó un sonido ininteligible para contestar a su saludo. Luego, con un ligero movimiento de su mano que dejó ver de nuevo la esmeralda, se dirigió a la escalera que se elevaba a nuestra derecha y empezó a subir lentamente los peldaños.

Ralf cogió la antorcha de la mano del portero mientras yo y Ulfin nos apresurábamos tras Uther.

—Voy a alumbrarles hasta arriba con esto. Cierra la puerta de nuevo. Luego volveré y te daré noticias, Félix, pero ahora vamos empapados como perros y queremos secarnos. Supongo que debe haber fuego en la sala de guardia, ¿no?

—Sí —el portero volvía a cerrar la puerta.

Ralf mantenía la antorcha de manera que Ulfin y yo pasáramos entre sombras.

Me apresuré escaleras arriba, con Ulfin siguiéndome los talones. Sólo estaban iluminadas por un humeante farol que ardía en un saliente de la pared, en el primer descansillo. Parecía fácil.

Demasiado fácil. Súbitamente, la luz aumentó con una gran antorcha y un par de hombres armados salieron a la puerta de la sala de guardia, con las espadas a punto.

Uther, seis peldaños más arriba, se detuvo indeciso y luego siguió. Vi que su mano desaparecía bajo su capa y se cerraba sobre su espada. Debajo de la mía solté mi daga de su vaina.

La luz de Ralf subió corriendo tras de nosotros.

—¡Mi señor duque!

Uther se detuvo —pude imaginar con cuánto alivio— y se volvió para esperarle dando la espalda a los guardias.

—Mi señor duque, déjame que te alumbre el camino... Ah, aquí hay una antorcha —pareció que hasta aquel momento no se había dado cuenta de los guardias, que levantaban la antorcha deslumbradora. Corrió hacia ellos y habló en voz alta—: ¡Hola, Marcus Sellic!, dame la antorcha para que acompañe a mi señor hasta las habitaciones de la duquesa. Esto no hace más que humo.

El hombre de la antorcha la había levantado y él y su compañero escudriñaban escaleras abajo hacia nosotros. El muchacho no vaciló. Se acercó a los guardias y cogió la antorcha de la mano del hombre. Antes de que ambos pudieran reaccionar, hundió la primera en un cubo de arena cerca de la puerta de la sala. Se apagó como una nube de humo. La nueva antorcha iluminaba limpiamente, pero su luz ondeaba en las manos de Ralf y las sombras de los guardias crecieron, gigantescas y grotescas y nos sumieron en la oscuridad. Uther, aprovechando la oportunidad, prosiguió su

camino con rapidez. La mano con el anillo de Gorlois estaba medio levantada para devolver el saludo de los hombres. Los guardias se retiraron para dejarle pasar, pero lo hicieron uno a cada lado de la escalera, con las espadas aún en la mano.

Tras de mí, oí el débil sonido de Ulfin que preparaba su cuchillo. El mío estaba a medio camino de su vaina. No había esperanzas de poder pasar. Tendríamos que matarlos y procurar hacerlo sin ruido. Noté que Ulfin bajaba unos peldaños y comprendí que estaba pensando en el portero. Tendría que bajar hasta él mientras nosotros luchábamos con los guardias.

Pero no fue necesario. De repente, en el segundo descansillo, una puerta se abrió y de ella, iluminada por la antorcha, surgió Ygraine. Iba vestida de blanco, tal como la había visto la otra vez; pero aquella vez no era una camisa de dormir. La larga bata rielaba como el agua de un lago. Se cubría un hombro y un brazo, a la manera romana, con una capa de tela suave, azul oscuro. Su pelo estaba ensartado de joyas. Tendió ambas manos y la capa se retiró; las mangas del vestido blanco dejaron ver sus muñecas engalanadas con oro rojo.

—¡Bien venido, mi señor!

Su voz, alta y clara, hizo volver a los dos guardias hacia ella. Uther subió la última media docena de peldaños que faltaban para llegar al primer descansillo en dos zancadas; pasó entre los guardias, cuyas espadas rozaron su capa, junto a la refulgente antorcha de Ralf y empezó a subir rápidamente el segundo tramo de la escalera.

Los guardias volvieron en sí, uno a cada lado del rellano, sus espaldas contra el muro. Oí que Ulfin respiraba entrecortadamente, pero me siguió quedamente cuando yo, calmado y sin apresurarme, subí los últimos peldaños. Supongo que debió servirme de algo haber nacido príncipe, aunque fuera príncipe bastardo; sabía que los centinelas tenían la viste clavada en el muro que se levantaba frente a cada uno de ellos a causa de la presencia de la duquesa y que era como si fueran ciegos. Caminé entre las espadas y Ulfin me siguió.

Uther había llegado al final de la escalera. Tomó las manos de Ygraine y, allí mismo, frente a la puerta iluminada, con las espadas de sus enemigos relucientes a la luz de la antorcha unos peldaños más abajo, inclinó la cabeza y la besó. La capa escarlata ondeó sobre sus hombros y ocultó el blanco del vestido de la mujer. Tras ellos vi la sombra de la vieja mujer, Marcia, que aguantaba la puerta.

Entonces el rey dijo:

—Ven —y con la gran capa que todavía les envolvía a ambos, la condujo hasta la puerta, que se cerró tras ellos.

Así tomamos Tintagel.

Capítulo VIII

Aquella noche nos sirvieron muy bien a Ulfin y a mí. La puerta de la habitación apenas se había cerrado, dejándonos a medio camino entre ésta y los guardias, cuando de nuevo oí la voz de Ralf, que hablaba rápidamente y con soltura, por encima del chasquido de las espadas al ser envainadas.

—¡Dioses y ángeles, qué noche! ¡Y todavía tendré que guiarlo otra vez cuando haya terminado! ¿Tenéis fuego en la sala de guardia? Bien. Por lo menos podremos secarnos mientras esperamos. Vosotros podéis iros y dejar el asunto en nuestras manos. Vamos, ¿qué esperáis? Ya sabéis las órdenes... Y ni una palabra de esto, ya lo sabéis, venga quien venga.

Uno de los guardias, acabando de envainar la espada, entró en la sala de guardia, pero el otro dudaba y me miró:

—Mi señor Brithael, ¿podemos? ¿Podemos dejar la vigilancia?

Miré lentamente escaleras abajo.

—Sí, podéis marchar. Os enviaremos el portero cuando tengamos que irnos. Y, sobre todo, ni una palabra acerca de la presencia del duque. No lo olvidéis —me volví a Ulfin—. Jordán, tu montarás guardia en la puerta de arriba. Dame tu capa, te la secaré en el fuego.

Mientras subía agradecido, con la capa en la mano, oí que Ralf cruzaba la sala de guardia subrayando mis órdenes con decisión. Bajé los peldaños sin apresurarme para darle tiempo a despedir a los hombres.

Oí que la puerta interior de la sala se cerraba. Ahora la estancia, brillantemente iluminada por la antorcha y por las llamas, estaba vacía para nosotros.

Ralf me sonrió, alegre y nervioso.

—¡Una vez y no más, ni siquiera para complacer a mi señora! ¡Por todos los dioses de Cornualles!

—No será necesaria una próxima vez. Lo has hecho más que bien, Ralf; el rey no lo olvidará.

Dejó la antorcha en un cubilete, vio mi rostro y preguntó ansiosamente:

—¿Qué te ocurre, mi señor? ¿Estás enfermo?

—No. ¿Está cerrada esta puerta? —señalé hacia donde habían marchado los guardias.

—La he cerrado yo mismo. Si sospecharan algo no me habrían dado la llave. Pero ni se lo imaginan, ¿por qué iban a hacerlo? Yo mismo hubiera jurado que era Brithael quien hablaba ahí afuera, desde la escalera. Era... como mágico —la última palabra ocultaba una pregunta y me lanzó una mirada que me hizo comprender; pero, al ver que yo permanecía en silencio, preguntó solamente—: ¿Y ahora qué, señor?

—Ve con el portero y mantenlo alejado de aquí —sonreí—. Ya te llegará el turno para secarte cuando nosotros nos hayamos ido.

Salió con paso ligero y bajó la escalera. Le oí gritar algo y luego la risa de Félix. Me quité mi capa empapada y la extendí, junto con la de Ulfin, delante del fuego. Mis vestidos estaban bastante secos. Estuve un rato sentado, con las manos extendidas ante mí para calentármelas con el fuego. Había un gran silencio en la habitación, pero afuera el aire estaba lleno del sordo estrépito del agua y de la tormenta que se desgarraba en los muros del castillo.

Mis pensamientos me mordían como aguijones. No podía estarme quieto. Me levanté y caminé por la pequeña estancia, inquieto. Escuché la tormenta y, dirigiéndome hacia la puerta, oí el murmullo de las voces y el sonido cantarín de los dados con los que Ralf y Félix se entretenían cerca de la puerta. Miré hacia arriba. No se oía nada, sólo se veía a Ulfin, o quizás era su sombra, inmóvil cerca de la puerta...

...Alguien bajaba suavemente la escalera; una mujer, envuelta en una manta, traía algo. Llegó sin hacer ningún ruido y tampoco Ulfin se había movido. Salí al rellano y la luz de la sala de guardia atravesó la puerta.

Era Marcia. Vi que las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando inclinó la cabeza sobre lo que llevaba en brazos. Un niño, cálidamente protegido contra la noche de invierno.

Me vio y me lo entregó.

—Cuídalo —me dijo, pero a través del brillo de sus lágrimas, yo veía los peldaños tras ella—. Cuídalo...

El susurro se desvaneció en el temblor de la antorcha y en el estallido de la tormenta. Estaba solo en la escalera y la puerta de arriba permanecía cerrada. Ulfin no se había movido.

Bajé mis manos vacías y volví junto al fuego. Se estaba apagando y lo aticé para que ardiera de nuevo; no me produjo más que un poco más de calor, puesto que de nuevo la luz me punzó. A pesar de que ya había visto lo que deseaba ver, en algún lugar se escondía la muerte y tuve miedo. Me dolía todo el cuerpo y la habitación me ahogaba. Cogí mi capa, que estaba casi seca, me la eché sobre los hombros y crucé el rellano; me dirigí hacia una pequeña puerta que daba al muro exterior, bajo la cual el viento corría como un cuchillo. Empujé la puerta contra la ventolera y salí.

Al principio, después de la luz de la sala de guardia, no pude ver nada. Cerré la puerta detrás de mí y me aplasté contra la pared empapada mientras que el aire de la noche fluía sobre mi cuerpo como un río. Luego las cosas cobraron forma a mi alrededor. Enfrente, a unos pocos pasos, había

un muro almenado, muy alto: la muralla exterior del castillo. Entre aquel muro y yo había una ligera plataforma y, encima de mí, el muro que se elevaba a mi espalda terminaba también en unas almenas; al otro lado de la muralla, los escarpados acantilados, las paredes que lo continuaban y la silueta de la fortaleza que se elevaba, paso a paso, hasta la punta del promontorio; y, arriba del todo, allí donde habíamos visto la ventana iluminada, ahora la torre se destacaba, negra, contra el cielo.

Me dirigí hacía las almenas y me incliné sobre ellas. Más abajo empezaba el acantilado, que a la luz del día debía ser un declive cubierto de arbustos, de blancas coronarias y de nidos de pájaros marinos. Más abajo todavía, la blanca furia de la bahía. Miré hacia la derecha, por el camino que habíamos utilizado. Excepto los arcos de espuma, la caleta en donde esperaba Cadal era invisible en aquella oscuridad.

Había cesado de llover y las nubes corrían, altas y delgadas. El viento se había apaciguado un poco. Cesaría al amanecer. Aquí y allí, altos y negros entre las nubes, los espacios del cielo estaban cuajados de estrellas.

Súbitamente, justo encima de mi cabeza, las nubes se separaron y entre ellas, como un barco entre olas, surgió la estrella.

Colgó entre el brillo de los astros más pequeños, tintilleando al principio; luego aumentó su luz, estalló en todos los colores posibles, que se reflejaron en el mar. La observé, llameante, hasta que el viento envió un grupo de nubes ante ella; entonces palideció, borrosa y distante, perdida entre las otras estrellas más pequeñas. Luego, cuando el enjambre de nubes reemprendió su danza, volvió de nuevo: se concentró, se hinchó, se dilató su luz hasta que destacó entre las otras como una antorcha que lanzara una lluvia de destellos. Y así durante todo el tiempo en que yo estuve observándola: vivida y brillante, luego gris y dormida, pero cada vez despertándose para arder más gentilmente, hasta que, más que golpear con su luz, la respiraba; hacia el amanecer, todavía colgaba del cielo, resplandeciente y tranquila, con la luz que crecía a su alrededor y el día que se acercaba, claro y quieto.

Respiré profundamente y me sequé el sudor del rostro. Me desperecé y empecé a caminar, alejándome de las almenas. Mi cuerpo estaba envarado pero el dolor había desaparecido. Miré hacia la ventana de Ygraine, tras la cual, ahora, estaban durmiendo.

Capítulo IX

Crucé lentamente la plataforma y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, oí que llamaban a la puerta de entrada de una manera firme y clara.

Di una zancada y cerré silenciosamente la puerta en el momento en que Félix salía de la garita de abajo y se dirigía al portón. Cuando levantaba su mano hacia la cadena, Ralf saltó tras él con el brazo en alto. Percibí el centelleo de su daga. Dio un brinco gatuno y le golpeó con la empuñadura. Félix rodó por el suelo. El hombre que llamaba debió haber oído algún ruido extraño porque su voz volvió a oírse, impaciente:

—¿Qué sucede? ¿Félix? —golpeó la puerta, más fuerte que antes.

Yo estaba a mitad de camino en aquel tramo de escalera.

Ralf había cogido el cuerpo del portero, pero al verme e interpretar correctamente mi gesto, se enderezó y gritó:

—¿Quién hay?

—Un peregrino.

Era la voz de un hombre, ronca y jadeante. Bajé con ligereza los últimos peldaños, mientras recogía mi capa alrededor de mi brazo izquierdo. Ralf me lanzó una mirada de la cual había desaparecido toda la alegría. No hubiera necesitado formular la próxima pregunta; ambos sabíamos la respuesta.

—¿Quién hace el peregrinaje? —la voz del muchacho era ronca.

—Brithael. Ahora abre, rápido.

—¡Mi señor Brithael! Mi señor..., no puedo..., no tengo órdenes de admitir a nadie por aquí... —me miraba mientras yo tomaba a Félix por las axilas y le arrastraba con el menor ruido posible hacía la garita. Ralf se humedeció los labios—. ¿No puedes ir por la puerta grande, mi señor? La duquesa debe estar dormida y yo no tengo órdenes...

—¿Quién eres? —preguntó Brithael—. Ralf, a juzgar por tu voz. ¿Dónde está Félix?

—En la sala de guardia, señor.

—Entonces pídele la llave o mándale bajar —la voz del hombre rugía y dio una patada contra la puerta—. Haz lo que te digo, muchacho, o te juro que te arrancaré la piel de la espalda. Traigo un mensaje para la duquesa y no le gustará que me tengas esperando aquí. ¡Anda, apresúrate!

—La... la llave está aquí, mi señor... Un momento —me lanzó una desesperada mirada, mientras chapuceaba con la cerradura. Dejé al portero inconsciente fuera de la vista y luego me acerqué a Ralf y le dije al oído:

—Mira si viene solo. Si es así, déjalo entrar.

Asintió y puso la cadena. Cubierto por el crujido había sacado mi espada y me escondía en las sombras, tras el muchacho, en donde la puerta

abierta me ocultaría de la vista de Brithael. Me aplasté contra la pared. Ralf miró por la abertura, luego dio unos pasos hacia atrás y empezó a retirar la cadena:

—Perdóname, mi señor Brithael —parecía humillado y confuso—, pero tenía que estar seguro. ¿Ocurre algo?

—¿Qué más? —Brithael empujó la puerta tan brutalmente que estuvo a punto de aplastarme si Ralf no la hubiera cogido a tiempo.— No te preocupes, lo has hecho bastante bien —empezó a caminar, pero luego se detuvo, volviéndose hacia el muchacho—. ¿Ha venido alguien más por aquí esta noche?

—No, señor. ¿Por qué? —Ralf parecía asustado... y lo estaba, por lo que resultó muy convincente—. No, mientras he estado yo aquí, y Félix no ha dicho nada. ¿Qué... qué ha ocurrido?

Brithael dio un gruñido y sus arreos resonaron cuando se encogió de hombros:

—Había un individuo allí, un jinete. Nos ha atacado. He dejado a Jordán luchando con él. ¿No ha ocurrido nada aquí, entonces? ¿Ninguna dificultad?

—Ninguna, mi señor.

—Entonces vuelve a cerrar la puerta y no dejes entrar a nadie excepto a Jordán. Y ahora tengo que ver a la duquesa. Traigo malas noticias, Ralf. El duque ha muerto.

—¿El duque? —el muchacho empezó a temblar. No hizo ningún gesto para cerrar la puerta, que todavía me ocultaba de Brithael, pero Ralf estaba a mi lado y a la pálida luz vi que su rostro enrojecía, luego se volvía blanco de la sorpresa—. ¿El duque muerto, mi señor? ¿Asesinado?

Brithael, que ya se disponía a avanzar de nuevo, se detuvo y lo miró. Si daba otro paso, la puerta ya no me ocultaría. No podía dejarle que llegara a la escalera, porque así tendría ventaja sobre mí.

—¿Asesinado? —dijo—. ¿Por qué, en nombre de Dios? ¿Quién lo habría hecho? No, éste no es el sistema de Uther. El duque decidió atacar antes de que el rey entrara en Cornualles. Esta noche hemos ido a su campamento, pero ya estaban preparados. Gorlois ha muerto en el primer asalto. He cabalgado con Jordán para dar la noticia; venimos directamente del campo de batalla. Ahora, cierra la puerta y haz lo que te he dicho.

Se volvió y se dirigió a la escalera. Ahora había sitio suficiente para usar una espada. Salí de detrás de la puerta.

—Brithael.

El hombre se volvió bruscamente. Sus reacciones eran tan rápidas que me quitaron todas las ventajas de la sorpresa. Supongo que no hubiera sido necesario llamarlo, pero hay ciertas cosas que un príncipe no puede dejar de hacer. Y tuve que pagar un buen precio por aquello, incluso podría haber tenido que pagar con la vida. Debía haber recordado que aquella noche yo no era un príncipe, que era solamente una criatura del hado, como Gorlois, a

quien había traicionado, y como Brithael, a quien tuve que matar. Era también el rehén del futuro. Pero la responsabilidad caía pesadamente sobre mí y él ya había sacado su espada casi antes de que yo levantara la mía; nos medimos mutuamente, ojo a ojo.

Cuando nuestras miradas se encontraron me reconoció. Noté su sorpresa y un rápido relámpago de miedo que se desvaneció inmediatamente cuando mi actitud y mi espada le demostraron que lucharíamos a su manera y no a la mía. Debió ver en mi rostro que yo ya había luchado más duramente que él, durante aquella misma noche.

—Tenía que haberme imaginado que estabas aquí. Jordán me ha dicho que el hombre que nos ha atacado era tu criado. ¡Maldito hechicero! ¡Rali, Félix, guardias! ¡A mí, guardias!

Comprendí que todavía no se había dado cuenta de que yo estaba dentro desde hacía tiempo. Luego, el silencio que siguió y el rápido movimiento de Ralf para cerrar la puerta le hizo comprender la verdad. Rápido como un lobo, demasiado para darme tiempo a reaccionar, levantó su brazo izquierdo y golpeó con el puño cubierto de malla la cabeza del muchacho. Ralf cayó sin emitir sonido alguno y su cuerpo frenó la puerta, dejándola abierta de par en par.

Brithael salió afuera y gritó:

—¡Jordán! ¡Jordán! ¡A mí! ¡Traición!

Entonces me lancé allí fuera contra él y nuestras espadas chocaron con el crujido del metal y con el fragor de los destellos.

Rápidos pasos escalera abajo. La voz de Ulfin:

—Mi señor..., Ralf...

—Ulfin... —dije entrecortadamente—. Dile al rey... Gorlois ha muerto. Debemos irnos..., date prisa...

Le oí subir rápidamente la escalera y Brithael rugió entre dientes, mientras seguía luchando:

—¿El rey? ¡Ahora comprendo, maldita alcahueta maestra de putas...!

Era un hombre voluminoso, buen luchador y lógicamente encolerizado. Yo no tenía experiencia y odiaba lo que iba a hacer, pero tenía que hacerlo. Ya no era un príncipe, ni siquiera un hombre que luchaba a la manera de los hombres. Era una bestia salvaje que atacaba para matar porque tenía que hacerlo.

Con mi mano libre le golpeé fuertemente en la boca y vi la sorpresa en sus ojos cuando saltó hacia atrás para levantar su espada. Luego volvió al ataque, con el arma moviéndose ante él como un aro centelleante. Me escabullí debajo del metal y evité el golpe; luego le di una patada de lleno en la rodilla. La espada rozó mi mejilla con un susurro ardiente, sentí una sacudida de dolor y la sangre que corría por mi rostro. Luego, cuando su peso tambaleaba sobre su rodilla herida, tropezó y resbaló en la hierba húmeda; cayó pesadamente, su codo golpeó contra una piedra y la espada se le escapó de la mano.

Cualquier otro hombre se hubiera parado para dejarle recuperar su arma. Pero yo me lancé encima de él con todo mi peso y mi propia espada buscó su cuello.

Ahora ya había luz, que iba aumentando paulatinamente. Vi el desprecio y la ira en su mirada cuando rodó para escapar al hiriente filo, que no logró alcanzarle, sino que se hundió en un blando montón de hierba. En el inesperado momento en que intenté sacar la punta, sus tácticas aventajaron a las mías: con aquel puño de hierro me golpeó fuertemente tras la oreja y luego, rodando hacia un lado, se puso en pie y saltó hacia donde su espada yacía, brillante sobre la hierba, a dos pasos del acantilado.

Si lograba alcanzarla me mataría instantáneamente. Me deslicé, rodando sobre mí mismo, declive abajo para alcanzar la espada antes que él. Me atrapó por las rodillas y sus botas golpearon mi costado, luego mi espalda. El dolor me envolvió como un borbollón de sangre y mis huesos vacilaron hasta dejarme aplastado contra el suelo; pero noté el contacto del metal a mis pies: la espada saltó de la hierba para resbalar, con un gentil susurro, acantilado abajo. Segundos después se oyó, débil y dulce entre el estruendo de las olas, el ruido del metal al golpear contra las rocas de abajo.

Pero antes de que aquel sonido llegara hasta nosotros, él ya estaba de nuevo sobre mí. Yo tenía una rodilla doblada e intentaba levantarme dolorosamente. A través de la sangre de mis ojos vi acercarse el golpe e intenté esquivarlo, pero su puño me dio de lleno en la garganta; de nuevo me golpeó en los costados con tal brutalidad que me volvió a dejar aplastado contra la húmeda hierba con la respiración que se me iba del cuerpo y la vista desaparecía de mis ojos. Me sentí rodar, resbalar y, recordando el acantilado, me agarré con la mano izquierda en la hierba para evitar la caída. Todavía conservaba mi espada en la mano derecha. Brithael saltó de nuevo hacia mí y, con todo el peso de su cuerpo, dejó caer sus pies sobre la mano que se agarraba a la espada. La mano crujió bajo las botas y noté que la espada hacía palanca como una trampa y le cruzaba una de sus manos. Lanzó un juramento entrecortado y retrocedió momentáneamente. Sin saber cómo, me encontré con el arma en la mano izquierda. De nuevo se lanzaba sobre mí con más rapidez que antes y, aun cuando intenté retirarme, de nuevo pisoteó mi mano rota. Alguien gritó. El dolor me hacía desvanecer, me cegaba. Con un último esfuerzo, blandí la espada ya sin esperanza hacia su cuerpo, a horcajadas sobre el mío; sentí que se me escapaba de las manos y esperé, sin resistencia, el último golpe en mi costado que me lanzaría acantilado abajo.

Estaba tendido sin respiración, con náuseas, bilioso, con mi rostro contra el suelo y mi mano izquierda hundida en la hierba como si de ella dependiera mi vida. El rumor del mar golpeaba el acantilado e incluso aquella trepidación parecía traspasar de dolor todo mi cuerpo, que me dolía en todas partes. Mi costado me ardía como si las costillas se quemaran en su interior, y la piel había saltado de la mejilla que descansaba pesadamente sobre la hierba. Tenía sangre en la boca y mi mano derecha era un cúmulo de dolor. Pude oír a alguien, un hombre en la lejanía, que lanzaba lastimosos gemidos de dolor.

La sangre de la boca burbujeaba y manaba por mi mejilla, hasta el suelo y comprendí que era yo quien estaba gimiendo. Merlín, el hijo de Ambrosius, el príncipe, el gran mago. Cerré la boca a la sangre y empecé a enderezarme.

El dolor de mi mano era horrible, el peor de todos; sentí que los huesecillos crujían en el lugar en que se habían quebrado. Noté que vacilaba al intentar ponerme de pie y comprendí que no debía hacerlo tan cerca del borde del acantilado. Debajo de mí, una gran ola retumbó, lanzó su espuma hacia arriba, que se destacó contra la luz grisácea para volver a caer y unirse a la próxima ola. El acantilado trepidaba. Una gaviota, la primera del día, planeó sobre mi cabeza, chillando.

Me arrastré para alejarme del acantilado y luego me levanté.

Brithael estaba tendido cerca de la puerta, boca abajo, como si hubiera intentado arrastrarse hasta allí. Tras él, la hierba estaba manchada con un reguero de sangre, brillante como la baba de un caracol. Estaba muerto. El último y desesperado golpe le había atravesado la vena de la ingle y la vida se le había escapado mientras intentaba arrastrarse en busca de ayuda. Parte de la sangre que me empapaba debía ser suya.

Me arrodillé a su lado para asegurarme. Luego le empujé rodando hasta que su cuerpo llegó al declive y su cuerpo siguió rodando tras su espada hasta llegar al mar. Estaba lloviendo de nuevo y, afortunadamente, borraría los rastros de sangre antes de que nadie pudiera verlos.

La puerta seguía abierta. A duras penas pude llegar hasta ella y me apoyé contra una jamba. También en mis ojos había sangre y me la sequé con una manga húmeda.

Ralf ya no estaba allí y el portero tampoco. La antorcha casi se había consumido en su soporte, y la humeante luz me dejó ver la garita y la escalera vacías... Él castillo estaba silencioso. Arriba del todo de la escalera, la puerta estaba semiabierta y, al otro lado, había luz y voces, voces quedas, urgentes pero no alarmadas. El grupo de Uther todavía debía tener el dominio, pues no se había dado ninguna alarma.

Me estremecí a causa de la brisa del amanecer. La capa había desaparecido de mi brazo en algún lugar sin que yo me diera cuenta. No me molesté en buscarla. Me separé de la puerta e intenté mantenerme en pie sin apoyarme. Podría hacerlo. Empecé a caminar sendero abajo, hacia la caleta.

Capítulo X

Había luz suficiente para distinguir el camino; luz suficiente, también, para ver el horrible abismo que se extendía a mis pies, Pero estaba tan ocupado con el dolor de mi cuerpo, con el simple mecanismo de mantenerlo erguido, de ayudarme con mi mano sana y evitar el roce de mi mano rota, que ni una sola vez pensé en el mar que tenía debajo ni en la peligrosa estrechez del camino. Pasé el primer tramo rápidamente y luego, medio arrastrándome, bajé por la resbaladiza pendiente llena de guijarros. Cuando el sendero se hizo más llano, el mar llegaba, embravecido, casi hasta mí, y sentía las salpicaduras de las grandes olas, cuya sal se mezclaba con la sal de la sangre de mi rostro. La marea estaba alta y las olas todavía rugían a causa del viento de la noche; descargaban heladas lenguas sobre la roca que estallaban junto a mí, con un profundo chasquido que sacudía todos los huesos de mi cuerpo y empapaban el sendero por el que yo pasaba, vacilante.

Lo encontré a medio camino de la playa, tumbado boca abajo al borde del precipicio. Uno de sus brazos colgaba sobre el margen y la mano fláccida se movía a los embates del aire levantado por las olas. La otra mano parecía haber sido aplastada por una roca. Tenía los dedos negros, cubiertos de sangre seca.

El sendero se ensanchaba un poco. Como pude, le hice dar la vuelta y lo arrastré hasta que pude dejarlo junto al muro del acantilado. Me arrodillé entre él y el mar.

—Cadal. Cadal.

Su carne estaba fría. En aquella media luz pude distinguir que tenía sangre en la cara que parecía fluir de alguna herida cerca del pelo. Le puse la mano encima: era un corte, pero no lo suficiente profundo para matarlo. Intenté encontrar el pulso de su muñeca, pero mi mano entumecida resbalaba sobre su carne húmeda y no pude sentir nada. Tiré de su empapada túnica pero no pude abrirla; luego un desgarrón se ensanchó y le dejó el pecho descubierto.

Cuando vi lo que me había ocultado la ropa, comprendí que no era necesario buscar los latidos de su corazón. Volví a cubrirlo con la tela, como si esto pudiera protegerlo del frío, y me senté sobre los talones esperando a los hombres que venían por el sendero desde el castillo.

Uther llegó caminando con la misma facilidad que lo haría si estuviera caminando por el suelo de su palacio. Su espada estaba a punto en su mano y llevaba la capa recogida en su brazo izquierdo. Ulfin, con la apariencia de un fantasma, venía tras él.

El rey se detuvo ante mí y durante unos instantes guardó silencio. Luego sólo dijo:

—¿Muerto?

—Sí.

—¿Y Jordán?

—Muerto también, me imagino. De lo contrario Cadal no hubiera podido llegar hasta aquí.

—¿Y Brithael?

—Muerto.

—¿Sabías acaso todo esto antes de que viniéramos esta noche?

—No.

—¿Ni que Gorlois había muerto?

—No.

—Si fueras un profeta como pretendes, deberías haberlo sabido —su voz era afilada y amarga. Levanté la vista. Su rostro estaba en calma; la fiebre había desaparecido, pero sus ojos, brillantes a la grisácea luz, eran fríos y cansados.

—Ya te lo había dicho —dije brevemente—. Tenía que confiar en el tiempo. Y éste era el momento. Hemos vencido.

—Y si hubiéramos esperado a mañana, estos hombres, sí, y tu criado también, todavía estarían vivos; Gorlois habría muerto y su señora sería viuda... y mía, sin estas muertes, sin habladurías.

—Pero mañana habrías engendrado un hijo diferente.

—Un hijo legítimo —dijo prestamente—. No un bastardo como el que hemos hecho esta noche. Por la cabeza de Mitra, ¿crees realmente que su nombre y el mío podrán soportar todo lo que ha pasado esta noche? Incluso si nos casamos dentro de una semana, ya sabes lo que dirá la gente. Que yo soy el asesino de Gorlois. Y la gente seguirá creyendo que realmente estaba preñada de Gorlois, tal como dijo, y que el niño es suyo.

—No lo dirán. No habrá ningún hombre que dude que es tuyo, Uther, nacido directamente como rey de toda la Gran Bretaña.

Emitió un corto sonido, no una risa, pero era en parte complacencia y furor.

—¿Crees que volveré a escucharte nunca? Ahora comprendo qué es tu magia, este «poder» del que hablas... No es nada más que una estratagema humana, una pretensión para conseguir gobernar, que mi hermano te enseñó a dominar para hacer creer en tu misterio. Es un engaño prometer a los hombres lo que desean, dejar que piensen que tienes poder para que lo consigan; pero guardas secretamente el precio y luego les dejas solos para que lo paguen.

—Es Dios quien guarda el precio secreto, Uther, no yo.

—¿Dios? ¿Dios? Te he oído hablar de muchos dioses. Si te refieres a Mitra...

—Mitra, Apolo, Arturo, Cristo, llámalo como quieras —dije—. ¿Qué importa el nombre que le den los hombres? Es la misma luz, y los hombres deben vivir con esta luz o morir. Yo sólo sé que Dios es la fuente de toda la

luz que ilumina la tierra y que su designio está en todo el mundo y pasa por cada hombre como un gran río que no podemos detener ni desviar; sólo podemos beber de él mientras vivimos y encomendar nuestros cuerpos en él cuando morimos.

De nuevo la sangre manaba de mi boca. Me la tapé con la manga para secármela. El lo vio, pero su rostro no cambió de expresión. Dudo que hubiera escuchado lo que le había dicho, o si podía oírme por encima del fragor del mar. Con la misma indiferencia de un muro, dijo solamente:

—Eso sólo son palabras. Incluso utilizas a Dios para conseguir tus propósitos. Es Dios quien me dice que haga esto, es Dios quien pone el precio, es Dios quien sabe lo que otros deberán pagar... ¿Pagar por qué, Merlín? ¿Por tu ambición? ¿Por el gran profeta y mago del que los hombres hablan conteniendo la respiración y al que adoran más que a sus reyes y más que a los más supremos sacerdotes?

»¿Y quién pagará tus deudas a Dios para que tú puedas conseguir tus propósitos? Tú, no. Las pagarán los hombres que siguen tu juego. Ambrosius, Vortigern, Gorlois. Estos otros hombres de esta noche. Pero tú no pagas nada. Tú nunca.

Una ola retumbó junto a nosotros y la espuma salpicó el borde del sendero hasta el rostro de Cadal. Me incliné sobre él y le sequé la cara.

—No —dije.

—Te lo advierto, Merlín —continuó Uther—, a mí no me utilizarás. Ya no volveré a ser un juguete de cuyas cuerdas tirarás tú. No quiero saber nada del bastardo que he engendrado esta noche.

Estaba hablando un rey y era indiscutible. Una figura silenciosa, fría, que tras ella tenía la estrella destacada en la luz gris del amanecer. No dije nada.

—¿Me oyes? —preguntó.

—Sí.

Cogió la capa de su brazo y la lanzó a Ulfin, quien la desplegó para ponerla sobre los hombros del rey. Una vez colocada, inclinó de nuevo la vista hacia mí.

—En pago de los servicios que me has rendido, puedes quedarte con la tierra que te di. Regresa, pues, a tus montañas galesas y no me molestes más.

—No te volveré a molestar, Uther. No volverás a necesitarme.

Permaneció en silencio durante unos instantes. Luego dijo abruptamente:

—Ulfin te ayudará a cargar el cuerpo.

—No es necesario. Déjame.

Se hizo una pausa, llena del fragor del mar. No había querido hablar así, pero lo había hecho sin pensar. Sólo deseaba que se marcharan. La

punta de su espada estaba al mismo nivel que mis ojos. Vi que giraba y se estremecía; pensé que estaba lo suficientemente encolerizado para utilizarla. Luego la levantó y la envainó.

Me rodeó y siguió su camino sendero abajo. Ulfin pasó por mi lado sin decir una palabra y siguió a su amo. Antes de que llegaran a la siguiente vuelta, el mar ya había desvanecido el sonido de sus pasos.

Me volví para encontrarme con que Cadal me miraba.

—¡Cadal!

—Eso es lo que se dice un rey —su voz era un susurro, pero era su voz, ronca y divertida—. Dale lo que él dice que le hace morir de deseo y, luego: «¿Piensas que puedo soportar lo que ha pasado esta noche?», dice. Y ha sido una bonita noche para él, que no para nosotros.

—Cadal…

—Tú también. ¿Estás herido…? ¿Tu mano? Hay sangre en tu rostro.

—No es nada. Nada que no pueda curarse. No te preocupes. Pero tú… tú…

Movió la cabeza imperceptiblemente.

—No tiene solución, déjalo. Ahora me siento bastante bien.

—¿No te duele?

—No. Hace frío —me acerqué más a él, intentando proteger su cuerpo con el mío de las salpicaduras de las olas que golpeaban la roca. Tomé una mano en la mía. No podía calentársela, pero abrí mi túnica y la apreté contra mi pecho.

—Creo que he perdido mi capa —dije—. ¿Ha muerto Jordán?

—Sí —hizo una pausa—. ¿Qué… qué ha ocurrido allá arriba?

—Todo iba como lo habíamos planeado. Pero Gorlois atacó el campamento y murió en la batalla. Por eso Brithael y Jordán han venido, para avisar a la duquesa.

—Les he oído llegar. Sabía que no me verían, pero tenía que detenerlos y dar la alarma mientras el rey estuviera allí… —se detuvo para respirar.

—No te preocupes. Se ha hecho y eso es lo que importa.

No me prestó atención. Su voz ahora era menos que un susurro, pero todavía era clara y afilada y podía oír cada palabra por encima de la rabia del mar.

—Entonces he montado y me he adelantado en el camino para encontrarlos… al otro lado de la corriente… Luego, cuando han llegado hasta mí he saltado el riachuelo y he intentado detenerlos —hizo una pausa—. Pero Brithael… ése es un buen luchador. Rápido como una culebra. No ha vacilado ni un momento. La espada me ha atravesado y después me ha pasado por encima con el caballo. Ha dejado a Jordán para que terminara por completo conmigo.

—Ha sido un error.

Los músculos de su mejilla se movieron ligeramente. Era una sonrisa. Después de unos momentos preguntó:

—¿Has visto los caballos?

—No. Ralf estaba en la puerta cuando ha llegado y Brithael sólo ha preguntado si había venido alguien al castillo, porque se había encontrado con un jinete, abajo. Cuando Ralf ha dicho que no, él le ha creído. Le hemos dejado entrar y luego lo hemos matado.

—Uther —era una afirmación, no una pregunta. Sus ojos estaban cerrados.

—No. Uther estaba todavía con la duquesa. No podía arriesgarme a que lo sorprendiera desarmado. También la habría matado a ella.

Abrió los ojos desmesuradamente y me miró.

—¿Tú?

—Vamos, Cadal, no eres muy amable conmigo —le guiñé un ojo—. Después de lo que he hecho, no me crees. Ha sido una lucha muy sucia. Ni siquiera el rey hubiera sabido las reglas que yo me he ido inventando sobre la marcha.

Aquella vez era una sonrisa de verdad.

—Merlín..., pequeño Merlín, ni siquiera podría montar un caballo... Mátame.

La marea debía estar en el cambio. La próxima ola que retumbó sólo nos echó 'unas finas salpicaduras que cayeron en mi hombro como niebla.

—Ya te he matado, Cadal —dije.

—Los dioses... —dijo y suspiró profundamente. Supe lo que quería decir. Se le estaba escapando la vida. Cuando la luz aumentó pude ver que su sangre había empapado todo el sendero—. He oído lo que ha dicho el rey hace un momento. ¿Podría haberse llevado a cabo sin... sin todo esto?

—No, Cadal.

Cerró los ojos unos instantes y luego los abrió de nuevo.

—Bien —fue todo lo que dijo, pero en aquélla sílaba había toda la lealtad de los ocho años pasados juntos. Ponía los ojos en blanco y su mandíbula se aflojaba. Le pasé el brazo sano debajo de la nuca y lo levanté un poco. Hablé rápida y claramente.

—Cadal, será como mi padre deseaba y como Dios ha querido. Has oído lo que ha dicho Uther del niño. Esto no altera nada, porque del amor de esta noche Ygraine dará a luz a un hijo; y precisamente porque ha sido esta noche, lo mandará, tan pronto como haya nacido, lejos de la vista del rey. Me lo mandará a mí y yo lo tendré donde el rey no pueda encontrarlo; lo cuidaré y le enseñaré todo lo que Galapas me enseñó, y Ambrosius, y tú, incluso Belasius. El será la suma de todas nuestras vidas y, cuando haya crecido, volverá y será coronado rey en Winchester.

—¿Lo sabes? ¿Me prometes que lo sabes? —ahora las palabras eran apenas reconocibles. La respiración se convertía en unos sonidos entrecortados. Sus ojos eran pequeños, blancos, ciegos.

Lo levanté y lo estreché fuertemente contra mí. Luego dije, dulcemente y con toda claridad.

—Lo sé. Yo, Merlín, príncipe y profeta, te lo prometo, Cadal.

Su cabeza cayó, demasiado pesada para él ahora que los músculos habían quedado sin fuerza. Sus ojos se habían cerrado. Emitió unos débiles susurros y luego, súbita y claramente, dijo:

—Haz el signo por mí —y murió.

Entregué su cadáver al mar, con Brithael que le había matado.

La marea se lo llevaría, como había dicho Ralf, hasta las más lejanas estrellas del oeste.

Excepto el lento golpeteo de los cascos y el tintineo del metal, no había otro sonido en el valle. La tormenta había cesado. No hacía viento, y, cuando hube cabalgado hasta la primera vuelta de la corriente, también se perdió el sonido del mar. Debajo de mí, corría el riachuelo; la niebla lo cubría como un velo. Arriba, el cielo estaba claro por la salida del sol, y, todavía, alta y quieta, colgaba la estrella.

Pero mientras la miraba, el pálido cielo se iluminó a su alrededor y la envolvió con oro y con fuego; luego, con una ardiente ola de brillante luz, en la vertical en donde estaba colgada la estrella, salió el sol.

La leyenda de Merlín

Vortigern, rey de la Gran Bretaña, deseando construir una fortaleza en Snowdon, llamó a albañiles de muchos lugares y les ordenó que construyeran una torre recia. Pero las piedras que los albañiles levantaban cada día, cada noche se derrumbaban y eran engullidas por la tierra. Así, pues, Vortigern tuvo una asamblea con sus adivinos, los cuales le dijeron que tenía que buscar a un muchacho que no hubiera tenido nunca padre y que cuando lo encontrara debía matarlo y echar su sangre sobre los cimientos para que la torre se mantuviera firme. Vortigern envió mensajeros por todas las provincias a buscar a tal muchacho y, eventualmente, llegaron a un pueblo que después se llamó Carmarthen. Allí vieron a algunos muchachos que jugaban delante de la puerta y, sintiéndose cansados, se sentaron a mirar el juego. Finalmente, hacia el atardecer, surgió una disputa entre dos de los jóvenes, cuyos nombres eran Merlín y Dinabutius. Durante la pelea se oyó que Dinabutius decía a Merlín: «¡Qué tonto eres si piensas que vas a ganarme! ¡Aquí me tienes a mí, nacido de sangre real, pero nadie conoce tus habilidades, porque nunca has tenido padre!» Cuando los mensajeros oyeron eso, preguntaron a los otros muchachos quién era Merlín y les contestaron que nadie conocía a su padre, pero que su madre era hija del rey de Gales del sur y vivía con las monjas de la iglesia de Saint Peter, en aquel mismo pueblo.

Los mensajeros apresaron a Merlín y a su madre y los llevaron ante el rey Vortigern. El rey recibió a la madre con todas las atenciones debidas a su nacimiento y le preguntó quién era el padre del muchacho. Ella contestó que no lo sabía. «Una vez —dijo—, cuando yo y mis damas estábamos en nuestras habitaciones, se me apareció alguien en forma de un hermoso joven, el cual, abrazándome y besándome, estuvo conmigo durante un rato, pero luego desapareció súbitamente. Volvió varias veces a hablar conmigo cuando estaba sola, pero no le veía. Después de haberme rondado de aquella manera durante largo tiempo, se acostó conmigo en forma de hombre y luego me dejó grávida con un niño.» El rey, asombrado ante aquellas palabras, preguntó a Maugantius, el adivino, si aquella historia podía ser cierta. Maugantius le aseguró que tales cosas eran bien conocidas y que Merlín debía haber sido engendrado por uno de los espíritus que viven entre la luna y la tierra, y nosotros llamamos íncubos.

Merlín, que lo había escuchado todo, preguntó si se le permitía enfrentarse con los hechiceros. «Ordena a los adivinos —dijo— que vengan ante mí y les convenceré de que han dicho una mentira.» El rey, sorprendido por la intrepidez del joven y por su aparente falta de temor, hizo lo que éste le pedía y mandó llamar a los magos, a los que Merlín habló como sigue: «Ya que no habéis sabido descubrir la causa de que los fundamentos de la torre se derrumben cada día, habéis aconsejado que la argamasa sea mezclada con mi sangre y así la torre se mantendrá en pie. Ahora, decidme, ¿qué hay debajo de los fundamentos?; porque algo debe haber que les impida aguantarse.» Pero los adivinos, temerosos de demostrar su ignorancia, le concedieron la paz. Entonces Merlín (cuyo otro nombre era Ambrosius) dijo

al rey: «Mi señor rey, llama a los trabajadores y ordénales que caven debajo de la torre, en donde encontrarán un lago que es lo que impide que las paredes se mantengan en pie. Así se hizo y se encontró el lago. Entonces Merlín ordenó que el lago fuera drenado; dos piedras, dijo, serían encontradas en el fondo: eran dos dragones, uno rojo y otro blanco, que yacían dormidos. Cuando el lago fue secado y descubrieron las piedras, los dragones despertaron y empezaron a luchar entre sí con gran ferocidad, hasta que el rojo venció y mató al blanco. El rey, asustado, preguntó a Merlín el significado de aquella visión y Merlín, levantando sus ojos al cielo, profetizó la llegada de Ambrosius y la muerte de Vortigern. A la mañana siguiente, muy temprano, Aurelius Ambrosius desembarcaba en Totnes, Devon.

Después de que Ambrosius venciera a Vortigern y a los sajones, fue coronado rey y mandó llamar a artesanos de todos los lugares y les pidió que proyectaran una nueva clase de construcción que pudiera durar siempre como un memorial. Ninguno de ellos fue capaz de ayudarle, hasta que Tremorinus, arzobispo de Caerleon, sugirió que el rey debía llamar a Merlín, el profeta de Vortigern, el hombre más inteligente de todo el reino, tanto en profecías como en diseños de máquinas y artificios. Ambrosius envió a sus mensajeros, que encontraron a Merlín en Gwent, en la fuente de Galapas, donde moraba. El rey lo recibió con honor y primeramente le pidió que le predijera el futuro, pero Merlín replicó: «Misterios de esta clase no pueden ser revelados excepto en casos de gran necesidad, porque si los pronunciara con ligereza o para hacer reír, el espíritu que me los enseña permanecería mudo y no me ayudaría en el momento necesario.» Entonces el rey le preguntó acerca del monumento, pero cuando Merlín le aconsejó que fuera a buscar la Danza de los Gigantes que está en Killare, una montaña de Irlanda, Ambrosius se rió, diciendo que era imposible mover unas piedras que todo el mundo sabía que habían sido colocadas allí por gigantes. Posteriormente, el rey fue convencido para que mandara a su hermano Uther, con quince mil hombres, a combatir a Gilloman, rey de Irlanda, y a traer la Danza. El ejército de Uther ganó, pero cuando intentaron desmantelar el círculo gigante de Killare y traer las piedras a la Gran Bretaña, no pudieron moverlas. Cuando finalmente se confesaron incapaces, Merlín reunió sus mecanismos y tumbó las piedras fácilmente, las cargó en barcos y las trajo al lugar cerca de Amesbury, donde debían ser colocadas. Allí, Merlín de nuevo instaló sus máquinas y levantó la Danza de Killare exactamente como estaba en Irlanda. Poco después apareció una gran estrella que parecía un dragón y Merlín, sabiendo que aquello significaba la muerte de Ambrosius, lloró amargamente y profetizó que Uther sería rey bajo el signo del Dragón y que de él nacería un hijo que obtendría gran dominio y cuyo poder se extendería por todos los reinos que yacían bajo los rayos de la estrella.

La Pascua siguiente, en la fiesta de la coronación, el rey Uther se enamoró de Ygraine, esposa de Gorlois, duque de Cornualles. Le prodigó toda clase de atenciones, para escándalo de la corte; de ella no obtuvo ninguna respuesta, pero su esposo se retiró furioso de la corte sin permiso, llevándose a su esposa y a sus guerreros a su país, Cornualles.

Uther, encolerizado, le mandó volver, pero Gorlois se negó a obedecer. Entonces el rey, airado sin medida, reunió un ejército y marchó sobre Cornualles, quemando ciudades y castillos. Gorlois no tenía suficientes tropas para hacerle frente y, por consiguiente, llevó a su esposa al castillo de Tintagel, el refugio más seguro, y, él en persona, se preparó para defender el castillo de Dimilioc. Uther sitió inmediatamente Dimilioc, manteniendo a Gorlois y a sus tropas atrapados allí, mientras que buscaba algún medio de llegar a Tintagel para raptar a Ygraine. Al cabo de algunos días pidió consejo a uno de sus familiares llamado Ulfin. «Tienes que aconsejarme de qué manera puedo satisfacer mi deseo —dijo el rey—, porque si no lo hago, moriré de mi secreta ansiedad.» Ulfin, diciendo lo que el rey ya sabía —que Tintagel era inexpugnable—, sugirió que se llamara a Merlín. Merlín, conmovido por el sufrimiento del rey, prometió ayudarle. Con sus artes mágicas cambió la apariencia de Uther en la de Gorlois, la de Ulfin en la de Jordán, el amigo de Gorlois, y él mismo en Brithael, uno de los capitanes de Gorlois. Los tres cabalgaron hasta Tintagel y fueron admitidos por el portero. Ygraine, tomando a Uther por su esposo el duque, le dio la bienvenida y lo llevó a su cama. Así, Uther holgó con Ygraine aquella noche, y ésta no le negó ningún deseo. Aquella noche fue concebido Arturo.

Pero en el entretanto, se empeñaba una batalla en Dimilioc, y Gorlois, aventurándose a atacar, fue muerto. Llegaron mensajeros a Tintagel para decir a Ygraine que su esposo había muerto. Cuando se encontraron con que «Gorlois» todavía vivía y estaba encerrado con Ygraine, se quedaron sin habla, pero luego el rey confesó el engaño y unos días después se casaba con Ygraine.

Uther Pendragón reinó quince años más. Durante aquel tiempo no vio ni una sola vez a su hijo Arturo, el cual, la misma noche de su nacimiento, fue llevado a la puerta secreta de Tintagel y entregado a Merlín quien cuidó al niño en secreto hasta que llegó la hora en que Arturo tenía que heredar el trono de la Gran Bretaña. Durante el largo reinado de Arturo, Merlín le aconsejó y le ayudó.

Cuando Merlín era ya un hombre viejo se enamoró ciegamente de una muchacha, Vivían, que le convenció de que le enseñara todas sus artes mágicas como pago de su amor. Cuando lo hubo hecho, ella lo hechizó y lo dejó atado y dormido; unos dicen que en una gruta cerca de un bosquecillo de espinos blancos, otros dicen que en una cueva de cristal, y otros aseguran que está oculto por una aureola de aire que le rodea. Despertará cuando despierte el rey Arturo, y volverá en el momento en que su país lo necesite.

Notas de la autora

Ningún novelista que trate de la Edad Oscura británica podrá llevarla a la luz sin la servidumbre que le plantea el problema de los nombres de los lugares. Es costumbre explicar el sistema utilizado, y yo soy, a la vez, más y menos culpable de inconsciencia. En un período de la historia en que celtas, sajones, romanos, galos y quién sabe quiénes más iban de un lado para otro a través de una turbulenta y dividida Gran Bretaña, cada lugar debía tener, al menos, tres nombres, y es muy difícil conjeturar el nombre que se les daba en una época determinada. En efecto, «la época determinada» del nacimiento del rey Arturo fue por los alrededores del año de nuestra era, y el final del siglo y es el período más oscuro de la historia de la Gran Bretaña. Para aumentar la confusión, he tomado como fuente de mi historia un relato semimitológico, romántico, escrito en Oxford por un galés(*) del siglo XII que da el nombre de los lugares y la gente de una manera que podríamos denominar postnormanda, con alguna mezcla de latín clerical. De ahí que en mi narración, el lector encontrará nombres como Winchester en lugar de Rutupiae y Dinas Emrys, y se hablará de los hombres de Cornualles, Gales del sur y Pequeña Bretaña, en lugar de Dumnonii, Demetae y Armoricanos.

Mi primer principio ha sido, simplemente, hacer clara la historia. Deseaba, si era posible, ahorrar el irritante glosario, en donde el lector tiene que interrumpirse para mirar el nombre de los lugares o tiene que decidirse a seguir leyendo y perderse en la narración. Y los lectores no británicos sufrirían más todavía; buscando Calleva en el glosario y encontrando Silchester, sin aclararse hasta que consultaran el mapa. De cualquier manera la historia se resentiría. Por consiguiente, allí donde se imponía una elección de nombres, he decidido usar el que el lector pueda encontrar más fácilmente en el mapa: para ello, a veces he utilizado el sistema de que el narrador diera dos o más versiones del nombre, incluyendo el nombre moderno en las ocasiones en que no sonara demasiado fuera de lugar. Por ejemplo: «Maesbeli, cerca del fuerte de Conan, o Kaerconan, que a veces la gente llama Conisburg.» En otros lugares he sido más arbitraria. En una narración cuyos ingleses se supone que son, en la mente del lector, latinos, celtas o del sur de Gales, sería pedante escribir Londinium cuando se ve con tanta que se trata de Londres; he utilizado los nombres modernos en los lugares como Glastonbury, Winchester y Tintagel, porque estos nombres, a pesar de ser de origen medieval, están tan consagrados por asociación que hubiera sido obviamente imposible introducir la moderna imagen de Manchester o Newcastle. Este sistema, naturalmente, no pretende ser una crítica de ningún otro sistema; se utiliza la forma que el trabajo requiere. Y puesto que éste es un ejercicio imaginativo que nadie tomará por una historia auténtica, me he permitido guiarme por el sistema de la poesía: lo que comunica simple y vividamente, y, además, suena bien, es mejor.

El mismo sistema se puede aplicar al lenguaje usado. El narrador, al contar su historia en un galés del siglo V, hubiera usado tantos términos

---

* O posiblemente bretón.

coloquiales como los que he usado yo en la mía; los criados Cerdic y Cadal hablarían algún dialecto, mientras que, por ejemplo, se puede esperar un tipo de «lenguaje elevado» de los reyes o de los profetas en los momentos de las profecías. Me he permitido deliberadamente algunos anacronismos allí donde podían resultar más descriptivos y alguna jerga por amor a la vivacidad. En pocas palabras, he actuado en todas partes de oído, bajo el principio de que lo que suena bien es aceptable en el contexto de un trabajo de pura imaginación.

Porque eso es todo lo que pretende ser La cueva de cristal. No es un trabajo de escolaridad y, evidentemente, no puede pretender ser una historia seria. Me imagino que los historiadores serios no habrían llegado tan lejos cuando hubieran descubierto que la mayor fuente de mi historia es la History of the Kings of Britain, de Geoffrey de Monmouth.

Para los historiadores serios, el nombre de Geoffrey está enlodado. De su estudio de Oxford en el siglo XII se derivó una larga mezcolanza de «historias», desde la guerra de Troya (en donde Bruto, el rey de los britanos», luchó), hasta el siglo vil de nuestra era, arreglando los hechos en aras de su propia historia, y cuando le faltaban datos, los inventaba con todo detalle. Históricamente hablando, la Historia Regum Brittaniae es espantosa, pero como narración no tiene desperdicio y ha sido fuente de inspiración del gran ciclo de narraciones llamado Matter of Britain, desde Morte d'Arthur de Malory hasta Idylls of the King de Tennyson, o desde Parsifal hasta Camelot.

El personaje principal de la Historia es Arturo, rey de la primera Bretaña unida. El Arturo de Geoffrey es el héroe de la leyenda, pero es cierto que Arturo fue una persona real, y creo que lo mismo debe decirse de Merlín, a pesar de que el Merlín que conocemos es un compuesto de al menos cuatro personas: príncipe, profeta, poeta e ingeniero. En la leyenda aparece primero como un joven. Mi narración imaginaria de su infancia está basada en la frase de la Historia: «La fuente de Galapas[*]» que acostumbraba frecuentar», y en una referencia a «mi maestro Blaise», que en mi historia se convierte en Belasius. La leyenda de Merlín es tan vigente en la Gran Bretaña como en la Bretaña francesa.

[*] Todos los sitios que describo son reales, con la única excepción de la cueva de Galapas

Unas breves notas:

He dado el nombre de Niniane a la madre de Merlín porque éste es el nombre de la muchacha Vivian/Niniane/Nimue) que, según la leyenda, sedujo al mago en su vejez y le robó sus poderes, dejándole encerrado en su cueva para que durmiera hasta el final de los tiempos. Ninguna otra mujer está asociada con él. En la leyenda, y también en la historia, hay una conexión tan fuerte entre el celibato o la virginidad y el poder, que me ha parecido razonable insistir en la virginidad de Merlín.

El mitraísmo fue sepultado (literalmente) durante muchos años. Yo he postulado un renacimiento local a propósito con mi narración, y las razones dadas por Ambrosius parecen ser ciertas. Por lo que sabemos del Ambrosius real, era lo suficiente romano como para seguir al «dios de los soldados».

Acerca de los antiguos druidas se sabe tan poco (según los eminentes estudios que he consultado) que pueden considerarse como un «hermoso juego». Lo mismo puede decirse de los monumentos megalíticos de Carnac (Kerrec) en Bretaña y de la Danza de los Gigantes de Stonehenge, cerca de Amesbury. Stonehenge fue erigido alrededor del año 1500 a.C.; por lo tanto, sólo he permitido que Merlín trajera una piedra de Killare. Es cierto que en Stonehenge hay una piedra —la mayor— que es diferente de las demás. Según los geólogos, vino originariamente de cerca de Milford Haven, en Gales. Es también cierto que dentro del círculo hay una tumba, que no está en el centro, por lo que he usado el solsticio del invierno en lugar del solsticio del verano, hacia el cual la Danza está orientada.

Algunas veces traducido: fontes galabes.

Beda, el historiador del siglo VII, le llama «Ambrosius, un romano» (Ecclesiastical History of the English Nation).

dormido allí «con todos sus fuegos y sus glorias a su alrededor», esperemos que sea invisible. Pero la fuente está allí, en Bryn Myrddin; y hay un montículo fúnebre en la cima de la colina.

Al parecer, el nombre «Merlín» no estuvo registrado como el de halcón columbarius hasta la época medieval, y la palabra posiblemente es francesa; pero su derivación es incierta y esto es suficiente excusa para un escritor cuya imaginación ya había ideado una serie de imágenes con este nombre incluso antes de empezar el libro.

Las relaciones entre Merlín y Ambrosius no están (creo) basadas en la leyenda. Un historiador del siglo IX, Nennius, del que Geoffrey tomó parte de su material, llamaba «Ambrosius» a su profeta. Nennius explica la historia de los dragones del lago y la primera profecía que se recuerda del joven profeta. Geoffrey, tomando prestada la historia, iguala con toda calma a los dos profetas: «Entonces dijo Merlín, que también era llamado Ambrosius...» Este derroche de «nervio», como lo llama el profesor Gwyn Jones[**], me dio la idea

[**] Introducción de la Ed. Everyman a la Historia of the Kings of Britain.

de la identificación del «príncipe de las tinieblas» que engendró a Merlín; me dio, de hecho, la línea argumental de La Cueva de Cristal.

Mi mayor agradecimiento es debido, evidentemente, a Geoffrey de Monmouth, maestro de la novela. Entre otros acreedores, demasiado numerosos para nombrarlos e imposibles de pagar, quiero dar mis gracias más especiales a Francis Jones, archivero del condado de Carmarthen; al matrimonio Morris, de Bryn Myrddin, Carmarthen; a G. B. Lancashire, del The Chase Hotel, Ross-on-Wye; al general de brigada R. Waller, de Wyaston Leys, Monmouthshire, en cuyas tierras se encuentra Doward y el Camino Romano; al profesor Hermann Brück, astrónomo real de Escocia, y a la señora Brück; al profesor Stuart Piggot, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Edimburgo; a la señorita Elizabeth Manners, directora del Felixstowe College; y a la señora Robín Denniston, de la Hodder & Stoughton Ltd., Londres.

Mary Stewart